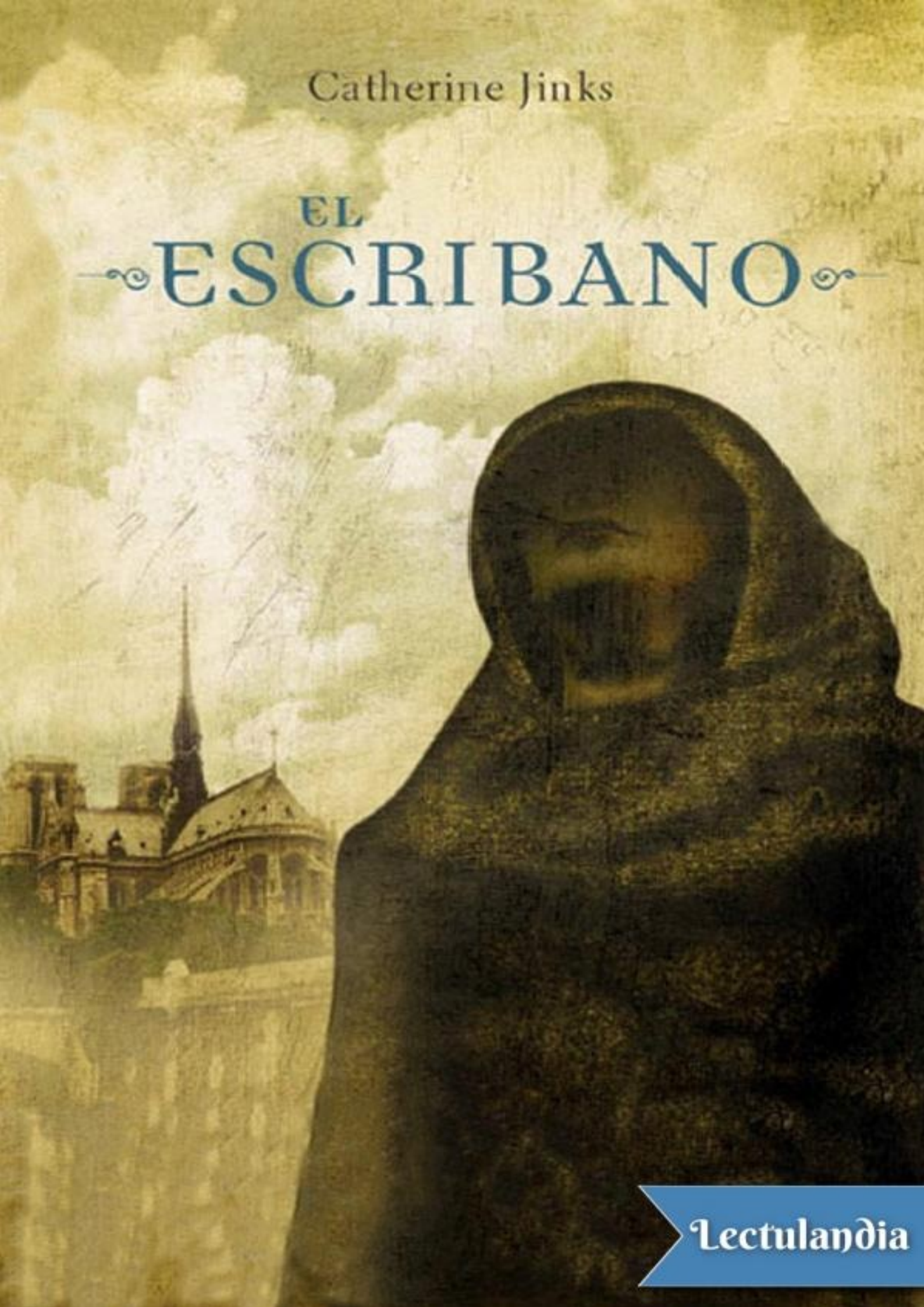
Catherine Jinks

EL ESCRIBANO



Lectulandia

Francia, siglo XIV. El joven Raymond Maillot es un escribano pendenciero amante del vino, las mujeres y las canciones, pero cuando se pone al servicio del padre Amiel, un dominico encargado de investigar un crimen especialmente sórdido, su vida empieza a cambiar.

El monje le contrata para que investigue el misterioso asesinato del ayudante del cardenal Di Vicio, el cual fue hallado muerto y con el pene amputado. La misión del escribano consiste en determinar la identidad del agresor, si es que hay alguno, o bien descubrir si se trata de actos de brujería.

A partir de ese momento, Raymond se siente dividido entre su apego a los placeres y su deseo de encontrar refugio en la Iglesia.

Lectulandia

Catherine Jinks

El escribano

ePub r1.0
xelenio 01.06.13

Título original: *The notary*
Catherine Jinks, 2000
Traducción: Montse Gurguí & Hernán Sabaté Vargas

Editor digital: xelenio
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

IN MEMORIAM

Beryl Jean Dickings
1918-1999

PRIMERA PARTE

Canción del pene amputado

Canto I

Mis damas, yo os pregunto: ¿qué hace hombre a un hombre? El Señor, me diréis, y con razón, pues varón y mujer Él los creó, pero ¿en qué se distingue el hombre de los peces del mar y de las aves del cielo, del ganado y de las demás criaturas? ¿Qué lo caracteriza como tal? Su fuerza, podríais decir, si no fuese más fuerte el buey. Su ingenio, podríais apuntar, si no fuera el vuestro (mis dulces compañeras) infinitamente más agudo. Su belleza, en fin, si la de los ángeles no fuese superior en todo punto.

Amigas mías, yo os diré qué es lo que hace especial a un hombre. ¡Se trata, ni más ni menos, de ese cuerno con el que proclamamos nuestras pasiones más profanas! ¡De ese rabel que emite tan dulces melodías al contacto con vuestros dedos, bellas damas! Perder este preciado instrumento (más precioso para mí, os lo aseguro, que la viela que canta tan armoniosamente bajo mi arco), perder este tesoro es perder toda hombría. Por eso os digo que Guillaume Monier estaba mejor muerto.

Lo encontraron en su lecho, pero le faltaban sus partes viriles. Se las habían quitado, junto con la vida (este último robo, os alegrará saberlo, fue el primero en producirse: la asfixia precedió a la castración). Lo encontraron en su lecho, en su casa, en la ciudad de Aviñón, cuando yo mismo residía allí y vivía a la propia sombra del palacio del Santo Padre. ¿Cómo, diréis, Raymond Maillot, ciudadano de la corte de Roma? ¿Que se le permitía mancillar ese inmaculado santuario, jugar con las llaves de San Pedro? ¿Que era tolerada su borrachina figura? Sí, lo era, pero como la presencia de los gusanos en un montón de estiércol, inoportuna e inevitable, pues, os sorprenderá saberlo, soy natural de Aviñón. Nací allí, no me llevaron, como a tantos que llegaron en el equipaje papal. Conocía el Rocher des Doms, el gran acantilado que se alza en el centro de la ciudad, desde mucho antes de que se convirtiera en la nueva piedra sobre la que el Señor edificaría Su Iglesia. Fui testigo presencial de la primera entrada del difunto papa Clemente, un hombrecillo enfermo montado en un asno gris, y escuché en mi infancia las habladurías sobre sus deposiciones, que, se decía, eran de un amarillo brillante y objeto de inspección minuciosa por parte de médicos que llegaban de todos los rincones del mundo.

Oh, sí, fueron muchos los que vinieron a la ciudad. Acudían al pontífice de Roma como las moscas a un cadáver: panaderos y carniceros, orfebres y peleteros, juristas y pintores, religiosos sin cuento. A oleadas llenaron las calles y, como los invitados a una boda, había que acomodarlos. ¿Sabéis, mis queridísimos amigos y amigas, que en la casa de mi padre se aloja un cardenal? Una casa grande, muy bonita, con el alero de tejas, patio, tres alcobas, un salón y cocina, cuadra, corral y almacén, y toda ella perfumada de especias (pues mi padre, Dios le dé descanso, comerciaba con ellas). ¡Tan acogedora, tan placentera! Y en este mismo momento la tiene alquilada el

cardenal por cinco florines mensuales, aunque poca compensación es ésta para mi familia. ¿Qué provecho significan unos ingresos extra cuando se debe soportar la ocupación de habitaciones y cocina? Los actuales aposentos de mi familia fueron antaño el taller de un guantero, pero hoy se consideran aceptables para quienes no están bendecidos con una capa magna y una mitra, es decir, para quienes no tienen entrada en el Sacro Colegio Cardenalicio. No existe, ay, apelación posible frente a ese tribunal conocido como los *taxatores domorum*, que distribuye a su albedrío alojamiento en Aviñón —desahuciando como si fuera el propietario, asignando como si fuera el rey— y no admite reclamaciones. Al fin y al cabo, un cardenal no debe vivir igual que un humilde cerero.

¡Evitad Aviñón, amigos míos! Aunque llenarais de oro una alcoba, vuestro dinero no os alcanzaría para alquilar esa misma estancia más allá de una semana.

Ved, si no, las penurias que yo mismo tuve que sufrir: un escribano público viviendo en un armario, una auténtica caja de madera, os lo aseguro. Una dependencia anexa a la cocina de mi madre, en absoluto espaciosa. Aunque debo confesar que el alquiler no se abonaba con la puntualidad más escrupulosa.

Claro que todo yo era una penosa decepción. Deslustrado mi brillo prometedor, dilapidadas mis dotes (o así lo declaraba mi hermano), corrompido, libidinoso y convertido en deshonra de la familia, había desperdiciado mis estudios gramaticales, tres años de instrucción completamente estériles. Esto último, este esfuerzo infructuoso como un huerto arrasado por un incendio, bastaba para hacer llorar a un santo.

Debéis imaginarme, pues, sumido en un sopor embotado de alcohol, a medio vestir y maloliente. Imaginad mis cabellos revueltos, mi aliento pestilente, mi mal color (pues así como se hace verdín sobre el cobre si se vierten posos de vino, echar repetidos y generosos tragos por el gaznate provoca un tinte verdoso en la piel). En este estado despertaba cuatro días de cada cinco, y a menudo me sacaba de la cama por la fuerza mi desconsiderado hermano, que se llama, por cierto, Arnaud.

Y así, la mañana del descubrimiento del cadáver de Guillaume Monier, me encontraba en un estado especialmente lamentable, emponzoñado por una juerga etílica que sólo puede clasificarse de titánica. Sin embargo, ¿qué queréis? Si un hombre no es capaz de beber lo que le echen, ¿puede llamarse tal, realmente? La noche anterior me había juntado con un caballero, un tal Etienne Nosecuántos, un noble rural dotado de una capacidad para el vino que resultaba dionisíaca, por decir poco. Habíamos conversado sobre los derechos inmobiliarios de los eclesiásticos (¡sí, os lo juro!) hasta que el caballero, cuyo carácter —que al parecer no atemperaba el menor asomo de caridad, compasión o comedimiento— tenía la pacífica benevolencia de un temblor de tierra, se sintió compelido a prometer que, si alguna vez lo desafiaba un clérigo, le metería una espada llameante por el recto.

En tales circunstancias, no es de extrañar que me sintiera obligado a demostrar mi propia hombría recia engullendo tanto vino como fui capaz de ingerir sin reventar.

Como consecuencia, estaba en unas condiciones atroces cuando, a la mañana siguiente, me despertó mi joven sobrino, un chiquillo que era la viva estampa de su padre.

—¡Raymond! —me gritó, a una cuarta de la oreja.

Habréis notado la omisión de tratamiento; mi hermano había imbuido en su retoño una actitud de desprecio hacia su tío.

—¡Raymond, despierta!

—¿Qué…? —murmuré. Mi cabeza era un saco de tormento.

—¡Levanta, Raymond! ¡Ha venido un clérigo!

«¿Un clérigo? ¿Qué clérigo?». Me di la vuelta.

—¡Raymond! ¡Quiere hablar contigo!

Os ahorraré la angustia, el horror y la infelicidad del momento. No haré mención del dolor y la náusea, del regusto en la boca ni de los demás presentes infernales con los que un despertar semejante regala a la carne mortal. ¡Ah, qué débil receptáculo es el cuerpo!

Me arreglé lo mejor que pude y salí de la habitación casi a ciegas, arrastrando los pies y usando las paredes para sostener mi armazón tambaleante. En la cocina esperaba el clérigo. Vestía un hábito gris, corto y muy sencillo, cuyo origen me resultaba oscuro; no alcanzaba a reconocer a qué orden pertenecía.

—Éste es el padre Barthélemy —anunció mi madre, apoyada en la escoba, pero el visitante replicó:

—No. No soy padre, señora. No he hecho los votos.

—¿Sois hermano lego? —inquirí yo, con cierta dificultad.

—Sí, lo soy. Pertenezco a la tercera regla de san Francisco.

—¡Ah! —Un terciario, pues. A los terciarios aviñonenses, que se dedican a cualquier oficio y con frecuencia engendran familias numerosas, rara vez se los distingue por una indumentaria especial. Éste, sin embargo, a duras penas hablaba el provenzal y tenía aspecto de llegar de un viaje—. ¿De dónde procedéis?

—De Lazet.

—¿Sí? —Cada palabra que decía me causaba una punzada de dolor en el cráneo. Me froté la frente y reparé en la expresión indecisa de Barthélemy. Sin duda, mi aspecto resultaba: un espectáculo deprimente.

—Lazet es una bella ciudad.

—Sí.

—Nunca la he visitado, pero dicen que es muy bonita.

¿Un comentario estúpido? Sin duda. Recordad, sin embargo, que no estaba muy lúcido. Y en un intento, tal vez, de anticiparse a más cortesías desangeladas, mi

visitante decidió abordar el asunto que lo había llevado allí.

—Un guardia de palacio os recomendó —me dijo, y pestañeé. Mal dotado en cuanto a bienes mundanos, a muy pocos porteros pontificios podía untar. Por una feliz casualidad, aquel terciario parecía haber topado con uno de ellos.

—El guardia me dijo que si deseo apelar al Santo Padre, debo presentar una petición —continuó Barthélemy.

—Entiendo.

—Me habló de que las peticiones deben presentarse escritas con la caligrafía adecuada, por mano de un escribano, y me dio vuestro nombre.

—¡Ah!

—¿Podéis ayudarme?

—Desde luego. Por favor, entrad ahí.

Aunque mi cámara era apenas habitable, resultaba más adecuada para hablar de temas importantes que la cocina, atestada de jamones colgados, perros que hurgaban en los desperdicios, niños ruidosos y adultos entrometidos. Con sensación de alivio, di con la puerta en las narices a mi madre, a mi cuñada, a su primo y al ama de cría.

Acto seguido, busqué un asiento en medio del desorden.

¿Cómo describir a aquel peticionario que venía del sur? ¿Cómo traéroslo a la vida? Su aspecto era tan insulso que, más que con una canción, una fiera o un héroe, debería compararlo con algún utensilio doméstico corriente, como una banqueta o una mantequera. Era alto, de hombros robustos, casi calvo y con un rostro largo, cetrino y melancólico, marcado de viruelas. Sus gestos eran discretos y sinceros, y su discurso, vacilante; llevaba las uñas bien cortadas y unas ropas remendadas con esmero. Los montones de ropa sucia de mi estancia, los archivos polvorientos y los rollos de pergamino desordenados le causaron la más profunda incomodidad y observé su agitación, escrita claramente en su rostro.

No obstante, aunque molesto, no se apartó de la cuestión que lo había conducido hasta allí. Después de su largo trayecto desde los pies de los Pirineos, no estaba dispuesto a permitir que la confusión reinante en mi aposento lo distrajera.

—Vengo a veros en nombre de otra persona —empezó por exponer, y a continuación procedió a resumir la triste historia de su primo, Isoard Calverie. Éste, al parecer, estaba viejo y enfermo. La muerte sería piadosa con él, quizás, y no tardaría en llevárselo. Pero, si lo hacía, Isoard no completaría las peregrinaciones a las que lo habían sentenciado los inquisidores de la depravación herética.

—Lo condenaron a nueve peregrinaciones —explicó Barthélemy mientras yo me sentaba a su lado en la cama, intentando concentrarme—. Hasta este momento ha realizado siete, pero si se ve obligado a viajar de nuevo, morirá, no cabe duda de ello. He apelado al inquisidor de Lazet, le he solicitado que le conmutara la sentencia, pero se ha negado a mostrar misericordia. No me queda, pues, sino recurrir al Santo Padre.

Pobre hombre. ¡Vaya tarea! Frotándome los ojos (que me dolían como muelas del juicio), lo interrumpí:

—No.

—¿No?

—No debéis recurrir al Santo Padre. Debéis presentar la apelación al Gran Penitenciario.

—¿Al Gran Penitenciario?

—Si deseáis que se levante una sentencia, debéis acudir a la oficina de la Penitenciaría Apostólica, a cuyo cargo está un cardenal obispo, el mencionado Gran Penitenciario, que tiene el poder para conceder dispensas, incluso a los heréticos.

—¡Oh!

—Yo os puedo redactar una petición e indicaros adónde ir, pero, si estuviera en vuestro lugar, contrataría a un abogado. —No había en la estancia más líquidos que el contenido de cierto receptáculo escatológico, guardado bajo la cama, que llevaba algún tiempo sin vaciarse. Para ofrecer a mi visitante algún refrigerio, tendría que volver primero a la cocina—. Por lo que respecta a la Inquisición, Santo Oficio o como queráis llamarlo, cuando se trata de cuestiones de herejía, uno siempre necesita toda la ayuda que pueda reunir —le aconsejé—. Ahora, disculpadme un momento, ¿queréis? Volveré en un instante.

Mi ausencia fue más larga de lo que preveía, pues encontré resistencia a mi petición (perfectamente razonable) de un poco de vino caliente. Aunque insistí en que lo pedía para mi invitado, recibí una larga invectiva respecto a mis hábitos bebedores, mi estado de indigencia y mi aspecto desaliñado. Si quería vino, debía pagarlo como cualquier buen hijo.

Así pues, volví a Barthélemy con las manos vacías.

—Los abogados son caros de contratar —me dijo, sin dar tiempo a que abriera la boca—. Demasiado caros para mi bolsillo. Tengo poco dinero.

—Entonces, deberíais dar media vuelta y regresar a vuestra casa. —Sin duda, fui demasiado brusco en las palabras que empleé, pero la verdad es la verdad, al fin y al cabo—. El Santo Oficio jamás muestra clemencia, a menos que medie dinero. Dinero en abundancia —insistí—. Y este dinero debe ir al Papa, no a los inquisidores. A una de las capillas papales, por ejemplo, o a las guerras pontificias. Luego, el Papa tendrá unas palabras con el Gran Peticionario, y éste, con los inquisidores. Es así como se debe apelar a la misericordia del Santo Oficio.

Bien, ya he dicho que Barthélemy era hombre de ademanes pausados. La impresión que producía, no infrecuente entre los iletrados que aspiran a una vida sagrada, era la de alguien más dispuesto a poner la otra mejilla que a dejarse dominar por la cólera. ¡Imaginad, pues, mi sorpresa ante la explosión que ocasionó mi inocente comentario! Agotado por sus viajes, frustrado en sus intentos de presentar su

caso al Pontífice, irritado y escandalizado por las tasas, peajes y cánones que se le exigían en Aviñón (donde uno tiene que pagar hasta por una noche en el muladar, ahora que tiene al papa Juan XXII por vecino), Barthélemy empezó a despotricar de «esos comerciantes que se llaman a sí mismos clérigos». Farfullando y escupiendo, los acusó de tener por Dios al lucro y de vender absoluciones para llenar la bolsa. Me recordó que Cristo había expulsado a los mercaderes del templo y comentó, con frases a medias y voz áspera, que el aire de Aviñón, en lugar de cantos de salmos, estaba lleno del tintineo de la plata. «Aviñón es una morada del pecado», me dijo.

Todo lo cual es cierto y seré el primero en reconocerlo. Mucho puede el dinero, capaz de crear obispos y abades, de conferir dignidad al ignorante, de hacer caballero al campesino, de salvar almas y condenarlas, de dar órdenes a reyes y comprar la libertad, de edificar grandes muros y derribarlos a continuación. Hay quien dice que se puede comprar el propio Paraíso, hoy día, igual que la salvación. Y no cabe duda que Aviñón es un sumidero de avaricia y que, allí, más distinción se otorga al oro que al ingenio, al saber o a la nobleza de sangre. ¡Pero, ay, qué harto estaba de oírlo!

Todo visitante de Aviñón, todo pretendiente esperanzado y todo demandante irritado, condenará sin paliativos la codicia de quienes le ponen trabas. Hombres que acuden allí en busca de riqueza y posición se enfurecen porque otros, a base de sacarles dinero, pretenden alcanzar el mismo premio. ¿Cuántas veces me he visto obligado a recordarle a alguien que todos, incluso los escribanos, debemos comer para vivir? Es verdad que algunos parecen excesivamente amantes del dulce, en lugar de conformarse con el pan, sencillo y sabroso, pero ¿quién no lo preferiría, si se le diera a escoger?

Con un suspiro, me abstuve de comentarlo mientras Barthélemy continuaba su diatriba:

—¡Mi primo es pobre, igual que yo! —se lamentó—. He tenido que venir hasta aquí andando y he dormido en cunetas del camino, pues, ¿quién puede permitirse el coste de una cama y comida en una posada? ¿Y qué será de mi primo? Está demasiado enfermo para viajar, y mucho más para dormir en una zanja. ¡Morirá en el camino, sin completar la sentencia, y habrá que vender la casa de mi hermano para pagar su última peregrinación y mi familia se verá en la calle…!

—Esperad. —Del légamo fermentado que era mi cerebro acababa de surgir una idea nítida y brillante—. ¿Hay una casa?

—La de mi hermano. Cuando sentenciaron por hereje a Isoard, sus propiedades fueron confiscadas y sus hijos, desheredados; entonces, mi hermano los acogió…

—Si existe una casa, creo que podré ayudaros.

Me ofrecí a redactar, por una pequeña suma, un escrito de apelación al Gran Penitenciario. También propuse a Barthélemy alquilarle mi propia cama por una noche. Cualquier hospicio le cobraría el doble por un simple jergón de paja en el

patio, le dije. Sí, los hermanos llamarían donativo o limosna para los pobres a este estipendio, pero, de un modo u otro, conseguirían echar mano de algunas monedas, aunque tuvieran que robarlas. Y, en este caso, no dudarían en acusar del hurto a los demás huéspedes.

—No encontraréis nada mejor en ninguna parte —le aseguré—. Mis servicios son los más económicos.

El terciario reflexionó unos momentos, mientras se mordía el labio inferior.

—Me habéis dicho que necesitaría dinero —dijo por fin—. Mucho dinero.

—Tal vez no. Si podemos prometerle la finca de un difunto, quizá no haga falta.

—¿A qué os referís?

Bien, observad mi perspicacia: me pareció que, en lugar de asistir a cómo la rapacidad de posaderos y recaudadores de impuestos daba cuenta de una casa en perfectas condiciones, el papa Juan tal vez prefiriese verla adjudicada a la Iglesia. Naturalmente, esto último no podría producirse si Isoard era obligado a completar su sentencia. Para entonces, la casa ya habría sido vendida para afrontar los gastos de una peregrinación cuyo lento progreso se comería rápidamente los fondos.

—¿Qué edad tiene vuestro hermano, el propietario de la casa? —pregunté a mi visitante.

—Oh, tiene dos años más que yo.

—¿Es un hombre fuerte? ¿Está sano?

—Sí, bastante…

—¿Le quedan muchos años de vida, Dios mediante?

—Ruego que así sea.

—¡Bien, entonces tenemos una solución! —exclamé, antes de que una punzada de dolor en las sienes me obligara a bajar la voz de nuevo—. Decidle a vuestro hermano que debe legar la casa en testamento a los canónigos del lugar. O al propio Santo Padre, tal vez —añadí en un susurro—. Y yo me ocuparé de lo demás.

Se produjo un largo silencio. Barthélemy parecía dubitativo y confuso. Por fin, murmuró:

—Pero los niños, los hijos de mi hermano y de mi primo… Si pierden la casa, ¿dónde vivirán?

—La casa tendrán que perderla, amigo mío. Vos mismo lo habéis dicho. Pero pensad en esto: ¿preferís que sea ahora, o dentro de diez años?

La fuerza del argumento lo convenció. Barthélemy era lento, pero no tonto, y comprendió que no había otra salida para sus dificultades.

Así pues, con un gesto de asentimiento y un suspiro, aceptó. Después volvió la vista al tintero vacío, las plumas gastadas, la cera y la cuchilla y la piedra pómez.

—¿Escribiréis todo eso? —inquirió—. ¿Con la caligrafía adecuada?

—Lo redactaré de tal manera que hará llorar a los funcionarios —fue mi

respuesta, un tanto jactanciosa—. Les romperé el corazón y ablandaré su ánimo.

—Pero…

—Tened fe. Dadme tiempo. No lamentaréis haber acudido a mí, Barthélemy.

Canto II

A estas alturas, sin duda os estaréis preguntando: pero ¿dónde está el cadáver? Como cuervos, tratáis de reponer las fuerzas con el sabor de la sangre y, sin embargo, yo insisto en presentaros el relato mundano de un hombre viejo y enfermo. ¡Tened paciencia, amigas y amigos míos! El meollo de una carta nunca se halla en el encabezamiento. Debéis tener paciencia y esperar, igual que hizo Barthélemy mientras yo escribía y rescribía su solicitud, que, como todas las buenas peticiones, seguía el modelo de las enseñanzas de un orador romano llamado Cicerón. Sabed que para mover a la clemencia el corazón de un hombre se precisa de un arte. Antes de hacer la petición, debéis aseguraros la benevolencia de su destinatario ordenando las palabras de tal modo que os hagan ganar su aprobación. (A esto se le llama *captatio benevolentiae*). Después habéis de presentar el asunto que es objeto del escrito utilizando un estilo que conjugue la lógica más pura, la acumulación más donairosa de argumentos y un uso del lenguaje que no sólo evite solecismos en la construcción y barbarismos en el vocabulario, sino que despierte la mismísima alma con reflexiones morales, metáforas elegantes, cláusulas equilibradas y exclamaciones patéticas. Una vez hayáis completado esta *narratio*, debéis pasar a la petición, la cual tiene que parecer que se deduce de lo expuesto anteriormente como una ley natural, como el movimiento de las esferas. Debe ser una solución convincente. No ha de conmocionar, sino satisfacer.

Debe, en efecto, convencer.

Así pues, en el caso de Isoard Calverie, había ciertos aspectos favorables. Para empezar, su delito original había sido menor. Unos veinte años atrás, a petición de un amigo, había conducido a un hereje de un lugar a otro sin conocer su identidad, aunque se había mostrado un tanto suspicaz en lo referente al discurso del desconocido. Creo que el hereje en cuestión era un clérigo de la secta cátara, uno de esos hombres que se llaman «buenos» o «perfectos» y que rondan por las montañas cometiendo perversidades. No me preguntéis más porque tengo poco conocimiento de la herejía: ¡Ante vosotras está un buen hijo de la Iglesia! No, no, ¡os lo juro! Desde mi nacimiento, siempre he sido el católico más piadoso. Sólo bebo del mejor vino los domingos e invoco al dulce Jesús cada vez que alcanzo la culminación en la alcoba de mi dama (lo cual sucede con frecuencia, tanta como seis veces en una noche). ¿Qué? ¿Dudáis de mí? Por la barba de san José, soy tan fervoroso como cualquier sacerdote, sobre todo debajo de las mantas.

Pero volvamos a Isoard Calverie. Su delito no había sido una herejía, en el sentido más puro del término. Isoard había sido condenado por encubrir herejes. Así quedó patente a partir de los documentos que me presentó mi primo, que era analfabeto pero conocía el valor de la palabra. Barthélemy había llevado desde Lazet

todas aquellas cartas con testimonios escritos por los sacerdotes de Sainte Marie de Roche-Amour, Saint Rufus d'Aliscampe, Saint Gilles de Vauverte, San Guillermo del Desierto, Santiago de Compostela y otras iglesias ya visitadas por Isoard. (Prueba, en otras palabras, de que se habían realizado muchos de los peregrinajes requeridos). Barthélemy también había traído de Lazet una copia de un viejo inventario de las posesiones confiscadas a Isoard, redactado para el senescal local. Del inquisidor de Lazet, un tal Pierre-Julien Fauré, tenía una carta dirigida al sacerdote de la parroquia de Isoard, convocándolo a comparecer ante el tribunal del Santo Oficio para que respondiera de su fe. Había otra carta, más reciente, del mismo remitente y dirigida al mismo clérigo, en la que se negaba a escuchar ninguna apelación para una conmutación de la pena de Isoard. Barthélemy me mostró también una seca nota del propio sacerdote en la que confirmaba la asistencia regular de Isoard a la iglesia hasta el inicio de su enfermedad. Y había otra nota aún más seca de un médico, en la que testificaba que Isoard estaba aquejado de un mal incurable.

—Nadie quiso ayudarnos —comentó Barthélemy mientras me daba todos aquellos documentos—. Muchos saben que mi primo es un hombre bueno, pero les daba miedo, demasiado miedo, testimoniar por escrito. Y, aunque lo hubiesen hecho, ningún escribano de Lazet habría accedido a registrar sus palabras. ¡Todo el mundo teme tanto al inquisidor! Es más poderoso incluso que el obispo.

—En Lazet, tal vez —fue mi respuesta. Con la nota del sacerdote quedaba claro que Isoard era, y siempre había sido, un católico ferviente, salvo en una ocasión, en la que había obrado con negligencia al no denunciar a un hereje a las autoridades competentes. Su pasado, inmaculado en todo lo demás, tenía que jugar a su favor—. ¿Disponéis de algún documento que guarde relación con la casa de vuestro hermano? —quise saber—. ¿Algún testamento o contrato?

—No.

—Lástima.

Me interesé por los detalles de la enfermedad de Isoard y fui recompensado con toda suerte de descripciones horribles de bilis verdes, heridas abiertas, ojos llenos de pústulas, músculos extenuados y visos de delirio. Como recordaréis, yo mismo no me hallaba en un estado de vigor y buena salud, y me resultó muy difícil soportar tales detalles nauseabundos. No obstante, tuve buen cuidado en utilizarlos para explicar la desgracia de Isoard. Me concentré en sus frenéticas y gimientes plegarias. Me esforcé en describir su dificultoso avance, camino de la iglesia. Imaginé a una especie de Job, castigado por el dolor, desesperanzado, con el aliento corrompido, la carne plagada de gusanos, lleno de aflicción. Me permití sugerir, de una manera un tanto evasiva, que el castigo de Isoard tal vez procedía de Dios en forma de aquella terrible enfermedad y que realizar más peregrinajes resultaría, probablemente, superfluo.

Trabajé con ahínco, pese a lo mucho que me dolía la cabeza, y poco después de

mediodía, mientras Barthélemy sesteaba, completé el manuscrito final de su petición.

—Aquí tenéis —le dije, despertándolo—. Ya está terminado.

—¿Qué…?

—¿Queréis oírlo? Como podéis ver, ocupa varias páginas.

—¿Habéis… habéis terminado?

—Sí.

—¿Y…? ¿Y…?

—Si deseáis, puedo leerlo en voz alta.

Barthélemy parpadeó. Miró a su alrededor, con el rostro picado de viruelas y los pocos pelos que le quedaban, de punta.

Con cierto aturdimiento, preguntó al fin:

—¿Tenéis un poco de agua?

Lo acompañé a buscarla. Yo tenía los labios secos y las tripas me gorgoriteaban. Como un perro, seguí el olor de la comida, y ¿qué descubrí? En la cocina, alrededor de la mesa, estaba sentada toda mi familia ante los restos de un abundante y sabroso ágape. Mientras yo estaba concentrado en mi trabajo, ajeno al aroma del pan caliente y del estofado de cerdo con cebolla, mis queridos parientes se habían dedicado a llenar sus voraces panzas. A nadie se le había ocurrido avisarme de que me estaba perdiendo la cena.

—Pensábamos que estabas muy ocupado —replicó mi madre cuando la culpé de aquella distracción.

—Y lo estaba, ciertamente, pero no tanto como para no comer.

—Cuando hueles la comida, siempre apareces —comentó mi hermano—. ¿O es que hemos tenido que llamarte alguna vez?

—Dios no permita que me caiga muerto ahí dentro, Arnaud. Tal vez algún día vengas a buscarme… cuando notes el olor.

—¿Os place tomar un poco de pan, maese Barthélemy? —preguntó mi madre, intentado cambiar de conversación—. También tenemos queso. Venid, sentaos.

—Bueno… —respondió Barthélemy, dubitativo, y me miró, esperando instrucciones. Mientras observaba los últimos trozos de cerdo guisado, mi aspecto tal vez se le antojó amenazador.

—Tomadlo mientras podáis, amigo mío —le dije—. En esta casa uno debe cuidar de sí mismo porque nadie lo hará por él.

—Tengo mucha hambre… —confesó nuestro visitante—, pero maese Raymond quiere leerme su carta…

—Os la leeré mientras reponéis fuerzas. Sentaos.

Regresé a mi alcoba y recogí la petición, decidido a que mi familia supiese con qué afán me aplicaba a la tarea de ganarme el sustento. Además, siendo muy deficiente el latín de mi hermano —a duras penas podía decirse que lo fuera—, me

gustaba recordarle sus faltas cada vez que se presentaba la ocasión. (Arnaud había aprendido a leer y a escribir sólo por razones de provecho comercial, para poder llevar él mismo sus libros de contabilidad). Así, mientras traducía en voz alta alguna cláusula elegante a petición de mi madre, muchas veces le consultaba: «¿Cómo dirías esto, Arnaud? ¿Dirías “así” o “de este modo”?». ¡Se enfadaba muchísimo!

—Esto no nos ayudará a digerir —murmuró Arnaud, pero, por respeto a mi visitante, no me llevó la contraria. Antes de seguir adelante, tal vez debería describiros a mi hermano y a toda mi familia, tal como Barthélemy los veía. Os cantaré, pues, acerca de una pequeña multitud en una cocina llena de humo, de caras enrojecidas relucientes de sebo. Os cantaré acerca de Arnaud, en la cabecera de la mesa, oscuro como una corneja y oliendo a jengibre. ¿Alcanzáis a verlo, amigos míos? Tiene las manos manchadas de azafrán porque es él quien lleva el negocio de mi padre; es un hombre muy embebido de su propia dignidad. A su lado se sienta mi madre, debilitada por la pérdida de un marido y muchos hijos. Pobrecita su alma, el peso de su dolor le reduce el ingenio y le mina las fuerzas; se arrastra por la vida con la voz pálida y dulce, la mirada aturdida (o irritable, a veces), el cabello que se le escapa de los pañuelos y redecillas que utiliza para contenerlo. Siempre da preferencia a su nuera Alazais porque Alazais es recia, fuerte y eficiente, una esposa sin tacha. Ya ha dado a Arnaud tres hijos saludables y está a punto de parir al cuarto. Su ama de cría amamanta al más pequeño, pero a los otros resulta difícil verlas ahora mismo, pues se revuelcan y muerden como perros debajo de la mesa.

Y aquí está Jeanne, prima de Alazais, una esposa estéril, amargada por la pena, atraída (sospecho) por los niños, una invitada frecuente a la casa de mi madre, poco amiga de manirrotos, holgazanes o borrachines. Jeanne es muy piadosa y tuerce el gesto cada vez que me ve. Años atrás, tal vez habría podido casarse con mi hermano mayor, si éste no hubiera hecho los votos. ¿Qué? ¡Oh, sí! Tengo dos hermanos. Uno de ellos está ausente de esta canción, de esta cocina y de este grupo familiar: nunca lo veréis, porque está encerrado en lo más hondo de un monasterio y, sin embargo, su presencia se siente, de todos modos. Una presencia reprobatoria. Sé que, si hubiera estado allí, en esa cocina aquel día, se habría dedicado a corregir constantemente mi gramática.

Jeanne no podía corregírmela, por lo que se dedicaba a cuestionar mi conducta.

—Éste hombre, este Isoard Calverie… —comentó después de escuchar durante un rato—. Éste hombre es un hereje, ¿no?

—No —repliqué. En el sentido más estricto, como ya he dicho, no era un hereje, aunque sólo según la definición que hizo de dicho término el concilio de Tarragona. De acuerdo con esa definición, Isoard Calverie no era más que un encubridor de herejes. Sin embargo, en la práctica, por supuesto, no existe tal distinción: según la creencia popular, era un hereje y merecía ser condenado como tal.

—¿No? —me había propuesto confundida y lo había logrado—. ¿Cómo puede ser eso? Pero si el Santo Oficio lo castigó…

—No por hereje, sino por encubridor de herejes. Hace muchos años, el concilio de Tarragona definió al encubridor de herejes como aquel que conoce a herejes pero no los denuncia.

Todos, incluida Jeanne, parecieron muy impresionados por aquel comentario mío, que venía a demostrar una gran profundidad de conocimiento. Debo confesar, por supuesto, que no se trataba de un conocimiento adquirido mediante el estudio exhaustivo de la ley canónica, sino a través de un breve examen de los documentos de Barthélemy, en los que el concilio de Tarragona (fuera eso lo que fuese), aparecía dos veces mencionado.

—Pero hubo herejía —dijo Jeanne por fin. Os juro que esa mujer nunca mantenía la boca cerrada mucho rato; no sabía estar en su sitio—. Isoard conocía a herejes.

—No demasiado bien —dijo Barthélemy—. Ése hombre era un desconocido…

—¿El hereje?

—Sí.

—¡Pero vuestro primo tenía que haberlo denunciado al Santo Oficio! —declaró Jeanne en tono triunfal—. ¡No hacerlo fue una herejía! Por lo tanto, Raymond, estás defendiendo a un hereje. Esto es mala cosa para la familia. Nunca deberías defender a los herejes.

—Mi primo es un buen católico —dijo Barthélemy, ruborizándose—. En una ocasión cometió un error, pero ¿cómo iba a saber que aquel hombre era un hereje? A veces, resulta muy difícil distinguidos.

—¿De veras? —intervino Arnaud, ocupado en cascar nueces—. Creía que era fácil. Alguien me ha dicho que todos visten de azul, que nunca comen carne y que se niegan a pasar bajo la sombra de una iglesia.

—Algunos visten de azul y no comen carne —replicó Barthélemy, frunciendo el entrecejo—, pero no todos. De muchos de ellos no se sabe que son herejes hasta que mueren. Entonces se presentan los hombres de azul y les dan su inicua bendición.

—Hay distintos tipos de herejes —señalé, hablando con cierta autoridad, toda vez que en una ocasión había trabajado en la corte de un cardenal en la que se había juzgado el caso de la donación ilegal de una huerta por parte del papa Gregorio XI a alguien que más tarde había sido condenado por hereje. Durante el juicio, hubo una gran discusión sobre los distintos tipos y grados de herejía—. Los hombres de azul son clérigos cátaros —expliqué— y sirven al diablo a su manera, pero hay otros herejes con otras creencias, como esos frailes que vinieron a Aviñón hace tres años y se negaron a hacer lo que el Papa les había dicho que hicieran. ¿Os acordáis? Los quemaron a todos.

—¿Eran herejes? —quiso saber Arnaud.

—Por supuesto que lo eran.

—Pero eran monjes.

—Los monjes pueden ser herejes —insistí, ante lo que Barthélemy, sonrojándose otra vez, dijo algo acerca de que los clérigos también pueden ser herejes, así como los papas. Y, aunque su voz quedó ahogada, me pareció detectar en ella un cierto grado de enojo y, en consecuencia, decidí que tal vez deberíamos dejar el asunto de la herejía a aquéllos— como mi hermano enclaustrado —mejor cualificados para discutido.

—Ahora debemos marchamos —dije al tiempo que me ponía de pie—. Tenemos que presentar esta petición.

—Pero los frailes visten de marrón —comentó mi madre muy perpleja, fingiendo no haberme oído.

—¿Qué?

—Los frailes visten de marrón o de blanco, no de azul.

—Da un respiro a tu cabeza —se burló Arnaud—. La herejía es un asunto demasiado elevado para ella.

—De la herejía no habría que hablar —convino Jeanne—. Por lo menos, en casa.

—Ni entre mujeres —intervino Barthélemy con énfasis. Cuando advertí que Jeanne había conseguido alterar a mi ecuánime visitante, me apresuré a llevármelo de allí, no fueran a llegar a las manos, y lo conduje fuera de la cocina, agarrando un pedazo de pan antes de salir. Fuera, el sol brillaba: se colaba entre los voladizos de los tejados que casi se juntaban sobre la calle y convertía los charcos en plata fundida. Muchas de las calles de Aviñón, debo contaros, están empedradas con cantos rodados del lecho del río y tienen canales tallados en el centro para que circule la suciedad cuando llueve, pero la calle a la que da la residencia de mi familia no puede alardear de tales refinamientos. Es apenas una zanja llena de barro que parece haber escapado a la atención de todos los inspectores de calles de la ciudad.

Por lo tanto, Barthélemy y yo nos vimos obligados a abrirnos camino a través de la suerte de boñigas que uno espera encontrar en un estercolero.

—Jeanne no sabe estar en su sitio —comenté—. Hablaría en una estancia llena de clérigos, os lo juro. ¡Incluso lo haría en una estancia llena de obispos, vaya si lo haría!

—¿Es hermana vuestra?

—¡No, loado sea Dios! No tengo hermanas, sólo una cuñada.

—Pues yo tengo muchas hermanas —confesó Barthélemy—. Demasiadas. Hubo que pagar demasiadas dotes. El patrimonio de la familia se consumió. Antes éramos ricos. Mi padre hacía de panadero, pero tenía dos viñas. Hubo que sacrificarlas para que mis hermanas se casaran.

—¿Y la casa de vuestro hermano?

—Era la casa de mi padre.

—¡Ah!

Con respecto a las casas, debo comentaros que, si bien a su llegada a Aviñón durmió en el priorato de los dominicos, el Papa ocupaba en el tiempo del que os hablo toda la hilera de edificios que corona el Rocher des Doms: el antiguo palacio episcopal (junto con su limosnería, hospital y huerto), dos casas particulares y la iglesia parroquial de San Esteban. Su sobrino, el obispo Arnaud de Via, estaba construyéndose un palacio para él justo al norte del palacio del Papa. Y era en esta parte de la ciudad, donde residían los caballeros y funcionarios más altamente favorecidos y se ubicaban las oficinas de la Cancillería, la sala de la Audiencia, el cuartel de los oficiales del orden y toda suerte de tribunales y capillas y correos y personal de cocina; en esta parte de la ciudad, como digo, era donde se hallaba situada la sede de la Penitenciaría Apostólica.

Ocupaba dos casas, las cuales, por ser viejas, eran bajas y oscuras y húmedas como la frente de mi hermano. Uno tenía que agacharse para entrar en la primera de ellas y allí se unía a una multitud de peticionarios aburridos, que esperaban en los bancos de una habitación que olía a orines de gato. Algunos esperaban más que otros, por supuesto: sentado en esos bancos, uno nunca encontraba al letrado de un cardenal. A quienes sí solía encontrar era a sacerdotes de todo tipo, jóvenes y viejos, gordos y flacos, cultos e ignorantes, a los que se había prohibido canónicamente desempeñar sus deberes sacerdotales. Venían de todo el mundo a pedir que les fuera levantada la sentencia de irregularidad.

Entre la clerecía había algún que otro sacerdote indocto (la levadura en la masa, diríais) que buscaba dispensas de matrimonio o alguna otra suerte de reconciliación; pero, en general, uno tenía que esperar junto a hombres que murmuraban en latín, jugueteaban con sus rosarios y recitaban plegarias con gran facilidad y competencia, si bien distraídamente, como uno hace una genuflexión antes de cruzar un puente angosto. Todos aquellos hombres esperaban al Dispensador. Era éste, que se ocultaba detrás de su puerta amarilla, quien aceptaba tanto las peticiones como los honorarios que las acompañaban, unos honorarios que se recaudaban para pagar el salario del gran número de empleados en la sede de la Penitenciaría Apostólica. Por lo que yo sé, aparte de la Gran Penitenciaría propiamente dicha, la sede requería, y continúa requiriendo, los servicios de quince escribientes, un doctor en ley canónica, varios correctores (que pulen el trabajo de los escribientes), un sellador (que estampa el sello de la Gran Penitenciaría) y un hombre cuyo título ignoro pero cuya tarea consiste en examinar cada petición que llega a las manos del Dispensador.

Y como debéis imaginar, los honorarios eran con frecuencia exorbitantes.

—Si tengo que seguir pagando esas sumas, me moriré de hambre —dijo Barthélemy con un suspiro al concluir nuestro coloquio, muy breve, con el

Dispensador. Íbamos de regreso a un barrio menos distinguido de la ciudad, después de recibir la seguridad de que nuestra petición sería estudiada el mismo día—. Aquí hay que pagar hasta por respirar.

—Animaos. Mi madre os dará de comer.

—¡Menuda Sodoma es esta ciudad! Vestida de púrpura y escarlata y adornada con oro, perlas y piedras preciosas, pero portando un cáliz dorado lleno de abominaciones…

—¿Os conformarías con un poco de vino, Barthélemy?

— …como Babilonia la Grande, la madre de todas las rameras…

—Venid —dije, sin ganas de soportar otra perorata sobre la rapacidad de Aviñón —, vayamos a ahogar nuestras penas a El Gallo Negro. ¿Lleváis encima mis honorarios?

—¿Vuestros honorarios? Pues claro que sí, pero…

—Dádmelos, entonces, y os invitaré a una jarra del mejor borgoña. No merecéis menos, después de haber pasado la tarde sentado en una habitación llena de clérigos.

Barthélemy abrió la boca, pero antes de que pudiera replicar, otro hombre a lomos de un caballo, un heraldo, habló a cierta distancia de nosotros con una voz que se asemejaba al estruendo de una corneta. ¡Menudos pulmones tenía! El hombre se dirigió a toda la calle, residentes y visitantes por igual; mencionó a Arnaud de Trian, el condestable, dijo que éste ordenaba la proclama y, sin más preámbulo, anunció que se había producido un asesinato en la *rue* de Foubisseurs. Guillaume Monier, camarero del cardenal Gentile di Vico, había sido encontrado en su cama, aquella mañana, con los genitales cortados.

Se instaba a cualquiera que conociese la identidad del perpetrador de aquel execrable acto, o que tuviese información que pudiera servir para iluminar la oscuridad que lo rodeaba, a que se presentara de inmediato.

Canto III

—¡Guillaume Monier! —exclamé—. ¡El cardenal Di Vico!

—¿Qué? —exclamó Barthélemy, muy perturbado. A nuestro alrededor, la calle hervía—. ¿Lo conocéis? ¿Qué sucede?

—Tengo un amigo, uno de los escuderos del cardenal Di Vico… ¡Asesinado! ¡Y cercenado de raíz! —Casi no daba crédito—. Tal vez ese amigo mío nos cuente algo…

—¡Ciudad maldita! —farfulló mi acompañante, aturdido de espanto—. ¡Dios la ha de condenar, sin duda! ¡Ay! —exclamó al tropezar con un grupo de clérigos en animada charla—. Perdonad. Os pido excusas. Raymond, ¿adónde vamos?

—A El Gallo Negro, ya os lo dije.

—Pero…

—Allí beben mis amigos, el escudero del cardenal entre ellos. Seguro que él lo sabe todo de Guillaume Monier. —En cuanto a mí, sólo conocía del muerto su nombre y su cargo; de haberme encontrado con él por la calle, no habría sabido quién era. Mi amigo, Gaillard, el escudero del cardenal, lo había llamado en una ocasión «ese piojo gordo», pero era conocida de todos la aversión de Gaillard hacia los clérigos bien alimentados—. ¡Lo encontraron castrado en la cama! Me pregunto si hallarían a alguien más con él.

—¡Oh, qué vergüenza! Éste no es asunto para tomárselo a broma.

—No, pero hay maneras más dignas de morir, Barthélemy. Si entráis en Aviñón por el este, pasaréis cerca de la encomienda de la Orden de San Juan de Jerusalén, una taberna en una casa de piedra de dos plantas. Se trata de un abrevadero de gran antigüedad y excelente reputación; no es un garito de barqueros y prostitutas a la orilla del río, sino un local limpio, espacioso y confortable que ofrece comida caliente todo el día. Su nombre, El Gallo Negro, ha sobrevivido a muchos propietarios y puede deberse a que en la casa de al lado vivieron generaciones de criadores de aves. El edificio se levanta sobre una antigua cripta, subterráneo o catacumba; un sótano, en cualquier caso, que sirve de bodega de vinos y despensa de leche y quesos. Además, goza de una ubicación excelente, sin duda. ¡Pero si incluso tiene una fuente municipal a menos de quince pasos de la entrada!

En la época a la que me refiero, regentaba el establecimiento una viuda: Beatrice Rascas. Ella, su hija y una doncella llamada Sybille ponían todo su empeño en mantener El Gallo Negro siempre impecable: los suelos se barrían y fregaban continuamente, las chimeneas estaban encendidas en todo momento y las copas se llenaban con generosidad. Las peleas eran infrecuentes, pues Beatrice tenía muchos y buenos amigos entre los parroquianos: siempre había hombres recios dispuestos a expulsar a los borrachos y rufianes a una orden suya. Lo hacían porque era generosa

y justa, porque era una mujer acaudalada, porque tenía una hija guapa que jamás levantaba la vista del suelo si no era con el permiso de su madre y porque Beatrice era, en todos los aspectos, merecedora de respeto. ¿Cómo os lo puedo explicar? Por aquel entonces, tenía treinta y tres años y parecía mayor; cuando no estaba callada, hablaba muy alto; carecía de educación; tenía las manos ásperas, igual que la voz, y su padre era buhonero o un oficio igualmente bajo. Sin embargo, reía con facilidad y era tan viva de lengua como ingeniosa; y, aunque tenía la dentadura estropeada, su sonrisa era hermosa. Y puedo confiaros, por experiencia, que si bien parecía estricta y severa, por dentro era suave como el plumón.

Así pues, no os ha de extrañar que fuera asiduo de la taberna. En muchos aspectos, El Gallo Negro era mi auténtica casa. Allí encontraba un asiento caliente, buen vino y alegre compañía; allí se juntaban mis amigos y alababan mis canciones, que mi familia condenaba por irreverentes y vulgares. En ocasiones, incluso tenía cama allí y compañía con la que compartirla (y cuando tal cosa ocurría, mis queridas damas, ¡vaya si cantaba ese gallo negro al alba!). Pero estoy divagando: lo que sucediera arriba, en la alcoba de Beatrice, no es asunto de esta canción. Me concentraré, pues, en los sucesos que se desarrollaban abajo, entre los bebedores, que me recibieron con gran placer cuando aparecí.

—¡Vaya, mirad, Raymond Maillot!

—¡Con un monje, por Dios!

—El Señor nos asista.

—¿Es un hermano tuyo, Raymond?

—No —repliqué—. Ni es mi hermano, ni es monje. Es un cliente y se llama Barthélemy. Y necesita un trago, igual que yo. Hemos pasado toda la tarde en una sala llena de clérigos.

—¡Dios nos salve! Pobres ánimas…

—¡Vino, deprisa! ¡Antes de que sufran un colapso!

—Haz sitio, Othon. Deja que se sienten.

¡Ah, pero qué bien olía el local! En general, lo impregnaba el aroma a asado, a uva fermentada y a velas de sebo, salvo las raras ocasiones en que se imponía el hedor a vómitos. El propio suelo estaba marinado en vino y las mesas, empapadas de él. Os juro que uno podía emborracharse con sólo respirar ese aire.

Sin embargo, con el estipendio de Barthélemy en el bolsillo, no tenía necesidad de lamer los bancos. Pedí una jarra grande del mejor vino de la casa, que la propia tabernera trajo a la mesa. Beatrice acogió a Barthélemy como a un invitado de honor, pues nunca descuidaba a los recién llegados. A este respecto (y en muchos otros), era una mujer muy lista, si bien a veces me parecía que se mostraba excesivamente obsequiosa —por lo cual la criticaba con frecuencia— con los nobles que entraban en el establecimiento.

—¿Y bien? —le pregunté en esta ocasión—, ¿no viene hoy el caballero Etienne?

—No —respondió ella—. Hoy no viene.

—Me sorprende. Pensé que tal vez le habías ofrecido tu lecho y todas tus propiedades, incluso a tu hija. ¿Adónde ha ido?

—Ha vuelto a su castillo, supongo.

—Está en las cercanías de Saint-Gilles, ¿no? Gaillard lo sabrá. Se conocían.

—Barthélemy viene de Lazet —terminé de presentar al terciario.

—¡Ah, Lazet!

—Pertenece a la regla terciaria de san Francisco.

—¿Ah, sí? —dijo Gaillard—. Entonces, debemos invitarlo a un jarro. Los terciarios franciscanos son más pobres que un leproso.

—¡Sí, sí, una ronda por el hombre santo! —asintieron a coro los demás, mientras Barthélemy se ruborizaba, visiblemente incómodo, y hubo algunos comentarios acerca de los monjes, de los buenos y de los malos, pues los había que eran pobres, píos y castos, y otros que eran todo lo contrario. La conversación, sin embargo, no tardó en centrarse de nuevo en lo sucedido a Guillaume Monier, porque nadie pudo resistirse mucho rato a la tentación. A decir verdad, la taberna entera había estado hablando del asunto, antes de mi llegada.

—Ya os lo he dicho —protestó Gaillard cuando, una vez más, le pidieron que contara lo que sabía—. De lo único que me he enterado es que lo encontró su escribano. Y de que le faltaban los genitales.

—¡Le faltaban! —exclamé.

—No estaban. Habían desaparecido.

—¿Los robó alguien?

—Una monja —apuntó Othon, provocando un torrente de carcajadas. Othon, debo explicaros, era (y es todavía) un hombre casado y con cuatro hijas, por lo que no era difícil encontrarlo en El Gallo Negro, escondiéndose de la familia. Alto, corpulento y revoltoso; trabajaba de correo papal y se encargaba de llevar mensajes de la Curia a ciudades de toda la Cristiandad. Por esta razón, tal vez, era el ser humano más libidinoso del que tengo noticia. En mi vida he conocido a nadie mejor informado de las costumbres, preferencias y apetitos carnales de las mujeres de otras tierras: en el curso de sus muchos viajes, había catado las bondades de incontables doncellas y matronas (o eso aseguraba) y siempre estaba dispuesto a ofrecer consejo. Por ejemplo, contaba que en Lombardía los hombres prefieren adoptar la postura que se ve en los campos durante la época de celo, cuando los sementales cubren a las yeguas. O decía que en Catalonia se puede tener a una doncella sin privarla de su flor, metiéndole la estaca no en el surco creado para ella, sino por el canal destinado, como los de las calles de Aviñón, a evacuar los desechos.

Os lo juro, hay pecados en el mundo que ni siquiera yo había imaginado.

—Tiene que haber sido una monja —insistió Othon cuando las risas se apagaron —. ¿Quién, si no, podría tener necesidad del instrumento de un hombre?

—¿Otro hombre que no lo tuviera, quizá? —sugirió Gaillard, mientras su amigo Berenguer apuntaba que era notorio que los clérigos estaban bien dotados (como mulas, dijo), y que el ladrón tal vez no lo estuviera.

—Sin duda, quería impresionar a su recién desposada —añadió Berenguer—. Le cortó el pene y los testículos, se llevó el paquete a casa y lo utilizó en la noche de bodas. A oscuras, ¿cómo sabría ella de quién era el miembro?

—Pero, si estaba a oscuras, ¿por qué usar el de un religioso? —comenté con fingida gravedad—. ¿Por qué no el de una mula misma? ¿Por qué no un hueso de jamón?

—O la pata de una mesa…

—O una lanza de justas.

—Bueno… ¿Alguien sabe qué tamaño tenía el pene desaparecido, en realidad? —inquirió Berenguer. Como Gaillard, era escudero, pero estaba empleado en la oficina de los *bullatores*, dos hermanos legos cistercienses que actuaban como guardianes del sello papal. El pobre Berenguer pasaba la mayor parte del tiempo llevando cargas de plomo de un punto a otro de la ciudad—. Quizás era, realmente, como la lanza de un torneo —especuló—. Quizás era del tamaño de una torre de iglesia.

—En ese caso, debería ser fácil de encontrar —me burlé. Bernard, un candelero bajo y regordete que se gastaba en vino cuanto ingresaba en la tienda, declaró pomposamente que todo aquello eran necedades. Estaba claro, dijo, que el autor de tan terrible hecho era un marido celoso. Indudablemente, la causa era un adulterio.

—¡Bobadas! —replicó Gaillard.

—Pero Guillaume era clérigo —Berenguer parecía convencido a medias—, y todos sabemos a qué se dedican…

—Éste, no, creedme —insistió Gaillard—. Lo sé.

—Amigo mío, eres muy joven —le respondí mientras revolvía su pelo ensortijado —. Enséñame un religioso casto y yo te mostraré un leproso feliz.

—¿He dicho yo que fuera casto? —protestó Gaillard, al tiempo que apartaba mi mano. (Como era tan joven, detestaba que se lo recordaran)—. Guillaume era un libertino, Raymond, pero no buscaba el placer con las mujeres.

—¡No!

—¿De veras?

—Bobadas.

—Si Gaillard lo dice, tiene que ser cierto —apunto Othon, mordaz—. Probablemente, lleve las marcas que lo demuestren.

Hubo que sujetar Gaillard para evitar que saltara del asiento. El infortunado escudero, bendecido (o todo lo contrario) con la tez clara, los labios carnosos y los

ojos azules de un ángel de cuadro, solía ser objeto de aquellas bromas escarnecedoras.

—¡Lo mandé al cuerno, Othon! —replicó a gritos el muchacho—. ¡Le dije que si volvía a sacarla delante de mí, se la cortaba!

—¿Y lo has hecho?

—¿El qué?

—Cortársela.

—¡No, claro que no! —La cólera desapareció de su rostro cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir—. ¡Jamás haría algo así! Era una simple amenaza vacía.

—Bien, pues te aconsejo que no vayas repitiendo eso por ahí, Gaillard, o la gente empezará a murmurar de ti.

—¡Ahora caigo! —dijo de improviso Berenguer, que había permanecido sumido en reflexiones durante el alboroto—. ¿No era Guillaume Monier ése del que me hablabas, Gaillard? ¿El que tenía un escribano faldero?

—Sí, el mismo. —Gaillard, todavía jadeante y con las mejillas algo sonrojadas, miró a los presentes—. Guillaume Monier siempre llevaba a ese lindo escribanillo pegado a los talones. Resultaba casi cómico y todos los asistentes nos burlábamos de ellos.

—¡Oh! ¿Y por qué lo hacíais? —Mi tono era solemne—. Al fin y al cabo, un clérigo tiene que tener a alguien que le afile la pluma.

—¡Sí, sí, tiene que mojarla en alguna parte!

—Trabajar, trabajar y trabajar…

—Inclinado sobre el escritorio…

—«¡Toma nota de esto, Ganímedes, y quiero dos copias!».

—¡Oh…! ¡Esperad, esperad…! —A Berenguer casi le saltaban las lágrimas de tanto reír—. ¡Ya sé qué sucedió! Guillaume estaba… ya me entendéis, estaba…

—¿Metiendo al diablo en el infierno?

—Sí, y… y lo metió tan a fondo que aquello se le fue, se le fue…

—¡Como a ti la lengua, Berenguer!

—¡Hasta que se desgajó! —Berenguer descargó el puño sobre la mesa—. Y ese pobre escribano lo lleva ahora por ahí, guardado en la madriguera, por así decir.

Podéis imaginaros los alaridos de regodeo. Gaillard declaró que no había mejor lugar para esconder un pene y yo repliqué que estábamos hablando de clérigos, de curas y monjas: tratándose de ellos, tal tesoro no estaría muy seguro, allá dentro. Othon reiteró que siempre había mercado para un instrumento grande y gordo. Las monjas lo comprarían.

—¡Las monjas, las monjas! ¡Tú y las monjas, Othon! Habla de otra cosa, ¿quieres?

—No sé cómo. Sueño con ellas todas las noches.

—¡Dios nos ampare!

—En los sueños, las monjas representan la muerte.

—No si sueñas que las estás montando —repliqué—. ¿Con eso sueñas? ¿Con montar monjas?

—¡Una monja! —gimió, y levantó su copa—. ¡El sueño de mi vida es un revolcón con una monja! Si se cumpliera, moriría feliz.

—Morirías, ciertamente —apuntó Bernard—. Ya sabes lo que dicen los clérigos sobre violar a vírgenes.

—¡Ah, los clérigos! —se mofó Othon—. Dicen eso porque quieren a las monjas para ellos. Siempre andan pecando con ellas, ¿y por qué no habrían de hacerlo? Las monjas son tan tiernas y jugosas, antes de ajarse…

—Una vez caté a una terciaria —intervino Berenguer— y no fue un jardín de placeres celestiales.

—Oh, pero las terciarias no son lo mismo. Cualquiera puede montarlas, pues sus puertas están siempre abiertas. Una monja, en cambio, es una fortaleza.

En este punto, recordé de nuevo la existencia de los terciarios y reparé en que Barthélemy había desaparecido. Se me ocurrió que la conversación no había sido de su agrado y supuse que sabría encontrar el camino de regreso a la casa sin mi ayuda, pues no tenía intención de marcharme. Todavía me quedaba algo que decir.

—Othon, para ti una monja no es más que un desafío —declaré—. Como nunca has probado la fruta del claustro, ansías hacerlo.

—¡Eso es!

—¿Y cuando te hayas saciado de ella? ¿Qué harás entonces? No te quedará nada. Excepto santas.

—U hombres.

—O perros.

—¡O los tres a la vez!

—Othon quiere monjas porque éstas no ven nunca a otros hombres —proclamó Gaillard, achispado—. No tienen a nadie con quien compararlo. Las monjas lo considerarían atractivo. Alguna, incluso pensaría que tiene un instrumento extraordinario… ¡Oh!

Ésta vez fue a Othon a quien hubo que sujetar. De haber saltado sobre Gaillard, el pobre muchacho habría quedado hecho cisco pues, como ya he dicho, Othon era un hombre muy corpulento. Fue preciso el concurso de cinco hombres para reducirlo, mientras yo obtenía de Gaillard una sorda disculpa.

Poco después, cuando, con la ayuda de unos tragos de vino, los ánimos se enfriaron, la compañía pidió una canción y me vi obligado a regresar a casa de mi madre, donde guardaba mi viela. Allí encontré a Barthélemy, que se desvestía para acostarse. Me recibió con evidente desgana y una desaprobación que se manifestaba

en cada surco de su rostro, lo cual no me sorprendió. Le deseé cordialmente que pasara una buena noche, recuperé el instrumento y emprendí el regreso a El Gallo Negro a buen paso.

Al principio, entretuve al público con estrofas de lujuria y romance, arrancando una lágrima a veces, cuando mi arco dilataba la nota suavemente en la cuerda, otras moviendo a risa a la audiencia al hacer que el pelo de caballo chirriase o maullase como un gato en un saco. Después toqué un rabardel, una estampida y otras danzas, acompañado de silbidos, pataleos y batir de manos… y os aseguro que mis notas eran más brillantes que las cuentas de un collar y tenía la muñeca como de hierro.

No me detuve hasta que me dolieron las costillas a causa de la presión de la viela sobre ellas, hasta que el diapasón estuvo negro de grasa y hasta que me quedé ronco de tanto cantar.

Para entonces, yo ya estaba bebido y mis compañeros, más aún. Por ello, lo que viene a continuación debe entenderse como un producto de la intoxicación. Surgió del persistente deseo de Othon de yacer con una monja. Al dejar El Gallo Negro, íbamos camino de retiramos (Othon, Gaillard, Berenguer y yo) cuando pasamos casualmente junto al convento de la Orden de las Carmelitas Descalzas. Fue entonces cuando Othon, consumido por el deseo, se abrazó a los gruesos muros almenados que lo circundaban.

—¡Hermanitas! —prorrumpió—. ¡Abrid! ¡Abrid Y dejadme entrar!

—Othon, aparta de ahí.

—¡Mi caballo quiere beber de vuestra fuente!

—¡Othon! —Berenguer no podía contener la risa—. Aparta, no vaya a presentarse la guardia.

—¡Tengo que entrar! —gimió Othon, al tiempo que me agarraba por la camisa—. Raymond, tienes que hacerme entrar ahí. Tienes que discurrir algo.

—Suelta.

—¡Una monja! ¡Una monja! ¡He de tener una monja!

—¡Calla!

—Canta algo. Cántales, Raymond. Con eso las atraerás. Vamos.

—Othon…

—¡Canta, maldita sea!

Me sacudió hasta que me castañetearon los dientes. ¡Por Dios bendito, aquel hombre era un Goliat! Yo, en cambio… Bien os he oído llamarme piernas de cigarra, y en esa época estaba aún más delgado, sin asomo de vientre. Os aseguro que hubiera pasado por el ojo de la aguja con más facilidad que cualquier camello.

—Espera —articulé apenas—. Espera… Othon…

—¡Canta! ¡Canta!

—Tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

—Suéltame… No me dejas respirar…

Me soltó. Beber con Othon era siempre un pasatiempo peligroso; se corría el riesgo de terminar arrojado al río, o con la cara partida. Con todo, por lo general lo pasaba bastante bien en su compañía, pues me consideraba un hombre listo, que merecía respeto, pese a ser un alfeñique. Sólo cuando sus pasiones se inflamaban violentamente olvidaba Othon que yo era un objeto muy frágil.

—Barthélemy duerme —dije, resoplando—. Se ha despojado de sus ropas. Del hábito o lo que sea que lleva…

—¿Y?

—Podríamos tomarlo prestado.

—¿Por qué?

—¡Porque parece la ropa de un monje!

A la luz vacilante de la tea que sostenía Gaillard, Othon me miró, pestañeando. Sólo cuando los otros dos escuderos se reían ya a carcajadas apareció por fin una chispa de entendimiento en sus ojos nublados e inyectados en sangre.

—¡Santo Cristo! —juró—. ¡Precisamente!

—Vamos. Por aquí.

—Eres listo como un zorro, amigo mío.

—Ya lo sé.

—¡Tres hurras por Raymond Maillot!

—¡Calla! ¿Quieres que nos oigan las monjas?

—Las monjas… ¡Ah, las monjas! ¡Tened paciencia, hermanitas! ¡Pronto saciaré vuestra sed! ¡Pronto beberéis de mi bota!

—Othon…

—¡El Paraíso está a vuestro alcance, vírgenes mías! ¡Os disciplinaré con mi vara de hierro!

—¡Othon…!

—¡Dulce Jesús, cuánto tañerán esta noche las campanas de esa torre!

Canto IV

La primera parte de mi plan se desarrolló con facilidad. Acceder a mi alcoba no resultó difícil. Entré en la casa a través de la cocina y desperté a la nodriza de mi cuñada, que dormía junto a la puerta principal. Barthélemy roncaba acurrucado en una envoltura de mantas y no se movió mientras yo quitaba furtivamente su ropa de los pies de mi cama. Abrir los postigos de la ventana fue tal vez el paso más arriesgado, porque las bisagras chirriaban, lo que hizo que Barthélemy se moviera y murmurara dormido, aunque no se despertó. Conseguí sacar su túnica por la ventana, y saltar yo después a la calle, sin despertar de nuevo a la nodriza.

Y todo esto, debo recordaros, lo hice con las tres cuartas partes de mi cuerpo y de mi mente ahogadas en alcohol. Un logro impresionante, he pensado siempre, por más que su finalidad fuera absolutamente innoble.

—¿Será de tu medida? —pregunté entre jadeos cuando me reuní con mis compañeros de borrachera en la parte trasera de los establos de no sé qué casa—. Supongo que sí. Barthélemy es un hombre bastante talludo.

—No tanto como Othon —señaló Berenguer—. Además, Othon no habla latín.

—Hemos decidido que debes hacerlo tú, Raymond —anunció Gaillard—. Hablas latín, y tienes unos brazos y piernas tan larguiruchos que eres el que más se parece a un monje.

—¿Yo? ¡Oh, no!

—Sí —replicó Othon—. Lo único que tienes que hacer es entrar y abrir esa puerta, la que da a la *rue* de la Carreterie.

—¡No! —protesté, con la voz ahogada tras los pliegues de la túnica de la que ellos ya habían comenzado a tirar—. ¡No saldrá bien!

—Sí, ya verás. Tú puedes abandonar el convento en cuanto yo entre. Y ahora… —Othon desenfundó el cuchillo con una floritura (como correo del Papa, le permitían llevar un cuchillo para su protección)—, ahora te haremos una tonsura.

—¡No!

—Tenemos que hacerlo, Raymond —insistió Gaillard, agarrándome por espalda mientras Berenguer, sin dejar de reír, mantenía en alto nuestra antorcha—. Todos los monjes tienen tonsura.

—Espera… no… espera…

—Estate quieto. ¿O es que quieres perder una oreja?

—¡Espera, Othon! ¡Escucha! ¡Necesitas una navaja, no un cuchillo! Y tijeras… Necesitas unas tijeras… —Con un gran esfuerzo de voluntad, me solté de Gaillard y retrocedí, pero Othon me agarró de la muñeca—. ¡Ay, Othon!, esto nos llevará toda la noche. Tengo un pelo tan tupido y abundante… Espera, tengo una idea mejor.

—¿Qué? —preguntó Othon, frunciendo el entrecejo.

—Puedo fingir que soy un terciario. ¿Por qué no?

—Porque los terciarios no hacen votos —replicó Gaillard—. No son castos como los monjes.

—Sí. —Othon tiró de mí, me soltó la muñeca, me agarró por el cuello con un brazo y me obligó a agachar la cabeza—. Los monjes son más de fiar.

—¡Espera, estúpido! —Yo apenas podía respirar—. Si me tonsuras, todo el mundo lo sabrá. Mañana me mirarán y dirán: «¡Éste es el hombre que se ha hecho pasar por monje! ¡Es el hombre que se coló en el convento de las carmelitas para que su amigo pudiera dejar preñadas a todas las monjas!».

Othon aflojó el brazo y conseguí soltarme. Me erguí y me atusé los revueltos cabellos (que, como ya he dicho, formaban una abundante melena), mientras mis compañeros reflexionaban.

—Escuchad —dije—, vamos a hacer lo siguiente: tenemos que matar un perro o un pájaro y utilizar la sangre como disfraz. Me empaparé en ella y fingiré que estoy herido. ¡Puedo simular incluso que me han cortado el instrumento! Un convento de monjas no se negará a atender a un agonizante con túnica de terciario, sobre todo si le falta el pene.

Todo el mundo alabó el cambio de plan. Entre carcajadas, Othon acercó a mi entrepierna el cuchillo e hizo una oferta que nos habría librado de la necesidad de un perro muerto; pero yo rechacé su proposición, señalando que podrían inculparlo del asesinato de Guillaume Monier.

Entonces, nos fuimos a su casa y matamos uno de sus pollos.

¡Oh, qué vergüenza! ¡Oh, qué ignominia! Amigas mías, esta canción es una confesión de pecado. No me siento orgulloso de lo que hice aquella noche. Me llené de falsedades, como un mercader deshonesto; promoví la confusión y un reguero de perversidades. Y el más mortificante de todos mis recuerdos (que son incompletos y embrollados, habida cuenta de mi intemperancia), el más deshonroso de todos los actos por mí instigados fue nuestra visita a la casa de Othon. ¿Por qué? Porque no se puede matar un pollo en silencio, sobre todo si lo hacen cuatro borrachos, y sucedió que la mujer y las hijas de Othon despertaron. ¡Que Dios me perdone! Se apiñaron entre las sombras mientras Othon cortaba de un tajo el cuello del pollo elegido, dejando la marca del cuchillo en la mesa de la cocina. Cuando la sangre salpicó las paredes no dijeron nada, pero la más pequeña ocultó la cara en las faldas de su madre y la mayor se estremeció, como cada vez que alzábamos la voz.

El padre no les dio explicación alguna. Era el dueño y señor indiscutido de la casa. Sólo cuando me hubo pringado con la sangre pareció advertir la presencia de su mujer, y le arrojó el animal pidiéndole que lo pelase, lo destripase y lo cocinase para la cena de la noche siguiente.

Al cabo de poco nos marchamos y nunca más he vuelto por allí. ¿Cómo tendría la

osadía de volver a mirar a la cara a esas niñas? ¿Sabéis que vacié mi vejiga contra el muro del corral? Soy un pecador, que Dios me perdone. Mi alma es un estercolero y mi moral es como broza al viento.

En aquel momento, sin embargo, no sentí vergüenza. El vino me daba una falsa valentía. Mientras me acercaba al convento de las carmelitas, no podía contener la risa, porque Othon me había dado el cuello y el buche del pollo pelados para que los agitara ante las monjas; parecía creer que aquellos restos ensangrentados podían pasar por unos genitales cortados. Tambaleándome por el peso de los largos faldones empapados en sangre y el efecto de tanta bebida, todavía me debilitaban más los espasmos de risa incontenible que me llenaban los ojos de lágrimas y me impulsaban a buscar el apoyo de cuanta pared encontraba. Entonces, ya cerca del pórtico del convento, me abandonaron mis amigos, que se llevaron la antorcha.

Así pues, me vi obligado a caminar a tientas como un ciego, sacudido por ataques de hilaridad.

—¡Auxilio! —grité al llegar al portón de madera—. ¡Socorro! ¡Un asesinato! ¡Acogedme, dejadme entrar!

¿Me preocupaba la gente que dormía en las casas vecinas? Ni un ápice. ¿Se me ocurrió pensar que los oficiales del orden podían aparecer en cualquier momento tras la esquina? En absoluto. Grité y aporreé la puerta sin miedo ni compunción. Si mi voz sonaba insegura, no se debía a la alarma, sino a la risa reprimida; pero cuando mis súplicas fueron escuchadas, se me quebró una carcajada en la garganta. El sonido de un ronco, «¿qué sucede?», al otro lado de la puerta, me llenó de una intensa aprensión. «Esto es una locura», pensé y recuperé la sobriedad como si me hubieran caído encima grandes cantidades de agua fría desde una altura considerable.

Pero ya no había lugar para la retirada. Tenía que continuar.

—¡Auxilio! —dije con voz entrecortada—. ¡Por favor! ¡Criminales, asesinos! ¡Socorro!

Se abrió una cancela y por el hueco se coló luz. Yo me había arrodillado y sin lugar a dudas, mi rostro había palidecido debajo de las manchas de sangre que lo desfiguraban. Además, sudaba profusamente.

—¿Quién sois? —preguntó una mujer entrada en años—. ¿Qué queréis? —No veía bien sus rasgos, pero sí lo suficiente para advertir que era fea como un sapo muerto y más vieja que Matusalén. Las porteras de los conventos de monjas son siempre muy deslucidas y ha de ser de este modo, puesto que son las que deben conversar con los hombres.

—Por favor —supliqué con voz trémula—. Abrid la puerta. Soy un sirviente de Dios. Un hermano lego. ¡Me estoy muriendo! ¡Me han castrado!

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó la mujer tartamudeando. Yo me dejé caer hacia delante y, ya tumbado, permanecí absolutamente inmóvil. Mejor fingirme

inconsciente, pensé, que arriesgarme a despertar sospechas, ya que no confiaba en mi capacidad de hablar y comportarme como si estuviera agonizando.

Que la sangre hable por sí misma, decidí.

Debo confesar que recé a Dios, mientras esperaba. Recé, no para que me admitieran en el convento, sino para todo lo contrario; recé para que me dejaran abandonado en la calle. Si Othon miraba, escondido en la oscuridad, vería que nuestro plan había fallado, pero no por culpa mía. Vería que yo no era un cobarde. Y, mientras pasaba el tiempo, incluso empecé a albergar esperanzas de que mis plegarias hubiesen sido escuchadas. La puerta permaneció cerrada y la portera se quedó callada. Estaba a punto de levantarme y marcharme a hurtadillas cuando oí pasos, sonidos metálicos y chirridos. Luego, oí voces de mujer.

—Ahí, está ahí.

—¡Oh, cielo santo!

—¿Podéis levantarlo? ¿Volverlo boca arriba?

—Creo que deberíamos llevarlo dentro.

Las olía y notaba sus manos suaves, pero no me atrevía a abrir los ojos. Eran tres en total, y una de ellas era la anciana portera. Las voces de las otras dos indicaban que eran más jóvenes. El susto las hacía torpes y la prisa, negligentes, por lo que me dejaron caer varias veces y, en uno de los tirones y sacudidas, se me soltó el cuello del pollo, que cayó al suelo.

Un penetrante chillido casi me ensordeció.

—¡Silencio, hermana!

—¡Mirad, mirad eso!

—¡Que el señor se apiade de nuestra alma!

—¿Es un… un…?

—Recogedlo, deprisa.

—Oh, no…

—¡Utilizad el pañuelo! ¿Dónde tenéis el pañuelo?

—Se ha quedado en… se ha quedado en…

—Bien, dejadme a mí.

Noté una carne suave en las plantas de los pies y en la coronilla. Unos dedos ahusados me agarraron por las axilas. Entre jadeos y gruñidos, las mujeres me llevaron al interior del convento, que olía a humo, a cloaca y a piedra húmeda. El recorrido fue breve y acabó cuando me dejaron caer sobre un banco bajo que crujió bajo mi peso.

—Id a buscar a la abadesa. Hay que decírselo.

—Id vos. Nosotras nos quedaremos con él. Ninguna de nosotras debe quedarse sola.

—¿Está vivo? ¿Respira?

—Por supuesto que sí. Y llevaos consigo esa… esa cosa.

—¡Oh, no!

—Sí. Lleváosla. No la quiero en mi habitación.

Así que ésta era la habitación de la vieja, pensé. Debía de ocupar una pequeña celda cerca de la entrada principal. A aquellas alturas, los latidos de mi corazón me ensordecían y quería marcharme de allí desesperadamente. Mi valentía había huido como los ciervos que no encuentran pastos. ¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Qué me había poseído? Deseaba abrir al menos un ojo, un poco apenas, a fin de ver lo que me rodeaba (¿había cerca alguna vía de escape?), pero temía llamar la atención porque creía que mi mejor esperanza, la única posibilidad de eludir la captura, sería recurrir al elemento sorpresa.

—¿Deberíamos intentar contenerle la hemorragia? —susurró una voz llena de ansiedad muy cerca de mi cabeza.

—No —reconocí la expresión arisca de la portera—. Dejadlo.

—Pero…

—Los padres sabrán lo que hay que hacer. No sería propio, con esa herida, en ese lugar…

—¿Se lo dirá la abadesa a los padres? —preguntó la joven y, en aquel momento, advertí que se referían a los monjes de la Orden de los Agustinos Descalzos, cuyo monasterio estaba en las inmediaciones del convento—. ¿Llamará al hermano enfermero?

—Quizá.

—Espero que sí. Espero que se lo lleven. ¿Creéis que morirá?

—Eso sólo Dios lo sabe.

—No debe de ser un monje, ¿verdad? No está tonsurado.

—Ha dicho que era un hermano lego.

—¿Un hermano lego? ¿De cuáles?

—No lo sé.

—Ahora tal vez se haga monje, como Abelardo.

—Callad, hermana. No deberíamos hablar, sino rezar por su alma inmortal.

El tiempo pasaba y yo ya no podía esperar más. Cuando la paz descendió sobre mí, tensé brazos y piernas, me moví imperceptiblemente y respiré hondo. Abrí los ojos y…

—¡¡¡Aaaug!!!

Estuve a punto de matar a aquellas pobres mujeres, os lo juro. Que Dios me perdone, casi se murieron del susto. Aullando como un dragón, me levanté de un salto y salí corriendo, y ellas se quedaron tan pasmadas que no pudieron evitar mi huida. Salí por la puerta, que estaba abierta, y me lancé a la carrera por el pasillo. Crucé a ciegas el jardín de un claustro y advertí que me había perdido en el interior

del convento. Estaba absolutamente desorientado. ¿Adónde había ido la calle? ¿Dónde estaba la entrada? Parecía alejarse de mí cada vez más. En efecto, me estaba moviendo en dirección contraria.

Vi muchas puertas, pero no la que deseaba. Atisbé ventanas y lámparas de luz vacilante; vi columnas labradas, vi una cara asombrada y oí un grito. Di media vuelta y choqué con el pie de una lámpara que cayó al suelo de piedra con el estruendo de una campana. Mi propia respiración me silbaba en los oídos. Perseguido por voces airadas y pasos apresurados, huí más deprisa que un conejo acosado, pero no había armarios ni baúles en los que esconderme y las camas que vi estaban todas ocupadas. Las mujeres me chillaban desde las sombras. Las paredes retrocedían ante mí y las escaleras casi me hacían caer. La luz era tan escasa en algunos lugares, que me golpeé con frontones, esquinas y jambas de puertas.

Al final, como por milagro, llegué a la cocina. Allí había una arqueta lo suficientemente grande para mi cuerpo delgado, pero no tenía tapa. El hogar era enorme, construido en la pared en forma de chimenea, y me habría servido para ocultarme si no fuera porque contenía un buen montón de ascuas al rojo vivo. Había barriles y cestos y un horno de pan, pero también una criada, que dormía sobre la mesa y se movió cuando la rocé al pasar.

Al otro lado de la mesa, sin embargo, vi una puerta y más allá de ésta, una huerta de verduras. Distinguí formas vagas al claro de luna: hileras de matas oscuras y filamentosas de un par de palmos de altura, elevados muros de piedra y herramientas abandonadas. No era una huerta muy grande y los árboles frutales plantados en su contorno eran todavía demasiado jóvenes para poderme esconder en ellos, pero contenía también un estercolero, y aquello fue mi salvación. Me arrojé a él y me enterré en sus fétidas entrañas como un gusano.

Sí, amigos, tenéis ante vosotros un hombre que una vez pasó la noche en un muladar.

¿Es preciso que diga que fue la noche más larga de mi vida? ¿:Es preciso que diga que tal vez habría sido preferible la muerte? Yací acurrucado en un pestilente amasijo de gusanos, estiércol y restos de comida, mientras unas voces apremiantes y unos pasos apresurados me indicaban que la persecución proseguía. Oí hablar a unas mujeres, luego a unos hombres, y deduje que éstos debían de ser los agustinos descalzos. Allí tumbado, tapándome la nariz, recé para que, si empleaban perros, la pestilencia del estercolero les impidiera descubrir mi rastro. En una ocasión, los que me daban caza se acercaron tanto que los oí con toda claridad. Un hombre de voz profunda dijo:

—Debe de haber saltado por encima del muro. No es demasiado difícil.

—¿Cómo? —inquirió una voz de mujer, y su compañero le explicó que en el peral más alto había un punto de apoyo para el pie desde el cual uno podía agarrarse a

una piedra que sobresalía en la esquina, lo cual permitiría a su vez impulsarse hacia arriba y saltar al otro lado de la tapia.

—Pero ¿así, tan oscuro? —dijo la mujer, dubitativa.

—Hay luna —replicó la voz profunda, y se alejaron, por lo que no oí nada más, aunque tampoco me hizo falta.

Durante un buen rato, el huerto permaneció silencioso y empecé a albergar la esperanza de que las monjas hubieran desistido en su empeño. ¿Podía intentar una fuga? Cuando me llegaron los tañidos de las campanas y los cantos de los pájaros, comprendí que no me quedaba otra opción. El amanecer se acercaba: las hermanas despertarían y comenzaría la actividad. No podía aguardar más.

Por fortuna, había oído instrucciones minuciosas sobre cómo se podía conseguir una rápida retirada. Después de salir a rastras de mi refugio, me encaramé al peral más alto, encontré la piedra que sobresalía en el muro y casi me lisié cuando me dejé caer para dar con mis huesos en la *rue* de la Carreterie. (Fue, os lo aseguro, una caída muy larga). Nadie presenció mi torpe ascenso, ni el descenso más torpe aún que lo siguió: tuve la suerte de pasar inadvertido. Clareaba ya y se oía un ruido metálico de cacerolas y llantos de niño detrás de los postigos cerrados de las ventanas. Mientras regresaba a casa renqueante, cubierto de una capa de porquería, adelanté en la calle a un hombre de ojos turbios que se afanaba con lo que parecía ser un saco de harina.

Me miró como si tuviera ante sí una visión milagrosa.

¿Y qué aconteció cuando llegué a la casa de mi madre? No más de lo que cabía esperar. Para empezar, me abrió la nodriza de mi cuñada, que ya se había levantado y estaba encendiendo el hogar. Alazais también estaba despierta, acunando a su hijo, y su asco ante mi apariencia… Bien, dejadme que os diga que lo expresó con intensidad, tanta que despertó a mi madre y también a Barthélemy.

Cuando me acerqué a él, lo encontré sentado en la cama, todavía medio dormido.

—¿Barthélemy?

—¡Buf! —profirió con voz ronca—. Por el amor de Dios, ¿que… que…?

—¡Fuera! —gritó mi madre desde la cocina—. ¡Raymond, por favor, sal de aquí! ¡Esto huele como una curtiduría! ¡Ve a lavarte!

—¡Que los santos del Cielo nos protejan! —exclamó Barthélemy, tapándose la nariz al tiempo que me miraba con unos ojos como platos—. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué os ha sucedido? ¿De quién es esa sangre? ¿Estáis herido?

—Barthélemy —empecé a decir. Respiré hondo—. Disculpadme, pero yo… hum… Ya sé que es imperdonable pero…

—¿Qué?

—Barthélemy, si me observáis de cerca, veréis que… bueno, que tomé vuestra ropa prestada.

Canto V

Mi madre declaró irrecuperable el hábito de Barthélemy. Aunque lo tuviera a remojo con especias durante una semana, dijo, seguiría oliendo a estiércol y manchado como el suelo de una carnicería. Además, durante mi aventura nocturna (de la que mi madre no sabía nada, salvo que debía de haber hecho algo vergonzoso) había sufrido desgarrones en varias partes, que serían difíciles de remendar. Aquello, anunció mi madre, ya no era un hábito: era un harapo y había que deshacerse de él.

Por desgracia, también era lo único que tenía Barthélemy para cubrirse, además de la capa. Por lo tanto, me vi obligado a ofrecerle ropa mía, y, tal era mi mortificación por lo ocurrido, que escogí para él una de mis prendas más valiosas: no mi indumentaria de las festividades, he de reconocerlo, pero sí una túnica de fina lana flamenca, teñida de escarlata y forrada de seda. Aunque le quedaba un poco justa de hombros y algo corta de falda, lo favorecía enormemente. Con todo, Barthélemy puso reparos.

—Es demasiado rica —protestó—. No soy un caballero, ni un obispo. Soy un hombre humilde.

—Os aseguro, Barthélemy, que un noble o un obispo despreciarían una prenda como ésta. Ésa seda es barata. Y eso es tafetán, no brocado.

—Yo jamás he llevado seda.

—Pues va siendo hora de que empecéis.

—Pero san Francisco no llevaba ropas ricas. Y Cristo, tampoco.

—¿Desde cuándo sois vos san Francisco?

—No puedo ponerme esto —insistió, terco—. ¿No tenéis otra cosa?

Derrotado, busqué otra prenda más a su gusto, un sayo pardo, deshilachado y muy sencillo. Cuando se lo hubo puesto, nos dirigimos a la oficina de la Penitenciaría Apostólica. Caminamos en silencio, pues temía que mi cliente estuviese desencantado conmigo (¿quién podría reprochárselo?). Sin duda, él también encontraba ofensivo mi olor, pues, a pesar de haberme bañado en caros aceites perfumados, seguía despidiendo un leve hedor a excrementos. De hecho, mientras esperaba a que me recibiera el Dispensador, pude disfrutar de todo un banco para mí solo. Ni siquiera el tufo a orines de gato que allí reinaba podía disimular la desgraciada consecuencia de una noche pasada en un muladar.

Con respecto a la apelación de Isoard Calverie, no esperaba un resultado favorable. Ganar al Santo Oficio… Eso era pedir un imposible, bien lo sabía. Desde luego, había hecho cuanto estaba en mi mano. Desafiaría a cualquiera a que escribiese una petición de forma más competente, dadas las circunstancias. Pero donde muchos hombres ricos e incluso la realeza habían fracasado, pocas esperanzas podía albergar yo de tener éxito. O eso creía.

Imaginad, pues, mi asombro, mi incredulidad, cuando allí mismo recibí del religioso una carta que concedía a Isoard Calverie la exoneración del resto de su sentencia. (Naturalmente, la medida iba acompañada de ciertas importantes provisiones relativas a la casa del primo). Os aseguro que casi me desmayo. Apenas fui capaz de balbucir una palabra de gratitud.

Tal fue mi sorpresa, que no dirigí un comentario a Barthélemy hasta que el Dispensador nos puso en la calle. Sólo entonces miré a mi acompañante, con los ojos como platos.

—¡Lo hemos conseguido! —le dije.

—¿Estáis seguro?

—Creo que sí. Aquí dice…

Eché un breve vistazo al documento que tenía en las manos y leí en voz alta (en la lengua del vulgo) varias frases inequívocas: «Con piadosa intención…», «en reconocimiento de su acendrada piedad…», «por la presente absuelvo de las cadenas del ejercicio penitencial…».

—La carta va dirigida a Pierre-Julien Fauré —señalé—. Es una instancia para que se exonere a Isoard Calverie de nuevas peregrinaciones.

—Dejadme ver.

No se me ocurre por qué habría de querer verla, ya que Barthélemy era iletrado, pero dado que la carta era más suya que mía, se la entregué y lo vi estudiar con admiración y reverencia la firma del Gran Penitenciario. Alrededor de nosotros discurría el tráfico matinal de carretillas de mano y mulas de carga, clérigos y buhoneros, hombres y mujeres, que nos empujaban con impaciencia cuando nos resistíamos a apartamos. Para la atención que les prestábamos, aquellas multitudes apresuradas bien podrían haber sido hojas caídas que arrastraba el viento.

—¡Loado sea Dios! —exclamó Barthélemy finalmente, y levantó la mirada—. ¡Es un milagro!

—Sí que lo es.

—Nunca pensé que… ¡Loado sea Dios! ¡Sois un agente del Señor!

—Bueno, no creo yo que…

—Es un milagro —repitió, tocando el documento con dedos reverentes—. Raymond, esto es prueba del amor de Dios. No debemos perder jamás la fe en Su misericordia.

—Pero, sobre todo, nunca debemos perderla en la codicia del Papa —repliqué. Sin embargo, a pesar de mi corrosivo comentario, sentía mi corazón triunfante. Dándole unas palmaditas en la espalda, sugerí que había llegado el momento de celebrarlo.

—¿Hace una copa en El Gallo Negro? Una jarra y un bocado, ¿qué os parece?

Cuando oyó la propuesta, me lanzó una mirada de reproche.

—¡Oh, Raymond! —me dijo—. ¿Dónde tenéis la conciencia? Deberíais estar encendiendo un cirio en la iglesia en vez de pensar en darle al vino en la taberna.

—Pero…

—Dios nos ha concedido un milagro en este día. ¿Es así cómo se lo agradecéis, gastando vuestro dinero en vino barato?

—En absoluto. Si convidara a Dios a tomar una jarra, la pediría de la mejor añada.

—¡Oh, Raymond!

—Además, amigo, en este milagro ha participado más gente. No ha sido Dios el único que lo ha obrado. Yo, por ejemplo, he tenido algo que ver, ¿recordáis? Y merezco una recompensa por mis cuitas.

Barthélemy movió la cabeza con un suspiro.

—Debéis procurar por vuestra salvación —dijo—. ¿Qué sacaréis de tanta francachela, sino infelicidad? ¡Infelicidad eterna!

—El sino del hombre es sufrir —fue mi réplica—. ¿Por qué no divertirse mientras uno puede?

—Porque es pecado. Porque os llevará a la condenación.

—¿Una jarra de vino y me condenaré?

—Por ahí se empieza.

—A esta hora tan temprana, no, amigo mío.

—Venid conmigo —me instó Barthélemy—. Venid y encended una vela.

—Sólo si antes venís vos a El Gallo Negro.

A regañadientes, aceptó. Tal vez pensó que me debía un pequeño trago, al menos. Pero cuando llegamos a nuestro destino, nos recibió Beatrice, que nos dijo con asombro contenido:

—¿Os habéis enterado?

—Enterado, ¿de qué? —inquirí, temiendo que fuera a embarcarse en un relato de mi propia y lamentable irreverencia en el convento de las carmelitas.

—Sybille acaba de contármelo. —*Na* Beatrice se secó las manos en la falda y señaló a su sirvienta, que andaba pasando la escoba—. Se lo ha contado su hermano esta mañana, en el mercado, y a él se lo ha dicho alguien que lo oyó de uno de los frailes agustinos…

—¿Qué? —exclamé con un nudo en la garganta—. ¿De qué te has enterado? ¿Qué sucede?

Beatrice arqueó una ceja y me miró con curiosidad.

—¡Pues que ha habido otra mutilación de genitales! —anunció—. Anoche.

Dios nos asiste, pensé.

—Aunque esta vez —continuó Beatrice—, el hombre no ha muerto. Todavía.

Peor que peor.

—En este momento —terminó de explicar—, yace a las puertas de la muerte en su abadía, el pobre.

—¿Eh? —Me quedé algo perplejo—. ¿Qué significa eso?

¿Quién es?

—Un monje, dicen. —*Na* Beatrice debía de haberse percatado de mi agitación, porque me dirigió una mirada inquisitiva, cruzando los brazos—. Un novicio, apenas un muchacho. Lo han encontrado en su celda esta mañana. Naturalmente, puede que todo sean habladurías. Sólo te cuento lo que me han dicho.

Barthélemy perdió los estribos.

—¡Ésta ciudad es la morada del pecado! —murmuró—. ¡Que Dios tenga misericordia de ella!

—¿Y te han contado algo más? —pregunté a nuestra mesonera, casi ebrio de alivio al observar que no parecía haber corrido una sola palabra de mi aventura—. ¿De lo sucedido, de anoche?

—No, nada. Muy extraño, ¿no es verdad?

—Mucho. —Y muy oportuno, además, pues la aparición de un novicio castrado se consideraría, indiscutiblemente, más importante que la de un intruso castrado… cuya existencia, en cualquier caso, los frailes y monjas tendrían buen cuidado en ocultar, sabedores de que los intrusos siempre daban mala fama a los conventos.

—¡La ciudad está dejada de la mano de Nuestro Señor! —proclamó Barthélemy, y giró en redondo. Cuando le pregunté adónde iba, me respondió que a poner una vela. Ningún argumento logró convencerlo de que abandonara la idea.

Supongo que cada cual tiene su manera de afrontar los sucesos desagradables o las sorpresas repentinas. La de Barthélemy consistía en retirarse a rezar; la mía, en ahogar la sensación de incomodidad en entornos sociables, entre buenos amigos.

En este aspecto, por lo menos, apenas he cambiado desde mis tiempos de Aviñón.

SEGUNDA PARTE

Canción del sodomita

Canto I

Amigos míos, mirad a vuestro alrededor. ¿Qué veis? ¿Un campo de ortigas y una mina de sal? ¿El vientre del infierno? ¿Las espinas estériles de la pasión? Todo esto y más, o eso dicen los clérigos. El vino es escarnecedor; la cerveza, alborotadora: esto es lo que nos cuentan. Nos castigan porque somos unos borrachos, unos jugadores, porque disfrutamos de la compañía de mujeres desconocidas… En resumidas cuentas, nos castigan por todo lo que ofrece una taberna. ¡Oh, pecadores, todos los presentes aquí, en este acogedor salón, estamos condenados! El fuego está condenado. El vino está condenado. La comida está condenada. Y tres veces condenado está el humilde servidor que se encuentra ante vosotros y canta canciones lascivas sobre las muchas y perversas maneras en que puede utilizarse la herramienta más preciada del hombre en las artes amatorias.

Ahora, mirad otra vez. ¿Veis entre nosotros a algún monje de hábito blanco? ¿Veis alguna cabeza tonsurada en vuestra mesa? Por supuesto que no. ¿Y por qué? Porque en una taberna como ésta mora el pecado. No es lugar para un monje ni cualquier otro sirviente de Dios. El mismo san Francisco, por más que besara a leprosos, nunca habría cruzado este umbral, me temo. Hay ciertas profundidades a las que ni siquiera un santo ha de descender.

Y sin embargo, una noche, poco después del atardecer, un fraile vino a oírme cantar en El Gallo Negro de Aviñón. Acababa de concluir una animada pastorela que había hecho danzar a las mismísimas mesas y cuya floritura final había sido acogida con una tormenta de aplausos. Pero mientras alargaba la mano en busca de una jarra de vino con la que apagar mi sed, vi en una esquina a un hombre que estaba sentado muy quieto, con las manos en reposo entre las rodillas. Su hábito blanco y negro me indicó que era un fraile dominico. «¿Qué estará haciendo aquí?», me pregunté. Y poco después descubrí la razón, pues Beatrice (que, como buena mesonera, había averiguado lo que quería) se me acercó con un mensaje del insólito visitante.

—El monje quiere hablar contigo —dijo.

—¿Conmigo?

Beatrice asintió.

—¿Estás segura? —Me volví hacia el dominico y nuestras miradas se encontraron —. ¿Y qué quiere de mí?

—Pregúntaselo tú.

Y así lo hice. Crucé la estancia, rehuyendo por el camino afectuosas palmadas en la espalda y saludos, y llegué al banco en el que el monje se había sentado. Era un hombre pequeño, pálido y tonsurado; vestido de otra manera no me habría llamado la atención, porque tenía el cabello deslustrado, el rostro absolutamente corriente (en casi todos los aspectos) y un aire ratonil; pero cuando me miró, vi que sus ojos eran

muy extraños, grandes y rasgados, y tan oscuros que casi parecían mates. No alcancé a leer nada en ellos, ni en aquel momento ni en ningún otro.

—¿Sois Raymond Maillot? —me preguntó en voz baja y suave.

—Sí, lo soy.

—Mi nombre es Amiel de Semur y deseo hablar con vos.

—Hablad pues.

—En privado. —Miró alrededor, a la ruidosa parroquia—. Éste no es el lugar adecuado.

—¿Deseáis contratarme? —pregunté. Si no era para esto, no me apetecía volver a casa. Él asintió—. Entonces —le dije—, iremos a mi habitación.

El monje accedió y salimos de la taberna. Camino de la casa de mi madre nos cruzamos con varias personas a las que conocía (entre las que se contaba una dama de vida alegre), pero se abstuvieron de saludarme al reparar en la tonsura de mi acompañante. Éste guardó silencio en todo instante, a excepción de un par de comentarios, uno sobre la climatología y otro acerca del poco tiempo que llevaba en Aviñón. En los dos casos, habló respondiendo a una pregunta mía.

Cuando mi madre abrió la puerta y se lo encontró de frente, casi se postró ante él. Los demás miembros de la familia, al verle entrar, se levantaron todos a una. Se mostraron amables en grado sumo: «padre», esto, y «padre», lo otro. El hombrecito fue cortés pero lacónico y declinó un refrigerio con una sonrisa. Al final, pude llevármelo a mi alcoba, que estudió sin pestañear y con expresión inescrutable.

Le ofrecí asiento en mi silla del escritorio.

—Gracias —dijo. A continuación, sacó de una bolsa que llevaba a la cintura un pliego de pergamino doblado—. Antes de que comencemos, tal vez deberíais leer esto. Como veréis, vengo a vos en nombre de la más alta autoridad.

El documento era una bula papal. Con creciente asombro, leí que el hermano Amiel de Semur había sido designado para realizar una investigación sobre las acusaciones de brujería presentadas por Lothaire Lagarrigue contra Masseo di Vico.

—¿Di Vico? —pregunté—. ¿Está emparentado con…?

—¿Con el cardenal? Sí, son hermanos. Masseo di Vico es también el médico del cardenal. —Tras recuperar a suaves tirones el documento que yo tenía en las manos, el padre Amiel lo dobló cuidadosamente y volvió a introducirlo en la bolsa. Fue entonces cuando advertí que sus manos eran muy hermosas, de finos contornos y movimientos ágiles y precisos—. Habréis observado, maese Raymond, que se me ha ordenado proceder sumariamente: *«summariae et de plano strepitu et figura judicii ac omni apellatione cesante*». En otras palabras, se me ha ordenado que emplee el procedimiento legal de *inquisitio*, el cual requiere un cierto número de interrogatorios e investigaciones. Es preciso entrevistar a los testigos. Hay que interrogar a los sospechosos y transcribir sus confesiones. Por lo tanto, he recibido unos fondos para

que contrate a un escribano, que debe dedicar todo su tiempo a este asunto. —El monje me traspasó con su mirada oscura e impenetrable—. ¿Podéis dedicar todo vuestro tiempo a este asunto, maese Raymond?

Como no tenía otro trabajo ni perspectivas de hallarlo, le respondí que sí, ante lo cual, el padre Amiel asintió.

—No espero menos —dijo—. Para ser franco con vos, no erais mi opción preferida, pero todos los demás escribanos eficientes que me habían recomendado estaban ocupados o no podían dedicarme todo su tiempo. El cardenal Orsini os calificó de experimentado pero poco fiable. Dijo que sabéis escribir con las dos manos. ¿Es eso cierto?

—Sí —respondí.

—¿Sin emborronar de tinta con la zurda?

—Si la mantengo en determinada postura, no.

—Admirable —el monje asintió de nuevo—. El cardenal Orsini también dijo que no siempre sois puntual y que, en ocasiones, os habéis presentado en su tribunal medio borracho. ¿Es eso cierto?

Por extraño que parezca, el dominico hablaba con cierto desapego, sin el más leve asomo de desaprobación. Sin embargo, me revolví en la banqueta porque siempre había dedicado mi vida a las juergas y a las borracheras, y la había culminado con un incidente tan poco edificante como el acaecido hacía poco más de dos semanas, el del cuello cortado de pollo y el convento de las carmelitas.

—Sí —murmuré.

—Lamentable. Sin embargo, trabajasteis para el cardenal Orsini hace un año y ahora sois algo mayor. ¿Cuántos años tenéis?

—Veintiséis.

—Entonces, debéis de haber abandonado las locuras juveniles hace ya tiempo. —Aunque el padre Amiel no dijo nada más sobre al asunto, en cierto modo noté que, si desde aquel momento en adelante exhibía cualquier debilidad, me quedaría sin empleo antes de que los vapores del vino desaparecieran de mi aliento—. Y ahora, en lo que a mi historia se refiere, fui prior de una casa en Pamiers…

—¿De veras?

—… antes de ser nombrado inquisidor de la depravación herética en Beziers. Abandoné ese cargo hace algún tiempo debido a problemas de salud y desde entonces me he dedicado a escribir la historia de la Orden de los Dominicos. Pero, al parecer, el Santo Padre necesita un servidor con mis aptitudes y conocimientos, por humildes que éstos sean. —Aquí, el monje hizo una pausa como si ordenase algunos datos en la mente y sus ojos recorrieron las columnas de registros que se apilaban en el suelo antes de volver a mirarme—. Tal vez debería explicar lo que piensa el Santo Padre de esto —prosiguió—. Como probablemente sepáis, los inquisidores de la depravación

herética sólo están facultados para investigar, por medio de la *inquisitio*, casos de herejía o supuesta herejía. ¿Lo entendéis, verdad?

Al ver que esperaba algún tipo de respuesta, asentí.

—Las acusaciones de hechicería, por lo tanto, no son de su jurisdicción… a menos que el caso claramente huela a herejía manifiesta. No obstante, el Santo Padre cree que ha de definirse de forma más estricta la relación entre magia y herejía, y por ello ha convocado en Aviñón a cinco obispos, tres maestros de teología y unos cuantos clérigos eruditos a fin de discutir la cuestión. Hasta que este consistorio entregue su decisión sobre el papel del Santo Oficio, una acusación como la que se ha presentado contra Masseo di Vico deberá investigarse por medios distintos de los que ofrecen los inquisidores de la depravación herética.

Una vez más, el padre Amiel hizo una pausa, durante la cual me esforcé en parecer inteligente. Tal vez lo conseguí —a pesar de mi completa confusión—, porque prosiguió, con más confianza:

—Quizá recordéis que, dos años atrás, el papa Juan ordenó una investigación de los crímenes de un hombre llamado Tomás el Germano. Tomás fue acusado de adivinación, de invocar a los espíritus y de otras perversidades monstruosas. En este caso, se encargó de realizar las averiguaciones una comisión que formaban el obispo de Fréjus, un prior y un preboste. En la presente ocasión, sin embargo, el Papa cree que es necesaria cierta experiencia en el campo de la herética para que el caso sea estudiado adecuadamente.

—Y por eso os ha elegido a vos —me aventuré a decir.

—Por eso me ha elegido a mí, pero debéis comprender, maese Raymond, que no estoy dotado de facultades para actuar como un inquisidor de la depravación herética. Yo no tengo… ¿cómo decirlo?, la libertad sin cortapisas que posee el Santo Oficio. En lo referente al procedimiento, existen ciertas limitaciones. En casos de herejía, el acusado no puede acogerse a ciertos derechos que se permiten en el *ordo juris* usual. La brujería es otro asunto. De momento, la brujería ha de tratarse como casi todos los demás delitos.

Nervioso, me pregunté de qué estaba hablando.

—¿Y esto qué significa? —pregunté—. ¿Que no hay tortura?

Parpadeó y esbozó una plácida sonrisa. (Tenía los dientes muy estropeados).

—Oh, hijo mío —dijo—, yo nunca he recurrido a nada por el estilo.

—¿En serio? —Me alegraba oído—. Bien.

—Me refiero simplemente a esos derechos relacionados con la difamación, la mención de testigos, la comunicación de las pruebas… Pero estas cosas no son de vuestro interés. —Hizo un ademán con la mano y yo me distraje con la delicadeza del movimiento. Cuando uno habla por primera vez con una mujer guapa de verdad, resulta difícil concentrarse en sus palabras porque el rostro absorbe todo el interés, y

era esto lo que me sucedía cuando el padre Amiel movía las manos. Atraían la mirada como una torre en una viña—. Permitid que os explique los pormenores de este asunto —prosiguió—. Tal vez recordéis que hace dos semanas, aproximadamente, fue asesinado el camarero del cardenal Di Vico.

—¡Sí! —Sorprendido, di un respingo en el asiento—. Lo asfixiaron y le cortaron los genitales. Lo recuerdo muy bien. Y alguien me contó que el condestable había detenido a toda su casa.

—A sus sirvientes, sí —convino el dominico—. Se arrestó a todos los que dormían en la casa, pues la única puerta estaba cerrada por dentro, como siempre, y ninguna de las ventanas tiene el tamaño suficiente para que quepa por ellas ni siquiera un chiquillo. Por lo tanto, parecía que el culpable tenía que haber sido alguien de dentro.

»Bien, eran seis las personas que compartían la vivienda con el muerto, y una de ellas era su escribano personal. Los otros cinco estaban al servicio del cardenal: tres amanuenses, un portero y otro escribano. Al ser interrogado, este último, cuyo nombre es Lothaire Lagarrigue, acusó a Masseo de haber echado una maldición al muerto. Así, el condestable, sabedor de cuánto preocupaban al papa Juan los actos de presunta hechicería…

—… tuvo demasiado miedo para investigado por su parte —concluí la frase, lo cual hizo que mi acompañante me lanzara una intensa mirada de curiosidad.

—Más o menos —dijo al cabo.

—Y ahora, vos debéis descubrir si a Guillaume Monier lo mató la brujería.

—Exactamente —replicó.

—¿Ha sido arrestado el hermano del cardenal?

—Todavía no.

—El condestable estaba demasiado asustado como para hacerlo él mismo, supongo.

—Muy posiblemente.

—Pero ¿por qué ese tal Masseo iba a querer matar a Guillaume Monier? ¿Había mala sangre entre ellos?

—Sí, la había.

Y el padre Amiel, en tono reposado, explicó lo que había relatado Lothaire Lagarrigue sobre las desavenencias que habían surgido entre Monier, camarero del cardenal Di Vico, y Masseo —hermano y médico de éste—, por causa de la dote de Emilia, la hija de Masseo. El cardenal (un anciano enfermo que estaba a merced de sus asistentes) había prometido donar a su sobrina la parte principal de la dote requerida para un matrimonio distinguido; sin embargo, Guillaume Monier, que administraba las finanzas y el patrimonio del purpurado, había puesto objeciones a la cantidad ofrecida en un principio. En cualquier caso, Masseo di Vico y él eran unos

implacables oponentes, porque Masseo estaba quejoso de la influencia que el camarero ejercía sobre su hermano. En la opinión del médico, la familia siempre ha de ser lo primero.

—Debéis comprender —dijo el dominico— que el cardenal Di Vico está muy debilitado, hasta el punto de que prácticamente carece de autoridad. El suyo es un caso que he presenciado numerosas veces, en muchos tribunales. Cuando un dirigente enferma, en su entorno siempre se da una lucha de poder, en este caso entre su familia y su principal consejero. La familia del cardenal Di Vico ha debido de tomarse muy mal la influencia de Guillaume Monier, cuyos poderes, que siempre fueron considerables, se han visto reforzados por la debilidad del anciano. La dote de Emilia no fue más que una batalla en la guerra, o eso he sabido a través de los rumores que circulan por palacio. No se enfrentaron por el dinero, sino por la mente del propio cardenal. Era una guerra, además, que Masseo parecía estar perdiendo.

—Y por eso decidió echar una maldición a Guillaume —comenté.

—Tal vez.

—¿Y hacer que lo matasen?

—Tal vez.

—Pero ¿por qué la mutilación? ¿Estaría relacionada con la brujería?

El padre Amiel extendió las manos.

—Los actos diabólicos de un nigromante —dijo— están más allá de la comprensión de los hombres píos. Tal vez los genitales cortados fuesen necesarios para otros ritos inicuos.

Sopesé sus opiniones con escepticismo. Todo aquello costaba de imaginar.

—Si me lo preguntáis, os diré que tal vez se los arrancara de un mordisco uno de sus sodomitas —comenté. Entonces, mientras el dominico arqueaba las cejas, lo puse al corriente de las habladurías que circulaban sobre Guillaume Monier.

Era obvio que no había oído nada acerca de las costumbres lascivas del camarero.

—¿Quién os ha contado eso? —preguntó cuando hube concluido mi relato.

—Oh, uno de los escuderos del cardenal Di Vico. Un joven llamado Gaillard.

—¿Y lo creéis?

—¿Por qué no?

—Es extraño que nadie se lo haya mencionado al condestable —dijo el padre Amiel, pensativo, dándose unos golpecitos en el mentón.

—Aparte de a Lagarrigue, ¿el condestable ha interrogado a alguien más?

—Sí.

—Bien… Si los amanuenses se han levantado los faldones para satisfacer a Guillaume Monier, no creo que vayan a reconocerlo. Y por lo que respecta a los demás, tal vez los hayan convencido de que hagan la vista gorda a cualquier cosa que se salga de lo corriente. O tal vez nunca hayan notado nada.

—Hum. —El monje se sumió en el silencio. Lo observé un buen rato y luego me dediqué a estudiar la bolsa de piel que había dejado a sus pies. Había cargado con ella desde la taberna y parecía contener documentos o tal vez un libro completo. Me pregunté si aquello tendría relevancia para mí.

—Creo que os reclaman —dijo el padre Amiel de repente.

—¿Qué?

Ladeó la cabeza y alzó un dedo. Sólo entonces advertí que el ruido procedente de fuera, del que hasta entonces había hecho caso omiso, lo ocasionaba alguna suerte de desacuerdo entre mi hermano y dos de mis amigos. Reconocí la voz de Othon, que pedía que me fueran a buscar.

—Mi hermano está con un cliente —gruñó Arnaud por toda respuesta.

—¿Y a mí qué me importa? —espetó Othon.

—Está ocupado.

—¡Y yo me estoy impacientando!

—Que Dios nos asista. Othon —murmuré con una maldición silenciosa. Ningún visitante habría sido menos bienvenido en aquel momento. Me puse en pie, me acerqué a la ventana de la alcoba y me asomé al exterior. Pese a la luz crepuscular, distinguí a Othon y a Gaillard delante de la puerta principal.

—¿Qué queréis? —les pregunté—. ¿Qué sucede?

Othon se volvió. Empezó a aproximarse a la ventana apoyándose en la pared de la casa. Estaba un poco bebido.

—¡Raymond! —gritó—. ¡Te necesito! ¡Tenemos que hablar!

—Mañana.

—Ahora.

—Tengo una visita.

—¿No será ese monje de la taberna? —exclamó, incrédulo—. Échalo a la calle, por el amor de Dios.

—¡Othon! —Terriblemente avergonzado, me volví al padre Amiel, que observaba en silencio. Parecía impertérrito.

—Deberías mantenerte alejado de los monjes —prosiguió Othon, a voz en grito. Debo explicar que, si bien desdeñaba a toda la clerecía (a excepción del Papa), Othon despreciaba especialmente a los monjes y sólo acudía a la iglesia los días festivos. No obstante, solía ser capaz de contener sus sentimientos, a menos que el vino le hubiera aflojado la lengua—. Los monjes traen muerte y destrucción —afirmó—. Sal y escucha lo que tiene que decirte Gaillard. Necesitamos tu ayuda, Raymond.

—Mañana —espeté. ¡Imaginad mi desespero, queridas damas! ¡Tenía en mi alcoba a alguien que había sido inquisidor de la depravación herética y Othon insistía en denostar la vida monástica!

—Ya hablaremos mañana, cuando se te haya pasado la borrachera.

—¿Qué? —rugió—. ¿Es antes un monje que tus amigos? ¿Qué estás haciendo ahí dentro? ¿Lo estás montando?

—¡Cierra la boca!

—Permíteme que diga unas palabras, Raymond —intervino Gaillard—. Sobre las monjas, ya sabes… —Hizo un gesto obsceno.

—Raymond, di a tus amigos que se marchen de aquí —intervino mi hermano—. No son bien recibidos.

—Es importante, Raymond. Gaillard tiene un plan estupendo…

—¡Ahora no! —grité—. ¡Ya me lo diréis mañana! ¡Y ahora, marchaos!

Tal vez lo mejor habría sido no hablar a Othon con aquella dureza. Tal vez habría tenido que pensármelo dos veces, porque se abalanzó sobre la ventana y me echó mano. Luchamos unos instantes y yo me resistí como pude a sus intentos de sacarme a la calle, pero mi fuerza no era como la suya y poco a poco me levantó del suelo.

Entonces, el padre Amiel me agarró por detrás. Fue un acto inesperado de valentía y se lo agradecí muchísimo. Aunque no sirvió de nada, porque, con una enorme contracción de sus poderosos músculos, Othon nos elevó a ambos por encima del alféizar.

De pronto, el monje y yo nos encontramos abrazados en el suelo.

Arnaud fue el primero en romper el horrorizado silencio que siguió.

—¡Que Dios nos asista! —exclamó con la voz entrecortada—. ¡Mira lo que has hecho! ¿Os habéis lastimado, padre?

—No —respondió el monje. Tras unos primeros instantes de aturdimiento, comenzaba a recuperarse. Se puso en pie y se sacudió el hábito con una actitud de absoluta calma.

Allí nadie más estaba tranquilo.

—¡Eres un papanatas, Othon! —farfullé—. ¿Estás loco? ¿Quieres que te encierren?

—¡Sí, deberían encerrado! —gritó mi hermano. Llegado este punto, los demás miembros de la familia se habían congregado detrás de él, boquiabiertos—. ¡Deberían exiliarlo! ¡Es un peligro para todos nosotros!

—Ha sido un accidente, padre —intervino Gaillard, nervioso—. Está enfadado con Raymond, no con vos…

—¡Oh, malditos seáis todos! ¡Si el monje quiere llevarme a juicio, que lo haga! ¡Ved cuánto me importa! —seguía rugiendo Othon mientras se alejaba y desaparecía al doblar la esquina del primer callejón, a lo cual siguió una calma pasajera.

Los que nos quedamos allí nos dedicamos a carraspear y cruzar miradas avergonzadas, salvo el dominico, que no parecía estar molesto en absoluto. Antes bien, era como si ya le hubiese borrado del pensamiento todo el incidente, porque tocó en el hombro a Gaillard levemente y le dijo:

—¿Os llamáis Gaillard?

—Pues sí.

—¿Sois el escudero del cardenal Di Vico?

Gaillard asintió en silencio y un tanto asustado.

—Me lo imaginaba —dijo el padre Amiel y, aunque no volvió a dirigirle la palabra en toda la noche, capté que el escudero había sido registrado, examinado e insertado en una suerte de catálogo privado, y creo que Gaillard también se dio cuenta. Cuando se escabulló furtivamente de la casa, parecía muy incómodo.

—Es un zoquete —dijo Arnaud al ver que se marchaba—, un patán. ¡Oh, padre! ¿Cómo podría pedirle disculpas? No son amigos míos…

—No tiene ninguna importancia.

—Deberían excomulgarlos —comentó Jeanne—. Ningún buen cristiano sacaría a rastras a un monje por la ventana.

—No tiene importancia —repitió el padre Amiel con firmeza. Cuando entró de nuevo en la casa, todo el mundo se hizo a un lado. En la cocina, hasta los perros parecían avergonzados. Alicaído y arrepentido, lo seguí hasta mi alcoba, donde farfullé unas confusas palabras de disculpa, pero él se había puesto a hurgar en su bolsa y parecía no haberse dado cuenta de que le estaba hablando.

—Esto tal vez os ayude —dijo sin preámbulos, al tiempo que sacaba de la bolsa una especie de libro—. Es un manual para inquisidores de la depravación herética. Aunque, como ya he señalado, no estoy autorizado para seguir estas directrices, el apartado dedicado a la práctica y al procedimiento quizás os resulte útil. Como es natural, prefiero que mis auxiliares, mis *familiares*, comprendan la estructura de mis interrogatorios.

—¡Oh! —dije, agarrando el códice cuidadosamente. Aunque no tenía tapas, pesaba muchísimo. Las manos de pliegos de pergamino estaban mal cosidas—. Gracias.

—El condestable ha dispuesto para mi uso una habitación de la cárcel —prosiguió el padre Amiel, desentendiéndose del libro como si nunca hubiese existido —. Haré las entrevistas allí. Mañana por la mañana pasaré a buscaros temprano. De aquí iremos a la casa del camarero, y de allí, a la prisión. ¿Hay alguna otra cosa que deseéis saber?

—Sólo cuánto pensáis pagarme.

—¡Oh! Desde luego…

Acordamos la cantidad sin conflicto alguno. Mis honorarios, aunque no espléndidos, serían suficientes. Por último, después de prometerle que no comentaría con nadie lo que presenciara durante el transcurso de la *inquisitio*, salimos a: la cocina, donde le ofrecí al padre Amiel una lámpara y mi compañía, porque fuera ya estaba anocheciendo. Aceptó la lámpara, pero declinó mi oferta de que lo escoltara

hasta el priorato. No quedaba lejos, dijo, y las calles del barrio eran bastante seguras.

Mi hermano protestó. Señaló que Othon podía andar todavía por las inmediaciones. Mi madre le ofreció pan, queso, sopa de ajo y una cama para pasar la noche. Jeanne le dijo, con brusquedad, que no fuera estúpida, que un monje no debía dormir en una casa llena de mujeres. Mientras discutían de todo aquello, el padre Amiel se escabulló en silencio, no sin antes cruzar una breve mirada conmigo.

—Ha habido un asesinato y un acto de hechicería, o eso se sospecha —comentó cuando los dos llegamos a la calle—. Tal vez las dos cosas no guarden ninguna relación, aparte de ser actos malévolos que glorifican al Enemigo inveterado de la humanidad. Sólo investigando la hechicería podremos saber si está relacionada con el asesinato.

—¿Y si no?

—Nuestro trabajo será arduo. No obstante, ya veremos adónde nos lleva el camino. —Levantó la lámpara—. Buenas noches, maese Raymond. Nos veremos por la mañana.

—Buenas noches, padre. Id con cuidado.

El monje asintió. Mientras observaba cómo se alejaba, deseé haber podido acompañarlo, aunque no porque temiera por su seguridad. A decir verdad, no me apetecía en absoluto reunirme de nuevo con mi familia. A veces, la actitud pendenciera de mi hermano era más de lo que yo podía soportar, pero pensé que, ahora que un fraile dominico me había contratado, tal vez se contendría un poco.

Así pues, cuando volví a entrar en la cocina de mi madre, lo hice con la esperanza en el corazón.

Canto II

Aquélla noche, me llevé a la cama el manual del padre Amiel y no tardé en caer dormido ante sus densos capítulos en latín, que, encabezados por títulos como *El método de la citación*, *Fórmula para el interrogatorio* o *Formulario de sentencia para entrega al brazo secular*, trataban de éstos y otros asuntos igualmente faltos de interés para mí. Me despertó poco después la llegada de Othon, que llamó a golpes a mis postigos para pedirme disculpas. Como podéis imaginar, me apresuré a aceptarlas. También conseguí convencerlo de que se marchara antes de que despertase a Arnaud, y se retiró tambaleándose a buscar la cama después de una conversación que no se prolongó en exceso, sobre todo si se tiene en cuenta que la mantenía con un hombre que había alcanzado ese punto de la borrachera que suele acabar en llorera.

Cuando volví a despertar, lo hice a instancias del ama de cría de mi cuñada, que me informaba de que el padre Amiel me esperaba fuera.

—¿Qué, qué pasa? —murmuré. Me sorprendió que en la habitación aún reinara la penumbra—. ¿Está lloviendo?

—No.

—¿Es muy temprano, entonces?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Todavía no ha salido el sol.

—¡Uf…!

Os ahorraré detalles de mis torpes preparativos, de mi apresurada limpieza matinal y de mi aspecto desordenado cuando salí al encuentro del dominico. ¿Debo precisar que él, en cambio, iba impecable y estaba más fresco que la leche recién ordeñada? Pero, claro, los frailes están acostumbrados a iniciar la jornada muy temprano: al fin y al cabo, no tienen a nadie en la cama que los entretenga.

—¿Habéis cogido vuestro recado de escribir? —se interesó después de saludarme.

—¡Oh! Pues no. Lo he olvidado.

—No importa. Yo traigo suficiente equipo para los dos. ¿Leísteis el manual?

—Todo, no —reconocí.

—Pues ya habéis superado mis expectativas —dijo con una sonrisa—. Acabar el prólogo ya es todo un logro. ¿Sabéis cómo se llega a la iglesia de San Pedro desde este rincón?

—Sí.

—Entonces, tened la bondad de llevarme. La casa del camarero está en la misma calle.

La casa que buscaba era un edificio de una sola planta, pero, a diferencia de la

vivienda de mi madre, que era toda de madera y argamasa como la choza de un pastor, ésta era de sólida piedra. Con sus ventanas pequeñas y estrechas y la puerta reforzada con clavos de hierro, parecía una fortaleza en miniatura, y me pregunté si no habría pertenecido a un acuñador antes de que la requisaran para uso de Guillaume Monier. Incluso lucía en la puerta un cerrojo, que sólo se rindió a la llave del padre Amiel después de considerables esfuerzos. De hecho, él fue incapaz de hacerla girar y tuve que encargarme yo.

—Desde la muerte del padre Guillaume, se ha permitido la entrada a muy poca gente —comentó el dominico mientras atravesábamos el umbral—. Había que recuperar ciertos documentos, bajo la más estricta supervisión. Hum… Sin duda, aquí es donde dormía el portero.

El padre señaló un jergón de paja cerca de la puerta, a la entrada de una dependencia que no era la cocina, sino una especie de antesala de ésta. Para llegar a la cocina había que pasar por allí.

Además del jergón, en la estancia había un banco y un baúl. El padre Amiel lo abrió y examinó el contenido.

—Ropa sucia —comentó.

—¿Qué buscáis? —le pregunté.

—La alcoba del camarero. ¡Oh! —Con los ojos entrecerrados, fijó la vista en algo situado por encima de mi cabeza—. Mirad allí… No, allá. ¿Podéis alcanzar eso?

Siguiendo sus indicaciones, llegué a un manojo de hierbas secas que alguien había clavado en el dintel de la puerta de la casa. Cuando lo recuperé, se deshizo entre mis dedos.

—Ajenjo —declaró, después de inspeccionar el curioso residuo.

—¿Para las moscas? —aventuré.

—Una medida preventiva. Contra la brujería.

Con una exclamación, me apresuré a santiguarme. De pronto, la lúgubre casa parecía aún más tétrica.

—Interesante —continuó el dominico—. Buscaba indicios de algún hechizo o maldición, tal vez una aguja o una inscripción oculta bajo una cama. Esto es de lo más inesperado.

—¿Y qué significa?

—Significa que el padre Guillaume consultaba, probablemente, textos parecidos a los que yo he estado leyendo. Obras sacrílegas como *La Tabla de Salomón* y *Tesoro de Nigromancia*. Desde luego, yo lo he hecho con el espíritu adecuado.

Con cuidado, guardó los restos de ajenjo en su bolsa. Pasamos al primer dormitorio, donde encontramos tres camas estrechas, apretadas unas con otras, y unos sacos colgados de unos ganchos en las paredes.

La siguiente habitación estaba mejor amueblada: la cama, un baúl, la mesa, una

silla y un aparador con libros competían por el reducido espacio. Cuando eché un vistazo a los registros del mueble, deduje que nos encontrábamos en la alcoba del escribano.

Continuamos, pues, la búsqueda.

—Tiempo atrás, Guillaume Monier fue arcediano de Saint-Gilles —me contó el padre Amiel—. No es de sangre noble, pero sé que tiene una prebenda en algún rincón de Provenza, así que… ¡Ah, tiene que ser aquí!

La alcoba del camarero era casi del mismo tamaño que la cocina. La cama tenía un dosel de tela púrpura y junto a ella estaba el altar portátil, de oro, marfil y madera de sándalo. En torno a él había dispuestos varios baúles, una silla labrada, un escritorio, un escabel y un crucifijo.

Sin embargo, fue el lecho lo que atrajo mi mirada.

—El condestable descerrajó estos baúles para cerciorarse de que no se ocultaba nadie dentro. —El padre Amiel abrió el mayor de ellos—. Me dijo que no necesitaría llaves.

—¿Qué le ha sucedido a la cama? —inquirí mientras observaba el cordaje de ésta, que mostraba varias ominosas manchas de color pardo rojizo. Las colgaduras también estaban algo manchadas, aunque no tenía modo de saber si de vino, sangre o tinta.

—Se quemó, sin duda —dijo mi acompañante—. Y todo lo que pudiera ocultar dentro se quemaría también. Hum… Vaya cantidad de ropa parece que necesitaba el padre Guillaume.

Debo confesar que no me sentía cómodo allí. En mi propia casa, entre objetos familiares, la brujería me había parecido un fenómeno remoto y nada amenazador, como los cíclopes o los infieles. En aquella estancia, en cambio, junto a una cama en la que se había producido una carnicería, me sentía demasiado cerca de algo inmundo e impío.

—Maese Raymond, ¿me haréis el favor de mirar debajo de la cama? —solicitó el padre Amiel mientras sacaba del baúl mayor unos libros encuadernados en piel—. Comprobad que no hay nada en el suelo, ni atado a las patas.

Perplejo, eché una ojeada a la zona en sombras que se divisaba a través del cordaje.

—¿Buscáis algo en particular? —inquirí.

—Semillas. Agujas. Hierbas. Signos extraños…

—Padre, ¿qué… qué sucede si toco alguna de esas cosas?

El dominico se incorporó y me miró mientras sostenía contra su pecho uno de los grandes libros.

—Nada. ¿Por qué?

—Bueno… Deben de ser peligrosas, seguramente…

—Sólo para el padre Guillaume. ¿Tenéis miedo, hijo mío? —inquirió y, al ver que

titubeaba, citó—: «Nada temerás, si tienes fe en el Señor».

¿Qué podía yo decir a aquello? No me dejaba escapatoria. Con todo, me sentía reacio a continuar y debió de percatarse de ello. Dio unos pasos hasta mí y dijo con voz serena:

—Hay mucha gente que no tiene fe en el amor de Dios. Antes de acudir a veros, consulté a otros dos escribanos y se mostraron dispuestos a ayudarme… hasta que les hablé del caso. Entonces se pusieron a temblar y las rodillas apenas los sostenían. Temían a las legiones del demonio. Yo les dije: «No temáis, porque el Señor está con vosotros», pero no tenían fe.

»Entonces hablé con vos y ni pestañeasteis. Me pareció que, en palabras de la Biblia, «el hierro estimabais por paja, y el acero, por leño podrido», y pensé: «He aquí a un soldado de Cristo, que no se desmorona ante la amenaza de la brujería». ¿Me equivocaba, hijo mío?

—No… no. —Profundamente avergonzado de mi cobardía, intenté explicar por qué me ponía tan nervioso aquella estancia—. Es que me disgusta estar aquí, donde mataron al clérigo. Me repugna la idea de mancharme las manos con su sangre.

—La sangre está seca.

—Sí, pero… pero…

—Veréis, maese Raymond, ando mal de la vista. Aunque me sirve bastante a distancia, soy incapaz de distinguir las formas con nitidez cuando las tengo cerca del rostro. —Para demostrar sus dificultades, el padre Amiel miró hacia el lecho entrecerrando los ojos, como si lo hiciera directamente al sol—. Me metería ahí debajo yo mismo, si viera como es debido. Claro que podría palpar con las manos, pero un buen par de ojos será mucho más eficaz.

Amigos míos, me convenció. Demorarme más me habría valido su reprobación, por pusilánime y mal cristiano. Así pues, me sacudí los malos presagios con un suspiro, consciente de que cuanto antes terminara el trabajo, antes se me permitiría retirarme.

—Quizá si rezáis un Padrenuestro mientras miráis, os sentiréis más seguro —sugirió mi acompañante al tiempo que me arrastraba bajo la cama.

El polvo que cubría el suelo me hizo estornudar. Entre las motas de polvo había restos de paja y varias plumas.

—De las almohadas, no lo dudo —apuntó el padre Amiel—. Y la paja tampoco nos interesa.

—Pues no hay nada más.

—¿Nada atado a las patas?

—No.

—Volved a mirar.

Volví a mirar. En la madera sin pulir había unas hebras sueltas. Una araña corría

por el suelo. Sólo vi polvo y suciedad.

—Nada —repetí.

—Muy bien.

Con una gran sensación de alivio, salí rápidamente de aquel espacio deprimente, demasiado angosto para mi gusto. Mientras me sacudía el polvo de las rodillas y de la ropa, el padre Amiel volvió al baúl de los libros y empezó a vaciarlo con rapidez y eficacia.

—Necesito saber qué libros son ésos —dijo—. No puedo leer los títulos yo solo, de modo que deberéis ayudarme, maese Raymond. ¿Cuál es éste, por ejemplo?

Consulté la tapa.

—*Los dísticos de Catón*.

—Leedme un extracto, al azar.

—«Ya que la naturaleza te creó como un niño desnudo, acuérdate de soportar la pobreza con paciencia».

—Leed otro, de otra parte del libro.

—«Ama a tus padres, respeta a los magistrados, habla poco en los banquetes…».

—Suficiente. —El padre Amiel me quitó el libro de las manos, suavemente, y me entregó otro—. A ver éste…

Era una obra titulada *Por qué Dios* se *hizo hombre*, de san Anselmo de Canterbury. De nuevo, me mandó leer en voz alta varios extractos, que me resultaron absolutamente incomprensibles, pese a estar escritos en un latín elegante. Cuando terminé, me cambió aquel códice por otro más. Así repasamos media docena de volúmenes, por lo menos, dos de los cuales contenían varios libros encuadernados juntos. El primero de estos códices era una compilación de tratados de san Agustín y de san Ambrosio, escritos con distintas caligrafías en pergaminos diferentes. El segundo contenía tres libros: el *Ensayo sobre el Anticristo*, de Adso de Moutier-en-Der; el primer libro del *Policraticus*, de Juan de Salisbury, y una obra sin título, escrita sin discreción ni arte en un frágil pergamino, en un latín execrable.

—Leed —dijo el dominico cuando confesé que no encontraba el título ni el índice.

—¿Desde el principio?

—Desde donde queráis.

Posé la mirada en el texto que tenía delante de mí:

—«El Verbo hecho carne te manda. Jesús de Nazaret, que te creó, te ordena que cumplas al momento todo lo que yo te mande, y que me proporciones todo lo que desee tener o saber. Pues cuanto más te retrases en hacer lo que te mando, mayor será tu castigo con cada día que pase. Yo te exorcizo, espíritu maldito y falso, por las palabras de la Verdad y…».

—Basta. —El padre Amiel me miraba con ojos desorbitados—. Id al principio —

indicó con voz seca.

—No hay tal principio —respondí—. Es decir, ha desaparecido. El libro arranca en mitad de un párrafo, en la primera línea de una página…

—Entonces, leed desde ahí.

—Pero es que no se entiende… Las palabras no tienen sentido.

—¿Cómo que no? ¿A qué os referís?

—Pues… a que están escritas en el alfabeto latino, pero no es latín. —Para demostrarlo, empecé a recitarlas—: *Berith, Focalar, Glasya Labolas* —recité—. *Loraí, Malfaga, Pursón, Shax, Sítrí*…

—Basta. —De pronto, me arrancó el volumen de las manos—. Esto no es para vuestros ojos. Es maléfico.

La brusquedad del padre Amiel me sobresaltó.

—¿Maléfico?

—Es un libro de hechicería. Inadecuado para vos. Haré que lo lea uno de mis hermanos.

De nuevo, me persigné.

—Ya lo veis, oculto entre obras respetables para disimular su verdadera naturaleza… —continuó. Entrecerrando los ojos, colocó el libro todo lo lejos que le permitían los brazos, pero el esfuerzo fue claramente inútil. Era incapaz de distinguir las palabras o los caracteres. Así pues, lo cerró y examinó la encuadernación, deslizando los dedos con delicadeza por la tapa—. No lleva sello —apuntó—, aunque el color es inusual. Me gustaría saber quién confeccionó este libro, pues fue un acto impío. Tal vez algún encuadernador o iluminador de la ciudad pueda ayudamos a averiguarlo.

—En los márgenes había algunas anotaciones —le informé.

—¿Sí? ¿Dónde?

Para enseñárselo, me vi obligado a coger el libro otra vez, cosa que hice de mala gana. No lo habría tocado con más asco si las tapas hubieran sido de piel de serpiente y hubiese estado escrito con sangre. Y cuando, al pasar las páginas, apareció entre ellas una hoja suelta de vitela… En fin, os aseguro que di un respingo como si me hubiera picado una abeja.

—¡Oh! ¿Qué es esto? —dijo el padre Amiel, alarmado.

—Padre, tened cuidado…

—¡A fe que…! —murmuró—. ¿Puede ser un círculo mágico? Maese Raymond, decidme, ¿qué hay escrito ahí?

—Padre, tal vez no debamos leerlo en voz alta…

—Dejad que yo lo decida, hijo mío.

—Pero…

—Haced el favor de leer lo que pone.

Lo dijo sin alzar la voz, pero con un tono muy firme, que no me dejaba alternativa. Así pues, empecé a recitar despacio el texto que aparecía escrito por dentro y por fuera de una línea que trazaba una suerte de círculo o rueda.

—Adonaí —balbucí—. Ely, Sother, Eloy Sabaoth. Y en el centro, Tetragrammaton. Y… y luego AGLA…

—… que significa «Ata Giblor Leolam Adonai» —intervino el dominico, casi en susurros—. En hebreo quiere decir: «Poderoso eres por siempre, oh, Señor». «Tetragrammaton» es una referencia al nombre inefable de Dios y «Adonai» es otra manera de llamar a Cristo…

—Entonces, ¿éste es un círculo sagrado?

—En absoluto. —Me lo arrebató de las manos—. Es otro documento malsano que se emplea en conjuros y en toda clase de artes impías. Bien, habladme de esas glosas al margen. ¿Las han escrito diferentes manos?

Así era, en efecto. Había cuatro anotaciones en total, escritas en tres páginas distintas. Junto a una fórmula para invocar a los demonios, aparecía dibujado un símbolo raro y una flecha que apuntaba a la palabra «Saturno». Al término de un capítulo, la misma mano había escrito una larga lista de términos como aeromancia, electromancia, antropomancia y oniromancia. Todos ellos se referían, según el padre Amiel, a diversos tipos de artes adivinatorias. Junto a instrucciones sobre cómo dejar impotente a un hombre haciendo un nudo en un hilo, alguien había anotado que «rociar una pared con sangre de perro la limpia de hechizos; la bilis de un perro negro previene de que los demonios causen daño».

Y al lado de un hechizo de amor, otra mano había garabateado: «Como el ciervo ansía la fuente, así Gaillard anhele mi amor; y como el cuervo ambiciona cadáveres, así me desee él; y como esta vela se derrite ante el fuego, así desee mi amor».

Cuando hube recitado esta última invocación, tan curiosa, levanté la vista.

—¡Gaillard! —exclamé—. ¿Es posible que esto lo escribiera el padre Guillaume?

—Sin duda. —El padre Amiel ya recorría la habitación con la mirada—. El escritorio. Puede que ahí encontremos algo escrito de su puño y letra…

—Sí, alguna carta, o unas cuentas —asentí—. A menos que los amanuenses se ocuparan de todo.

—Espero que no.

Afortunadamente, no quedamos decepcionados. Como preveía el padre Amiel, el borrador de una carta que encontramos sobre la mesa estaba escrito con la misma caligrafía que la empleada para registrar aquel peculiar añadido al hechizo de amor. La letra era desmañada, llena de adornos vulgares y de contracciones ilógicas. Entendí muy bien por qué el camarero hacía que un amanuense puliera sus borradores finales.

—Sí —dije después de comparar las dos muestras—. Son muy parecidas.

—Pero ¿las ha escrito el mismo hombre?

—Yo diría que sí.

—¿Y el hechizo de amor? ¿Querréis leérmelo, maese Raymond?

Llegados a aquel punto, una especie de fascinación morbosa había sustituido mi anterior repugnancia a estudiar o tocar siquiera el libro. Así pues, me apresuré a poner al corriente de su contenido al padre Amiel. Leyendo, descubrimos que, para que el amado o amada obedezca todos nuestros deseos, es necesario hacer un anillo de plomo en el día y hora en que Venus está dominante. Después, se debe ayunar todo el día y salir por la noche a ofrecer un sacrificio de sangre de paloma. Con la sangre, hay que escribir en la piel de una liebre el nombre y el signo del ángel Abamixtra. Cumplidos estos actos, cuando nos acerquemos al ser querido, conseguiremos nuestro propósito.

—Hum… —murmuró el padre Amiel.

—A ver si me acuerdo de todo… —comenté yo. De inmediato, él levantó el rostro y me traspasó con una de sus miradas diamantinas—. Hablo en broma, padre —me apresuré a añadir.

—No es asunto para tomárselo a la ligera.

—Ya lo sé.

—Si os dejáis tentar por las legiones del demonio, hijo mío, os arrepentiréis eternamente.

—Ya lo sé, sí. Ha sido una estupidez por mi parte.

—No, no. El único estúpido soy yo. Vos teníais razón: no debería haber permitido que leyerais esas páginas. Es peligroso. —Tomó el libro y lo guardó en su bolsa—. Mis ansias de saber me han llevado una vez más por mal camino. Pero habrá más de esto, maese Raymond; más ritos demoníacos y más encantamientos. ¿Podéis asegurarme que no os contagiaréis de tan ponzoñosa impiedad?

—Padre —repliqué, tras humedecerme los labios—, tenéis ante vos a un hombre sencillo. Dadme un fuego, una cama y una copa de vino, y estaré en paz. Cuanto menos tenga que ver con la brujería, mejor. No sabéis cuánto me asusta.

Con un gesto de la cabeza, pareció que aceptaba mi declaración… y debo reconocer que me sentí halagado. Siempre complace que lo tomen a uno por un honrado vendimiador, pues eran demasiados los que me consideraban una fuente de impureza por el simple hecho de mi notoria debilidad por el vino, las mujeres y las canciones. (A las mujeres, al menos, he renunciado hace ya mucho. ¡No, no, os lo aseguro!).

—Entonces, volvamos a la prisión y leamos las declaraciones que ha tomado el condestable. Aquí no queda nada más de interés para mí.

«Ni para mí», pensé. Cuando nos marchábamos, al cerrar la recia puerta de la casa, seguí hablando conmigo mismo: «He aquí una casa de Aviñón —me dije— que

no sería objeto de apasionadas disputas. ¿Quién querría habitar allí nunca más? ¿Quién sería tan estúpido de instalarse en un cubil de brujería manchado de sangre?».

A mí, desde luego, nada lograría convencerme de vivir allí. Pues si había un lugar olvidado de Dios, era sin duda aquél.

Canto III

¡Oh, amigas, amigos, la desdicha del encarcelamiento! La crueldad de una existencia que se mide en suciedad, en oscuridad, en frío riguroso, en una dieta de pan y agua, lejos de los que amamos y entre los que desean vernos desgraciados. Conozco a un hombre que estuvo confinado durante cuarenta días y nunca se ha recuperado. Aún lleva la cárcel en el corazón, que ahora tiene plagado de sombras y de desesperación. Dice que la prisión de Aviñón es un pozo inmundo. En todas partes, dice, no hay otra cosa que inmundicia. La gente muere en los charcos de sus propios excrementos y sus gemidos resuenan arriba y abajo por los largos y hediondos corredores.

En realidad, podría decirse que, cuando uno ingresa en la cárcel de Aviñón, es como si entrara en las tripas de la ciudad. Los presos son arrojados a las fauces de la prisión, desaparecen bajo los dientes del rastrillo de la puerta y salen expelidos por el otro orificio más íntimo y pequeño en forma de manojos informes, apestosos, embadurnados de heces. Entre esas dos aberturas son aplastados —rotos los huesos, la carne cortada a lonchas, los propios intestinos licuados— hasta que se transforman en unos desechos por completo inservibles. ¡Allí iba a ejercer mi profesión esta vez, entre los aullidos de los afligidos! Verdaderamente, mi vida ha seguido un itinerario de pantanos y tierras baldías.

Pero para gran alivio mío, no hube de trabajar en una celda de la prisión. La prisión, que no fue construida con tal fin sino como elemento de las defensas de la ciudad, está dotada de un gran número de extrañas estancias de reducidas dimensiones, en ángulos y rincones de formas irregulares, que sirven como almacenes, cuartos de guardia y oficinas de ciertos oficiales (el carcelero, el condestable, el *magister carceris*), así como de cuarto de trabajo de las personas asignadas con carácter temporal, como el padre Amiel. A esas estancias se llega siguiendo interminables terraplenes, subiendo empinadas escaleras de caracol y recorriendo estrechos pasillos de gruesas paredes de piedra. Unas paredes, comprobé aliviado, que servían para sofocar la mayor parte de los ruidos más siniestros de la prisión, por lo que mis oídos no se vieron permanentemente asaltados por los lloros y gemidos. Pero los olores eran inextirpables y, para mí, aquellos días de *inquisitio* siempre quedarán ligados al vago tufo a excrementos.

La estancia que nos habían asignado tenía forma de tajada de queso… En ella había un ventanuco minúsculo (en una pared más gruesa que largo es mi brazo), una mesa y dos banquetas. Cuando el padre Amiel pidió otra banqueta, se la trajo —de mala gana y después de hacerse esperar largo rato— un sargento que estaba apostado a la puerta. El lúgubre mercenario se marchó a cumplir la petición de mi acompañante tan a regañadientes como si le hubieran ordenado traernos a su hermana para nuestro deleite.

Lo único que pude conjeturar fue que le ofendía trabajar para un monje, o que la vida se había convertido en un peso intolerable para él.

—Éstas declaraciones no son muy extensas —dijo el padre Amiel mientras pasaba los folios sueltos que teníamos delante—. Sospecho que no están completas. Maese Raymond, ¿seríais tan amable de leerme la de Lothaire Lagarrigue? Luego continuaremos con las demás.

Nos hallábamos sentados uno al lado del otro ante la mesa, que se tambaleaba ligeramente sobre el suelo irregular. Cerca, humeaban unas velas de sebo en un candelabro. No nos habían traído ni agua ni vino para nuestro solaz, y de la pared que se alzaba detrás de nuestras cabezas sobresalían unos inquietantes ganchos de hierro.

—No son transcripciones —comenté, mientras examinaba los documentos—. Son resúmenes.

—Leedlos.

—La caligrafía es terrible.

Con cierta dificultad, sin embargo… fui capaz de descifrarla. Leí que Lothaire Lagarrigue, de Carpentras, se había declarado inocente del asesinato de Guillaume Monier. La noche del asesinato, dormía a pierna suelta cuando lo habían despertado los gritos de un tal Aimery de Sorgues, que había descubierto el cadáver mutilado. Lothaire Lagarrigue no sospechaba quién podía ser el culpable, pero sabía que Masseo di Vico había hecho brujería contra el camarero. Lo sabía porque la doncella de Masseo había visto a éste y a su hijo. Girolamo hacer un conjuro que consistía en escurrir sangre de un trapo en una taza. Lothaire había informado al camarero de aquel acto terrible, pero no había sabido nada más al respecto.

—Una doncella —dijo el padre Amiel en tono meditativo cuando terminé de leer —. Tendremos que llamarla a testificar. ¿Consta su nombre?

—No.

—Qué ineficiencia —murmuró con un bufido de impaciencia.

—¿Queréis que os lea la siguiente, padre?

—Sí, por favor.

Aimery de Sorgues, joven acólito y escribano personal de Guillaume Monier, había dormido toda la noche de la muerte de su patrono. No había visto ni oído nada sospechoso. Cuando lo despertaron las campanas llamando a primas, se había levantado y había recitado las plegarias pertinentes. Luego, como era su costumbre, había salido de la alcoba (dormía solo) y había ido a despertar al camarero. Pero el camarero, se leía en el resumen, estaba muerto. El cadáver tenía el rostro hinchado y descolorido y le habían cortado los *virilia* de raíz. Aimery no conocía a nadie que pudiera haber cometido un pecado tan atroz.

Los tres amanuenses habían ofrecido unos testimonios casi idénticos, que sólo se diferenciaban en el hecho de que ellos, como Lothaire Lagarrigue, se habían

despertado con los gritos retumbantes de Aimery.

—Muy breves —comenté—. Y la declaración del portero lo es aún más.

—¿Qué dijo?

—«Preguntado si había matado a Guillaume Monier, Marty dijo que no. Preguntado si sabía quién podía haberlo hecho, negó saberlo. Preguntado si había oído o visto algo inusual, el susodicho Marty replicó que había dormido toda la noche. Preguntado si aquella noche o el día anterior había dejado entrar a algún desconocido, negó haberlo hecho. A la pregunta de quién podía haber cometido tal atrocidad, respondió que el diablo…».

Dejé de leer.

—¿Y no hay nada más? —inquirió el padre Amiel.

—Nada más.

—Hum. En absoluto esclarecedor.

Empezó a tamborilear en la mesa con los dedos, despacio, y yo me pregunté si consideraría un acto irrespetuoso que me arrancara las cutículas. Entonces me pidió que le volviera a leer el testimonio de Lagarrigue, y ya iba por la mitad cuando se abrió la puerta y entró nuestro desgarbado ayudante.

—La banqueta —murmuró.

—Oh, gracias —dijo el padre Amiel—. Y ahora, ¿podríais decirle al carcelero que quiero interrogar a Lothaire Lagarrigue?

Con un prolongado suspiro de sufrimiento, el sargento salió con indolencia a realizar otra odiosa tarea. Lo observamos marchar en silencio. Cuando hubo desaparecido, comenté que para el próximo encargo deberíamos pedirle que se apoyara en la pared, a fin de evitar que se le cayera encima.

El dominico sonrió.

—Desearía interrogar a vuestro amigo Gaillard —dijo súbita y, para mí, inesperadamente—. Creo que su testimonio puede ser importante.

Gruñí por lo bajo. Sabía que a Gaillard no le gustaría.

—¿Ha mencionado Gaillard alguna vez que Guillaume Monier llevase un anillo de plomo en su presencia? —prosiguió el padre Amiel, y yo sacudí la cabeza. Hubo una breve pausa, pero la cabeza del dominico seguía dándole vueltas a una amplia gama de cuestiones, pues, de repente, añadió—: Ésta tarde examinaré el libro que hemos encontrado por la mañana. Lo haré en el priorato, con uno de mis hermanos, y será mejor que vos ocupéis vuestro tiempo con la trascripción del testimonio de Lothaire Lagarrigue. En su redactado final, la declaración ha de imitar el modelo que aparece en el manual que os he dado. ¿Habéis estudiado dicho modelo?

Sacudí la cabeza de nuevo.

—Entonces, debéis dedicaros a ello cuanto antes. El autor de ese manual era un experimentado inquisidor cuya eficiencia no tenía parangón. —El dominico se

agachó y sacó de su bolsa de piel un pequeño códice que no reconocí. Me explicó que era un ejemplar del Nuevo Testamento y que lo utilizaría para que los testimonios jurasen sobre él.

—No es que dude de vuestras habilidades a la hora de redactar documentos legales —prosiguió, volviendo a la cuestión de las declaraciones—, pero a menudo las normas rígidas impiden que se cometan errores. Una caligrafía demasiado densa, por ejemplo, puede ser leída incorrectamente. Según el manual, es mejor emplear los códigos que rigen los estatutos de la ciudad de Marsella, en los que no hay más de veinte líneas por página con márgenes de buena anchura (para que las notas se lean bien), y se utiliza pergamino que no sea excesivamente grasoso y una tinta que sea razonablemente negra…

—No tendréis ningún motivo para no quedar satisfecho, padre —lo interrumpí, algo molesto. Parecía dar a entender que yo me pondría a escribir con un trozo de carbón en un camino polvoriento.

Mi expresión debió de delatar mis sentimientos, porque, después de una rápida mirada a mi rostro y con semblante contrito, el dominico dijo:

—Perdonadme, maese Raymond. Por supuesto que sabréis hacerlo.

Sus disculpas me sorprendieron porque me las presentaba un monje, y todos sabemos que los monjes son a menudo reacios a reconocer sus errores. En realidad, me quedé mudo; de mis labios no salió ningún comentario cortés. Por fortuna, enseguida llamó alguien a la puerta e interrumpió nuestro incómodo silencio. Sin esperar el permiso para entrar, aparecieron dos oficiales del orden que escoltaban a Lothaire Lagarrigue.

Era un hombre corpulento de piel aceitunada, con más vello en las manos y en el cuello que en la coronilla. Aunque era muy probable que lo hubiese visto alguna vez, no había en su apariencia nada lo bastante peculiar como para que mi memoria lo hubiese registrado. Sin embargo, noté que dos semanas de detención habían socavado la seguridad en sí mismo. Sus hermosos ropajes se veían desaliñados, abría y cerraba sus puños anchos y fuertes y llevaba la barba terriblemente descuidada.

—¿Quién sois? —espetó antes de que el padre Amiel tuviese tiempo de hablar—. ¿Dónde está el condestable?

—Soy el padre Amiel de Semur. Sentaos, por favor.

—¿Por qué? ¿Qué queréis?

—Sentaos —dijo uno de los oficiales, golpeando al prisionero en la cabeza, ante lo cual el padre Amiel frunció el ceño.

—Podéis retiraros, oficial —indicó.

—Lo siento, padre. Tenemos órdenes de quedamos en la habitación.

—Eso no será posible. Voy a realizar un interrogatorio.

—Son las órdenes, padre. Lo siento.

—Órdenes, ¿de quién?

—Del carcelero.

El padre Amiel observó a los dos centinelas, que le sostuvieron la mirada, sonriendo con presunción. Sin lugar a dudas, al ver que el dominico se concentraba en su bolsa y sacaba de ella la bula de su nombramiento, creyeron que habían ganado la partida.

—¿Queréis leer esto? —pidió, tendiendo el documento a Lothaire Lagarrigue—. Probablemente, estos dos hombres que os escoltan no pueden hacerlo.

—*In nomine*…

—Perdonad. Un momento, maese Lothaire. Si pudierais traducirlo a la lengua vulgar, os estaría sumamente agradecido.

Algo perplejo, el escribano obedeció. Mientras hablaba, su rostro empezó a adquirir una expresión de respeto y terror a la vez. Los oficiales intercambiaron miradas nerviosas.

—Por este documento —comentó el padre Amiel al concluir la lectura—, habréis deducido que estoy aquí en nombre de la más alta autoridad. La más alta. Si tuviera que informar de cualquier tipo de obstrucción o desacato…

—Pero, padre, ¿qué podemos hacer? —se lamentó el más locuaz de los centinelas —. ¡Tenemos que cumplir nuestras órdenes!

—Vuestras órdenes son asistirme. Si el carcelero quiere discutir este punto, que venga cuando quiera y hablaremos. Y ahora… si os apostaseis fuera, al otro lado de la puerta, dudo mucho de que el prisionero pudiera escapar. ¿Ha quedado claro? ¿Sí? Gracias.

Al ver a los humillados mercenarios que se retiraban, estuve a punto de ponerme de pie y aplaudir. ¡Aquéllos dos hombres corpulentos habían sido expulsados por un diminuto dominico desarmado! No me sorprendió, pues, en absoluto, que desbaratara con facilidad la resistencia desafiante que había presentado Lothaire al entrar en la estancia: el escribano era, en todos los aspectos, un oponente inferior.

—¿Pertenecéis al Santo Oficio? —preguntó al padre Amiel con el rostro perlado de sudor.

—No —respondió éste—. Si hubierais leído la bula con más atención…

—¡Quiero un abogado ahora mismo! ¡Exijo la presencia de un letrado!

—¿A qué viene eso? —la voz del dominico era suave y calmada—. No estáis acusado. Comparecéis en calidad de testigo.

—¡Pero me encuentro bajo sospecha! ¡De haber asesinado a Guillaume Monier!

—Tal vez, pero eso no me preocupa. Sólo estoy autorizado a investigar la acusación de brujería. En este caso concreto, maese Lothaire, sois un testigo, y a los testigos no se les concede el derecho a nombrar un representante legal.

El escribano se quedó pasmado y yo, confundido. Separar el caso del asesinato de

Guillaume Monier de la acusación de brujería contra Masseo di Vico era un razonamiento excelente, si bien tortuoso, pero Lothaire Lagarrigue aceptó el argumento, pues se sentó en la banqueta que habían dispuesto para él. La resignación le había minado las fuerzas.

—Y ahora —dijo el padre Amiel— si queréis jurar sobre las Sagradas Escrituras que es vuestra intención decir la verdad completa y precisa, podremos proceder.

—¿Las Sagradas Escrituras? —preguntó Lothaire, aturdido.

—Aquí las tenéis. —El padre Amiel le acercó el Nuevo Testamento por encima de la mesa—. Poned la mano sobre el libro y…

—¡No! —Movido por un espíritu de desesperado desafío, el escribano sacudió la cabeza, de la que cayeron gotas de sudor—. No juraré nada. Nada. No quiero hablar con vos. Quiero hablar con el condestable.

En los días que siguieron, me acostumbré a la actitud del padre Amiel durante aquellas entrevistas. Cuando hablaba, y no es que se prodigase, su lenguaje resultaba calmado y preciso, pero no era el uso de las palabras lo que lo hacía tan imponente. Era la utilización de los silencios. Poco a poco advertí que las largas pausas intercaladas entre sus preguntas estaban medidas con todo cuidado, que no significaban incertidumbre o cansancio o que tuviera la mente ausente, sino que estaban pensadas para resultar obsesivas, de modo que su interlocutor se sintiera a menudo obligado a romperlas con algo, lo que fuera, que provocara una respuesta en el monje, una reacción en su rostro de piedra. En ocasiones, el silencio parecía indicar incredulidad; en otras, simplemente transmitía cierto grado de compasión y aliento, y aun en otras estaba cargado de amenaza, como la calma que precede a la tormenta.

Ésta vez, confundí su silencio con debilidad. Me pareció verlo ofuscado ante la obstinación de Lothaire. Sin embargo, tendría que haber llegado a otras conclusiones tras observar sus manos, una de las cuales reposaba apaciblemente en su regazo. La otra permanecía encima del Nuevo Testamento, por completo inmóvil y relajada: era una extremidad que no estaba imbuida de tensiones ocultas o malestar.

—Maese Lothaire —dijo al cabo, con toda premeditación—, es cierto que antaño fui inquisidor de la depravación herética…

—¡Yo no soy ningún hereje!

—Entonces, ¿por qué os negáis a jurar?

—¡Porque no tengo nada que ver con todo esto! ¡Soy un lego! ¡Quiero hablar con el condestable!

—¿Sabéis que la herejía cátara prohíbe los juramentos? —preguntó el padre Amiel—. ¿Sabéis que negarse a jurar es señal segura e indiscutible de herejía?

Lothaire farfulló algo y me miró como para pedirme ayuda, por lo que bajé la vista y mojé la pluma en el tintero.

Al ver que le negaba mi apoyo, el escribano abandonó toda esperanza de

resistencia.

—¡Esto es una locura! —exclamé—. ¡Yo no soy un hereje! ¡Soy inocente de todo crimen! ¡Dadme, dadme las Sagradas Escrituras! ¡Juraré y os lo contaré todo, y entonces me dejaréis marchar! ¡Se me ha detenido por equivocación y se me ha tratado de una manera vergonzosa!

—¿Juráis, por Dios Todopoderoso y las Sagradas Escrituras, decir la pura, simple y completa verdad sobre vos mismo como testigo principal y sobre otros, vivos y muertos?

—¡Sí, sí lo juro!

—¿Lo juráis por Dios Todopoderoso…?

—… por Dios Todopoderoso y las Sagradas Escrituras, decir la pura, simple y completa verdad sobre mí mismo y sobre otros, vivos y muertos.

Escribí diligentemente todo aquello sin atreverme a alzar la mirada. Luego anoté el hosco relato que hizo Lothaire de los actos de brujería de Masseo di Vico. El padre Amiel lo interrogó a conciencia sobre el asunto, sin sacarle una palabra que contradijera lo declarado al condestable. Lothaire nos contó que la doncella del médico se había presentado ante él con el cuento de que había visto a Masseo y a su hijo hacer un conjuro en una alcoba del piso de arriba. Según la doncella, habían cantado palabras extrañas y habían escurrido un pañuelo manchado de sangre en una copa de plata. No se habían dado cuenta de su presencia porque los había espiado desde un lugar en el que no podían verla.

—Espiado —repitió el padre Amiel como si la palabra tuviera una multitud de significados a cual más siniestro—. Hum… ¿Y cómo se llama la criada?

—Bona Claret —respondió el escribano.

—¿Y vos la creéis?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Porque no hay motivo para no hacerlo. ¿Por qué iba a mentirme?

—Por razones de todo tipo —señaló el padre Amiel—. No obstante, por el momento, digamos que la mujer decía la verdad. Habéis declarado al condestable que contasteis todo esto al difunto camarero. ¿Cómo reaccionó éste?

Lothaire pareció quedarse pensativo unos instantes.

—Pues mirad —dijo al cabo—, cuando se lo dije no se alteró en absoluto. Fue como si ya lo sospechara.

—¿Y qué comentó?

—Poca cosa. Quiso que yo mantuviera la boca cerrada.

—¿Tomó alguna precaución?

El escribano parecía perplejo. Lo sé porque, en aquel preciso instante, levanté la cabeza descaradamente para ver su reacción.

—¿Qué queréis decir? —inquirió.

—Si colgó alguna cosa en la puerta delantera —explicó el padre Amiel—. ¿Roció las paredes con algo?

Os juro que nunca he visto una expresión tan desconcertada como la que tenía Lothaire Lagarrigue en aquel momento. Casi me reí en voz alta y tuve que hundir de nuevo el rostro en el pergamino para evitar convertirme en el objeto de la desaprobación de mi patrono.

—¿Qué… qué queréis decir? —tartamudeó el escribano—. ¿Qué tipo de cosas?

—Sangre. Hierbas.

—¿Sangre? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a hacerlo?

Por toda respuesta, el padre Amiel sacó de su bolsa de piel el libro de brujería de Guillaume Monier, se puso en pie y se lo tendió a Lothaire, diciendo:

—¿Habíais visto antes este libro?

Lothaire examinó el volumen, estoy seguro. Aunque no lo vi, pues estaba tan ocupado en transcribir la pregunta del padre Amiel que no pude alzar la vista, oí el susurro de las hojas al pasar y un hondo suspiro. Al cabo de un tiempo, el escribano, con voz apagada, comentó que era la primera vez que lo veía en su vida.

El padre Amiel, que estaba de pie junto a él, señaló una página.

—¿Reconocéis la escritura? —quiso saber.

—Parece la del camarero —respondió Lothaire, dubitativo.

—¿Y esta otra? ¿Conocéis esta caligrafía?

—No.

—¿Y ésta?

—No.

—Excusadme… ¿Maese Raymond?

Me llevé tal sorpresa que salté como un conejo. La pluma se me resbaló sobre la página.

—Maese Raymond, tened la bondad de alcanzarme una de vuestras plumas y un pergamino —me pidió el dominico—. Maese Lothaire, por favor, tomad nota de la siguiente provisión…

Enseguida comprendí lo que el padre Amiel trataba de hacer. Deseaba confirmar que el escribano no había escrito en el libro de Guillaume Monier. Movido por una suerte de admiración y nerviosismo, le tendí lo que me había solicitado y me concentré en transcribir el pasaje que iba a dictarle a Lothaire Lagarrigue. Cuando terminó, recogió el pergamino y volvió a su banqueta.

—Maese Lothaire —dijo entonces—, ¿creéis que a Guillaume Monier lo mató la brujería?

—Tal vez.

—¿Y cómo? ¿Tenéis alguna idea al respecto?

—¿Por qué me lo preguntáis? —El escribano soltó una especie de bufido—. Yo no soy un hechicero —espetó.

—Pero aquella noche estabais en la casa.

—No vi nada, ni oí nada.

—¿Pudo alguno de los residentes de la casa haber conspirado con Masseo di Vico?

—Escuchad. —La banqueta de Lothaire crujió. Levanté los ojos y vi que se había inclinado hacia delante—. Soy primo de Guillaume Monier —dijo—. Guillaume me contrató. Me pagaba bien. Me trataba bien. Yo no tenía ningún motivo para matarlo.

—¿Y había alguien que lo tuviera?

—Eso no puedo respondéroslo.

—Pero razonad, maese Lothaire, considerad los hechos. —Por el rabillo del ojo vi que el padre Amiel golpeaba la mesa con el índice de la mano izquierda al tiempo que, uno a uno, exponía los detalles del caso—. El camarero fue asesinado por agentes diabólicos o humanos. Si se trató de los segundos, al menos uno de ellos debía de estar esa noche en la casa. Si fue así, sus motivos podían ser la codicia o el resentimiento. Así pues, ¿quién estaba resentido con el camarero, en esa casa?

—Nadie —respondió el escribano.

—¿El camarero trataba bien a todo el mundo?

—Sí, muy bien.

—¿El camarero no cometió ningún delito contra ninguno de los que estaban a su servicio?

—No, ninguno.

—Así, para vos, ¿la sodomía no es un delito?

Canto IV

Pobre Lagarrigue. Pobre hombre. Creo que estuvo a punto de asfixiarse con su propia lengua, pues una andanada de tartajeos y graznidos asaltó mis oídos y, cuando levanté la cabeza, lo vi sofocado y jadeante, con la mano en el pecho.

—Según Aimery de Sorgues —dijo el padre Amiel, impertérrito, mientras fingía consultar las declaraciones que tenía ante sí—, Guillaume Monier requería a menudo de él que le agarrara o le frotara sus partes viriles, que aceptara la polución entre los muslos y, en una ocasión, que se dejara penetrar *in terga*, es decir, sodomizar. ¿Estabais al corriente de esto?

—¡No! ¡No! —Lothaire apenas encontraba aliento para responder—. ¡Yo nunca…! ¡Jamás! ¡No!

—¿Alguna vez cometió el camarero tales actos con vos?

—¿Conmigo?

Oh, qué crueldad. El padre Amiel había hecho la pregunta con mucha parsimonia, con indiferencia, pero fue como si aplicase un hierro candente. Lothaire se puso en pie de un salto, rabioso e incoherente, mientras yo tomaba nota de sus balbuceos con un extraño sentimiento de piedad en mi corazón, pues estaba tan conmocionado como el testigo. En la declaración que Aimery de Sorgues había realizado ante el condestable no aparecía ninguna de tales confesiones inmorales, y me parecía impropio que el padre Amiel mintiera de forma tan descarada, tan desenvuelta, en algo tan deshonroso. Me parecía mal. Y me sorprendía mucho, debo confesarlo. Me había convencido (con un exceso de credulidad, tal vez) de que el padre Amiel era un verdadero servidor de Dios.

—¿Cómo…? ¿Quién…? Yo no… Esto es… —farfulló el testigo.

—Sentaos, maese Lothaire —dijo el padre Amiel fríamente.

—¡Yo no soy eso que decís! ¡Yo, no!

—¡Sentaos! Por favor.

—¿Por qué vino a verme Bona, si no? ¡Porque soy su amante! ¡Porque soy un hombre!

—¡Ah!

El padre Amiel aceptó esto último, al parecer. Creo que llegó a asentir. En cualquier caso, su respuesta tuvo un efecto calmante sobre el escribano, cuya banqueta crujió bajo su peso cuando volvió a tomar asiento.

—Así pues —continuó el monje—, decís que no toleraríais que se practicaran con vos tales actos monstruosos…

—¡No!

—¿Qué habríais hecho, entonces, si el camarero os hubiera abordado de manera lasciva e insinuante?

—Habría…

Lothaire se interrumpió. Levanté la vista y observé que torcía el gesto y entre cerraba los ojos, fijos en el padre Amiel. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz desafiante:

—Lo que no habría hecho es cortarle el pene. ¿Es eso lo que queríais saber? ¡En la vida haría una cosa así!

—Pero ¿qué haríais?

—Marcharme. Apartarme de él.

—Entonces, ¿por qué no actuó así Aimery de Sorgues?

—¿Soy acaso su custodio? —replicó el escribano—. ¿Cómo queréis que lo sepa? Tal vez le gustaba lo que le hacía el camarero.

—Pero, si le complacía, no tendría motivo para el resentimiento.

—Padre, esto no tiene nada que ver conmigo. —Lothaire había recuperado la ecuanimidad, hasta cierto punto; la cabeza empezaba a funcionarle—. No tiene que ver con la brujería. Si deseáis interrogarme acerca del asesinato de Guillaume, tengo derecho a una representación legal…

—Es cierto —lo interrumpió el padre Amiel—. Pero tened en cuenta que mutilar los *virilia* de un hombre es, con seguridad, un crimen pasional… y reflejo del más profundo resentimiento. Si este resentimiento lo hubieran provocado unos insultos, lo que le habrían cortado sería la lengua. Y si el portero, por ejemplo, lo hubiera hecho en venganza por las palizas que hubiese recibido, ¿no habría buscado venganza cortándole la mano? ¿Por qué razón, pues, cortarle el pene, a menos que constara que había cometido una grave ofensa con este órgano en concreto?

El silencio que siguió fue muy largo y Lothaire no hizo el menor intento de romperlo. Yo, concentrado en transcribir frenéticamente, sólo pude suponer que el escribano se negaba a seguir colaborando… o que tal vez estaba sopesando el argumento del padre Amiel. Éste, desde luego, le dio facilidades para hacerlo antes de comentar, con aire reflexivo, que sólo se podía razonar tal cosa si Aimery de Sorgues decía la verdad sobre la conducta pervertida de Guillaume Monier.

—En cualquier caso, parece que vos le creéis —continuó el monje. Sus palabras provocaron un nuevo respingo en Lothaire, que se irguió en su banqueta.

—¿Yo? —exclamó.

—No habéis acusado de mentiroso a Aimery —puntualizó el padre Amiel—. Por lo tanto, debéis considerar que no miente. ¿Por qué?

—¡Porque vos lo pensáis!

—¿He dicho yo tal cosa? Me parece que no.

—Pero…

—Recordad que habláis bajo juramento, maese Lothaire. —En aquel punto, el padre Amiel habló con frialdad; cuando continuó, en cambio, su voz se volvió de

repente más cálida—: Vamos, contad, ¿qué opináis en el fondo? No os causará ningún mal decírmelo. ¿Dais crédito a Aimery de Sorgues? ¿Creéis que el camarero podía ser afecto a la sodomía?

Hubo una pausa.

—Tal vez —prosiguió el dominico— albergabais ciertas… en fin, ciertas sospechas. Tal vez Monier tenía alguna costumbre que os extrañaba. Por ejemplo, esa tendencia suya a rodearse de jóvenes hermosos dio pábulo a especulaciones en ciertos círculos. ¿A vos nunca os llamó la atención?

Lothaire suspiró. En aquel instante, supe que estaba a punto de confesar, y me felicité de mi perspicacia cuando, con ademán de abatimiento, reconoció que «le había preocupado muchísimo».

—Sólo había que ver a ese muchacho —se refería a Aimery de Sorgues—. Hablé con Guillaume. «La gente murmurará», le dije, pero se limitó a reírse. A Guillaume le gustaban las cosas bellas. Sus libros, su ropa. Pensé que quizás apreciaba los rostros hermosos como se aprecia un anillo o un tapiz…

—Pero no estabais del todo seguro…

—No.

—¿Y nunca sospechasteis que pudiera andar metido en asuntos de hechicería?

—No. Nunca.

Lothaire se mostró muy firme al respecto. Por más que el padre Amiel lo presionó, lo indujo y lo enredó con las palabras, el escribano se mantuvo inflexible. No sabía nada de brujería. Nada de nada. Sólo conocía lo que le había contado Bona Claret. No, no había llevado nunca a la chica a casa del camarero. Sólo se veía con ella cuando llevaba mensajes de Guillaume Monier a Masseo di Vico. No, no había conversado nunca con el médico. No tenía tiempo para los romanos, que eran gente arrogante y codiciosa.

—¿Erais el único miembro de la casa del camarero que visitaba la residencia del doctor? —inquirió el padre Amiel—. Me interesa saber si alguien más tuvo la oportunidad de hablar con Masseo de Vico.

—Ya os he dicho que nunca he hablado con él.

—Pero habéis tenido la oportunidad. ¿Alguien más?

—¡Pues claro! ¡No vivimos encadenados a la cama!

—Pero ¿os encontrasteis alguna vez a alguien de vuestra casa en la residencia de Di Vico? ¿Nunca contó Bona Claret que alguno de los amanuenses, por ejemplo, se hubiera presentado allí de visita?

—No.

—¿Estáis seguro? Pensadlo bien: puede ser importante.

El escribano meditó, suspiró y movió la cabeza con impaciencia.

—No —respondió—. No, no y no. Me convendría mentir, pero me mantengo en

que no.

—Está bien. Gracias, maese Lothaire. Hemos acabado.

—¿Qué?

—Podéis marcharos, gracias.

El escribano parecía tan sorprendido como yo. Abrió la boca, volvió a cerrarla, se puso en pie, se sentó de nuevo y volvió a levantarse.

—¿Estoy libre? —preguntó.

—Eso tendréis que preguntárselo al condestable.

—Tiene que hacerse algo. No me han condenado. Soy inocente…

—Gracias, maese Lothaire.

Y con esto, el padre Amiel despachó al desdichado testigo.

Sin el menor asomo de compunción, lo entregó a la custodia de sus indiferentes carceleros. Con todo, Lothaire tal vez se alegró de alejarse de él: quizá prefería las ratas y los grilletes de su mísera celda a las sutiles agresiones del dominico. Desde luego, su apariencia se había deteriorado aún más durante la entrevista.

La compasión que me inspiraba su situación se vio mitigada en parte por la que sentía por mí mismo, pues me dolían terriblemente los músculos de la mano. Con inmenso alivio, dejé la pluma y flexioné la muñeca, los dedos y el codo.

El padre Amiel me lanzó una mirada.

—¿Os duele? —preguntó mientras se cerraba la puerta tras el testigo que se retiraba.

—Mucho —respondí.

—Tenéis un aguante extraordinario, pero quedan aún dos autos de comparecencia por redactar. Luego nos ocuparemos de eso. Ahora, ¿querréis leerme la trascripción?

—Padre…

Me interrumpí y él esperó.

—¿Qué? —inquirió por último, con calma.

Me vi en el brete de ponerle reparos sin que se molestara:

—Padre, la declaración de Aimery de Sorgues… En fin, su testimonio no decía nada respecto a… hum… a actos impuros. Nada en absoluto.

No era una pregunta, exactamente, pero requería una respuesta. El padre Amiel se quedó pensativo unos instantes.

—¿Habéis leído el *De Diferentiís Topicis*, de Boecio, maese Raymond?

—No —respondí, con la esperanza de que mi ignorancia no significara un demérito para mí. El fraile, sin embargo, no mostró el menor asomo de sorpresa.

—Es un tratado de lógica —explicó—. Habla de cómo construir un discurso para que produzca determinado resultado. En el texto, el autor nos dice que la verdad o falsedad de un argumento no importa, mientras éste mantenga una apariencia de verdad.

Me miró fijamente con sus ojos pardos y me quedé mudo. ¿A qué se refería? ¿Había en sus palabras una verdad que yo, en mi ignorancia, era incapaz de comprender? Pero antes de que pudiera preguntarle nada más, volvió a pedirme que leyera de nuevo la trascripción de lo que había declarado Lothaire Lagarrigue. Desconcertado todavía, obedecí.

Por lo menos, mis anotaciones eran claras como el agua. De hecho, era un trabajo muy encomiable que me valió una sonrisa del padre Amiel, cuando concluí.

—¡Excelente! —dijo—. Realmente, excelente.

—Me he dejado muy poco…

—No os habéis dejado nada, que yo recuerde. Desde luego, buena parte de esto será superfluo. Me interesará ver cómo lo resumís.

—¿Y las citaciones, padre? —dije, al tiempo que mis tripas soltaban un gemido quejumbroso. Sonrojado, alargué la mano para sacar otro pergamino en blanco, pero el monje me detuvo con un gesto.

—Mañana —indicó—. Se me ocurre que los autos deberían entregarse mañana por la mañana y señalar las comparecencias para la tarde. —Se puso en pie súbitamente y volvió a sonreír—. ¿Tenéis hambre, maese Raymond?

—Eh…

—Acompañadme a una refección. Los visitantes comen bien en el priorato, ¿sabéis? Hemos tenido a pontífices, incluso, sentados a nuestra mesa.

¿Cómo podía rechazar su sonriente ofrecimiento? Era una especie de honor y, por mi parte, estaba seguro de que en casa no me esperaría ningún plato caliente. Así pues, fui con él y me alegré mucho de que, de camino al priorato, el padre Amiel hablara de otros temas que no guardaban relación con Guillaume Monier. Habló de comida, de música, de libros y de poesía. Habló de París, de Bolonia y de Narbona, de carne de caballo y de viajes por mar, de sueños y de milagros, con tal elegancia de expresión y tal profundidad de conocimiento que lo escuché con admiración y respeto. Y, a pesar de su erudición, no me sentí abrumado en su compañía. Estaba cómodo con él, quizá porque hablaba con suavidad y prestaba mucha atención a lo que yo le decía, y porque sonreía a muchas de las cosas que le comentaba. Sonreía a menudo, pero jamás se reía abiertamente. La risa desenfrenada, me dijo, no estaba bien vista entre los hermanos y había perdido la costumbre hacía mucho. Con todo, tenía el ingenio y el humor necesarios para apreciar un buen chiste, si no era subido de tono.

De hecho, me contó una anécdota divertidísima sobre un obispo senil (al que se refirió en todo momento con gran respeto) y, al terminar, sonrió levemente, mientras que yo solté una carcajada. No sé qué pensaría la gente al vernos juntos. Debíamos de formar una pareja muy curiosa: el fraile, con su figura menuda, y el lego que, trastabillando a su lado, gesticulaba enérgicamente y se partía de risa. Debo reconocer

que nunca he ejercido suficiente control sobre mis extremidades, que siempre han mostrado una acusada tendencia a agitarse como ramas en plena tormenta.

El padre Amiel, por el contrario, era sumamente comedido en sus gestos. Sus pasos eran cortos y rápidos, pisaba con firmeza y nunca tropezaba ni resbalaba ni se daba contra las paredes, como me sucedía a mí. Era como si calculase al detalle cada uno de sus ademanes, como si sólo gastara la cantidad de energía imprescindible para alcanzar un objetivo determinado, como si toda su actividad fuera regular como el ritmo de una canción.

Cuando llegamos, comprobé que el fraile estaba, en efecto, perfectamente adaptado a la vida en el priorato, mientras que yo tropezaba en los peldaños y topaba con los hermanos, caminaba demasiado deprisa y hablaba demasiado fuerte. Me di con la cabeza contra el dintel de la puerta del refectorio (que era demasiado baja, realmente), me senté cuando debería haberme quedado de pie, me atraganté con un pedazo de pastel de puerros y, en resumen, me sentí tan a gusto como una abeja en una botella. Sin duda, el padre Amiel no tardó en arrepentirse de haberme ofrecido un lugar en la mesa, aunque nada en él lo delató. Sus hermanos también fueron de lo más corteses. No es que me recibieran con palabras amistosas, pues en el refectorio se imponía un estricto silencio, pero me sirvieron antes que a nadie (no había más visitantes) y no hubo risas ni se intercambiaron miradas elocuentes cuando volqué accidentalmente una jarra de vino. En realidad, durante la colación, las miradas casi no se levantaron del plato y los únicos sonidos —además de la letanía del lector, que desgranaba páginas de una *Vida de santo Domingo*— que se percibían eran las toses y carraspeos, los ruidos al sorber y los gemidos medio amortiguados de un pobre hermano que tenía los dientes demasiado sensibles.

Creo que el padre Amiel también masticaba con cierta dificultad. Era evidente que sólo empleaba el lado derecho de la boca.

¿Qué más puedo contaros? Del refectorio, muy poco, pues demasiado ocupado estaba para fijarme en aquel gran salón de piedra, desolado y sombrío. Con todo, la comida estaba espléndidamente cocinada y aderezada, el vino era excelente y la escudilla estaba limpia. No llegaban malos olores de debajo de la mesa, donde se habían puesto esterillas de junco nuevas, ni había perros ni sabandijas que le quitaran a uno el apetito.

A pesar de todo, no puedo decir que disfrutara de mi comida en el priorato. Resultó una experiencia bastante dura y melancólica que me perjudicó la digestión y me afectó el ánimo. Casi me costaba respirar. Cuando salí del recinto sagrado y volví al sol, llené mis pulmones de aire como si estuviera perfumado.

¿Cómo es, me pregunto, que la compañía de hombres santos puede resultar tan opresiva, en ocasiones?

De allí, regresé a casa. Mi inclinación natural me encaminaba a El Gallo Negro,

pero me dominé y fui a redactar una versión pulida de lo que el padre Amiel llamaba «el protocolo», es decir, la trascripción de la declaración de Lothaire Lagarrigue. Con el manual del inquisidor como guía, terminé el trabajo antes de la puesta de sol. Había hecho, me dije, otro esfuerzo encomiable. Merecedor de una gratificación.

Así pues, fui paseando hasta la taberna, donde me regalé con una botella de vino de los viñedos de Montauban.

Tened la seguridad de que habría disfrutado de alegre compañía, también, de no haber estado tan tranquilo el establecimiento de Beatrice aquella velada. A Othon lo habían enviado de viaje, Berenguer estaba enfermo (lo estaba con frecuencia) y ni siquiera Bernard, el candelero, había aparecido por allí. A quien sí encontré fue a Gaillard, quien, tan pronto como entré, se me acercó a preguntarme, con gesto malhumorado y tono acusador, por «ese monje con el que estabas anoche».

—¿El padre Amiel? —respondí, casi decidido a dar media vuelta y retirarme. Sabía lo que se avecinaba.

—Uno de los capellanes del cardenal te ha visto paseando con él esta mañana —continuó Gaillard—. ¿Quién es? ¿Qué quiere de ti?

—Mis servicios.

—¿Para qué? ¿Por qué preguntó por mí? ¿Qué quería del cardenal? —Al ver que yo titubeaba, buscando el mejor modo de abordar el asunto, Gaillard se exasperó aún más—. ¿Es un inquisidor? El capellán lo reconoció; dice que fue inquisidor de Beziers. ¿Lo es?

—Lo fue, pero ya no lo es.

Con un suspiro, intenté explicarle la situación sin causarle más alarma. No lo conseguí.

—¿Le contaste lo que dije? ¿Lo de que el camarero de Su Eminencia me había ofendido? —exclamó—. ¡Oh, Raymond…!

—¿Era un secreto? No lo contaste como si lo fuera.

—¡Era un comentario entre amigos! ¡No para repetírselo a… a un entrometido inquisidor!

—Pero, Gaillard, comprende que era importante.

—¡Qué estupidez!

—Mira, el padre Amiel sólo quiere oírtelo decir de tus propios labios. Quiere que se registre en una declaración…

—¿Le dijiste que soy un sodomita?

Era una pregunta ridícula que me irritó.

—¡Pues claro que no! ¡No desvaríes!

—Pero debe de creer que lo soy. Y todos los demás lo pensarán también, cuando se sepa.

—¿Estás borracho, Gaillard? No sigas con estas tonterías. Te espantas de una

sombra, de un soplo de aire. Ves problemas donde no los hay.

Sin embargo, no había modo de tranquilizado. De hecho, Gaillard continuó reprendiéndome con violencia, amenazándome con el puño, y por último escapó del local en un estado de gran agitación, lloroso y turbado.

Después de aquello, sentí el impulso de descargar el peso de mi corazón al oído de Beatrice.

—Era un chismorreo —insistí, disgustado—. Se me escapó sin darme cuenta.

—Claro —asintió ella en tono conciliador mientras recogía unos vasos sucios.

—Si me hubiera parado a pensar un momento, no se me habría ocurrido mencionarlo. Aun así, ¿qué significará para Gaillard? ¿Un juramento, un par de preguntas? No tiene por qué enterarse nadie. Y, aunque se difundiera la noticia, ¿qué hay de malo en lo que sucedió? Que te aborde un sodomita no es pecado. Si rechazas sus proposiciones, no lo es.

—Pobre Gaillard —murmuró Beatrice—. Es un chico tan guapo… La gente siempre anda atormentándolo. No me extraña que esté asustado.

—Sí, pero sin motivo.

—¿Eso crees? —Levantó la cabeza y se apartó los cabellos del rostro para mirarme—. ¿Y si se entera el cardenal Di Vico? ¿No empezará a dudar de la virtud de Gaillard? Es muy posible que lo haga, ¿no te parece?

—Oh, Beatrice —suspiré—, ¿no encontraré un poco de consuelo en ti?

—En este momento, no. —La mesonera estaba recogiendo una cuchara de debajo de una mesa. Cuando se incorporó, se le habían encendido las mejillas y le brillaban los ojos—. Tal vez te lo ofrezca más tarde —añadió en un susurro.

—¿De veras? —Ésta sí que era una buena noticia. Miré alrededor, pero los pocos clientes estaban enfrascados en ilegales partidas de dados, o murmuraban para sí, ajenos a nuestra conversación—. ¿Cuándo?

—Pronto.

—No puedo quedarme a dormir aquí. El padre Amiel pasará por mi casa a recogerme mañana por la mañana, camino de la cárcel.

—No estaba pensando en dormir, precisamente.

—¿No?

—Y, claro, cuanto antes quede limpio el local, antes podré acostarme…

Yo, señoras mías, en vuestras manos soy amoldable como una masa de pan. Nunca he sabido resistirme a vosotras, sobre todo en lo que se refiere a rituales nocturnos. Sí, he hecho los votos de caballería, estoy al servicio de mi reina… ¡y soy un enérgico jinete en la liza, permitidme que lo diga! Desde mi juventud, dotado de una buena y poderosa lanza, he montado a satisfacción e, incansable como soy sobre la silla, estoy siempre dispuesto a serviros noche y día, aun si este servicio incluye ciertas tareas bajas como barrer cáscaras y huesos, pues, ¿acaso el caballero ardoroso

no ha tenido que afrontar siempre innumerables desafíos en su búsqueda del amor? Las canciones antiguas nos hablan de murallas y torres escaladas, de monstruosas bestias abatidas, de campeones derrotados y de toda clase de ardides femeninos superados. ¿Por qué, pues, habría de quejarme de manejar la escoba, si ésta es la llave de la alcoba de mi dama? Un hombre que se las dé de tal tiene que ganarse los placeres con esfuerzo.

Por eso me apliqué con todo el celo a la tarea que se me habían asignado, hasta hacer casi un agujero en el suelo. Y después fui recompensado con un lugar en la cama de Beatrice, el mueble más acogedor que he conocido nunca. Pero, me diréis, lo que cuento es pecaminoso. Arrepentíos, me diréis, pues quien comete fornicación peca contra su propio cuerpo. Y tenéis razón, soy un pecador. He fornicado fuera del lecho conyugal. Peor aún, he fornicado en domingo. He fornicado durante los cuarenta días que preceden a la Pascua, en Pentecostés, durante el Adviento, en días festivos y en los de ayuno, con una mujer menstruante, con casadas, en posturas prohibidas y empleando métodos que aseguraban que mi semilla no fuese fecunda. Tenéis ante vos, señoras, a un pecador incorregible. Tal vez la única ofensa de esta clase que no he cometido sea la fornicación con una embarazada o con una madre lactante… y no por falta de ganas, debo confesarlo. ¡Ah!, y tampoco he sentido el deseo de seducir a una monja. Profanar la virginidad consagrada a Dios no ha sido nunca uno de mis propósitos. De hecho, la mera idea me incomoda.

Debo reconocer, sin embargo, que poco más me turba. Cuando uno está condenado por el mero acto de fornicar, las pequeñas variantes en las vías que pueda emplear en aliviarse de su carga resultan… cómo diría… cuestiones de menor importancia. En otras palabras, existen muchas maneras de llevar el cántaro a la fuente, si uno es lo bastante ágil.

En esa época, yo era más joven y flexible: con una pareja dispuesta, era capaz de retozar como un perro o como una anguila, o como una de esas bestias extrañas —como el grifo o la manticora— de cuyos hábitos carnales tan a menudo abominan los clérigos en sus sermones.

No es que yo me distinga por unos apéndices o unas facultades fuera de lo común. No poseo la fuerza de un toro, ni estoy dotado como una mula. En cambio, soy esclavo de la cortesía y presto absoluta obediencia en el servicio de mi dama. Lo que quiera, eso tendrá de mí. Y mientras que muchos hombres, una vez han tomado posesión efectiva de los bienes que anhelaban, abandonan sus refinamientos galantes a la puerta de la alcoba, yo siempre tengo en consideración que, si uno da tanto como toma, será acogido sin reservas entre esas sábanas en futuras ocasiones.

Como prueba de ello, sólo tengo que mencionar el hecho de que era un visitante asiduo de la cama de Beatrice, que no era demasiado frecuentada, ya que pertenecía a una viuda respetable y temperada. Sin embargo, esta viuda era también vigorosa y

saludable, y ya se sabe que las mujeres en edad fértil necesitan algo más que comida y ropa, aunque sean tan recatadas que no se atrevan a poner nombre a sus deseos. ¿O me equivoco, señoras mías? Dios, sin duda, os hizo para este acto, sin el cual no podrían concebirse los hijos. Como prueba de ello, sólo tengo que señalar cómo una mujer puede dejar exhaustos a diez hombres, mientras que no hay número de ellos que pueda agotar a una sola mujer.

Por ello, sucedía en ocasiones que Beatrice sentía la necesidad de exprimir un poco de jugo de mi prensa. Y yo siempre estaba atento a darle gusto, pues aquella mujer era el bocado más sabroso que he probado jamás. Como el buen vino, había mejorado con la edad y había ganado en profundidad y en riqueza con el paso del tiempo. ¿Qué tímida doncella, por ejemplo, montaría sobre un hombre y lo cabalgaría como un semental? ¿Qué recatada joven virgen mordisquearía como un ratón u ordeñaría a su amante como haría a una vaca? Con todo, también teníamos nuestros momentos de sosiego, en los que yo me perdía en su jardín y cataba sus granadas, bebía de su fuente y probaba la miel de sus labios, pues entre nosotros había verdadero afecto, por muy ásperos que hubieran sido nuestros modales.

Y a veces, os lo aseguro, Beatrice manejaba mi orgullo viril con la misma brusquedad con la que trataba mi otro aditamento masculino.

—Hoy me han contado una historia muy divertida —me dijo mientras, tendidos uno al lado del otro, reposábamos tras haber culminado el acto—. Trata de un pescador que encuentra el cadáver de un monje flotando en el río.

—Suena hilarante —comenté con un bostezo.

—No, no, espera. Verás, la mujer del pescador siempre le aseguraba a su marido que lo querría igual si estuviese castrado. Así pues, el hombre le rebana el órgano viril al monje, se lo lleva a casa y finge ante la mujer que es el suyo, que ha sufrido un accidente. ¡Y ella, inmediatamente, empieza a recoger sus cosas y hace el equipaje!

—Hasta que él le cuenta la verdad, supongo.

—Hasta que se la cuenta, sí —corroboró Beatrice, sonriente—. Es una bobada, pero me ha hecho reír.

—¿Porque tú harías lo mismo, flor mía?

—Sí, por supuesto. Sin tu pequeño instrumento, Raymond, no serías de ninguna utilidad para mí.

—¿Pequeño, mi instrumento? —protesté, y entonces ella se disculpó.

—Tu gran instrumento —rectificó.

—Gracias.

—Tu enorme instrumento. Tu tercera pierna.

—Ojalá todo el mundo dejara de hablar de genitales cortados —observé—. Desde que mataron a Guillaume Monier, es el tema de todas las conversaciones. No es

extraño que me sienta tan alterado constantemente.

—Es cierto que la gente habla de eso —asintió Beatrice mientras cubría sus bellos pechos con la sábana—. Pero siempre puedes apartarte de quien hace esos comentarios.

—Ya no. Mi nuevo patrón se dedica a investigar la muerte de Guillaume Monier. Mal puedo, pues, cerrar mis oídos al asunto.

—¿Te refieres al monje?

—Al padre Amiel, sí.

—¿Cómo es?

Medio amodorrado, medité la respuesta.

—Es muy listo —dije por último—. Muy rápido. Y muy garboso. A mí, además, me trata con consideración, aunque a otros, no.

—¿Te cae bien?

Volví a pensar la contestación, pues era una pregunta que no me había hecho hasta aquel momento.

—Sí —decidí, con cierta sorpresa—. Me cae bien.

—¿Y te paga bien?

—Bastante bien —murmuré.

—Entonces, deberías quedarte con él todo lo que puedas —me aconsejó—. Pero si el trabajo te altera tanto que no puedes dedicarme tus atenciones, ángel mío, debes abandonarlo al momento. Como has oído, un castrado no me sirve de nada.

Asentí. Ya tenía los ojos cerrados y la lengua me pesaba. «Levanta, Raymond —me dije—. Levanta y vete a casa».

Pero, ay, mi cuerpo se negaba a obedecer. Me quedé dormido allí, en la cama de Beatrice, reposando sin que me perturbaran hasta que salió el sol. ¡Pobre de mí!

Porque no iba a olvidar aquella mañana durante el resto de mi vida.

Aún llevo conmigo la vergüenza de lo que sucedió.

Canto V

—¡Raymond!

—Hum…

—¡Raymond! ¡Despierta!

Reconocí la voz de Beatrice y solté una maldición. Por un segundo me pregunté qué estaría haciendo en mi cama, pero enseguida advertí que aquél no era mi lecho.

—¡El monje está aquí, Raymond! —susurró—. ¡Levántate, de prisa!

—¿El mon… monje? —tartamudeé. ¡Oh, amigos, qué momento de horror! Al alzar la cabeza, vi a Beatrice, medio arropada con un chal, sus henchidos pechos apenas ocultos y el cabello todo alborotado y enredado. A su espalda, los postigos de las ventanas estaban abiertos.

—¡Dios me asista! —exclamé—. ¡Dios me asista! ¡El sol! ¿Ya es de día?

—Pregunta por ti, Raymond. Vístete. Levántate.

—¿Dónde está?

Beatrice señaló la ventana. Tiempo después me enteré de que, al despertarse con la llamada del padre Amiel, había abierto los postigos de par en par y se había asomado a la ventana a insultarlo, sin darse cuenta de que andaba desnuda, aunque las recriminaciones se habían borrado de sus labios tan pronto como tuvo conocimiento de la identidad del recién llegado.

Lo que el padre Amiel pensó de los pechos rebeldes de Beatrice no puedo decíroslo, porque nunca tuve la valentía de preguntarle por aquel asunto.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —me instó ella al tiempo que me empujaba hacia la ventana. Yo todavía me estaba poniendo los calzones y cuando asomé la cabeza (el monje estaba apostado ante la puerta principal), mi aspecto debía de ser de lo más vergonzoso.

—¿Pa… padre? —murmuré.

—Ah, maese Raymond —dijo el monje con voz completamente tranquila—. Vuestro hermano me ha dicho que tal vez estabais aquí.

—Perdonadme, es que… Si queréis…

—Esperaré aquí mientras os vestís —anunció, y Beatrice me pellizcó el codo.

—Dile que entre —susurró—. Dile que puedo darle fiambre y vino caliente.

—¿Os apetecería comer algo, padre? —inquirí, aunque estaba casi seguro de que declinaría el ofrecimiento. Y acerté, pues movió la cabeza y respondió:

—No, muchas gracias. No podemos entretenemos.

—Por supuesto que no. Claro. Un momento, por favor.

Me retiré de la ventana y acabé de vestirme con una prisa frenética, dando saltos por la habitación mientras me calzaba a tirones una bota y luego la otra. Beatrice insistió en ofrecerme pan y leche.

—No tengo tiempo —dije, jadeante.

—Pero puedes comerlo por el camino.

—¿Delante de él? No, me parece que no. —Bajé las escaleras a trompicones y, con el permiso de Beatrice, oriné junto a la puerta trasera. Cuando salí al encuentro del padre Amiel, todavía me ajustaba la ropa—. Lo siento, padre. Aquí estoy.

El dominico asintió. Tras esto, se volvió y comenzó a caminar, sin reparar casi en la presencia de Beatrice, quien, en cualquier caso, hacía todo lo posible por quitarse de en medio.

Tal vez sólo exista una acción digna para un monje que se ve sorprendido con la visión de una mujer medio desnuda. Quizás el padre Amiel estaba siguiendo las instrucciones contenidas en la Regla de Santo Domingo.

Lo seguí como un perro sin dueño y volví la cabeza un instante para dedicar una sonrisa a Beatrice. Ella me saludó con la mano. Cuando por fin alcancé al padre, éste se abría camino esquivando los charcos y me habló como si hubiésemos estado conversando toda la noche sin interrupción.

—Hoy tengo previsto interrogar a Aimery de Sorgues —anunció.

—Oh.

—Es posible que esto os extrañe —prosiguió, sin advertir, al parecer, que yo no estaba en condiciones de extrañarme de nada—. Por lo general, en el proceso de *inquisitio*, el sospechoso es arrestado y se le comunica la acusación. Entonces, si se niega a confesar, se llama a declarar a los testigos. Sin embargo, este caso ha comenzado con un solo acusador. Es uno de esos casos que tal vez sea mejor desarrollar mediante otras formas de acción: una *accusatio*, tal vez, o una *denunciatio*, en las que no es preciso que exista más de un acusador, pero como a mí se me ha instruido para que realice la *inquisitio*, no puedo acusar a Masseo di Vico hasta que haya sido denunciado al menos por dos personas. —El padre Amiel me miró, como si quisiera leer en mi rostro lo que pensaba de aquella explicación. Quizá sólo vio unos ojos turbados y una barba sin afeitar (eso, si distinguía algo con su disminuida visión), pues enseguida desvió la mirada—. Sin embargo, en muchos aspectos, las circunstancias nos son favorables. Esto me permitirá reunir más testimonios antes de abordar a Masseo di Vico. Antes de interrogar a un sospechoso, me gusta tenerlo todo absolutamente preparado, pues eso aporta eficiencia al interrogatorio.

Gruñí por lo bajo. Como todavía estaba medio dormido, sus palabras me parecieron un tanto incomprensibles y no pude intervenir en la conversación con ningún pensamiento racional. De hecho, tan sólo podía pensar en si me despediría por no haber pernoctado en casa. Sin embargo, dio la impresión de que pasaba por alto totalmente mi vergonzosa conducta, pues no hizo alusión alguna a ella, ni directa ni indirecta, ni me dedicó cortesías forzadas o miradas de reproche. No noté en su

actitud más que la habitual contención.

Y me pregunté si no querría expresar su desaprobación en un ambiente más recogido.

Cuando llegamos a la prisión, sin embargo, continuó sin referirse a mis recientes fechorías. Por el contrario, inspeccionó las provisiones que se habían «requerido del condestable»: es decir, una medida de vino y una medida de agua, dispuestas en una mesa en sendas jarras de loza. También había tazas y cojines, pero nada de comer. Me explicó que aquellos pequeños lujos habían sido solicitados la tarde anterior.

—El agua es para nosotros —dijo—. El vino, no. Nuestras cabezas han de mantenerse claras.

—Entonces, ¿quién lo tomará? —quise saber.

—Nuestros testigos, si así lo desean. —Cuando se hubo sentado, después de sacar el documento de su bolsa de cuero, me pidió que le leyera el protocolo terminado que había encontrado en mi habitación—. Ésta mañana, vuestro hermano me dejó pasar —explicó mientras yo lo miraba, sorprendido—. Se me antojó muy probable que hubieseis dejado vuestro trabajo en el escritorio, así que he traído lo que he encontrado allí. ¿Es vuestro trabajo, verdad?

—Sí, padre, por supuesto. Lo lamento tanto…

—No tiene importancia.

—Mi intención era…

—No tiene importancia. —Su tono daba a entender que no iba a permitir más discusión del asunto—. Leed esto y después redactaremos las citaciones.

Hice humildemente lo que me indicó. Al menos quedaría contento de mi trabajo, pensé. Y sin embargo, el corazón me latía con fuerza mientras leía el texto del protocolo, haciendo una pausa de vez en cuando para refrescarme con un sorbo de agua.

Cuando terminé, se volvió hacia mí con una sonrisa.

—Bien hecho —dijo.

—Oh, gracias, padre.

—Tenéis una facilidad extraordinaria. Os expresáis de maravilla.

—¡Gracias!

—Ahora, redactaremos las citaciones. Quiero hablar con la doncella de Masseo di Vico esta tarde. Y luego… Mañana, no; mañana me aguardan ciertas obligaciones en el priorato. El viernes interrogaré a vuestro amigo Gaillard, pero esta mañana debemos expedir la citación. ¿Dónde vive?

Se lo dije. Le di el nombre de la calle y de la parroquia, e incluso el del sacerdote de dicha parroquia, pues sabía que la citación iría dirigida a él. Por lo general, los sacerdotes de las parroquias son los encargados de transmitir estas desagradables noticias.

El padre Amiel comentó que, como ayudante, mi valor era inestimable. Después, empezó a componer las largas y sonoras frases en latín que traerían a Gaillard y a la doncella de Masseo a ocupar la banqueta que teníamos delante. (Su dominio de la más noble de las lenguas era envidiable). Después de hacer un primer borrador de cada documento, los leí en voz alta y él sugirió varias correcciones. Sólo cuando quedó satisfecho con el texto me permitió redactar las copias terminadas, las cuales firmó, pero no selló. Por el contrario, las llevó al condestable para que las sellara y enviara, mientras yo me quedaba a solas en aquella sombría y diminuta habitación sin nada que leer, comer o hacer.

Como podéis imaginar, mientras esperaba miré varias veces la jarra de vino con ojos anhelantes. Pensé que nadie echaría en falta un par de tragos de aquel brebaje divino, pero entonces me pregunté si no la habrían dejado allí para poner a prueba mi fuerza de voluntad y, resueltamente, orienté mis pensamientos a otras cuestiones. ¿Me perdonaría algún día Gaillard? ¿Podría comer algo antes de mediodía? ¿Qué ocurriría si sobornaba a uno de los centinelas para que me proporcionara un trozo de pan o una pieza de fruta? Ésta última pregunta quedó sin respuesta porque me vino a la mente en el preciso momento en que volvió el padre Amiel, seguido de Aimery de Sorgues y su escolta.

Si alguna vez habéis visto un polluelo o los primeros brotes verdes de un castaño en primavera, sabréis lo tierno que era aquel joven infeliz. Su piel, tersa como los pétalos de rosa, se estropeaba de la misma manera que éstos; tenía unos ojos grandes y acuosos, unos labios trémulos y un cuello blanco y largo que a uno lo hacían pensar en los cisnes, las hachas y las tajaderas. Ciertamente, su expresión era la de un cordero camino de la inmolación mientras, sumiso y lánguido, ponía una mano temblorosa sobre los Evangelios del padre Amiel. Pronunció el juramento con una vocecilla insegura, atropellándose en las palabras, y no pidió la presencia de un representante legal. Que estaba aterrorizado lo habría visto hasta un ciego. Cuando se le indicó que tomara asiento, pareció no comprender, por lo que el monje se vio obligado a repetírselo. Era obvio que un pánico descomunal le había disipado las entendederas al pobre muchacho.

Tal vez por ello, el padre Amiel adoptó un tono suave y compasivo para dirigirse a él. Nada de provecho habría conseguido con una actitud ruidosa o intimidatoria; antes bien, eso habría dejado a Aimery mudo o, en el mejor de los casos, sus palabras habrían sido incoherentes. Pero mientras el padre Amiel preguntaba al testigo por sus años en Notre Dame des Doms, donde había tomado las órdenes menores, el joven empezó a recuperar el dominio de sus facultades. Tartamudeó menos y las frases se volvieron más largas. Con amabilidad, el padre Amiel le explicó que, por haber jurado sobre las Sagradas Escrituras, quedaba obligado por las leyes de Dios a decir la verdad. Si mentía, cometería un grave pecado. ¿Comprendía lo que aquello

significaba?

—Oh, sí —respondió Aimery.

—Porque no hay secretos ante Dios, hijo —señaló el padre Amiel—. Dios lo ve todo. Si me mentís a mí, no escaparéis a su castigo.

—Sí, padre, lo sé.

—Así pues, ¿me diréis la precisa verdad, sin omisiones, como si os confesarais delante de Dios Nuestro Señor sentado en Su Trono del Juicio?

—Sí, padre.

—Bien. —El dominico se aclaró la garganta—. Decidme, entonces: ¿habéis permitido alguna vez a un hombre poner sus *virilia* entre vuestros muslos?

Llegado este punto, yo habría podido, sin lugar a dudas, alzar la cabeza y ser testigo de la consternación de Aimery, pues su silencio inicial me había dado tiempo suficiente para hacerlo. Pero no me atreví: la palidez de su rostro, sus ojos llorosos y la expresión conmocionada deberían ser imaginados antes que descritos. Habría preferido asistir a la agonía de la muerte de un cachorro o a la desesperación de un niño abandonado. Sólo diré que escapó de sus labios una exclamación contenida y una suerte de sollozo.

Y luego oí una vocecilla que decía, «sí», y anoté esta confesión fingiendo toda la indiferencia del mundo, recordándome firmemente que la sodomía, al fin y al cabo, es un pecado.

—Decidme quién os hizo tal cosa —dijo el padre Amiel. Tras un breve silencio (durante el cual Aimery hubo de esforzarse para recuperar la compostura), el dominico fue informado de que habían sido tres, o, mejor dicho, dos hombres y un muchacho. El joven, de nombre Benedict, había sido diácono de Notre Dame des Doms. El primero había sido Guillaume Monier, y el segundo, Fulques Fuille, un compañero amanuense de la casa de Guillaume.

—¿Y nunca le hablasteis a nadie de estos incidentes? —inquirió el padre Amiel.

—Sólo a mi confesor —respondió Aimery.

—¿Y qué os dijo?

—Dijo que probablemente había sido yo quien había buscado la ocasión de pecar. —Sería una tarea ardua y tediosa reconstruir la manera en que Aimery contó su historia, porque se calló algunas palabras y confundió otras, y sollozó, se sorbió los mocos, murmuró y farfulló, y a menudo el monje tuvo que alentarlo a seguir. Sin embargo, despojándola de todas las florituras superfluas, su historia resultó comprensible, por más desconcertante que fuese—. Mi confesor me dijo que yo era un pecador —prosiguió— y tuve que ayunar dos días.

—¿Ésa fue la penitencia que os impuso?

—Sí.

—Pues se me antoja muy ligera.

La voz de Aimery perdió fuerza y empezó a temblar y a quebrarse.

—¡Mi confesor dijo que bastaba! —gritó—. ¡Yo hice lo que me ordenó, padre! Me dijo que había pecados mucho más graves, como el adulterio, el incesto y la violación de vírgenes. Me dijo que, para un acólito, era peor fornicar con una mujer que darse al onanismo o que ciertas otras cosas.

Noté que el padre Amiel se movía en su asiento y que su respiración se detenía un instante. Después, preguntó:

—¿Quién es vuestro confesor?

—Era el padre Guillaume.

—¿Guillaume Monier?

—Sí, padre.

Miré al dominico, vi que daba un respingo y volví a clavar los ojos en el pergamino. No me cupo ninguna duda de que se nos había cruzado por la cabeza el mismo pensamiento.

—¿Así que fuisteis a confesaros con Guillaume Monier para pedirle la absolución de los pecados que habíais cometido con Benedict? —le preguntó el padre Amiel al testigo.

—Sí, padre.

—¿Eso fue antes o después de que Guillaume Monier cometiese el mismo pecado con vos?

—Antes.

Aimery prosiguió su relato explicando el consejo que Guillaume Monier le había dado. Según el camarero del cardenal, el hombre estaba sujeto a innumerables pasiones pecadoras, a las que sólo un santo podía resistirse de forma permanente. Era inevitable que algunas veces la carne sucumbiera a la tentación.

Para un joven como Aimery, que apenas había recibido las órdenes menores, fornicar con una mujer sería un pecado mucho más grave que caer en la masturbación; pero, incluso en este último caso, el peso del pecado sería suyo. ¿Por qué no encontrar a alguien con quien compartir la carga? «Venid a mí cada vez que tengáis pensamientos impuros —le había dicho el camarero— y os curaré de ellos y cargaré yo con el pecado, porque yo soy más fuerte, más sabio y más virtuoso».

Aliviado en grado sumo, Aimery había accedido a hacer lo que su confesor le había dicho. La vez siguiente que «se inflamo», acudió al confesor, que frotó amablemente las partes pudendas de Aimery hasta que el joven llegó a la culminación.

La lujuria de Aimery fue curada de este modo en dos o tres ocasiones más antes de que Guillaume le pidiera servicios a cambio. Al fin y al cabo, él había asumido una pesada carga con el pecado de Aimery. ¿No iba su amanuense a brindarle la misma cortesía?

—Así, ¿el padre Guillaume identificaba el pecado con la emisión? —preguntó el padre Amiel con cierta sequedad. Pero Aimery debía de estar confuso, pues no respondió nada y el monje se vio obligado a plantear la pregunta con otras palabras —: ¿El padre Guillaume os dijo que el portador del pecado, en esos casos, era el hombre que recibía la emisión de otro, ya fuera en las manos, en la boca o *in tergo*?

—Sí… Yo… Sí, supongo que sí.

—¿Os dais cuenta, hijo, de que ésta es una falsa doctrina? ¿De que es una depravación y una maldad? ¿De que es una herejía?

—¡Oh, padre! —exclamó Aimery—. En aquel momento, yo… Pero ahora ya lo sé… Sé que estuvo mal —dijo a trompicones.

—Pero, en aquel momento, ¿creísteis al padre Guillaume?

—¡Sí!

—Entonces, cuando recibíais sus emisiones, pensaríais que pecabais. ¿Cumplisteis penitencia por este pecado?

—Sí, padre.

Y resultó que la penitencia por satisfacer los deseos del padre Guillaume consistía en la realización de otros actos depravados que a Aimery no le resultasen placenteros y que no requerían que «recibiera la emisión». Para no profanaros los oídos con demasiados detalles malsanos, sólo diré que el desdichado amanuense era receptáculo de cierta variante de sodomía (que incluía todo tipo de objetos) y que, en una ocasión, se le pidió que aplicara la lengua a ciertas partes del cuerpo del padre Guillaume que será mejor dejar sin catalogar.

—¿Y, como esos actos no os daban placer, el camarero los consideraba penitencias? —inquirió el padre Amiel.

—Sí, padre.

—Lo cual parece implicar que sí disfrutabais con los otros actos que él realizaba en vos.

—Yo… yo…

—¿Y por ello os entregasteis a las atenciones de otro amanuense, de ese Fulques Fuille? ¿Porque os daban placer?

De repente, el testigo rompió a llorar.

—¡Soy un pecador! —gimió, atragantándose y tosiendo, mientras se balanceaba adelante y atrás sujetándose la tripa como si le doliera. En un arranque, alcé la cabeza y vi que el padre Amiel observaba al prisionero desapasionadamente.

—¿Por qué lloráis? —preguntó el dominico en su tono de voz más seco—. ¿Por vergüenza?

—¡Sí, sí! ¡Perdonadme!

—¿Matasteis al padre Guillaume?

—¡No!

—¿Sabéis quién lo hizo?

—¡No, no!

—Pero erais su sodomita. Os habéis revolcado en el fango del pecado. ¿Cómo voy a creeros?

El pobre Aimery se hallaba en un estado lamentable. Habló de forma incoherente durante un buen rato, gruñendo y moqueando, hasta que el padre Amiel se levantó, sirvió vino y se lo ofreció. Tal vez fue el efecto de este brebaje, o quizás el porte del dominico apostado a su lado, tranquilo y paciente, con las manos cruzadas sobre el pecho. Por el motivo que fuera, el muchacho se tranquilizó. Bebió, hipó y se limpió la nariz. Sorbió los mocos, bebió otra vez y, al devolverle la jarra vacía al monje, levantó los ojos y le dirigió una mirada lastimera.

Cuando por fin continuó hablando, sus palabras fueron tan confusas que resultaron casi ininteligibles.

—¿Qué? —dijo el padre Amiel, inclinándose hacia él—. ¿Qué habéis dicho?

—Fulques me lo hizo —susurró el chico.

—¿Qué te hizo?

—¡Dijo que se lo contaría a los demás!

Resultó que a Fulques Fuille, el amanuense compañero de Aimery, le gustaban las mismas perversiones que al padre Guillaume. Estaba al corriente de los vicios del camarero del cardenal y había amenazado con revelar a todos la conducta escandalosa de Aimery. Para evitar que eso ocurriera, Aimery había sucumbido a las demandas de su colega, que eran casi idénticas a las del padre Guillaume. Pero Fulques era más joven y más amable que el padre Guillaume y tenía un físico más atractivo.

—Entonces, disfrutabais —dijo el padre Amiel a modo de conclusión.

—A veces —confesó el testigo.

—Y desarrollasteis una pasión antinatural el uno por el otro. Y vuestro compañero os quería sólo para él.

—¡Oh, no!

—Y conspirasteis con él para matar al padre Guillaume.

—¡No! ¡No!

—Habláis bajo juramento, hijo.

—¡No, no lo hice! ¡Debéis creerme, por favor! ¡Debéis creerme! —Se arrodilló ante el monje y se agarró a él, llorando a lágrima viva. El padre Amiel frunció el ceño y se desasió. Hay que mencionar aquí que al dominico le desagradaba en grado sumo que lo tocasen y que rara vez tocaba a nadie. Sin lugar a dudas, el abrazo húmedo del amanuense debió de resultarle aborrecible.

—¿Por qué he de creeros? —preguntó, retrocediendo hasta detenerse detrás de la mesa—. Sois un sodomita.

—¡Pero no un asesino!

—Vuestra vida ha estado llena de engaño. Las mentiras son fruto de vuestra boca. Vuestra imagen fundida es la falsedad.

—Yo… Yo… —frenético, el muchacho buscaba palabras convincentes en su cabeza—. ¡No fui el primero! —exclamó al fin, todavía acurrucado en el suelo—. Hubo uno antes que yo, uno que fue el favorito del padre Guillaume, y Fulques lo conoció como me conoció a mí.

—¿Carnalmente, queréis decir? —inquirió el dominico.

—Sí. Se llamaba Simon.

—¿Y cómo sabéis esto?

—¡Porque Fulques me lo contó!

Al parecer, Fulques llevaba tiempo disfrutando de las migajas de la mesa del camarero. Según Aimery, el otro amanuense le había hablado del padre Guillaume con gran admiración, presentándolo como un hombre cuyo gusto exquisito por la carne joven había servido para alimentar la lujuria del propio Fulques, y cuya vida de indulgencia había avivado las ambiciones de éste. Fulques quería ser exactamente como el clérigo. Él también quería una gran casa y elegantes ropajes y muchos jóvenes hermosos, así que siguió el ejemplo del camarero en todo. Incluso preguntó a Aimery por la conducta del padre Guillaume en el lecho.

—Veneraba al padre Guillaume —insistió Aimery—. Todos lo hacíamos.

—¿Después de lo que el camarero os había hecho? —dijo el padre Amiel con una incredulidad que se me antojó absolutamente fingida.

—Era… era muy amable conmigo. Me daba dulces… Me dedicaba palabras cariñosas.

—Y un *vit fort* —concluyó el padre Amiel rudamente. Había estado interrogando al testigo en latín y creo que con aquel paso repentino a la lengua vulgar pretendía que su comentario resultase aún más chocante. Y tengo que reconocer que me dejó asombrado: aunque se me había ocurrido que tal vez Aimery anhelase un cuerno más fuerte, por así decirlo, nunca hubiera esperado oírselo decir a un monje como el padre Amiel.

El testigo se puso como la grana y farfulló algo incomprensible.

—Así, me estáis diciendo que no habríais matado al padre Guillaume porque, con todo, sus atenciones os daban placer —sentenció el padre Amiel—. ¿Es eso cierto?

Aimery estaba aturdido y movía las manos incontroladamente. Abría y cerraba la boca, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por fin, asintió, y yo registré ese asentimiento como un «sí».

—Y Fulques no habría matado al padre Guillaume porque lo admiraba mucho —prosiguió el dominico—. ¿Es éste vuestro testimonio?

El amanuense asintió de nuevo, ante lo cual el padre Amiel le indicó que se

expresara claramente para que sus respuestas pudieran ser transcritas.

—Sí —dijo Aimery, sin convicción.

—¿Y qué sucede con los otros miembros de la casa? —El padre Amiel era implacable—. ¿Sospecháis de alguien que pudiera albergar alguna hostilidad especial hacia el padre Guillaume?

—No.

—¿Habéis visto a alguien comportarse de una manera sospechosa, antes o después de la muerte del camarero?

—No.

—¿Habéis visto este libro alguna vez, hijo?

El volumen en cuestión era, por supuesto, el libro de conjuros del padre Guillaume.

Al verlo, Aimery afirmó, un tanto aturdido, que no conocía el códice. No obstante, identificó uno de los escritos como del padre Guillaume y a continuación, cuando se le pidió que aportara una muestra de su propia escritura, empezó a temblarle la mano con tanta violencia que fue incapaz de ofrecer algo que resultase legible. Sin embargo, reveló que en una ocasión el padre Guillaume le pidió que saliera a buscar un perro que, confiado al cuidado del padre Guillaume, había desaparecido misteriosamente.

Aimery no sabía qué uso podía haberle dado al can. Negó cualquier complicidad en los ritos nefarios del camarero y yo le creí, porque, como dice el refrán, «en el vino está la verdad». Llegado este punto, quedaba claro que el muchacho estaba un poco intoxicado. Su postura vacilante, su expresión vacía y su dificultad para hablar me bastaban para diagnosticarle una *ebrietas*.

En un momento dado, se lanzó de repente a declamar acerca de sus «pecados de la carne», prometiendo solemnemente flagelarse todos los días hasta que muriera, como penitencia por deshonrar su propio cuerpo, ante lo cual el padre Amiel le preguntó cuál era la penitencia adecuada para alguien que mataba.

—¡No! —El joven sacudió la cabeza con tanta fuerza que perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer—. ¡No, no, no! ¡Yo no podría hacer tal cosa! ¡Yo lo encontré! ¡Fue terrible! ¡Me mareé y caí al suelo!

—¿Queréis decir que no tenéis estómago para hacer una cosa de ese tipo?

—¡No!

—Os creo. —El dominico habló con tanto desdén, con una repulsión tan fría, que hasta yo me estremecí—. No sois un hombre, sois un gusano. Sois una cosa débil y sin nervio, un receptáculo de la perversión de los demás. Nunca tendríais la valentía ni la fuerza necesarias para realizar cualquier acción, por más ruin que fuese. Estáis muerto en el pecado, profanado y maldito delante de Dios. Sois un instrumento del mal. Alejaos de mí. Contamináis el aire. No deseo poner los ojos nunca más sobre

vuestra carne pestilente.

Y con esto, ordenó a los centinelas que se llevaran de allí a Aimery de Sorgues como si fuera un saco de comida.

Canto VI

Aquél día, el padre Amiel no me invitó a comer en el priorato. Quizá me consideraba demasiado innoble para compartir plato con él, manchado de pecado como estaba tras mi orgía nocturna, o tal vez sus hermanos habían vetado mi presencia en el recinto. Fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que no me ofreció un lugar en su mesa, aunque condescendió en acompañarme cuando emprendí el regreso a casa de mi madre. No sé por qué vino, pues apenas intercambiamos palabra durante el trayecto. Cansado de los interrogatorios de la mañana (e incómodo sin duda con el recuerdo de los pechos desnudos de Beatrice), estuvo taciturno hasta el punto de la mudez. Y el hecho de que en nuestro camino tuviéramos que pasar por delante de El Gallo Negro no contribuyó a hacer más fácil la conversación, precisamente.

En cuanto a mí, todavía estaba afectado por lo que había presenciado en la prisión. No digo que la simpatía que me inspiraba Aimery de Sorgues fuese muy profunda o que, por el contrario, sintiera hacia él la menor animadversión, pero debo reconocer que estaba bastante desconcertado. Los giros del interrogatorio del padre Amiel me habían dejado confuso y estupefacto. Su inesperada reprimenda final, sobre todo, había sido para mí como un mazazo. ¿De dónde había salido aquel estallido de desaprobación cargado de veneno? ¿Y dónde había ido a parar después? Tan pronto había terminado de pronunciarlo, el padre Amiel se había parapetado de nuevo tras su máscara habitual de desapasionada tranquilidad, Y no había hecho desde entonces el menor comentario sobre lo sucedido.

—¿Dais crédito a lo que os contó el amanuense? —le pregunté finalmente, cuando El Gallo Negro quedó atrás. Hacía un día luminoso y agradable, y el padre Amiel, pálido y cegato, parecía fuera de lugar allí, al sol. Cuando un grupo de sonrientes mujeres, cargadas con la colada, pasó rozándolo, se tambaleó como un cordero recién nacido. Sin embargo, su réplica sonó clara y tajante:

—No tengo motivo para no creerle. De momento.

—¿Interrogaréis a Fulques?

—No hablemos de estas cosas aquí, maese Raymond, os lo ruego.

Intimidado, guardé silencio. Él, también, y tal vez habríamos seguido así el resto del camino si no hubiéramos encontrado a un grupito de gente vociferante a la puerta de la casa de mi madre. Desde lejos reconocí a Gaillard, pero no a los otros dos. Uno era un muchacho de tez manchada, pobremente vestido y de aspecto hosco; el otro era un hombre canoso, corpulento y vestido con prendas ricas, pero sombrías. De facciones grandes, tenía el semblante sonrojado y perlado de sudor.

Su manera de gesticular me alarmó. Reduje el paso y vi que miraba a Gaillard buscando su confirmación. En cuanto el escudero asintió con la cabeza, y sin darme tiempo a dirigir la palabra a ninguno de ellos, me vi asaltado por aquel gordo que,

rojo de cólera, se plantó delante de mí, me agarró de la pechera de la túnica y vociferó algo acerca de su hija.

—¡Tú! —gritó—. ¿Eres Raymond Maillot?

—Sí, pero…

—¡Sabandija! ¡Te casarás con mi hija o te arranco la cabeza!

—¿Vuestra hija? —balbucí mientras me preguntaba (con gran desesperación y desconcierto) cuál de mis muchas conquistas tenía que sufrir la maldición de habérselas con un padre como aquél. Debéis saber que, por lo general, pongo mucho cuidado en evitar a las hijas vírgenes de familias acomodadas, aunque suelen ser piezas guardadas con tanto celo que, de hecho, son caras de ver incluso fugazmente —. ¿Quién es vuestra hija? —pregunte, pero él continuó zarandeándome hasta que casi perdí un lente.

Por fortuna, allí estaba Gaillard para defenderme.

—¡Basta! —intervino, quitándome de encima al individuo de un empujón—. ¿Qué os sucede, por el amor de Dios?

—¡Mi hija está embarazada! —fue la tremenda respuesta—. ¡Y él es el culpable!

Oh, amigos míos, ¿imagináis cómo se me encogió el corazón al oír aquello? ¿Podéis compartir mi desolación ante una noticia tan inoportuna? Aturdido, pregunté de nuevo cómo se llamaba la muchacha.

—¿Tantas hay? —exclamó el airado padre—. Yo soy Jean Mignard y ella se llama Marie, como bien debes saber.

¿Marie Mignard? Con una inmensa sensación de alivio, constaté que nunca había oído tal nombre.

—Os equivocáis de hombre —protesté, retrocediendo unos pasos para evitar que maese Mignard me echara las manos al cuello. Por desgracia, al apartarme de él topé con el padre Amiel, quien, con su pequeño tamaño y su ligereza, fue a parar al suelo del empujón. La visión del monje caído distrajo, al parecer, a maese Mignard. Aún vacilaba cuando Gaillard lo agarró por el codo.

—¡Esperad! —exclamó el escudero—. Habéis dicho que sois de Valence, ¿no? —Gaillard se volvió hacia mí y me puso al corriente de que había intercambiado unas cuantas palabras con el desconocido antes de mi llegada—. Me ha dicho que estaba aquí por negocios —precisó—. Y me ha contado que venía de Valence.

—¿Ah, sí? ¡Pues yo nunca he estado allí! —Como tenía la atención dividida entre maese Mignard y el padre Amiel, no me defendí con toda la energía que debería haber empleado—. Disculpadme, padre. ¿Os encontráis bien?

—Perfectamente, gracias.

—¡El hecho sucedió en La Sainte Baume! —aulló Mignard—. Mi hija estaba en peregrinación, visitando la cueva de santa María Magdalena…

—¡… que yo no he visto jamás! —lo interrumpí—. Repito, maese Mignard, que

os equivocáis de hombre. ¿Quién os dio mi nombre?

—¡La propia Marie!

—Pues vuestra hija está mal informada.

De pronto, se me ocurrió que sólo conocía a una persona que hubiera pasado alguna vez por La Sainte Baume: Othon. Recordé su burlona descripción de la cueva, que olía «a orina y a incienso», según él. ¿Habría cometido Othon la tropelía imperdonable de utilizar mi nombre en su incansable búsqueda de vírgenes?

—¿Dónde la tenéis? —quise saber—. Permitid que me vea y os dirá que no nos hemos conocido nunca.

—¡Mi hija está encerrada en casa, como ha de ser! —respondió el terco progenitor—. ¿Creéis que la dejaría salir otra vez, después de esto?

—Entonces, decidme cuándo estuvo en La Sainte Baume.

Me lo dijo y, por una feliz coincidencia, yo estaba empleado por esas fechas en la corte del cardenal Orsini. Informé de ello a maese Mignard y señalé que, si acudía al cardenal para corroborarlo, Su Eminencia le mostraría documentos firmados y fechados por mí que demostrarían mi inocencia.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —inquirió el hombre, suspicaz.

—Completamente.

—¿Pretendéis que crea que alguien anda por ahí utilizando vuestro nombre?

—Así parece.

—Pero ¿por qué?

—Lo ignoro. —Aunque sospechaba de Othon, no me atrevía a acusado sin pruebas—. Pero está claro que quien lo hizo quería ocultar su verdadera identidad.

—Pero ¿por qué usaría vuestro nombre? —refunfuñó maese Mignard—. Seguro que conocéis a ese hombre. Tenéis que saber quién es.

—Pues no.

—¡Seguro que sí! —insistió. Una vez más, maese Mignard empezaba a perder la calma—. ¡Decídmelo! ¡Decidme quién es!

—No lo sé.

—¡Pero él, a vos, os conoce sin duda!

—¡Maese Mignard, a mí todo el mundo me conoce! —Esto no era del todo cierto, pero no se me ocurrió otra salida de aquel embrollo. Mis débiles músculos no resistirían otra agresión de aquel padre enfurecido—. Soy un reputado libertino, que ha conseguido más mujeres que colaciones ha hecho. ¿No es verdad lo que digo, Gaillard?

Creo que el escudero entendió lo que me proponía, pues asintió enérgicamente.

—Pues sí —respondió—. Sí, Raymond es un conquistador.

—Si yo fuera un vecino de Aviñón que quisiera llevar al pecado a una doncella y deseara cargar a otro con la culpa, el primer nombre que me vendría a la boca sería,

sin duda, el de Raymond Maillot. —Mientras así hablaba, percibí la presencia del padre Amiel detrás de mí y me pregunté qué pensaría el fraile. Nada elogioso, con seguridad—. Preguntad a los clientes de El Gallo Negro y os lo dirán. Deben de haber oído cientos de historias acerca de mí.

—Cierto —dijo Gaillard, sin dejar de asentir—. ¡Muy cierto! Todas las mujeres adoran a Raymond. Es un maestro en complacerlas.

—¡Entonces, habría que castrarlo! —declaró maese Mignard—. ¡Y si ha tenido relaciones con mi hija…!

—¡Que no, os lo juro! Preguntad al cardenal…

—¡Lo haré! —clamó el hombre—. Lo haré y, si habéis mentido, que Dios os ampare… porque no os lo perdonaré.

Tras esto, creí que se marchaba, pues dio media vuelta y avanzó un par de pasos, lo que me dio ocasión de observar brevemente al resto de los presentes. Sin embargo, Mignard debió de darse cuenta de que desconocía el paradero del cardenal Orsini y, volviéndose otra vez, me preguntó en un murmullo dónde podía encontrado. Le respondí con cortesía, pues no estaba especialmente irritado con él. Era contra Othon, naturalmente, contra quien iba dirigida mi cólera.

Al fin y al cabo, en un padre está justificado que busque venganza del hombre que ha deshonrado a su hija… siempre que acuse de ello al verdadero culpable.

—Pobre hombre —comenté mientras lo veía alejarse—. Pero si la chica tiene una buena dote, no ha de costarle encontrar marido.

No hubo respuesta, pues mis acompañantes se habían quedado sin habla: el pasmo, el disgusto o tal vez, simplemente, la necesidad de un momento de reflexión habían sellado sus labios. Cuando recorrí el grupo con la mirada, vi que Gaillard se observaba las botas, que el padre Amiel estudiaba a mi amigo y que el chico de las manchas en la cara me miraba fijamente.

—¿Y bien? ¿Qué quieres? —le pregunté—. ¿Te conozco?

El joven dijo que no con la cabeza.

—Me envía Rixende Levieux —dijo.

—¿Y?

—Me manda que os diga que su marido está fuera de la ciudad y que esta noche no lo encontraréis.

—Ah.

—Éste era el mensaje —añadió el chico y, habiendo cumplido el recado, cerró la boca, cruzó los brazos y esperó.

Bien, tal vez debería explicaros que yo no tenía tratos con el marido de Rixende. En cambio, era íntimo de la mujer, que se había criado cerca de la casa de mi madre y había crecido en belleza con cada año que pasaba. Aunque apenas tenía dote, se había casado con un rico armero, un hombre que tenía tres talleres, un par de viñedos, una

granja, un molino y cuatro hijos ya adultos de un matrimonio anterior. El hombre era piadoso, temperado, frugal, adusto, áspero y amante de las conversaciones sobre religión. También era un absoluto fracaso en la cama. Según su esposa, «aunque lo escurrieses en una prensa, no le sacarías una gota de jugo». ¿Es de extrañar, entonces, que la pobre mujer, joven y sana, deseara mis servicios de vez en cuando?

—Gracias —le dije al criado (para entonces, había decidido que eso debía de ser el muchacho)—. Informa a tu señora de que he recibido el mensaje y… y de que lo he entendido perfectamente.

El joven me lanzó una mirada de reojo, agachó la cabeza y se retiró. No hicieron lo mismo Gaillard, ni el padre Amiel. El escudero, observé, miraba ahora al monje con cierta agitación, pero el padre Amiel no parecía darse cuenta de que era la causa de la incomodidad de mi amigo. Después de saludar por el nombre a Gaillard con toda placidez, me informó de que, cuando se hubiera refrescado un poco, volvería allí, a casa de mi madre, y nos dirigiríamos juntos a la prisión. No hizo la menor mención a maese Mignard ni al criado de Rixende. Incluso sonreía cuando le dije adiós con una reverencia. Ya a cierta distancia, levantó la mano en un gesto de despedida.

Gaillard y yo seguimos con la vista al fraile un buen rato, sin decir nada.

—¡Dios nos ampare! —murmuró Gaillard finalmente, con voz lúgubre—. ¿Cómo puedes soportarlo?

—¿El qué?

—¡Esos monjes! No son hombres normales, Raymond, son otra cosa.

—Tal vez —asentí—. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No mucho. He pensado que quizá vendrías a casa a comer. —Tras esto, con un suspiro, sacó de la túnica una hoja de pergamino doblada—. He venido a preguntarte por esta carta —añadió—. Pero si hubiera sabido que ése se presentaría, ni me habría acercado.

—¿Eso que traes es la orden de comparecencia?

—Sí.

—Entra. Mi madre te pondrá algo de comer.

Ése día tuve suerte, pues, de toda mi familia, sólo ella había sido testigo del reciente revuelo ante su puerta. Arnaud no estaba y Alazais, sus hijos y la nodriza habían ido a casa de Jeanne. Así pues, tuve que soportar pocos reproches, al menos en aquel momento.

Mientras servía una sopa de col, nabos, puerros y tocino, mi madre me recriminó por causar la vergüenza de la familia con mis andanzas, pero estaba demasiado distraída con la torpeza de la criada (que se quemó al agarrar una cazuela y derramó todas las alubias por el suelo) para poner demasiado empeño en sus reproches. Así pues, Gaillard y yo pudimos tomar el potaje y el pan mientras charlábamos sin

intromisiones, y empezamos por el asunto de maese Mignard y su hija.

—Tiene que haber sido Othon —asintió Gaillard—. ¿Quién, sino?

—¡Pero usar mi nombre…! ¡Mi nombre!

—Le parecería una buena broma. Tal vez use el mío, también. Y el de Berenguer.

—Pondré las cosas en claro con él.

—¿Por qué no se lo cuentas al padre de la chica? Quizá te ahorre el trabajo y se ocupe él de Othon.

—No. —Ya había tomado una decisión respecto al hombre de Valence—. ¿Quién sabe si el niño es de Othon, en realidad? Puede que su madre se aficionara al *vit fort*. Aun así, tendré unas palabras con ese apestoso montón de estiércol. No volverá a jugarme otra pasada como ésta, te lo aseguro.

Repetí la amenaza en una amplia variedad de frases escogidas, sin dejar de preguntarme qué efecto tendrían en un hombre de la corpulencia de Othon. Gaillard, sin embargo, empezaba a perder interés. De lo que deseaba hablar era de su citación, así que lo llevé a mi habitación, donde nadie nos oyera, y allí le aseguré que se inquietaba en vano. Era un asunto sin importancia: el padre Amiel sólo quería de él una declaración firmada de todo cuanto sabía de Guillaume Monier.

—Pero ¿por qué he de ser yo? —se lamentó—. ¿Y los demás escuderos?

—¿Guillaume pidió a alguno más que le complaciera?

—Probablemente. —Gaillard se sonrojó—. Pero nunca lo he comentado con ellos.

—Si crees que sí, debes decírselo al padre Amiel. Puede que los cite a declarar, también.

—¿Qué más debo contarle, Raymond? —Gaillard se inclinó hacia delante y me miró fijamente, con el susto en los ojos—. ¿Qué pensará de mí? Ayúdame. Dime qué debo decirle.

—Debes contarle la verdad. Limítate a eso.

—¡Pero yo amenacé a Guillaume Monier con contarle el pene! —exclamó, quejumbroso—. ¿Cómo quieres que se lo cuente? ¡Creerá que soy el asesino!

Reflexioné y me di cuenta de que sus temores no eran infundados. Era posible, aunque no probable, que aquello hiciera recaer en él las sospechas. Por un instante, no supe si aconsejarle que omitiera en su testimonio cualquier referencia al miembro de Guillaume Monier. Sin embargo, recordé cómo conducía el padre Amiel sus interrogatorios, cómo obtenía confesiones de la gente a base de marear, presionar, engatusar, confundir, sobresaltar y engañar, y tuve la certeza casi absoluta de que si Gaillard intentaba esconder algo, el dominico lo descubriría.

—Amigo mío —declaré—, debes decir la verdad. Toda la verdad. Si no lo haces, sólo empeorarás tu situación.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Si me llevan a la cárcel, Raymond, tú tendrás la culpa.

—No te llevarán a ninguna parte.

Como yo mismo no estaba muy seguro de esto último, no conseguí convencerle. Sin embargo, aunque le habría gustado seguir dándome la tabarra, no se quedó mucho tiempo, no fuera a encontrarse otra vez con el fraile. Así pues, se marchó apresuradamente y me dejó a solas con mis reflexiones. Pero éstas no giraban en torno al embrollo en que había metido a mi amigo sino —con un sentimiento de culpabilidad— sobre mi propia posición respecto a Rixende Levieux.

Aquélla mujer, debo decirlo, no era todo miel y plumón. A veces resultaba tonta y petulante, pueril y egoísta, vanidosa e irrazonable. Pero, ay, amigos míos, era una rosa, blanca como la leche nueva, fragante como una lila, rolliza como una paloma, con ojos como estrellas y labios de fresa. El disfrute de su cuerpo era un festín de nata y azúcar, olía a especias y se amoldaba a mí como un lienzo de seda hilada. Además, era una dádiva rara, pues el marido no solía alejarse de la casa. ¿Cómo podría un hombre resistirse a tales atractivos? Un santo, tal vez, habría sabido volverle la espalda, pero yo no soy ningún santo, ni quiero serlo.

Beatrice, por supuesto, no sabía nada de mis infrecuentes visitas a la casa de la rosa blanca, lo cual me producía algún remordimiento de conciencia cuando pensaba en ello, pero en aquella época era un redomado fornicador y me decía: «No es mi mujer. No he hecho ningún juramento a Beatrice. Además, a veces su alcoba está cerrada para mí. ¿Adónde voy a ir, entonces?». Aplacada de este modo mi conciencia, dirigí otra vez mis pensamientos a Rixende, a sus pechos firmes y redondos, como dos manzanas. En cuanto al ratón de su entrepierna, su pelaje era suave como la lana y chupaba como un recién nacido.

Los recuerdos de ese rinconcito cálido, húmedo y oscuro me tuvieron entretenido un buen rato. De hecho, fueron las notas de esta canción las que hicieron que mi «tercera pierna», como tan generosamente la había calificado Beatrice, se encabritara como un semental, dispuesta a bailar una vigorosa estampida. ¡Imaginaos, pues, mi consternación cuando oí la voz del padre Amiel, que me llamaba! Ya había empezado a marcar el ritmo con mi instrumento y tenía toda la ropa en desorden, así que me vi obligado a luchar con cordones y botones en mi intento de cubrir algo que, una vez tapado, parecía el poste de una tienda de campaña.

—¡Ya voy! —exclamé, mientras intentaba pisar la cabeza de la serpiente de la lujuria. A decir verdad, incluso pensé en apagar su fuego con agua fría. Sin embargo, la perspectiva de ser objeto de escrutinio bajo la gélida mirada del padre Amiel bastó para que mi lirio se marchitara. Así pues, cuando salí a la calle ya lo tenía fláccido como una babosa y guardado discretamente bajo los calzones.

El padre Amiel no dio la impresión de advertir nada extraño y me saludó con

cordialidad. De hecho, parecía más animado de lo que estaba cuando nos habíamos separado y, camino de la prisión, me obsequió con un discurso sobre famosos banquetes celebrados en el priorato, como el que se preparó para el papa Juan XXII en ocasión de su llegada a Aviñón. Fue una conferencia interesante y entretenida, pero no conseguí disfrutarla enteramente, pues me distrajo una circunstancia de lo más desafortunada. Quizá fue la col, o tal vez el sobresalto de ser despertado por un monje de mis libidinosas ensoñaciones, pero desde aquel momento me acometió un ataque de gases.

En la mayoría de las casas, una ventosidad es objeto de chanzas, protestas o incluso felicitaciones (si es especialmente rotunda), o de alguna observación que no viene al caso acerca de los intestinos del ganado. Uno no ha de sentirse muy avergonzado de haber soltado una andanada de aire fétido. Sin embargo, en un monasterio la vida debe de ser distinta… o tal vez el padre Amiel era, simplemente, un hombre al que no afectaban los malos olores. (Desde luego, ni una sola vez había yo oído u olido nada que insinuara que él había soltado alguna). Y resulta que, cuando él andaba cerca, yo era muy consciente del funcionamiento de mi vientre. Me descubría silenciando eructos y sonrojándome cuando me sonaban las tripas. Curioso, ¿no?

Él jamás hizo el menor comentario al respecto, ni delató en una sola mirada que se sintiera ofendido, pero yo a su lado me notaba torpe, sonoro y maloliente. Aunque, claro está, el dominico era un hombrecillo tan parco, cuidado y fino de palabra que, sin duda, cualquiera se habría sentido así.

Ya en la prisión, mientras trompeteaba y silbaba tras mi escritorio, mi estado de ánimo podía compararse con el de un hombre que se ha ensuciado los calzones en público. Sentía una desazón que no obedecía a la lógica, y la terquedad del padre Amiel en negarse a reconocer que estaba apestando el aire no hacía más que incrementar mi congoja. Creedme cuando os digo que habría preferido un carraspeo jocoso, un fruncir la nariz o incluso una muestra de interés por el estado de mis intestinos. Por lo menos, me habría tranquilizado saber que mi conducta no era tan terrible como para merecer tal disimulo.

Con todo, mi consternación ante tal giro de los acontecimientos duró muy poco. Pronto me vi enfrentado a una fuente de vergüenza que eclipsó por completo el acto de emitir un efluvio apestoso y sonoro, pues sucedió que la siguiente testigo que compareció ante nosotros fue Bona Claret, la doncella de Masseo di Vico.

Y, nada más verla, reconocí en ella a una mujer que, varios años antes, me había abierto una vez su flor junto a la tapia de un almacén, cerca del puente de Saint Benezet.

Canto VII

Permitidme que os explique: sabed que una vez me quedé prendado de la hija de cierto escribano con el que hice mi aprendizaje. Se trataba de un hombre viudo y su hija llevaba la casa, pues, al parecer, no albergaba deseos de casarse y convertirse en el ama del patrimonio de otro hombre. Era una mujer alta, imperiosa y capaz, diez años al menos mayor que yo, que se llamaba Dulcie Poisson. Me enamoré de su porte majestuoso y de su voz profunda y modulada. Como había recibido una educación harto más amplia que la mayor parte de sus congéneres, incluso sabía leer latín, y aquella habilidad suya también me atrajo.

Sin embargo, Dulcie no estaba interesada en un estudiante inexperto. Si bien le gustaba mantener conversaciones de altos vuelos conmigo mientras hacía las labores de la casa, desdeñaba mis discursitos y expresiones de devoción. En realidad, había rechazado a un número considerable de pretendientes y, cuando su padre murió, se recluyó en un convento, del cual, a buen seguro, fue nombrada abadesa al poco tiempo. Quizá debería yo haber previsto que algún día haría el voto de castidad porque, cuando hablaba de los hombres, apenas podía disimular su desprecio. A veces podía infligir profundas heridas con la lengua, y fue después de sufrir una de esas lesiones cuando abordé a su doncella, Bona, en busca de consuelo. Yo no sabía, a la sazón, el apellido de Bona ni intenté averiguado. Lo único que sabía era que se trataba de una muchacha predispuesta, pues una noche me siguió hasta el río, escondiéndose tras las tapias cada vez que yo volvía la mirarla.

Aunque nuestra cópula no fue de esas que dejan una huella imborrable en el corazón, habida cuenta de su breve duración y de su incomodidad, recuerdo claramente su rostro. Era ella quien siempre me abría la puerta de la casa de Dulcie, como san Pedro abre la puerta del Cielo, por lo que sus rasgos se han quedado grabados en mi recuerdo. Cuando la vi aparecer de repente entre las tinieblas de aquel cuarto carcelario, reconocí de inmediato su mentón largo y carnoso y sus ojillos redondos, más envejecidos que en nuestro último encuentro. Iba desacostumbradamente bien vestida y la acompañaba un letrado.

Me quedé mirándola unos instantes, paralizado. Luego, hundí la barbilla en el pecho y clavé la mirada en el pergamino que tenía delante, al tiempo que intentaba ocultar mi cara con la mano. Me pregunté qué había hecho yo para merecer aquel desgraciado destino. ¿Me despediría el padre Amiel si se enteraba de la verdad? Quería escapar, pero no me atrevía a alzar de nuevo los ojos. Era tal mi incomodidad que apenas fui consciente del intercambio de palabras entre el dominico y el letrado de Bona, que había sido contratado por Masseodi Vico para que defendiera a la joven. Mientras yo sudaba a mares y me inquietaba, el padre Amiel señalaba que no había nada que defender porque Bona era testigo y, por lo tanto, no tenía derecho a

representación legal. Era el argumento que ya había utilizado contra Lothaire Lagarrigue y, una vez más, resultó efectivo en grado sumo.

Al cabo de muy poco tiempo, había conseguido despedir al letrado a pesar de su resistencia a marcharse. Y no sabría deciros si Bona lamentó que se fuera, porque me daba miedo mirarla; pero cuando pronunció el juramento, su voz sonó firme y recordé que era una muchacha más bien simple y de carácter alegre, y que siempre había exhibido una curiosa irreverencia en el trato con las personas de rango más elevado. En realidad, no parecía reconocer las diferencias sociales y hablaba con la misma animación y familiaridad a un caballero y a un jurista que a un buhonero o a un herrero. Yo siempre creí que era tan simple que no advertía que no eran iguales.

Y allí, en la lobreguez de la cárcel, no parecían impresionar mucho la amenazadora armadura de los centinelas ni la intimidatoria formalidad del proceso. Quizá lo único que notó fue la escasez de ventanas, el aire aburrido de los soldados y la voz suave de aquel monje menudo. O tal vez la animaba en cierto modo mi presencia allí, pues respondió a las preguntas del padre Amiel con más valentía de la que yo esperaba.

—Le dijiste a Lothaire Lagarrigue que viste a Masseo di Vico hacer un hechizo —comentó el monje en la lengua vulgar y hablando muy despacio, con mucha claridad, como si le preocupase que, de otro modo, Bona no lo comprendiese—. Cuéntame cómo fue.

Ella respiró hondo y luego expelió el aire en forma de un leve suspiro, que a mi oído sonó como una expresión de asombro.

—¡Ya lo sabéis! —exclamó la mujer.

—Contesta a mi pregunta, por favor.

—Lothaire ya os lo ha contado.

—Contesta a mi pregunta, Bona, te lo ruego.

—Sí, por supuesto, pero es muy extraño. —Sin decir qué era extraño ni por qué, empezó a repetir la historia que le había contado a Lothaire Lagarrigue—. Subí las escaleras hasta la alcoba —comenzó—, porque me gusta cuidar de la ropa de mi ama, y oí al amo y a su hijo cantando en una lengua extranjera…

—¿Masseo di Vico y su hijo Girolamo?

—Sí. Y entonces miré y vi que estaban juntos al lado de una mesa. Girolamo sostenía una taza y el señor escurría agua sanguinolenta de un paño blanco.

—¿Cómo sabes que era agua sanguinolenta? —inquirió el padre Amiel—. La coloración rojiza puede deberse a muchas causas.

Se produjo un largo silencio. Sin atreverme a levantar la cabeza, sólo pude imaginar que Bona estaba sopesando, con cierto esfuerzo, la pregunta del dominico.

—Lo que había en el paño parecía sangre. Tenía que ser sangre. No era vino ni tinte.

—¿Y comprendiste el significado de aquel acto? —quiso saber el padre Amiel—. ¿Te diste cuenta de que estaban recitando un conjuro?

—¡Oh, sí!

—¿Y no dijiste nada?

—No, porque yo no tenía por qué estar allí. Ellos creían que estaba en la cocina.

—Hija mía —dijo el dominico con paciencia—, ¿por qué no informaste de lo acontecido al sacerdote de tu parroquia? Él te habría dicho que la brujería es mala.

—¡Pues claro! —Por primera vez, Bona perdió la ecuanimidad. Su voz sonó un tanto ansiosa—. Si el amo hubiese estado echando una maldición a alguien, habría acudido al padre Hugues, pero creí que estaba haciendo un conjuro de amor. Y un conjuro de amor es bueno, no es malo.

—¿Por qué dices eso?

La testigo volvió a dudar. Cuando habló de nuevo, parecía confundida.

—Porque con él nadie se hace daño —respondió—. Porque el amor es una cosa buena.

—No es una cosa buena si es objeto de nigromancia —replicó el padre Amiel con menos fuerza de la que cabía esperar. No puedo deciros si Bona lo comprendió o no, porque yo seguía intentando taparme la cara y no vi su expresión. En cualquier caso, el dominico debió de considerar que corregir los errores de una mujer ignorante no era tarea a la que tuviera que dedicar su tiempo, pues pasó a la siguiente pregunta—. ¿Por qué creíste que tu amo estaba haciendo un hechizo de amor?

—Porque Emilia está prometida.

—¿Emilia? ¿Su hija?

—Sí. Ya sabéis, cuando la chica tiene su primer flujo menstrual, debe guardarlo y, si más adelante se lo da a beber en secreto al marido, éste la amará siempre. —Bona podía haberse referido a la preparación de una sopa o de una salchicha, tal era el pragmatismo con el que hablaba—. Yo creía que el amo estaba preparando una pócima para el prometido de Emilia —explicó.

Sin lugar a dudas, llegado este punto, seguro que querréis que os describa la expresión del padre Amiel. Sin lugar a dudas os preguntáis qué cara pone un dominico cuando se entera de que a algunos hombres se les da a beber sangre menstrual sin que lo sepan. Me temo, amigos, que no podré satisfacer vuestra curiosidad porque, no queriendo mostrar mi propia cara, no tuve la osadía de examinar la suya.

Si experimentó asco o conmoción, no había en su voz ni rastro de tales sentimientos cuando volvió a dirigirse a la testigo.

—¿Quién te contó que había que guardar el primer menstruo? —le preguntó con frialdad.

—*Na* Munda Giraud —respondió Bona.

—¿Y quién es Munda Giraud?

—Fue mi primera ama. Los fluidos corporales me llegaron por primera vez cuando estaba a su servicio, y me dijo que guardara el paño que los había empapado.

—Comprendo.

—Y funcionó —concluyó Bona—, porque en una ocasión puse el trapo en el vino de él y después me besó y su carne se mezcló con la mía.

¡Malditos sean los fornicadores! Al fin, mis peores temores se convertían en realidad. No tuve que ver el gesto de Bona para saber que al decir «de él» me estaba señalando a mí. El padre Amiel, sin embargo, parecía desconcertado. Cuando dejé caer la pluma y me tapé los ojos con las dos manos, le pidió que aclarase su respuesta.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. ¿Te refieres a este hombre aquí sentado?

—Sí.

—¿A Raymond Maillot?

—Sí.

—¿Le diste vino mezclado con tu primer menstruo?

—Sí.

Por unos instantes creí que iba a vomitar y me llevé las manos de los ojos a la boca mientras el dominico me miraba, presa de una intensa emoción inidentificable.

—Estaba enamorado de mi ama —prosiguió Bona—, pero yo lo deseaba y por eso utilicé el paño. —Tras una pausa en la que pareció reflexionar, añadió—: Tal vez tendría que haberlo dejado en su vino más tiempo, porque sólo estuvo conmigo una vez y después apenas volvió a hablarme.

¡Oh, amigos míos, qué vergüenza! ¡Qué mortificación! Si hubiese podido esfumarme, lo habría hecho, y os aseguro que habría acogido la muerte como una liberación, pero me complace informaros de que mi liberación, cuando llegó, no requirió de un trance tan espantoso.

Aconteció así: durante unos instantes, el padre Amiel hizo tamborilear los dedos, muy despacio, sobre la mesa. Acto seguido, carraspeó, me ordenó que agarrara la pluma y, dirigiéndose de nuevo a la testigo, le preguntó, para mi alivio, si Munda había hablado de algo relacionado con la brujería.

Antes de que os cuente la respuesta de Bona debo decir que, en aquel momento, creí que la joven estaba llena de malas intenciones. Pensé que había sacado a relucir el asunto de nuestra unión para castigarme por haberla abandonado. Ahora sé que me equivocaba. Su naturaleza era tal que aceptaba los golpes del destino sin sucumbir al remordimiento, el dolor o el enojo. Vivía siempre en el presente y dedicaba poco pensamiento al pasado.

Por ello, no se entretuvo en mi iniquidad, sino que procedió a recitar una lista de las enseñanzas perversas de Munda. No os haré un relato pormenorizado de ellas

porque no son de gran interés: baste decir que en una ocasión, antes de visitar a una amiga enferma, le dijo a Bona que levantara una piedra cerca de la casa en cuya cama yacía la amiga. Si encontraba un gusano, una hormiga o cualquier cosa que se moviera, la amiga mejoraría, pero si debajo de la piedra no había nada, la amiga moriría.

En otra ocasión le ordenó que hiciera un hueco entre las brasas del hogar de la cocina y que pusiera granos de cebada en su interior. Como los granos no saltaron, Munda declaró que la casa se hallaba a salvo de un incendio devastador que estaba quemando varias propiedades vecinas.

El padre Amiel me hizo anotar con todo lujo de detalles cada uno de estos episodios. Debo confesar que me sorprendió, porque unas prácticas como las empleadas por Munda Giraud a duras penas son merecedoras de que se las clasifique de «brujería». Son cosas propias de las cocinas campesinas, junto con la camada de la marrana y los manojos de hierbas secas. Es tan difícil encontrar a una vieja que no tenga su colección de trucos y encantamientos como lo es encontrar una sin dolores en las articulaciones o a la que no le falten dientes.

No obstante, el padre Amiel insistió en pormenorizar una a una todas las cuerdas anudadas, todas las piedras escondidas y todos los espejos mánticos. Después, una vez hubo sonsacado aquellos tediosos testimonios, de repente y sin explicar por qué, decidió dejar a un lado aquel asunto para concentrarse en otras cuestiones de mayor importancia. Preguntó a Bona si alguna vez había presenciado otros actos de brujería realizados por Masseo di Vico. Cuando ella respondió que no, le preguntó por qué había hablado a Lothaire de los pecados secretos de su amo.

—A él se lo cuento todo —respondió.

—¿Porque es tu amante?

—Sí.

—¿Y cómo ha llegado a serlo?

A aquello siguió un relato largo y un tanto elíptico que el dominico escuchó con atención, aunque nada de lo que oí parecía justificar tal concentración. Cada encuentro, cada mirada, cada palabra, cada beso… Todo lo explicó Bona. Había sido una historia de lo más clandestina.

—¿Y tu amo no sabía nada al respecto? —preguntó el padre Amiel cuando Bona terminó.

—Oh, no —respondió—. Me habría despedido. Una criada de la casa fue despedida por mantener una relación con un mozo de las cuadras.

—Entonces, corrías un gran riesgo para estar con tu amante…

—Supongo que sí. —Bona pareció reflexionar sobre cuánta verdad había en las palabras del padre Amiel—. Pero una mujer ha de amar —afirmó—. Vivir sin amor es como no tener comida.

El dominico gruñó. No puedo sino imaginar qué opinaba de aquel comentario, ya que no expresó el menor desacuerdo y se limitó a decir:

—Declaraste que los mensajes que entregaba Lothaire eran siempre por escrito y que te los daba cuando le abrías la puerta de la casa. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—Entonces, ¿nunca tuvo la oportunidad de consultar con Masseo o con ningún otro miembro de la familia?

Bona debió de responder con un gesto, porque el monje la instó a hablar, a aclarar si su respuesta era afirmativa o negativa.

—Nunca lo oí hablar con nadie más —dijo la muchacha—. Pero pudo haberlo hecho.

—¿Te pidió alguna vez que espiaras a tus amos?

—Oh, no.

—¿Te pidió alguna vez que recogieras un pelo de tu amo, un trozo de uña o un esputo, o que robaras pertenencias suyas?

—No. —Bona estaba perpleja—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Te pidió alguna vez que pusieras algo en la casa de tu señor? —prosiguió el padre Amiel haciendo caso omiso de su pregunta—. ¿O en el umbral de la puerta o fuera, en el patio?

—No.

—Las cartas que te entregaba, ¿iban siempre metidas en un sobre o en una bolsa?

—No. Estaban dobladas y selladas.

—Entonces, si entre los folios hubiese habido algún objeto escondido, ¿habría caído al suelo?

—¿Qué queréis decir? —Bona estaba confundida—. ¿Objetos? ¿Qué objetos?

Tampoco esta vez prestó atención el monje a sus preguntas. De hecho, permaneció un rato callado. Levanté la vista y observé que el silencio no inquietaba a la testigo; cuando éste se prolongó, dejó de prestar atención y empezó a alisarse la falda, arreglando los pliegues de grueso lino con manos amorosas. De repente, me pregunté si aquellos hermosos ropajes no serían un regalo reciente que le había hecho Masseo di Vico para sobornarla y asegurarse de que no denunciaría a su familia. El padre Amiel quizá pensaba lo mismo, porque, de pronto, preguntó a Bona si su amo la trataba bien.

—Muy bien —respondió ella—. No me pega nunca.

—¿Te ha dado él este traje?

—¡Pues claro! —Bona se echó a reír—. ¿Cómo, si no, iba yo a comprármelo?

—¿Te lo dio en pago de un servicio especial?

—No. —La muchacha seguía alisándose la falda, con su forro de color escarlata —. Me lo dio porque… porque yo iba a *repretensar*…. Quiero decir *reperse*…

—¿Representar?

—Sí, representar a su familia.

—¿Ante este tribunal?

—Ante vos, padre. ¿Qué es un tribunal?

El dominico no respondió. Levanté la mirada y vi que el monje observaba a Bona con unos ojos colmados de emociones indescifrables. Al cabo, preguntó por los allegados de Masseo, y advertí que intentaba averiguar los sentimientos de la joven hacia ellos. Son muchos los sirvientes que, resentidos con sus amos, se alegrarían de poder acusarlos del delito de nigromancia. Sin embargo, Bona no parecía albergar odio contra el clan de los Di Vico, ya que habló de ellos sin malicia y con un obvio respeto hacia la esposa de Masseo, aunque sólo fuera por su bien provisto guardarropa.

—¿Y si pregunto al resto de los sirvientes de tu amo, me dirán lo mismo? —quiso saber el padre Amiel—. ¿Me dirán que eres feliz en tu trabajo, hija mía? Piénsalo bien, porque tengo intención de interrogarlos.

—¿Lo haréis? —replicó Bona—. Si es así, puede que el amo les reparta ropa nueva a todos.

La velada amenaza del monje no la había inquietado, por lo que éste la atacó desde un ángulo algo distinto.

—¿Te das cuenta de que, si lo que dices es cierto, tu amo será castigado por ello y tú perderás el empleo? —le señaló—. ¿Te das cuenta?

Se produjo un largo silencio.

—Supongo que sí —respondió Bona por fin. Su inseguridad era manifiesta: sin lugar a dudas, no se le habían pasado por la cabeza las posibles consecuencias de su testimonio. Ante la pregunta del dominico de si no le preocupaba ser la causante de la caída en desgracia de su amo, se rascó la cabeza, frunció el ceño y murmuró:

—Supongo que sí.

—¿Ha querido saber tu amo por qué te he hecho comparecer ante mí? —prosiguió el padre Amiel—. ¿Te ha preguntado si has divulgado habladurías sobre él?

—No, pero me ha dicho que si a su familia le ocurre algo malo, que si alguno de ellos tiene que marcharse de Aviñón, es encarcelado o algo así, yo perderé mi empleo.

—Y tú, ¿qué has dicho?

—Le he dicho que me apenaría tener que dejarlo.

—¿Sabes, Bona, por qué he querido que comparezcas?

—Bueno, supongo que por Lothaire. —Bona había creído que había sido citada porque era la amante de Lothaire y éste había sido arrestado, pero sabía que Lothaire no había matado al padre Guillaume. Nunca haría algo semejante, y por eso no la había preocupado demasiado la cuestión—. No recordé el asunto de la poción de mi

amo hasta que vos lo mencionasteis —explicó—. ¿Por qué es tan importante?

Me maravilló su tenacidad. Seguía formulando preguntas cuando había quedado claro que el padre Amiel no tenía ninguna intención de contestarlas.

—¿Mentirías por tu amante? —replicó el monje.

—¡Por supuesto! —respondió Bona, alegremente.

—Entonces, ¿cómo puedo saber que estás diciendo la verdad?

—¡Porque lo he jurado sobre las Sagradas Escrituras! —De repente, su tono de voz se volvió solemne—. Si os mintiera, Dios me castigaría, padre.

—Sí, lo haría —convino el monje—. Y el castigo por levantar falsos testimonios es terrible. Te azotarían o te encarcelarían. ¿Es eso lo que quieres?

—No, padre.

—Porque si me has mentido, ése será tu sino. Tus pecados te delatarán, ¿comprendes?

—Sí, padre.

—¿Sabes quién mató al camarero del cardenal?

—No, padre.

—¿Ocultas algo acerca de Lothaire Lagarrigue?

—No, padre.

—Y ahora, mírame. —La voz del dominico era serena y, sin embargo, absolutamente imperiosa—. ¿Bona? Mírame.

Alcé la vista para ver si lo hacía. La muchacha tenía los ojos clavados en los del monje.

—Dime la verdad —decía éste—. Quiero la verdad, te lo ruego. Sé cuál es y deseo oírla.

Tal vez en otras circunstancias, con otro testigo, se habría producido una capitulación. Las palabras del padre Amiel me afectaron, desde luego. Carcomido como estaba por el sentimiento de culpa, me embargó un profundo deseo de confesar toda suerte de pecados sórdidos, pero Bona estaba hecha de materiales más fuertes o más inocentes.

—Ya os he dicho la verdad —se quejó con una actitud algo exasperada—. ¿Qué más queréis saber, padre? Lothaire es un buen hombre. Un hombre cariñoso, si no fuera porque le gusta morderme los pezones… ¿Queréis saber lo que hacemos cuando nos desnudamos? Lo mismo que todo el mundo, padre.

—Gracias, con esto basta. —El padre Amiel bajó la mirada y empezó a hojear los folios que tenía en la mesa—. Ya puedes irte.

—¿Puedo irme?

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí.

—¡Oh!

Como podéis imaginar, llegado este punto, a mí me habría gustado esconderme debajo de la banqueta, pero alcé los ojos con valentía y vi que Bona, vacilante, se había puesto en pie y me dedicaba una plácida sonrisa.

—Adiós, Raymond —dijo.

—Adiós.

—Ha sido un placer verte de nuevo.

Soy un hombre cortés, Dios lo sabe, pero, por más que lo intenté, fui incapaz de devolverle el cumplido.

Canto VIII

Cuando Bona se hubo retirado, el silencio se hizo terrible de veras. No tuve valor para romperlo. Como corresponde a un pecador, me quedé sentado con la cabeza gacha y la vista fija en el suelo. Finalmente, el padre Amiel carraspeó.

—¿Es cierto que habéis tenido intimidad con esa mujer? —inquirió.

Asentí.

—Entonces —continuó—, podréis hablarme de su carácter. —Al ver que yo levantaba la cara con una expresión de sorpresa, añadió—: Resulta evidente que no es un dechado de virtudes, pero vos tenéis que decirme si mentiría bajo juramento. ¿Os parece que cometería perjurio?

Me pareció un verdadero milagro que, sabiendo que trataba con un fornicador incorregible, el padre Amiel quisiera conocer mi opinión. Pronto me di cuenta de que el dominico tenía un don raro de encontrar en los frailes: el de saber distinguir entre pecado y pecador. El padre Amiel no era un hombre tan estricto en su piedad que estuviera dispuesto a condenar y rechazar por completo a un lego cuya evidente culpa en una faceta de la vida, si bien lo convertía en persona de poco fiar en ciertas circunstancias, necesariamente no lo descalificaba para desempeñarse bien en otras. Muchos monjes son incapaces de entender que uno pueda ser un fornicador sin que por ello haya de ser también ladrón, falsario, asesino y glotón, sin abominar de Dios ni pecar contra los demás mandamientos.

El padre Amiel me había empleado como escribano sabiendo que era inmoderado en ciertas cosas. Ahora, a pesar de conocer mi debilidad por las mujeres, seguía dispuesto a tener en cuenta mi opinión sobre la veracidad de una de ellas.

—No llegué a conocer bien a Bona —fue mi cautelosa respuesta—, y quizás haya cambiado desde entonces, pero me parece que no tiene en la cabeza la fantasía necesaria para mentir con tanta habilidad. No sé si me entendéis, padre.

El dominico me observaba con aquella mirada suya, curiosamente desconcertante, que tal vez fuera resultado de su vista deficiente, pero que siempre me producía la impresión de estar prestándome una atención absoluta, casi exagerada.

—¿Me estáis diciendo —comentó con gran deliberación— que la muchacha no tiene suficiente inteligencia para inventar una historia tan complicada?

—Eso es, padre. Sí. Cuando la conocí era una muchacha muy simple. Si hubiera mentido, no habría pasado de un «sí», o un «no».

—Pero tal vez el origen de la acusación fue Lothaire Lagarrigue. Quizás él le indicó lo que debía contar.

—¿Cuándo? ¿Lo ha visitado desde que lo llevaron preso?

—No. —Lo dijo con tono tan rotundo que se me ocurrió que tal vez había hecho indagaciones sobre la identidad y el número de miembros de la casa del camarero de

Su Eminencia que habían visitado a Lothaire en la cárcel—. No —repitió—, la muchacha no ha aparecido por aquí. Pero si Lothaire es culpable del asesinato del padre Guillaume, tuvo que hablar con ella de la acusación antes de que lo detuvieran; antes incluso de que se cometiera el crimen. Sin duda, comprendería que semejante historia nos iba a distraer.

—Es posible. —En cualquier caso, no me convencía. Semejante plan no cuadraba con la Bona Claret que yo recordaba—. Debo confesar, sin embargo, que me ha parecido que decía la verdad, padre, a juzgar por lo que conozco de su manera de hablar. Aunque, claro, puedo estar equivocado…

Casi esperaba que me diría «lo estás, probablemente», u otra réplica igual de punzante, pero no hizo más que seguir mirándome con atención, como miraría uno un fresco maravilloso o una escritura ilegible. Por fin, mencionó el nombre de Munda Giraud y me preguntó si lo conocía.

Reconocí que sí, pero no dije que mi conocimiento era consecuencia de mi amistad con Beatrice Rascas. Beatrice había comprado El Gallo Negro a Munda. El último plazo de la deuda se había pagado poco antes de la defunción de la vieja. Beatrice me había contado que antes de la compra había pagado un alquiler por la taberna durante años y que, pese a que la anciana había intentado siempre exprimirla al máximo, había sido una casera justa, aunque un poco testaruda y porfiada. Salvo esto, nada más sabía de ella.

—Tenía propiedades —informé al padre Amiel—. No sé deciros más.

—¿No era la señora a la que cortejabais cuando Bona os conoció?

Al escucharlo, solté una carcajada de sorpresa.

—¡No! —exclamé—. ¡No, en absoluto!

Estuve a punto de decir que las viejas eran carne dura para un joven, pero recordé a tiempo que no estaba en El Gallo Negro. Me contuve y le aseguré que no había conocido nunca a Munda Giraud.

—Está bien —asintió y, frotándose los ojos, estiró los músculos de la espalda y llamó a declarar a Fulques Fuille.

¿Recordáis a Fulques? Ya he mencionado en algún momento que era el amanuense cuya admiración por el padre Guillaume lo había empujado a imitar incluso los vicios más secretos de éste. Por eso, tal vez, era de esperar que, cuando apareció, su aspecto resultara repelente. Lo miré y pensé: «Sí, éste no es trigo limpio». Calculé que le llevaba varios años de edad a Aimery de Sorgues y lo estudié con detalle. Era un hombre joven, desgarbado, hosco y huidizo, de huesos grandes y manos poderosas de herrero, pero al que las vigilias y ayunos de su vocación clerical habían dejado pálido y descarnado. Con todo, supuse que aún era bastante fuerte, físicamente; lo suficiente, al menos, para someter al pobre Aimery. A pesar de su tez áspera, tenía facciones regulares y apreció que, como había declarado Aimery, era

más atractivo que el padre Guillaume, aunque sólo fuera por su menor edad. Tenía los dientes extraordinariamente sanos y regulares.

Fulques prestó juramento y no cruzó su mirada con la del padre Amiel hasta que éste le ordenó que le mirase a la cara. Cuando el dominico le requirió que describiera las circunstancias de la muerte del padre Guillaume, el declarante explicó con brusquedad que había despertado al oír el grito de Aimery y que se había encontrado con el terrible espectáculo de la sangre derramada en las sábanas. Rechazó que algún miembro de la casa del camarero tuviera motivos de queja contra el asesinado, por lo menos que él supiera, y luego expuso, con gesto de fastidio, ciertos detalles de los demás amanuenses. Renaud Lizier, explicó, era arisco y pedante y tenía un brazo deforme. Aimery de Sorgues era endeble y Josserand de Ponte era bastante buena persona, aunque un poco presumido.

—¿Alguno de ellos podría haber matado al padre Guillaume? —preguntó el dominico.

—Claro que no.

—¿Por qué? ¿Porque era un buen amo?

Fulques emitió un bufido de impaciencia con el que parecía dar a entender que era de estúpidos esperar buen trato de alguien de posición y que la pregunta del padre Amiel era casi ridícula.

—El camarero de Su Eminencia nos alimentaba, nos vestía y siempre tenía encendido el fuego —fue su respuesta, acompañada de un gesto que era casi despectivo—. Le teníamos en bastante estima.

—¿Sabéis si el padre Guillaume tenía enemigos fuera del círculo de sus servidores?

—Pues sí —murmuró Fulques, pero no parecía dispuesto a ampliar el comentario sin que le instaran a hacerlo. Creo que oí un suspiro apagado del dominico antes de que éste le preguntara si sabía quién, en concreto.

—El médico del cardenal —explicó entonces, con toda la chabacanería de que era capaz—. El padre Guillaume y él siempre andaban a la greña.

—¿Los oísteis discutir?

—No. El doctor no visitaba nunca al padre Guillaume. Eran como gallos de pelea: no podían ocupar la misma estancia sin lanzarse el uno al cuello del otro. Pero conozco bien las cartas que se escribían: Masseo siempre andaba revocando las órdenes del padre Guillaume. Si éste especificaba velas de sebo, Masseo las pedía de cera. Entonces, el padre Guillaume insistía en que Masseo las pagara de su bolsillo y éste se negaba, y el padre Guillaume le retenía el salario y… ¡ah! —Soltó una breve carcajada melancólica—. ¡Cómo se odiaban mutuamente! ¡Como marido y mujer!

—¿Masseo di Vico amenazó alguna vez al camarero?

—Amenazó con prescindir de sus servicios.

—Pero ¿no con matarlo?

—No, que yo recuerde.

—¿Cuánto tiempo habéis estado al servicio del padre Guillaume, hijo mío?

Siguió a esto un resumen bastante fragmentario de la vida de Fulques Fuille, del que se alcanzaba a deducir que era subdiácono, que sólo destacaba como copista y que había servido al padre Guillaume durante cinco años, mucho más que cualquiera de los demás amanuenses o que el propio escribano, Lothaire Lagarrigue. El padre Amiel, al conocer la duración de su servicio, le comentó que, por consiguiente, estaba en buena posición para hablarle de otros enemigos que pudiera haberse hecho el difunto a lo largo de aquellos cinco años. Fulques, sin embargo, se mostró muy poco colaborador.

—No —dijo, y yo me pregunté si era descortés a propósito o si tenía por costumbre mostrarse tan seco.

—¿No queréis decírmelo o no sabéis de nadie? —preguntó el monje con un comedimiento encomiable.

—No hubo ninguno.

—¿Estáis seguro?

—Por completo. Esperad… Excepto un litigio con cierto caballero. Pero eso fue antes de mi llegada.

Yo empezaba a familiarizarme con el lenguaje gestual del padre Amiel, y escuché un roce y noté una tensión en el cuerpo que tenía a mi lado que me indicaron que el litigio que acababa de mencionarse despertaba vivamente su curiosidad. Por lo demás, nada en él dejaba translucir tal interés. Su rostro, desde luego, permaneció del todo inexpresivo.

—¿Qué caballero es ése? —preguntó al testigo.

—Nadie que yo conozca —replicó Fulques.

—¿Recordáis su nombre?

—Nunca lo he sabido.

—Pero ¿sabéis dónde vive?

—No.

—¿Quién os habló de él?

—El padre Guillaume. Estaba vanagloriándose de las derrotas que había causado a sus enemigos. Él siempre se impuso a sus enemigos.

—¿Tenía muchos?

—Cuando mencionó al caballero, hablaba del doctor.

—Entiendo. —Una pausa—. ¿Y vos, hijo mío? ¿Tenéis muchos enemigos?

—¿Yo? —El testigo se sobresaltó—. No.

—¿No hay nadie que os desee mal?

—¿Por qué? —Sin esperar una respuesta (que no habría sido cordial, en cualquier

caso), Fulques continuó, con cautela—: ¿Es que alguien me ha estado difamando? ¿Se trata de eso?

—Responded a la pregunta, os lo ruego.

—¡Yo no maté al padre Guillaume!

—Pero sodomizasteis a su amanuense personal.

Fulques exhaló un jadeo y boqueó en busca de aire. Lo sé porque levanté la vista un instante y lo vi hacer esfuerzos por respirar.

—¡Yo… yo no fui! —exclamó.

—Aquí tenemos testimonios de lo contrario —apuntó el padre Amiel.

—¡Pues miente!

—¿Quién?

—¡Aimery de Sorgues!

—¿He dicho yo que el testimonio lo diera Aimery? —Cuando el declarante volvió a boquear como un pez fuera del agua, el padre Amiel fingió consultar las páginas que tenía delante. Oí cómo las pasaba y las volvía a pasar. Finalmente, hizo un comentario—: Aquí se habla del anterior amanuense personal del camarero, un tal Simon…

—¿Simon está aquí?

—Tenemos muchos testimonios. —Reconozco que no pude sino admirar cómo maniobraba el padre Amiel para crear una determinada impresión sin llegar a mentir abiertamente. Lo hacía con una astucia increíble. En cuanto a si era una conducta apropiada en un monje, eso no os lo sabría decir—. ¿Sabía el difunto que sodomizabais a sus amanuenses? —continuó el dominico con toda tranquilidad, como si hablara de un hábito corriente, como escupir o rascarse.

—¡Yo, no! —exclamó Fulques a gritos.

—También descargasteis vuestra emisión en ellos *inter femora*, es decir, entre sus muslos, y les hicisteis satisfacer vuestros deseos con los labios. —Aparentando que leía los folios, el dominico citó de memoria a Aimery de Sorgues—: Según un testigo, una vez le preguntasteis «si el padre Guillaume le penetraba alguna vez el ano con el dedo, como vos».

—¡No es verdad! ¡Todo son mentiras! ¡Todo lo que decís es falso!

—¿Todo?

—¡Todo!

—Entonces, ¿no creéis que el padre Guillaume sodomizaba a Aimery de Sorgues?

Se produjo un breve silencio. Fulques, observé, estaba despeinado y congestionado, y el sudor hacía que su piel brillara. El padre Amiel parecía esculpido en piedra.

—No —respondió, por último—. No lo creo.

—Pues escuchad este testimonio. Es muy rotundo.

El dominico se incorporó y empezó a deambular por la estancia, dando vueltas en torno a Fulques como un perro alrededor de un venado herido. Llevaba consigo un pliego de folios y aparentaba leerlos de forma tan convincente que yo mismo me lo hubiera tragado de no haber sabido que no veía.

—Fijaos en esto —apuntó—. ¿Cómo va a ser mentira? Aimery nos dice que «el padre Guillaume me empujó la cara contra la cama. Después me levantó el faldón y me desató los calzones. Posando una mano en cada una de mis nalgas, las separó y…».

Pero no ofenderé vuestros oídos con la repetición de cuanto dijo el padre Amiel a continuación. Sólo os confiaré que describió con el más brutal y prolongado detalle —y con una expresividad casi indecente— cada gemido, cada caricia, cada emisión y cada postura de un episodio de fornicación que incluso yo consideré un encuentro épico. Os preguntaréis cómo aquel hombre de Dios era capaz de imaginar tales actos. En aquellos momentos, yo me hice la misma pregunta y pensé, el Señor me perdone, si estaría hablando la voz de la experiencia. Pero luego se me ocurrió que era un fraile avezado que debía de haber escuchado muchas confesiones, y que los frailes son propensos a pecar contra natura, aunque sólo sea porque tienen prohibido hacerlo de la manera más habitual.

Yo iba tomando nota apresuradamente de toda la inmundicia que salía de su boca (preocupado, mientras lo hacía, de si no debería dejar de escribir, tal vez, o cambiar sus expresiones por otras más apropiadas), cuando me sobresaltó un alarido y, al levantar la cabeza, vi que el padre Amiel se había lanzado sobre Fulques Fuille y lo agarraba de la entrepierna.

—¡Ajá! —exclamó el monje—. ¡Lo imaginaba!

—¡Soltad! —La voz del testigo era un chillido—. Pero ¿qué hacéis?

—¡Tenéis una erección! ¡Todas estas perversidades os excitan!

—Yo… yo…

—¡No lo neguéis! ¡Tengo la prueba aquí, en mi mano!

Amigos míos, ¿no os habéis quedado mudos de asombro? ¿No os mueve a admiración este frailecillo y su brillante plan? Yo, queridos, me quedé paralizado de pasmo… aunque también tuve ganas de echarme a reír a carcajadas. Sin embargo, contuve el impulso de darme palmadas en las rodillas y se me pasaron rápidamente los deseos de lanzar bravos y vítores al padre Amiel, cuando éste añadió:

—¡Venid, Raymond! ¡Venid y tocad esto! ¡Habéis de ser mi testigo!

—¡Está bien! —bramó Fulques y, dando un salto, empujó al fraile para apartarlo —. ¡Está bien, sí! ¡Lo hice! Soy sodomita y vos, padre, deberíais saberlo… ¡porque también lo sois!

Creedme, amigos míos, si os digo que entonces intentó agarrar los *virilia* del

monje. Mi asombro fue tal que me levanté demasiado tarde para impedírselo, pero al no encontrar nada tumescente entre los muslos del padre Amiel, retiró la mano (casi como si se quemara) y se apartó.

—¡Oh! —exclamó—. Pero…

—¡Puerco lujurioso! —Me sentía dividido entre la cólera y la diversión—. ¡Aparta esa mano del monje!

Fulques, sin embargo, no me prestó atención.

—¡Pero tenéis que serlo! —continuó, balbuciente, dirigiéndose al padre Amiel—. Del modo que estabais leyendo…

—Sodomizasteis a Aimery de Sorgues —lo interrumpió el dominico.

—Sí, pero…

—Sabíais que el padre Guillaume también lo hacía. Conspirasteis para matarlo porque estabais celoso.

—¿Celoso? —farfulló el declarante—. ¿Celoso? —De repente, desapareció su confusión y empezó a gritar y a agitar los brazos—. ¡Guillaume se me acercó y me dijo: «Tenéis que probar al neófito»! ¡Él quería que me acostara con ese tonto! ¡Insistía en que lo hiciera!

—¿Por qué?

—¡Porque estaba orgulloso de lo que tenía! ¡Le gustaba oír cómo alababa sus gustos! Y le gustaba que le contara lo que hacíamos juntos, Aimery y yo.

Sospecho que esta confesión quizá desconcertó un poco al padre Amiel. En cualquier caso, no replicó y volvió a su asiento bastante despacio. El testigo también se sentó. Yo afiné rápidamente la pluma y la cambié de mano mientras Fulques, hundido de hombros, me miraba con ojos inyectados en sangre.

—¿El padre Guillaume os sodomizó alguna vez a vos? —fue la siguiente pregunta del dominico, que tuvo por respuesta un bufido endeble y un breve «no».

—Entonces —continuó el padre Amiel—, ¿cómo os conocía tan bien que os «ofreció» al «neófito»?

—Porque éramos amigos. Cuando supo lo que andaba haciendo con Simon, empezó a hablar conmigo. Hablábamos de muchas cosas.

En la voz apagada de Fulques había una nota inconfundible de orgullo.

—De cosas pecaminosas.

—¡Todos somos pecadores! —ladró de pronto el amanuense—. ¡Vos, padre, tanto como yo!

—Tal vez. —El padre Amiel le concedió aquel punto—. ¿Decís, pues, que el padre Guillaume confiaba en vos?

—Sí.

—¿Como compañero pecador?

—Sí.

—Pero vos no erais su igual en el pecado, amigo mío —puntualizó el monje con un leve, levísimo, desprecio—. No le igualabais en nada. ¿Por qué había de teneros tanta confianza?

Fulques emitió un bufido de disgusto.

—¡Bah! —exclamó, visiblemente más perturbado—. ¿Qué vais a saber vos, en cualquier caso?

—Muchas cosas. Muchísimas cosas del padre Guillaume de las que no tenéis idea.

—Bobadas.

—Éste códice, por ejemplo. ¿Lo conocéis, hijo mío?

No tuve que levantar la cabeza para saber de cuál hablaba: era el que contenía el libro de conjuros del difunto camarero.

—¡Claro! —dijo Fulques, desafiante.

—Entonces, decidme qué es esto.

—El *Ensayo sobre el Anticristo,* de Adso de Moutier en Der; el *Policraticus*, de Juan de Salisbury, y… y… —titubeó.

—Y otro libro.

—Sí.

—Que estaba prohibido para vos.

—¡En absoluto! —replicó Fulques, chasqueado—. ¡He visto el libro! ¡Sé lo que contiene!

—¿Escribisteis algo en él?

—No.

—¿Os contó el padre Guillaume quién lo hizo?

—No, no. —El amanuense lo dijo como si lo distrajeran mil preocupaciones—. Pero creo que tal vez… Supongo que él mismo pudo anotar algo.

—Lo hizo —corroboró el padre Amiel—. Escribió una fórmula junto a un conjuro amoroso. ¿Ése hechizo era para él, hijo mío, o para vos?

—Para él.

—¿Para conseguir los favores de Gaillard, el escudero del cardenal? Fulques puso cara de perplejidad. Durante la pausa que siguió, pude levantar la vista del texto para observar cómo miraba al padre Amiel. Por primera vez, en su rostro había una sombra de miedo.

—¿Cómo sabéis eso? —inquirió.

Pero el dominico, como ya os he dicho antes, no solía contestar a las preguntas. —¿Alguna vez visteis al padre Guillaume hacer un anillo de plomo?— inquirió en respuesta. —¿Os pidió alguna vez que le ayudarais a llevar a cabo sus actos de nigromancia?

El amanuense permaneció callado unos instantes. Recorrió la estancia con la

mirada y se pasó la mano por la boca con gesto nervioso. Tal vez empezaba a lamentar su testimonio anterior, pues al fin, con voz trémula, declaró:

—No soy hechicero.

—Decid mejor que no os habéis iniciado en la brujería, amigo mío.

—Sólo hice lo que me mandaba. A veces, el padre Guillaume me decía que hiciera algo: despellejar una liebre, comprar plomo… Yo cumplía lo que me ordenaba.

—Pero conocíais el propósito de esos encargos. Habéis dicho que el camarero confiaba en vos.

—Yo… Él… Yo estaba a su servicio, ¿entendéis? Lo respetaba, y me dijo que ciertas personas podían hacer ciertas cosas. ¡Era un clérigo, padre! —De pronto, inesperadamente, Fulques empezó a darse furiosos golpes en los muslos, con el puño cerrado—. ¡Oh, Dios, Dios! —clamó—. ¿Qué he hecho? ¡Dios se apiade de mí!

—Dios os ayudará si contáis la verdad —le aconsejó el padre Amiel con voz más suave que el plumón—. Decidme todo lo que sabéis sobre las prácticas de hechicería del padre Guillaume. Decidme qué pecados os impulsó a cometer.

—¡Maldición! ¡Ah, maldición!

—Contad.

Y allí mismo, para mi infinita sorpresa, Fulques se lo contó. Confundido por la maraña de engaños en la que estaba atrapado, el amanuense quizá no vio otra manera de liberarse de ella que hacer una confesión completa y sincera. Tal vez pensó que diciendo la verdad convencería al padre Amiel de su inocencia en el asunto de la muerte del camarero del cardenal. Fuera cual fuese el motivo, resumió con voz entre cortada su complicidad en la realización del hechizo de amor y en la muerte del perro cuya sangre se empleó para proteger de todo mal la casa del padre Guillaume.

Me pareció que Fulques había jugado un papel muy pequeño y servil en el encantamiento, pues en ningún momento se le había pedido que entonara cánticos, que leyera fórmulas rituales o que hiciera nada que no fuera limpiar y recoger lo que quedaba en desorden y proveer lo necesario. Con todo, era tal su sentimiento de culpabilidad que le daba motivos para tener miedo y, como no era del todo tonto, su actitud desafiante del principio había dado paso a una inquietud que lo tenía tembloroso. Abatido bajo el peso de sus pecados, se puso cada vez más nervioso mientras explicaba que él había seguido el ejemplo del camarero, pues era un hombre débil y fácil de convencer, y que sólo necesitaba la guía y el consejo de un confesor puro y virtuoso.

—No lo dudo —asintió el dominico en tono cansino—. ¿Estáis seguro de que el padre Guillaume no confiaba en los demás amanuenses de la casa?

—Salvo en Aimery, creo que no. Pero, padre…

—¿Y ninguno de esos otros amanuenses compartía vuestras perversiones

libidinosas, que vos sepáis?

—No, padre. Yo…

—Gracias, hijo mío. Ya hemos terminado.

—Pero…

—Podéis iros.

Cuando el declarante se retiró, lo hizo tambaleándose, como si acabara de recibir un golpe en la cabeza y aún estuviera aturdido. Con un bostezo, el padre Amiel empezó a recoger los papeles. Fulques todavía no había salido de la estancia y el dominico ya parecía haber olvidado la propia existencia del desventurado amanuense.

Canto IX

—Mañana —dijo el padre Amiel—, tendré que ocuparme de ciertos asuntos que reclaman mi atención en el priorato, por lo que vos podéis dedicar el día al redactado final de las declaraciones.

Caminábamos hacia la casa de mi madre, porque nuestra jornada de trabajo ya había terminado y empezaba a anochecer. Unas sombras alargadas descendían sobre las calles. Cargado con un grueso rollo de pergaminos, cansado y dolorido del arduo esfuerzo de la tarde, apenas me fijé en las personas con las que nos cruzábamos. Iba pendiente de la inmundicia que enfangaba el suelo, intentando evitarla.

—Tal vez tenga la oportunidad de hablar con algún librero acerca de este códice maligno —prosiguió el padre Amiel—. A ver si averiguo su origen, aunque quizá sea mejor que hable primero con el hermano bibliotecario… Es un hombre erudito, muy entendido en libros y encuadernaciones.

Sospecho que el monje estaba bastante orgulloso de sí mismo. Su paso vigoroso y su locuacidad jovial me llevaron a preguntarme si se sentiría satisfecho de sus logros de aquel día. A decir verdad, había recurrido a unos ardides muy ingeniosos y se había enterado de muchas cosas, pero me pregunté si aquella noche, acostado en su cama, pediría perdón por ciertos actos que, si bien no habían sido impíos ni deshonestos, tal vez no eran propios de alguien de su profesión.

Al fin y al cabo, pensé, ¿debía un fraile dominico agarrar la verga de otro hombre? ¿Debía recitar descripciones de actos obscenos? ¿Debía, ya puestos, fingir que leía, convirtiéndose por tanto en un agente de la falsedad? Seguramente, no, pero, por otro lado, ¿era el padre Amiel un mal monje? Me hice esta pregunta y la respuesta también fue negativa. No se trataba de un hombre profano, irreverente o lascivo. No era cruel ni violento, ni siquiera indolente. De hecho, había llegado a inspirarme un profundo respeto y me halagaba que hubiese decidido departir conmigo con tanta familiaridad, pese a ser yo un pecador probado.

Y, sin embargo, me asombraba. Era un buen monje, pero me intrigaba. No conseguía comprenderle.

—Maese Raymond —dijo—. Ahí está el hombre de Valence.

—¿Qué?

—Jean Mignard os espera. ¿No lo veis?

Levanté los ojos y me detuve, puesto que era cierto. El padre deshonrado se hallaba apostado a la puerta de la casa de mi madre, acompañado de un individuo de aspecto humilde que debía de ser su criado. Tuve un instante de duda, sin saber si retroceder o avanzar, pero en aquel preciso instante se volvieron, me vieron y Jean Mignard alzó la mano.

—El cardenal Orsini ha confirmado vuestra declaración —me dijo el padre Amiel

en voz baja.

—¿Eso creéis?

—Si no fuese así, Jean Mignard os habría atacado; en cambio, os está saludando, ¿lo veis? —De pronto, el padre Amiel dejó de contemplar con indiferencia a aquel hombre y me miró a la cara—. Mañana por la mañana no pasaré por aquí —dijo con especial énfasis—, pero tal vez pueda haceros una visita por la tarde. ¿Estaréis en casa?

—Oh… Esto… sí. Sí, padre. —Estaba decidido a no fallarle por segunda vez—. Estaré en casa todo el día.

—Bien. Entonces, os dejo ya —dijo. Era evidente que no le apetecía conversar con Jean Mignard, que se acercaba apresuradamente—. La paz sea con vos, hijo. Hasta mañana.

—Gracias, padre.

El monje se alejó entre un revuelo de tela blanca y yo quedé a merced de un hombre tan frustrado en su intención que las venas de la frente le sobresalían. Pobre Jean Mignard: la fría razón y mi indiscutible inocencia le impedían zarandearme y, sin embargo, capté que le habría gustado sacudir a alguien. Si lo hubiera hecho, tal vez la cabeza se le habría despejado un poco.

—Sois inocente —proclamó con un evidente disgusto, mientras se plantaba ante mis narices—. He hablado con el camarero del cardenal Orsini. No sois el padre del hijo de mi hija.

—No, no lo soy.

—Pero tenéis que saber quién es.

—En absoluto.

—Debéis de tener, cuando menos, una sospecha.

—No tengo ni idea, maese Mignard. Como ya os dije antes, mi reputación es inmerecida.

—¡Entonces, traeré a mi hija! Mañana iré a buscarla. ¡Haré que examine a todos los hombres de Aviñón hasta que descubra al truhán que ha deshonrado a mi familia!

Comenté que aquél sería el mejor plan y suspiré por lo bajo cuando se marchó, con su criado siguiéndole los pasos. Había tenido un día difícil de veras y las perspectivas no indicaban que fuese a mejorar, pues, cuando entré en casa de mi madre, me vi obligado a soportar la andanada de preguntas que me formuló mi cuñada, quien se había olido que ocurría algo. Quiso saber la identidad de aquel rústico anciano que se había detenido a la puerta de casa, y si esperaba allí porque deseaba hablar conmigo. ¿Por qué se había negado a exponer qué quería? En vez de darle explicaciones (porque, cualesquiera que fuesen, ella ya había decidido que yo era, pese a todas las pruebas que indicaban lo contrario, el responsable de haber seducido a Marie Mignard), dejé los testimonios del día en mi alcoba y volví a salir a

la calle.

Me dirigí, como es natural, a El Gallo Negro. Allí tendría tranquilidad y bebida aseguradas hasta que cayera la noche y Rixende Levieux me recibiese. En la taberna encontré a Othon y pude preguntarle acerca de Marie Mignard. Confesó que tal vez había utilizado mi nombre para engañarla, en la francachela que siguió a una borrachera, pero que no se acordaba de la muchacha. Rió sin cesar cuando le conté que el padre me había abordado a la puerta de casa, pero no pareció preocuparle que Marie pudiese identificarlo como el autor de su seducción.

—¿Cómo lo hará? ¿Recorriendo las calles de Aviñón? —preguntó—. No se acordará de mi cara. La nuestra fue una cópula rápida, porque la posada de La Sainte Baume está siempre muy concurrida.

—Entonces, ¿la recuerdas? —le pregunté.

—¿La posada? ¡Pues claro! Y te diré que nos conocimos en una mesa, rodeados de grandes jarras de vino, y que después me apropié de su flor, en la oscuridad, apoyados en una pared del establo. Siempre ocurre lo mismo, dondequiera que estés.

Y empezó a extenderse acerca de las peregrinas vírgenes, que tan fáciles eran de desflorar. Lejos de casa por primera vez, con unas damas de compañía viejas e inadecuadas que enferman por el camino, excitadas por las gentes y los lugares nuevos, bebiendo vino sin supervisión de nadie… En resumidas cuentas, que se lanzaban a los brazos de cualquier hombre que se tomase la molestia de pellizcarlas en las nalgas.

»Os lo aseguro —prosiguió Othon—, si pudiera, volvería a Compostela. Allí podría elegir entre las peregrinas más jóvenes y jugosas, porque hay abundancia de ellas, y la ciudad está tan llena de clérigos…

—¿Compostela? —murmuró Bernard—. ¿Quieres decir que ya has estado allí?

—¡Por supuesto! —respondió Othon—. Allí conocí a dos hermanas gemelas, tan iguales, ¿os lo podéis creer?, que nunca sabía a cuál me estaba beneficiando…

Como podéis imaginar, aquella conversación despertó mi lujuria por Rixende Levieux. En vez de reconvenir a Othon por su desconsideración para con mi buen nombre, permanecí allí sentado, entre chanzas procaces y soñando con los muslos sedosos de Rixende (y con lo que había entre ellos), hasta que Beatrice Rascas me despertó de mi ensueño. Se sentó a mi lado y, en voz baja, me cuchicheó si podía ayudarla en cierto asunto. Siendo analfabeta, no podía leer una carta que le había entregado aquella mañana un hermano lego de la abadía de Saint-Ruf y, como la abadía ostentaba el derecho de dominio eminente sobre su taberna, estaba impaciente por saber qué decía la carta.

—Mañana —la interrumpí—. Aquí no podemos discutir tus asuntos privados. Mañana hablaremos.

—¿Por qué no esta noche, más tarde? —preguntó ella con una mirada llena de

suspicacia—. Arriba, en mi alcoba. No nos oirá nadie.

—Cierto. —Mientras asentía, sin embargo, mi conciencia batallaba con el deseo. Debéis comprender que Rixende no me gustaba, aunque la deseaba apasionadamente. En cambio, Beatrice Rascas me gustaba mucho. Corroído por la vergüenza, me dije que era un hombre libre, que Rixende necesitaba consuelo y que era probable que Beatrice hubiese catado el instrumento de otros hombres desde la muerte de su marido. (Aquélla posibilidad había cruzado mi mente en más de una ocasión y no había dejado de inquietarme cada vez que me acosaba).

—Es cierto —dije— que nadie nos molestará en tu alcoba, pero esta noche no puedo quedarme mucho tiempo. He de volver a casa a trabajar y estar preparado para cuando el padre Amiel venga a buscarme mañana. —Avergonzado de mis mentiras, sabedor de que la luna había salido, me puse en pie y me despedí de mi amiga—. Ven mañana por la tarde —le indiqué— y trae la carta. La leeré y te aconsejaré.

Después, la besé como un Judas y me escabullí en la noche.

¡Oh, amigas y amigos! ¡Qué rata fui! ¡Una rata de hocico largo de las que se arrastran por las alcantarillas! La luna, como he dicho, había salido ya —era noche de luna llena— y me guió hasta la casa de Rixende Levieux. Como casi todos los aviñonenses, su esposo se había visto obligado por los *taxatores domorum* a residir en una casa impropia de su rango; vivía en la planta superior de un almacén, en estancias que incluso habrían resultado aceptables, tal vez, si no las hubieran dividido entre su familia y las de un mercader de harina. Sin embargo, lo que para maese Levieux era un inconveniente, para mí representaba una ventaja. Las curiosas alteraciones requeridas para convertir una vivienda en dos permitían que Rixende pudiese salir de su alcoba y de la casa, incluso, sin pasar por la cocina, en la que dormían los criados. En resumen, que cuando se quedaba sola de noche, su libertad era absoluta.

Y con esto no quiero decir que, en tales ocasiones, se arriesgase a toda suerte de peligros vagando por las calles de Aviñón. No, Rixende no era tan tonta, pero a veces aprovechaba su buena fortuna y se escabullía al almacén de los bajos, que pertenecía a su marido (aunque éste lo tenía alquilado al mercader de harina) y que estaba abierto a todo el mundo que tuviera la llave. Allí me reunía yo con ella: allí la encontraba, recostada en unos sacos y desnuda como Dios la trajo al mundo, o cubierta parcialmente en ocasiones, si era durante los meses de invierno, y acariciando el vello de entre sus muslos como si fuera una piel de armiño. A veces llevaba consigo mantas; otras, incluso comida. Y, siempre, una candela a cuya luz vacilante nos entregábamos al placer entre las ratas y los ratones que correteaban por el suelo blanco de harina.

Era una amante dócil en grado sumo. Aunque de carácter petulante y quisquilloso, estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa que yo le sugiriese en la búsqueda de una culminación placentera. Podía hacerla rodar por el suelo y

manosearla como si fuera una masa de harina. Al recordado, abrí la puerta del almacén con mano temblorosa y mi tercera pierna me precedió cuando entré en el edificio.

¡Imaginad mi decepción cuando vi que no estaba desnuda! En vez de esperarme recostada en los sacos, acariciando el tupido felpudo de entre sus muslos, se hallaba de pie, vestida con la camisa de dormir y la expresión tan asustada y afligida como la de Eva después de la Caída.

—¡Oh, Raymond! —gimió—. ¡Raymond!

—¿Qué?

—¡Chitón! ¡Que no te oiga! ¡Vas a despertarlo!

—¿A quién? —Me acerqué a ella y puse las manos en sus brazos—. ¿Sucede algo? ¿Estás enferma?

—Necesito dinero. ¿Tienes dinero?

—¿Dinero?

Y de pronto se echó a llorar. Como lloraba a menudo y por las decepciones más insignificantes, sus lágrimas no me alarmaron demasiado y empecé a acariciada hasta que me apartó de un empujón.

—¡Para! —susurró—. ¡Escúchame! ¡Necesito dinero! ¡Guiraud quiere dinero o se lo contará a mi marido!

—¿El… el qué? —farfullé—. ¿Qué quieres decir? ¿Quién es Guiraud?

—¡Ya lo conoces! ¡Nuestro portero! —Me dio una palmada en el brazo como solía hacer en momentos de profunda irritación—. Ésta mañana te lo he enviado para que te diera mi mensaje.

—¡Oh! —El chico de la cara manchada, pensé, pero me distrajo el encaje de la camisa de Rixende, que era muy poco tupido y dejaba entrever su piel blanca y tersa —. ¿Dónde está, pues? El portero, quiero decir…

—Arriba. Duerme. El muy cobarde, tiene miedo de enfrentarse a ti.

—Entonces, ¿por qué te preocupas? Ven aquí y…

—¡Suéltame! —El receptor del segundo cachete, que resultó mucho más efectivo que el anterior, fue mi erecto instrumento—. ¿Quieres dejarte de estupideces? ¡Sabe lo nuestro, Raymond! ¡Ha cogido mi anillo! ¡Dice que quiere que le des dinero, ahora!

—¡Ay!

—¿Me estás escuchando?

Cuando el dolor remitió por fin, pude escucharla. Y me enteré de que Guiraud, después de oír de mis propios labios que yo era un «reputado libertino», había comprendido de repente (mientras escuchaba las acusaciones de Jean Mignard) por qué su ama informaba a un escribano muy joven y de dientes muy blancos de que su marido estaba ausente de casa. Y para colmo del infortunio, aquel mismo Guiraud,

siendo mozo de la casa, era el responsable de entregar las citaciones y las convocatorias a maese Levieux y, a diferencia de la doncella de la familia —a quien Rixende habría confiado el mensaje si no hubiera estado enferma—, Guiraud sabía que su amo no tenía tratos con un tal Raymond Maillot y que éste jamás había hablado con él.

Por lo tanto, y aunque no era un joven de gran inteligencia, se había formado su propia opinión. Y, en este caso, su opinión era la correcta.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió Rixende—. Me ha dicho: «Contadle a vuestro esposo que habéis perdido el anillo. Quizás os pegue, pero no os matará». ¡Oh, Raymond, mi marido regresa mañana! ¿Qué vamos a hacer?

—Dile que Guiraud ha robado el anillo —respondí malhumorado, porque un golpe en el instrumento no contribuye a mejorar el ánimo—. ¿Por qué va a creer a Guiraud? No existen pruebas de que tú hayas hecho algo malo.

—¡Sí, las hay, Raymond! ¡Guiraud te llevó mi mensaje y tú respondiste! ¡Hubo gente que te oyó! —Rixende lloraba de nuevo—. Guiraud me ha dicho: «Ésta noche, cuando veáis al amor de vuestro corazón, decidle que debe pagar, porque sé quiénes son sus tres amigos, y ellos me proporcionarán las pruebas que necesito».

—¡Tonterías! —le espeté—. Si quiere testigos, no los encontrará. Jean Mignard ha abandonado la ciudad, Gaillard es un amigo que hará lo que yo le pida y el padre Amiel…

Callé de golpe. ¿Qué haría el padre Amiel si alguien lo abordaba para que confirmase un incidente que él mismo había presenciado? ¿Mentiría?

Me acongojé.

—¿Me estás diciendo que había un sacerdote contigo? —exclamó Rixende, y enseguida bajó la voz mientras retorcía las manos, desesperada—. ¡Dios Misericordioso, un sacerdote! —dijo entre sollozos—. ¡Mi marido me matará!

—Calla.

—Y cuando ya no me queden anillos, Guiraud querrá que le pague en la cama. ¡Eso me ha dicho, el monstruo!

—¡Calla! —Los pensamientos se arremolinaban en mi mente—. ¿Cuándo está previsto que regrese tu marido? ¿A primera hora de la mañana?

—No, un poco antes del mediodía.

—Entonces, hay esperanzas —dije, decidido a granjearme la condescendencia del padre Amiel a cualquier coste—. Tengo que hablar con mis amigos. Lo negarán todo.

—¿Estás seguro? —preguntó, mirándome con sus grandes ojos llorosos—. ¿Estás seguro de veras?

—Creo que sí. —Aunque el corazón se me encogía ante la perspectiva de tener que presentarme ante el padre Amiel con aquella petición, me esforcé en parecer convincente—. Pero tú deberás poner de tu parte. Cuando vuelva tu marido, habla

con él antes de que lo haga Guiraud. Acusa a Guiraud de haber robado el anillo. Si ese canalla no tiene pruebas, lo que diga de ti sonará falso. Parecerá el ladrón que intenta defenderse.

—¡Oh! ¿Por qué ha tenido que sucedemos esto? —Rixende no me escuchaba—. ¿Cómo he podido ser tan majadera?

—¡Rixende! ¿Me escuchas?

—Sí, sí, pero el sacerdote…

—Es un monje, no es un sacerdote. Y es asunto mío.

Después reinó el silencio. Nos miramos, desesperados, afectados de una suerte de extraño cansancio. Se me antojó imposible que unos minutos antes la hubiese mirado con lascivia. Las noticias que acababa de recibir me habían dejado conmocionado y en un estado de fría templanza. Su piel me parecía mate y la languidez de su boca repelía el deseo.

Quizás el mero pensamiento del padre Amiel era un antídoto a todos los apetitos carnales.

—Debo irme —dije a continuación—, no vaya a ser que Guiraud nos descubra juntos.

—¿Y qué hay del dinero?

—Dile que no tengo.

—Pero…

—Dile que espere. Dile que se fastidie. Dile lo que quieras. Nadie podrá hacerte ningún daño, Rixende, porque no hay pruebas en tu contra.

Y con esto concluyó nuestra cita. No hubo besos ni caricias ni miradas de esas que se prolongan. Nos despedimos con brusquedad, como si fuéramos unos conocidos distantes, y salí del almacén lo más silenciosamente que pude. En realidad, me escabullí arrastrándome como un roedor, deslizándome de una sombra a la siguiente, y no apresuré la marcha hasta que hube dejado la casa muy atrás. Por una feliz casualidad, mis pisadas no destacaron tanto como habría cabido esperar, porque, en una noche cálida y despejada como aquélla, bajo la luna plateada, las calles no estaban tan vacías como era habitual y me crucé con un buen número de ciudadanos en mi camino a la residencia de Gaillard. Algunos formaban grupos y portaban antorchas; otros caminaban solos, cada uno con su linterna. A mí, y a otros dos o tres, nos guió el claro de luna: nos miramos con cautela de un lado a otro de los relucientes canales de desagüe, siempre con nerviosismo, no fuera a ser que nos robaran la bolsa o nos destrozaran la cabeza.

En un cruce de calles encontré incluso a un clérigo y me pregunté por qué pasearía acompañado de un chiquillo, hasta que se me pasó por las mientes que tal vez lo habían llamado a algún lecho de muerte.

Cuando llegué a la casa del cardenal Di Vico, rodeé sus macizos muros de piedra

hasta que, recorriendo a tientas un callejón, encontré una ventanita cerrada con postigos y el alféizar tallado. Detrás de aquella ventana, sabía que se alojaban los tres escuderos del cardenal. Dormían juntos en una gran cama adoselada de madera carcomida que otros de rango más elevado habían considerado inadecuada para ellos. Por ser el más joven y el de posición más baja, Gaillard se veía obligado a dormir entre sus dos compañeros; en consecuencia, se le recriminaba ruidosamente que volviera tarde a casa. Si por casualidad se quedaba demasiado tiempo en El Gallo Negro, había de afrontar golpes e insultos cuando intentaba pasar por encima de los cuerpos de sus compañeros de cama.

Por ello, rasqué los postigos con confianza, en la absoluta seguridad de que mi amigo se encontraba allí dentro.

—¡Gaillard! —dije en voz baja—. ¡Gaillard! —repetí antes de volver a rascar los postigos.

Un gruñido de descontento me informó de que alguien se había despertado en la cama adoselada. Entonces, sin previo aviso, los postigos se abrieron de par en par, tan deprisa que casi me decapitaron.

—¡Por los clavos de Cristo! —se quejó una voz—. ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—¿Gaillard?

—¿Raymond?

—Perdóname —dije—, pero tengo una petición urgente…

—¿Qué hace esa ventana abierta? —preguntó una voz apagada que emanó de la oscuridad sofocante al otro lado del alféizar—. ¿Gaillard? ¡A la cama, villano!

—Ésta mañana —dije a toda prisa—, un muchacho vino a mi encuentro con un mensaje. ¿Te acuerdas? Estabas allí. Dijo que Rixende Levieux quería comunicarme que su marido estaba fuera de la ciudad.

—Raymond, ¿estás loco? —Los rizos desgreñados de Gaillard brillaron a la luz de la luna—. ¿Sabes lo tarde que es?

—¡Gaillard! —exclamó alguien entre una sarta de maldiciones guturales—. ¡Calla y acuéstate ahora mismo!

—¡Sí, sí, ya voy! Raymond…

—Escucha. —Le expliqué, lo más sucintamente que pude, lo apurado de mi situación, haciendo hincapié en la belleza de Rixende y en mi gratitud eterna si negaba haber visto, oído o encontrado al portero del marido. Aunque se lo rogué entre susurros, mi petición estaba imbuida de toda la fuerza de que disponía.

Tal vez por esta razón, aunque a regañadientes, capituló.

—Me pagarás a cambio, espero.

—Desde luego.

—¿Me invitarás a vino durante un mes, Raymond?

—Lo haré, y te prometo que tu contento será para mí de suma importancia.

—¡Gaillard! ¡Cierra esa ventana o perderás un ojo!

—Oh, deja ya de protestar —gruñó Gaillard y se retiró rápidamente, cerrando los postigos.

Nuestro coloquio finalizó allí. Me quedé solo en un oscuro y hediondo callejón, lejos de casa, cansado hasta lo indecible, con mi lujuria insatisfecha y mi honor en peligro. «Esto —pensé— es lo que ocurre por desparramar tu semilla aquí y allá como un perro. Esto es lo que sucede cuando permites que te domine la calentura». ¿Qué diría el padre Amiel cuando se enterase de lo acontecido?

Pensándolo bien, me resultó imposible predecir la respuesta del monje a mi triste incidente. Siempre era muy difícil prever sus juicios pero, mientras caminaba con paso can sino de regreso a la casa de mi madre, advertí melancólicamente que si el dominico me hacía un favor, tendría que pagar un alto precio por su bondad, sin lugar a dudas.

Y, como veréis, mis suposiciones fueron ciertas.

Canto X

¿Alguna vez habéis probado a entrar en un claustro, amigos míos? Como tal vez sabréis, es tarea difícil. Los monasterios están invariablemente protegidos por altos muros de piedra. Las puertas están dotadas de cerrojos, barras y porteros, y las ventanas, de postigos y rejas. Cuando me presenté en el priorato de los dominicos, la mañana siguiente a mi discusión con Rixende, fui interrogado no por un portero, sino por dos, además de por el monje que me condujo a una pequeña celda donde había un banco corrido. Me indicó que esperase allí (como habían hecho tantos, sin duda, antes que yo) y que me abstuviera de orinar, escupir o proferir blasfemias mientras aguardaba. El padre Amiel me atendería enseguida.

Todavía era muy temprano. El tañido de las campanas, que hacía temblar el suelo, me alertó de que el padre, probablemente, se disponía a rezar los oficios. Casi me llegó el cántico. Casi me alcanzó el olor del incienso. De hecho, el propio aire de aquel lugar me acobardó, pues parecía cargado con el peso de largos ayunos, de profesiones solemnes y de penitencias a las que sólo un monje se sometería. Si ya estaba nervioso, me sumí en la desesperación. ¿Cómo había llegado a imaginar que el padre Amiel mentiría para ayudarme? Era un tonto por haber pensado siquiera en proponérselo. Mi desánimo era tal que me levanté del duro asiento, y habría abandonado el priorato de inmediato si no hubiera entrado en la estancia, en aquel mismo momento, el padre Amiel.

Faltaría a la verdad si dijera que se mostró sorprendido. Como ya he señalado, el padre no era hombre dado a expresar sus sentimientos, fuera en palabras o en la disposición de su rostro. Sin embargo, su semblante parecía más despierto de lo habitual y no dijo nada cuando hubo cerrado la puerta tras él, muy suavemente. Se limitó a esperar con las manos ocultas en las mangas del hábito.

—¡Oh, padre! —musité—. ¿Podéis…? ¿Yo…? ¿Me oiríais en confesión?

Se me había ocurrido que, en calidad de confesor, no podría dar a conocer mi iniquidad… si tal era su deseo. En pocas palabras, lo que buscaba con ello era protegerme. Sin embargo, con sus ojos oscuros fijos en mi rostro, me respondió:

—Hijo mío, yo no soy sacerdote. No me corresponde oíros en confesión.

—¡Oh!

—Claro que, si queréis aliviar vuestra conciencia, os escucharé con mucho gusto. ¿Es eso lo que deseáis?

Titubeante, estudié sus facciones con la misma minuciosidad que él lo hacía con las mías. Me tranquilicé, pues no vi el menor asomo de amenaza en la mueca de sus labios, ni de desaprobación en su mirada. Estaba esperando, simplemente, con la divina paciencia de un monje. Tal vez, incluso, sentía cierta curiosidad.

Así pues, decidí arriesgarme a incomodarlo.

—Disculpad —empecé—, disculpad que me presente aquí, pero necesito vuestra ayuda. Estoy acosado por los problemas, padre. Me he metido en un embrollo.

—Sentaos —replicó él. Acto seguido, vino a sentarse a mi lado en el banco, de forma que quedamos hombro con hombro (mejor dicho, hombro con cuello, pues el monje no era hombre de gran estatura) y pude hablarle con más comodidad, sin mirarlo a la cara. Me alegré de ello y me satisfizo su manera de escucharme. Mientras le contaba mis cuitas, permaneció inmóvil, pero no le noté tenso ni desconcertado: su respiración era tranquila; su postura, relajada, y sus manos permanecieron ocultas en todo momento, por lo que no me distrajo su garbosa aparición.

En cuanto a mí, seguí sentado con la barbilla acunada entre los dedos entrelazados y los codos apoyados en las rodillas.

—He estado fornicando con una mujer casada —fue mi primera y descarnada declaración. No sé deciros cómo respondió el padre Amiel, aparte de que no dijo una palabra, pues en aquel momento tuve buen cuidado de evitar sus ojos y de clavar la vista en el suelo—. Lo hago a veces, cuando el marido no está en casa —continué—. Ayer, envió un portero a decirme que su esposo se había marchado, ¿lo recordáis? Estábamos a las puertas de la casa de mi madre, con Gaillard, y Jean Mignard acababa de irse…

—Me acuerdo —interrumpió el fraile. Su tono de voz no era severo, sino amable.

—Sí —suspiré—, claro que os acordáis. Pero ¿querréis venir en mi rescate, padre, y olvidarlo?

A continuación, con voz apagada por la vergüenza, describí todo aquel sórdido lance y terminé con una petición que casi me sofocó y la promesa de que nunca volvería a pecar con Rixende Levieux. Mi penitencia, dije al padre Amiel, estaba en sus manos. Naturalmente, que se supiera todo sería mi justo castigo —y merecía ser abochornado, envilecido y castrado—, pero Rixende sufriría grandemente por un pecado que era más mío que suyo y su marido quedaría en ridículo por algo que, con la colaboración del padre Amiel, se convertiría apenas en una mancha secreta en el corazón de Rixende, una lacra que sin duda podría compensar, con donaciones caritativas tal vez, puesto que su marido era un hombre rico…

Me di cuenta de que empezaba a desvariar y, con un titubeo, me detuve. De inmediato, ruborizado y con el corazón desbocado, me volví al dominico. Sin embargo, no me miraba. Yo, que temía más su expresión que una lluvia de golpes, respiré aliviado al observar que ninguna mueca ceñuda turbaba su rostro, aunque parecía un tanto retraído. Pensé si su aire preocupado sería mal presagio, pero, cuando por fin levantó la mirada y la volvió hacia mí, no vi reproche en ella. Tenía los párpados entrecerrados, pero no trasmitía disgusto, sino una pregunta.

—¿Por qué lo hacéis? —dijo.

—¿Hacer… qué? —respondí, confundido.

—Sois diestro, inteligente y educado. ¿Por qué os ponéis al borde del desastre manchando vuestro nombre en la cama de tantas mujeres?

Como daba la impresión de que su interés era auténtico, tuve arrestos para hacer caso omiso de las palabras que había escogido y le respondí sin cólera ni desaliento.

—Gozo con ello —confesé.

—¿Gozáis mintiendo?

—No.

—Porque debéis mentir, Raymond. Debéis mentir a las mujeres acerca de otras mujeres, ¿no? Y debéis mentir a sus maridos, a sus familias. —El padre hablaba con suavidad—. ¿Os produce eso alguna satisfacción?

—No, ninguna en absoluto.

—¿No os sentís culpable cuando mentís?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿entendéis que tales mentiras son malas?

Empezaba a sentirme incómodo. Incómodo e impaciente a la vez.

—Padre, no soy ningún niño…

—Pero disfrutáis obrando mal.

—Yo disfruto del acto. —Francamente, me pregunté si él lo habría experimentado alguna vez—. ¿Qué puedo deciros? Mi pene gobierna mi vida. Soy esclavo de sus impulsos. Soy débil, padre. Tal vez si Dios hubiera hecho menos placentero el acto, nos iría mucho mejor a todos.

De repente, él sonrió.

—El acto —dijo—. ¿Echáis la culpa al acto?

—Sí, ¿cómo no? Padre, si Dios hubiera dispuesto que perdiéramos la punta de nuestra estaca cada vez que la hincamos en alguna parte… bueno, todos los hombres del mundo serían monjes.

El padre Amiel enarcó una ceja.

—¿Quiere decir eso que no podéis conteneros debido al placer que os produce eso que llamáis «hincar la estaca»?

—Me temo que sí.

—Entonces, debéis de haber pecado con toda clase de criaturas, hijo mío. Con hombres, con niños, con animales. Como no podéis conteneros…

Lo miré, alarmado. ¿De veras creía tal cosa?

—¡Oh, no! —respondí—. No, sólo con mujeres. De lo otro sé refrenarme. Todo lo otro… todo lo otro me parece repugnante.

—¿Más que la mujer de otro hombre?

—Escuchad… —Pese a mis más nobles intenciones, en lugar de someterme a la reprimenda del padre Amiel, me encontré defendiendo mi propia conducta—. No tengo por costumbre perseguir mujeres casadas, padre. Rix…, quiero decir, la dama

es una amiga de antiguo. Su marido no sabe satisfacerla.

—Entonces, ¿es por el bien de esa mujer por lo que os deshonráis?

—Pues… sí. —Hasta yo advertí la ironía de la pregunta—. Supongo que sí. En cierto modo.

—¿Porque la amáis?

Si la amaba o no era una pregunta que a veces me hacía yo mismo, en momentos de introspección. Sin embargo, desafiante, repliqué que sí.

—Pero sabéis que la estáis condenando a pecar. ¿Cómo podéis hacer tal cosa a quien amáis? —Estudió mi rostro como si esperara encontrar en él una solución a todos los males del mundo—. O tal vez… tal vez no la amáis de verdad.

El comentario resultaba muy perspicaz. Era un dardo dirigido a mi corazón y abrió un agujero por el que manaron toda clase de desasosiegos y de preocupaciones, cuya existencia solía esforzarme por ignorar.

Aturdido, me quedé mirándolo.

—Raymond, ¿amáis a alguna de esas mujeres? —me preguntó—. Les mentís, las traicionáis, mancilláis su honor y las condenáis a pecar. Eso no es amor. Es desdén. Es vanidad y egoísmo. Es la conducta de una bestia.

—Pero… ¡pero ellas disfrutan también! —protesté—. ¡Me acogen en su lecho con agrado!

—¿Sabiendo que venís de otra conquista?

El padre Amiel empleó un tono seco y noté que volvían a arderme las mejillas. Tenía razón, por supuesto. Ninguna de mis amantes me habría acogido con tanto gusto si le hubiera hablado con franqueza de las otras camas que frecuentaba.

Pero, por otro lado, me dije, ¿qué mujer sería tan tonta de esperar fidelidad de un hombre sin compromiso?

—Me causó sorpresa, una gran sorpresa —dijo el monje—, enterarme de vuestras costumbres licenciosas. Parece tan… tan impropio de vos. Como he dicho, sois diestro, inteligente y educado, pero también me habéis impresionado como hombre poseído de un espíritu generoso. Un hombre caritativo, de corazón desprendido; descuidado, tal vez, pero no cruel. —Recitó estas características sin gran emoción, como si describiera las virtudes de un buen caballo, y concluyó—: Pero tal vez me equivoco. O quizá seáis finalmente como tantos hombres, que menosprecian a las mujeres. Conozco a un centenar de hombres buenos, piadosos y honorables que, sin embargo, están ciegos a este respecto. Tal vez los ciega su propia lujuria y consideran a las mujeres simples muebles carentes de alma. —Levantó una mano en un gesto admonitorio, sacudiendo la manga del hábito para que quedara a la vista—. Pero por baja, corrupta, ignorante y falsa, por lasciva que sea la mujer, aunque no sea merecedora de respeto y sus actos resulten oprobiosamente pecaminosos, sigue poseyendo un alma, y esta alma está al cuidado de Dios.

—¡Ya lo sé! ¡Yo aprecio a las mujeres, padre!

—Las apreciáis como ocasiones de pecado, ¿me equivoco? Como objetos libidinosos. Como meros adornos.

—Yo… yo… —Tal vez tenía razón. Me revolví el pelo y miré a mi alrededor buscando apoyo—. Yo tengo amigas, buenas amigas, a las que no he tocado nunca.

—Pero querríais hacerlo, ¿no?

Pensé en la hija de Beatrice. Pensé en ciertas madres de familia. Pensé en la muchacha de la tahona.

—Sí —confesé, abrumado—. Pero vos, padre… Vos tenéis que entenderlo. Cuando veis sonreír a una chica, ¿cómo os sentís?

—Bien, lo que no se me ocurre es hacerle la corte, desde luego. —Aunque serio, el tono de voz del padre Amiel era relajado y afable a la vez—. Yo pienso en el alma, no en el cuerpo. Y, en éste, venero la creación divina.

—¡Pero vos sois un monje! —protesté—. ¡Para vos, aquí encerrado, debe de ser fácil! Si tuvierais que ver y tratar con muchachas todo el día…

—Tal vez sucumbiría, es posible —declaró el dominico—. Y si fuera joven como vos, Raymond, tendría fuego en la entrepierna. Y si fuese igual de atractivo, se me presentaría toda clase de estímulos lascivos, igual que os sucede a vos. Pero yo no he dicho que vuestro camino fuera sencillo; sólo he comentado que os creía más fuerte.

—Ojalá. —Malhumorado, me miré las piernas como palillos bajo los bastos calzones de lana. ¿Atractivo? Yo me veía como un antojo en el rostro de la humanidad—. Más feliz me sentiría si lo fuera, pues estaría a salvo de embrollos sórdidos y desesperados como el que ahora me acosa.

—Entonces, tal vez pueda ayudaros.

Os sonará extraño, pero, cuando dijo esto último, el padre Amiel parecía ligeramente divertido. Levanté la mirada y vi que esbozaba una media sonrisa que me hizo sentir muy joven. Tal vez por eso, con tono arisco, le recriminé que se riera de mí.

—Los monjes no se ríen, Raymond, ya os lo he dicho —replicó—. Ahora, decidme vos una cosa: si yo mintiera por vos, si negara haber visto a ese portero malvado cuyas amenazas os han descompuesto, ¿me juraríais absteneros de la cópula mientras trabajéis para mí? ¿Seríais capaz de eso, Raymond?

Creo que me quedé boquiabierto. Desde luego, parpadeé, lo miré con perplejidad, tragué saliva y me froté las sienes.

—¿Abstenerme de copular? —repetí—. ¿Queréis decir… una abstinencia completa?

—Sí, completa.

—¿Incluso si… en fin, quiero decir… incluso sin nadie más?

—*Per se ípsum fornicaverit* —murmuró el monje con aire ausente—. Hijo mío,

me sentiría muy complacido si desistierais también del pecado de Onán, pero no podemos pedir milagros…

—Entonces…

—¿Es una empresa demasiado ardua la que os pido? ¿Os falta la fuerza necesaria para intentarlo?

—¡No! —repliqué, sintiéndome desafiado—. Pero ¿qué seguridad tendréis de que mantengo mi promesa? Salvo que os propongáis dormir conmigo.

—Lo que me propongo es confiar en vos. —El padre Amiel me dedicó otra sonrisa taimada—. Si juráis por el Santo Nombre de Nuestro Señor que no quebrantaréis vuestra promesa, me fiaré de ello.

Así pues, di mi palabra. ¿Qué podía hacer, si no? Además, a decir verdad, me sentía profundamente arrepentido. En el fondo de mis confusos pensamientos, deseaba limpiar mi nombre ante él y ganarme su consideración. Sólo cuando hube abandonado el priorato, después de agradecer humildemente al padre Amiel su benevolente solicitud, se me ocurrió que había caído en una trampa. No porque me resistiera a pagar un precio por su silencio respecto a Rixende Levieux, pues renunciar a la coyunda me parecía un trato bastante justo. Pero el hecho de que hubiera renunciado a mi libertad con tanta tranquilidad, casi de buena gana, en un exceso de contrición… esto me desconcertaba y me reconcomía. Pues, al fin y al cabo, ¿qué había de malo en tener apetito carnal de mujeres? ¿Por qué, si no, las había creado Dios diferentes de los hombres? Aquél hábil dominico se las había ingeniado para inducirme a aceptar una penitencia incompatible con mis inclinaciones naturales.

Cuando salí al sol y al aire libre, me pregunté cómo lo había conseguido. El remordimiento ya empezaba a difuminarse, aunque mi determinación de permanecer célibe continuaba tan firme como lo estaba un rato antes, en la minúscula y húmeda celda. No quebrantaría mi promesa. Si lo hacía, el padre Amiel lo descubriría de algún modo. Estuve seguro de ello porque le había visto en acción. Además, en mi caso, quería demostrarme a mí mismo que era capaz de mantener una promesa. Lo hacía por mi propia satisfacción, me dije, por mi propia tranquilidad. ¿No sería más fácil mi existencia, sin duda, si permanecía casto? ¿El breve gozo de liberar mi semilla compensaba realmente la indignidad que envolvía tal acto?

Dentro de mi cabeza empezaron a agolparse unas evocaciones que me atenazaron las vísceras y me crisparon los dedos. Me vi suplicando favores al padre Amiel; me vi arrastrándome ante Bona Claret, escondiéndome de unas monjas en un muladar, dando saltos frenéticos medio desnudo en la alcoba de Beatrice y tocando el instrumento en un almacén. Todos aquellos actos, todas aquellas tristes situaciones, eran fruto de la lascivia. Si seguía dejando que me guiaran mis pasiones carnales, vería mi existencia salpicada de recriminaciones, y ridículos remordimientos.

¡Ah, Dios del cielo! Tal vez, pensé, debería cortarme aquel condenado instrumento y acabar de una vez.

Cuando llegué a casa de mi madre, me sentía por completo mortificado y dispuesto a dedicarme a mi trabajo y a renunciar a la búsqueda del placer. Durante el resto del día, me apliqué enérgicamente a la redacción definitiva de las declaraciones que me había encargado el padre Amiel. No hablé con nadie ni comí otra cosa que un poco de pan y hierbas en salmuera. Sin embargo, al caer la tarde, cuando hube terminado la tarea que tenía encomendada, me encontré sin saber qué hacer. En la cocina me esperaba compañía poco grata, no había que echar una mano en nada, ni tenía cartas que leer o que escribir. Me pregunté si sería buena idea hacer una visita a El Gallo Negro o si acudir allí a beber unas jarras me conduciría inevitablemente a cometer alguno de aquellos actos impuros a los que acababa de prometer que renunciaba.

Me hallaba contemplando el manual del inquisidor cuando la llegada del padre Amiel puso a toda mi familia en un estado de gran agitación.

Mi madre asomó la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¡Raymond, deprisa! Ha llegado tu monje, Raymond.

—Ya lo sé. Acabo de oírlo.

—¡Y tu orinal lleno, Virgen Santa! ¡Dámelo, deprisa! Yo lo vaciaré. ¡Y péinate! ¡Lávate la cara!

—Es un monje, madre, no un obispo.

—¡Y yo, sin nada de comer en casa, sólo un poco de queso de cabra!

Sin embargo, como siempre, el padre Amiel rehusó todos los ofrecimientos de comida y bebida. También exhibió una visible resistencia a bendecir a la familia, pero estuvo un poco menos taciturno de lo habitual; incluso felicitó a mi cuñada por sus «hijos guapos y sanos» (que, en aquel momento, atormentaban a uno de los perros) e hizo una bromita acerca de los ajos colgados de las vigas. Deduje de todo ello que estaba satisfecho por algo… y pronto se vio que acertaba, pues, cuando por fin se instaló en mi habitación y hubo cerrado la puerta y los postigos de la ventana, sacó el libro de hechizos del camarero de entre los voluminosos pliegues de su hábito y me confió:

—He hecho indagaciones acerca del códice.

—¿Y?

—Se empastó en Marsella, aunque el libro en sí, el libro de nigromancia, es muy anterior a su encuadernación. Nuestro bibliotecario dice que el pergamino se fabricó en Catalonia, o tal vez más al oeste, pero lo que me interesa es la encuadernación. —El fraile tenía un semblante casi gallardo cuando me ofreció el libro para que lo inspeccionara—. Comenté que el color era poco corriente, ¿verdad? Por lo general, se emplea cuero de becerro pardo, o a veces piel de gamo rosa, y siempre estirado sobre

tapas de madera. En cambio, estas cubiertas son de vitela sobre tapa de cuero de vaca. Un trabajo muy inhabitual.

—Y…

—Y nuestro hermano bibliotecario me ha dado un nombre. Y quiero que redactéis una citación, ahora mismo; deseo entrevistarme con el encuadernador. Quiero preguntarle si fue el padre Guillaume quien mandó empastarlo, o si intervino en ello otro hombre.

—¿Otro hombre que escribió en el libro, tal vez?

—Precisamente.

Halagado de que el padre Amiel hubiese considerado que podía confiar en mí hasta tal punto, preparé el oportuno pergamino con mano dispuesta. A continuación, transcribí la convocatoria al dictado, un poco nervioso de verle deambular por la estancia. Mi pluma titubeaba si lo hacían sus pasos y, cuando levantaba la vista, le encontraba examinando alguno de mis libros o tocando con delicadeza mi viela. Los libros, en particular, despertaban su interés.

—¿Qué es esto? —me preguntó en un momento dado—. ¿Un texto escolar?

—Sí, padre. El *Ars Minor*, de Donato.

—¿Y éste?

—*La Historia Scholastica*.

—¡Ah! Pierre Comester. Yo también poseo un ejemplar de este libro… o, mejor dicho, lo tengo a mano. Como todos los dominicos. Pero éste tiene un excelente repujado. Un volumen muy hermoso. La piel rosácea de gamo que os decía… ¡e iluminado, además! ¿Y cuál es éste?

Me sonrojé, pues tenía en la mano *El arte del amor cortés*, de Andreas Capellanus. Cuando le hube contado que el auténtico título era *Libro del arte de amar con nobleza y de la reprobación del amor deshonroso*, me apresuré a añadir que todos aquellos volúmenes eran regalos: mi padre me había proporcionado los de escuela, la *Historia Scholastica* me la había regalado el escribano con el que había hecho mi aprendizaje, la Biblia había sido de mi abuelo materno…

—¿Y éste? Presente de una dama, sin duda. —El monje parecía más divertido que censurador—. No estoy familiarizado con esta obra —añadió—, aunque me han dicho que está llena de una peculiar sabiduría. Sois afortunado, hijo mío, en el número de volúmenes que poseéis. Para muchos escolares pobres, vuestros libros representan una riqueza incalculable.

—Lo sé.

—¿Sí? Entonces, tal vez deberíais tratados con más cuidado —dijo con un atisbo de reprobación en la voz, al tiempo que levantaba un volumen del suelo y le quitaba el polvo con la manga, delicadamente. Por el modo en que sus dedos seguían los repujados, pasaban con cuidado las páginas y acariciaban el lomo, supe que profesaba

un gran amor por los libros. De hecho, sus bellas manos no me habían parecido nunca tan hermosas como cuando se posaban en un códice.

Qué lástima, pensé, que ya no pudiera leer con claridad los libros que tanto admiraba.

—Tenéis un baúl, ¿verdad? —continuó—. Pues deberíais guardar vuestros libros en él, junto con ciertas hierbas que ayudan a repeler gusanos y polillas. Debéis envolverlos en tela y conservarlos lejos de la humedad del suelo.

Abrí la boca para señalar que el baúl contenía toda mi ropa, que también había que preservar de la humedad, pero el sonido de unos nudillos que llamaban a los postigos me interrumpió. Extrañado, fui a abrirlos y, más sorprendido aún, encontré a Beatrice Rascas al otro lado de la ventana, en la calle.

—¡Oh! —musité.

—Hola —respondió ella—. Me dijiste que…

—Sí, sí, la carta. —Volví la mirada al padre Amiel, que me observaba inexpresivo con las Sagradas Escrituras de mi abuelo todavía entre las manos. Era como si viese mi propia conciencia—. Padre, podríais… En fin, debo hablar un momento con Beatrice. Se trata de un asunto de derechos y títulos. ¿Me excusáis un instante?

El monje asintió. No vi reproche en su ademán, pero me noté muy sonrojado mientras atravesaba la cocina (rehuyendo las ansiosas preguntas de mi hermano) y salí a la calle. Allí me esperaba Beatrice, envuelta en una larga capa azul y cubierta con un respetabilísimo y señorial tocado de velos, redecillas y rellenos que ocultaba casi por completo su rostro. Debo reconocer que nunca me ha entusiasmado esta clase de peinado, con el que parece talmente que las mujeres lleven encima una silla de montar o una barcaza.

—¿Vas camino de la iglesia? —inquirí en un tono burlón que no conseguía enmascarar mi inquietud.

—No —replicó ella—. Esto es cuestión de negocios, Raymond. He venido a verte como propietaria, no como amiga. ¿Quién está contigo ahí dentro? ¿El monje?

—Sí, el padre Amiel. Beatrice, ahora no puedo hablar contigo. Mañana, ¿te parece bien? En la taberna. Disculpa, pero en este momento estoy muy ocupado.

—¿Lo estarás toda la noche? —preguntó ella, ladeando la cabeza, pero era tal mi preocupación por la figura invisible del padre Amiel (que debía de estar inspeccionando los objetos de mi escritorio), que tuvo que repetirlo empleando un lenguaje más claro—: Puedes venir más tarde, cuando hayas terminado la jornada —musitó en voz baja.

—¡Oh! —Por fin, entendí a qué se refería; pero no podía complacerla—. Ésta noche, no —respondí, y ella me lanzó una mirada dubitativa con sus claros ojos verdes, que eran el único rasgo realmente hermoso que agradaba sus facciones.

—Si es que tienes otro lugar al que ir, Raymond —comentó sin alzar la voz—,

deberías decírmelo y dejaré de ponerte en apuros con mis invitaciones.

—¿Qué? ¡Oh, no, no es eso…! —Moví la cabeza enérgicamente—. No hay nadie más.

Sin embargo, mi declaración no debió de resultar demasiado convincente, pues Beatrice torció el, gesto y entrecerró los ojos.

—¡De verdad! —insistí—. ¡Por mi vida! Verás, Beatrice, sucede que he hecho una promesa. He jurado no… no hacer uso de mi virilidad durante un tiempo. En concreto, mientras esté al servicio del, padre Amiel. ¿Entiendes lo que te digo? Ahora estoy… en fin, estaré célibe.

Beatrice me miró con los ojos como platos. Acto seguido, se echó a reír, aunque enseguida se cubrió la boca con la mano para no llamar la atención.

—¿Tú? —exclamó, con un brillo de burla en sus ojos.

—¡Chist!

—Pero, Raymond, ¿cómo…? ¿Quién…? —farfulló ella. Parecía no encontrar las palabras—. ¿El monje te ha obligado a esto? —dijo por último.

—Me lo ha pedido —repliqué, con firmeza—. Y yo he accedido.

—¿Por qué? ¿Por haber pasado una noche en El Gallo Negro?

—Por razones de todo tipo —dije y, esforzándome en no parecer pomposo pero fracasando lastimosamente en el intento, añadí—: ¿Sabes?, a veces me gustaría haber llevado una vida más honorable.

—Sí, claro. A todo el mundo le gustaría —fue su respuesta—. Pero se precisa de un predicador muy bueno para que alguien cambie de costumbres. —Cruzó los brazos y me lanzó otra sonrisa burlona—. Ha de ser muy listo, ese monje…

—Sí que lo es —comenté con expresión lúgubre.

—Mi pobre flor.

—La abstinencia no es tan mala, Beatrice. A mí me hará bien.

—Pero a mí, no.

—Se lo hará a tu alma.

Su ligero temblor de labios parecía anunciar que iba a reírse otra vez, pero contuvo las ganas de hacerlo y se limitó a posar la mano en mi antebrazo con ademán comprensivo. —No temas— murmuró, —no te acosaré. Tienes que atenerte a tu promesa, por supuesto, pero no me dejes de lado por completo, Raymond. Sigo siendo amiga tuya.

—Sí, ya lo sé.

Con el ánimo de recuperar cierto grado de dignidad, me apresuré a comentar que, de no ser así, le cobraría por mis servicios. Tan pronto lo dije, los dos nos echamos a reír (un poco incómodos) y no tardamos en despedirnos. Leería su carta, le prometí, al día siguiente.

Así terminó nuestra conversación. Beatrice se marchó y yo volví a mi habitación,

donde encontré al padre Amiel sentado en la cama apaciblemente. Tenía las manos vacías, pero mis libros estaban esparcidos a su alrededor.

—He decidido —anunció sin preámbulos— que estas comparecencias debería enviarlas el obispo de Marsella. Sin su ayuda, será difícil citar a ningún lego de su ciudad. Imposible, no; pero sí difícil. Las autoridades locales pueden poner muchas trabas. Así pues, cuando terminéis de escribirlas, os dictaré una carta al obispo y mañana por la mañana podemos mandar todos los documentos bajo el mismo sello.

No hizo la menor mención a la aparición de Beatrice Rascas. En aquel momento, pensé que el dominico demostraba una peculiar cortesía, pero más tarde se me ocurrió que tal vez era reacio a reconocer la mera existencia de alguien que le merecía tan poca consideración. Fuera cual fuese la razón, hizo caso omiso de ella… y yo me vi aliviado de la carga de tener que dar explicaciones.

—Bien —dijo él—, ¿dónde estábamos? Ah, sí. *Supponitur quod intendimus*…

Obediente, volví a ocupar mi asiento y tomé la pluma.

Canto XI

La comparecencia de Gaillard ante el padre Amiel no resultó la ordalía que yo había imaginado. Preocupado ante la posibilidad de que en ella el dominico repitiera el número de agarrar a su testigo por el pene y temeroso de que Gaillard quedase completamente humillado ante mis ojos, sentía probablemente más aprensión ante el inminente interrogatorio que el propio declarante; pero el padre Amiel se mostró muy contenido. Cuando oyó que el escudero había eludido las atenciones del padre Guillaume con la amenaza de castrarlo si no se abstenía de acosarlo, el monje se limitó a preguntar:

—¿Y lo hicisteis?

—¿El qué?

—Castrarlo, hijo.

—Oh, no. ¡No! —Gaillard a duras penas podía hablar. El miedo lo había dejado tieso—. Era una amenaza vacía. Se lo dije para que me dejase en paz.

—¿Y lo hizo?

—Sí.

—Entonces, ¿no tuvisteis necesidad de castrarlo?

—No.

—¿Qué estabais haciendo, pues, la noche del asesinato del padre Guillaume?

—Estaba en la cama, durmiendo.

—¿Puede alguien certificarlo?

—En mi cama duermen otros dos escuderos. Ellos os lo dirán.

El padre Amiel quiso saber el nombre de esos dos compañeros de Gaillard. También requirió el de todos aquellos a quienes el mozo había puesto al corriente de las perversidades del padre Guillaume. (Sólo nos las había contado a mí, a Othon, a Berenguer, a Bernard y a su hermano Ranulphe de Mas, que vivía en el castillo de la familia, cerca de Saint-Gilles). Para terminar, el padre Amiel quiso saber si Gaillard había tenido algún trato con miembros de la casa del camarero, con Masseo di Vico o con la familia de éste.

Gaillard declaró que había visto un par de veces al escribano personal del camarero, pero que nunca había hablado con él; que había intercambiado unas breves palabras de condolencia con Lothaire Lagarrigue tras la muerte del clérigo, cuando se habían cruzado en un pasillo; que Masseo di Vico y su hijo visitaban con mucha frecuencia la casa del cardenal, pero que rara vez se dignaban a hablar con un humilde escudero, y que, en ciertos días festivos, las mujeres de la familia de Masseo desfilaban en procesión ante el cardenal, quien las obsequiaba con diversos regalos.

—¿Y nunca habéis hablado con esas personas largo y tendido?

—No, padre.

—¿Y reconoceríais a Fulques Fuille, Josserand de Ponte o Renaud Lizier si los vierais?

—No, padre. Por el nombre, no, aunque tal vez me suenen sus caras. Son muchas las personas que visitan la casa del cardenal.

—¿Habéis perdido recientemente alguna prenda de ropa, hijo? ¿O un peine, tal vez? ¿Algún efecto personal?

—No —respondió Gaillard, claramente perplejo.

—¿Habéis encontrado un anillo de plomo u os han regalado uno, recientemente?

—No.

—¿Sabéis si Guillaume Monier o algún otro conocido vuestro ha practicado actos ilícitos de brujería o nigromancia en contra vuestra? ¿Habéis visto a alguien recogiendo, comiendo o distribuyendo hierbas, frutas, sangre, pequeñas inscripciones, prendas de vestir, figuras de cera u objetos como agujas, semillas, piedras u órganos corporales, y acompañando la acción de cánticos o declamaciones?

Gaillard dudó. Cuando alcé la vista, vi que me miraba a los ojos y constaté que se había quedado absolutamente estupefacto.

—No… Creo que no, padre —farfulló—, salvo los cocineros del cardenal, que siempre cantan cuando hacen morcilla de sangre.

—Muy bien —dijo el dominico, e hizo un lánguido gesto con la mano—. Ahora, podéis marcharos.

Y eso fue todo. Cuando Gaillard salía de la estancia, cruzamos una expresiva mirada. El padre Amiel apoyó los codos en la mesa y, llevándose las manos a las mejillas, contrajo el rostro en una mueca de dolor.

Debo decir aquí que, desde la llegada a la prisión, había exhibido todos los síntomas de un hombre al que las muelas le dan problemas. Su palidez era notable, y en ocasiones se acariciaba las mandíbulas. Cuando cerraba los ojos y se presionaba la frente con una mano, su semblante reflejaba que sufría en grado sumo.

—¿Os duelen las muelas, padre? —me sentí impulsado a preguntar.

—Sí.

—Tal vez deberíamos hacer un alto.

—No.

Se mostró inflexible. Los interrogatorios tenían que continuar, por lo que mandó llamar a Renaud Lizier, que se presentó con una expresión casi tan descompuesta como la del padre Amiel. Aunque el responsable de crear aquella impresión tal vez fuese su brazo deforme, también noté que tenía los ojos inflamados y un color muy pálido y que, de vez en cuando, una tos terrible lo sacudía. Sin embargo, su voz sonó fuerte cuando recitó el juramento, declaró su nombre y contó sus recuerdos de lo ocurrido la noche del asesinato del padre Guillaume.

No fue un relato largo ni tortuoso. Cuando concluyó, el padre Amiel se echó

hacia atrás y examinó al testigo con curiosidad.

—Es extraño que un tullido como vos sea amanuense —dijo, ante lo que Renaud se ruborizó.

—Puedo escribir perfectamente con una mano —replicó.

—¡Ah! —asintió el dominico—. ¿Y tomasteis las órdenes porque sois un tullido? ¿Porque vuestros padres sabían que nunca podríais mantener una familia? ¿Porque ninguna mujer nunca os iba a mirar?

—En realidad —respondió Renaud—, para vuestro conocimiento, padre, debo decir que en ese sentido no soy… no soy impoluto.

—¿Queréis decir que habéis fornicado con una mujer?

—Sí, padre, para vergüenza mía.

—¿Y habéis pecado con hombres del mismo modo?

Se produjo una breve pausa.

—¿Qué? —dijo Renaud.

—El difunto camarero tenía por costumbre sodomizar a sus amanuenses —respondió el padre Amiel con indiferencia—. Creo que no os habría dado empleo si no hubiese tenido la intención de haceros su sodomita.

Me pareció que Renaud se esforzaba en no perder la compostura.

—Os equivocáis —dijo con voz áspera y el ceño fruncido.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

—Pero tened en cuenta los testimonios que hemos recogido. Existen pruebas irrefutables de sodomía y de otros pecados relacionados. —Después de indicarme que leyera en voz alta la declaración de Aimery de Sorgues en lo que se refería a las actividades más libidinosas del padre Guillaume, el padre Amiel adoptó una actitud atenta que también le permitió masajearse las doloridas mandíbulas. Andaba yo por la mitad del relato de Aimery acerca de las maneras en que el padre Guillaume derramara habitualmente su semilla, cuando Renaud me interrumpió.

—Eso es falso —declaró con manifiesta repugnancia—. Aimery miente. Ése muchacho en el fondo es un sodomita, una criatura vil. Sin lugar a dudas, esas descripciones no son sino sus sueños más anhelados y habla de ellos como si fueran reales.

—Pero tenemos el testimonio de Fulques Fuille de que también pecó contra natura —señaló el padre Amiel—. Tanto Fulques como Aimery testificaron el hecho. —De nuevo, me ordenó que buscara entre pilas de pergaminos hasta dar con la declaración correcta; cuando la encontré, me indicó que leyera a Renaud los fragmentos pertinentes al *flurnen serninis*, a las caricias prohibidas y demás. Renaud se quedó pasmado aunque no parecía del todo convencido.

—Dejadme ver esas declaraciones —pidió.

—Lamentablemente, hijo, en esta fase del proceso a los testigos no les está permitido ver las transcripciones —dijo el dominico—, pero os aseguro que son auténticas.

—¿Y por qué debo creeros? ¿Cómo sé que lo que tenéis ahí es la verdad?

—Porque, cuando redactemos los protocolos definitivos, los presentaremos a los respectivos testigos para que los ratifiquen. Recogeremos firmas, o marcas. Entonces podréis leerlos.

—Y esos documentos, ¿todavía no están firmados?

—No.

—Entonces no constituyen ninguna prueba, padre.

El dominico suspiró mientras se frotaba un lado de la cara con un gesto casi furtivo.

—Hijo —comentó—, si deseáis preguntar a Aimery o a Fulques acerca de su conducta obscena, puedo hacerlos llamar ahora mismo; pero deberéis limitaros a preguntas relacionadas con la sodomía, el onanismo, las posturas prohibidas, etcétera. ¿Es eso lo que queréis?

Renaud reflexionó en la propuesta… Parecía incómodo y enojado.

—No, no será necesario —dijo al cabo.

—Bien. Y ahora decidme, ¿os invitó el padre Guillaume alguna vez a realizar o a aceptar algún acto impuro?

—¡No!

—Ya lo imaginaba. Se me antoja extraño que hubiera utilizado a un joven tullido sin ningún atractivo especial, pero también cabía especular que lo hiciera pensando que podíais ser subyugado con facilidad.

—A mí no se me subyuga tan fácilmente, padre —le espetó el testigo.

Me pareció que el padre Amiel había identificado y atacado con extraordinaria precisión los sentimientos más tiernos y débiles de Renaud, porque el amanuense se mostraba especialmente sensible a los comentarios, despectivos o no, que se hacían sobre su brazo deforme. Por eso, sin lugar a dudas, el padre Amiel sacaba a colación el asunto una y otra vez. Cuando habló de la hechicería, apuntó la posibilidad de que Renaud supiera algo de las Artes Negras, pues, siendo como era un tullido, debía de sentirse inclinado a recuperar la salud de su brazo por cualquier medio. Cuando Renaud negó sentir interés por tales cosas, el padre Amiel insistió en que habría leído, cuando menos, un par o tres de tratados de nigromancia, porque se lo habían descrito como «aficionado a la lectura» y, al fin y al cabo, se había visto obligado a dedicar su vida al estudio de las letras, habida cuenta de que era incapaz de hacer nada más.

Pese a todo, Renaud no admitió que hubiera estudiado obras prohibidas. El padre Amiel pasó, por lo tanto, a recoger una muestra de su caligrafía y, mientras el manco

escribía, comprobó que ésta era sorprendentemente firme y vigorosa, pero tal vez no tan bien formada como la de un hombre bendecido con dos brazos.

Como podéis imaginar, el objetivo de tales comentarios insultantes era avivar las llamas del genio de Renaud, que ya era, de natural, más cáustico de lo recomendado para vivir feliz. Vi que cerraba los puños y apretaba los dientes; le vi fruncir el ceño con enojo. Al ser interrogado sobre su relación con Masseo di Vico («pero seguro que le debéis conocer bien; seguro que le habéis pedido consejo sobre vuestra deformidad»), el testigo apenas pudo contener la rabia.

—Nunca he tenido trato alguno con el médico del cardenal —gruñó—. ¿Por qué iba a hacerlo? El padre Guillaume era quien nos distribuía el trabajo.

—Comprendo —asintió el padre Amiel—. ¿Y había alguien al servicio del padre Guillaume que acostumbrase a visitar la casa de Masseo di Vico?

—Sólo maese Lagarrigue. Iba a entregar cartas.

—Por lo que vos sabéis, ¿albergaba algún resentimiento contra el camarero del cardenal?

—No.

—¿Y conocéis a alguna otra persona que pudiera tenerlos?

—No.

—¿Y vos?

—No, padre.

—Y, sin embargo, sois un tullido —señaló el monje—. Sois pobre, deforme y no tenéis amigos. Me parece natural que albergarais resentimiento por un hombre de honor e influencia, sano y vigoroso.

—Aun en el caso de que así fuera —dijo Renaud con un control admirable—, ello no sería razón para matarlo.

—Para una persona normal, no —dijo el padre Amiel—, pero un tullido como vos, amargado y aislado… Tal vez hayáis reflexionado sobre el castigo que Dios os ha infligido y lo hayáis comparado, lleno de ira, con las bendiciones del padre Guillaume. Tal vez el desequilibrio evidente de vuestro cuerpo se refleje en un desequilibrio de los humores de vuestro cerebro.

—¡Yo no maté al padre Guillaume!

—Sí, se me antoja improbable —concedió el monje—. Dudo de que tuvierais fuerza para sujetarlo antes, a fin de cometer el acto.

¿No os parece curioso que el simple peso de un perro pequeño en un puente atestado de gente pueda hacer que caiga toda la estructura? ¿O que baste insuflar un pequeño soplo de aire más en una vejiga ya inflada para que ésta reviente? Éste último comentario del padre Amiel, aunque no resultó especialmente descortés, fue la chispa que encendió la furia de Renaud. El amanuense se puso en pie de un salto, agarró al padre Amiel con la mano buena y, antes de que yo pudiera evitarlo, tiró del

dominico y lo hizo caer al suelo, volcando la mesa a su paso.

—¡Mi único brazo es más fuerte que los dos vuestros, padre Pulga! —aulló.

Mientras sacudía al padre Amiel como si fuera un cedazo, me lancé hacia él y le di un potente empujón, pero el ruido ya había alertado a los centinelas, que entraron de repente. En un abrir y cerrar de ojos, redujeron a Renaud Lizier, lo tiraron al suelo y se disponían a seguir atizándole cuando el padre Amiel, tambaleante y jadeando, les ordenó que se detuvieran.

—¡No! —exclamó, frotándose el codo—. ¡Dejadle!

—Pero…

—¡Dejadle! Es un tullido. No puede defenderse.

—¡Puedo defenderme contra vos, padre! —espetó Renaud, todavía arrogante, desde el suelo.

—Oh, sí, pero ¿qué soy yo? Un monje menudo y débil. —Presa de un acceso de tos, el padre Amiel se vio obligado a callar un instante—. El camarero era un hombre grande, me han dicho —prosiguió al fin—, y muy fuerte debido a lo mucho que montaba a caballo. Si hubiera luchado por su vida, no habríais podido someterlo.

Quizás el padre Amiel quería incitar o azuzar a Renaud a fin de que confesara, pero si era así, no lo consiguió.

—Yo no maté al padre Guillaume —se limitó a decir el amanuense.

—¿Porque no tenéis la fuerza necesaria?

—Porque no tenía motivo ni ganas de hacerlo.

—¡Pues casi me habéis matado, Renaud, y sólo por haber insultado vuestra hombría! Me parece claro que, de todas las personas que estaban al servicio del camarero, vos sois la más violenta.

Renaud abrió la boca y la cerró otra vez.

—Deberíais saber —prosiguió el padre Amiel— que si el camarero intentó forzaros a recibir sus atenciones carnales, utilizando tal vez su propia violencia, vuestra respuesta asesina, si bien excesiva, sería comprensible. ¿O quizás intentabais proteger a uno de vuestros compañeros amanuenses, eliminando al agente de su tormento, como el padre de Eloísa hizo con Abelardo? Si en realidad no teníais intención de matar al camarero…

—¡Yo no lo maté! —exclamó Renaud—. ¡Yo no he tenido nada que ver en ello! ¡Yo sólo me ocupo de mis cosas!

El padre Amiel, que seguía frotándose el codo, lo miró, inexpresivo. El testigo le devolvió una mirada sombría. Entonces, el dominico suspiró e hizo una seña a los centinelas.

—Muy bien —dijo—. Podéis llevároslo.

—Sí, padre. ¡Levantaos!

—Tened presente, hijo, que nunca he sido vencido —le decía el monje a Renaud,

que se ponía en pie torpemente—. Podría interrogar a todo el mundo, si fuese preciso, pero de momento sospecho de vos. Por ello, si existen circunstancias que expliquen por qué el padre Guillaume merecía morir, por así decirlo, sería conveniente que me informarais de ellas.

—Sois un estúpido —dijo Renaud en tono hastiado—. Nadie merece morir sin confesión.

—Muy cierto. Por tanto, si supierais quién cometió ese crimen, me lo diríais, ¿verdad?

—Sí, se lo diría a alguien —replicó el testigo—, pero tened por seguro, padre, que vos seríais el último en saberlo.

Tras soltar aquel comentario venenoso, Renaud fue escoltado fuera de la habitación, dejando tras de sí una escena en desorden. La mesa estaba volcada y había folios caídos en medio de un charco de tinta. Nuestra jarra de agua yacía rota en pedazos en el suelo de piedra. Chasqueé la lengua y volví a colocar las banquetas en su sitio mientras el padre Amiel contemplaba el caos sin alterarse.

—Lo primero es recoger las declaraciones —anunció, agarrando un folio del suelo y sacudiéndolo. Volaron gotas de tinta minúsculas en todas direcciones.

—Recemos para que no hayan quedado indescifrables.

—Tanto trabajo… —dije, apesadumbrado—. Pero sentaos, padre. Os habéis hecho daño.

—No, no.

—¡Tenéis el brazo herido!

—No, no es nada. Una contusión, una menudencia. Y el trabajo es el mejor remedio para el dolor.

—Padre…

—Llamaré para pedir ayuda. Antes de interrogar al próximo testigo, hemos de poner orden en esta habitación.

Era infatigable. Aunque resultaba evidente su malestar, se negó a rendirse al dolor. En cambio, se dedicó a recoger folios con manos temblorosas y a poner en su lugar cada pliego de pergaminos. Con mi ayuda, fue capaz de comprobar que sólo un folio había quedado irreparablemente dañado y que se trataba de la trascripción original de una declaración que ya existía en su forma final. Nos felicitamos por esta afortunada circunstancia, señal segura, para el padre Amiel, de que Dios velaba por nosotros.

—Como Renaud ha dicho, que un hombre muera sin confesión es una cosa terrible —comentó—. Quienquiera que sea el culpable deberá responder ante Dios de un pecado de tamaña gravedad.

—¿Queréis decir que no estáis convencidos de que Renaud sea el asesino? —pregunté, ante lo que el monje hizo un ambiguo gesto con la mano.

—Tiene el genio… y la fuerza —fue la respuesta del dominico—. Quizá también tenga algún motivo, del cual nada sabemos, pero no existe ninguna prueba que lo sugiera. En realidad, no existe prueba de ningún tipo que implique a nadie. —Tal vez me equivoque, pero me pareció captar un deje de melancolía en la voz del padre Amiel—. Sin embargo, Renaud Lizier es un posible sospechoso y no voy a borrarlo de mi lista.

—¿Y… y Gaillard? —pregunté tras alguna vacilación—. No es sospechoso, ¿verdad?

El padre Amiel, que estaba recogiendo pedazos de la jarra que habían quedado esparcidos por el suelo, se detuvo y me miró un instante, bizqueando ligeramente, antes de reanudar su tarea.

—Eso tendrá que demostrarse —respondió—, pero hasta ahora, creo que no está involucrado en modo alguno.

—Bien —dije—. ¿Puedo comunicárselo?

—No, no podéis —replicó el monje con frialdad—. No podéis contar a nadie nada relacionado con esta investigación, maese Raymond. Si os acordáis, fue una de las condiciones que os impuse cuando os contraté.

El siguiente testigo llamado a declarar fue Jean Marty, el portero del padre Guillaume. Por lo que he visto, es habitual que los edificios religiosos, ya sean conventos, palacios, capillas o residencias privadas, estén plagados de tullidos y deficientes mentales, debido tal vez a los dictados de la caridad. En el caso de la casa del padre Guillaume, Jean Marty era el tonto del lugar, como descubrí a primera vista. Aquélla pobre alma tenía una amorfa y deformada cara de idiota. El padre Amiel debió de reconocer el hecho al instante, porque, al ver al testigo y antes de interrogarlo, pidió a los guardias que le suministraran un brasero, carbón, unas pinzas de hierro y algunos otros objetos que, de haberlos encontrado en el taller de un herrero, no habrían despertado curiosidad ni levantado sospechas. En este contexto, sin embargo, el mero pensamiento de ellos me alarmó. Era como si fuesen a proyectar una sombra sobre los interrogatorios, y esperé su llegada con pánico y aprensión.

No os aburriré con el relato de las dificultades del padre Amiel en su empeño por conseguir que Jean Marty jurase sobre los Evangelios. No se trataba de que el portero se mostrase reacio, sino que era un simplón. Cuando le leí en voz alta su anterior testimonio y el dominico le preguntó si era correcto, miró al monje con cara de no comprender nada.

El padre Amiel, por lo tanto, volvió a preguntárselo con otras palabras.

—¿Es esto lo que le dijiste al condestable?

—Sí —respondió Jean, sin transmitir la mínima indicación de que sabía lo que decía. Me pregunté si sólo respondía lo que se esperaba de él o lo que creía que

complacería. Muy a menudo se da el caso de que los imbéciles mienten por ignorancia.

—¿Y cuánto te pagaron por decirle esas cosas al condestable? —prosiguió el padre Amiel, que intentaba tender una trampa a Jean Marty con preguntas cuidadosamente enunciadas. Sus esfuerzos, sin embargo, fueron en vano.

—El condestable nunca me ha pagado —respondió Jean, espacio, después de pensar unos instantes.

—¿Te ha pagado otra persona?

—El camarero a veces me pagaba.

—¿A cambio de qué?

—De limpiar. Y de vigilar la puerta. Y de llevarle comida.

—¿Te pidió el camarero otras cosas, alguna vez, como matar animales, fundir plomo y recoger uñas o pelos de alguien?

—No.

—¿Y en alguna ocasión le viste hacer esas cosas?

—No.

—Recuerda, Jean, que has jurado decir la verdad sobre las Sagradas Escrituras. Dios te castigará si me mientes y lo hará aquí mismo, en esta habitación. ¿Me entiendes, verdad?

—Sí, padre.

—Bien. Entonces, veamos. —El dominico respiró hondo—. Dime qué le sucedió al padre Guillaume.

—Que lo mataron —declaró Jean.

—Pero ¿puedes decirme quién lo mató?

—Sí, padre.

—Pues dímelo —le pidió el padre Amiel con una gran paciencia—. ¿Quién mató al padre Guillaume?

—Satanás, padre.

Estuve a punto de echarme a reír, aunque debo deciros que no confiaba demasiado en que su respuesta sirviera de algo. En realidad, desde el principio consideraba muy poco probable que Jean fuese la persona adecuada para proporcionamos la información que buscábamos. El padre Amiel empezó a masajearse de nuevo el carrillo.

—¿Satanás? —inquirió—. ¿Por qué culpas a Satanás, hijo?

—Porque Satanás es el culpable de todo lo malo.

—¿Y esto? ¿Te lo ha dicho alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—Mi madre.

—Comprendo. —Quizás el padre Amiel había previsto una respuesta distinta; el caso es que pareció un tanto decepcionado, o tal vez aquélla era sólo la impresión que intentaba transmitir—. ¿Y has visto alguna vez a Satanás? —inquirió.

—¡No! —La voz plana de Jean sonó por primera vez animada—. ¡Y no quiero verle nunca!

—Pero ¿Satanás te ha hablado alguna vez? ¿Te ha ordenado hacer alguna cosa?

—¡No, padre, no! ¡Oh, no!

—¿Por qué crees tú que Satanás mató al camarero en vez de matarte a ti? ¿O a Lothaire Lagarrigue, o a uno de los amanuenses? ¿Fue porque el padre Guillaume era un mal hombre?

—Oh, no, padre. Era un sacerdote.

—Pero ¿nunca le viste hacer cosas malas? ¿Alguna vez le viste recitando conjuros o tocando los genitales a alguien?

—Oh, no, padre. Era un sacerdote.

El padre Amiel soltó un bufido.

Al principio, tomé este sonido como una manifestación de su impaciencia con Jean Marty y me sorprendió, pero cuando alcé la mirada vi que tenía los ojos cerrados y que se sujetaba la cara con las dos manos. Era evidente que las muelas lo estaban atormentando.

—Eres un idiota, Jean —dijo al fin, vacilante—. ¿Lo has comprendido?

—Sí, padre.

—¿Te ha llamado idiota más gente?

—Sí, padre. Mucha gente.

—¿Quién? ¿El camarero?

—Sí.

—¿Y estabas resentido con él porque te llamaba idiota?

—No, padre.

—¿Por qué no?

—Porque es verdad.

—¿Le tenías aprecio, hijo? ¿Te trataba bien?

—Sí, padre.

—¿Te entristeció saber que lo habían matado?

Jean asintió, con tanta solemnidad y lentitud que tuve tiempo de alzar la cabeza y observarle mientras lo hacía.

—Oh, sí, sentí mucha tristeza. Y también me dio miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De Satanás, padre.

En aquellos momentos, los centinelas pidieron permiso para entrar y lo hicieron trayendo consigo todos los objetos que había solicitado el padre Amiel. Mientras

cargaban y encendían el brasero (que empezó a emitir nubes sofocantes de humo), el dominico continuó el interrogatorio como si no existieran.

—Jean —dijo—, después de que encontraran al padre Guillaume muerto en su habitación, ¿Lothaire Lagarrigue o alguno de los amanuenses te dijeron que escondieses algo?

—¿Que escondiese algo? —repitió el testigo estúpidamente.

—¿Te dijeron que escondieses un hatillo o una bolsa? ¿Te dijeron que guardaras en secreto que habías dejado entrar a alguien en la casa la noche anterior?

—¿Cuándo? —preguntó Jean todavía más desconcertado.

—Mírame, Jean. ¿Entró alguien en la casa del camarero la noche de su asesinato?

—No, padre.

—¿No me estás mintiendo, Jean?

—No, padre.

A continuación se produjo un breve silencio durante el cual el padre Amiel se tapó la cara con las manos. Respiraba con dificultad y el sudor le empapaba la frente. Y, pese a la inquietud que me inspiraba la cercana presencia del brasero encendido, el fraile me inspiró compasión porque un dolor de muelas, bien lo sabía, podía ser más terrible que las torturas eternas del infierno.

—Jean —dijo el dominico con voz apagada—, ¿sabes que antaño la gente demostraba su inocencia sometiéndose a una ordalía?

Presa del horror, me erguí en la banqueta.

—Padre… —empecé a decir, pero él me dio un puntapié por debajo de la mesa. El golpe, aunque me dolió, en cierto modo me tranquilizó y volví a concentrarme en el folio que tenía delante.

—¿Una ordalía? —inquirió el testigo, aturdido.

—En ocasiones, cuando un hombre era acusado de un crimen, lo lanzaban al río —explicó el padre Amiel, descubriéndose la cara—. Y si era inocente de dicho crimen, flotaba en vez de ahogarse. A veces le ponían un hierro al rojo encima de la piel y, si era inocente, no se quemaba. Como los santos, hijo mío. —Entonces, al ver que Jean se limitaba a observado sin reaccionar, se sintió impulsado a aclarar—: Como san Francisco. ¿Conoces a san Francisco? Bien, pues un día, una mujer le pidió a san Francisco que pecara con ella, y él la llevó a una gran hoguera que ardía en la casa de la mujer, se desnudó y se tumbó en el fuego. «Desvístete y ven, corre, disfruta de este maravilloso lecho de flores». Yació allí un largo rato, hijo mío, pero las llamas no le quemaron. Y a ti tampoco te quemarán si me dices la verdad.

Jean Marty miró el brasero y empezó a comprender.

—¿Ésas llamas? —dijo—. ¿No me quemarán?

—Si me dices la verdad sobre el padre Guillaume, no.

—Ya os he dicho la verdad, padre.

—Entonces, déjame que te muestre el milagro, porque el fuego no te quemará la piel, hijo mío.

Debéis de estar preguntándoos: ¿cómo pudo Raymond ser testigo de tal acto barbárico? ¿Cómo pudo quedarse allí sentado, en silencio, mientras un monje torturaba a un idiota delante de sus ojos? Yo sabía, amigos, que el padre Amiel no tenía ninguna intención de hacer daño al portero. Sabía que, mientras las tenazas se calentaban lentamente, el fraile esperaba que Jean hiciese gala de alguna señal de protesta. Es verdad, hubo que tranquilizar al pobre simplón («¿No me hará daño, padre, de veras? ¿Ni siquiera una pizca?»), pero incluso cuando el padre Amiel le acercó el hierro al rojo, demostró más asombro que miedo.

Por tanto, el monje soltó su arma de repente, que cayó al suelo con estrépito.

—Lleváoslo —dijo a los centinelas, que observaban con avidez y parecían decepcionados de que Jean se hubiera librado de la prueba sin chamuscarse un solo pelo—. Lleváoslo, digo.

—Pero, padre —protestó el testigo—, ¿y si…?

—¡Fuera, fuera! Y llevaos todos estos repugnantes objetos.

Canto XII

Una vez completado el trabajo matinal, el padre Amiel regresó al priorato para la que, según predijo, sería «una dolorosa refección». Como era incapaz de masticar, habrían de servirle un poco de sopa, un caldo o, tal vez, leche con miel. Por mi parte, yo tomé una colación de mediodía a base de pescado y nabos con mantequilla, seguida de queso y hojuelas. Ahíto, fui a mi cámara a echar una siesta con la idea, mientras cerraba los ojos, de que el padre Amiel no tardaría en llamar a la puerta requiriendo mi presencia.

Sin embargo, cuando apareció ya estaba avanzada la tarde. Yo había llegado a la conclusión de que el dolor de muelas le impedía venir y me hallaba concentrado en la redacción de los protocolos, por lo que su llegada me tomó completamente por sorpresa. Aunque se le veía enfermo, no hubo forma de disuadirlo de regresar una vez más a la prisión, donde pidió que compareciera ante él Josserand de Ponte, el último amanuense.

Josserand era un hombre de fina estampa. Alto y erguido, de hombros anchos, tenía una presencia digna pero vigorosa y un talante franco y abierto. Si no fuera por la tonsura, lo habría tomado por un caballero; resultaba sorprendente que, con tal apariencia y tal porte, no hubiera sido ordenado todavía. Sin embargo, enseguida recordé que no se permitía acceder al sacerdocio hasta haber cumplido los veinticinco años. Además, la ordenación requiere algo más que encanto y hermosura: precisa de cierto grado de instrucción y de un patrocinador influyente. Y, si es posible, de alguna clase de prebenda.

Me pregunté, por tanto, si Josserand sería tal vez un poco lento o lerdo, a pesar de la mirada despierta con la que inspeccionó la estancia. Sin embargo, su comportamiento posterior me movió a desechar todas las dudas que pudiera albergar respecto a su inteligencia. Muy tranquilo, declaró que su familia había contratado a un abogado para que lo asistiese, pero aceptó sin aspavientos el argumento del padre Amiel de que, como no estaba acusado de brujería, no tenía derecho a representación legal. Al escuchar la palabra «brujería», sin embargo, arrugó el entrecejo con expresión de sorpresa.

—¿Vuestro encargo no era descubrir al asesino del camarero de Su Eminencia? —inquirió. Cuando el padre Amiel le comunicó que éstas eran sus instrucciones, por si aquella muerte guardaba alguna relación con el uso de las Artes Negras, Josserand movió la cabeza en gesto de negativa.

—Me parece que no tiene nada que ver —declaró—. Aunque no soy culpable de la muerte el padre Guillaume, padre, creo saber quién fue. Y no se trata de ningún brujo.

—¿De veras? —murmuró el padre Amiel, inexpresivo. Observé sus manos,

completamente inmóviles—. ¿Quién, pues?

—Aimery de Sorgues —respondió Josserand.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Por el proceso de *ratiocinatio*. Tengo cierta instrucción en lógica y dialéctica, padre, y la he aplicado a lo sucedido. El asesino tiene que haber sido…

—Un momento —lo interrumpió el padre Amiel, y, con indiferencia y una lentitud casi exasperante, sacó su Nuevo Testamento—. Si tenéis la bondad de jurar que diréis la verdad, hijo mío, podremos proceder como es debido. ¿Juráis por Dios Todopoderoso y las Sagradas Escrituras decir la verdad y nada más que la verdad sobre vos y los demás, vivos o muertos?

—Lo juro —asintió Josserand, impaciente por continuar, pero el dominico le hizo recitar el juramento de cabo a rabo antes de proseguir. Josserand lo pronunció con vehemencia, inclinado hacia delante en el asiento, con un brillo en los ojos y el ceño fruncido. Pese a las privaciones que conllevaba estar encarcelado, conservaba la dignidad y la fuerza de voluntad hasta cierto punto.

—Padre, el asesino tiene que haber sido un miembro de la casa del padre Guillaume —apuntó—. Las ventanas del edificio son tan estrechas que no permiten pasar a nadie capaz de matar y por la puerta no pudo entrar un alma sin que Jean Marty lo supiera, puesto que duerme junto al umbral. Y si hubiera dejado pasar a alguien, Jean sería incapaz de mantenerlo en secreto porque es demasiado simple para mentir. Por esta misma razón, no pudo ser él quien matara al padre Guillaume. Lothaire Lagarrigue, por su parte, no tenía ningún motivo para quitarle la vida, pues era primo del fallecido y éste le proporcionaba el empleo y el dinero que no encontraría en ninguna parte. (Esto lo sé porque él mismo me lo contó en cierta ocasión). Sin el padre Guillaume, Lothaire se quedaba sin amigos o influencias. En cuanto a Fulques y Renaud, dormían en mi habitación. Si aquella noche hubieran tenido un sueño agitado, me habrían despertado. Nunca consigo pegar ojo cuando murmuran en sueños, roncan o se levantan a hacer sus necesidades.

»Así pues, el culpable tuvo que ser Aimery de Sorgues. Duerme solo y pudo levantarse de la cama sin molestar a nadie. Además, tenía… Tal vez tenía… —Josserand vaciló ante la mirada atenta del padre Amiel, pero cobró ánimos y continuó, con un leve sonrojo como única señal visible de su desasosiego—: Creo que Aimery podría tener una razón para sentirse agraviado por el padre Guillaume. Una razón para cortarle los… los órganos viriles.

—¿Y cuál sería esa razón? —inquirió el padre Amiel con mucha suavidad, mientras el amanuense carraspeaba.

—Veréis, padre, una noche estaba en la cama despierto, algo indispuesto, y oí que alguien (era el camarero, estoy convencido) dejaba su alcoba y entraba en la de Aimery. Estuvo allí mucho rato, padre. —Bajo la mirada del dominico, Josserand se

puso rojo como la grana—. No puedo estar seguro, pero… Habréis notado que Aimery de Sorgues tiene una… una apariencia bastante femenina —continuó—. También tiene un carácter muy sumiso y creo que es un muchacho fácil de corromper. Si así fuese, su desesperación podría ser tal que… En fin, que podría verse impulsado a cometer un acto desesperado.

En el silencio posterior, observé la expresión imperturbable del padre Amiel y temblé un poco por Josserand. Se me había ocurrido (no sabría deciros por qué) que el porte confiado del amanuense irritaba al dominico. De hecho, era indudable que la larga pausa que sucedió a la exposición de Josserand tenía el propósito de amilanarlo, de intimidarlo, casi. Aquél monje, pese a su poca presencia física, estaba dotado de una personalidad sorprendentemente imperiosa.

—Sé que parece improbable —dijo Josserand por último, para llenar el resonante vacío—, pero es la explicación más razonable, padre.

—¿Razonable? —repitió el monje—. ¿Consideráis razonable que Aimery de Sorgues se colara en la alcoba del padre Guillaume, lo matara y mutilara, escondiera los miembros cortados, se limpiara de algún modo (que no se ha aclarado, ya que nadie recuerda haber visto agua coloreada de sangre en la jofaina del difunto) y regresara a su cama, todo ello sin despertaros, a pesar de que en esa ocasión anterior oísteis al camarero abandonar la habitación y, más tarde, volver a ella?

Josserand quitó hierro al asunto:

—Padre, esa vez que oí salir al padre Guillaume, me hallaba despierto. De haber estado dormido, el ruido que hacía no me habría despertado.

—¿Y dormíais cuando lo mataron?

—Sí.

—¿Y la mañana siguiente no visteis rastros de sangre en la ropa o en las sábanas de nadie? ¿No encontrasteis ningún indicio que apuntara a quién podía haber cometido el crimen?

—No, padre.

El dominico refunfuñó y se puso a hojear los documentos que tenía delante, como si pudiera descifrar las palabras escritas en ellos.

—Según las declaraciones anteriores —dijo—, tras el descubrimiento del cadáver, vos y Lothaire Lagarrigue fuisteis a buscar al condestable. ¿Es eso cierto?

—Sí, padre.

—¿Y Lothaire no podría haber aprovechado la ocasión para desprenderse de algún objeto manchado en sangre sin que vos lo advirtierais?

—No, padre.

—¿Y, que vos sepáis, ninguno de los residentes estuvo a solas fuera de la casa, aquel día?

—Ninguno. —Josserand fue tajante—. Por lo tanto, hay que dar por hecho que

Aimery arrojó por la ventana de la alcoba del padre Guillaume, durante la noche, tanto el agua ensangrentada como el… ejem… los órganos cortados. Sin duda, pensaría que cualquier perro o gato que pasara se llevaría los *pudenda* y que el agua se filtraría en el suelo; y así debió de suceder, padre, pues el condestable inspeccionó las inmediaciones de la casa y no encontró nada.

Me quedé sobrecogidísimo con la exposición de Josserand. Me dio la impresión de que había ofrecido una explicación muy clara y razonable de los hechos que rodeaban la muerte del padre Guillaume. El padre Amiel, en cambio, no se rindió a la lógica del discurso del amanuense, y, en lugar de referirse a sus palabras, cambió de tema.

—Decís que el camarero sodomizaba a Aimery de Sorgues —comentó, y el amanuense, incómodo, se revolvió al oírlo.

—He dicho que lo sospechaba —replicó—. Pero no puedo tener la certeza.

—¿En alguna ocasión comentasteis el asunto con Aimery, con el padre Guillaume o con algún otro amanuense?

—No, padre.

—¿Por qué no?

—Porque no podía saberlo con seguridad. —De nuevo, Josserand se puso a hablar muy deprisa, como parecía hacer cada vez que algo lo incomodaba—. Yo no… no quería perder mi posición y carecía de pruebas. De todos modos, me preocupaba. Sí que me preocupaba.

—Pero ¿os conformabais con quedaros? ¿Aceptabais vivir entre personas que sospechabais que eran sodomitas?

—¿Cómo podía estar seguro, padre? No cesaba de preguntarme si no estaría dejándome llevar por unos pensamientos ruines y pecaminosos. Rezaba muchísimo.

—¿Y vuestros rezos no se vieron recompensados con ninguna prueba? —preguntó el dominico, pronunciando despacio—. ¿No os abordó nunca el padre Guillaume con insinuaciones de carácter lascivo y antinatural?

—¡Oh, no, padre! Si lo hubiera hecho, yo…

Una pausa.

—¿Qué habríais hecho vos? —inquirió el padre Amiel—. ¿Le habríais cortado su *vit*?

Josserand soltó una risilla apesadumbrada.

—No, padre —respondió—. Se lo habría contado al cardenal Di Vicco.

—¿Y el cardenal os habría ayudado?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué Aimery de Sorgues no acudió a él? ¿Por qué guardó silencio?

Josserand titubeó. Levanté la vista y observé sus mejillas encendidas. Trasmitía el

aire irritado y un tanto preocupado de quien se ve obligado a tratar cuestiones que le desagradan pro fundamente.

—Quizás Aimery no quería ayuda —dijo con un hilo de voz.

—¿Porque le agradaban las atenciones del padre Guillaume?

—Tal vez…

—Entonces, ¿por qué matar al hombre que satisfacía sus deseos?

—Yo… yo… —Como siempre, el fraile había conseguido sorprender y humillar al testigo. Sin embargo, a diferencia de sus colegas amanuenses de la casa, Josserand se defendió.

—Quizá lo hizo por vergüenza —replicó con tono desafiante—. Tal vez Aimery callaba por vergüenza y mató al padre Guillaume por ello.

—O tal vez existe otra explicación —dijo el dominico. Su voz sonó bastante aburrida—. ¿No se os ha ocurrido, por ejemplo, que el difunto pudiera ser víctima de la brujería?

—No —confesó Josserand—. Pero ¿existe alguna prueba real de tal cosa? Parece muy improbable.

—Eso explicaría por qué el asesino no necesitó abrir puertas para entrar en la casa… ni para salir por las mismas. —Con gesto indolente, el padre Amiel tomó en sus manos el códice de nigromancia del camarero—. ¿Habéis visto alguna vez este libro? —preguntó mientras se ponía en pie con un considerable esfuerzo y se acercaba al declarante—. Estudiadlo con atención, por favor. No debéis confundiros.

Noté que retenía el volumen, dándole vueltas ante la mirada de Josserand hasta que éste, pensativo, preguntó si pertenecía al padre Guillaume. («Tal vez lo haya visto en alguna ocasión», dijo. «Ése color tan notable…»). Sólo entonces le permitió el fraile examinar su contenido. Cuando Josserand posó la vista en los folios que trataban de nigromancia, los estudió un breve instante como si no entendiera nada y, de pronto, palideció y se apresuró a devolver el volumen al fraile.

—No lo conozco —balbuceó—. Tal vez lo viera, pero no lo he leído jamás.

—¿Lo visteis en posesión del padre Guillaume?

—Vi… vi un libro muy parecido.

—¿Reconocéis alguna de estas caligrafías, hijo mío? Fijaos bien.

Josserand reconoció enseguida la letra del padre Guillaume y así lo declaró con voz apagada. Las demás glosas estaban escritas por manos que no le resultaban familiares.

—¿Sabíais que el camarero se interesaba por la brujería? —preguntó el padre Amiel.

—No. Yo… no.

—¿Estabais al corriente de que Aimery y Fulques le ayudaban en sus empeños y han testificado al respecto?

—No —respondió Josserand con voz ronca.

—¿Conocíais que Fulques Fuelle sodomizaba con frecuencia a Aimery de Sorgues y conversaba abiertamente de su obscena lujuria con el padre Guillaume, y que los dos obtenían placer concupiscente de estas conversaciones?

Mudo de estupor, Josserand lo negó con la cabeza. Al ver el gesto, lo anoté como un «no» y me di cuenta de que el amanuense había perdido casi por completo su porte confiado del principio. Estaba sentado con los hombros algo caídos y la mirada fija en el suelo, con el padre Amiel de pie delante de él.

—¿Conocéis a Masseo di Vicco, hijo mío? —inquirió el monje.

—No.

—¿No lo habéis visto nunca?

—No, nunca.

—¿Sabéis quién es?

—Es el médico de Su Eminencia, el cardenal.

—¿Estáis al corriente de que las relaciones entre éste y el camarero eran tan malas que el padre Guillaume se sentía obligado a protegerse de la hechicería del médico con manojos de hierbas, sangre de perro y otros medios impíos?

—No —murmuró el declarante.

—Pero vos sois inteligente —apuntó el padre Amiel en tono de befa—. Sin duda sospecharíais…

—No.

—Josserand, me habéis expuesto que tenéis un sueño ligero, que habéis recibido una buena educación y que habéis evaluado a vuestros colegas de oficio en la casa y que los encontráis deficientes. ¿Ahora queréis convencerme de que, viviendo en tal antro de iniquidad, estabais ciego a las abominaciones que os rodeaban?

Se produjo un largo silencio. Cuando Josserand respondió por fin, lo hizo con un hilillo de voz.

—No sé nada de tales cosas —dijo.

—¿Cómo es posible? Un hombre listo como vos, instruido en lógica y en dialéctica, tiene que haber observado las pruebas. Tiene que haber sacado conclusiones…

—¡De ser así —lo interrumpió el amanuense—, habría informado al cardenal!

—Siempre que vos mismo no estuvierais involucrado. —Bruscamente, el padre Amiel volvió a su asiento. Su rostro mostraba una palidez mortal, pero sus movimientos fueron firmes y confiados—. Veréis, hijo mío, se me ocurre que vos podríais ser responsable de la muerte del camarero —anunció.

—¿Qué? ¡Oh, no…!

—Habéis descrito con todo detalle cómo podría el asesino haberse desembarazado de los órganos extirpados y del agua ensangrentada. Habéis indicado

que nadie más abandonó esa noche la habitación en la que dormíais. Sois un joven fuerte y corpulento, mucho más que Aimery de Sorgues, quien, según vos, debió de inmovilizar al camarero y asfixiado con su propia almohada. Además, sois más inteligente que Aimery: poseéis el ingenio y el valor necesarios para llevar a cabo una acción tan arriesgada.

—Pero…

—Preguntaos, además, quién está dotado de superior belleza. Vuestro rostro es como el sol, frente a la luna de Aimery, pero queréis que crea que el padre Guillaume no os abordó nunca con insinuaciones carnales. ¿Me tomáis por estúpido?

—Padre, yo…

—Vos lo matasteis, Josserand. Por indignación, por celos, por impiedad o por accidente en alguna caricia libidinosa…

—¡No! —exclamó el amanuense—. ¡Soy inocente!

—Demostradlo, pues. ¡Demostrádmelo! —El padre Amiel empleó una voz grave, pero áspera—. Estáis versado en el proceso de la *ratiocinatio*. Exponedme pues, con argumentos lógicos, por qué sois inocente. Convencedme, Josserand. Dejadme oír vuestra retórica.

¿Os cuento qué me vino a la mente, en aquel instante? Aprovechando que disponía de un momento para reflexionar, pues el testigo se refugió en otro largo silencio, pensé que, de encontrarme en su lugar, habría puesto en duda la legitimidad del procedimiento. Habría señalado que, como se me había negado la representación legal por cuanto no estaba acusado, no podía esperarse que respondiera a ninguna acusación.

Josserand, sin embargo, parecía tan turbado que era incapaz de responder. Por fin, con la voz quebrada, reconoció que no podía argumentar su inocencia. Que, sencillamente, sólo podía dar su palabra.

—He jurado por Dios que diría la verdad y es lo que hago —farfulló—. Sólo puedo depositar mi confianza en Dios. Él sabe que soy inocente. Dios es bueno y velará por mí en su infinita justicia.

No era una capitulación, en absoluto. Me pregunté si sería, en efecto, inocente y dirigí una mirada al padre Amiel, esperando una respuesta incisiva y humillante por parte de éste. Sin embargo, lo que vi me asustó, pues no era el rostro tranquilo al que me había acostumbrado; en su lugar, descubrí el látigo de la enfermedad. Pocas veces, os lo juro, he visto a un hombre con tal cara de enfermo. El dominico tenía los párpados cerrados y mostraba unas marcadas ojeras grisáceas, los labios se veían resecos y anémicos y la carne parecía haberse disuelto. De repente, emitió un jadeo y bajó la cabeza, apoyándola en las manos.

—¿Padre? —dije, sobresaltado—. ¿Son… son las muelas?

—El interrogatorio ha terminado —dijo él. Apenas podía articular las palabras—.

Lo reanudaremos más adelante, cuando considere conveniente. Que se vaya el declarante.

Mientras yo llamaba a la guardia y veía cómo se llevaban escoltado de la estancia a un perplejo Josserand, mi desdichado compañero apoyó la frente en la mesa. Era evidente que ardían en su mandíbula todos los fuegos del infierno. Estaba casi desmayado de dolor.

—Pasará —siseó, cuando intenté prestarle ayuda—. Esperad, esperad un poco, por favor.

Esperé, pues. Ya había anochecido y la ventana enmarcaba las estrellas. Me dolía la mano y me la froté sin reparar en que lo hacía. La respiración jadeante del padre Amiel se hizo más regular, más tranquila, y por fin, con cautela, levantó la cabeza de la mesa. Observé que tenía los ojos llorosos.

—Escucha, mi Dios, la voz de mi lamento, pues a ti suplico —dijo con un suspiro.

—¿Son las muelas? —pregunté de nuevo, y asintió—. Entonces, deberíais ir a que os las quiten —le aconsejé—. Las que os molestan. Deberíais libraros de ellas.

—Sí, debería.

—¿Podéis sosteneros en pie? Es tarde, padre. Os llevaré al priorato.

—No. Debe escoltarnos la guardia.

—Pero…

—Es tarde, como decís. Bastará con un oficial del orden. Cuando vuelva a pasar la ronda, hacedla entrar.

Así lo hice y a continuación se produjo una discusión un tanto acalorada con los guardias. Con todo, la cuestión se zanjó a nuestro favor: incluso en su delicado estado, el padre Amiel seguía conservando la firmeza necesaria para imponer su voluntad a unos hombres rudos e ignorantes. Así pues, se convino que en nuestro trayecto a casa nos acompañaría un mercenario, de rostro huraño, cuyo armamento y coraza le hacían tintinear como una bolsa de monedas a cada paso que daba. En la oscuridad de la calle, su cota de malla brillaba a la luz de la antorcha que portaba. Era un hombretón alto y corpulento, con un mentón afilado como un hacha, pero la protección que nos prestó no fue mucha. Como la mayoría de los oficiales del orden, parecía tomarse a mal un deber que lo apartaba del vino, los chismorreos y las partidas de dados (que son lo que ocupa la mayor parte del tiempo de los inquilinos de un cuerpo de guardia) y demostró su insatisfacción avanzándose a nosotros con impaciencia, como si quisiera permanecer ajeno al penoso espectáculo que ofrecían un monje enfermo escoltado por un funcionario manchado de tinta. ¡Pobre padre Amiel! Realmente, ofrecía un aspecto lamentable. Caminaba arrastrando los pies como un anciano enfermo, asaltado de vez en cuando por unos dolores lacerantes que le obligaban a detenerse y agarrarse las rodillas. Sin embargo, cuando le ofrecí mi

brazo para que se apoyara, se negó a aceptarlo. También rechazó de plano la propuesta de sentarse a descansar un momento. Y cuando llegamos a la encrucijada en la que nuestros caminos se separaban, insistió en que el guardia y él me acompañarían hasta la puerta de la casa de mi madre.

—No —respondí.

—Raymond…

—¡Que no! —Debíamos de estar a cien pasos de la casa, apenas—. Estáis sin fuerzas, padre, y deberíais volver al priorato sin perder un minuto.

—Pero con esta oscuridad…

—Hay suficiente claridad para ver por dónde voy. Y conozco tan bien el camino que podría orientarme incluso a ciegas.

Por una vez, impuse mi voluntad. El padre Amiel estaba demasiado débil para ejercer su mando y autoridad con la energía habitual. Sin más protestas, me permitió llamar al guardia, a quien insté a aflojar el paso. Después, cuando le pedí instrucciones sobre el programa del día siguiente, el fraile murmuró que debía esperado en casa. Si se sentía con ánimos suficientes para trabajar, se reuniría conmigo allí por la mañana.

—Y, entretanto, pasaré a limpio las declaraciones —fue mi respuesta.

—Si sois tan amable…

—¿Deseáis que resuma el testimonio de Josserand, padre, o lo dejo de momento? Comentasteis algo respecto a hacer un resumen del interrogatorio…

—Encargaos de ello —asintió él débilmente.

—Está bien. Y vos, cuando lleguéis al priorato, deberíais probar a poneros una cataplasma. Algo por dentro del carrillo. ¿No podría tratarse de un absceso? Si fuera así, alguien podría abríroslo con una lanceta.

El dominico dio un respingo de dolor. Después, con un gesto de asentimiento, sonrió y me deseó buenas noches en un susurro. Me separé de él casi a regañadientes, pero también aliviado, pues, aunque me preocupaba su bienestar, el espectáculo de su agónico dolor me había producido una gran incomodidad, de la cual me alegraba de escapar. De hecho, me alejé como un gamo, como una liebre: con alas en los pies. Y fue una suerte que así lo hiciera, pues mi rápido avance, junto con el paso lento del padre Amiel, hicieron que su acompañante y él no anduvieran muy lejos cuando topé con mi destino al doblar una esquina especialmente oscura y poco transitada.

No recuerdo nada de cuanto sucedió a continuación. Sólo sé que fui atacado, y de manera feroz: debí de perder el conocimiento al segundo o tercer golpe. Mis asaltantes eran dos, quizá tres, y probablemente iban armados con algo más que los puños, pero no emplearon armas blancas de ningún tipo, de lo cual doy gracias. Diría que me golpearon con un garrote o con alguna herramienta. En definitiva, con algo lo bastante contundente como para derribarme, pero no como para romperme el cráneo.

Después, se dedicaron a intentar partirme los huesos a base de patadas bien dirigidas y con la ayuda, tal vez, de la misma tranca, o lo que fuese. Por fortuna, no tuvieron tiempo de terminar su trabajo. Como no me habían dejado inconsciente al primer golpe, tuve tiempo de lanzar un grito y el padre Amiel, al oído, se apresuró a acudir en mi ayuda.

Por supuesto, fue el oficial del orden quien me salvó. El retumbar de sus pisadas, el chirriar de la armadura y el rugido poderoso y amenazador de su voz bastaron para hacer escapar a mis atacantes (quienes, bien pensado, debían de ser poco duchos en el arte del derramamiento de sangre). Ante su presencia, se dispersaron y se desvanecieron en la noche. El guardia, con el impedimento del peso del equipo y con el conocimiento de que estaba solo, no los persiguió. Por lo general, un soldado profesional no se arriesga a menos que se le ordene y, desde luego, no lo hace sin el apoyo de sus camaradas. Un soldado profesional, por naturaleza, o es prudente o está muerto.

Así pues, una vez despejada la calle, mi noble salvador empezó a llamar a las puertas en busca de ayuda. En cuanto al padre Amiel, llegó por fin a mi lado e hincó la rodilla en el barro como un penitente.

Sin embargo, yo no llegué a enterarme de todo aquello. No vi escapar a mis agresores, no oí al dominico pronunciar mi nombre ni invocar la piedad y el socorro divinos, ni noté cómo sus dedos trazaban una cruz en mi frente mientras los vecinos, horrorizados, se congregaban a nuestro alrededor.

Yacía en el suelo, como muerto, y mi sangre empapaba la tierra debajo de mí.

Canto XIII

Si no me hallara entre vosotros, amigas y amigos, llegados a este punto estaríais a buen seguro temerosos y preocupados. Os estaríais preguntando: «Pero ¿lo dejaron lisiado? ¿Sobrevivió?». Como podéis ver, aquí estoy, entero del todo. Ninguna fractura de nariz ha destruido mi belleza inimitable. ¿Qué? ¿Cómo decís? Bien, quizá tengáis razón. Quizá la nariz rota habría mejorado mi aspecto. Sin embargo, el resultado final fue que salí del trance con un corte solamente (justo encima de la ceja) y contusiones de todos los tamaños y colores repartidas por costillas, brazos, espalda y cara. ¡Oh, la cara! Tenía el ojo izquierdo tumefacto, con el aspecto de una fruta excesivamente madura, y los labios, partidos y llenos de costras; apenas podía mover la mandíbula y la cabeza me dolía terriblemente, pero no me habían roto ningún hueso, y en esto, habréis de convenir, sí que fui afortunado.

Aunque recobré la conciencia antes de que me llevaran a la cama, los recuerdos que guardo de esa primera noche son confusos e incompletos. Recuerdo haber oído conversaciones y gritos, recuerdo que me aplicaron algo frío en la cara y que vomité, y recuerdo el consuelo de la voz de mi madre. El dolor me perturbó el sueño y desperté en varias ocasiones, presa de agitadas pesadillas. Al romper el alba, sin embargo, me despejé por completo y a mediodía ya comí, bebí y conversé con la familia.

Como era de esperar, al principio reaccionaron con alarma ante lo sucedido y con preocupación ante mi lamentable estado. Mi madre, en particular, estaba afectada en grado sumo. Sin embargo, enseguida me quedó claro que, a los ojos de todos ellos, yo era en cierto modo culpable de lo ocurrido. Me miraban como si el ataque lo hubiese provocado yo. Y el hecho de que tal vez fuera así, en realidad (ya que, como sabéis, mi naturaleza no me inclina a la santidad), me ayudó muy poco a reducir mi sensación de ultraje. Quizás estuviera un poco susceptible, pero en mi defensa he de decir que Arnaud no es un genio del tacto. Me abordó y me formuló preguntas, y el tono de su interrogatorio fue tal que, como sucede siempre bajo el techo de mi madre, un diálogo apacible enseguida degeneró en un furioso altercado. Intercambiamos insultos y palabras acaloradas hasta que me volví en la cama y, negándome a seguir discutiendo, hundí la cabeza, que me iba a estallar de dolor, debajo de la almohada. Me pareció que era imposible hablar con mis familiares incluso del tema más inofensivo, ya que se sentían impulsados a reprobarme por mis hábitos y maneras cada vez que se presentaba la ocasión. Ni siquiera esta vez, mientras yacía magullado en la cama, pude escapar a sus censuras: la casa hervía de desacuerdos y todos se gritaban de una habitación a otra. Me temo que siempre ha sido así, pues jamás, ni siquiera en vida de mi padre, hubo paz entre los Maillot. Los mismísimos perros andaban siempre a la greña. No es de extrañar, pues, que mi hermano Aldhemar se

marchara a un monasterio, o que mi difunta hermana Mateuz se hubiera casado a la edad de quince años.

Si aquello seguía así, pensé mientras yacía atrapado entre las sábanas, tal vez yo mismo me vería obligado a enclaustrarme.

Aquél día sufrí dolores muy intensos. Había perdido el apetito y mi estómago no aceptaba los exquisitos bocados que mis compasivos amigos y vecinos habían regalado a la familia. Aquélla variopinta fraternidad se apiñó en la cocina y proclamó en voz alta opiniones diversas sobre la identidad de mis atacantes. Después, entraron todos a la vez en mi alcoba como una avalancha, interrumpiendo mi descanso, desbaratando mis pertenencias e irritando todavía más mi estado de ánimo ya inflamado. Ninguno de ellos era, desde luego, un buen amigo. Y sucedió que Arnaud (como yo iba pronto a descubrir) había prohibido la entrada en casa a Othon, Gaillard, Beatrice y a muchos otros de mis compañeros de bebida, por lo que, al final de aquel día, empecé a preguntarme qué habría sido de ellos. ¿No les alarmaba mi estado? ¿Tan poca importancia tenía para ellos mi salud? Por fortuna, y antes de que la penumbra del atardecer abatiera aún más mi ánimo, el padre Amiel apareció de repente y mi melancolía se desvaneció como la niebla con la llegada de la mañana.

Allí tenía, por fin, a un verdadero amigo.

Mi madre me alertó de su llegada entrando en mi alcoba antes que él a fin de arreglar la colcha, distribuir manojos de hierbas aromáticas, despejar una silla para que la utilizase y hacerse a toda prisa con el orinal, aquel sórdido testigo de las funciones corporales. Acababa apenas de vaciar aquel vil recipiente por la ventana cuando entró el padre Amiel, con un rostro tan hinchado y amoratado que era como si llevase una ciruela en el carrillo.

—¿Qué os ha sucedido? —fue mi descortés saludo, mientras mi madre se escabullía como un ratón. Cuando el monje explicó, con sonidos confusos, que le habían arrancado una muela, no pude contener la risa. Entre mis balbuceos y sus ceceos, menuda pareja hacíamos.

—¡Oh, padre, qué aspecto más patético ha de ser el nuestro! —dije—. Pero ¿os encontráis mejor, padre?

—Hasta cierto punto. —Ensayó una mueca y dio un respingo de dolor. Estaba sonrojado, tal vez febril, y hablaba sin mover apenas los labios. Quedaba claro, no obstante, que el dolor era soportable: me lo indicó su manera de cerrar la puerta.

—¿Y vos? —preguntó—. ¿Cómo estáis, hijo?

—Vivo —respondí—, gracias a vuestra intervención. —Algo avergonzado, adopté un tono fanfarrón y animado muy poco acorde con el momento, el lugar y mi estado de salud—. Si no hubiera sido por vos, padre, ahora tal vez yacería en la tumba. Sois un ángel del Señor.

—Ni mucho menos —murmuró él—. En cualquier caso, debéis dar las gracias al

oficial del orden que nos acompañaba. Fue él quien ahuyentó a vuestros agresores. —El monje se sentó y dejó un pequeño frasco de loza encima de mi escritorio—. Es un cordial que elabora el enfermero del priorato —explicó—. Yo también lo he utilizado. Mata el dolor.

—¡Oh! —exclamé. Su gesto me había conmovido—. Gracias, padre.

—¿Sabéis quiénes eran vuestros asaltantes? —preguntó, sin apartar la vista del frasco—. ¿Los reconocisteis?

—Por desgracia, no.

—¿Y sospecháis de alguien?

—Oh, padre. —Me sentía muy cansado—. Hay varias personas a las que les gustaría aplastarme la cabeza. Maridos, sobre todo.

Aún no habían salido de mi boca aquellas palabras y ya me arrepentía de haberlas pronunciado. Cualquier investigación del ataque, reflexioné, descubriría sin duda actos indecorosos de mi pasado.

El padre Amiel, sin embargo, me traspasó con una intensa mirada y dijo:

—Pues hoy mismo me ha abordado cierto marido, en concreto, y no debéis temer nada al respecto. He guardado la promesa que os hice. He negado haber visto a su criado.

Tal vez fue porque me sentía débil y sensible, pero al oír aquel acto de bondad se me llenaron los ojos de lágrimas, no sé si de vergüenza o de gratitud. Y, pese al nudo que tenía en la garganta, le di las gracias como pude.

Sin embargo, él estaba sumido en sus cavilaciones.

—Si los asaltantes no os robaron —prosiguió, siempre metido en su papel de inquisidor—, fue quizá porque se vieron interrumpidos antes de tener la oportunidad de hacerlo, pero no creo que se trate de ladrones comunes. Un ladrón puede dejaros lisiado, pero nada más que para robaros, y sólo le interesaría patearos hasta la muerte después de haberse hecho con la bolsa.

—Padre, como ya he dicho, puede haber sido cualquiera, incluso aquel hombre de Valence, ¿os acordáis? Tal vez decidió que yo necesitaba una buena tunda. Mucha gente lo piensa. —Con un suspiro, levanté una mano dolorida y me toqué el labio inferior—. Y, en mi opinión, incluso pudo ser Arnaud. Ésta tarde casi hemos llegado a las manos…

Mirándome por encima del bulto de su hinchado carrillo, el padre Amiel entornó los ojos.

—¿Y no deseáis que esos individuos sean arrestados, hijo? —murmuró—. Os noto…, ¿cómo decirlo? Os noto indiferente.

—A decir verdad, padre, ya me había ocurrido una vez.

—Comprendo. —Su mirada me incomodó—. ¿Y quién fue el culpable, en esa ocasión?

—Oh, el hermano de alguien, supongo, pero resultó imposible probarlo. —Intenté quitarle importancia al asunto riéndome un poco y sufrí las consecuencias de ello—. No os preocupéis, padre. Soy un truhán irremediable, ya lo sabéis. Es lógico que, de vez en cuando, me caiga una somanta.

—Pero también sois mi escribano —protestó el dominico—. No puedo permitir que os apaleen como a un perro. ¿Y si vuelve a suceder?

—Bien, sí, desde luego. Procuraré no rondar por la calle de noche —fue mi respuesta, un tanto impertinente. Entonces, se me ocurrió pensar que tal vez dudaba de mi capacidad para trabajar y le pregunté, con voz insegura, si preferiría prescindir de mis servicios.

—No —respondió—, en absoluto. ¿Por qué? ¿Creéis que os veréis obligado a guardar cama muchos días más?

—Supongo que no. Espero que no, vaya, pero no puedo decíroslo. Todavía me duele mucho la cabeza, ¿sabéis?

—Mañana es domingo. Si el martes aún no estáis en condiciones de trabajar, deberé contratar a otro hasta que os restablezcáis. —El padre Amiel hizo una pausa y sus ojos vagaron por la habitación. Era evidente que la fatiga y el malestar le impedían hablar mucho rato seguido. De repente, me pregunté cuántos años tendría. ¿Cuarenta, quizás? A veces parecía bastante joven, a veces muy viejo. En aquel momento, podría haber tenido sesenta años—. El lunes quiero enviar más citaciones —prosiguió—, pero puedo hacer que las redacte un escribano del priorato, bajo mi dirección. Opino que ha llegado la hora de interrogar a los sirvientes de Masseo di Vico.

—¡Ah! —dije.

—De momento, no existe ninguna indicación de que él o su hijo conspirasen con algún miembro de la casa del camarero, pero no puedo descartar tal teoría hasta que interrogue a los sirvientes del médico. —Hablaba distraídamente, con la mirada clavada en la pared de enfrente. Luego, parpadeó, frunció el entrecejo y se volvió hacia mí—. Creo que el portero del camarero es inocente —dijo—. Jean Marty no estuvo involucrado en ese pérfido acto. Estoy casi seguro de que no dejó entrar a nadie en la casa esa noche y de que no participó en la conspiración.

—Entonces, ¿de quién sospecháis? —inquirí—. Si el asesino es alguno de los que estaban al servicio del camarero…

—No necesariamente. —El dominico se restregó los ojos con la mano y suspiró —. Tal vez intervinieron fuerzas extrañas. Tal vez la casa fue invadida mediante la brujería.

—Pero ¿y qué hay de los sodomitas, padre? Creía que… Bueno, por la forma en que hablasteis con Josserand… y el mal genio de Renaud…

—Tal vez todos sean culpables —dijo, quitando importancia a la cuestión con un

gesto de la mano—. No existe ninguna prueba en firme que demuestre lo contrario, pero tampoco hay ninguna por la que pueda condenarlos. Quién sabe. En cualquier caso, tendré que repasar otra vez las declaraciones para cerciorarme de que constituyen un relato lógico y unificado. Si encuentro alguna discrepancia, a partir de ella podré construir mi acusación.

El dominico cayó en un largo y reflexivo silencio. La alcoba ya estaba a oscuras y, de haberme hallado solo, habría llamado a la criada para que encendiera una vela. Sin embargo, en vista de la situación, me quedé tumbado en la penumbra hasta que mi compañero salió por fin de su ensueño.

—Debe de ser tarde —dijo el monje, al tiempo que se ponía en pie—. He de marcharme y dejar que durmáis. Y debo rezar por vos, por supuesto. En realidad, Raymond, vos también deberíais elevar vuestras plegarias, porque Dios ha acudido en vuestro auxilio en este trance.

—Lo sé.

—Vuestro hermano dice que esos golpes son un castigo justo por vuestros pecados —prosiguió el monje con una débil sonrisa—, pero yo no sacaría tal conclusión. De hecho… —La sonrisa se convirtió en una mueca de inquietud—. Se me ha ocurrido pensar si no habrá sido Masseo di Vico quien ha enviado a los asaltantes. ¿Puede haber ordenado él este ataque, a modo de advertencia? —Se quedó pensativo de nuevo, acariciándose el mentón con un dedo—. Pero, si así fuera, ¿por qué no me atacaron a mí? ¿Por qué fuisteis vos el objetivo de tal violencia? No, no. La solución no puede ser ésa. Ha de haber otra.

—Tal vez —dije—. Pero, por favor, no os angustiéis por ello. Tal como están las cosas, ya tenéis mucho por hacer.

—Cierto.

—Y ahora debéis marcharos, antes de que oscurezca. Si las calles son peligrosas, si esos hombres rondan por ahí a la caza de otra víctima… conmigo lo tendrían fácil. Tenéis razón, debo irme. —Avanzó hacia la puerta, pero, al llegar a ella, se detuvo y se volvió hacia mí para dedicarme otra torcida sonrisa—. ¿Os ha pasado por la cabeza, hijo mío, que, si un hermano o un marido fueran los responsables de este acto de barbarie, habéis tenido mucha suerte de escapar con los genitales enteros? La castración —añadió— siempre ha sido el castigo más común para los delitos carnales, ¿sabéis?

Se despidió con un gesto de la mano y salió a encarar el bullicio y el gentío de la cocina. Le oí defenderse de mi familia mientras se encaminaba a la seguridad de la calle, y voces que lo perseguían cuando pasó por delante de la ventana de mi alcoba. ¡Pobre ánima! La aspiración máxima de la vida de mi madre era persuadirle de que aceptara compartir mesa con ella. ¡Con cuánto orgullo habría alardeado delante de todas las piadosas matronas que conocía! ¡Con qué solemnidad habría lavado los

platos a continuación! Porque un dominico cautivo, como seguro que sabréis, es una presa muy rara.

Más tarde, al recoger el cordial del monje, recordé su broma acerca de mis partes masculinas y me estremecí. ¿Y si hubiese perdido el instrumento de mis pasiones viriles? ¿Y si hubiera sufrido el mismo destino que Pierre Abélard? ¡Oh, amigos míos!, ¿habría merecido la pena seguir viviendo?

Si permites que el caballo vague sin rumbo fijo, Raymond, lo perderás, me dije. Ten cuidado y cumple la promesa que le hiciste al padre Amiel. San Pablo dijo que el cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor; si te dejas guiar por su sabiduría, al menos durante este tiempo, tal vez descubras que tu carne pecadora permanece intacta.

Y así fue, mis damas, como llevé una vida de castidad durante mi vigesimosexto año de vida.

TERCERA PARTE

Canción del súcubo

Canto I

¿Cuántos sabios han escrito sobre el amor? ¿Cuántas formas ha tomado éste en las páginas de incontables tomos venerados o en las canciones de innumerables trovadores? Al amor se le ha llamado dueño y señor, valiente y decidido caballero, un gran negocio, un tormento, un siervo de Dios, una maldición diabólica, una llama, una rosa, una tentación, un poder, un cumplimiento de la Ley. Se le ha llamado caridad y concupiscencia, sagrado y profano. Pero cuando Andreas Capellanus, en su obra incomparable, dice que el amor es sufrimiento, declara una verdad mayor que cualquiera de aquellas a las que dan testimonio los Padres de la Iglesia. Porque os aseguro que, si bien mi hermano Arnaud me quería —y me quiere todavía—, su amor era una cadena y una corona de espinas. Me ataba y me torturaba y pesaba sobre mí como una gran nube negra. Las altas expectativas le hacían riguroso y la decepción lo contaminaba. Estaba, en efecto, casi disfrazado de odio y disimulado con tal habilidad que me tenía completamente engañado.

Hay hombres que, cuando temen algo, se encolerizan. Arnaud es uno de ellos. Ahora sé que temía por mí. Entonces, mientras me recuperaba de mis magulladuras, pensé que deseaba mi muerte, pues no hacía sino recriminarme mis amistades y mi temperamento, mi moral, mi talento, mis costumbres y mi ingenio natural. Obligado por la celebración del día del Señor a abstenerse de trabajar y recluido en el recinto doméstico por la vigorosa piedad de su mujer, dedicó casi todo el domingo a reconvenirme mis pecados y faltas. Nos peleamos como fieras. Me dijo que no había dejado pasar de la puerta a mis amigos y, cuando lo acusé de ser injusto, replicó que me estaban destruyendo. La causa de mis males físicos era, según él, las malas compañías. Le llamé sabandija y él, a mí, gusano. Le arrojé un cuenco a la cabeza y él me tiró del pelo. Moisés nos dijo que conmemorásemos el día del Señor, pero me temo que, en aquella ocasión, Arnaud y yo descuidamos el precepto de santificar las fiestas.

El lunes resultó más pacífico, debido a la ausencia de Arnaud. Ya pude levantarme y leer. Tomé la sopa en la mesa de la cocina y, después de la colación de mediodía, incluso me quedé solo en casa, pues mi madre estaba satisfecha de mis progresos, y aproveché la ocasión para estudiar mi rostro ante el espejo. ¡Pobre de mí, qué visión! Magullado y amoratado como una manzana podrida, mi mera presencia habría cortado la leche. Una capa de estiércol no habría sino mejorado mi aspecto. Como el profeta Jeremías, yo era un hombre que había visto la aflicción por la vara de Su ira. De mal talante, ya me preguntaba si quedaría permanentemente inválido, cuando se presentó el padre Amiel. Su llegada me levantó el ánimo.

—Bien —comentó mientras estudiaba mis arruinadas facciones—, parece que os habéis recuperado mucho.

—Sí, padre. Mucho.

—¿Creéis que mañana estaréis en condiciones de trabajar?

—Tal vez. Creo que sí. Ruego a Dios que lo esté.

—Yo también pediré por ello.

El fraile se sentó a la mesa, rechazó con su habitual murmullo condescendiente el vino que le ofrecía y sonrió cuando le felicité por su aspecto, pues ya no tenía hinchada la mejilla y volvía a presentar buen color.

—Me encuentro bien —asintió—. Muy bien. Dios en su bondad me ha concedido su gracia.

—¿Ya no os molestan las muelas?

—Apenas.

—La poción que me disteis era fortísima, padre, muchas gracias. Nada me habría sentado mejor.

Él inclinó la cabeza y reflexioné para mí: «Henos aquí, hablando de nuestros dolores y achaques como un par de viejas». Lo mismo debió de pensar él, pues, de repente, cambió de tema y pasó a hablar de su *inquisitio* con voz firme y enérgica.

—Ésta mañana —declaró—, me ha abordado un monje al que conocí poco después de que me encomendaran esta investigación. Es un tal hermano Guibert de Fontfroide, uno de los *fratres de bulla*, cuya tarea consiste en poner el sello a las bulas papales.

—He oído hablar de él —fue mi respuesta. Recordaréis que mi amigo Berenguer era escudero de la oficina de los *bullatores*; pues bien, siempre andaba quejándose de aquel hermano Guibert, quien, por lo visto, era un hombre exigente, entrometido y criticón.

—Parece que el hermano Guibert ha sabido, por algún medio, que Guillaume Monier era sodomita —reveló el padre Amiel, y me pregunté si el informador habría sido Berenguer—. Con este conocimiento —continuó—, ha elaborado la teoría de que el camarero fue asesinado por alguien de las huestes de Satanás. Es decir, por un demonio de los que se conocen como *incubus* en los textos que versan del tema.

—¿Un íncubo? —repetí, y debí de hacerlo con tono de desconcierto, pues el dominico sonrió.

—Yo —reconoció— tampoco estaba suficientemente informado acerca de tales manifestaciones diabólicas, pero después de hablar con el hermano Guibert, he consultado diversos textos y me he documentado más. Sabemos que san Antonio de Egipto fue atormentado por unos demonios que adoptaron la forma de hermosas mujeres. Además, san Agustín nos informa de que son frecuentes los casos de mujeres mancilladas por demonios, que las desean y obran carnalmente con ellas. Por lo tanto, parece evidente que estas legiones satánicas pueden presentarse en forma de varón o de mujer. En el libro segundo de su *Sententiarium*, san Buenaventura lo

corrobora y apunta que demonios en forma de mujer, conocidos como súcubos, se entregan al varón y reciben su semilla viril. Luego, con astuta destreza, preservan la potencia de esa simiente para, más adelante, convertirse en íncubos y depositarla en el útero femenino.

Mi rostro, en aquel punto, debía de ofrecer una expresión bastante perpleja o aturdida, incluso escéptica, pues el fraile hizo una pausa y añadió:

—Os aseguro, Raymond, que estas cópulas impías están documentadas por varias autoridades. El propio Doctor Angélico, santo Tomás de Aquino, dice que el demonio puede robar las emisiones nocturnas de un joven inocente para dejar preñada a una mujer, que puede entonces tener descendencia.

Yo me había quedado sin habla. ¿Cópulas impías? ¿La semilla del diablo? Todo aquello quedaba fuera de mi comprensión.

—El hermano Guibert está bien informado acerca de las actividades de tales demonios —continuó diciendo el padre Amiel—. Tiene la teoría de que el camarero de Su Eminencia, siendo sodomita, puede haber fornicado con un íncubo, y que éste, al no haber tenido la oportunidad de recoger la semilla en sus entrañas, puede haberla obtenido por otra vía.

—¿Cortándole los genitales? —inquirí, a lo que el dominico asintió. De nuevo, mi expresión debía de reflejar las dudas que me inspiraba tal explicación.

—¿Os parece improbable? —quiso saber, pero no esperó a que respondiera y se apresuró a añadir—: El hermano Guibert señaló que se produjo un incidente parecido, no hace mucho, en el monasterio de los Agustinos Descalzos. Un novicio fue atacado por un demonio que le cortó el pene. Según el hermano, ese joven podría ayudarme en la *inquisitio*.

—¿Un novicio? —murmuré, al tiempo que un vago recuerdo se agitaba en mi cabeza—. Creo que me contaron algo del incidente. Sí. Sucedió hace un mes, semana más o menos, ¿verdad?

—En efecto —asintió el padre Amiel—. Y he citado al joven para que comparezca ante mí mañana por la tarde. Seguro que no tendrá gran cosa que decirnos, pero el hermano Guibert me ha contado muchas historias de agresiones diabólicas y sería negligente por mi parte no investigar el asunto.

En aquel momento, nos interrumpió el ruido de unos nudillos que llamaban a la puerta y me levanté a abrir. Esperaba encontrar a algún miembro de mi familia —a mi madre, para ser preciso— y os podéis imaginar mi asombro cuando me vi saludando a Beatrice Rascas. Traía una cesta tapada con un paño, y su rostro, que por un instante había mostrado una expresión ceñuda y testaruda, se iluminó como el cielo del amanecer cuando me vio.

—¡Raymond! —exclamó—. ¡Te has levantado!

—Sí.

—¡Te encuentras mejor!

—Bastante mejor, sí.

—Pero tu cara, ¡ay! —se lamentó—. ¡Tu pobre cara!

—Beatrice… —empecé a decir, turbado ante su presencia y pensando en el padre Amiel, que lo oía todo desde el interior. La viuda, sin embargo, no callaba.

—Raymond, tu hermano no me dejaba entrar. No quiso aceptar lo que traía ni escuchó lo que le decía. Me cerró la puerta en las narices, Raymond.

—Sí, lo sé, pero…

—¿Está aquí? ¿No? Entonces, deja que te dé mi sopa. Es un caldo de hierbas, querido. Te ayudará a restablecerte. —Mientras hablaba, pasó ante mí rozándome y entró en la casa apresuradamente, con aire casi furtivo—. Me enseñó a preparado Munda, que era una mujer muy sabia. Yo se lo doy siempre a mi hija cuando tiene los dolores menstruales…

De repente, Beatrice reparó en el padre Amiel y se interrumpió. El dominico era un hombre tan menudo y estaba tan quieto en su asiento que, de momento, ella no se había dado cuenta de su presencia: como muchos monjes, el padre Amiel tenía la capacidad de permanecer inmóvil durante larguísimos ratos. De hecho, su figura exudaba todo el color y la vitalidad de un monumento de piedra, sobre todo si uno comparaba sus facciones en blanco y negro con los vivaces ojos verdes de Beatrice, sus cabellos despeinados y su ropa de colores chillones.

Recuperándose rápidamente, ella fue la primera en romper el silencio.

—Bien —dijo con cierta jactancia—, supongo que sois el padre Amiel…

El dominico inclinó la cabeza.

—Esto… ¿Beatrice? —Con un balbuceo, procedí a cortar en seco aquella conjunción desfavorable, que no debía de ser del agrado de ninguna de las partes—. Quizá sea mejor que dejes aquí la sopa. Más tarde, cuando vuelva, mi madre la calentará. Me alegro mucho de verte, desde luego, pero el padre Amiel y yo estamos tratando unos asuntos de gran importancia y…

—… y el padre quiere hablar contigo a solas —terminó la frase Beatrice. Observé en sus ojos una mirada peligrosa que ya había visto en otras ocasiones, durante algún altercado en El Gallo Negro, y temblé sólo de verla—. De la salvación de tu alma, supongo. Y de la elección de los amigos. ¡Qué bien protegido estás, Raymond! Primero, tu hermano; ahora, el cura.

—No soy sacerdote —puntualizó el padre Amiel, tras lo cual Beatrice se volvió y lo miró cara a cara.

—Pero sois el buen pastor de Raymond, ¿no? —le espetó—. Tenéis su alma a vuestro cuidado. Le habéis obligado a que hiciera voto de castidad.

—Yo no le he obligado a nada —replicó el monje, sin resentimiento—. Raymond ha tomado una decisión y ahora debe cumplir lo que considera correcto. Si tiene la

fuerza necesaria, mantendrá ese voto. —Me dirigió una mirada y, con sus pensamientos absolutamente inescrutables tras la expresión serena y medida, añadió un comentario—: Naturalmente, le resultará más fácil si evita la tentación.

Beatrice entre cerró los ojos, cruzó los brazos y ladeó la cabeza.

—¿Estáis pidiendo que me vaya, padre? —preguntó.

—Beatrice…

—La casa no es mía —fue la respuesta del dominico—. No puedo pedíroslo.

—Pero pensáis que debería marcharme, ¿verdad?

El padre Amiel esbozó una leve sonrisa mientras yo, sofocado, los miraba alternativamente y agitaba las manos.

—Pienso —respondió— que vuestra presencia no es conveniente para la tranquilidad de Raymond.

—Pero yo soy su amiga, padre. No he venido a seducirlo. Vengo como una buena amiga.

—En el espíritu de la castidad. Por supuesto. —Era la primera vez que detectaba en el tono del padre Amiel esa untuosidad especial, cargada de falsa benevolencia, que caracteriza a tantos clérigos seculares de rango elevado—. Pues si sois tan buena amiga —añadió, casi en una salmodia—, debéis entender que servís mejor a sus intereses si vuestra visita es breve. Como dijo Cristo a san Pedro: «Velad y orad para que no caigáis en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

Beatrice frunció el ceño y pareció reflexionar unos instantes. A continuación, sin que la invitaran a hacerlo, tomó asiento a la mesa, se inclinó hacia el dominico y, con toda franqueza y cortesía, como si deseara embarcarse en una seria conversación, preguntó:

—¿Creéis imposible que Raymond me vea sólo como una amiga, padre?

Solté un gemido para mis adentros. Beatrice tenía una manera de razonar con borrachos revoltosos y con pendencieros que se había demostrado muy efectiva en El Gallo Negro. Discutía como una madre y hacía brotar las lágrimas en hombres armados. Sin embargo, si se proponía imponerse al dominico por tales medios, yo sabía que sus esperanzas eran en vano.

—¿Que si creo imposible que Raymond os vea como una amiga, nada más? —murmuró el padre Amiel, cambiando apenas la pregunta e invistiendo cada palabra de una especie de sutil jocosidad, más propia de un trovador que de un monje de santo Domingo. A continuación, con una nueva sonrisa, extendió sus elocuentes manos—: Es que sois tan hermosa, hija mía —añadió—. ¿Cómo podría ningún hombre veros como una amiga, solamente?

La viuda pestañeó y, por un instante, pareció desconcertada; después, se dibujó en sus facciones una expresión de fastidio. Me apresuré a posar una mano sobre su

hombro.

—En cualquier caso, debes irte sin tardanza —le dije—. Mi familia volverá enseguida y ya sabes qué harán si te ven aquí. ¿Me escuchas, Beatrice? —Lo pregunté porque se había quedado absolutamente inmóvil, con la mirada clavada en el padre Amiel—. Si Arnaud descubre que te he dejado entrar, se hará una faja con mis tripas. Me colgará como un jamón, Beatrice. ¿Me oyes?

Bruscamente, ella se levantó de la mesa.

—Te oigo —asintió con un hilillo de voz y recogió la cesta—. ¿Me llevo la sopa, pues? No vaya a averiguar tu hermano quién la ha preparado.

—¡Oh, Beatrice, perdóname, pero ya sabes cómo son…!

—No sé nada, Raymond. ¿Cómo quieres que sepa, si nunca has permitido que conociera a tu familia? —Con la cesta bajo el brazo y la capa ceñida en torno al cuerpo, Beatrice dirigió una mirada furiosa al padre Amiel—. De modo que me considera hermosa, ¿eh? —le reclamó.

Hubo una pausa.

—No creo que nadie pueda decir otra cosa de vos —respondió él por fin, con prudencia.

—¿Y qué me dice de Raymond, padre? —dijo ella—. ¿A él también lo encuentra guapo?

—Lo veo desfigurado —replicó el monje, sin darme tiempo a protestar.

—Beatrice —exclame.

—No está en su mejor momento, es cierto —concedió ella, al tiempo que se sacudía de encima mi mano—, pero en condiciones normales es muy guapo, ¿verdad? Mucho más que yo.

—¡Beatrice!

—Si así opináis —asintió el padre Amiel, complaciente—, me inclino ante vuestro superior entendimiento en tales cuestiones.

—¡Vaya si entiendo, padre! Soy una auténtica experta, os lo aseguro. En lo que hace a cuestiones del corazón, no me equivoco nunca.

Y acto seguido, después de acusar prácticamente al dominico de abrigar deseos antinaturales (o así me lo parecía), Beatrice se volvió en redondo y abandonó la estancia sin concederle la cortesía de una reverencia, de una inclinación de cabeza o tan siquiera de una breve despedida.

Naturalmente, corrí en pos de ella. Cuando la alcancé, ya en la calle, la agarré por el codo.

—Pero ¿qué haces? —le susurré—. ¿Estás loca? ¿Quieres llevamos a la ruina a los dos?

—¡Ah, esos monjes! —exclamó ella—. ¡Son estacas sin savia! ¡Cuánto me irritan, a veces!

—¿Y por eso has de injuriar a mi invitado e insultar mi inteligencia? —¡Qué furioso estaba! Furioso y perturbadísimo—. ¿Le estabas llamando bardaja, mujer?

Beatrice tuvo la discreción de mostrarse avergonzada, aunque sus emociones más laudables sucumbieron enseguida a la fuerza de sus peores sentimientos.

—¿Y por qué no? —profirió con cólera—. Muchos de ellos lo son.

—No puedes decirlo en serio… No puedes ser tan estúpida para… —La agitación me volvía incoherente—. ¿Pretendes ponerme difíciles las cosas, con esa bocaza?

Beatrice chasqueó la lengua. Ya empezaba a pasársele la furia. La viuda me había tratado siempre con un afecto tal vez inmerecido y no soportaba mucho rato percibir la menor señal de zozobra en mí sin intentar consolarme.

—¡Oh, Raymond! —murmuró—. Debes tener cuidado. Ése monje es igual que tu hermano.

—¿Cómo, ahora llamas bardaja a mi hermano?

Ella soltó una risilla, de puro sonrojo.

—No, no. Sólo era un insulto —confesó—. Aunque a veces estos monjes dan que pensar. Del modo que hablan de las bodas, o del hecho de yacer…

—¡El padre es un siervo de Dios, Beatrice!

—Ya lo sé, ya lo sé —asintió en tono conciliador—. Pero tú, no. Puede que los monjes deban evitar a las mujeres, querido, pero tú eres libre de actuar como desees.

—¡No, cuando mis amigas insultan a mi patrón! —musité, sin dejarme aplacar—. ¡Ahora tengo que volver ahí dentro y pedir disculpas! ¡Y fingir que no has dicho nunca lo que has dicho! ¡Si consigo conservar el empleo, será un milagro!

—Bobadas.

—¡Un milagro!

—Raymond, ese patrón que tienes te ha arrancado de mi cama, te ha salvado de los golpes de tus asaltantes y te visita en tu lecho de enfermo. ¿Cómo te va a despedir ahora? —De nuevo, frunció el ceño, pensativa—. Le gustas, está muy claro. Tal vez no como me gustas a mí, flor mía, pero te quiere para algo.

—Para que le haga de escribano —apunté. De pronto, me sentía muy cansado—. Quiere un escribano que no rehúya siempre los problemas y que cumpla los mandamientos del Señor. Vete a casa, Beatrice. Agradezco tus cuidados, pero no estoy para discusiones como ésta. Vete a casa ahora mismo. Por favor.

Avergonzada, Beatrice se disculpó y me besó en el que debía de ser el único rincón sin marcas de mi rostro. Acto seguido, se marchó, y yo contemplé cómo se alejaba sin moverme de donde estaba, pues, la verdad sea dicha, me daba miedo volver sobre mis pasos. ¿Qué le diría al monje? ¿«¡Qué celosas son las mujeres, padre!»? ¿«Sé que esas acusaciones son falsas, padre»? ¿«Olvidémonos de que Beatrice ha estado aquí, padre»? Ninguno de tales comentarios me parecía en absoluto adecuado.

Sin embargo, al final no tuve ocasión de formular una observación más oportuna, ya que, cuando volvía a entrar en casa de mi madre, encontré al padre Amiel absolutamente compungido.

—Perdonad —me dijo—. He estado fuera de tono.

—¿Qué? —respondí, al borde de la descortesía de puro perplejo.

—Estoy en vuestra casa y no soy vuestro maestro de noviciado —expuso con un suspiro—. Aquí tienen prioridad vuestros deseos. Permitidme decir en mi defensa, solamente, que los monjes no estamos acostumbrados a la presencia de mujeres. A veces, cuando se nos obliga a estar en su compañía, caemos en el error de cometer actos estúpidos y extremos. En ocasiones, nos mostramos descorteses y arrogantes.

—Padre…

—Vos mismo debéis escoger vuestras amistades. Es vuestra prerrogativa, como hombre de mundo. Dios os ha proporcionado tal libertad para que la utilicéis con sabiduría. —Sin darme ocasión a responder, dio el asunto por terminado y pasó a interesarse por mi salud. ¿Estaría en condiciones de ayudarle, al día siguiente? ¿Me habría recuperado hasta el punto de poder llevar a cabo mis tareas habituales?—. Mañana por la mañana libraré una petición de comparecencia de ese desdichado novicio de los Agustinos Descalzos —declaró—. Solicitaré que el mencionado joven se presente ante mí mañana por la tarde. De momento, he contratado a otro escribano para que redacte las citaciones, pues en el priorato nadie puede dedicar mucho tiempo a atender mis necesidades. Pero si lo deseáis, Raymond, podéis transcribir el testimonio del declarante. Siempre, claro está, que os sintáis en condiciones de llevar a cabo el trabajo.

Debo confesar que me sentía dividido. Por una parte, no me apetecía escuchar, de labios de la desdichada víctima, el relato de un hecho tan doloroso y tan obsceno que se me encogía el corazón con sólo pensarlo. Por otra, me halagaba que el padre Amiel hubiera sido tan sincero en su deseo de que me reincorporase a mi puesto.

Así pues, fruncí el entrecejo, apreté los dientes y por fin, cautamente, pregunté:

—¿Quién es mi sustituto? ¿Es que no puede él transcribir ese testimonio?

—Se llama Pierre-Bernard Aubert.

—¡Ah! —Conocía a Pierre-Bernard. Cargado de años, fastidioso y sin talento, era un viudo maldecido con quince hijos, algo sordo de un oído e incapaz de distinguir nada a más de dos pasos de su nariz. En otras palabras, era exactamente la clase de escribano que uno se veía obligado a emplear en Aviñón, por un breve período, cuando no se disponía de tiempo para buscar otro mejor. Pese a todo, no se me ocurrió criticado—. Un tipo honrado y bastante agradable. —Fueron mis únicas observaciones.

La astuta sonrisa del dominico fue más elocuente que un salmo.

—Sí, bastante —dijo—, pero no muy habilidoso. Y cuando lee en voz alta, resulta

insoportable. Vuestro talento como cantor, hijo mío, os proporciona un peculiar dominio del arte del recitado.

¿Os sorprende que me sintiera un poco pagado de mí mismo? Quizá suene jactancioso, pero satisface mucho recibir elogios de un hombre docto. Pavoneándome como un gallo, sucumbí a mi debilidad por los halagos y aseguré al padre Amiel que me dedicaría con todas mis fuerzas a servirle al día siguiente. Si me había recuperado lo suficiente, lo acompañaría de nuevo a la prisión cuando hubiera terminado su colación del mediodía. Si no estaba en condiciones, le mandaría un aviso por la mañana.

—Pero me encontraré bastante bien —insistí—. No estoy tan mal como parece. Mañana por la mañana estaré más activo que una pulga en temporada.

—No os exijáis demasiado —me recomendó el dominico—. Ya sabéis lo fatigoso que es el trabajo. No me gustaría que nos viéramos obligados a abandonar un interrogatorio debido a una indisposición vuestra.

—No os fallaré, padre.

—Tal vez un día más de descanso…

—Padre, en esta casa es imposible descansar. —Al percatarme de su mirada penetrante, me reconvine para mis adentros por haber tocado el tema de mis tribulaciones domésticas y me apresuré a tranquilizarle—. Ya he estado leyendo, padre, y lo he soportado bien. No tengo dañadas las manos, ¿lo veis? Y la cabeza, la tengo más despejada que un cielo de verano.

—Muy bien, me habéis convencido. —Levantándose ceremoniosamente, el padre Amiel se sacudió el hábito, al que, para vergüenza de quienes allí vivíamos, se habían adherido numerosas migajas (resto de pasadas comidas a la mesa)—. Saludad de mi parte a vuestra familia. No me quedaré hasta que regresen.

—No, claro —repliqué con cierto tonillo irónico—. Lo comprendo.

Una vez más, me miró fijamente, casi traspasándome, con los ojos entornados como para protegerse de la luz. Sin embargo, se limitó a musitar «el Señor quede con vos», y a levantar la mano en una bendición cuando salía.

Casi deseé que se hubiera quedado, pues estaba seguro de que, si mi madre lo hubiera encontrado todavía en la cocina, no habría vuelto a hablar de mis «deshonrosas amistades» durante el resto de la velada. Incluso Arnaud habría tenido que reconocer que andaba en buenas compañías, pues, ¿puede haber alguna mejor que la de un fraile dominico de noble linaje?

Pero no sucedió así y tuve que pasar el resto del día en disputas. Ésa noche, cuando me retiré por fin bajo las sábanas, me dije a mí mismo: «¿Realmente, una copa con un amigo merece tanto sufrimiento?».

Canto II

A la mañana siguiente, llegó de Lazet mi viejo amigo Barthélemy.

Aunque había decidido no abandonar mi habitación hasta que Arnaud saliera de casa, me levanté de la cama para recibirle. Pensé que mi hermano, pese a todos sus defectos, evitaría descargar su mal humor sobre mí en presencia de un posible cliente y que, si aprovechaba la llegada de mi amigo para salir, no correría ningún peligro. Y acerté, pues, cuando aparecí en la cocina, Arnaud se limitó a gruñir y concentró su atención en los rizos lustrosos de su hijo. Siempre que tenía la oportunidad, mi hermano se entretenía en despiojar al niño.

—¡Maese Raymond! —exclamó Barthélemy—. ¿Qué os ha sucedido?

—¿Qué? Oh, nada, un pequeño desacuerdo con Arnaud.

—No es cierto, maese Barthélemy —mi hermano me fulminó con la mirada—. A Raymond lo atacó una pandilla de tunantes.

—¡Que Dios nos asista! —dijo el terciario, santiguándose—. ¡Qué cosa tan terrible!

—Sí, lo fue —convine—, pero ahora ya estoy bien. ¿Y qué ha sido de vos, amigo mío? Tampoco parecéis encontraros en el mejor de los momentos, diría.

Barthélemy, un hombre cuyo semblante nunca había transmitido mucha alegría, presentaba ahora un aspecto patético: demacrado, lívido y desacostumbradamente desaliñado.

—¿Qué os ha traído a Aviñón? —le pregunté—. ¿Necesitáis de nuevo mis servicios?

—Sí, maese Raymond —asintió—. Debéis ayudarme.

—Por supuesto. —Como había captado una nota de desesperación en su voz y creí ver el pánico en sus ojos, le hice pasar a la alcoba y le indiqué que se sentara. Rehusó mis ofrecimientos de comida o bebida y apenas esperó a que cerrase la puerta para poner en mis manos un documento sellado y muy manoseado.

Al estudiar el escrito, descubrí que se trataba de una citación de Pierre-Julien Fauré, inquisidor de la depravación herética de Lazet, por la que se convocaba a Barthélemy para que respondiera de ciertos actos contrarios a la fe que habría cometido.

—¡Oh! —dije con gravedad.

—¿Qué he de hacer, maese Raymond? Sois un hombre sabio. Con vuestra ayuda, a mi primo le revocaron la sentencia y ahora puede morir en su propia cama. ¿Cómo debo enfrentarme al inquisidor para salvar mi propia vida?

¿Cómo? ¡Ya me habría gustado saberlo! Con el ceño fruncido, estudié de nuevo el documento, pero no encontré ninguna indicación sobre la naturaleza del delito que Barthélemy, presuntamente, había cometido. No es que esperara encontrarla. A

aquellas alturas, ya había aprendido que los inquisidores preferían ocultar a los acusados de pecado todos los datos que podían.

—¿Sabéis por qué habéis sido citado? —pregunté—. ¿Habéis hecho algo lamentable de lo que yo deba estar informado?

Barthélemy me miraba, pasmado.

—¿Yo? —preguntó—. Pero ¿cómo podéis imaginar siquiera tal cosa? ¡Soy un buen hijo de la Iglesia! ¡Soy devoto de san Francisco!

—Entonces, ¿por qué ha llegado vuestro nombre hasta ese inquisidor? —dije, señalando el documento con el dedo—. ¿Quién os habrá difamado?

—¡Nadie!

En términos confusos, Barthélemy intentó explicar que creía que había despertado la ira del padre Pierre-Julien al haber logrado que se revocara la decisión del monje acerca de Isoard Calverie. En efecto, un humilde terciario había vencido al poderoso inquisidor de Lazet.

—Eso le resulta intolerable —señaló para concluir—. Y, en consecuencia, como se ha visto obligado a exculpar a mi primo, ahora se dedica a perseguirme a mí.

—¿Estáis seguro?

—¡Lo sé!

—Entonces, os pueden acusar de cualquier cosa —murmuré pensando en voz alta. Con movimientos un tanto tensos, saqué el manual del procedimiento inquisitorial del padre Amiel. Sabía que en él se describían todos los medios de defensa al alcance de un hombre acusado de herejía, pero, oh, Señor, qué pocos había… A primera vista, supe que las perspectivas de Barthélemy no eran muy halagadoras.

—Cuando se trata de perseguir actividades heréticas —le dije—, no es preciso que uno tenga mala fama en su comunidad para verse acusado. Si bien, en circunstancias normales, son necesarios dos testigos para condenar a un hombre de buena reputación, en los casos que se presentan ante el tribunal del Santo Oficio sólo se requiere uno, siempre que el informador pueda dar testimonio de dos incidentes heréticos distintos.

—¿Qué debo hacer, maese Raymond?

Al levantar los ojos (pues había estado leyendo el manual), advertí que Barthélemy sudaba profusamente, no se movía en absoluto y tenía la mirada extraviada. Pensé que no estaba en condiciones de recibir o comprender mis consejos, por lo que me acerqué a él, lo tomé de las manos y las estreché sin dejar de mirarlo a la cara.

—Tranquilizaos, amigo mío —le dije—. Habéis de escucharme con toda la atención, ¿me oís? No os puedo escribir todo esto, pues no sabéis leer; por lo tanto, prestad mucha atención y confiad mis palabras a la memoria. Debéis estar pendiente

de lo que os voy a decir.

—Sí, sí, os estoy escuchando.

—Para empezar, es posible que exista un testigo que os haya difamado. Debéis poner de manifiesto que ese hombre es enemigo vuestro. De este modo, quedará en evidencia que es un falso testigo y que vos sois inocente. —Insté a Barthélemy a que recordara sus relaciones con cada amigo, conocido, pariente o persona anónima con la que hubiera tenido alguna rivalidad a lo largo de toda su vida—. No omitáis a nadie —le recomendé—. Si una vez orinasteis en la tapia de la casa de alguien, dad el nombre de esa persona. Cuanto más larga sea la lista, más posibilidades tendréis. Decidle al inquisidor que tenéis muchos enemigos. Y mencionadle a él entre ellos. No os olvidéis de eso.

—¿Estáis seguro?

—Por completo. ¿Qué podéis perder? Os escribiré esa lista, si así lo deseáis. En realidad, os aconsejaría que presentaseis los nombres antes de la audiencia, no fuera a ser que, con el miedo, os olvidarais de un par o tres. Presentad la lista al padre Pierre-Julien. Que la lea en voz alta a fin de que conste en el registro oportuno. Guardad una copia para vos, y cuando os pidan que confirméis el protocolo, haced que alguien la compare con los nombres que aparecen en vuestro testimonio.

—¿El protocolo? —El hombre parecía absolutamente perdido.

Le repetí todo el proceso inquisitorial con palabras más sencillas y le dije que pidiera que le informasen de la naturaleza exacta de la acusación por la que lo citaban: «ciertos actos heréticos» no bastaba. Si el padre Pierre-Julien no le daba detalles del presunto delito, Barthélemy podía acogerse al silencio y apelar. En cambio, si se presentaban pruebas de la infamia, Barthélemy tendría más posibilidades de combatir la acusación.

—A mucha gente la condenan por su propia ignorancia —proseguí—. El papa Bonifacio VIII, que en paz descanse, aprobó un estatuto por el que se permite a todo juez inquisitorial proceder sin demostrar la infamia de un acusado de herejía si el acusado no protesta primero. Por lo tanto, habéis de protestar al principio de todo. No debéis permitir que el inquisidor os haga adivinar por qué se os ha citado.

—Muy bien —dijo Barthélemy, tembloroso. Lo recordaré.

—Si, como sospecháis, es el propio inquisidor quien testifica contra vos, entonces debéis exigir vuestros *apostoli*, que son cartas que devuelven el caso a la Santa Sede, en los que argumentaréis que estáis siendo juzgado por un juez predispuesto contra vos.

—*Apostoli* —murmuró mi compañero——. Debo exigir *apostoli*.

—Aseguraos de que dos personas imparciales presencien el interrogatorio. Si no hubiera tales testigos, tenéis argumento para apelar. Aseguraos de que se os da la oportunidad de revisar vuestras palabras, ya que alguien os ha de leer vuestro

testimonio un día a más tardar después de haberlo ofrecido. Y si podéis, Barthélemy, buscad a unos cuantos hombres honorables, cuantos más mejor, que atestigüen vuestra fe, vuestra devoción y vuestro honor. A los hombres que desempeñan esa función se les llama «compurgadores». Pueden servir para convencer al tribunal de vuestra inocencia, siempre y cuando pidáis que sean oídos…

—Pero maese Raymond, ¿quién va a apoyarme delante del padre Pierre-Julien? —me interrumpió Barthélemy—. ¡No hay nadie! ¡Nadie tendrá el coraje de hacerlo!

—¡Oh! —exclamé. El tono de desesperación de su voz resultaba desconcertante —. Bien, haced lo que podáis. Y acordaos de llamarlos «compurgadores». Compurgadores. Es muy importante que impresionéis al padre Pierre-Julien con vuestros conocimientos y experiencia, y que sepa que sois un adversario formidable. Si os manifestáis confiado y elocuente y demostráis dominio del procedimiento, tal vez le resulte más difícil condenaros tan despreocupadamente como lo haría a un campesino iletrado. De este modo, no le será tan sencillo pasar por alto vuestros derechos.

Así arengué al pobre terciario, martilleándole ciertas palabras en la cabeza, y le pedí que repitiera mis instrucciones hasta que quedé convencido de que las comprendía. Para terminar, le rogué que no mencionara mi nombre cuando apareciera ante el inquisidor de Lazet, pues si llegaba a saberse que me había pedido ayuda, yo también correría el peligro de que me acusaran de hereje.

—Por ley, a los abogados y a los escribanos no nos está permitido ayudar a los acusados de herética —expliqué—. En mi situación actual, desde luego, es muy improbable que me acusen —pensaba en mi amistad con el padre Amiel cuando hice tal declaración—; pero, aun así, preferiría que mi participación en este asunto fuese un secreto.

Barthélemy me prometió calurosamente que nunca lamentaría haberle ayudado. Alabó con vehemencia mi inteligencia, mi amabilidad y mi noble corazón, y llegó a posar sus labios en mi mano. Cuando le dije, después de desasirme, que no me debía nada por el consejo, estalló en sollozos.

—¡Oh! ¡Dios os ha puesto en mi camino! —gimió—. ¡Sois mi ángel de la guarda, mi único amigo!

—Barthélemy, por favor…

—¿Qué habría hecho sin vos? ¡Vos andáis en los caminos del Señor!

—Y vos, amigo mío, debéis de estar cansado —dije con firmeza, tragándome el nudo que tenía en la garganta—. Sin duda, el viaje os habrá fatigado. Venid, bebed algo de vino y comed un trozo de pan. Podéis incluso descansar aquí, si lo deseáis, porque yo ya no tengo que guardar cama. Quedaos aquí, esta noche, y regresad mañana.

Sin embargo, el terciario insistió en marcharse enseguida. Al cabo de pocos días

tenía que comparecer ante el padre Pierre-Julien. Apenas le quedaba tiempo para regresar a Lazet, por no hablar de los compurgadores que debía buscar para su defensa. A menos que partiera de inmediato, la suya era una causa perdida.

No logré retenerle con ningún argumento.

—¿Y vuestra lista de enemigos? —pregunté, mientras lo acompañaba a la puerta —. ¿Queréis que os escriba los nombres?

—No puedo esperar —respondió, balbuciente—. Tengo que pensar, intentar recordar… No puedo perder tiempo. —Haciendo una pausa en el umbral de la puerta de la casa de mi madre, me echó los brazos al cuello y me besó con tanta fuerza en la amoratada mejilla que di un respingo de dolor—. Que el señor os bendiga y proteja —gimió, con la voz amortiguada por la carne de mi hombro—. Estoy a vuestra disposición, maese Raymond. Mi vida queda a vuestro servicio.

—Tonterías —dije, temeroso de que Arnaud pensara mal de aquella demostración —. Ojalá pudiese hacer más por vos, Barthélemy… —Llegado este punto, titubeé. No sabía cómo formular mi siguiente consejo sin incurrir en la desaprobación de mi hermano—. Hay que decir que vuestras posibilidades no son buenas —informé al terciario en voz baja—. Yo, en vuestro lugar, amigo mío, buscaría otro hogar donde refugiarme, en otra parte, y haría caso omiso de esta… invitación. Aunque, por supuesto, no es fácil que a uno lo acojan calurosamente lejos de casa.

Si Barthélemy me comprendió o no, no puedo saberlo. Lo que sí os diré es que no hizo comentario alguno. Se limitó a estrecharme de nuevo en sus brazos y, cuando me soltó, se marchó calle abajo con pasos pesados. Las suelas de las sandalias, que le iban algo grandes, arrancaban un repiqueteo al golpear las plantas de sus pies. Suspiré y me pregunté si volvería a verle alguna vez. Era una posibilidad muy remota, pensé, y cuando ya volvía a casa con el corazón encogido de pena, me fijé en un joven delgado de cabello rubio que se cruzaba con el terciario momentos antes de que éste desapareciera de mi vista.

¡Dios mío, era Gaillard!

Como podéis imaginar, estuve encantado de ver a mi joven amigo, pero sabía que Arnaud se pondría furioso si el escudero aparecía por la casa de mi madre, ya que, en su opinión, Gaillard era una mala compañía. Así pues, volví a salir con el sigilo de un zorro que anda de cacería y me apresuré a interceptar a Gaillard antes de que me alcanzara en el umbral.

—¡Bienvenido! —exclamé, aunque no demasiado fuerte, sonriendo como un perro—. ¡Qué feliz me siento de encontrarte de nuevo! ¿Venías a visitarme?

—Sí —respondió el escudero, y la sonrisa se esfumó de mis labios porque era evidente que no se alegraba de verme: su semblante era sombrío y tenía los labios prietos y el ceño fruncido. Agarrándome de la túnica, tiró de mí y me llevó hacia el fondo de un callejón—. ¡Eres un canalla! —dijo con los ojos brillantes, lloroso de

furia—. ¡Un truhán!

—¿Qué? ¿Qué he…?

—¡Miserable! ¡Ojalá te hubieran matado, gusano mentiroso!

—Pero, Gaillard, ¿qué he hecho?

¡Oh, de la gente tramposa y depravada líbrame, Señor! Al parecer, alguien, en alguna parte, había estado contando mentiras de Gaillard. Corrían habladurías por la ciudad según las cuales había sucumbido a ciertos encantamientos urdidos por el camarero, quien habría doblegado su voluntad y conseguido de él toda suerte de caricias lascivas. Al anillo que llevaba Gaillard (un presente, como yo bien sabía, de su padre) se le atribuían propiedades mágicas. Se rumoreaba que se lo había regalado el padre Guillaume y que, con la fuerza de una cadena, le servía para mantener atado al escudero, que no podía, así, rechazar sus peticiones.

—¡Y tienes que haberlo contado tú! —rugió Gaillard—. Porque, ¿quién más sabe de hechiceros y anillos mágicos?

—Gaillard, te juro que…

—¡Deja de mentir! ¡Sé que lo has contado tú! ¿O pretendes decirme que ha sido el monje quien ha ido divulgando todos esos bulos?

—No —dije, intentando soltarme de la mano que me agarraba por el cuello—. No, pero estaban aquellos centinelas…

—¿Qué centinelas?

Distraído, aflojó la presión a la que me sometía y conseguí quitármelo de encima con un empujón.

—Fuera, apostados a la puerta —dije, entre toses—. Tal vez oyeron el interrogatorio.

—¡Ah!

—Gaillard, ¿cómo iba yo a divulgar una historia así? —le pregunté, intentando que razonara—. Desde que compareciste ante el padre Amiel, he estado guardando cama con la cara hinchada como la de un ahogado. Apenas podía hablar hasta esta mañana, y Arnaud me ha velado. Saldrá ahora mismo, espera. Los únicos visitantes a los que permite entrar en mi alcoba son monjes y matronas piadosas. Así que, dime, ¿a quién podría yo haber contado esas patrañas, si hubiesen salido de mis labios? ¿Quién iba a preguntarme por el díscolo instrumento de Guillaume Monier en presencia de mi hermano? ¿Quién? ¡Dime quién!

—Yo… yo…

—Nadie —proseguí, airado y avergonzado a un tiempo porque sabía que, al llamar la atención del padre Amiel acerca de Gaillard, había condenado al infeliz muchacho al tormento del deshonor—. Y ahora será mejor que te marches antes de que Arnaud nos encuentre. Si ha oído esas historias sobre ti y ve que me estás empujando contra una pared…

—¡Oh! —Me abofeteó el rostro.

—¡Ay!

—Tú no eres amigo mío.

—Hablaré con el padre Amiel, Gaillard. Los centinelas serán castigados.

—¡No, no digas nada! ¡Ya has hablado bastante!

—Pero…

—¡Déjame en paz, traidor!

Aquello me partió el corazón, porque lo vi tan joven… Era, en realidad, como un niño angustiado. Al fin y al cabo, eso era, un niño, todavía no un adulto hecho y derecho. Lo agarré por el brazo.

—Gaillard, perdóname, todo es culpa mía, pero yo no te he calumniado. Lo juro.

Si me creyó, no dio muestras de ello. Se desasió y, dando media vuelta, se lanzó de nuevo hacia la calle con un rumbo un tanto errático. Vi que se restregaba los ojos y me embargó un terrible sentimiento de culpa; pero la pestilencia del mugriento callejón era todavía más abrumadora y Arnaud, sabía yo, ya debía de estar venteando el aire con ánimo belicoso. Por ello, regresé a casa y fui recibido con una andanada de preguntas suspicaces.

Debo confesaros que no fui del todo sincero. Le conté que Barthélemy me había entretenido en la calle. Sí, el pobre hombre estaba de lo más angustiado. No, ni un solo sueldo había cambiado de manos, ojalá… Arnaud murmuró algo desagradable sobre el precio de los ungüentos del boticario, pero no tuve que buscar refugio de sus reprobaciones, porque lo llamaron del almacén para que supervisara un envío y a partir de ese momento reinó una frágil paz, al menos durante un tiempo.

Así, pude reflexionar sin interrupciones sobre las vicisitudes de mis amigos. Respecto a Barthélemy, para empezar, no podía decirse que fuera mucho más que un conocido. En realidad, sólo era un cliente. Sin embargo, su situación apurada me inquietaba y me pregunté, con un ligero estremecimiento, si no llegaría a empañar mi buen nombre. ¡Y Gaillard! Aquél sí que era un buen nombre tristemente manchado. ¿Qué debía hacer yo? ¿Cómo podía ayudarlo? ¿Había perdido su confianza y aprecio para siempre? Se me ocurrió pensar que si el ambiente se emponzoñaba con el resentimiento de Gaillard, El Gallo Negro dejaría de ser un agradable refugio. Mi joven amigo tal vez no se atrevería a presentarse allí nunca más. Quizá no le apetecería soportar que Othon lo pusiera en ridículo.

Precisamente, estaba pensando en Othon y en lo mordaces que podían ser sus bromas, cuando se presentó en casa, aporreando la puerta y llamándome.

—¡Raymond! —gritó—. ¿Dónde estás? ¡Sal ahora mismo, rata cobarde! ¡Sé que ya puedes andar, me lo ha dicho la viuda!

Mi madre parecía asustada. Mi cuñada, muy enojada. Los perros empezaron a ladrar ruidosamente y a mí me ordenaron que no me levantara de mi asiento.

—Tu hermano no quiere ver a ese hombre en casa —declaró Alazais—. No le dejes entrar, Raymond.

—¡Eso! —intervino mi madre con la voz a punto de quebrársele—. ¡Arnaud ha dicho que no!

—¡Eres un desgraciado, Raymond! ¡Entraré a buscarte y te sacaré a rastras!

—¡Siéntate, Raymond! —gritó mi cuñada, en un tono absolutamente inadecuado a las circunstancias. A fin de cuentas, era una mujer y todavía no era la dueña de la casa.

Por lo tanto, hice caso omiso de las órdenes y salí a saludar a Othon.

—¡Si tu hermano estuviese aquí, te lo impediría! —exclamó Alazais mientras yo abría la puerta—. ¡Traes la vergüenza a esta familia!

—¡Oh, calla esa boca ponzoñosa! —le dije, harto hasta lo indecible de sus sermones—. Si mi hermano estuviera aquí, Othon bailaría una estampida encima de su cabeza.

—¡Claro que lo haría! —dijo Othon, que había oído el final del diálogo—. Y también tocaría *El ruiseñor* con su cuerno. ¡Vaya, Raymond! ¿A esto llamas tú recibir una paliza, pétalo de rosa? Yo quedé mucho peor después de pasar la noche con una virgen.

—Ahora sí que estás peor —repliqué, cerrando la puerta a mi espalda, pese a las sonoras protestas de Alazais—. Si te hubiesen llevado a rastras por un campo de tiestos rotos, nadie notaría la diferencia.

—¡Ja! —Me dio un puñetazo en las costillas y me doblé de dolor. A continuación, me llevó a empujones al mismo callejón infecto que Gaillard había elegido para atacarme. Me pregunté por qué una calleja tan hedionda ejercía aquel irresistible atractivo. ¿Mis amigos se sentían más a gusto en un muladar?

—Dime quiénes te atacaron —preguntó Othon con cierta jovialidad—. ¡Dame sus nombres y los mataré a golpes, desechos miserables! Tu hermano no ha querido decírmelos. ¡No me ha dejado entrar en la casa!

—Eso me han contado —repliqué, y he de confesar que sus palabras me conmovieron—. Pero Arnaud no podía dártelos, Othon, porque no reconocí a ninguno de los agresores.

—¿A ninguno?

—No.

—¡Qué pena! —dijo alegremente—. Pero si alguna vez lo descubres, Raymond, no te olvides de tu amigo. Ya sabes que partir cabezas es uno de mis pasatiempos favoritos.

—¿De veras? Yo creía que tu pasatiempo favorito era fornicar.

—¡Oh! —Excitado, al parecer, por el hecho de que sacara a relucir el tema, me agarró el brazo con tanta fuerza que tuve que pedirle que me soltara. Nos hallábamos

en un rincón escondido, cerca del muro contra el que Gaillard me había inmovilizado. El barro nos llegaba a los tobillos y el ambiente era húmedo a pesar del ardiente sol.

El hedor me mareó.

—¡Sí, fornicar! —dijo con una sonrisa—. Raymond, estoy loco de lascivia. Hay una muchacha… ¡Oh, menuda muchacha! Nunca has visto un bocado tan sabroso. Es la fruta más dulce, y además es doncella, con unas tetas hasta aquí… ¡Y la han encerrado en un convento, Raymond!

—¿Quiénes?

—¡Esos banqueros florentinos! ¡Los Frescobaldi! ¡Te juro que habría que destriparlos! Les preocupa más su honor que la pobre Isabella. La han encerrado porque la pobre muchacha anhela el amor… Iría con cualquiera que se lo pidiese. ¡Pero si se le nota en los ojos! Apenas ha dejado los pañales y ya tiene ojos de cortesana. No hay hombre que pueda satisfacerla, se nota. Y por eso la han encerrado en un convento, donde sus jugos se agriarán y…

—Othon, no vayas a allanar otro convento —aunque las rodillas me temblaban, estaba decidido a resistirme—. No, otra vez no. Con una, ya basta.

—¡Oh, amigo mío! ¿Crees que iba a pedirte algo así?

—Sí, ya lo has hecho.

—Pero no lo repetiré, en vista de lo que ocurrió la otra vez. No, tengo otra idea, una idea mucho mejor.

Y Othon explicó que, si yo podía falsificar una bula —una orden papal por la que se requiriera la presencia de sor Isabella, ella sola, en un determinado jardín, una noche concreta—, pediría a Berenguer que falsificara el sello y lo estampara en el documento. ¿Quién se atrevería a desafiar dicha orden? Estaba seguro de que después la muchacha no revelaría su vergüenza. Era probable incluso que volviera por más, una vez despertado su apetito. Y como era una desenfrenada capaz de acomodar a más de un hombre a la vez, si yo quería sacar agua del pozo…

—No —dije.

—¿Qué?

—Que no. —Me molestó que fuera tan idiota como para proponerme una cosa así —. ¿Estás loco? ¿Sabes cuál sería el castigo por; una imbecilidad como ésa?

—¿Y quién lo iba a descubrir, Raymond?

—¡Todo el mundo! ¡Los *bullatores,* la abadesa, el Papa, el condestable, todo el mundo! ¿Quién entregaría la bula? ¿Lo harías tú, en persona? ¿A la portera del convento? ¡Esto es un sueño de borrachín y deberías olvidarlo!

Othon se ruborizó y frunció el ceño. Aunque fuera idiota, no lo era tanto como para lisiar a un hombre cuya ayuda necesitaba tan desesperadamente. Así pues, con un enorme esfuerzo, se contuvo de partirme en dos y dijo:

—Aunque me pescaran a mí, Raymond, nadie sabría que tú habías colaborado en

esto.

—¿De veras? ¿Nadie reconocería mi escritura? ¿Nadie recordaría que, de todos tus amigos, soy el único que no es analfabeto? —Para demostrarle con qué rotundidad desaprobaba su plan (y para volver a la relativa seguridad de una calle bien transitada), empecé a alejarme de él—. Othon, he presenciado los procedimientos de un tribunal y sé cómo piensan los juristas. Ésta idea tuya está condenada al fracaso, amigo mío, y terminarás dándome las gracias por haberte disuadido de ella.

—¡Pero otras veces me has ayudado! —protestó, agarrándome la muñeca—. ¿Por qué ahora no?

—Porque ahora no estoy borracho.

—Entonces, ven conmigo a El Gallo Negro. Si lo que buscas es coraje, un trago de vino te pondrá un poco de hierro en las entrañas.

—No.

—Raymond…

—No.

—Pero ¿qué te ocurre, Dios bendito? —Casi me desencajó el brazo del hombro —. Ése monje debe de estar chupándote la sangre. ¡Cualquiera diría que tú también te has hecho fraile!

—Suéltame.

—¿Por qué no lo dejas, Raymond? ¿Por qué no olvidas todas estas tonterías? —En su afán por ser convincente, Othon sonaba más peligroso que nunca—. Gaillard dice que has contado sus secretos a esa asquerosa rata de sacristía. Te juro que si alguna noche sorprendo a ese fraile mientras va de regreso al priorato, le daré algo por lo que rezar.

—¡No!

—Le diré que deje de molestarte con todas esas estupideces sagradas o…

—Si te atreves… —lo interrumpí, casi atragantándome de la rabia—, si te atreves, te haré despedazar. —No las tenía todas conmigo, creedme, porque cuando Othon iba bebido, era capaz de cualquier acto blasfemo, por vil e ilógico que fuera—. ¡Te lo digo en serio, Othon! Si lo tocas, si tan siquiera te acercas a él…

—O tal vez deba contarle cómo te colaste en el convento de monjas —prosiguió mi amigo, provocándome—. Si se entera de lo que hiciste, quizá no querrá que trabajes más para él.

—¿Y si se entera de lo que has hecho tú? ¿Y si le cuento lo que hiciste con aquella mujer en el camino de Pamiers? Tus pecados son mayores que los míos, Othon. ¡No lo olvides!

Tal vez fue una suerte que me hubiera abordado en un lugar oscuro y apartado. De otro modo, todo el mundo se habría enterado de nuestros vergonzosos secretos,

porque, con los ánimos encendidos, nos olvidamos de hablar bajo. Aunque, por otro lado, si hubiéramos estado hablando en la calle, a la vista de nuestros conciudadanos, tal vez no se habría sentido lo bastante confiado para pegarme un puñetazo en el vientre.

Pero allí, en el callejón, no había nada que lo contuviera. Me pegó y fue un golpe como el de un ariete, que me administró después de cierta reflexión. De hecho, permaneció quieto unos instantes, mirándome, con el rostro ruborizado y la respiración jadeante, antes de decidir que era inútil seguir discutiendo. ¿Por qué malgastar palabras? Un puñetazo era más efectivo que cualquier insulto, y con él me dijo lo que pensaba y me dejó incapacitado para replicar.

Cuando se alejó, yo seguía de rodillas, tratando de recuperar el aliento. El dolor me llegó transcurridos unos instantes, cuando la conmoción disminuyó un poco. Advertí que estaba agachado en un charco de porquería y se me ocurrió que Alazais consideraría las manchas como una prueba más de mi iniquidad. Había desafiado las órdenes de mi hermano, ¿y a cambio de qué? A cambio de un golpe en la tripa que a punto estuvo de dejarme incontinente. Tenía los calzones empapados de mugre, las manos sucias y la muñeca dolorida, y podía pronosticar, como si ya hubiese acontecido, lo que diría Arnaud cuando se enterara de la visita de Othon.

¿Es de extrañar, pues, que mientras me retorcía como un perro hambriento, pensase en el silencio y el orden de la prisión con algo similar a la añoranza?

Canto III

El novicio de los agustinos se llamaba Gilles Arasse y era jovencísimo. Apenas empezaba un fino vello a ensombrecer sus mejillas, aún no había terminado de cambiarle la voz y todavía tenía una piel muy suave. Venía acompañado por su maestro de novicios, un tal Cornelius, un fraile tan viejo como nuevo era Gilles. Con todo, el muchacho caminaba arrastrando los pies como un anciano, mientras que el monje, aunque canoso y encorvado bajo el peso de los años, rebosaba vigor en sus movimientos; incluso la mirada de sus ojillos castaños y brillantes iba de un lado a otro como la lanzadera de un telar.

Cuando el padre Amiel le pidió que esperase fuera de la celda, Cornelius protestó con vehemencia. Gilles había sido encomendado a su cuidado. El muchacho estaba enfermo y requería asistencia. ¿Con qué propósito se obligaba al muchacho a levantarse del lecho del dolor para dar testimonio, si todas las preguntas acerca del suceso que le tenía postrado podían ser contestadas por el abad o por el propio instructor del novicio?

—¡Ah!, también desearé interrogaros a vos, hermano —replicó con calma el dominico, y sus palabras me hicieron reflexionar sobre la animosidad que a veces se daba entre monjes de diferentes órdenes. Era evidente que existía un desprecio mutuo, aunque en el padre Amiel sólo podía deducirse de la languidez con la que articuló aquellas palabras, de su manera de inclinar la cabeza y de cómo entornó los párpados. Como veréis, empezaba a conocerlo bastante bien.

—¿No debería quedarme, entonces? —repuso el maestro de novicios—. Puedo responder lo que hayáis de preguntarle a Gilles. Me lo ha contado todo.

El padre Amiel, sin embargo, se mantuvo firme. Insistió en que Cornelius siguiera a los centinelas y ordenó a éstos que montaran guardia al fondo del pasillo, lejos de la celda. Al ver que ellos también remoloneaban, el padre Amiel anunció, con voz cortante como el filo de un cuchillo, que todavía tenía que informar al condestable de ciertos actos ilícitos cometidos por miembros del cuerpo de prisiones mientras estaban a su servicio.

—Aunque tal vez —añadió—, si quedo satisfecho de su conducta de ahora en adelante, me abstendré de informar de estas violaciones de la seguridad.

Nerviosos, los centinelas emprendieron una rápida retirada, llevándose a rastras a Cornelius. Dirigí una mirada al dominico y éste, al advertirla, me dedicó un gesto de frío asentimiento. Como habréis colegido de lo anterior, en el trayecto de la casa de mi madre a la prisión lo había puesto al corriente de mi temor a que alguien nos hubiera espiado durante uno o varios de los interrogatorios. Al enterarse, el padre Amiel había encajado las mandíbulas, había entrecerrado los ojos y había hablado a gritos al centinela de la puerta de la prisión, como lo haría un oficial del orden.

Si mis sospechas resultaban ciertas, era evidente que alguien saldría malparado.

—Veamos, Gilles —dijo el dominico cuando el testigo hubo prestado juramento y tomó asiento. (Depositó su trasero en la banqueta con tales remilgos y titubeos que aparté la mirada para no verlo)—. Me han dicho que hace poco recibiste la visita de un demonio, un súcubo, y que como consecuencia de ello quedasteis privado de vuestros *virilia*. ¿Es así?

Con su dicción enérgica, el dominico logró levantar en parte el velo de lobreguez y vergüenza que envolvía la estancia. Habló como si la citada mutilación no tuviera más de vergonzosa que un acceso de fiebre o que una discusión a gritos. Con todo, Gilles parecía incapaz de responder. Allí sentado, boqueaba como un pez fuera del agua.

—¿Es cierto —continuó el padre Amiel con un asomo de impaciencia— que te atacó un demonio lascivo y te arrancó los genitales?

—No —susurró el muchacho.

—¿Ah, no? —Juraría que esta vez la sorpresa del padre Amiel era auténtica. Sin embargo, se recuperó enseguida—. Entonces, ¿qué fue lo que sucedió?

—Yo… yo… —De nuevo, Gilles se quedó sin habla. El fraile tuvo que apremiado a responder.

—Pero fuiste mutilado, ¿no?

—Sí.

—¿Y quién cometió tan bárbaro acto?

—Yo… yo… Fui yo.

—¿Tú mismo lo hiciste?

—Sí.

Como imaginaréis, me quedé paralizado de asombro, con la pluma suspendida en el aire.

Y dado que el padre Amiel, inquisidor experimentado, continuó el interrogatorio sin apenas una pausa, enseguida me vi obligado a retomar el hilo y me puse a escribir de nuevo como un poseso.

—¿Y por qué hiciste tal cosa? —quiso saber el dominico.

—Para detenerlo.

—¿Detener a quién?

—Al demonio.

—Dime, ¿era un demonio con forma femenina?

—Sí. —Gilles exhaló la respuesta con un jadeo, como si fuera incapaz de hablar con voz más firme, de puro agotamiento. Aventuré una mirada y lo vi derrengado en la banqueta. Tenía el rostro blanco como la leche.

—Háblame de ese demonio —le instó el padre Amiel. Y cuando sus palabras no obtuvieron respuesta, añadió—: ¿Qué aspecto tenía?

—El de una mujer —gimió el declarante.

—Descríbela.

Gilles no dijo nada.

—¡Descríbela! —repitió el fraile—. ¿Era una bruja? ¿Era vieja y repulsiva? ¿Era hermosa? ¡Dime!

Inseguro, el muchacho describió lo que había visto. Una mujer hermosa. Desnuda. Con los cabellos negros. No disimularé que yo estaba impaciente por saber más de la sublime aparición, pero quedé decepcionado. El joven Gilles se quedó atascado en lo de los cabellos negros.

—¿Tenía rabo? —inquirió el padre Amiel.

—No, padre.

—¿Tenía cuernos?

—No, padre.

—¿Tenía alguna peculiaridad en cuanto a forma o color?

—No, padre.

—Entonces, ¿cómo averiguaste que no era una mujer de verdad?

Casi me reí al oír la pregunta. En cuanto al muchacho, arrugó el ceño y, con un temblor en los labios, miró al padre Amiel como si le pidiera ayuda.

—Tal vez flotaba como una nube —le sugirió el dominico con un tono casi burlón. Gilles, no obstante, respondió con gravedad. Debió de hacerlo con un gesto, pues el inquisidor le instó a que contestase en voz alta.

—Sí, padre.

—¿Y en qué momento vino a ti ese demonio?

—Cuando estaba acostado. Desperté y… y allí estaba.

—¿Duermes solo o con otros?

—Duermo en un dormitorio común.

—Pero ¿no se despertó nadie más?

—No, padre.

—Bien. Despertaste, dices. ¿Qué sucedió después?

De nuevo, se produjo una larga pausa. Con cierta curiosidad, dirigí una mirada a la figura hundida y temblorosa del muchacho y me pregunté qué habría visto un demonio en aquella piltrafa descarnada. Debo reconocer mi escepticismo. Si a mí, apenas alcanzada la edad de las poluciones nocturnas, se me hubiera acercado una mujer hermosa, desnuda y de negros cabellos, habría recordado y descrito con vehemencia cada curva, cada pestaña y cada hoyuelo.

—Me tomó por la fuerza —dijo Gilles con voz sorda.

—¿Qué?

—Me… me hizo pecar.

—¿De qué modo? ¿Por qué medios? —De nuevo, el padre Amiel habló en tono

impaciente—. ¿Te amenazó? ¿Cómo impidió que gritaras, que te resistieras o que alertaras a los demás novicios?

—Fue brujería.

—¿Brujería?

—No podía hablar. Ni moverme.

—Entonces, ¿cómo pudiste pecar? —preguntó el dominico con sequedad—. Gilles, una parte de tu cuerpo tuvo que moverse, cabe pensar…

—¡Oh! Hum… Sí.

—¿Y fue en esa parte, supongo, donde ese demonio se empaló?

—Sí, padre. —El novicio estaba al borde de las lágrimas.

Las percibí en su voz.

—¿De modo que fuiste obligado a realizar el coito contra tu voluntad, por así decirlo? —inquirió el padre Amiel con más suavidad—. Qué perturbador te resultaría. ¿Y hubo algo en ese demonio que te resultara especialmente excitante, amigo mío?

Silencio.

—Vamos, no te avergüences. Dices que tu miembro viril se puso tumescente. ¿Por qué? ¿Admiraste sus pechos generosos, su piel suave, el aroma embriagador de su *con*?

Me quedé asombrado y, al mismo tiempo, lo encontré gracioso. ¡Que un monje conociese siquiera tales palabras! A Gilles, desde luego, no le sonaba el término: continuó poniendo cara de tonto, boquiabierto y con la mirada ausente. El padre Amiel lo estudió un rato, pensativo. Luego, con una sonrisa (como si la pregunta sobre la tumescencia hubiera quedado contestada a su entera satisfacción), continuó.

—¿Hubo emisión, Gilles? —inquirió.

El testigo murmuró algo incomprensible.

—Habla un poco más alto, hijo, no te oigo.

—No, padre.

—¿No? ¿No hubo emisión?

—No la hubo, padre.

—Vaya. Una proeza que debió de requerir un buen dominio de ti mismo, si se me permite decirlo. —El padre Amiel me oyó contener una risa burlona y me dio una patada por debajo de la mesa. Tras fulminarme con una mirada ceñuda y penetrante, volvió a centrarse en el declarante—. Así pues, el demonio se lanzó sobre tu pene erecto, probó en vano a extraer la simiente de tu vara y… ¿qué hizo a continuación?

—Se marchó.

—¿Cómo?

—Se desvaneció.

—¿Como el humo?

—Sí, padre.

—¿Dejándote paralizado e incapaz de hablar?

—No, padre. —Parecía que a Gilles se le atascaban las palabras en la garganta—. El… el hechizo se deshizo.

—¿Y pudiste entonces alertar a tus compañeros? ¿Pudiste despertar a los demás novicios?

Silencio.

—¿Gilles? Respóndeme. ¿Despertaste al resto del dormitorio?

—No… —un mero susurro—. Me dio mucha vergüenza.

—¿Me estás diciendo que te sedujo una aparición diabólica, en terreno sagrado, y no se lo contaste a nadie?

—Yo… yo…

—¿Asististe a los rezos diarios con semejante mancha en tu alma? ¿Te mezclaste libremente con tus hermanos, sabiendo que estabas tan gravemente corrompido? ¡Cómo pudiste mancillar la pureza de tu casa y profanar la santidad de la Iglesia…!

—Se lo conté a mi confesor —interrumpió Gilles—. Al padre Cornelius.

—¡Ah! —El padre Amiel dejó que el silencio se prolongara hasta hacerse incómodo, pero Gilles no estaba en absoluto para sutilezas, por lo que el dominico continuó—: ¿Y qué recomendó el hermano Cornelius?

—Penitencias.

—¿De qué naturaleza?

—Ayunos. Flagelaciones. Sobre todo, flagelaciones.

—¿De forma que te azotaba para librarte del espíritu? Debía de considerarte culpable, en alguna medida.

El muchacho titubeó:

—Soy un pecador ante los ojos de Dios —murmuró finalmente.

—¿Y, por tanto, eres como una herida supurante, que atrae a las moscas? —dijo el monje—. Pero supongo que es verdad que algunas heridas deben cauterizarse. Como dice san Agustín: «En todas partes, la máxima alegría va precedida del mayor dolor». —Exhaló un profundo suspiro—. ¿Fue así en tu caso, hijo mío? ¿Los remedios de tu confesor consiguieron desterrar al demonio?

—No, padre.

—¿Regresó?

—Sí, padre.

—Cuéntame qué sucedió.

Con una voz desprovista de emoción, Gilles describió su segundo encuentro con el súcubo de cabellos negros, que en esta ocasión no tuvo más éxito que en la anterior en cuanto a extraer del novicio su líquido seminal. De hecho, los dos episodios resultaban casi imposibles de distinguir; casi hasta el último detalle, uno era idéntico

al otro. De nuevo, Gilles se vio reducido a quedarse quieto en la cama como una estatua mientras el demonio lo violaba. Tampoco esta vez osó despertar a nadie ni contar nada hasta consultar con su confesor, a la mañana siguiente. Entonces, Cornelius le reprendió, le golpeó y le ordenó que pasara la noche siguiente de rodillas, en oración.

—Un momento. —El padre Amiel detuvo el testimonio con una brusca exclamación—. ¿Dices que el hermano Cornelius en persona te pegó? ¿Después de confesarte con él?

—Sí.

—¿No fue durante el capítulo de faltas? ¿No fue delante del abad, como se hace habitualmente?

—No, padre. —Tras una breve pausa, Gilles se sintió impulsado a añadir—: El padre Cornelius prefiere ahorrarnos la vergüenza pública. Sus disciplinas son más duras que las del capítulo, pero no tenemos que humillarnos ni que realizar trabajos serviles.

—¿Pretendes decirme que el padre Cornelius no informó a su superior de lo que sucedía?

En el silencio que se produjo, cambié la pluma de mano y miré al padre. Con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, éste observaba desde su silla al testigo, que parecía haberse quedado sin palabras. Cuando el dominico continuó finalmente, por las mejillas imberbes de Gilles corrían unos gruesos lagrimones.

—¿Tal vez le pediste que no revelara tu situación, bajo secreto de confesión? —apuntó.

—No —sollozó el muchacho—. Es decir… sí. No me acuerdo. Oh, padre, yo hice lo que me mandaba…

—Entonces, tenemos que considerar que el hermano Cornelius decidió encargarse del asunto personalmente —dedujo el padre Amiel—. Se considera el guardián de tu alma y, por lo tanto, estoy seguro de que debió de disciplinarte con más severidad todavía en esta segunda ocasión. ¿Me equivoco, hijo?

No hubo respuesta.

—¿Te golpea a menudo, Gilles?

—Sí, padre —dijo el muchacho en un susurro casi inaudible.

—¿Y a los demás novicios?

—También, padre.

—¿Qué utiliza? ¿Una vara?

—Sí, padre, una vara de abedul. Y un flagelo. Y a veces un libro, u otras cosas.

—¿Qué empleó esta vez?

—Azotes, padre.

—¿No sugirió otros medios de ayudarte? ¿Un exorcismo, por ejemplo?

—No, padre.

—¿Regresó el súcubo, después de la segunda tanda de azotes?

—Sí, padre —gimoteó el muchacho—. Volvió y yo… Perdí toda esperanza y… y me amputé. Con un hacha de cocina, de un golpe, extirpé… —No terminó la frase.

—Te arrancaste el miembro que te ofendía, ¿no? —la completó el padre Amiel—. Naturalmente. ¿Y eso ha disuadido al demonio?

—Sí —susurró Gilles.

—¿No ha vuelto?

—No.

—Enséñame la espalda, hijo.

Sin entender a qué se refería, el muchacho se levantó de la banqueta y se colocó de cara a la pared.

—No, no. —El padre Amiel corrigió la indicación—. Me refiero a que te despojes del hábito, la capa y el escapulario.

—¡No, la herida no…! —Gilles se estremeció—. Por favor, padre, llevo las vendas… ¡Por favor…!

—No quiero ver la herida, hijo mío —lo tranquilizó el fraile—. No me interesan tus partes pudendas.

Gracias a Dios, pensé, y estuve a punto de santiguarme.

—Deseo ver las marcas de los azotes —continuó el dominico—. Quiero apreciar la severidad de la penitencia. Enséñame la espalda.

Obediente, Gilles se la mostró. Lentamente, con dedos torpes, el novicio se quitó la ropa y desnudó su frágil figura, que estaba casi tan llena de magulladuras como la mía. Ronchas y costras adornaban sus costillas y en sus brazos abundaban las marcas. En voz muy baja, pregunté al padre Amiel si debía relacionar las heridas para dejar constancia y me respondió, en voz igualmente queda, que sólo debía registrar la existencia de «contusiones excesivas».

Luego, con repentina energía, ordenó al muchacho que se vistiera y fuera a buscar a su maestro. También ordenó a Gilles que esperara con los centinelas mientras él hablaba con el padre Cornelius. Bajo ningún concepto debía marcharse, pues tal vez debería seguir declarando. En efecto, el interrogatorio no había concluido todavía.

Aturdido y sin habla, el testigo se retiró, arrastrando los pies y bamboleándose como si transportara una bolsa entre las piernas, y aproveché la oportunidad para frotarme la dolorida muñeca y estirar los hombros.

—¿Os encontráis bien? —preguntó el dominico, con visible preocupación.

—Sí, padre.

—¿Queréis que nos tomemos un descanso?

—No, no. Pero si pudiera mojar la garganta…

—Por supuesto —asintió, y me llenó el vaso de agua. Debo confesar que aquel

acto me emocionó, pues, como sabéis, un monje rara vez se digna servir a nadie, si está en compañía de un lego. En realidad, lo pertinente habría sido que yo le sirviera a él, pero esta vez fue el dominico quien, con pulcritud y gesto grave, ofició de escanciador mientras el padre Cornelius irrumpía en la sala como un vendaval y, plantándose delante de la mesa con los brazos en jarras, dirigía la palabra al padre Amiel con osada y tempestuosa descortesía.

—¿Habéis examinado la herida del pobre muchacho? —exigió saber.

El padre Amiel lo miró fijamente, pero no dijo nada.

—¡Le he visto anudándose el cordón! —protestó el benedictino—. ¡Estaba al borde del desmayo! ¿Le habéis forzado a enseñar sus vergüenzas para vuestra satisfacción?

El dominico se volvió hacia mí, arqueó una ceja y puso una cara de pena que decía: «¡Qué lamentable, insinuar siquiera que yo sea capaz de tal cosa! ». A continuación, con voz gélida, pidió al padre Cornelius que hiciera juramento, por Dios Todopoderoso y por sus Sagradas Escrituras, de decir toda la verdad y nada más que la verdad en relación a sí mismo, como testigo principal, y a otros, vivos o muertos.

Para mi gran sorpresa, el anciano monje accedió a la sugerencia sin reparos. (Tal vez era de esos hombres que, antes de lanzarse a cualquier clase de conversación, tienen que pavonearse un poco para producir en sus oponentes la impresión de que están ante un valioso contrincante).

—Yo no miento —añadió ostentosamente, una vez efectuado el juramento—. Tanto si doy mi palabra como si no, yo siempre digo la verdad. Por eso no teníais necesidad de estudiar la aflicción del infortunado muchacho. Yo he podido ver la herida y puedo aseguraros que ahora es un eunuco. ¿Por qué torturar, pues, su alma atormentada?

Si el padre Cornelius esperaba una respuesta, quedó decepcionado. El padre Amiel se limitó a decir:

—¿Cuándo os habló Gilles por primera vez de la existencia del súcubo? ¿Fue antes o después de castrarse?

—Después —respondió el benedictino.

—Pero él dice que os lo contó antes. Dice que se emasculó por desesperación, para repeler al espíritu maligno, después de que fracasaran las penitencias que le impusisteis.

La respiración del padre Cornelius se hizo más pesada.

—¡Es una falsedad! —protestó con voz ronca—. Yo no le impuse penitencias en relación con el súcubo. No supe nada del asunto hasta que ese acto sanguinario se hubo consumado.

—Pero sois su confesor, ¿no?

—Lo soy.

—¿Y nunca os confió sus cuitas?

—Respecto al súcubo, no.

—Porque, si el muchacho os reveló su existencia bajo el secreto de confesión, estaría justificado que no dierais aviso al abad. Bajo el secreto de confesión, os veríais en la obligación de afrontar el problema vos mismo, sin ayuda. Y vuestras penitencias habrían sido el remedio para él.

—Yo no le impuse penitencias —repitió el benedictino con impaciencia, casi con irritación—. Ya os he dicho que no supe nada del súcubo hasta que Gilles me explicó la causa de su mutilación.

—Pues él dice que le pegáis.

—Le pego, sí. Lo hago con todos los novicios. Soy su maestro. —La banqueta en la que estaba sentado crujió bajo su peso—. ¿Es que los dominicos no reciben castigo por sus pecados?

—Tenedlo por seguro —replicó el padre Amiel—. Pero a nosotros sólo se nos disciplina delante de la comunidad. En el capítulo de faltas.

El padre Cornelius pareció reflexionar unos momentos.

—Así debería ser —respondió al fin, ásperamente—. Pero me siento un padre para con mis novicios y quizá los trato con demasiada ternura. Todos ellos prefieren, sin duda, no verse humillados ante el abad y condenados por sus hermanos. Por eso son castigados en privado, salvo cuando su pecado es demasiado atroz.

El silencio que se produjo a continuación estuvo muy calculado. Aunque se prolongó lo suficiente como para que el padre Cornelius notara que el dominico lo estaba acusando, éste le sorprendió con otra pregunta sin darle tiempo a expresar su cólera.

—¿Cuántas veces habéis pegado a Gilles Arasse?

—¿Pegarle? ¡Muchas!

—¿Cuántas?

El benedictino emitió un ruido, una especie de bufido, que expresaba su absoluta incapacidad para recordar un detalle tan nimio.

—¿Quién sabe? —soltó—. Todos los jóvenes son profanos y disolutos por naturaleza.

—A juzgar por las marcas que lleva en el cuerpo, hermano, el joven Gilles debe de ser un pecador empedernido.

El padre Cornelius puso cara de desconcierto. Miró al interrogador con perplejidad manifiesta, juntando sus pobladas cejas.

Después se cuadró de hombros, llenó los pulmones y anunció, con tono paciente y tedioso, que era maestro de novicios desde hacía veinte años y que sabía perfectamente cuándo era necesario actuar con mano firme para guiar a un muchacho

durante su época de noviciado.

—¿Y en el caso de Gilles era necesaria esa mano firme? —quiso saber el padre Amiel.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tenía pensamientos impuros —replicó el padre Cornelius, sin concretar —. Sueños y visiones concupiscentes.

—¿De qué naturaleza?

—Eso no os lo puedo decir —el benedictino adoptó un tono altivo—. Se me reveló bajo el secreto de confesión.

—Pero Gilles nos lo ha contado —protestó el padre Amiel, mintiendo fría y descaradamente. El otro fraile, sin embargo, no cayó en la trampa.

—Gilles puede difundirlo, si quiere. Yo lo tengo prohibido.

—¿Así pues, esperabais quitarle la lujuria a golpes al muchacho?

—Esperaba demostrar que la carne es débil. Que el cuerpo es un simple receptáculo, que no está hecho para la fornicación, sino para el Señor, como nos dice san Pablo.

—¿Creéis firmemente en ello?

—Con toda firmeza.

—Entonces, ¿qué haríais, por ejemplo, si uno de vuestros novicios cayera en… en dar satisfacción a sus deseos carnales con ayuda de sus propias manos?

—Castigaría esas manos —declaró sin vacilar el padre Cornelius—. Haría que las pusiera sobre una mesa y las disciplinaría con la vara.

—¿Le hicisteis esto a Gilles? He observado que tenía los nudillos hinchados.

—Padre, lamento decir que he tenido que hacérselo a muchos novicios, en numerosas ocasiones. —De nuevo, el viejo fraile empleó un tono condescendiente, como si se dirigiera a alguien inexperto y algo corto de entendederas—. Todos llevamos dentro a Satán, y un muchacho no es más que un foco infeccioso de concupiscencia. Su cuerpo lo domina: es glotón y perezoso y fornicador impúdico. He corregido a muchos jóvenes con severidad, los he castigado con la vara hasta que se me ha cansado la mano… y ¿con qué resultados? Al cabo de pocos días, ya andan otra vez en pos de la ramera de Babilonia, mancillando su propia pureza y revolcándose en la putrefacción de los pecaminosos humores de la carne…

—Entonces, tal vez deberíais probar otro método para llevarlos al buen camino —le interrumpió el padre Amiel—. Gracias, hermano. De momento, esto será todo.

—¿Qué?

—Haced el favor de informar a Gilles Arasse de que deseo hablar con él otra vez. Y, por favor, quedaos con los centinelas hasta que os dé permiso para marcharos.

Sorprendido, el padre Cornelius se levantó con gesto ceñudo.

—¿Por qué queréis volver a interrogar a Gilles? —inquirió.

—Porque ha mentido bajo juramento —respondió el padre Amiel, con una franqueza inaudita en él—. Quiero dar a vuestro pupilo la oportunidad de retractarse de sus falsedades antes de que le causen más perjuicios. Podéis informarle de esta decisión, si lo deseáis. Sin duda, vuestras instrucciones tendrán más peso en él que las mías.

A mi modo de ver, con tal argumentación, el padre Amiel hizo gala de una suprema astucia, pues convenció al padre Cornelius de que se marchara sin más protestas. Cuando hubo salido, el padre Amiel se inclinó hacia mí y, en otro sorprendente acceso de sinceridad, murmuró:

—Voy a acabar con ese hombre.

—¿Qué?

—Es un bruto estúpido. No debería ser monje, y mucho menos maestro de novicios. Cuando termine con él, andará lavando pies.

Asombrado, le habría pedido que se explicara mejor si la entrada de Gilles no hubiera cortado en seco nuestro coloquio. El pobre muchacho parecía el santo Job, hecho pedazos y absolutamente abatido. Después de pedirle que cerrara la puerta, el padre Amiel le explicó que, en su calidad de testigo, seguía obligado por el juramento y que no debía considerar aquello como un nuevo interrogatorio, sino como una continuación del anterior. Acto seguido, lo acusó de haber mentido y le advirtió que aún tenía la oportunidad de salvar su alma respondiendo sinceramente o, de lo contrario, quedaría condenado al fuego eterno del infierno.

—El padre Cornelius dice que no le hablaste de ese demonio hasta después de mutilarte —declaró el dominico—. ¿Por qué, entonces, has declarado otra cosa?

El muchacho se derrumbó y rompió en sollozos.

—Tu maestro afirma que sólo le hablaste de tus sueños lujuriosos y censurables, de tus abominables apetencias y de tus actos pecaminosos…

—¡No! —exclamó el novicio, frenético—. ¡Me prometió no contar eso! ¡Me lo prometió!

—Hijo mío, ¿cómo puedes deshonrarte con tamaña obscenidad? Pecados como el tuyo no tienen perdón. ¡Pero si Dios mismo te volvería la espalda! —El padre Amiel hablaba con tono apesadumbrado, como si estuviera plenamente al corriente de las fechorías del novicio, hasta el último detalle—. Deberías haber abandonado la senda del vicio. Deberías haberte apartado de la iniquidad.

—¡Pero si lo intenté! —sollozó Gilles—. ¡Lo intenté con todas mis fuerzas!

—Pero ¿el ayuno no surtió efecto? ¿Las oraciones no sirvieron?

—¡No!

—¿Tampoco los golpes?

—No. Sucedía una y otra vez. —El novicio lloraba como un niño—. Todos los

días… Me dolía tanto que no podía dormir, ni sentarme apenas, pero seguía teniendo esos sueños… y manchando las sábanas…

—De manera que te cortaste los *virilia* —concluyó el padre Amiel con calma.

Gilles, entre hipidos, permaneció en silencio.

—No existía ningún súcubo, ¿verdad? —El dominico hablaba ahora con tono comprensivo—. Lo inventaste para disimular la vergüenza que sentías, porque es menos vergonzoso ser la víctima inocente de una visitación diabólica que ser un muchacho a quien sus deseos obscenos conducen a la desesperación.

El declarante continuó callado.

—¿Cómo ibas a llegar a monje, atormentado incesantemente por tales deseos ardientes? —continuó el padre Amiel—. ¿Y cómo ibas a dormir un minuto, si el padre Cornelius continuaba sometiéndote a un trato tan cruel por tus pecados? ¡La solución era terrible, pero tus padecimientos lo eran aún más!

Creedme si os digo que incluso a mí se me saltaron las lágrimas mientras oía sollozar al pobre novicio. Gilles lloraba de pura desesperación, como si ya se considerase condenado al fuego eterno, mientras desnudaba su alma ante la bondad del padre Amiel. Con disimulo, intenté enjugar mi propio llanto, restregándome los ojos, antes de aplicarme de nuevo a la trascripción. Sin embargo, el padre Amiel debió de captar el gesto, puesto que se volvió y me miró, arqueando una ceja.

Puede que me equivoque, pero vi en su rostro una ligera, ligerísima expresión de divertida sorpresa.

—Perdonad —gimió Gilles—. Perdonadme, os he mentido. Fue como decís.

—¿No hubo demonio?

—No lo hubo.

—¿Mentiste al padre Cornelius?

—Le mentí.

—Entonces, hijo, me interesa saber el origen de esa idea del súcubo —dijo el dominico—. ¿Cómo se te ocurrió semejante invención?

Gilles no habría respondido de manera más estupefacta si acabara de recuperar el sentido después de un poderoso golpe de hacha. Su mirada continuó perdida en el vacío durante un rato hasta que, finalmente, se posó en el rostro del padre Amiel. Mientras se mecía en un ligero vaivén, acompañado de un agitado pestañeo, dio la impresión de examinar la pregunta como un borracho examinaría una zanja antes de decidirse a cruzada.

—San Hipólito —murmuró—. En una ocasión, a san Hipólito lo visitó una mujer desnuda, y cuándo él le arrojó una casulla por encima, la mujer se convirtió en un cadáver.

—¡Ah, sí!

—El padre Cornelius solía contamos esa historia —concluyó el novicio con voz

cansada—. Nos decía que toda la carne es corrupta y que los deseos carnales son los perros de la muerte. Nos insistía en que debíamos evitar la concupiscencia, al precio que fuese.

¿Al precio que fuese?

Mirando al novicio, me dije que el de perder el miembro viril era un precio muy superior al que yo estaría dispuesto a pagar.

Canto IV

Tras haber extraído la verdad a Gilles Arasse, el padre Amiel decidió que había que presentar dicha verdad al abad de los agustinos descalzos sin más dilación. A mí, sin embargo, me dio asueto y pude encaminarme a casa, pues mi patrono quería acompañar a Gilles y a su maestro de noviciado en su regreso al monasterio. Estoy seguro de que lo animaba, sobre todo, la perspectiva de humillar al padre Cornelius, cuyo carácter y principios estaban (a juzgar por el brillo de los ojos del padre Amiel) a punto de recibir una seria derrota. Por fortuna, se me libró de la necesidad de asistir a aquella pelea de gallos monástica. Dispensado de mis tareas, me arrastré hasta la casa de mi madre, exhausto, preguntándome con aprensión si tendría las fuerzas necesarias para soportar las comparecencias del día siguiente. Al parecer, mi recuperación no había sido tan completa como yo esperaba.

Pero, ay de mí, ¿y la paz de espíritu? Cuando llegué a la casa de mi madre, una desavenencia ocasionada por dos de los visitantes más indeseados me impidió retirarme a mi alcoba. En el umbral había estallado una feroz discusión: mi cuñada se enfrentaba verbalmente a tres personas, la menos encendida de las cuales parecía ser Bona Claret. Las otras dos —Jean Mignard y una joven cuya prominente barriga indicaba que podía tratarse de su hija— gritaban de tal manera que di media vuelta y me escabullí lo más deprisa que pude.

Sin embargo, Alazais fue más rápida que yo.

—¡Raymond! —gritó—. ¡Ven aquí, Raymond! ¡Raymond! Yo no me hallaba en condiciones de resistirme. Suspirando, obligué a mi reticente cuerpo a dar media vuelta y dirigirse hacia el altercado, que había hecho salir a las ventanas a todo el vecindario. Os juro que, sin los Maillot, en aquella calle nunca habría habido nada de lo que hablar.

—¡Ahí! —exclamó Jean Mignard—. ¡Ahí está!

El hombre me señalaba al tiempo que llamaba la atención de su hija, que me miró mientras me acercaba. Atisbé una cara redonda y pálida debajo de un grueso velo y vi que sacudía la cabeza en gesto de negativa.

—No —dijo entre suspiros—. No es él.

—¡Ya os lo había dicho! —espetó Alazais—. Y ahora, marchaos, por favor. ¡Aquí no sois bienvenidos!

—¿Estás segura? —preguntó el de Valence a su hija, haciendo caso omiso de mi cuñada—. Éste es Raymond Maillot, de Aviñón. No hay otro. ¿Cómo es que dudas, Marie?

Mientras Marie Mignard rompía a llorar, Alazais reconvino a su padre por haber insultado a la familia Maillot y por exponer a su hija a la condena pública.

—¡Debería estar en casa! —gritó mi cuñada—. ¡Y ahí la tenéis! ¡Paseando por las

calles con la vergüenza por delante como una ramera!

—¡Callad esa boca! —aulló Jean, y si yo no le hubiese agarrado el brazo, quizás habría golpeado a Alazais. Por haberle negado la satisfacción de pegar a la mujer de mi hermano (¿y quién puede culparle por albergar esos deseos?), el ultrajado padre me dio un empujón. Me tambaleé, pero no caí, y Jean Mignard cogió a su hija por la muñeca y se alejaron deprisa bajo la atenta mirada de los espectadores, que sumaban casi una veintena.

—Y en cuanto a ti —declaró Alazais con aire de triunfo volviéndose hacia Bona Claret—, tú tampoco eres bienvenida. ¡Largo! ¡Márchate!

—Pero necesito trabajo.

—Aquí no hay trabajo.

—Raymond Bona apeló a mí, con aire aturdido—. Me han despedido. Nadie me dará trabajo. No sé dónde vaya dormir esta noche.

—¿No tienes familia? —le pregunté.

—Ni familia, ni dinero. Todos mis amigos son criados, no viven en casa propia.

—¡Raymond! —rugió Alazais—. ¡Éste no es lugar para tus mujerzuelas! ¡Dile que se marche!

—A su debido tiempo —repliqué—. Hay hostales, o casas de beneficencia donde te darán comida y alojamiento.

—Pero soy joven y fuerte. Necesito trabajar. ¿Me encerrarán en la cárcel, Raymond? Desde que hablé con ese monje, la gente no se atreve a acercárseme. Creen que soy una bruja o una hereje.

—Raymond… —intervino mi cuñada.

—Déjame en paz, ¿quieres? —le dije a Alazais—. ¡Ésta mujer es cliente mía! Y ahora, entra y cuídate de tus hijos.

—¿Cliente tuya? —espetó Alazais—. Pero si no tiene dinero, ella misma lo ha dicho. Es tu ramera. ¡Y tú eres una desgracia para esta familia!

¿Qué puede uno decirle a una mujer así? Nada es bastante. Así que le di un empujón para que entrara en la casa y cerré la puerta; tenía demasiado aprecio a su dignidad para enzarzarse en una pelea física. Entonces le pregunté a Bona por qué la habían despedido y supe que Masseo di Vico, al enterarse de lo que la muchacha había revelado al padre Amiel, la había puesto de patitas en la calle.

—¡Qué estúpido! —comenté—. ¿Y qué va a impedir que quieras vengarte? Un hombre en su situación no debería crearse enemigos.

—¿Qué voy a hacer, Raymond? Ya sabes que no soy mala. ¿No habrá nadie que me dé trabajo?

Me maravilló que hubiese acudido a mí con sus desgracias porque, al fin y al cabo, yo era poco más que un desconocido para ella, pero quizás, al verme con el padre Amiel, me había considerado una persona dotada de autoridad y bien dispuesta.

Y en realidad, me sentí tan débil que no pude rechazarla.

Por ello, la envié a Beatrice Rascas, quien tal vez, pensé, necesitaría una ayudante de cocina. Le di permiso para utilizar mi nombre y para que le contase con toda sinceridad de qué nos conocíamos. Se me ocurrió, incluso, que debía acompañarla a El Gallo Negro.

Como podéis imaginar, no me apetecía en absoluto enfrentarme a mis acalorados familiares, que aguardaban mi entrada al otro lado de la puerta que tenía a la espalda. Sólo de pensarlo, me dolían los huesos. Sin embargo, enseguida advertí que cuanto más retrasara el encuentro, más cansado estaría cuando, por fin, me viera obligado a encarar la ira de mi familia. Tras despedir a Bona, erguí los hombros, respiré hondo y entré en la casa, donde fui atacado como un cordero en la guarida de un león. ¡Qué tumulto!, y yo estaba demasiado agotado para defenderme, aparte de fingir que tenía trabajo pendiente. Le dije a Alazais que me habían confiado la redacción de varios documentos. ¿Quería mi cuñada que el padre Amiel no tuviera listos los escritos? Aquello sirvió, de momento, para quitármela de encima. Utilizando el nombre del padre Amiel como escudo, pude retirarme a mi alcoba, dejando que las mujeres de mi familia discutieran y chismorrearan sobre mis flaquezas como lobos alrededor de un animal muerto. El alboroto de sus voces me llegaba de vez en cuando como transportado por un viento caprichoso: «vergonzoso… mujeres… alcahuete… ayuda… paliza…». Mientras resumía los testimonios del día, pugné por no escucharlas.

Prodigué un cuidado extremo en aquella tarea, pero fue insuficiente para mantenerme ocupado el resto de la velada. Por ello, cuando Arnaud volvió a casa e irrumpió en mi habitación, me sorprendió cortándome las uñas de los pies, una circunstancia que pareció encenderle el ánimo. Me llevó a rastras a la cocina y me lanzó contra una pared. Luego me gritó en la cara hasta que me vi obligado a darle una patada en la rodilla y, después de una breve escaramuza (que concluyó cuando mi madre nos separó), convocó un consejo de familia. En este consejo se discutió con todo lujo de detalles mi conducta disoluta. Arnaud reconoció que me habían acusado erróneamente de seducir a Marie Mignard. A cambio, yo me vi obligado a admitir que, si mi reputación no hubiese sido tan negra, no me habrían acusado de ello para empezar. Todos convinieron, unánimemente, en que mi debilidad por las mujeres era lamentable. ¿Qué iban a hacer conmigo? La solución parecía ser el matrimonio: si estuviese casado, no tendría motivos para frecuentar la mitad de las camas de Aviñón. Ésta era, al menos, la opinión de mi hermano.

Y, si os he de ser sincero, yo ya estaba harto de oponerme a la familia. Que hagan sus planes, me dije. Cuando llegue el día, no podrán obligarme a consumar un matrimonio. Y mientras tanto, tal vez me dejen en paz. Tal vez me permitan dormir una noche, antes de que me hagan desfilar por las calles como un toro en una feria.

Así pues, dije que me casaría y permitieron que me retirase a mi alcoba. ¿Qué habríais hecho, de estar en mi lugar? Un hombre tiene que dormir, si ha de trabajar como un hombre. A fin de cuentas, incluso Dios descansó al séptimo día.

A la mañana siguiente, como podéis suponer, recibí al padre Amiel como a mi salvador, porque, en su compañía, podía escapar de mis familiares sin tener que afrontar sus críticas. Consideraban al fraile una suerte de guardián que cuidaba de que pasara los días realizando acciones virtuosas y que me protegía de las añagazas de las mujeres lascivas. En realidad, me daba miedo que quisieran involucrarlo en nuestras disputas familiares: temía que le pidieran que me «convenciese» de las ventajas que se derivaban de un matrimonio bien meditado. Por ello, lo intercepté en el umbral y lo alejé de la casa antes de que mi madre lo invitara.

Mi sufrimiento, que llevaba escrito en unas oscuras líneas de la cara, me había robado también la fuerza de la voz. O tal vez mi porte dejaba translucir pensamientos sombríos y falta de descanso nocturno. En cualquier caso, la situación familiar debía de haber afectado a mi actitud, porque el dominico —que, como debéis recordar, no veía bien— me saludó con estas palabras:

—¿Estáis bien, maese Raymond?

—Oh, sí, padre. Bastante bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Porque si no os sentís fuerte…

—Por favor, padre. No os fallaré. Lo que ocurre es que estoy un poco cansado.

El monje agachó la cabeza. Se me ocurrió pensar que quizá mi tono lo había ofendido, pues, cuando nos pusimos de camino hacia la prisión, no habló, lo que permitió que el silencio entre los dos se volviera más denso. Al final, en un intento de disipar mi propia incomodidad, le pregunté si el abad de los agustinos descalzos lo había recibido de manera favorable el día anterior.

—Pues sí —fue la cortés respuesta del dominico.

—¿Y qué le dijisteis?

—La verdad, desde luego.

—¿Sobre Gilles Arasse?

—Sobre Cornelius —esbozó una leve sonrisa—. El padre Cornelius ya no es el maestro de novicios del monasterio de los Agustinos Descalzos.

—¡Oh! —Debo confesar que no me sorprendió. De hecho, en aquel momento, ni siquiera me interesaba la historia—. Así, no había ningún súcubo.

—No, ninguno.

—Entonces, Gilles Arasse no os ha ayudado en absoluto.

—En lo que respecta a la muerte de Guillaume Monier, no —dijo el monje al tiempo que entrecerraba los ojos para otear algo a lo lejos—. O estoy confundido o

ésa es la mujer de cuyos favores disfrutasteis de joven…

Debo situaros: al doblar una esquina, nos habíamos encontrado de repente con el alto muro oriental de la prisión, que se extiende un buen tramo a lo largo de una de las calles más angostas de Aviñón. Atestada de puestos de distintas mercancías, oscurecida por los tejados en voladizo de las casas, esta calleja no es más que un pasaje, un túnel, y no una calle. Uno casi tiene que caminar de lado, con los hombros por delante, para llegar a las grandes fauces de la entrada de la cárcel unas fauces que, absorbiendo unos vapores pestilentes como un basilisco, parecen a punto de devorar la pequeña tahona que hay enfrente. La congestión empeora aún más debido a los peticionarios de todas las edades que llevan consigo comida, dinero, misivas, criaturas y cartas de amor, y que se han habituado a arracimarse alrededor de los centinelas de la prisión, esperando que los admitan. El humo queda suspendido como una niebla en el aire oscurecido y al pisar la harina y la broza se levantan formando remolinos que anegan los ojos y la garganta.

Sin embargo, pese a todos aquellos estorbos, distinguí a Bona entre los suplicantes que se congregaban en el portal de la prisión.

Y tuve que contener la maldición que se formaba en mis labios.

—¿La veis? —preguntó el padre Amiel—. Es la criada del médico, ¿verdad?

—No —respondí—. Ya no lo es. Quiero decir que la ha despedido y la mujer ha acudido a mí… ¡Oh, por las barbas de san José!

—¡Raymond! —Al vemos, Bona abandonó su puesto y salió a nuestro encuentro —. Raymond, la viuda no tiene trabajo para mí.

—Bona…

—Me ha ofrecido una cama, pero sólo por una noche. ¿Adónde debo ir, Raymond? Oh, padre, ¿qué será de mí?

—Masseo di Vico la ha despedido —le expliqué al monje—. Cuando supo lo que ella os había contado, se enfureció y la echó.

—¡Tenéis que ayudarme! —insistió la mujer—. No soy una hereje, soy una buena cristiana y una buena trabajadora.

—No tiene familia —proseguí—, ni amigos que puedan ofrecerle un techo.

—Pues que vaya al hospital de San Juan de Jerusalén —dijo el padre Amiel hablando con indiferencia, como si Bona no estuviera presente. El monje empezó a caminar para dejarla atrás, una tarea difícil en aquel espacio tan limitado—. Allí, los hermanos dan de comer a los pobres y ofrecen techo a los indigentes —añadió—. Puede decir que va de mi parte.

—¡Pero si yo quiero trabajar! —gritó Bona—. ¡No estoy enferma, padre! ¡Puedo cocinar o lavar ropa! ¡Y sé coser!

—Padre, tal vez sepáis de algún convento de monjas donde necesiten una lavandera…

—¿Yo? —El dominico me miraba casi divertido—. ¿Cómo iba a saber yo tal cosa? Decidle que vaya al hospital.

Acto seguido, desapareció entre la multitud, esperando que yo lo siguiera y, como es natural, lo hice no sin antes despedirme de Bona con unas palabras de aliento.

—Espérame —murmuré—. Ésta noche iré a verte.

—¿Y me ayudarás?

—Te ayudaré. Conozco otras casas… Tal vez en alguna de ellas… Pero, de momento, ve al hospital, Bona.

Y así fue como me comprometí a ayudarla. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez porque estaba acostumbrado a ayudar a todo el mundo: al fin y al cabo, un escribano público tiene por costumbre ofrecer consejo y asistencia a quien se los pide. Además, debéis saber que nunca puedo rechazar a una mujer. En lo que a mis amigos se refiere, os dirán que soy constante y leal y que haré cualquier cosa que se me pida (al menos dentro de los límites de lo razonable…).

Oh, ¿por qué fingir? Soy débil, ésa es la verdad. Cedo a los deseos de mi familia, de mis amigos y de mi propia carne pecadora. Mi espíritu es como el junco. Por intentar complacer a todo el mundo, no complazco a nadie. Ansío obtener aprobación.

Por lo tanto, cuando el padre Amiel y yo llegamos a la estancia que nos habían asignado y me aconsejó que me distanciara de Bona, lo halagué dándole la razón. Estaba en lo cierto. Aunque su situación de apuro era muy lamentable, no era responsabilidad mía. Además, como escribano suyo, debía distanciarme de los testigos del caso. Debía recordar que, aunque el amor es sufrido y es benigno, no ha de convertirse en la oportunidad de pecar, porque si me relacionaba con Bona, sería presa de la tentación. El padre Amiel, aunque no trató minuciosamente el asunto, dejó clara su opinión, hablándome en todo instante en un tono paternal, tan dulce como áspero resulta siempre el de Arnaud.

Así, aunque estaba preocupado porque se me antojaba cruel abandonar a Bona de aquella manera, me mostré sumiso. Le recordé al dominico que su declaración todavía tenía que ser confirmada y me aseguró que no lo había olvidado (¿cuándo olvidaba él algo?), pero que aquel detalle tenía muy poca importancia y que ya nos ocuparíamos de ello en el momento oportuno.

—Me resultará muy fácil encontrarla —dijo—. Por lo que a mí se refiere, no os preocupéis. Olvidadla. Y además, saldrá adelante sin vuestro socorro.

Me maravillé, una vez más, ante los extraños afectos del padre Amiel. Podía ser más frío que el hielo, más impenetrable que una roca, en situaciones en las que los demás obrarían dejándose llevar por la piedad o la compunción y, sin embargo, guiaba mis pasos con la ternura de una madre y me reprobaba con una condescendencia que ciertamente no merecía. ¿Por qué me tenía en tanta estima?

¿Qué me distinguía de otros más dignos de su comprensión? Aunque su benevolencia me intrigaba, sentía hacia él una gratitud auténtica y profunda, que quizás influyese en mi opinión acerca de su conducta.

No quiero decir que se mostrara violento, profano o vengativo durante los interrogatorios del día, pero mintió, como era su costumbre, y aquellas mentiras habían dejado de preocuparme. Creía que estaban justificadas. Creía que eran perdonables. Me descubrí tolerante con las estratagemas que urdió, con la confusión que causó mientras interrogaba a los dos compañeros de cama de Gaillard y a otra criada de Masseo di Vico. Ésta última testigo, de nombre Fabrissa, no reveló nada de interés. Afirmó que Bona no había hecho gala de animadversión hacia la familia Di Vico antes de que la despidieran. No recordaba que en su presencia se hubiera llevado a cabo en la casa ningún acto impío, aunque no se enteraba mucho de lo que se decía porque la familia no hablaba en provenzal. Por lo que ella sabía, entre los visitantes asiduos que recibía Masseo di Vico se contaban el padre Antonio, capellán del cardenal; el boticario de Su Eminencia, llamado Rinaldo Costa, y otro médico, maese Vezia. Nunca había visto a ningún miembro de la casa del camarero en la residencia de los Di Vico, a excepción de Lothaire Lagarrigue, que siempre manoseaba a Bona Claret por debajo de la falda. Bona, dijo la testigo, era una ramera. Ella, Fabrissa, en cambio, rezaba cada mañana y cada noche a la Virgen María y se negaba a aceptar las proposiciones de los hombres lascivos.

Se me ocurrió pensar que Fabrissa no debía de recibir tales proposiciones con demasiada frecuencia, ya que no se trataba precisamente de la más hermosa de las mujeres. Era grande y lenta, y tenía el cabello canoso, los hombros de un buey y la nariz como el hocico de un cerdo. Sin embargo, cuando se le acusó de mentir para proteger a su amo, por miedo de que la despidieran como a Bona, Fabrissa respondió que, en cualquier caso, pronto dejaría de servir en casa de Masseo. Al cabo de un mes, se casaría con su primo, cuya mujer había fallecido hacía poco, y así, con las bendiciones de la Iglesia se consumaría una vieja historia de amor. Después de la boda, Fabrissa se marcharía a vivir a una casa fuera de las murallas de Aviñón. Se había ganado la dote con sus propias manos y, a partir de entonces, disfrutaría de los frutos de su trabajo. No tenía ninguna razón para mentir y proteger a Masseo di Vico.

—Además —añadió—, yo no os mentiría, padre. He jurado sobre las Sagradas Escrituras. Soy una buena cristiana y no romperé el juramento, porque, si lo hiciera, iría al infierno con los herejes y los fornicadores.

Los dos amigos de Gaillard tampoco relataron nada útil. Confirmaron que Gaillard había dormido a su lado la noche del asesinato del padre Guillaume. Negaron que el muchacho les hubiera contado una palabra acerca de las proposiciones lascivas del camarero. Y en lo que se refería al trato de Gaillard con Masseo di Vico, éste había sido tan superficial y poco frecuente como él mismo había

sostenido.

Al terminar los interrogatorios, el padre Amiel se volvió hacia mí y dijo:

—Parece que vuestro amigo Gaillard ha dicho la verdad.

—Sí, claro —respondí—. Él no habría matado al padre Guillaume.

—Nada parece indicado. Me siento aliviado. —El monje suspiró y se frotó la cara con las manos. De repente, lo noté muy cansado—. Hasta ahora, los interrogatorio s a las personas que están al servicio de Masseo di Vico han servido de tan poco como los realizados a los empleados del camarero. Si pudiera encontrar otro testigo en su contra… Se precisan dos testigos.

Yo apunté que, si el médico confesara, entonces los testigos no serían necesarios. ¿No sería mejor que citase a maese Di Vico? Un experto inquisidor como él podría, a buen seguro, extraerle la verdad.

—No, no, no —replicó el dominico en tono impaciente, al tiempo que sacudía la cabeza—. No puedo interrogarlo hasta que obre en mi poder una justificación para ello, hasta que dos testigos declaren que es el autor de la infamia. Como ya os he dicho, esto es una *inquisitio*, no una *accusatio*. Además, el cardenal lo protege. Ya ha habido objeciones y se han enviado cartas. A mí, al Santo Padre…

—¿Al Santo Padre?

—Sí, las ha firmado el cardenal Di Vico, pero no me sorprendería que las hubiese escrito su hermano —dijo el padre Amiel como si pensase en voz alta—. Se me acusa de persecución, de procedimientos ilegales y de abuso de autoridad. Tal como están las cosas en este momento, si decidiera interrogar a algún miembro de la corte del cardenal sólo encontraría obstáculos en el camino. Quizá llegase incluso a predisponer al Papa contra mí. Tal vez me vería delante de un tribunal o asesinado en la calle.

Pasmado, lo miré boquiabierto. Nunca me habría pasado por la imaginación que el dominico tuviera que enfrentarse a unas fuerzas tan poderosas.

—Y ya me están poniendo trabas —prosiguió el monje—. He citado a Tibaldo, el otro criado del médico. El escribano que os sustituyó redactó las citaciones para que comparezca ante mí esta tarde y ayer al atardecer me informaron de que, como ciudadano de Roma, no está obligado a responder ante un tribunal francés. Esto es absurdo, desde luego. Así lo hice constar, pero esta mañana me han comunicado que está muy enfermo y no puede presentarse. Mañana tendré que enviar al condestable con unos oficiales del orden para que lo traigan. —Habiendo hecho aquellos comentarios a la pared vacía, de la forma distante en que habla alguien que no está pendiente de si le escuchan, el dominico se volvió hacia mí con los ojos entrecerrados y dijo—: Pero soy optimista. Los presagios son buenos. No se empecinarían tanto en impedirme hablar con un mero criado si éste no tuviera algo que revelar. Quizás este Tibaldo sea mi segundo testigo.

Convine en que tal vez fuera así.

—Lo único que necesito es una mínima evidencia —prosiguió el monje, pellizcando el aire con el índice y el pulgar—, una excusa para arrestar a Masseo di Vico, para registrar su casa, para obligarlo a sentarse en esa banqueta e interrogarlo. Entonces sabré la verdad.

—¿Sobre la muerte del padre Guillaume? —inquirí, ante lo cual extendió sus manos.

—Tal vez no —admitió—, pero debo deciros, hijo, que este Tibaldo sólo habla el dialecto romano, y ocurre que tengo conocimientos amplios de esa lengua, pero necesitaré un escribano que también esté familiarizado con ella. Ya he encontrado uno y he contratado sus servicios para mañana por la mañana.

—Entonces, ¿no me necesitaréis?

—No, mañana por la mañana no os necesitaré. En cuanto a la tarde… Bueno, veamos primero si el testigo se presenta.

De repente bostezó y se desperezó como un gato.

—Mientras tanto… —añadió.

—Mientras tanto, deberé escribir los protocolos —lo interrumpí.

—Exactamente —dijo con una sonrisa—. El trabajo de Dios es una carga muy pesada, hijo.

—Ya lo sé, padre. Lo veo sólo con miraros.

—¿Porque se me ve muy cansado?

—Porque sois muy menudo.

Aquél era un comentario atrevido y podía haberse ofendido en grado sumo, pero, en vez de fruncir el entrecejo, sonrió hasta mostrar los dientes y emitió un extraño sonido semejante a la tos que, a menos que me equivoque, tenía todos los visos de ser una carcajada reprimida.

—Una proposición interesante —dijo—. Y de ella, supongo, podemos extraer deducciones sobre vuestra elevada estatura.

La suya podía ser una compañía de lo más agradable, os lo juro. En ocasiones, podríamos haber estado hablando en una taberna, tomando una jarra de vino. Sin embargo, era un monje, y a menudo su jovialidad era la de un trozo de madera. No es de extrañar, pues, que me resultara difícil comprenderle.

Canto V

El sol todavía estaba alto cuando, liberado de mis obligaciones, salí a encontrar a Bona Claret. Aunque había prometido al padre Amiel que no me expondría más a su compañía, sabía que, si no lo hacía, ella volvería a buscarme. Tal vez se presentaría en casa de mi madre, o me esperaría en las inmediaciones de la prisión. Era mejor, me dije, resolver aquel asunto cuanto antes. Me mostraría frío y distante y me aseguraría de que Bona, en adelante, se abstuviera de seguir mis pasos.

Mis intenciones eran buenas, ya veis. ¡Ojalá hubiera sido capaz de llevarlas a cabo! No obstante, debo decir en mi defensa que siempre he sido un hombre caritativo, y que la caridad, como nos dice san Pablo, es superior incluso a la fe y a la esperanza.

A quienes no conozcáis Aviñón, permitid que os explique que el hospital de San Juan de Jerusalén está anexo a la encomienda de dicha orden. Varias casas, una pequeña capilla y una suerte de galería cubierta, construida con los restos de un viejo claustro que en otro tiempo ocupaba el solar, han sido acondicionadas para uso del hospital. Con todo, el espacio resulta insuficiente y los peregrinos febriles yacen en las escaleras y obstruyen el paso en las puertas. Abundan allí los mendigos agonizantes, y los hermanos legos, que deambulan con jofainas y vendas y reparten rebanadas de pan, parecen aturdidos ante las incesantes peticiones de los pacientes. He oído que, desde el establecimiento de la Santa Sede en Aviñón, las instituciones de beneficencia como este hospital han visto multiplicarse por diez el número de personas que demandan comida, cama, dinero y asistencia médica. (Naturalmente, también han tenido diez veces más legados y donativos, pero todos sabemos que buena parte de tales donaciones parece desvanecerse en los bolsillos y los estómagos de los tonsurados).

Cuando la encontré, Bona Claret jugaba con el hijo de una enferma a la sombra de la galería. La mujer reaccionó a mi presencia con sentida alegría. Mientras nos alejábamos del hospital, me contó que la acogida que había tenido en éste podía calificarse, siendo generosa, de apenas tibia. Había hablado con una muchacha a cuyo marido habían matado unos bandidos y con un mendicante que parecía completamente trastornado, y en el dormitorio había tenido que aguantar los gemidos de una parturienta.

—No soporto la idea de volver ahí esta noche —declaró Bona—. Prefiero dormir a orillas del río. Prefiero la compañía de las barcazas y de las ratas.

—Bien, ya veremos qué encontramos.

—Antes dormiré en un muladar. Mira, Raymond. ¿No es ésa la mujer que se presentó en tu casa?

Cuando Bona efectuó esta observación, estábamos rodeando la plaza del

mercado, por la que uno puede ver pasar a todo Aviñón en el curso de un solo día. Así pues, quizá no fuera muy sorprendente que Marie Mignard apareciese cerca de nosotros, en el lugar donde los puestos de fruta daban paso a los rediles de ovejas. Con toda seguridad, la muchacha y su padre estaban explorando la ciudad en busca del hombre que la había deshonrado. En cuanto me vio, Marie me señaló y alertó a su padre de mi presencia.

—Sí —respondí a Bona—. Larguémonos.

—Alguien la deshonró, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no fuiste tú.

—No.

—Pobre chica —murmuró Bona—. Debería llevar un talismán, como yo. Es una hierba colgada de un cordón. Me lo dio Munda, y mientras lo lleve al cuello no me quedaré nunca embarazada.

La muchacha continuó su parloteo, pero yo apenas le presté atención, pues estaba concentrado en recordar las palabras con las que en cierta ocasión había tratado de influir en mi viejo amigo Lambert Galand. Éste, debo contaros, era un conocido del padre de Dulcie Poisson. Durante mi período de aprendizaje, visitaba a menudo la casa de mi maestro y habíamos conversado sobre ciertos aspectos de la ley civil e incluso de la canónica, pues Lambert era un abogado secular, rico, erudito y muy respetado. Aunque ahora se movía siempre entre gente de alto rango, cuando nos encontrábamos en la calle seguía deteniéndose a saludarme y a interesarse educadamente por mi salud y mi trabajo. Por eso, aunque no éramos compañeros constantes, tenía la esperanza de que pudiera echarme una mano. Al fin y al cabo, Lambert era el cabeza de una extensa familia. Además, mediante alguna artimaña, se había asegurado el uso y disfrute de una casa entera, donde vivía como un noble, rodeado de riquezas y comodidades.

Seguramente, pensé, un hombre como él necesitaría de una nueva sirvienta. O, en último caso, sabría de alguien, entre los ricos propietarios que conocía, que buscara criada.

Así se lo expuse a Bona, advirtiéndole que mantuviera la boca cerrada.

—Los hombres distinguidos se impacientan con las mujeres charlatanas —le dije —. Están demasiado ocupados para perder el tiempo en la cháchara ociosa de una mujer. Así pues, contén la lengua y déjame hablar a mí.

—Sí, Raymond.

—Y haz el favor de llamarme maese Raymond. No soy tu hermano.

—Sí, maese Raymond.

—Le contaré la verdad. No puedo hacer otra cosa. Si no le cuento lo que sucede, estaré faltando a nuestra amistad.

Naturalmente, se me había pasado por la cabeza que tal vez no encontraríamos a Lambert en su casa, que quizá se habría marchado a alguna parte a defender un caso delante de algún tribunal civil. Sin embargo, la fortuna me favoreció: cuando le di mi nombre, la hija de Lambert me anunció que en aquel momento su padre se encontraba en su *scriptorium* con un cliente y que no tardaría en salir. Mientras tanto, podía esperar en la cocina, que (según aprecié al primer vistazo) sólo era frecuentada por criados, peticionarios y parientes lejanos. Era evidente que el clan Galand estaba tan dotado de dinero e influencias como para disponer de otras estancias más agradables en las que reunirse. Lambert tal vez poseía incluso su propio salón reservado, como el *châtelain* de un castillo. Y las mujeres debían de pasar el tiempo en alcobas espaciosas y aireadas, cascando almendras y haciendo bordados de fina seda.

Desde luego, no fue su hija, sino una criada de aspecto rústico, quien me sirvió vino y ofreció queso a Bona. Lo hizo con una suerte de cortesía ausente, al tiempo que iniciaba una larga y apasionada discusión con un hombre, dos jóvenes y una chica jovencísima. La discusión parecía versar en torno a una capa que había desaparecido y sobre una persona que, evidentemente, no se hallaba allí y que atendía por el nombre de Ricaud. Éste había ofendido de una manera u otra a la mitad de los presentes, quienes hicieron repaso, criticaron y condenaron lo que el tal Ricaud había hecho durante la semana anterior. Advertí que uno de los jóvenes, un hombre bastante pomposo, había adoptado el modo de hablar de Lambert, un tanto circunspecto, y soltaba algún latinajo aquí y allá si quería impresionar a sus interlocutores.

Cuando Lambert abandonó por fin el despacho, fue este joven estirado quien me presentó, de modo que debo considerar que el empleo del latín denotaba alguna superioridad de rango.

—¡Raymond Maillot! —exclamó Lambert tras despachar educadamente a su anterior visitante—. ¿Qué os trae por aquí, amigo mío? Esto… ¿Ésta mujer viene con vos?

—Sí. Se llama Bona y vengo en su nombre.

—Bien, venid por aquí. Éste es mi despacho…

—*Vuestro* scriptorium.

—¡Mi *sancta sanctorum*, sí! Es todo lo que un hombre puede desear. Y la culminación de mi vida, os lo aseguro. Una visión del paraíso.

Era, verdaderamente, una estancia maravillosa. Las estanterías llenas de libros cubrían las paredes. En las sillas de madera labrada había cojines de terciopelo púrpura y todo el mobiliario estaba lacado y brillaba como las piedras preciosas.

—Digno de un papa —declaré, asombrado.

—Produce una sensación de confianza, ¿verdad? Si uno quiere trabajar para grandes hombres, debe ofrecer un aire de prosperidad. —Con una sonrisa, Lambert me invitó a sentarme; incluso ofreció un asiento a Bona, que dio la impresión de

resistirse a ensuciar el cojín púrpura con la marca de sus posaderas—. ¿Qué os ha ocurrido en la cara, muchacho? —continuó el abogado—. ¿O debería abstenerme de preguntar?

—Me atacaron.

—¿De veras?

—Si hubo un motivo, todavía he de descubrirlo. Tal vez fui víctima de un robo frustrado, quién sabe…

Lambert sacudió la cabeza y exhaló un suspiro. Debo comentaros que todos sus movimientos estaban investidos de una especie de grandilocuencia que nada tenía que ver con su corpulencia y con sus flácidas mejillas. Sencillamente, era un hombre de gran autoridad cuyo porte magistral estaba destinado a hacerse más imperioso con el paso del tiempo. Su manera de hablar algo condescendiente, aunque no forzada, empezaba ya a sonar un poco tediosa.

—¡Que Dios nos proteja a todos! —exclamó—. Vivimos tiempos agitados, me temo.

—Desde luego. Si no lo fueran, no viviríais tan bien, maese Lambert.

El abogado se rió de mi ocurrencia.

—Sí, yo vivo de las disensiones —reconoció—. Es mi cruz. Pero ¿cómo os va el trabajo, amigo mío? He oído comentar que os han dado empleo los dominicos.

—Así es. Por lo menos, uno de ellos. El padre Amiel de Semur.

—¿Qué? —El abogado se mostró sorprendido—. ¡Pero si el padre Amiel ha recibido el encargo de investigar la muerte de Guillaume Monier!

—Bien… Así es, en cierto modo.

—¿Y vos le ayudáis?

—Sí.

—Os felicito, entonces. —Debo decir en favor de Lambert que parecía alegrarse de verdad—. Ésta clase de trabajo os servirá de recomendación ante un sinfín de dignatarios de buena posición. Curiosamente, yo también iba a… Esto… —Dirigió una mirada a Bona, volvió a fijarla en mí y dio la impresión de reformular el comentario mentalmente, antes de seguir hablando—: ¿Puedo preguntaros qué deseáis de mí, maese Raymond? Porque tengo cierta información que tal vez querríais llevar a vuestro empleador.

Así, invitado a explicar las penalidades de Bona, procedí a hacerlo. Lambert me escuchó en silencio. Cuando terminé, se volvió hacia Bona, abrió las manos y contestó:

—Ojalá pudiera ayudarte, Bona Claret, pero ya tengo muchas personas a mi cargo y no hay espacio para más. Lo siento.

—¿Y no sabéis de nadie que pudiera necesitar una criada doméstica? —inquirí. Antes de responder, el abogado se acarició el mentón.

—Perdonad que sea tan brusco, amigo mío, pero os aseguro que nadie la tomará a su servicio por recomendación vuestra —declaró.

—¡Oh!

—Tal vez si Masseo di Vico librara un documento en el que declarase que es una mujer honrada y leal…

—No hará tal cosa. No se lo puede permitir.

—¿Y la persona a la que sirvió anteriormente?

—Ha muerto.

—¡Ah!

No había nada que hacer: una mirada al rostro de Lambert me bastó para saberlo. Así pues, pedí a Bona que saliera del despacho y, cuando se hubo marchado, pregunté cuál era la información que Lambert tenía tanto interés en trasmitir al padre Amiel. El abogado respondió que estaba cargado de años y, por tanto, conocía ciertas disputas y rivalidades que el resto del mundo ignoraba o había olvidado. Mencionó el nombre de un caballero, Etienne de Puy, y preguntó si me resultaba conocido. Le respondí que no.

—Hace bastantes años, Etienne de Puy y Guillaume Monier tuvieron un litigio —me informó Lambert—. Dicho litigio guardaba relación con un estanque situado en unas tierras que formaban parte de una prebenda bastante sustancial de Guillaume Monier. Naturalmente, sabréis que Monier fue durante un tiempo arcediano de Saint-Gilles…

—Sí.

—Pues bien, parece que construyó un molino nuevo en su terreno y, para el servicio del molino, elevó tanto la orilla del estanque que éste inundó las tierras próximas de Etienne de Puy. Pastizales y huertas, tierras buenas. El asunto terminó en los tribunales, por supuesto, pero allí no dieron satisfacción al caballero.

—¿No? ¿Cómo es eso? Ciertamente, parece que la responsabilidad era de Guillaume, ¿no? —comenté.

—Pues no, porque a Etienne le había vendido las tierras el anterior titular de la prebenda de Guillaume. Pero ese titular había sido nombrado por una autoridad local, un obispo o conde, no recuerdo, de forma ilícita. Tradicionalmente, le correspondía a esta autoridad conceder la prebenda a quien eligiese. Sin embargo, el titular que precedió al precursor de Guillaume murió mientras se dirigía a Roma. Y, en este caso, la vacante debería haberse cubierto según el deseo de la Santa Sede.

—¿De veras? ¿Es así por ley?

—Sí, desde hace unos años.

—Entonces, el predecesor de Guillaume…

—No tenía derecho a vender la tierra, aunque lo hiciera por consejo del obispo.

En consecuencia, el título de Etienne de Puy estaba en disputa. Perdió el caso,

perdió la tierra y también perdió a su hijo.

—¿A su hijo?

Lambert explicó que el hijo menor del caballero se había ahogado en un salto de agua que descendía del estanque de Guillaume. Fue esta circunstancia la que endureció la determinación de Etienne de derrotar —de destruir, mejor— a Guillaume Monier.

—Llevó la disputa legal con Guillaume hasta los tribunales más altos —prosiguió Lambert—. Lo amenazó en presencia de un abogado al que conozco. Lo que os digo, amigo mío, es que Guillaume Monier tenía un enemigo acérrimo, por lo menos. Un enemigo que lo habría matado sin escrúpulos.

—Ya veo. —La confidencia que acababa de hacerme Lambert resultaba, en verdad, muy reveladora. Sin duda, el padre Amiel se alegraría de conocerla—. Pero ¿cómo pudo entrar en la habitación del camarero? ¿Y por qué hubo de extirparle las… las partes viriles?

Pero el abogado no podía ilustrarme más. Lo que me había contado era sólo una sugerencia, declaró. El padre Amiel podía disponer de ella como creyera conveniente.

—Y ahora, si me perdonáis —continuó Lambert—, me esperan en otra parte. Un asunto de suma importancia…

—¡Oh! —Me puse en pie de inmediato—. Sí, claro. Ahora mismo…

—Ojalá pudiera haberos ayudado… en lo de esa mujer, me refiero. Parece bastante inocente.

—Vos habéis sido muy amable al escucharme —fue mi respuesta. Y ésta, aparte de unas cuantas galanterías corteses, fue la sustancia de nuestra conversación. No hubo en ella nada más de importancia. Lambert Galand me acompañó en persona hasta la puerta y tuvo la amabilidad de desearle suerte a Bona en su búsqueda de colocación.

Cuando nos marchábamos, oí una fuerte discusión procedente de la cocina y me pregunté si habría regresado el infame Ricaud.

—Vaya —comenté—, la entrevista ha sido una pérdida de tiempo, lamentablemente.

—¿Y ahora, qué, Raymond? —la voz de Bona estaba cargada de llanto contenido —. No me abandones.

—No, no. Pero debo pensar…

Por desgracia, mi círculo de conocidos era tristemente menguado en cuanto a matronas respetables y cabezas de familia con posibles. Además, los pocos que conocía rechazarían con desdén la propuesta de contratar a una amiga mía, ya que, como sabéis, gozaba yo de una reputación que dejaba bastante que desear. Así pues, mientras deambulábamos sin rumbo por la rue Saint-Michel, le di vueltas y vueltas al asunto hasta que, de pronto, se me ocurrió un nombre: ¡Othon!

¿Por qué no? Othon tenía una casa (la mitad de ella, por lo menos, pues la compartía con otro correo). Tenía esposa y familia. Y, además, estaba en deuda conmigo. Nuestro último encuentro no había sido muy cordial, precisamente, pero nuestra amistad ya había capeado desacuerdos como aquél en otras ocasiones: Othon no era, debo reconocerlo, un hombre rencoroso. En cuanto a su esposa, haría lo que él dijera. Aunque, cuando pensé en ella, aflojé el paso. Demasiado bien recordaba nuestro último encuentro. La perspectiva de acercarme otra vez a la casa me resultaba tan aborrecible como sin duda lo sería también para ella.

—Debemos volver a El Gallo Negro —anuncié—. Quizá pueda ayudamos un amigo mío que suele parar allí a beber.

—Pero la dueña de la taberna…

—No se quejará de tu presencia, Bona, te lo aseguro.

Lo dije con más confianza de la que sentía, pues, por el tono de voz de mi acompañante, me daba la impresión de que Beatrice no había aceptado de buen grado la existencia de Bona. Sin duda, la consideraba una especie de afrenta, aunque debo decir que hacía mucho tiempo que Bona había dejado de inspirarme el menor sentimiento libidinoso; antes bien, sus andares descoyuntados casi me causaban repulsión, igual que su gruesa piel, que imaginaba (de forma totalmente irracional, ya lo sé) impregnada del olor del flujo menstrual.

Sin embargo, Beatrice no tenía modo de asegurarse de que mi cambio de opinión respecto a la criada fuese auténtico, y por ello, cuando entré en El Gallo Negro, adopté una actitud suplicante y hablé en tono de disculpa a mi anfitriona, que estaba de espaldas a la puerta.

—¿Beatrice? —murmuré, y ella se volvió—. Perdona, pero vengo a pedirte que extiendas tu hospitalidad, una vez más…

—¡Raymond! —No me dejó continuar el parlamento, que había preparado con tanto cuidado—. ¿Qué haces aquí?

Parecía más asustada que irritada, pero no se me escapó la hostilidad que se respiraba en el aire. Nadie me saludó, ni hubo comentarios sobre mi prolongada ausencia. Nadie requirió una canción, y el propio Gaillard, allí presente, me dio la espalda mientras se hacía el silencio en el local.

—Busco a Othon —contesté a su pregunta, a continuación de la cual alguien soltó un bufido y Beatrice contuvo el aliento.

—¡Y él te busca a ti! —exclamó—. ¡Si te encuentra, te matará, Raymond!

—¿Por qué? ¿A qué viene eso?

Beatrice descubrió en aquel momento la presencia de Bona y torció el gesto. Dejó en el mostrador la jarra de vino que llevaba en la mano, me agarró del brazo y me condujo a la trastienda. Cuando llegamos a la puerta de atrás del local, en voz baja, me puso al corriente de los hechos.

Al parecer, cuando había llegado a su casa para la colación de mediodía, Othon había encontrado a su esposa de conversación con Jean Mignard, Marie Mignard y el párroco de Othon. A continuación, se había desencadenado una pelea terrible, con intercambio de golpes. La mujer de Othon había huido a casa de su padre y mi amigo, borracho y belicoso, andaba buscándome ahora.

—Dice que lo has traicionado —murmuró Beatrice—. Que has revelado su nombre a la muchacha embarazada.

—¡Qué ridiculez! —repliqué, perplejo—. ¿Le dijo ella tal cosa? ¡Es absolutamente falso!

—Pero es lo que cree tu amigo, Raymond, y está muy enfadado. Debes marcharte de aquí antes de que vuelva. ¡Nunca he visto a nadie en un estado tan alterado, querido!

—Pero ¿adónde iré? En casa de mi madre, me buscará.

—Sí, desde luego. Pero aquí, también.

—Y está Bona… —Señalé a la muchacha con un gesto. A cierta distancia de nosotros, esperaba de pie con un aire de absoluto desamparo—. Todavía no le he encontrado colocación. Esperaba que Othon pudiera echarme una mano…

—Déjala aquí —propuso la tabernera. No estaba muy contenta, era evidente, pero la preocupación que sentía por mí superaba su incomodidad—. Puede quedarse esta noche. Mañana decidiremos qué hacemos con ella. O qué hago yo, por lo menos. En cuanto a ti, deberías marcharte de la ciudad.

—¿Qué? Oh, no.

—¡Pero Othon te matará!

—Si está sobrio, no lo hará.

—¿Y lo estará alguna vez?

—Cuando sea convocado a Palacio. —De repente, se me ocurrió que en el priorato tal vez me ofrecerían un lecho—. El padre Amiel me echará una mano. No me dejará en la estacada.

—Entonces, ve a su encuentro. Acude a él ahora mismo, Raymond. Deprisa.

—Pero…

—¡Deprisa!

Tanto temor por su parte me paralizó, socavó el arrojo del que normalmente hacía gala y me empujó a abandonar la taberna. De repente, me encontré de nuevo en el exterior, avanzando cautelosamente por la orilla de la calle y lanzando miradas furtivas a un lado y a otro. La luz del día ya menguaba y las madres empezaban a llamar a las criaturas para que entraran en casa. Decidí dar un rodeo para llegar al priorato y me desvié hacia el río en un intento de evitar el barrio de la casa de mi madre. También era mejor mantenerse a distancia de la casa de Othon, por lo que, al final, me vi obligado a utilizar la calle más frecuentada por las mujeres de vida alegre

de Aviñón y pasé apuros para desembrollarme de una serie de breves diálogos con ellas.

Debo reconocer que en esa calle yo era muy conocido… y lo mismo cabía decir de Othon.

—¡Vaya, pues podéis esconderos aquí! —apuntó una de las mujeres, particularmente amistosa, cuando hube explicado mis apuros—. ¡Toda la noche, si queréis!

—Pero por un precio —apuntó otra, y se echó a reír.

—¡Oh, no! Si se queda aquí, no escapará de su perseguidor —razonó una tercera, conocida como «la Abadesa», con la frialdad de un abogado—. ¿Dónde creéis que irá Othon, si busca consuelo? No, no, maese Raymond, debéis encontrar otro escondite.

—Eso haré —fue mi respuesta, pues tenía muy presente el voto que había hecho ante el padre Amiel, y aquella calle, sin duda, era una manifiesta ocasión de pecar—. Si veis a Othon, decidle que iba hacia el río. Que me proponía tomar una barca en dirección a la costa.

—¡Que Dios os proteja, maese Raymond! Me temo que tendréis que decírselo vos en persona —musitó la Abadesa. Y, entre una terrible algarabía de gritos, las mujeres se dispersaron.

Por la calzada, avanzando con pesadas zancadas, venía Othon.

Canto VI

—¡Othon! —exclamé—. ¡Othon, espera…! ¡No he sido yo! ¡Othon, que yo no soy el responsable!

Resoplando como un toro bravo, Othon aceleró el paso. Yo empecé a retroceder.

—¡Es posible que ella te haya visto en el mercado! —farfullé—. ¡La culpa no es mía, Othon!

Se abalanzó contra mí, pero me volví y escapé, evitándolo por los pelos. ¡Oh, amigos míos, cómo corrí! Raudo como el viento, os lo aseguro. Calle arriba, doblé una esquina y tomé un callejón, pero él no dejó ni un instante de pisarme los talones como un podenco. Tuve la suerte, sin embargo, de que resbalara en el cieno. Gracias a ello, conseguí distanciarme un poco y aproveché las retorcidas y angostas callejas del lado sur de la iglesia de San Pedro para confundirlo. A la derecha, a la izquierda, de nuevo a la derecha. La gente se ponía en pie para abrirme paso, pero choqué con más de un transeúnte como un proyectil impulsado por una catapulta. Las mujeres se apartaban asustadas.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —gritaba yo.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —exclamaban ellas mientras los hombres me maldecían y me insultaban.

Me perdí durante un rato en el cementerio de San Pedro.

En él aún había muchos chamizos de madera, construidos para albergar a quienes los *taxatores domorum* habían desahuciado de viviendas más dignas. (El papa Juan ordenó tiempo después demoler las chabolas). Meterme entre ellas significaba poder ocultarme, y lo hice durante un tiempo, caminando con la cabeza gacha entre una y la siguiente. Si el lugar no hubiese estado habitado, tal vez habría conseguido cruzarlo y salir de él sin problemas, pero estaba lleno de niños, de mujeres en los umbrales y de canes que husmeaban en los montones de basura. Mi presencia sorprendió a todos y los perros gruñeron y los críos me hicieron preguntas. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era idiota o estaba loco? Un pequeño canalla intentó subírseme a la espalda, otro me pegó en el hombro con un bastón y aulló cuando le pagué el golpe con una bofetada.

Entretanto, Othon me buscaba y hacía preguntas, intimidando con su corpulencia y su cuchillo a todos los que le salían al paso. Era un par de palmos más alto que los chamizos que poblaban el cementerio y nadie osó plantarle cara. Sí, decían las mujeres, un hombre ha pasado por aquí. Era un tipo joven, con una túnica verde, delgado y con abundante pelo negro. Se fue por ahí. Caminaba arrastrándose.

Othon era tan alto que yo podía divisar su avance si miraba por encima de las paredes, y descubrí que me estaba obligando a volver sobre mis pasos, lo cual me alejaba cada vez más del priorato de los dominicos. Entonces, los niños empezaron a perseguirme y Othon oyó sus burlas y gritó:

—¡No conseguirás escapar, gusano!

Al verle acelerar el paso, intenté pensar. Los ojos me escocían debido al humo. ¡Humo! ¡Por supuesto! A la puerta de uno de los chamizos ardía una fogata, reducida casi por completo a cenizas y ascuas, pero bastaba para mi propósito. Me acerqué a la mujer que la atendía, enseñé los dientes (ante lo cual no opuso ninguna resistencia), me envolví la mano en la capa y agarré uno de los troncos humeantes.

A continuación, me puse en pie de un salto.

—¡Argh! —gritó Othon. Estaba bien situado para interceptarme, pero lo esquivé y eché a correr en dirección al priorato. Y cuando alargó el brazo para agarrarme por el cuello, yo le arrojé el tronco ardiendo y, entre alaridos, cayó al suelo.

—¡Maldito seas! —bramó. A mí no me quedaba aliento para hablar y, aprovechando la ventaja de seis o siete pasos que le había sacado, intenté aumentar la distancia que nos separaba, saltando por encima de la tapia del cementerio. Fui a parar a un callejón tan estrecho que pensé que el mismísimo Dios lo había puesto allí para mí. Othon, con sus anchas espaldas, se veía obligado a avanzar de costado entre los agobiantes muros. Mi constitución más delgada me permitió ganar terreno sin demasiadas dificultades y, al doblar una esquina, desaparecí de su vista. Y ya me diréis qué os parece lo que hice después, porque a mí se me antoja muy astuto.

Había una casa baja con un tejado plano de ripias y una ventana que se abría bajo el alero. Utilizando el alféizar como estribo, me encaramé al tejado y, tendido entre las gavillas de trigo que se guardaban sobre las planchas de madera, recuperé el resuello. Recé para que nadie me oyera en el interior de la casa. Recé para que Othon pasara sin darse cuenta. Recé a todos los santos del cielo sin atreverme a levantar la cabeza.

Y mis plegarias fueron escuchadas. Nadie advirtió mi presencia. Sólo las moscas notaron que estaba allí y se arremolinaron en torno a mi cuerpo sudoroso, tumbado al sol, hasta que temí que aquella aglomeración de insectos delatara mi presencia, pero en aquel tejado estaba seguro. En mi nido de trigo seco, me sentía protegido como el huevo de un gorrión, fuera de la vista y fuera del alcance de todos.

Esperé mucho tiempo. Aguardé hasta que las sombras se volvieron alargadas y entonces, por fin, deseoso de volver a la calle antes de que cayera la noche y me impidiese ver por dónde bajar del tejado, pasé las dos piernas con cuidado sobre el borde de éste y me dejé caer. Aterricé en un charco de lodo.

No me recibió ninguna voz airada. Ningún puño del tamaño de un jamón me golpeó la cara. La calle estaba tranquila. Era esa hora de la tarde en la que, en el campo, los labriegos se detienen en el umbral a disfrutar de los postreros rayos rojos del sol. Las calles de Aviñón son demasiado estrechas y las casas, demasiado altas para tales placeres, regalo de Dios, por lo que muchas puertas ante las que pasé se hallaban envueltas en una densa penumbra que presagiaba el anochecer. No obstante,

las torres y las almenas estaban bañadas en oro. Los pájaros llamaban a su progenie a los nidos y la gente de la calle caminaba despacio, sabedora de que el trabajo de la jornada ya estaba hecho.

Yo también me movía despacio, pero mi razón era otra. Tenía que mirar antes de doblar las esquinas y deslizarme de un umbral al siguiente. Tenía que caminar en silencio y estudiar con atención todas las figuras que se acercaban. Cuando me saludaban (porque yo no era una persona desconocida), salía huyendo como un ratón asustado, con el corazón desbocado. De esta manera avancé paso a paso en dirección al priorato, preguntándome por el camino qué haría si se negaban a acogerme.

«Asilo —pensé—. Debo pedir asilo. Tienen el deber sagrado de dármelo».

Debo comentaros que es muy difícil orientarse dentro de las murallas de Aviñón. No existen las vistas panorámicas, sólo desde las propias murallas. No hay espacios abiertos de ningún tipo y uno casi se da de bruces con los edificios antes de verlos, y fue de ese modo cómo, al doblar una esquina, descubrí que había llegado a mi destino. Es probable que, conforme me acercaba a la seguridad del claustro, me hubiese confiado un poco. Tal vez se me antojó imposible que Othon me buscara en aquel lugar concreto. Sea cual fuere la razón, cuando corrí hacia las puertas del priorato sin, como tendría que haber hecho, husmear el aire primero, sufrí las consecuencias inevitables de mi falta de cautela.

Othon me estaba esperando.

Me aguardaba en la boca de un callejón, a poca distancia de la puerta del recinto. No puedo deciros qué rayos de iluminación lo habían llevado hasta aquel lugar. Quizás, a su torpe manera, había deducido que yo sería lo bastante listo para evitar la casa de mi madre y El Gallo Negro. Quizás había pensado en el priorato, o en el padre Amiel.

En cualquier caso, salió del callejón aullando como un perro rabioso. Yo ya había llegado a la puerta y el susto casi me tumbó. De puro desespero, empecé a aporrear las puertas que se elevaban ante mí como un farallón. Grité pidiendo ayuda, supliqué que me dejaran entrar. Entonces, Othon me agarró por la capa y me tiró con todas sus fuerzas contra los duros cantos rodados que empedraban la calle.

—¡Traidor! —rugió.

Intenté escabullirme a rastras, pero me lo impidió. Volvió a agarrarme y me dio puñetazos en la oreja, en la cara y en el cuello. Me pateó el estómago y me golpeó la cabeza contra la piedra. El impacto fue tan fuerte que apenas sentí dolor. Recuerdo que intenté que se me ocurriera algo, unas simples palabras con las que suplicarle que se detuviera. Recuerdo que la mente se me emborronó. Entonces, me pisó la mano y aquello sí que me dolió. Grité, a buen seguro, aunque no recuerdo el sonido de mi voz. Experimentaba una extraña sensación: todo me daba vueltas como si hubiera quedado atrapado en la rueda de un molino.

Quizá quería matarme, como había dicho Beatrice, y, si no hubiese intervenido el portero del priorato, tal vez lo habría hecho. De repente, la paliza cesó y oí voces, débiles gritos que atravesaban el zumbido de mis oídos. Y luego, el silencio.

Alguien me tocó el hombro con suavidad. Alguien preguntó si podía ponerme en pie.

—El padre Amiel —gruñí—. El padre Amiel de Semur.

—¿Qué?

—Por favor. Él me conoce. Dejadme entrar.

El portero era un tipo prudente y sabía que no podía dejarme en la calle, porque, si bien mi asaltante se había marchado corriendo, era indudable que acechaba en las proximidades con la esperanza de que no me admitieran en el priorato. Gracias a la misericordia de Dios, sin embargo, me franquearon la entrada. Doblado por la cintura y arrastrando una pierna, crucé la puerta apoyado en el brazo de mi nuevo amigo, que se tambaleó un poco bajo mi peso. Cuando oí el retumbar de las puertas al cerrarse, supe que en ningún otro lugar de la ciudad de Aviñón estaría más seguro que allí. Sabía que había llegado a mi asilo.

Como la ocasión anterior, me llevaron a una pequeña celda de piedra con un banco corrido. Ésta vez, sin embargo, no me advirtieron de que no orinase, escupiera o blasfemase. Por el contrario, me instaron a tumbarme en el banco y me dijeron que no tendría que esperar mucho rato, ya que enseguida llamarían al padre Amiel.

—¿Vuestro nombre? —preguntó el portero antes de retirarse—. ¿Cómo os llamáis?

—Raymond Maillot.

—Bienvenido seáis, Raymond Maillot. Voy a transmitir vuestro mensaje. Poneos cómodo.

Pero ¡ah, la comodidad! ¡Era imposible encontrarla! Me dolía todo el cuerpo, temblaba y me sangraba la nariz. Intenté sentarme, pero me mareé y tuve que tumbarme de nuevo. Entonces cerré los ojos y me invadió un sopor extraño. Se me movía un diente y notaba un sabor metálico en la garganta. Mi mente divagó y divagó…

—¡Raymond!

Era la voz de padre Amiel. Con cierto esfuerzo, abrí los párpados de nuevo, pero no podía volver la cabeza.

—¿Padre? —pregunté en un susurro.

Su túnica blanca parecía flotar ante mis ojos. Entonces, se agachó y le vi la cara. Recorrió mi cuerpo con la mirada y me examinó las heridas.

—Tendréis que ir a la enfermería —dijo.

Yo no respondí.

—¿Podéis moveros? ¿Podéis caminar?

—Sí —susurré.

—¿Me conocéis? ¿Sabéis mi nombre?

—Sí.

—¡Hermano Nicolás! —dijo levantando la voz de repente—. Venid a ayudarme.

No puedo deciros qué camino tomamos para llegar a la enfermería. Estaba tan preocupado por mis pies, por dónde los ponía, que me pasaron inadvertidos los maravillosos frescos de las paredes y las magníficas columnas talladas. Poco a poco, sin embargo, la cabeza se me fue despejando y el dolor se hizo menos difuso, concentrándose en ciertas zonas del cuerpo (la mano izquierda, la nariz, la articulación de la cadera derecha), mientras que otras zonas funcionaban con normalidad. Cuando entramos en el amplio recinto de la enfermería, una construcción de techo bajo, ya casi estaba en condiciones de hablar.

—Mi nariz —murmuré—. ¿Me ha roto la nariz?

—Quizá —respondió el padre Amiel.

—Que Dios nos asista. Conozco a un hombre que murió debido a una rotura de nariz. Le provocó una fiebre.

—Chitón. Callad ahora. No habléis.

La enfermería olía a hierbas y a humo. Había esterillas de junco en el suelo y unas telas tensadas en las ventanas para impedir que entrara la lluvia. Sólo estaban ocupadas unas cuantas camas. Me llevaron a una de ellas y el padre Amiel mantuvo un diálogo con otro monje, mucho más alto que él y de aspecto fatigado. Hablaron con las manos en vez de hacerlo con la lengua, dibujando señas en el aire. Las manos del padre Amiel, en concreto, parecían peces que comieran.

Por último, asintió y se volvió hacia mí.

—Éste es el hermano Gabriel —dijo—. El hermano Gabriel os curará las heridas y a vuestra familia se le comunicará que hoy pernoctaréis aquí.

—¡Esperad! —Lo agarré por el hábito porque ya comenzaba a marcharse—. ¿Os marcháis?

—Volveré, Raymond, pero ahora tengo que hablar de vos con el prior.

—¿Y luego regresaréis?

—Y luego regresaré. Tened paciencia.

De modo que lo solté y se marchó. Se marchó y no volvió en mucho rato. Durante su ausencia, el hermano Gabriel me restañó la hemorragia y me examinó de la cabeza a los pies: no parecía haber ningún hueso roto, aseguró. Tal vez me resultase doloroso mover la mano, dijo, pero el solo hecho de que pudiera moverla ya era para congratularse. Después de haberme untado con un ungüento de olor muy peculiar («extraerá el veneno de las contusiones»), me dio una suerte de poción y me aconsejó que descansara. Yo era joven y fuerte, indicó. Mis heridas, si bien dolorosas, eran superficiales. Enseguida sanarían, y debía dar gracias al Señor por haber salido bien

parado del incidente.

Expresó sus opiniones de modo cansino y monótono, con lo cual transmitía perfectamente su falta de interés por mí. (Tal vez estoy siendo injusto y el fraile sólo estaba cansado, pues las bolsas que tenía bajo los ojos eran grandes como alforjas, pero estoy seguro de que, si en aquel momento yo hubiera muerto a sus pies, habría pasado por encima de mi cadáver). Entonces, sin ofrecerme ni una sola palabra de aliento, volvió a la cabecera de la cama de un hermano que sufría unas fiebres y cuyos delirios y movimientos eran una fuente de incomodidad que se sumaba a mi malestar.

Me dejaron solo. Abandonado, si queréis. ¿Os sorprende, pues, que el trance me afectara en gran manera? Asustado y exhausto, cedí a la debilidad enterrada en lo más profundo de mi corazón y empecé a derramar unas lágrimas cálidas y agónicas. Sollocé. Me atraganté. Me senté con la cabeza apoyada en una mano (la buena), mientras la otra colgaba, amoratada y dolorida, entre las rodillas. ¿Por qué me habían abandonado? ¿Qué había hecho yo para merecer tal desprecio?

En aquel instante, alguien pronunció mi nombre y reconocí la voz del padre Amiel antes de levantar la cabeza.

—Ha sido Othon —farfullé, anticipándome a sus preguntas—. Ha sido Othon quien me ha hecho esto.

—¿Por qué?

—Porque cree que lo he traicionado, pero no ha sido así. Siempre he sido un buen amigo, un amigo leal. He callado su nombre ante esa chica y mirad cómo me paga, el muy truhán. ¡Es un animal!

—Callad.

—¡No me escuchó, me atacó sin dejarme hablar! ¡Como si yo no fuera nadie! Y los demás, son todos iguales… Gaillard es igual. ¡Siempre piensa lo peor de mí! Soy el mejor amigo que tienen, siempre a su servicio, ¿y para qué? ¿Para qué? ¡Palizas! ¡Insultos! ¡Miradas perversas! —Entendí la injusticia de la situación y fui presa del llanto. Lloré como un niño. (Pero debéis recordar que estaba herido)—. ¡Todos somos mortales! ¡Todos cometemos errores! Los míos carecen de malicia, no hay malicia en mí. ¿Por qué me torturan así? ¿Por qué?

Las palabras fluían de mi boca como un torrente, pero el padre Amiel detuvo su curso. Me puso una mano en la frente y su tacto me hizo entrar en calor como si se tratara de una infusión. Me sentí confortado. Me tranquilicé. Se me cerraron los párpados y mis quejas delirantes dieron paso a unas palabras confusas antes de detenerse por completo.

Permanecimos en silencio unos minutos. Cuando por fin habló, lo hizo con una voz que no le había oído nunca, consoladora en grado sumo.

—Hijo, sólo el amor de Dios es perfecto —dijo—. No debéis buscar el amor

perfecto entre vuestros amigos.

—¡Amigos! —farfullé—. ¡Miradme! ¡Sí, miradme! ¿Un amigo os haría eso?

—No, un verdadero amigo, no.

—¡No son mis amigos!

—¡Chist!

—¡Todo el mundo me pega! ¡Mi hermano me pega! ¡Mi padre me odiaba! ¡Todo el mundo me detesta y me rechaza!

—No.

—¿Es por mis pecados? ¿Estoy siendo castigado, padre? ¿Es eso lo que sucede?

—Quizá —se limitó a decir.

—Entonces, incluso Dios es enemigo mío. —Suspirando, me cubrí el rostro con la mano una vez más. Estaba absolutamente exhausto y ya no podía ni llorar—. Me siento desamparado —murmuré—. No es de extrañar que me lluevan golpes de todos lados.

—No todo el que se muestra condescendiente es un amigo, como tampoco es un enemigo todo el que castiga —citó el padre Amiel—. San Agustín nos dice que es mejor amar con severidad que engañar con dulzura, Raymond. Dios no es vuestro enemigo. Es vuestro único amigo verdadero.

—Vos, padre, sois mi único amigo verdadero —repliqué, y en aquel momento lo sentía así, aunque, desde luego, no pensaba con demasiada claridad. Lo dije, sin embargo. Me salió de dentro y el monje se sentó a mi lado y me retiró la mano de la frente.

—Estáis afligido, os duele todo el cuerpo y tenéis miedo —señaló con voz apacible—. Vuestra capacidad de raciocinio está disminuida. Soy vuestro amigo, sí, Raymond, un amigo verdadero, pero no puedo amaros como os ama Dios.

Sollocé y me enjugué las lágrimas.

—Pensad en los dones que Él os ha otorgado —prosiguió el padre Amiel—. Os ha concedido inteligencia, hermosura, una buena educación. Os ha dado una lengua rápida y una buena mano. Os ha dado salud y vigor, oído para la música y una voz poderosa, y también os ha concedido una dentadura perfecta, Raymond.

No pude por menos que sonreír.

—Debe de amaros mucho —continuó el monje—. Y si reflexionarais un poco, tal vez lo comprenderíais. Veríais que, comparadas con el amor de Dios, todas vuestras tribulaciones, las desavenencias, los sentimientos heridos, los golpes y las traiciones no significan nada. Nada. Es paja al viento.

—¿Paja al viento? —exclamé—. Padre, ¿la paja al viento me haría esto? ¿No veis cómo estoy?

—Sí, sí, lo sé. Cuesta perdonar, Raymond, pero… —Levantó los ojos al techo como si buscara inspiración entre las vigas—. San Pablo escribió: «Dios eligió lo

necio del mundo para confundir a los sabios» —dijo al cabo, mirándome de nuevo a los ojos—. San Agustín escribió: «Porque el alma, cuando está atada al amor de las cosas terrenas, es como si tuviera ajonje en las alas y no pudiera volar». Raymond, vuestra alma está atada a la tierra. Está empantanada en el ajonje del desenfreno, la ebriedad, el conflicto y la envidia. Y el conflicto engendra conflicto y en ello no hay final. Es una semilla amarga que produce un fruto emponzoñado. Y es la muerte, el exilio. —Su forma de hablar era un bálsamo: flotaba en el aire con infinita suavidad; acunaba como el zumbido de las abejas en un día de verano—. No es mi intención sermonearos, maese Raymond, porque yo también soy un pecador, pero me entristece veros tan perdido, cuando lo único que debéis hacer es sacudiros ese ajonje de las alas. Sí, lo único que necesitáis hacer es levantar la cabeza por encima del ruido y de las multitudes y de todas las distracciones de la vida carnal, y buscar la paz en el amor de Dios. Es un amor tan infinito que todos esos problemas que os acosan ya no os desgarrarán el corazón. Se os desprenderán de los hombros como si fueran una prenda de vestir hecha jirones.

Aturdido, reflexioné sobre sus palabras. Pintaban una imagen sumamente atractiva. Paz, amor, Dios… Pero ¿podían obtenerse esas cosas en la casa de un fabricante de guantes aviñonés llena de miembros de la familia Maillot siempre a la greña?

—Hijo mío, cada día voy a la prisión —concluyó el padre Amiel—. Me veo expuesto al pecado y a la desgracia, al dolor y a la desesperación. Tengo que habérmelas con mentirosos y mis oídos se manchan con relatos de concupiscencia, maldad y engaño. ¿Creéis que eso no me afecta? Ojalá… Y, sin embargo, vuelvo a este lugar, me postro ante Dios y él me limpia y me purifica. Me llena como si yo fuera una vasija hasta que no queda espacio para nada más. En cambio, ¿qué hacéis vos con la misma carga? ¿Cómo purificáis vuestro corazón? Pienso en ello a menudo, creedme, y me pregunto: «¿Lleva encima Raymond toda esa inmundicia de forma que se suma al peso de los pecados que ya ha de cargar?».

—Padre, yo… yo… —No sabía qué decir. El dominico tenía razón, desde luego, pero él vivía en un monasterio—. Padre, ¿cómo puedo levantar la cabeza si estoy metido en el ajonje hasta las orejas? —fue la réplica que le formulé—. ¡Pero si apenas puedo moverme!

—Raymond, la cruz que lleváis os la habéis hecho vos mismo.

—¡No! ¡No es verdad!

—Pensad en vuestros amigos. Habláis de palizas, de insultos, de malas miradas, pero fuisteis vos quien intimó con ellos, quien los acogió en vuestra vida. Sois por tanto vos quien tiene que renunciar a su compañía.

Lo miré atónito, ante lo cual el dominico sonrió.

—Es posible hacerlo —comentó—. Es incluso aconsejable que lo hagáis. ¿Por

qué recurrís a vuestros amigos en busca de ayuda si lo único que hacen es perjudicaros? O, al menos, así lo veo yo. Pero la decisión es vuestra, desde luego.

Permaneció callado, mirándose las manos, que tenía abiertas en el regazo, con las palmas vueltas hacia arriba. Yo también se las miré, del mismo modo que estudié su perfil. No me revelaron nada.

—¿Así que consideráis que mis amigos son ajonje? —murmuré de una manera torpe y estúpida; pero el monje sonrió de nuevo.

—Tal vez no sea una metáfora afortunada —admitió—. Sin embargo, os encadenan, ¿no es cierto? Os atan y os confunden. Os torturan y os distraen.

—¿Y si es así? —creo que repliqué malhumorado—. ¿Qué puedo hacer yo para impedirlo?

—Prescindir de ellos. —El monje extendió las manos—. Rehuirlos. Evitarlos durante un par o tres de semanas. Abandonad esos antros del pecado y subid a las murallas. Respirad aire puro, contemplad la creación de Dios, meditad sobre vuestra vida y dejad que Dios os hable en el silencio. —Hizo una pausa y luego añadió—: ¿Tocáis la viela a menudo, hijo?

Por extraño que os parezca, yo había estado pensando en mi viela, porque si Dios me había hablado alguna vez, lo había hecho a través del instrumento.

—Desde que vos me contratasteis, no mucho —respondí.

—Entonces, id a buscarla tan pronto podáis —dijo el monje—. La música siempre ayuda a la meditación.

¡Qué bien parecía comprender! Cuando se puso en pie, lo miré con admiración, asombrado de su agudeza mental. Todos mis dolores quedaron olvidados unos instantes. Todos mis amigos me parecieron criaturas informes, espectros hambrientos que me perseguían como cuervos. ¿Debía, tal vez, seguir su consejo? ¿Debía abandonar a mis compañeros de pecado?

Entonces advertí que el dominico se marchaba.

—Deberíais dormir aquí esta noche —dijo—. Descansad y recuperaos. Tiempo habrá mañana para hacer planes y pensar.

—¿Que duerma aquí? ¿En esta cama?

—A menos que prefiráis dormir en los aposentos para las visitas. Sin embargo, quizá sería mejor que os quedaseis aquí, al cuidado del hermano Gabriel. Tal vez necesitéis medicamentos.

—¡No! ¡No! —dije, poniéndome en pie—. No necesito pociones, sólo una noche tranquila. Padre, ese monje de ahí hace unos ruidos terribles —añadí entre susurros —. Como el mismísimo Maligno. Nadie podría dormir con sus gritos y gruñidos.

El padre miró al objeto de mis quejas y arqueó las cejas. Luego asintió y, con un gesto, me indicó que lo siguiera.

—Muy bien —dijo—. Os buscaré una habitación y algo para que repongáis las

fuerzas, pero estaréis solo, hijo. Si durante la noche os sentís enfermo, sólo Dios oirá vuestra voz.

—¿De veras? Pues eso os complacerá, ¿verdad, padre? —comenté—. Acabáis de decirme que necesito estar solo con Dios.

El dominico se sonrió de nuevo. En esta ocasión, sin embargo, mostró los dientes.

—Bromearíais incluso en vuestro lecho de muerte —observó—. Venid, apoyaos en mí.

Y así fue como escapé de la enfermería, sosteniéndome en el menudo hombro huesudo del padre Amiel, que cargaba conmigo como sin duda habría cargado una cruz: con paciencia, con resignación y en silencio. Puedo imaginarme lo que le costó. Sé que, con toda probabilidad, habría preferido el peso de una cruz de madera al de un hombre herido.

Porque, como ya he mencionado en algún otro momento, no soportaba el contacto físico.

CUARTA PARTE

Canción del celibato

Canto I

Qué extraño resulta estar a solas con uno mismo. Qué peligroso y qué inhumano es. Ya las Sagradas Escrituras nos advierten contra ello: «Pero ¡ay del que está solo!, porque cuando caiga no habrá otro que lo levante». Sin embargo, san Antonio de Egipto vivió veinte años en soledad, recuerdo, y san Jerónimo fue anacoreta durante cinco. El mismo Jesucristo estuvo solo en el desierto durante cuarenta días. Una vida tan solitaria ha de tener, en algunos aspectos, algo de santa, y así lo atestigua san Bernard de Clairvaux (o eso me contó una vez el padre Amiel): «Bendito el que puede decir: "Ved, he escapado muy lejos y vivo en soledad"». Pero, claro, lo dice un santo. Tal vez la existencia de eremita sea demasiado sagrada para el común de los mortales y sólo esté hecha para los santos que habitan entre nosotros.

Yo, por ejemplo, no puedo vivir solo. Nací en una estancia abarrotada de gente (como la mayoría de nosotros) y desde entonces no he parado de luchar por hacerme sitio. A veces he pensado que ojalá pudiera estar solo, pero ahora sé que Dios ha sido misericordioso conmigo al negarme tal deseo. Porque mi primera noche en el priorato fue una dura prueba y todo un desafío.

Me adjudicaron una celda y me dieron una vela y un poco de agua para beber. En la cama había dos estrechas camas con sendos jergones de paja, almohada y mantas. Cuando pregunté al padre Amiel dónde había dormido el papa Clemente a su llegada a Aviñón, me confió que la hospedería del prior era más lujosa en su mobiliario. Allí, al parecer, encontraría tapices y cueros, oro y cristal. La parte del priorato en la que me hallaba estaba reservada a visitantes de condición más humilde.

—¿Clérigos? —inquirí.

—Sí, clérigos.

—¿Y peregrinos?

—A veces.

—¿Mujeres?

—En alguna ocasión. —El padre Amiel inspeccionó la pequeña estancia de muros de piedra y preguntó si tenía todo lo necesario.

—Si necesitáis un salterio para ayudaros en los rezos, puedo mandar por él, pero creo que no deberíais leer.

Lo mismo me parecía a mí. Los ojos todavía me lagrimeaban del golpe en la nariz.

—No os preocupéis, padre —le dije—. Con esto bastará.

—Si es así, os dejo.

Antes de despedirse, y para mi asombro, el monje entonó unas cuantas frases en latín y trazó la señal de la Cruz en el aire sobre mi cabeza. Tal vez adivinó, con una perspicacia fuera de lo común, que me esperaba una noche larga y difícil. Tal vez se

dio cuenta de que la soledad en un lugar desconocido era contraria a mi carácter.

Acertaba, por supuesto. Poco descanso encontré en aquel lecho angosto y entre aquellos fríos muros de piedra. En el pasillo exterior, largo y recto, resonaban toda suerte de ruidos portentosos, causados por corrientes de aire en su mayor parte, pero que semejaban voces lejanas, de timbre fantasmal, que expresaban dolor y pena. Un par de veces creí oír unos pasos, pero no corrí a abrir la puerta y saludar al que pasaba porque percibí que cualquier intento de relacionarme sería considerado una intrusión en aquel lugar sombrío. Sin duda, allí debía de haber otros visitantes que, como yo, buscaban refugio. No obstante, si era así, no llegué a verlas o a conversar con ellos. Era como si me hallara en un edificio habitado por espíritus.

Dormí con un sueño ligero, casi febril, perturbado por ensoñaciones aterradoras, por el dolor de las magulladuras y por el tañido de las campanas. Creo que en cierto momento lancé un gemido, con el que añadí mi voz a la música sobrenatural de silbidos, chirridos y quejidos que envolvía la hospedería del priorato. Y aunque sabía que bajo las campanas que me despertaban vivía un gran número de monjes, por extraño que resulte cuando lo pienso, jamás me he sentido más solo. Y es que, naturalmente, mi sensación de aislamiento se debía tanto al lugar donde estaba como a mi manera de ser. Un hombre como yo, por penitente y sumiso que se vuelva, siempre se sentirá fuera de lugar en un monasterio.

Por la mañana, ya estaba despierto cuando el padre Amiel me mandó llamar, con la salida del sol. La noche anterior habíamos acordado que me acompañaría a casa camino de la prisión, donde lo esperaría mi sustituto romano. Cuando, al encontrarnos, me propuso contratar al nuevo escribano para toda la jornada, me opuse vehementemente y le aseveré que ya estaba en condiciones de trabajar.

—¿Estáis seguro? —El padre estudió con preocupación mi figura decaída—. A mí me parece que estáis muy enfermo.

—Es la falta de sueño —respondí con una voz apagada y gangosa a causa de la hinchazón de la nariz—. Le pondré remedio esta mañana: me acostaré y, a mediodía, la cura ya habrá surtido efecto.

—¿Y qué hay de vuestro antiguo amigo, de Othon? ¿Qué haréis al respecto?

El padre Amiel me hizo esta pregunta cuando aún estábamos bajo el techo del priorato y, naturalmente, di por sentado que temía por su propia seguridad, si Othon daba con nosotros. Así pues, me apresuré a tranquilizado.

—¡Oh, padre! Othon no me andará buscando, tan temprano. Seguro que está padeciendo terriblemente los efectos de las últimas jarras de vino de anoche.

—¡Ah!

—Jamás lo veréis activo a estas horas de la mañana. A menos que tenga que partir a alguna ciudad distante.

—Me tranquiliza saberlo —comentó el fraile—. Pero no habéis respondido a mi

pregunta, Raymond. ¿Vais a acusarlo de agresión? Si es así, hablaré con el condestable. Os aseguro que le caerá una condena. Las pruebas en su contra son abrumadoras.

—¡Oh! —No pude contener una carcajada—. ¡Padre, si lo llevo a juicio, entonces sí que me matará!

—Sandeces. —Su tono de voz era gélido—. Si lo deseáis, lo haré arrestar. Ésta misma mañana. El condestable no se negará si se lo pido.

Alarmado, lo miré fijamente. Estábamos en el umbral de mi minúscula celda y reinaba tal oscuridad que el padre Amiel había traído una humeante lámpara de sebo. A la luz de ésta, ofrecía un aspecto cadavérico y unas facciones duras como el pedernal. Sus ojos eran dos pozos insondables.

—Padre, yo… yo… —¿Cómo explicarle? Me pareció como si, desde la distancia que nos separaba, la mujer y los hijos de Othon me lanzaran reproches—. No puedo hacer que detengan a Othon, ni que lo acusen.

—¿Por qué no?

—Por su familia. ¿Qué sería de sus hijos?

—Si lo sancionan con una multa, no les sucederá nada.

—Pero podría perder su cargo. Es un simple correo papal y no tiene amigos poderosos. Muchos verían en este incidente una oportunidad para hacerse con su puesto. Además… —Me pasé una mano por los cabellos y di un respingo cuando me toqué una zona dolorida—. ¡Oh, padre, no puedo! Obraría mal. Si lo conozco bien, hoy mismo vendrá a pedirme perdón. Ya lo ha hecho otras veces.

El padre Amiel no dijo nada.

—Además, estará en deuda conmigo —continué—. ¡Me agradecerá tanto que lo haya librado del castigo que hará lo que le pida! Le aseguro, padre, que la mejor política es siempre poner la otra mejilla. Por lo menos, en lo que a Othon se refiere. Cualquier otra cosa sólo conducirá a más problemas.

El fraile continuó mudo. Sin embargo, deduje de su silencio que estaba disgustado. Tal vez lo leí en la mueca de sus labios, o en cómo dio media vuelta y me condujo al exterior. O quizá me lo advirtió la duración misma de su mutismo, que continuó hasta que, desesperado por ganarme su aprobación (que tan ostensiblemente me había retirado), mencioné el asunto de la disputa legal de Guillaume Monier con el caballero Etienne de Puy.

El padre Amiel me escuchó con atención mientras avanzábamos por la calle. La mañana era muy fría para la estación en la que estábamos, y el aire se hallaba tan encalmado que el humo de las chimeneas recién encendidas se extendía como un manto sobre los tejados. Como aún tenía molestias en la cadera, arrastraba un poco la pierna, lo que hacía más lento nuestro paso. Yo llevaba las manos, sin guantes, abrigadas bajo las axilas.

—Pero ¿cómo podría un caballero de…? ¿De dónde habéis dicho? ¿De no sé dónde, cerca de Saint-Gilles? ¿Cómo podría acceder al dormitorio de Guillaume Monier? —rompió por fin su silencio, cuando hube terminado—. Salvo que empleara algún medio diabólico…

—Parece improbable. Así se lo dije a Lambert.

—… o que sobornara a alguien de la casa del camarero para que le hiciera el trabajo. —El padre Amiel me sobresaltó con un suspiro, y continuó—: Puede que no haya hecho las preguntas adecuadas. Tal vez debería volver a interrogar a los escribanos. Aunque, ¿adónde me conduciría eso? Mi *inquisitio* se centra en la brujería. Si investigara a Etienne de Puy, ¿no estaría apartándome demasiado de la tarea que me ha sido encomendada?

Como no estaba suficientemente informado para responder, contuve la lengua. En cuanto al dominico, se sumió en profundos pensamientos y no cambió su expresión preocupada hasta que llegamos a casa de mi madre. Sin embargo, una vez allí me alegró comprobar que mi táctica de distracción había surtido efecto, puesto que, en lugar de despedirse con un seco monosílabo, el padre Amiel quiso demostrarme su aprecio por el regalo que acababa de hacerle y, con este propósito, salió en mi defensa.

Fue Alazais quien me abrió la puerta, y reconocí muy bien la expresión ceñuda con la que me recibió. De no estar presente el padre Amiel, me habría soltado toda la mordacidad de su lengua viperina. Sin embargo, cuando vio al monje, se quedó sin habla y retrocedió un poco. Su reacción me causó un placer infinito, aunque debo confesar que también estaba preocupado. Me extrañaba que el padre Amiel se expusiera voluntariamente a las atenciones de mi familia, pues casi siempre evitaba estar mucho rato en su compañía.

—Buenos días, hija —dijo a Alazais—. Deseo hablar con vuestro marido. ¿Está en casa?

—¡Oh! Sí. Sí que está. ¡Arnaud! ¡Arnaud!

¿Qué se proponía el fraile? Temí que fuese a revelar a Arnaud la causa de mis lesiones y a instarle a denunciar a Othon. Sin embargo, cuando por fin apareció mi hermano, legañoso y despeinado, el padre Amiel se limitó a anunciar que me habían agredido y que era digno de conmiseración.

—Tengo la certeza de que vuestro hermano es una víctima inocente —declaró—. Como sabéis, ha pasado la noche en el priorato y ya se ha recobrado bastante de su terrible trance. No obstante, todavía necesita tranquilidad y buenas atenciones. Confío en que si lo dejo en vuestras manos fraternales, tendrá ambas cosas.

La expresión de Arnaud era absolutamente cómica: la de un hombre que acaba de descubrir una vaca en su cama. Su rostro denotó asombro, alarma y perplejidad, en rápida sucesión.

—Volveré hacia el mediodía —continuó el padre Amiel— con la esperanza de que, bien descansado y recuperado, Raymond ya esté en condiciones de reemprender el trabajo. Es un ayudante muy valioso, maese Arnaud. Lamentaría que vos no supieseis reconocerlo.

¡Pobre Arnaud! Casi me dio lástima. Farfullando murmullos incomprensibles, se frotó los ojos para despejarse y buscó ayuda con la mirada. Sin embargo, el fraile ya había cesado su ataque. Con una sonrisa y un gesto de cabeza, se marchó repentinamente, y allí quedó el clan Maillot, mirándose unos a otros con incomodidad y consternación.

—Bien… —dijo Alazais, finalmente.

—Hum —añadió su marido.

Yo no abrí la boca. Al cabo de un momento, me dejaron pasar y pude cruzar la puerta. En la cocina me recibió mi madre, recién levantada también, y me ofreció pan y queso. Nadie me dirigió la palabra mientras me disponía a comer, con precaución. (Aliviado, comprobé que el diente que me bailaba había recuperado la firmeza y se mantenía perfectamente clavado en la encía). Alazais avivó el fuego, mi madre dijo a la criada que sacara los desperdicios y trajera leña, y Arnaud se mondó los dientes.

—¿Quién te ha hecho eso? —me preguntó, por último, y señaló mi nariz hinchada.

Sonrojado, le dije que no conseguía acordarme.

—Pues si sucede por tercera vez —gruñó—, puedes buscarte otro sitio para dormir. Porque si alguien intenta matarte, Raymond, no quiero que vierta tu sangre cerca de esta casa.

Y ésta fue toda la simpatía que recibí de mi hermano. ¡Eso entendía él por tranquilidad y buenas atenciones! Con todo, tuve que agradecerle al padre Amiel que Arnaud, por lo menos, se abstuviera de ponerme la mano encima.

Por último, me levanté de la mesa y me retiré a mi habitación sin que nadie protestara. Pese al desorden reinante en mi estancia, después de haber pasado por la hospedería del priorato ningún otro lugar podía resultarme más acogedor. Contemplé con enorme satisfacción el tintero de piedra de mi padre, mi desordenada colección de libros, la ropa desordenada de la cama, mis botas de los festivos y el escritorio. Cada uno de los objetos me tranquilizó infinitamente. Y detrás de la puerta cerrada estaba mi familia, que no hacía ruidos fantasmagóricos por la noche y que, cuando asomaba la cabeza, siempre me decía algo, aunque sólo fuera para maldecir mi irresponsabilidad.

Con un suspiro de contento, me dispuse a dormir.

Sin embargo, no se me iba a permitir tal satisfacción. Apenas había cerrado los ojos cuando alguien llamó con los nudillos a los postigos de la ventana. Era un sonido subrepticio que presagiaba problemas. Por un instante, estuve tentado de no

responder, pero se me ocurrió que el intruso, fuera quien fuese, tal vez decidiera llamar a la puerta si no abría la ventana, Y que sería mejor que Arnaud no se percatara de su presencia.

Así pues, me levanté y fui a atender la llamada.

—¡Raymond! —Era Bona Claret—. ¡Estaba esperándote!

—¿Bona? Pero ¿qué diablos…?

La ventana enmarcaba su cabeza y le resaltaba los mofletes y la punta de la nariz, enrojecidos por efecto del frío. Con los dedos cortos y rechonchos de sus manos regordetas, se agarraba del alféizar como si temiese que fuera a arrastrarla la fuerza de un poderoso torrente.

—Te esperaba —repitió en un susurro—. Me envió Beatrice. Quería saber si anoche regresaste sano y salvo. Pero has vuelto esta mañana.

—Sí.

—He llamado a la ventana hace un rato, pero no ha respondido nadie. Entonces, he decidido esperar.

—¿Has pasado aquí toda la noche?

—No, no. He vuelto un poco antes de que lo hicieras tú. Me he escondido cerca de aquí, al doblar la esquina.

—Oh. —Pensé, inquieto, qué sucedería si Arnaud la oía. Nada bueno, sin duda—. Bien —me apresuré a murmurar—, puedes informar a Beatrice de que sigo vivo, y de que he pasado la noche en el priorato. Pero ahora debes marcharte, Bona, o conseguirás que mi hermano termine lo que empezó mi amigo.

—Así pues, ¿tu amigo te encontró? —dijo ella, mirándome la nariz—. Beatrice temía que fuera a matarte.

—Por poco lo hace.

—Estaba muy inquieta. Siempre anda preocupada por ti.

—Oh.

—Y creo que tiene celos de mí. No quiere que me quede. ¿Adónde iré ahora, Raymond? ¿No sabes de nadie más que pueda ayudarme?

¡Ay, amigos míos, qué abrumadora puede ser la carga incluso de un peso liviano cuando uno está cansado y enfermo! En aquel momento, la llorosa petición de Bona caía sobre mis hombros como el peso de una catedral. Con un suspiro, estuve a punto de llevarme una mano a la cara, pero recordé a tiempo que mi pobre rostro estaba demasiado delicado para tal tratamiento.

—Bona —murmuré, con voz casi inaudible—, estás pidiéndome mucho. Mi círculo de conocidos no es muy amplio. No se me ocurre nadie en la ciudad que…

—¿Y fuera? —Las yemas de los dedos se le habían puesto blancas de la fuerza con la que se agarraba al alféizar—. ¿Conoces a alguien que pueda necesitarme más allá de las murallas? ¿En los alrededores o… donde sea?

Curiosamente, se me ocurrió que sí. Aún no había terminado de hablar Bona, cuando me vino a la cabeza una idea: ¿y Bernard y Marguerite de Pasquières? Bernard, caballero y *châtelain* de la corte provenzal, vivía en un pequeño castillo que dominaba la villa de Saint-Martin-les-Bains. Amigo íntimo de Lambert Galand, quien cierta vez le había conseguido una importante victoria legal, siempre me había acogido calurosamente cuando le llevaba una carta o un presente de mi maestro. En total, mis visitas a Saint-Martin-les-Bains habían ascendido a tres, cada una de ellas distinguida con cacerías, música y opíparos banquetes.

Sin duda, me dije, en aquella casa tan grande y rica habría espacio para una lavandera más.

—Bona —susurré, tras echar una cauta mirada a mi espalda—, conozco a alguien, pero vive en Saint-Martin-les-Bains. ¿Sabes dónde está?

Me miró desconcertada.

—Tienes que ir hasta el puente de Saint-Benezet, pasada-Villeneuve-les-Avignons, y allí tomar la carretera que lleva a las montañas. Pero al cabo de poco… Espera. —Se me ocurrió que la dirección tenía que ser el último paso, no el primero —. Escúchame, Bona. Voy a escribir una carta que entregarás a mi amigo. Luego te explicaré cómo llegar hasta él. Pero debes saber que tendrás que caminar dos días enteros, tal vez, para llegar a tu destino. ¿Estás dispuesta a ir tan lejos?

—Sí. Si tengo que comer…

—Te daré dinero. —Era un pequeño precio a pagar, pensé, a cambio de librarme de un lastre indeseado—. Ahora, regresa a tu escondite y, cuando termine la carta, volveré a abrir los postigos. ¿Has entendido?

Bona dijo que sí. Y así fue cómo, cuando la hube despachado, tuve que sentarme ante el escritorio, con los ojos llorosos y un zumbido en la cabeza, a redactar una petición a un hombre con el que no había tenido relación desde hacía casi tres años. No fue, os lo aseguro, una tarea sencilla. Sabía que debía halagar y lisonjear, con frases elegantes, y tratar siempre de agradar, pero un cerebro perezoso y unos ánimos alicaídos me hacían absolutamente reacio a aplicarme en tal esfuerzo. Pero lo hice, ayudado por el hecho de que estaba obligado a escribir en la lengua vulgar. La finura en el uso del latín habría estado fuera de mi alcance en aquel momento, por lo que fue una suerte que Bernard de Pasquières sólo alcanzara a leer el provenzal.

Redacté un borrador de la misiva y, a continuación, la copia definitiva. Para sellarla, tuve que salir a la cocina a calentar la cera, y lo hice con la inquietud de que me preguntaran por qué estaba trabajando, si el padre Amiel me había ordenado descansar. Sin embargo, nadie hizo comentarios. Era como si existiese un pacto por el que debía dejárseme en paz, fuera cual fuese mi comportamiento, hasta que el padre Amiel viniera a buscarme. O tal vez se había llegado al acuerdo de que no merecía que me dirigieran la palabra.

No importa la razón: el caso es que pude sellar mi carta y guardarla en una bolsa de piel sin ninguna interferencia. Un registro a fondo de mi habitación tuvo como recompensa el hallazgo de una libra tornesa; dos monedas Nemausenses, acuñadas en Nimes, y una antigua moneda de cobre conocida como *«pougeoise»*, que es rara de ver hoy en día y que es de tan escaso valor que apenas se puede comprar nada con ella. Guardé las piezas en la bolsa de la carta: bastarían, pensé, para proveer de comida y agua a Bona durante el trayecto.

A continuación, abrí los postigos y esperé. En un abrir y cerrar de ojos, Bona apareció ante mí y procedí a darle la bolsa y a facilitarle el nombre y el cargo de Bernard de Pasquières, además de indicarle de nuevo la manera de llegar al castillo. Llevé a cabo la operación de un modo un tanto frenético, pues no olvidaba lo cerca que estaba mi hermano. Después de repetirle una vez más el camino, le insistí en que, si olvidaba todo lo demás, debía recordar el nombre de Saint-Martin-les-Bains. Con aquel nombre, le susurré que podría encontrar el camino preguntando.

—Ahora, vete —le dije—. Vete antes de que a mi hermano se le ocurra salir, o me arrancará la cabeza.

—Te devolveré el dinero —me aseguró Bona, pero yo rechacé la oferta.

—Te lo regalo —susurré—. Pero vete de una vez.

—Pero…

—¡Vamos! Vete, ¿quieres?

Bona se marchó. Y sólo un rato después, cuando ya me había retirado una vez más a la cama, me acordé de su declaración. Por lo que yo recordaba, no se le había leído y la sirvienta no había estampado su marca en ella para confirmar la veracidad de cuanto se había trascrito.

El padre Amiel no estaría demasiado contento, pensé, cuando se enterara de que había despachado a una importante testigo a Saint-Martin-les-Bains.

Aunque el pueblo sólo estaba a una jornada a caballo y en aquella época del año era fácil llegar a él. Y, en cualquier caso, todo llevaba a pensar que Bona estaría de regreso antes de que acabara la semana. Como hasta aquel momento había fracasado en mis esfuerzos por encontrarle empleo, no me hacía muchas ilusiones de sus perspectivas en Saint-Martin-les-Bains. Mientras me dormía, pensé medio en sueños que aquella mujer era una especie de sombra, pegada a mis talones. O como la lepra: inextirpable, una vez contraída.

Pero, al menos durante unos días, disfrutaría de cierto alivio.

Canto II

Cuando el padre Amiel pasó a buscarme después de su colación del mediodía, enseguida advertí que estaba de un humor excelente. Me dio la bienvenida casi antes de que llegara a su altura, pero no con un saludo, sino con las palabras siguientes: «¡Dios ha bendecido nuestra perseverancia, hijo!». Por fuera parecía sereno, por supuesto, pero en su forma de inclinar la cabeza había cierto vigor contenido, le brillaban los ojos y la tensión de su mandíbula denotaba triunfo.

—¿De veras? —pregunté—. Así que los interrogatorios de esta mañana…

—Me han dado exactamente lo que necesito. —Mientras nos alejábamos de la casa a buen paso, habló en voz tan baja que me vi obligado a acelerar la marcha para mantenerme a su altura, aunque la cadera aún me dolía—. Tibaldo Canigiano presenció dos actos de hechicería perpetrados por Masseo di Vico, su hijo Girolamo y el padre Antonio, capellán del cardenal —explicó—. Ahora tengo dos testigos que han acusado al doctor. Por lo tanto, puedo proceder contra él.

—¿Y este Tibaldo? ¿Es el criado que mencionasteis?

—Es el criado de Masseo, sí. Estuvo presente durante los actos descritos por Bona Claret, los cuales, dice, se llevaron a cabo con el objetivo de dañar a Guillaume Monier. Tibaldo también vio a Masseo, Girolamo y al padre Antonio con una imagen de plata que representaba al camarero. Los oyó pronunciar palabras extrañas y maldecir el nombre de Guillaume Monier.

—¿Y cómo persuadisteis a Tibaldo para que confesara? —quise saber—. ¿Se trata de un sirviente desleal? ¿Albergaba algún resentimiento? ¿O es un hombre devoto que no miente bajo juramento?

—¿Devoto? No, en absoluto. —El padre Amiel emitió un breve bufido de desdén —. Tibaldo está contagiado de toda suerte de enseñanzas perversas. Lleva un amuleto, regalo de un sarraceno, que lo protege del mal de ojo. Recita el Padrenuestro del revés cuando pasa ante la puerta de una viuda para que ésta no lo deje impotente con una atadura.

—¿Una atadura?

—Es un acto de brujería que se practica haciendo nudos en hilos o en madejas.

—Sí, sé lo que es. —Respecto a esta suerte de hechizos corrían muchas bromas, debo contaros, en las mesas de El Gallo Negro—. Pero ¿por qué iba una viuda a querer echarle tal maleficio?

—Tibaldo cree que todas las viudas son brujas —respondió el padre Amiel—. Es un hombre de inclinaciones blasfemas, empapado de una sabiduría popular errónea. ¿Por qué habría de importarle a un hombre así levantar falsos testimonios bajo juramento? No me cabe ninguna duda de que habrá escupido tres veces en una invocación escrita para protegerse de las consecuencias. —El monje sonrió de nuevo,

pero en esta ocasión lo hizo con una mueca maliciosa, casi diabólica. Parecía reflexionar sobre un incidente que le había proporcionado cierto grado de satisfacción no del todo loable—. He fingido que yo mismo hacía un conjuro —admitió—. He amenazado a Tibaldo con invocar al demonio Berith si no me decía la verdad.

Me detuve en seco, pasmado, y miré a mi compañero.

—Oh, mi penitencia será muy dura —se apresuró a asegurarme—. He cometido un pecado, desde luego, y debo confesarme con mi superior, pero también ha sido una artimaña provechosa en grado sumo. —Sin dejar de sonreír, el dominico daba toda la impresión de no estar en absoluto contrito—. «Hagamos males para que vengan bienes» —murmuró—. Todos debemos sacrificamos sirviendo al Señor.

Mientras caminábamos hacia la prisión, me pregunté hasta qué punto la artimaña del padre Amiel había resultado «provechosa en grado sumo». Se me ocurrió pensar que estaba bien informado acerca de los procedimientos requeridos para invocar a un espíritu diabólico. ¿Había utilizado los cantos y los signos correctos? ¿Hasta dónde había llegado en aquel camino terrible? Se me antojó que lo que había llevado a cabo era muy impropio y peligroso.

—Nuestro primer trabajo consistirá en escribir las citaciones para que comparezcan Masseo di Vico y su familia —declaró el padre Amiel cuando llegamos a la cavernosa entrada de la prisión—. Se les comunicará que han de comparecer ante mí mañana por la mañana. Ésta tarde interrogaré al encuadernador de libros. Su nombre es Sanché Cervel.

—¿El encuadernador? —repetí un tanto perplejo y todavía absorto en mis especulaciones sobre los métodos de interrogatorio del dominico.

—El encuadernador de Marsella. ¿No recordáis haber transcripto su citación? Fue él quien encuadernó el códice que contenía el libro de nigromancia de Guillaume Monier.

—¡Oh, sí, desde luego! —recordé al fin—. ¿El encuadernador está aquí, ahora?

—Ha llegado esta mañana.

—Qué rápido.

—Sí, encomiablemente veloz. —El padre Amiel se detuvo, a la espera de que se abriera una de las puertas interiores—. Quizá, por esa razón, debería mostrarme misericordioso. «¿Se te ha declarado, hombre, lo que es bueno, lo que de ti el Señor reclama: tan sólo practicar la equidad, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios?».

Supuse que no formulaba aquella pregunta con la esperanza de que yo la respondiera, por lo que permanecí callado y lo seguí escaleras arriba hacia el cuarto que nos habían asignado. Una vez allí, empecé a copiar las citaciones. Masseo y Girolamo di Vico eran acusados de brujería, mientras que Emilia y Costanza di Vico (esta última, la mujer de Masseo) eran citadas como testigos. Luego, el padre Amiel

llevó aquellos documentos al alguacil para que los entregara y, al cabo de un rato, regresó con Sanché Cervel, el encuadernador, escoltado por los centinelas.

Saché Cervel era un individuo pequeño y de movimientos ágiles, con los ojillos negros y brillantes como los de un roedor. Tenía las manos manchadas y con pecas, y hablaba el provenzal con un marcado acento. Estaba infectado de sarna y parecía cargar a la espalda la mitad de sus pertenencias. Cuando se le pidió que jurara sobre las Sagradas Escrituras, dejó el bulto en el suelo y sonó un tintineo de cacharros de hierro. Por su manera de estudiar la habitación y sus contenidos, saltando con la mirada de un objeto a otro como una pulga, advertí que se trataba de un hombre de discernimiento y criterio. Aunque no parecía tener gran instrucción, tampoco se le veía desesperado de miedo, y admiré el semblante impertérrito con que se rascó mientras esperaba que le dieran alguna explicación con respecto a su presencia en Aviñón.

Todavía llevaba el polvo del camino pegado al cuerpo.

—Sanché Cervel —dijo el dominico, una vez completadas todas las formalidades —. ¿Reconocéis este códice y sabéis quién lo ha encuadernado?

Como debéis suponer, el códice que le mostraba el padre Amiel era el que contenía el libro de nigromancia de Guillaume Monier. Al ver cómo el encuadernador se lo arrancaba de las manos de un tirón, me vino a la cabeza la imagen de una gallina picoteando grano. Los movimientos de Saché eran bruscos y rápidos. Examinó el códice con gran atención, echando hacia atrás las tapas y tirando de las páginas de una manera que debía de causar un profundo dolor en su interrogador. Era evidente que el individuo no prestaba ninguna atención al contenido del volumen y llegué a la conclusión de que era analfabeto.

—Sí —dijo al cabo, sopesando el códice, casi descuidadamente, con una mano—. Sí, conozco este trabajo. Es mío.

—¿Fuisteis vos quien encuadernó este volumen?

—Sí.

—¿Os acordáis?

—Sí, me acuerdo muy bien, porque me pusieron sobre aviso respecto a su contenido.

—¿Os pusieron sobre aviso?

—Me dijeron que no lo leyera, que era un libro peligroso —el testigo se echó a reír—; pero como no sé leer, no corrí ningún peligro.

—¿Quién os dijo tal cosa? —inquirió el padre Amiel. Noté que el cuerpo del dominico se tensaba a mi lado—. ¿La persona que os encargó que lo encuadernarais?

—Sí —respondió Sanché—. Le pregunté por qué no lo quemaba, si era tan nefasto, y me dijo que solamente lo era para la gente ignorante que no advertía su peligro y que podía utilizado de manera incorrecta.

—¿Recordáis el nombre de ese hombre?

—Desde luego. ¿Cómo no voy a recordado? Era bien conocido en Marsella. Importante y muy respetado. Como vos, padre.

—¿Era un monje?

—Un inquisidor de la depravación herética. El padre Pierre-Julien Fauré.

Casi me desplomé al suelo, os lo juro. Y creo que el padre Amiel también se sorprendió mucho, porque, cuando lo miré, boquiabierto, me pareció una estatua de piedra.

—El padre Pierre-Julien Fauré —repitió el religioso con voz átona.

—Sí, padre. Así se llamaba.

—Comprendo.

Con un carraspeo, el dominico se puso a estudiar los documentos que tenía delante y los ordenó en tres pilas. Estoy convencido de que aquella acción carecía de propósito, como no fuera el de ocultar su asombro y perplejidad. Después de una breve pausa, dijo:

—¿Cuándo encuadernasteis el códice para el padre Pierre-Julien Fauré?

—Oh… —El testigo se quedó pensativo—. Hace mucho. Antes de que dejara Marsella; y eso fue, dejadme pensar, eso fue…, ¿hace dos veranos? Lo encuaderné hace mucho tiempo, sí.

—¿Habéis encuadernado otros libros para él?

—Sí, muchos, pero los otros están todos fileteados. En este no quiso fileteado ni dorados.

—¿Os previno acerca de algún otro libro?

—No, padre. Sólo de éste.

—Muy bien. —El dominico respiró hondo—. Sanché Carvel, habéis cometido un grave pecado por haber puesto las manos sobre este códice. No obstante, estoy dispuesto a creer que lo hicisteis por ignorancia. Estoy dispuesto a creer que obedecisteis al padre Pierre-Julien de buena fe, confiando en su sabiduría y en su piedad.

—En efecto, padre.

—Pero si mentís, hijo, sufriréis un castigo terrible. Dios os encontrará, y también lo hará el Papa. Me propongo comprobar mediante una sutil y tenaz investigación si es verdad lo que me habéis dicho, por lo que si no fue el padre Pierre-Julien quien os dio este libro…

—Fue él, os lo juro.

—Y si no fue él, seréis juzgado por levantar falso testimonio.

Y, con esto, concluyó el interrogatorio. El padre Amiel despidió al encuadernador, ordenándole que se quedara en Aviñón hasta nuevo aviso. Cuando Sanché puso objeciones, le dijo que era necesario transcribir su testimonio y confirmar que era

cierto. Entonces se le permitiría abandonar la ciudad. Por el momento, lo que podía abandonar era la habitación.

Cuando así lo hizo, el padre Amiel se volvió hacia mí y me dijo:

—Es de suma importancia, maese Raymond, que no comentéis con nadie lo que se ha dicho en esta entrevista. Con nadie.

Sorprendido, señalé que nunca había hablado de mi trabajo en la prisión, que ya me había pedido que no lo hiciera.

—Por supuesto —asintió—, pero debéis comprender que, respecto al padre Pierre-Julien Fauré, todas las precauciones son pocas.

—¡Ah! —Al observado, vi que tenía el entrecejo algo fruncido—. ¿Porque es un inquisidor de la depravación herética?

—Porque es probable que necesitase este libro para su trabajo. Pero ¿cómo obró con tanto descuido y permitió que cayera en manos de otro? Eso sí que no lo comprendo. —El padre Amiel empezó a hojear el volumen con gesto impaciente—. Acaso una de estas caligrafías sea la suya…

Al ver a mi compañero sumido en sus pensamientos, empecé a reflexionar yo también en aquella extraordinaria coincidencia. Qué maravilloso sería que el padre Pierre-Julien Fauré fuese acusado de brujería… De este modo, mi amigo Barthélemy quedaría a salvo de persecución y mi participación en su defensa no sería ya motivo de peligro. Pero ¿tendría el padre Amiel la fortaleza de investigar a otro dominico, a uno tan importante y respetado? Quizá sus superiores se lo impedirían.

—¿Hijo? —Su voz interrumpió mis cavilaciones.

—¿Sí, padre?

—Sonaos la nariz, por favor —dijo el monje con irritación contenida—. El ruido que hacéis me distrae.

Sorprendido, le obedecí, limpiándome después los dedos en la manga. Pensé que mis laceradas fosas nasales venían emitiendo una cantidad considerable de mucosidades sanguinolentas desde mi encuentro con Othon. Sin lugar a dudas, llevaba toda la tarde sorbiéndome los mocos.

—Lo siento, padre.

—¿No tenéis un pañuelo?

—No, padre.

—Tomad. —Sacó su pañuelo de la faja y me lo tendió—. No soporto pisar un esputo o cualquier otra sustancia mucilaginosa.

—Lo siento —volví a decir.

A partir de aquel momento, me limpié la nariz cada vez que me la notaba llena de mocos y me esforcé por no aspirarlos. Debo señalar que no me encontraba demasiado bien. Había comenzado a dolerme la cabeza y, debido al malestar que me causaban ciertos golpes, me veía obligado a revolverme a menudo en el asiento, como un

hombre infestado de pulgas. Además, no podía utilizar la mano izquierda, aunque, por fortuna, aquella tarde no la necesité: cuando el padre Amiel llamó a todos los miembros de la casa del camarero a comparecer de nuevo ante él, no fue más que para confirmar la veracidad de sus declaraciones previas, a fin de que esos documentos pudieran utilizarse legalmente para emitir una condena, y para preguntarles si reconocían el nombre del caballero Etienne de Puy. ¿Lo había mencionado alguien, en su presencia? Durante los días que precedieron a la muerte de Guillaume Monier, ¿algún miembro de la casa se había entrevistado con alguna persona de la región de Saint-Gilles o con algún hombre con aires de caballero?

La respuesta fue negativa en todos los casos. A pesar de todos los esfuerzos del padre Amiel, nada indujo a Aimery de Sorgues, Lothaire Lagarrigue, Josserand de Ponte, Fulques Fuille, Renaud Lizier o Jean Marty a involucrarse o a involucrar a los demás. Ninguno de ellos recordaba haber oído nunca el nombre de Etienne de Puy. Ni tan siquiera Fulques Fuille, que en su interrogatorio nos había hablado de «un litigio con un caballero», pudo identificar al susodicho caballero por su nombre.

No obstante, estaban todos dispuestos a estampar sus nombres en sus respectivas declaraciones. Tras leer cada uno de ellos por completo el testimonio reflejado en mis notas —excepto en el caso del portero, a quien se lo leí yo en voz alta—, no presentaron objeciones a su contenido. Se me ocurrió pensar que, si hubiesen deseado crear dificultades, podrían haber intentado poner reparos al procedimiento, ya que sus interrogatorios no habían contado con la presencia de un testigo imparcial. En teoría, dicho testigo no era necesario en este caso, porque no se hallaban ante un tribunal secreto como los que procesaban casos de herejía; sin embargo, no se me escapaba que tal vez el padre Amiel estaba forzando un poco las reglas para ajustarlas a sus objetivos. Y es que no había nada que distase más de una audiencia pública que aquella serie de interrogatorios casi secretos, llevados a cabo, como lo habían sido, ante dos personas en un pequeño cuarto de algún rincón recóndito de las entrañas de la prisión curial.

Debo asimismo señalar que ninguno de los testigos encarcelados tenía buen aspecto. El de Josserand, en particular, se había deteriorado de manera considerable, mientras que era evidente que Renaud Lizier estaba enfermo. No podía caminar sin ayuda y estaba pálido como la muerte. Advertí, con desazón, que quizá falleciera antes de que la *inquisitio* llegara a su fin, y así se lo dije al padre Amiel no bien hubimos completado el trabajo del día.

—Si es culpable —comentó el monje—, el castigo de Dios será justo. Si es inocente, nosotros contamos ya con su testimonio. No tiene ninguna importancia.

—Pero si la prisión lo mata y es inocente… —dije, dubitativo—. Eso estaría mal, ¿no, padre?

—«Hay un tiempo para todo y un momento para cada cosa bajo el Cielo» —

replicó—. «Un tiempo para nacer y un tiempo para morir». Se hará la voluntad de Dios, maese Raymond. —Bajábamos un tramo de escaleras y, como él iba delante, no vi su rostro, pero su tono de voz sonaba un tanto indiferente—. A saber qué pecados ha cometido Renaud Lizier… Sin lugar a dudas, son legión.

—Pero…

—Además, mañana interrogaré al médico del cardenal. Tal vez, cuando acabe el día, haya encontrado la solución a este gran misterio. Y tan pronto lo haga, los inocentes serán puestos en libertad.

«Si todavía están vivos», pensé, pero no llegué a reprobar al dominico en mi fuero interno, pues había llegado a respetar sus opiniones. Cada vez que parecía demasiado desapasionado, me decía a mí mismo que era juicioso. Cada vez que se mostraba frío, me recordaba que yo era impetuoso, susceptible y que me dejaba llevar en exceso por las emociones. Además, me dije, Renaud Lizier no era ningún santo. Quizá merecía sufrir. Al fin y al cabo, tal vez era culpable.

Me estaba preguntando si su incapacidad de distinguir con claridad el rostro de los interrogados podía ser la causa de la actitud distante del padre Amiel hacia ellos (porque, a fin de cuentas, ¿cómo iba a considerarlos seres humanos completos si para él no eran más que compilaciones indistintas de luz y sombra?) cuando llegamos a la calle y nos topamos con la corpulenta figura de Othon.

—¡Raymond! —exclamó mi amigo al verme, ante lo cual el padre Amiel se interpuso entre los dos. No puedo recordar aquel acto de valentía sin experimentar una sensación de profundísima gratitud. Fue un acto de valor extremo, ya que Othon era una montaña humana, mientras que el dominico era pequeño y frágil. En aquel momento, sin embargo, mi miedo era tal que no comprendí del todo el arrojo del que hacía gala mi compañero.

—Marchaos —dijo el padre Amiel con voz firme—. Dejadnos en paz.

—No os haré daño, padre —farfulló Othon. Parecía muy aplacado—. He venido a pedirle perdón, os lo juro por mi honor.

—Lárgate ahora mismo.

—Me equivoqué, Raymond. Tú no me traicionaste. ¡No sabes cuánto lo siento! No tendría que haber bebido tanto.

El padre Amiel se volvió hacia mí con una mirada inquisitiva. Yo no tenía muy claro qué responder. Sabía que el monje me reconvendría si hablaba con Othon, pero no me apetecía alejarme de mi viejo amigo sin pronunciar una palabra de perdón. Su arrepentimiento era auténtico, de eso no me cupo la menor duda; no se trataba de una treta con la que engañarme y llevarme a un callejón oscuro. Además, era evidente que me tenía en gran estima, dado que estaba dispuesto a tragarse el orgullo y acudir a mí, suplicante, aunque tuviera la fuerza de diez hombres.

Recordando la recomendación de Cristo a san Pedro, le dije:

—Mira qué nariz tengo, Othon.

—¡Oh, Raymond! ¿Qué puedo hacer para resarcirte? Dímelo.

—No has de pegarme nunca más.

—¡Nunca! ¡No volveré a hacerlo nunca! Y desde hoy hasta la fiesta de Todos los Santos, cada gota de vino que bebas en El Gallo Negro la pagaré yo. Cada gota, Raymond. Te lo juro.

El padre Amiel guardó silencio. No era necesario que dijese nada. Supe lo que debía de estar pensando, aunque su rostro fuera completamente inexpresivo.

—Bien… esto… Yo… Muchas gracias —dije.

—Vayamos, pues. Vayamos a celebrar nuestra amistad a El Gallo Negro —me suplicó Othon—, y así me dirás qué puedo hacer con esa maldita mujer. Necesito tu ayuda, amigo mío. Su padre no me castigará si pago cierta suma y le encuentro un marido a la hija. No quiere que su deshonra se haga pública, ¿sabes? Tendrás que ayudarme a encontrarle un marido, Raymond. Debes hacerlo.

—No… no —respondí, mirando, incómodo, al padre Amiel.

—¡No te ocurrirá nada, te lo juro! —exclamó Othon—. ¡Dios de los cielos, Raymond, estaba borracho! Cometí una estupidez, pero ahora estoy sobrio.

—Y yo me siento indispuesto —fue mi réplica—. No tengo la cabeza para beber.

Intenté seguir caminando y dejado atrás, pero me agarró por la muñeca. Mi mala fortuna quiso que fuera la izquierda, y aullé de dolor.

—¡Soltadlo! —intervino el dominico, gritando—. ¡O llamaré a los oficiales del orden! —Apenas había terminado de decirlo y Othon ya me había liberado.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento.

—Déjame en paz, Othon. Me duele todo.

—Pero el vino te aliviará el dolor.

—No.

—Y Beatrice quiere hablar contigo, Raymond. Eso me ha dicho.

—Dile que estoy recuperándome. Dile que no corro ningún peligro y dale las gracias. —Reemprendí la marcha y el padre Amiel me siguió, situándose entre Othon y yo—. Dile que no debe preocuparse —concluí—. Como ves, estoy todo lo bien que se puede esperar.

—¡Pero ella te necesita, Raymond! ¡Precisa que le leas una carta! ¡Una carta de unos monjes o algo así!

Me detuve en seco. ¡La carta! ¿Cuántos días habían pasado desde que Beatrice recibió esa carta de la abadía de Saint-Ruf? ¿Cuántos días hacía que le había prometido leérsela?

No podía dejarla en la estacada, tratándose como se trataba de un asunto relacionado con la propiedad de la taberna.

—Esto… Padre —le dije al dominico con voz vacilante—. Padre, esa mujer

necesita mi ayuda en un cuestión relacionada con su negocio. Me comprometí a leer una carta antes de que me atacaran, antes de que esos salteadores me pegaran la paliza…

El padre Amiel inclinó la cabeza y, con el corazón en un puño, observé su semblante impasible.

—Es cliente mía —añadí, desesperado—. De veras, padre. Terminaré enseguida. No caeré en la tentación de quedarme más tiempo del indispensable.

—Sois libre, hijo —replicó él sin el menor asomo de censura—. Sois vos quien debéis gobernar vuestra conducta. Id con Dios. Ya os mandaré llamar mañana por la mañana.

¡Qué terrible era el padre Amiel, en su condena! Y sin embargo, de sus labios no salió una sola palabra de reprobación. Su actitud era serena; su expresión, tranquila. Y cuando se alejó, lo hizo con paso apacible.

Sin embargo, las piernas apenas me sostenían y las rodillas chocaban una contra la otra.

—¡Puaj! —exclamó Othon—. ¡Menudo gusano venenoso! Venga, amigo mío, vayamos a mojar el gaznate para quitarnos el sabor a incienso. Esos monjes, siempre con la cara tan larga, lo amargan todo.

Canto III

Nunca entré en El Gallo Negro de tan mala gana. Nunca eché una ojeada al amplio interior del local con tanto temor. No tenía el menor deseo de beber con Othon bajo la mirada colérica de Gaillard. No deseaba sufrir los escarnios y reproches de unos hombres que antes me recibían con alegría y que ahora estaban convencidos de que había traicionado su amistad para intimar con un fraile de siniestra reputación. La atmósfera estaba cargada de amenaza y las jarras golpeaban las mesas con una fuerza innecesaria.

Othon, sin embargo, estaba decidido a beber conmigo. Sin duda, me habría encontrado asiento por el medio que fuese (echando a alguien de un banco a empujones, si hubiese sido necesario) y habría tomado la iniciativa de la conversación para obligar a sus compañeros a acogerme en su seno. Posando su recio brazo sobre mis hombros, desafió a los presentes con su fiera sonrisa. Sin embargo, antes de que pudiera imponer mi presencia a quienes la despreciaban, Beatrice acudió en mi rescate.

—¡Raymond! —exclamó, saliendo apresuradamente a nuestro encuentro—. Tenía la esperanza de que vendrías.

—Por consideración hacia ti, solamente —le aseguré. Para mi pesar, vi que su rostro estaba surcado de arrugas de inquietud. Con el pelo revuelto, la voz ronca y los ojos enrojecidos del humo y de la tensión, casi parecía una anciana—. Perdona, debería haber venido mucho antes. ¿Dónde está la carta?

—Arriba. Pero…

—La leeré ahora. Dile a Sybille que se encargue de servir. ¿Tienes pluma, tinta y pergamino? Voy a necesitarlos.

—¡Todavía no! —intervino Othon—. ¡Primero, un trago de vino! ¡Y después, una canción y un relato!

—No —repliqué.

—¿Por qué no? Por los clavos de Cristo, ¿qué te ocurre?

—Ya te he dicho antes que estoy dolorido. No he venido aquí para beber hasta caer en el estupor. —Escabulléndome de su lazo, tomé del brazo a Beatrice y, con un suave codazo, la encaminé hacia la estrecha escalera desvencijada—. Disculpa, Othon, pero necesito tener la cabeza despejada. He de tratar unos asuntos con Beatrice.

—¿Más tarde, pues? —apuntó él, frunciendo el entrecejo—. ¿Cuando termines esos asuntos?

—Tal vez.

Os aseguro que me batí en rápida retirada. Demasiado rápida, tal vez. Cuando llegué a la alcoba de Beatrice, estaba sudoroso y jadeante y debía de tener el rostro

encendido, pues Beatrice, cuando lo vio, se apresuró a preguntar:

—¿Te encuentras bien, querido? Parece que estés ardiendo.

—¿Y crees que debería quitarme ropa? ¿Es eso lo que insinúas? —Apenas le presté atención—. No hay tiempo para coqueteos, Beatrice. ¿Dónde está la carta?

Como no recibí contestación, la miré y vi que ahora era ella quien enrojecía.

—¡Yo no decía eso! —exclamó abruptamente—. ¡Ya hablas como ese fraile!

—¡Oh! Bueno…

—Se te ve acalorado, Raymond, en serio. Vienes sofocado y tienes la frente empapada de sudor. Pareces febril. ¿Estás enfermo?

—No.

—Bien. —Beatrice se acercó a la cama y sacó un fajo de documentos de debajo del colchón—. Aquí está la carta —dijo mientras me tendía uno de ellos—. Iré a pedir pluma y tinta a mi vecino, el boticario. ¿Puedes esperar?

—Desde luego.

—Espérame, pues. Volveré enseguida.

Beatrice se marchó, y mientras estuvo ausente estudié la carta. Iba firmada por el camarero de la abadía de Saint-Ruf, la cual, como he mencionado antes, gozaba del derecho de retracto sobre la propiedad de Beatrice. Me informé de que, en virtud de esta prerrogativa, la abadía podía hacer valer ciertos privilegios con respecto a El Gallo Negro. Por la presente, comunicaban a la viuda que la abadía había decidido vender su derecho de retracto de la taberna. El comprador era un cambista de Nimes.

Cuando regresó, expliqué a Beatrice que, si alguna vez quería vender su propiedad, el cambista estaría autorizado a intervenir en la transacción y adquirir la taberna.

—¿Por qué?

—Porque ostenta el derecho de retracto.

—¿Lo ha comprado?

—Y puede venderlo.

Tuve que explicarle con mucho detalle lo que significaba todo aquello. Después le pregunté qué escribano había redactado la escritura y el reconocimiento de deuda cuando había comprado la taberna. Sería conveniente, dije, pedirle que consultara sus registros para tener completa seguridad de que la abadía de Saint-Ruf estaba, efectivamente, en posesión de lo que había decidido vender.

—A veces se producen irregularidades —apunté—. El escribano puede cometer un error cuando redacta los títulos, y cosas así.

—¡Oh, Raymond! Ojalá hubiera podido recurrir a ti, pero entonces todavía no eras escribano público.

—Errores los cometemos todos, pero no tengo ningún motivo para pensar que quien te tramitó la escritura sea menos eficiente de lo que pueda serlo yo. De todos

modos, querría cerciorarme de que todo está como debe ser.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Todavía falta para que anochezca.

Y así, Beatrice y yo fuimos a consultar los registros notariales de un hombre cuyo nombre no recuerdo bien (¿Gui…? ¿Guibert?) y que nos recibió sin protestas. No os cansaré con la descripción del escribano, de sus costumbres o de su modo de hablar: no es, al fin y al cabo, de vital importancia para mi relato. Sólo os comentaré que su competencia era incontestable. Sus registros estaban archivados con orden, titulados y guardados en armarios cerrados. En ninguno de los textos que examiné vi erratas. La redacción era impecable. Aparecían todas las firmas de los signatarios y todas las salvedades estaban debidamente anotadas. Cuando abandonamos la casa (una vivienda humilde pero que, por su impecable limpieza, daba testimonio del talante preciso y cuidadoso de la familia que la habitaba), comenté a Beatrice que no habría podido escoger un profesional mejor.

—Un hombre muy capaz —añadí—. Deberías volver a tratar con él, más adelante.

—Pero ¿y tú, Raymond? —protestó ella—. ¿No deseas ayudarme?

—Desde luego, si tú quieres. Y tendrás que pagar mucho menos. Nada, de hecho. Pero yo no tengo los registros archivados como es debido: se apilan en el suelo, desordenados. Y me veo obligado a emplear tinta de baja calidad y pergamino áspero, a menos que el cliente pague un material mejor. Soy desaseado y olvidadizo y no tengo la menor capacidad de organización.

—Aun así, me vales. —Beatrice se colgó de mi brazo—. ¿Debo responder a la carta de la abadía? ¿Los monjes necesitan mi permiso para la transacción?

—No —respondí—. Pero deberías demostrarles que estás atenta a lo que sucede, para que no te minusvaloren por ser mujer y lega. Tendrías que pedir más información acerca de ese cambista: debemos saber dónde encontrarlo y quién es su escribano. No te inquietes. Redactaré un escrito y nadie conculcará tus derechos.

—Gracias, queridísimo —dijo ella y, poniéndose de puntillas, depositó un beso en mi mejilla—. Eres un amigo sin par.

—¿Qué haces, Beatrice? ¡En la calle, no!

—¿Por qué? ¿Te preocupa que nos vaya a ver ese monje tuyo?

—No lo llames mío. Creo que deberías tener en más estima tu propia reputación.

—Raymond —respondió ella, mientras me miraba con una expresión de absoluto desconcierto—, te tengo en más estima a ti que a mi propia reputación.

Creedme si os digo que estas palabras me llegaron al corazón. Beatrice no era dada a declaraciones elegantes y hermosas como la que acababa de pronunciar; era evidente que intentaba complacerme. Y lo había conseguido, sin duda. Siempre me había complacido de innumerables maneras (algunas de ellas, inenarrables). Sin

embargo, yo sabía que si me ablandaba y le respondía del mismo modo, pronto nos encontraríamos juntos en la cama, haciendo cosas de las que luego me lamentaría.

Así pues, mostré frialdad y desinterés y, mientras subíamos la escalera hacia la alcoba —haciendo caso omiso de los gritos incoherentes de Othon, que insistía en que me uniera a él—, repetí a Beatrice que necesitaría estar un rato a solas para redactar la carta. Ella, algo abatida, respondió que me facilitaría todo lo que necesitara. ¿Un refrigerio, tal vez? ¿Vino? ¿Carne?

—Agua —dije, apartando con decisión la mirada de sus tentadores pechos—. Y algo sobre lo que poder escribir. Una superficie lisa.

Con aire humilde, Beatrice me suministró lo que pedía. Después, volvió con los parroquianos mientras yo luchaba con una tinta viscosa y una pluma torpe. Omitiré aquí un discurso largo y prolijo sobre el contenido de la misiva, redactado en términos bastante directos, aunque serviría bastante bien a nuestros propósitos. Baste decir que el primer borrador fue también el texto definitivo: lo leí cuatro veces, corregí un error gramatical, sequé la tinta aireando el pergamino y volví a llamar a Beatrice para que escuchara el contenido y estampara su marca especial en el espacio al final de la *conclusio*.

Apenas había tomado la pluma cuando el estrépito procedente del piso inferior, donde siempre reinaba el bullicio, aumentó hasta convertirse en un clamor ensordecedor. Llegaron a nuestros oídos gritos y protestas.

Beatrice garabateó la firma al lado de su nombre con un profundo suspiro.

—Más problemas —murmuró—. Siempre igual.

—Las bebidas fuertes traen violencia —comenté y recibí en respuesta una mirada impaciente. Sin una palabra más, Beatrice se encaminó con gesto resuelto a enfrentarse a los problemas que la aguardaban abajo, y yo salí tras ella, dejando la carta en la habitación. Debería haberla sellado, eso sí, pero caí en la cuenta de que tenía el sello en casa de mi madre.

Quien no estaba en casa era mi hermano, Arnaud. Imaginaos mi sorpresa cuando lo vi en la taberna.

—¡Arnaud! —exclamé mientras bajaba por la escalera. Mi hermano estaba plantado a un palmo de las narices de Othon, que profería unas voces estruendosas, por decirlo de un modo suave. Cuando oyó pronunciar su nombre, se volvió y, al verme, su rostro se contrajo en una mueca terrible.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Sorprendido bajo sus mismas faldas!

—¿Qué? —balbucí.

—¡Aquí, con tu ramera! ¡Mientras toda la familia espera en casa con tu futura esposa!

—¿Mi qué?

—¿Quieres que lo eche a patadas, Raymond? —intervino Othon, con la lengua

gruesa y pastosa—. Dame una señal y…

—¡Ya lo sabías! —gritó Arnaud, lanzándose sobre mí como un gran halcón negro que cayera sobre un ratón de campo—. ¡Alazais te lo dijo!

—¿Me dijo qué?

—¡Que volvieras directamente a casa! —Me agarró por el cuello de la túnica con ambas manos y me agitó—. ¡Miserable montón de estiércol!

—¡Alazais no me dijo nada! —protesté.

—¡Claro que sí! ¡Antes de marcharte!

—¡Pero no me dijo nada de ninguna futura esposa! ¿Qué esposa?

Hurgando en la memoria, sólo alcancé a recordar las habituales admoniciones de Alazais a mi espalda, cuando abandonaba la casa aquel mismo día: «Ésta noche no bebas… Vuelve a casa directamente… Deberías seguir el ejemplo de tu hermano… Ocuparte de tu propia familia…».

Hacía tiempo que había dejado de escuchar la tediosa retahíla de instrucciones que me llovía encima cada vez que pasaba cerca de mi cuñada.

—¡Te hemos encontrado un buen partido! —exclamó Arnaud—. Una prima tercera de tu madre. Acordamos con la familia que la chica nos visitaría con su padre y con su tío…

—¡Pero yo no sabía nada!

—… y mientras todos te esperamos, ¡tú apareces aquí! ¡Eres la vergüenza de la casa! Aquí, revolcándote con tu furcia en esta casa de mala nota…

—¡No es ninguna furcia! —Lo aparté de mí de un empujón—. ¡Es mi cliente!

—¡Tu furcia!

—¡Cierra el pico!

—¡Y tú, un chulo!

—¡Y tú, Arnaud, un hipócrita! ¿O crees que no sé qué mujeres de vida alegre son tus favoritas? ¡Si ellas mismas me lo han contado!

Como imaginaréis, tras este intercambio de insultos empezaron los golpes. Arnaud intentó darme manotazos en las orejas, mientras yo me protegía el rostro y le atizaba un puntapié. Al momento, Othon agarró a mi hermano y, sin dame tiempo a impedirlo, lo lanzó al otro extremo de la estancia.

—¡No! —exclamé—. ¡Othon!

—¿Lo echo a la calle?

—¡No!

—¡Ingrato! —clamó Arnaud, casi lloroso de dolor y de rabia, mientras se incorporaba con esfuerzo, tropezando con los bancos volcados y las jarras esparcidas por el suelo—. ¡Bastardo despreciable! ¡Vete al infierno!

—¡Oh, cierra el pico! —volví a decir, consciente de que teníamos público—. ¡Y deja de insultar a nuestra madre!

—¡El insulto eres tú! ¡Tú eres la lacra para nuestra familia! ¡Eres una deshonra y una vergüenza para todos!

—¿Yo? ¿Y qué me dices de ti? ¡Aquí el espectáculo lo estás dando tú!

—¡Ya no eres mi hermano! ¡Te repudio!

—¡Bien!

—¡Ya puedes largarte de casa! ¡No seguirás manchándola! Vete a vivir con tu furcia…

—¡Que no es ninguna furcia!

—… y date a la bebida hasta que te mate. ¡A mí me da lo mismo! ¿Me oyes bien? ¡No quiero volver a verte nunca más!

No bien hubo dado rienda suelta a aquella bilis, mi hermano dio media vuelta y se marchó, esquivando por poco el puño levantado de Othon.

Sé que mi amigo siempre ha albergado intensos deseos de sacudir a Arnaud, y sin duda los habría satisfecho allí, en aquel momento, si mi hermano no hubiese tenido la prudencia de esfumarse. Finalmente, aunque frustrada su intención de lanzarse sobre su presa, Othon se volvió a mirarme con una sonrisa taimada bajo los ojos vidriosos y murmuró, arrastrando las palabras:

—Siempre he tenido ganas de atizarle. Le convendría una buena patada en el culo…

Se produjo un largo silencio. Nadie miraba a Beatrice.

—¿Vas a casarte, Raymond? —preguntó Berenguer finalmente, con sincera curiosidad.

—No. Es decir… No. —Noté que me flaqueaban las rodillas y me apresuré a tomar asiento.

—Eso de echarte de casa, ¿lo hace a menudo? —Fue Gaillard quien lo preguntó —. Tu hermano, me refiero. ¿Lo ha hecho otras veces?

—No.

—¿Qué mujeres de vida alegre prefiere? —quiso saber Bernard, y unas risas contenidas se extendieron por el local. Othon se acercó a mí, ensayó una profunda reverencia y estuvo a punto de caer de costado.

—¿Quieres que sacuda a ese hermano tuyo? —se ofreció otra vez.

—No.

—Cuando tú ordenes, Raymond.

—¡Que no!

—Puedes quedarte a dormir aquí, esta noche —me ofreció Beatrice con voz clara y firme. Cuando levanté la cabeza, observé que recorría con la mirada a sus acobardados clientes, casi desafiándolos a hacer algún comentario. Plantada en mitad del local, con los brazos en jarras y el mentón en alto, añadió—: Mi hija dormirá conmigo.

—Gracias —respondí, y noté que la sangre se me agolpaba en las mejillas—. Eres… eres muy amable.

Se oyó una risilla entre dientes. Conocedor de los pensamientos libidinosos que debían de ocupar a los parroquianos que nos observaban, tuve ganas de coger la puerta y salir corriendo, pero ¿adónde? Al priorato, no. No me habían invitado y, además, no me entusiasmaba la idea de volver por aquella hospedería.

Así pues, me puse en pie:

—Si me indicas dónde puedo lavarme la cara, Beatrice…

—Sí, claro. Ven por aquí.

—Me duele la cabeza, ¿sabes?

—No me extraña.

—Una noche entera de descanso y me repondré.

—Sin duda.

—Espero que tu hija no se moleste…

Beatrice me condujo a la habitación de ésta, un cuchitril pequeño y oscuro junto a la cocina que contenía una cama y un arcón y que olía a la tierna Madeleine, que nos espiaba incómoda junto al fuego de la cocina.

Confuso, avergonzado y absolutamente agotado, me dejé caer en la camita de la chiquilla.

—Discúlpame —murmuré.

—¿Por qué? —preguntó Beatrice.

—Por mi hermano.

—No eres su guardián.

—Hablas como el padre Amiel.

—¡Espero que no! —Beatrice posó la mano en mi hombro—. Mi pobre Raymond, pareces muy enfermo…

—Tienes que despertarme temprano —fue mi respuesta—. Muy temprano.

—¿Para que el monje no sepa dónde has pasado la noche?

—Por favor… —Estaba cansado de defenderlos, el uno ante el otro—. El padre Amiel es un buen hombre y tú, una buena mujer. ¿Por qué te molesta tanto mi amistad con él?

—Porque yo le molesto a él —dijo Beatrice—. Pero no hablemos más de ese fraile. ¿Puedo traerte algo, querido mío? ¿Un poco de leche, tal vez? ¿Leche caliente?

—No, nada.

—¿Quieres col aliñada con aceite?

—Un poco de agua, nada más. Para lavarme la cara.

—Raymond, ¿es cierto que te has comprometido para casarte?

La miré a los ojos. Aunque no pude leer su expresión, perdida en las sombras, su tono de voz era sospechosamente neutro.

—Tenía que suceder algún día —dije con cierto embarazo.

—Ya…

—Es decisión de mi familia.

—¿Aunque tu hermano te haya puesto de patitas en la calle? —Se inclinó sobre mí y, casi rozándome, continuó—: ¿Y si ya no tienes familia?

Asustado, empleé ambas manos para apartar de mí la tentación.

—No, no —repliqué—. Arnaud reflexionará. Mi madre no me volvería la espalda, nunca lo haría. No; sigo teniendo familia.

—Y si no es así, siempre puedes formar un hogar con nosotras. —*Na* Beatrice pronunció aquellas palabras de forma bastante atropellada y confusa—. No somos de tu sangre, lo sé muy bien, pero aquí estarías cómodo, en esta habitación o… o donde fuese. Donde tú quisieras.

Aun bajo la escasa luz de la estancia, la vi sonrojarse. Yo también me había ruborizado. Su oferta era generosa, pero también temeraria: sin duda, significaría el deshonor para los dos. Por muy castos que nos mantuviéramos, la gente siempre murmuraría acerca de una cohabitación irregular como sería la nuestra.

—Gracias, pero no —dije. No había otra respuesta posible.

—¿No hay nada que…? ¿No…?

—No, Beatrice.

—Podrías pagarme el alojamiento…

—Eres muy buena y amable, pero sólo abusaré de tu hospitalidad una noche. Por lo general, Arnaud se arrepiente de sus arrebatos al cabo de un par de días.

Eso, al menos, fue lo que me dije. Me negaba a aceptar la posibilidad de que fuese a cumplir su amenaza.

Es evidente que no conocía su corazón ni su cólera tan bien como suponía.

Canto IV

Aquélla noche dormí muy mal por culpa del dolor y de unas terribles pesadillas. Me desperté sobresaltado poco después del amanecer y, mientras tropezaba con todo intentando vestirme a la exigua luz de las ascuas encendidas, desperté a Sybille (que dormía en la cocina) con mis maldiciones. Cuando la muchacha terminó de encender otro fuego con las brasas calientes del hogar, utilizando ramitas crujientes y un par de fuelles enormes, yo ya estaba listo para salir. Bebí el vino que me ofreció, pero me guardé el pan en la bolsa.

Aquélla mañana, deseaba fervientemente interceptar al padre Amiel antes de que llegara a casa de mi madre.

Pero ¡ay de mí! Me había demorado demasiado tiempo en la cama. El cielo tenía un tono lechoso, teñido por el humo de las hogueras nuevas; la gente vaciaba los orinales por las ventanas y pasé junto a un pozo en torno al cual ya se apiñaban las mujeres, entre bostezos, con los cubos en la mano. Un hombre que cargaba leña a la espalda me adelantó y entró en el patio de una herrería.

Cerca ya de la encomienda de San Juan de Jerusalén me encontré con el padre Amiel. Era evidente que se dirigía a El Gallo Negro.

—Pa… padre —tartamudeé antes de que pudiera hablar—. ¡Arnaud me ha echado de casa!

—Eso me ha dicho.

—He tenido que dormir en El Gallo Negro, padre, pero no ha sucedido nada. ¡Os lo juro! ¡He dormido solo! ¡No la he tocado!

—Pues claro que no —respondió en tono apacible—. Tranquilizaos.

—¡No me quedó más remedio! Había una carta de la abadía de Saint-Ruf, y fui a consultar con cierto escribano y, al regresar, Arnaud estaba allí… —Mis explicaciones fueron confusas, pero debió de entender parte de ellas. En cualquier caso, asintió y levantó la mano para detener mi torrente de palabras.

—Imagino que vuestro hermano se ha equivocado —dijo con dulzura—. Sé que no habéis hecho nada que merezca un reproche.

—¿Cuándo habéis hablado con él?

—Ésta mañana. Me dijo dónde encontraros.

—Entonces, ¿todavía está enojado conmigo?

El padre Amiel me tocó el hombro con muchísima suavidad. Era una acción tan desacostumbrada en él que me llenó de espanto.

—Debéis venir al priorato y quedaros allí —declaró.

—Pero…

—En Aviñón no encontraréis habitación enseguida. Y mientras no la tengáis, para vos siempre habrá una cama bajo techo en el priorato.

Estaba tan asustado que le agarré del brazo y no me di cuenta de que lo había hecho hasta que él, infructuosamente, intentó soltarse.

—¿Qué ha dicho mi hermano? —le pregunté.

—Maese Raymond, si tuvierais la bondad de…

—¡Oh, cuánto lo siento, padre! —Solté su brazo como si fuera un carbón ardiendo—. Pero ¿qué os ha dicho?

—Nada que merezca la pena repetir —respondió el dominico con firmeza—. Se mostró muy intransigente y excesivo en su condena, pero no debéis permitir que eso os agobie.

—Pero ¿y mis cosas? ¿Y mis libros? ¿Y la viela?

—Lo mandaré a buscar.

—¿Qué? —se me quebró la voz y creo que incluso me tambaleé, porque mi compañero alzó la mano como si quisiera frenarme—. ¡Pero ésa es mi habitación! ¡Vivo allí! No tiene ningún derecho a hacerme esto. ¡Soy su hermano!

—Escuchadme. ¿Raymond? Escuchad. —De repente, su voz sonaba cortante. Callé—. No es necesario que perdáis los nervios por un asunto tan insignificante. Sin lugar a dudas, vuestro hermano cambiará de opinión y, hasta que lo haga, podéis quedaros en el priorato…

—¡Pero detesto ese lugar! —Demasiado enojado y alterado para andarme con cortesías, dejé que el comentario escapara de mis labios antes de darme cuenta de lo que decía. Al ver que el padre Amiel me miraba con los ojos muy abiertos, intenté retractarme de aquella insultante declaración—. La hospedería, quiero decir… La hospedería no me gusta nada. Estuve muy incómodo allí. Es tan lóbrega, padre. Nadie habla y toda la noche se oyen ruidos extraños, como gemidos de almas en pena.

—Comprendo —dijo el monje con sequedad—. Bien, tal vez podamos disponer otro acomodo. Hablaré con el prior.

Comenzó a caminar de nuevo y yo lo seguí casi llorando de vergüenza, pasmo y decepción. Después de haber ofendido a todos mis conocidos, no soportaba la idea de haber ofendido también al padre Amiel.

—Perdonadme —supliqué.

—No tiene importancia —respondió acompañando sus palabras con un gesto de la mano.

—Os estoy muy agradecido, realmente agradecido.

—Y yo lamento profundamente lo ocurrido.

Me explicó en voz baja e inexpresiva que la noche anterior, Arnaud se había presentado en el priorato preguntando por mi paradero e hizo llegar un mensaje al padre Amiel, que estaba en su celda, por medio del portero. La respuesta que le dio el fraile fue que lo último que sabía de mí era que había acudido a la taberna de Beatrice.

—Si hubiese visto con mis propios ojos lo alterado que estaba —concluyó el dominico—, tal vez me habría abstenido de decirle dónde encontraros. Pero el daño ya está hecho.

—En casa de mi madre había gente esperando —le conté sin entusiasmo—. Mi futura esposa. Por eso Arnaud no puede perdonarme.

—¿Vuestra futura esposa? —El monje se detuvo sobre sus pasos—. ¿Vais a contraer matrimonio, maese Raymond?

—No, si puedo evitarlo.

Mientras seguíamos caminando, declaré que no estaba preparado para el matrimonio. Algún día tendría una esposa, de eso no me cabía la menor duda, pero, de momento, me creía incapaz de mantenerla.

—Por lo tanto, lo haría mi familia y me cargaría con alguien como Alazais —me lamenté—. Una sermoneadora impenitente y una arpía. Una carcelera. Y entre Alazais, Jeanne y ella formarían una barrera impenetrable para evitar que me descarriara. ¡Puaj!

Sólo de pensarlo…

El padre Amiel no dijo nada.

—Pero acaso vos opinéis que el matrimonio me sentaría bien —proseguí, acongojado—. Tal vez creáis que me salvaría del pecado.

—En absoluto —replicó el monje—. San Pablo nos dice que es mejor casarse que andar fornicando. Sin embargo, también nos añade: «Digo, pues, a los solteros y las viudas que bueno les fuera quedarse como yo». Y san Ambrosio nos da el mismo consejo. El matrimonio, hijo, sólo es un medio para contener los deseos carnales.

—Pero pueden contenerse sin el matrimonio.

—Eso parece.

—Mi familia, sin embargo, jamás me creerá capaz de tal control —comenté, abatido—. No me tienen ninguna confianza y siempre piensan lo peor de mí.

—Entonces, tal vez sea mejor que abandonéis su compañía —replicó el padre Amiel—. Un hombre no puede alcanzar la virtud si los que le rodean no paran de decirle que es un pecador irredento. Si moráis en la oscuridad, ¿cómo aprenderéis a reflejar la luz? Pues «toda alma que está enferma en esta vida busca un lugar donde reposar». Entre altercados y tribulaciones no hay sitio en el que hallar ese respiro. En esas circunstancias, uno no puede encontrar a Dios, porque sin reposo no puede haber paz, y Dios no obra la confusión, sino la paz, como nos dicen las Sagradas Escrituras.

Mientras reflexionaba sobre aquello, llegamos a la prisión.

—Es cierto —dije al cabo—. Mi familia me considera un pecador, y por ello peco. Sin embargo, parece que vos, padre, esperáis mucho de mí. Confiáis en que haré las cosas bien y por eso me esfuerzo en complaceros, porque me estimáis. —Al mirarlo, vi que sonreía—. O al menos, así me lo parece.

—Por supuesto que os estimo —fue su comentario—. No juzguéis y no seréis juzgados.

—He mantenido mi voto, padre.

—No esperaba menos de vos.

—Si me quedo a vivir en el priorato, ¿tendré que aprender a hablar con las manos, como vos?

El dominico sonrió de nuevo.

—Hijo —respondió—, siempre seréis nuestro invitado y honramos a todos nuestros huéspedes. No se os pedirá nunca nada que no estéis dispuestos a dar de buen grado.

Con esta promesa tuve que darme por satisfecho, porque, después de cruzar las puertas de la prisión, uno de los centinelas reclamó enseguida la atención del monje. Al parecer, poco antes que nosotros había llegado una carta dirigida al padre Amiel. El monje me la entregó enseguida, habida cuenta de que su vista no le permitía leerla, y advertí que el sello era grande y magnífico, tanto, que lamenté tener que romperlo. Leyendo el texto escrito en su interior, anuncié que el cardenal Di Vico quería hablar con el padre Amiel aquella misma mañana en la residencia de Su Eminencia.

Cuando le informé de esta petición, el dominico entrecerró los ojos. Preguntó al centinela si se había presentado Masseo di Vico, y el hombre le contestó que nadie con tal nombre había acudido a la prisión. Con los labios apretados, el monje me hizo una seña para que lo siguiera y subimos las escaleras hasta la celda que nos habían asignado. Una vez allí, seleccionó unas cuantas transcripciones.

Su actitud mientras llevaba a cabo la operación fue fría y ominosa.

—Vos llevaréis estos —dijo, pasándome unos pliegos—. Necesito más de los que puedo cargar cómodamente.

—Pero, padre, por favor, ¿adónde los llevamos?

—A la casa del cardenal Di Vico.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, ya que parece que Masseo se ha refugiado en su domicilio. —Cargado con las transcripciones, el padre Amiel se vio obligado a cerrar la puerta a nuestra espalda de un puntapié. Y aunque lo hizo, diría yo, con una fuerza innecesaria, su expresión siguió siendo insondable y su voz, calmada—. Quizás el volumen de testimonios que hemos recogido haga que el cardenal cambie de parecer —dijo—. A pesar de su senilidad, creo que es un hombre sincero, si bien un tanto influenciable.

—¿Sabéis dónde vive?

—Sí, lo sé.

En realidad, vivía muy cerca del antiguo palacio episcopal, una casa que antaño perteneció al deán de Notre-Dame-des-Doms. Como podéis imaginar, era una casa

hermosa, con la planta inferior de piedra labrada y decorada con esculturas. A la planta superior se llegaba por una escalera interna cuyo pasamanos se sostenía en unos balaustres de madera, cada uno de ellos en forma de una bestia horripilante. Observé que alguien se había ocupado de adornar con pintura roja los ojos, los dientes y las garras de las mencionadas bestias, y se lo hice notar al padre Amiel mientras subíamos.

—Id con cuidado —le dije, dirigiéndome a él en voz baja al tiempo que señalaba los dientes rojos de los monstruos—. Han probado la sangre. ¿Veis?

El monje se sonrió, pero guardó silencio. Nos acompañaba a la planta superior ni más ni menos que mi viejo amigo Gaillard, quien, como tal vez recordaréis, dormía en la casa del cardenal, aunque no era él quien nos había franqueado el paso. La puerta principal la había abierto un portero que, como no sabía leer, había hecho llegar nuestra carta de invitación al capellán, el cual había mandado llamar a Gaillard. Mentiría si dijese que el escudero se alegraba de vernos. En realidad, parecía bastante asustado hasta que se le explicó que nos encontrábamos allí a instancias del cardenal. Sin lugar a dudas, había temido por un instante que hubiéramos ido a arrestarle o, al menos, que quisiéramos poner en conocimiento de Su Eminencia las acusaciones que había vertido en contra de Guillaume Monier.

Debo señalar aquí que el capellán que nos recibió respondía por el nombre de padre Rinaldo. No era, pues, el padre Antonio acusado por Tibaldo Canigiano de cometer actos de brujería. Por ello, no despertó el interés del padre Amiel y, enseguida que Gaillard compareció y nos invitó a seguirle, el dominico se alejó del capellán sin decirle una palabra.

Nadie se ofreció a ayudarnos a llevar nuestros pesados pliegos de pergamino.

Gaillard caminaba tan deprisa que me apenas pude hacerme una vaga impresión de la planta baja, que olía a comida suculenta y a especias. El trazado del primer piso era elegante, con un pasillo que discurría por la parte delantera de la casa, y estancias, muchas estancias, que se abrían al corredor. Entre las puertas de las habitaciones había bancos, pensados para que uno pudiera sentarse y mirar por las ventanas que tenía enfrente. Diversas lámparas colgaban de soportes en las paredes, y un tapiz reproducía la entrada de Jesús en Jerusalén.

Quedé impresionadísimo, os lo aseguro.

—Decidme —murmuró el padre Amiel al tiempo que detenía a Gaillard tocándole suavemente el brazo—, el padre Antonio, ¿ocupa una de estas habitaciones?

—¿El padre Antonio? —Gaillard parecía asombrado—. Sí, ése es su dormitorio, pero en este momento no se halla en la casa.

—Comprendo. Gracias.

—El cardenal espera. Está allí, en su alcoba.

—Sí, lo sé. Proceded.

Debo reconocer que estaba anhelante por ver cómo amuebla y decora sus aposentos privados un cardenal. Imaginé orinales de oro y colchas de armiño, pero ¡ay de mí!, no se me concedió permiso para ver las posesiones más íntimas de Su Eminencia. Al llegar a la puerta de su alcoba, el padre Amiel hizo una pausa y me descargó de los documentos que acarreaba.

—Aguardad aquí —dijo.

—Oh.

—El cardenal sólo me espera a mí, maese Raymond. No puedo imponerle vuestra presencia sin su permiso.

—No, por supuesto.

—Pero no os vayáis muy lejos, por favor. Tal vez os necesite enseguida.

Con una señal, el monje indicó a Gaillard que ya estaba listo, y éste abrió la puerta del dormitorio y anunció al padre Amiel. Vislumbré unos cuantos tapices y un cojín con bordados de oro, pero la puerta se cerró de inmediato tras la espalda menuda y erguida del dominico, y Gaillard y yo nos quedamos a solas.

Mi amigo me miró con el ceño fruncido.

—¿Para qué ha venido el monje? —preguntó entre dientes.

—¿Quién lo sabe? —respondí, extendiendo las manos—. El padre Amiel no confía en nadie.

—¿Le hablará de mí al cardenal? ¿Le contará lo que le dije? ¡Si lo hace, me despedirán!

—¿Por decir la verdad? Gaillard, ¿cómo va a ser culpa tuya que el padre Guillaume anduviera tras los novicios jovencitos?

—Uf. —Impaciente ante la falta de comprensión que denotaba mi comentario, el escudero me dio un empujón y se marchó a toda prisa, así que me quedé sin otra cosa que hacer que volver a la contemplación de la entrada de Jesús en Jerusalén. Sentado en uno de los bancos que, sin lugar a dudas, habría acomodado posaderas ilustres de todo tipo, estudié el tapiz con cierto interés, ya que era la primera vez que veía uno. Representaba a Cristo montado en su asno, rodeado de una multitud que lo adoraba. Perros y gallinas habían acudido también a darle la bienvenida, y había un niño con una gorra verde. Vi a un panadero con una bandeja de panes y a un viejo jorobado, y a una dama de pechos exuberantes. Vi las murallas de Jerusalén, las nubes teñidas de oro, lirios blancos, brazos extendidos, túnicas vaporosas y armaduras exóticas. Al mirarlo más de cerca, descubrí que los colores estaban entretejidos, de forma que producían unos efectos milagrosos. Luego conté las personas representadas (sumaban veintisiete) y reflexioné sobre la vestimenta de Cristo, cuyas cenefas de oro habrían indignado a mi amigo Barthélemy.

Me entretuve lo mejor que pude y durante todo el tiempo que pude, pero al final

el tapiz dejó de interesarme. En el pasillo no había otras distracciones: las voces que retumbaban detrás de la puerta del dormitorio del cardenal sonaban confusas, debido al grosor de la madera. Me puse en pie y estiré las piernas y los brazos. Crucé el corredor para acercarme a una de las ventanas y, asomándome, contemplé los tejados de las casas de enfrente y me pregunté quién debía vivir bajo sus techos. Alargué el cuello y vislumbré Notre-Dame-des-Doms. Oí campanas y el llanto de una criatura. Vi palomas fornicando. Entonces, alguien entró en el pasillo y me retiré bruscamente de la ventana como si me hubiesen sorprendido haciendo algo indebido.

De una de las puertas que tenía delante salió un hombrecito con un hábito canónico blanco. Llevaba un códice encuadernado y observó mi vestimenta de seglar con clara suspicacia. El hombre desapareció escaleras abajo: oí el sonido de sus suelas de cuero mientras las bajaba. Para tratarse de una casa ocupada por tantas personas, resultaba extrañamente silenciosa, pero es que los muros de piedra contribuyen al silencio mucho más que los de adobe o de madera.

Entre bostezos, empecé a medir la longitud del corredor con mis pasos. El tiempo transcurría con una lentitud exasperante. Me pregunté si el padre Amiel habría procedido ya contra Pierre-Julien Fauré. Me pregunté si tendría la fuerza necesaria para vivir en el priorato y qué sería de mí cuando el monje concluyera la *inquisitio*.

Había empezado a tocar una melodía en mi viela imaginaria, pese a que la mano izquierda aún me dolía, cuando un chillido repentino me asustó tanto que el corazón casi se me detuvo. El chillido procedía la habitación del cardenal y tras él llegó a mis oídos un barboteo de palabras asustadas que culminó con un grito, una petición de auxilio. Entonces, la puerta se abrió de golpe y varias personas salieron apresuradamente al pasillo. Una de ellas, un escudero, pasó a la carrera ante mí, seguido de alguien con una fuerte voz que le decía: «¡Trae dos! ¡Dos palanganas!». Otro, un clérigo, casi tropezó con el hábito en su prisa por entrar en la estancia contigua a la del cardenal y reapareció después con una estola, un frasco y otros objetos de malos auspicios que me hicieron pensar que alguien se estaba muriendo.

En medio del desconcierto, pude asomar la cabeza un momento en el dormitorio del cardenal y vi a un grupo de hombres, unos de pie, otros agachados, alrededor de un cuerpo tendido en el suelo. Enseguida, el clérigo al que había visto poco antes me apartó de la puerta con brusquedad y, mientras entraba en la estancia, me ordenó que me marchara.

—El padre Amiel… —dije con el corazón desbocado. Nadie me escuchaba.

Oí ruido de pasos que subían por la escalera. Al cabo de un momento, el pasillo se llenó de escuderos, clérigos y hombres de humilde condición —criados, mozos, cocineros—, todos temblando de agitación y peleando por un sitio en la puerta del dormitorio de Su Eminencia. Por sus preguntas apremiantes deduje que el cardenal estaba enfermo. Muy enfermo. Su médico había pedido las palanganas.

Aquello, pensé, indicaba vómito o hemorragia.

Con la tranquilidad de saber que al padre Amiel no le había ocurrido nada, renuncié a aquel lugar privilegiado y me retiré a una zona menos concurrida del pasillo. Allí esperé, junto a los miembros de la casa del cardenal. Algunos rezaban, otros hablaban entre susurros. Aunque en la calle el sol estaba alto y brillaba con fuerza, una profunda oscuridad parecía haberse posado sobre la casa. Me descubrí conteniendo la respiración. El corazón se me había desbocado de nuevo y noté los labios resecos.

Entonces, de repente, llegó a mis oídos un grito contraído, un grito que ya había oído antes y que me heló el corazón. Era el estertor que casi siempre acompaña a la muerte.

—¡Oh, oh! ¡Piedad, Señor! ¡Piedad!

—¡El cardenal ha muerto!

—¡El cardenal Di Vico ha muerto!

Enseguida, uno de los escuderos comenzó a proclamar a gritos la noticia desde la ventana a la gente que se congregaba en la calle. Una hermosa voz se elevó en una afligida canción de duelo. El hombre que tenía a mi lado rompió a llorar. Era un monje, un cisterciense, y me pregunté qué haría allí.

De pronto, oí la voz del padre Amiel.

—Maese Raymond…

Bajé la mirada y vi al fraile a mi lado. Tenía los brazos llenos de documentos. Más tarde, llegaría a maravillarme de aquel hecho: en presencia de un acto de Dios tan terrible y que causaba tanta conmoción, había encontrado la serenidad de ánimo necesaria para recoger todas las transcripciones que había llevado consigo a la casa.

En aquel momento, sin embargo, lo único que pensé fue que me alegraba de verlo.

—El cardenal ha muerto —anunció, y yo me santigüé.

—Que descanse en el amor de Cristo —dije—. Pero ¿cómo…? ¿Qué…?

Los ojos del padre Amiel se veían muy grandes y oscuros. Flexionando un dedo, me indicó que me agachara para poder hablarme al oído.

—Me parece —susurró— que lo he matado yo.

Retrocedí sobresaltado.

—¿Qué?

—Venid —murmuró—, deprisa.

Se abrió paso a codazos entre la multitud y entró en el dormitorio del padre Antonio. Yo como es natural, lo seguí.

Para mi sorpresa, la alcoba estaba escasamente amueblada. Aunque era amplia, en ella sólo había una cama sencilla, dos arquetas y un escritorio. Los postigos de las ventanas estaban entornados y tras cerrar la puerta a su espalda, el padre Amiel los

abrió, de modo que todos los rincones quedaran inundados de luz.

—Padre —dije—, ¿qué estáis haciendo?

—¡Chist! —Se acercó a la primera arqueta, que no estaba cerrada con llave. Contenía libros y prendas de vestir—. Venid, echad un vistazo a estos volúmenes. Quiero saber si alguno de ellos es de nigromancia.

Absolutamente pasmado, hice lo que me ordenó mientras él, tras haberse desembarazado de los documentos que cargaba, se arrodilló junto a la cama y miró debajo.

—Éste es *Las Etimologías*, de Isidoro —le indiqué—; éste, el *Decretum*, de Graciano, y este otro el *Liber introductorius*, de Miguel Escoto…

—¿El qué?

—El *Liber introductorius* —farfullé—. El autor es Miguel Escoto.

—¡Excelente! —Nunca había notado tanto énfasis en la voz del padre Amiel. Me arrancó el libro de las manos y lo abrazó contra el pecho como si fuese su amor reencontrado—. Deprisa, cerrad la arqueta y coged las transcripciones.

—Pero ¿y éstos? —pregunté, señalando las *Etimologías* y el *Decretum*, que ya llevaba bajo el brazo—. ¿Y los demás? Me habéis pedido que…

—Olvidadlos —dijo, despreciándolos con un gesto—. Lo único que necesito es esto. Venid, marchémonos antes de que nos descubran.

Cuando salimos, la multitud del pasillo había aumentado aún más y nadie reparó en nosotros. Yo iba tan cargado que apenas podía ver por encima de los documentos y al bajar las escaleras, faltó poco para que me cayera de cabeza. Cuando llegamos a la calle, me sorprendió una ráfaga de viento que hizo volar tres o cuatro hojas antes de que pudiera agarrarlas. El padre Amiel se hizo con ellas; luego, me desembarazó de varios documentos y nos pusimos en camino hacia la prisión.

Nos seguían gritos de horror y de pena, y hasta que no disminuyeron y parecieron voces distantes de aves, no me atrevía preguntarle a mi compañero qué había querido decir.

—Padre —pregunté en voz baja—, ¿cómo… cómo pudisteis matar al cardenal?

El dominico me miró de hito en hito.

—Presentándole los hechos —respondió—. Informándole del testimonio de Tibaldo, demostrándole que el padre Guillaume era un sodomita y Masseo di Vico, un hechicero. —El monje se quedó pensativo unos instantes—. Creo que el cardenal murió de un exceso de conmoción y repulsión —concluyó—. Y acaso también de pena. Su salud era muy delicada.

—Oh.

Aunque comprendí el razonamiento del padre Amiel, su carencia de emociones se me escapaba. Si yo hubiera presenciado la muerte de un hombre al que hubiesen matado mis revelaciones creo que me habría alterado o al menos conmovido. El

padre Amiel, en cambio, parecía impertérrito.

—Masseo di Vico acaba de perder a su protector —prosiguió el monje— y voy a ordenar su arresto de inmediato.

—¿Arresto?

—Por supuesto. Ahora que el cardenal ha muerto, ¿cuánto tiempo creéis que Masseo se quedará en Aviñón, si lo dejo en libertad? Su hijo también tiene que ser arrestado… Y la mujer y la hija. —Cambiándose los bultos en los brazos, el padre Amiel consiguió liberar una mano, con la que extrajo del montón el *Liber introductorius* de Miguel Escota—. Y en cuanto al padre Antonio —dijo en tono sosegado mientras daba vueltas al volumen y lo estudiaba con su mirada impenetrable—, ya me encargaré de él cuando llegue el momento oportuno. Y lamentará haber despertado mi atención.

Sin lugar a dudas, pensé. Que Dios no permita que yo no sea nunca objeto de la desaprobación de ese hombre. Es capaz de matar con la lengua.

Canto V

El condestable de Aviñón era, cosa bastante curiosa, un hombre menudo con la vocecilla seca de un funcionario de la curia y una tripa que pendía de su magra figura como una bolsa cargada en exceso. Lucía unas tremendas marcas, no de heridas de guerra sino de alguna enfermedad de la piel, y tenía las facciones colgantes de un perdiguero y los ojos cautos del hombre que no se sorprende de nada. Aunque lo había visto muchas veces por la calle, no había conversado nunca con él ni había tenido ocasión de buscar su auxilio. Apenas lo conocía remotamente, y lo que había visto de él no me había impresionado.

En consecuencia, cuando el padre Amiel acudió a pedirle ayuda a nuestro regreso de la casa del cardenal, me sorprendió descubrir que Arnaud de Trian se mostraba tan dócil como cualquier criado o buhonero. Nos recibió con cortesía y escuchó sin interrumpir mientras el padre Amiel describía los recientes acontecimientos. Tras reflexionar brevemente sobre lo que contaba el fraile, accedió a ordenar la detención de Masseo y Girolamo di Vico. También dio permiso al padre Amiel para que registrara la casa del médico en busca de objetos sospechosos y ordenó al carcelero que formara una pequeña escolta de oficiales del orden que nos acompañase.

Lo llevó todo a cabo con diligencia y con tan escasas protestas o discusiones que yo no salía de mi asombro. Mi experiencia previa con los prebostes de la Iglesia era que resultaba difícil abordarlos e imposible convencerlos, y que eran reacios a actuar. Siempre había un superior, un consejo o una autoridad al que debían consultar, y cualquier decisión requería copiosas cantidades de escritos. Por no hablar del tráfico de dinero bajo mano.

Por ello me pregunté si la actitud colaboradora del condestable se debía al hecho de que no era clérigo, o si una disposición tan cordial también resultaba extraña entre los funcionarios laicos. Luego pensé si sería el propio carácter del padre Amiel, su credibilidad e inteligencia, lo que le había llevado a conseguir la respuesta adecuada por parte de Arnaud de Trian. En efecto, los dos hombres parecían mostrar un profundo, aunque algo cauteloso, respeto mutuo. Aunque solía mostrarse cortés en sus tratos, el padre Amiel no me parecía un hombre humilde. Había llegado a pensar que el fraile no tenía a nadie en alta estima. Con todo, su opinión de Arnaud de Trian debía de ser favorable, pues no habló con él con cáustica impaciencia ni con ligero desprecio, sino con una urgencia, una franqueza y un característico humor seco que me recordó las ocasiones, contadas, en las que yo mismo había logrado que me tuviera en buen concepto.

El condestable, claramente, le parecía un hombre de confianza, y yo entendía por qué. De hecho, se lo comenté en voz baja mientras nos dirigíamos a la casa de Masseo di Vico entre los chirridos y repiqueteos de metal de la escolta que nos pisaba

los talones. Aquéllos hombres tenían orden de arrestar a Girolamo di Vico si lo encontraban en la casa. En cuanto a Masseo, en aquel momento lo esperaba el capitán de la guardia junto al lecho de muerte de su hermano, el cardenal.

—Maese Arnaud parece un hombre inteligente —comenté con una mirada al fraile, que enarcó una ceja.

—¿Inteligente? Tal vez. Eficiente, sin duda.

—Y servicial.

—Sí.

—Y merecedor de vuestra confianza.

—Tanto como pueda serlo un hombre de su posición, sí —respondió mi acompañante, y me pregunté si, como tantos clérigos, era reacio a depositar su fe en un lego. Pero si era así, me dije, ¿por qué me invitaba a registrar con él la casa del médico?

Entonces se me ocurrió que yo era el único del grupo capaz de leer un texto.

—Maese Raymond —dijo de pronto el padre Amiel, como si me hubiera adivinado el pensamiento—, quiero que vos consultéis los libros de Masseo. Y respecto a los oficiales que nos acompañan —se volvió hacia ellos para que lo oyeran —, deberán buscar todos los frascos, ganchos, hoces, navajas pequeñas y agujas que haya en la casa, y todos los libros y pergaminos que no estén a la vista, y las manchas de sangre, los pelos, las garras de animales, los cueros y pieles…

El catálogo era interminable; todavía estaba enumerando cosas cuando llegamos a la residencia de Masseo di Vico. Se trataba de una buena casa situada en un mal barrio, pues en aquella calle se sucedían los puestos de carnicero, y por ello abundaban las moscas, el aire estaba cargado de vapores malsanos y los propios adoquines estaban teñidos de rojo y negro. No os entretendré con la descripción de lo que podía pisar allí un paseante incauto si no vigilaba dónde ponía el pie. Sólo os diré que por aquella estrecha travesía solían trasladarse las ovejas y los cerdos, que dejaban tras ellos grandes charcos de excrementos.

En efecto, la calle era una enorme letrina. Siempre recordaré la estampa del padre Amiel, con los faldones blancos de su hábito levantados a la altura de las rodillas y observando el charco que, compuesto de las sustancias más hediondas y pútridas que se puedan encontrar, abarcaba la calzada en toda su anchura hasta lamer las fachadas de las casas que sobresalían. La zancada del fraile era tan corta que no le permitía cruzado sin ensuciarse las sandalias y las medias.

Por un instante, me produjo una sensación de desvalimiento casi cómica. Sin embargo, mientras los guardias discutían cómo solventar el apuro, sugiriendo que dos de ellos, uno a cada lado del religioso, lo levantaran en vilo y lo trasladaran como a un niño pequeño, mientras discutían sobre la mejor táctica a emplear, el padre Amiel levantó del suelo una gran piedra, la arrojó al centro del charco y la empleó para

cruzar tranquilamente el lago de podredumbre con dos zancadas, en lugar de una.

No recuerdo una sola ocasión en la que el padre Amiel se quedara, realmente, sin recursos. Creo que tal cosa no estaba en su naturaleza.

Poco después, llegamos a la residencia de Masseo di Vico. El padre Amiel hizo que uno de los escoltas llamara a la puerta con atronadores golpes del asta de su lanza y anunciara con voz estentórea que veníamos en nombre del condestable de la ciudad. Alarmados y agitados, los habitantes de la vivienda tuvieron muy poco tiempo para ocultar los objetos ilícitos que pudiera haber en ella. Yo me asomé a la cocina por una ventana y observé a varias personas que se arremolinaban consternadas, agitando las manos y tropezando con los bancos.

No fue la dueña de la casa, sino su hija, quien nos franqueó finalmente el paso. Me bastó un vistazo para apreciar que la muchacha, Emilia, era tan impulsiva y obstinada como tímida y obediente era su madre. Nos pidió explicaciones de nuestra presencia allí, mientras la madre se acurrucaba detrás de ella, y nos insultó abiertamente mientras su progenitora se echaba a llorar. Aunque en circunstancias normales habría encontrado a Emilia demasiado bulliciosa y cáustica, no pude dejar de admirarla en aquel trance. Tal vez estaba tan malcriada que había perdido el temor a los clérigos, puesto que reconvino al padre Amiel como si fuera una matrona, cuando apenas había dejado atrás la infancia. (Debo confesar, no obstante, que tenía la figura de una mujer más madura, con unos pechos generosos que atraían la mirada de todos los presentes… excepto del padre Amiel). No es preciso decir que el monje no le prestó la menor atención y dirigió todas sus preguntas a la madre, como dictaban las normas de urbanidad, para lo cual alzó la voz hasta que se hizo claramente audible, incluso por encima de los abominables chillidos de Emilia.

En cuanto a mí, fui incapaz de sostener la mirada acusadora de la muchacha. Y ella tal vez se percató de mi incomodidad, puesto que dirigió a mí sus protestas, empujándome con los pechos a la altura de las costillas mientras me acusaba de obrar injustamente. Llevaba los negros cabellos intensamente perfumados y tenía los labios gruesos y suaves, y unos ojos saltones de color castaño. A Othon, pensé, le habría parecido un bocado apetitoso.

—Maese Raymond —dijo el monje, interrumpiendo el discurso de Emilia—, parece que Masseo guarda sus libros en la habitación de arriba. ¿Me hará el favor de empezar por ahí? Yo buscaré aquí…

—¡No! —Emilia se arrojó sobre él—. ¡Ésa habitación es la mía! ¡Dejad en paz mis cosas!

Tras esto, exasperada, dirigió a su madre un atropellado torrente de frases en un idioma extranjero y deduje, por el modo en que movía las manos, que la mayor parte de su sarta de vituperios iba dirigida contra el padre Amiel.

Mis sospechas se vieron confirmadas cuando el fraile se volvió bruscamente hacia

ella y, con voz cortante como el filo de una espada, le habló en su propia lengua. Su visible dominio del idioma me dejó perplejo, pues lo habló con absoluta fluidez y sin vacilaciones durante un rato considerable. Sus palabras consiguieron que Emilia se callara; a la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas y, con un temblor en los labios, buscó refugio en los brazos de su madre.

—¿Y bien? —De repente, el fraile se había vuelto a mirarme—. ¿A qué esperáis? Vamos, daos prisa. No podemos quedarnos mucho rato.

Con la sensación de haber recibido una reprimenda, me apresuré a hacer lo que me decía. Debo comentar aquí que la mayor parte de la casa era de una sola planta, con dormitorios que daban a la cocina, pero encima se había añadido un desván al que sólo se podía acceder por una escalera. Cuando subí por ella, me encontré en una estancia larga y de techo bajo, con una cama en un extremo. También había varios baúles, una librería, una mesa y dos sillas. Allí donde mirara había montones de objetos tirados por el suelo: piezas de vestir, ropa de cama, cacharros de loza, zapatos, hilos y agujas, libros, bolsos, cartas, peines, piezas de ajedrez, un espejo de mano y un pequeño relicario lacado. Más que volúmenes escritos, la librería contenía frascos de ungüentos, vasos de aplicar ventosas, pinzas y bisturís. Uno de los baúles parecía lleno de ropa; el otro estaba cerrado.

Pedí las llaves y al poco apareció el padre Amiel con un puñado de ellas.

—Me pregunto si Masseo tendría tanto desorden en la cabeza como el que hay en su alcoba… —comentó el fraile mientras echaba un vistazo a la estancia.

—Éste baúl está cerrado con llave, padre —le informé.

—Yo lo abriré. Vos recoged todos los libros de la estancia y decidme si hay alguno de naturaleza dudosa.

Una vez hubo abierto el cerrojo y levantado la tapa, el padre Amiel soltó una exclamación cuando se derramó a sus pies un puñado de documentos. El baúl estaba lleno a reventar de rollos y folios y fajas de pergaminos atados.

—Quizá también debáis echar una ojeada a esto —añadió.

—¿A todo esto? ¡Pero, padre, estaremos aquí todo el día!

—Si es preciso, lo haremos. Yo, de momento, empezaré por estos anaqueles.

Sin embargo, impedido como estaba por su mala visión, le resultó muy difícil llevar a cabo lo que se proponía. Se acercó a los estantes con cierto titubeo y tuvo que sostener tan lejos de sí como le permitía el brazo cada objeto que sacó de ellos. Con los ojos entrecerrados, palpaba y hacía girar una jeringa, un gancho o un hierro de cauterizar hasta que lograba identificarlo a su satisfacción. Entonces, dejaba el objeto a un lado y procedía metódicamente con el siguiente.

Mientras tanto, yo hurgué bajo las ropas de cama y busqué en cajas de amuletos sencillos hasta que hube reunido todos los libros de la estancia. Sumaban la espléndida cantidad de una decena, y en su mayor parte trataban de las artes médicas:

la *Practica oculorum*, de Benvenuto de Salema; la *Cirugía*, de Rogerio de Salema; la *Glosa sobre el arte de la Medicina de Galeno*, de Cardinali, y varias obras del propio Galeno, entre ellas *La nocividad del temperamento fluctuante* y *Simples medicinales*. También había una Biblia y un pequeño códice sin título lleno de notas sueltas escritas por dos manos.

Abrí al azar este último volumen y leí que para la melancolía, la ciática y la parálisis, hay que recolectar betónica y ranúnculo el día de la Ascensión, a la hora de tercias, mientras se reza el Padrenuestro, para luego extraer el jugo de estas sustancias y mezclado con aceite o grasa de cerdo y cera a fin de elaborar un ungüento.

También leí que para aliviar la hemorragia menstrual excesiva es necesario escribir las letras *a p o o n a* sobre una tablilla de plomo y ceñírsela al vientre.

—Padre… —musité.

—¿Sí?

—Aquí tengo un libro raro, pero no sé si trata o no de hechicería.

El monje levantó la mirada de las jarras de loza selladas que estaba contemplando.

—Leed —me ordenó, y empecé a leer en voz alta fragmentos del texto; por ejemplo, el que describía que las mujeres de Salema comían estiércol de asno en forma de pequeños ovillas y que también se lo daban a sus maridos, para que pudieran retener mejor el semen.

Seguí citando del libro que tenía en la mano:

—«Para la curación de las fiebres escribe lo siguiente en un pergamino virgen y colócalo en el altar, debajo del cáliz, hasta que se hayan rezado tres misas sobre él: †ON LONA ONU ONI ONE ONU ONUS ONI ONE ONU. Después, ata el pergamino al cuello del paciente.

»Para saber si un paciente va a morir, escribe estas letras en una hoja de laurel y colócala a sus pies, y si el paciente habla, vivirá: G b o p o o S D.

»Un remedio para la fiebre es recoger verbena mientras se pronuncia la jaculatoria "*In nomine Patris et Fillii et Spiritu Sancti Amen*" y un Padrenuestro. Después, muélela y dásela a beber al enfermo en agua bendita…».

—Muy bien, ya veo —me interrumpió el padre Amiel—. Ponedlo aparte y nos lo llevaremos. —A continuación, tomó en sus manos uno de los tarros de loza y me preguntó—: ¿Qué hay escrito aquí? ¿Alcanzáis a verlo?

Estudié las letras, iluminadas, y vi que ponía *amaracus*.

—Mejorana —dije.

—¿Y aquí?

—Almáciga.

—¿Y aquí?

—Carne de serpiente.

El padre Amiel soltó un gruñido. Agitando este último tarro, me pregunté cómo era que la carne de serpiente que decía contener sonaba como un puñado de piedrecillas. Sin embargo, cuando lo abrí, descubrí en su interior fragmentos de plomo que parecían limaduras y salpicaduras recogidas del suelo de una herrería.

—Bien —dijo el fraile y, cuando hubo guardado la extraña colección de tarros en su morral, procedió a desenrollar una venda de tela, como si esperase encontrar algo escrito o dibujado en ella.

Por mi parte, me concentré en el baúl de documentos, que contenía principalmente viejas cartas, instrucciones para mezclar bebedizos y ungüentos, copias de contratos notariales y fragmentos de vitela o de pergamino en los que había garabateadas cuentas, citas o listas de ingredientes. Una colección de cartas llevaba el sello de Guillaume Monier, y el padre Amiel las seleccionó para estudiarlas mejor más tarde. Mientras yo examinaba textos ilegibles por las manchas de humedad, él sacudió una por una las prendas de vestir, miró en cada rincón y vació todos los frascos y jarrones de la estancia. Palpó paredes y patas de mesa, miró debajo de la cama y, con mi ayuda, volcó los cajones de los muebles. De vez en cuando chasqueaba la lengua con expresión de disgusto, hasta que tuve el impulso de preguntarle si buscaba algo en concreto.

—La imagen de plata —respondió—. La que Tibaldo vio en manos de Masseo.

—¡Ah!

—Según Tibaldo —el fraile introdujo el dedo en un tarro de hierbas secas—, el médico habló de quemar hierbas bajo la figura durante nueve noches, después de lo cual debían efectuarse ciertos encantamientos durante setenta y dos noches. Con esto, la salud de Guillaume Monier se debilitaría irremediablemente.

—Entiendo.

—Debían de guardarla en otra parte —comentó el monje con visible frustración —. En algún sitio de fácil acceso, pero que pase prácticamente inadvertido…

—¿En el muladar, tal vez? —apunté, evocando mi inolvidable paso por el de las Carmelitas Descalzas. Y, aunque había hecho el comentario con ánimo burlón, el padre Amiel levantó la mirada de lo que estaba haciendo y, con un brillo en los ojos, exclamó—: ¡Pues claro! ¿Dónde, sino? El escondite perfecto.

Le correspondió, pues, a nuestra infortunada escolta la tarea de buscar en el estercolero de Masseo di Viro. Yo, por tener la fortuna de saber leer, me vi liberado de tal destino y seguí con los libros y documentos mientras llegaban a mis oídos las exclamaciones de disgusto procedentes del patio. Estoy seguro de que Emilia debía de asistir con profunda satisfacción a la visión de sus perseguidores chapoteando en los excrementos. Y más complacida aún debió de sentirse cuando, a pesar de nuestro empeño, nos dimos por vencidos sin encontrar nada de valor. No apareció figura alguna en el muladar, ni en la cocina, en las alcobas o en la bodega. Tampoco

descubrimos círculos ni signos mágicos en hornacinas ni cajones.

Cuando concluyó el registro, el único botín de relevancia del padre Amiel se reducía a las cartas del camarero, una selección de instrumentos médicos y un libro de contenido un tanto equívoco.

Podía apreciarse su decepción en el tono monocorde de su voz cuando preguntó por Girolamo di Vico. Le informaron de que Girolamo estaba estudiando con su lector. Según parecía, el hijo de Masseo quería seguir los pasos de su padre y aspiraba a titularse como médico en uno de los centros de enseñanza de las artes médicas más renombrados. Así pues, nuestra escolta fue enviada allí para apresarlo mientras el padre y yo trasladábamos al priorato nuestro botín de artículos confiscados. Una vez allí, fui conducido directamente a la celda del fraile, donde éste me invitó a depositar mi carga.

—Si esperáis aquí —me indicó el padre Amiel—, iré a buscar dónde alojaros. Sé que hay varias celdas vacías; tal vez el prior os permita ocupar una de ellas.

—¿Celdas vacías? ¿Cómo la vuestra?

—Exactamente iguales, salvo que no están tan desordenadas. —Abarcó la estancia con un gesto e hizo una mueca de desagrado—. Aunque, después de haber visto vuestra habitación, no voy a pediros que disculpéis el desbarajuste que reina aquí: «No juzguéis y no seréis juzgados». Si me apresuro, tal vez lleguemos a tiempo de la colación.

Y, con estas palabras, se marchó y me dejó solo y en la duda de si atreverme a tomar asiento en su lecho. La cama era estrecha y corta, como correspondía al lugar de descanso de un monje dominico, y junto a ella había un sencillo escritorio y un baúl o arcón maltrecho, lleno de marcas y manchas de numerosos viajes. Sobre el arcón se disponía una colección de frascos de cristal que contenían medicamentos, junto con un montón de pergaminos sueltos, en cada uno de los cuales podían verse cuatro o cinco muestras de escritura. Cuando me percaté de que las numerosas caligrafías repetían las mismas dos líneas de texto, llegué a la conclusión de que el padre Amiel había recogido muestras caligráficas de otras fuentes, aparte de los testigos que habían declarado en mi presencia.

Me pregunté si corresponderían a otros monjes y si el padre sospechaba de alguno. Era posible que Pierre-Julien Fauré hubiera pasado una temporada en Aviñón. ¿Tal vez había trabado alguna amistad en el priorato durante su estancia? Decidí preguntárselo al padre Amiel en cuanto encontrara el valor para hacerlo.

Entre otros documentos dispuestos en montones por toda la celda había declaraciones escritas de mi propio puño y cartas que llevaban sellos de gran esplendor. El escritorio estaba provisto de tinta, plumas, navajas, tierra de batán, piedra pómez, pergamino virgen y una regla: en resumen, todo lo necesario para escribir. Sobre la mesa, protegidos de la humedad del suelo, había también varios

libros, y otros más en una banqueta. Entre ellos vi una obra titulada *Summa de Catharis et Pauperis de Lugduno*, de un tal Rainerius Sacconi; la *Historia Scholastica*, de Pierre Comester; una Biblia; un Salterio; las *Sentencias*, de Pierre Lombard; algo llamado *Summa iuris canonici in haeresi*, de Raimundo de Peñafort, y las *Confesiones* de san Agustín.

Tomé este último volumen, lo abrí al azar y leí el siguiente fragmento: «A ninguno nos atraía especialmente lo que da su belleza al matrimonio, que es la tarea de formar un hogar y criar hijos. La principal preocupación era que estaba acostumbrado a satisfacer mi insaciable apetito sexual, que me tenía cautivo y me atormentaba violentamente».

Como podéis imaginar, seguía leyendo cuando el padre Amiel reapareció un rato después.

—¿Qué libro es ése? —inquirió, y tan absorto estaba en la lectura que, al oírlo, di un respingo como si me hubiera alcanzado un dardo.

—Son las *Confesiones* —respondí.

—¡Ah!, san Agustín —asintió él—. Una noble obra.

—Disculpad, padre, sólo estaba… Se me han ido los ojos…

—¡No, no! Leedla. Quedáosla. Os hará bien, estoy seguro. —Me entregó una carta sellada, llena de manchas y arrugada, y añadió—: Esto ha llegado al priorato esta mañana. El mensajero, un tal Thibault, tuvo a bien informarme de que reside en la posada que está frente a la Porte du Rocher. Según parece, os buscó en vano en casa de vuestra madre, en la prisión y en el priorato. Sin duda, espera una respuesta. —El monje se apartó de la puerta y me hizo un gesto de invitación para que saliera—. Nuestro prior ha tenido la generosidad de concederos permiso para que ocupéis una de las celdas vacías —concluyó—. Si me acompañáis, os enseñaré dónde está.

Debo comentar, llegado este punto, que no todos los monjes dormían en celdas. La mayoría se retiraba en un dormitorio común, y sólo a quienes ostentaban cargos importantes, como el lector o el bibliotecario, les estaba permitido dormir solos. Por lo tanto, varias de las pequeñas y austeras habitaciones estaban desocupadas, y me alegró comprobar que la mía se hallaba a escasa distancia de la del padre Amiel. No diré que el espacio que se me había adjudicado fuera muy acogedor: lo impregnaba un extraño olor y sólo contenía un estrecho jergón. Sin embargo, el fraile me informó de que mandaría llevar allí mis pertenencias y de que él mismo se encargaría de conseguirme un escritorio para que pudiese trabajar.

—Os enseñaré dónde están las letrinas, el refectorio y la biblioteca —se ofreció —. Y, naturalmente, siempre seréis bien recibido en la iglesia para las completas. ¿Queréis visitar las letrinas antes de la colación?

—Hum… No, gracias.

—Entonces, vamos. Antes, debemos lavarnos las manos. Y, por favor, conteneos

de hablar a menos que os dirijan la palabra.

—Sí, padre.

Dejé la carta y las *Confesiones* sobre la cama y lo seguí al pasillo.

Canto VI

Durante los tres días siguientes, mientras Masseo di Vico buscaba en vano un abogado que quisiera hacerse cargo de su defensa, yo llevé una vida de reflexión y mutismo en el priorato.

Entre los dominicos, la existencia se rige por las campanas. Los monjes se levantan para maitines cuando la luna todavía está alta (por más que hundiera la cabeza bajo la almohada, me llegaba el sonido de sus pasos al pasar ante mi puerta y, cuando regresaban a la cama, por lo general se oía al celador del dormitorio, que hacía sonar las llaves para que se diesen prisa, y las toses ahogadas de unos hombres que no deberían ir de acá para allá a altas horas de la noche). Luego, al amanecer, los monjes despiertan de nuevo y se ponen las sandalias, las capuchas y los escapularios mientras tañen las campanas. A continuación, y durante un rato, reina una suerte de calma: los frailes están lejos, recitando los oficios de primas, celebrando la misa, soportando el capítulo de faltas y, finalmente, cantando las tercias, aunque algún tañido ocasional todavía turba el sueño de visitantes como yo, que prefieren no despertarse con el gallo. En verano, la colación, que se compone de dos platos bien sazonados, no se sirve hasta después de las sextas, y a ella sigue un breve período de descanso. La siguiente hora de oración es la de nonas, que, en verano, precede a otra colación, ésta más frugal. El día termina con las completas, a las que deben asistir todos los frailes. Ni siquiera un monje tan atareado como el padre Amiel puede dejar de acudir.

Debo confesaros, sin embargo, que el padre Amiel no estuvo ocupado en exceso durante los primeros días en que fui su huésped en el priorato. Aunque el viernes por la tarde volvimos a la prisión, fue sólo para que el encuadernador confirmara su testimonio, puesto que Masseo di Vico ya había sido arrestado e intentaba, frenético, que alguno de sus amigos abogados se aviniera a defenderlo. Informados de este hecho, volvimos al priorato y, al llegar a mi celda, descubrí que allí estaban mi viela, mi ropa, el baúl, libros y registros y hasta el material del escritorio. Al parecer, el padre Amiel había mandado recuperar dichos objetos de casa de mi madre.

Le di las gracias, pero estaba muy triste. De hecho, cuando se hubo marchado a las nonas, incluso lloré un poco y me sentí absolutamente abandonado. ¿Cómo podía mi madre echarme de casa? ¿Por qué se había desembarazado tan deprisa de todas las pertenencias del menor de sus hijos? Me pareció muy impropio de ella, una mujer tan implacable y resuelta… Me costaba imaginar que ni siquiera a instancias de Arnaud hubiese accedido a autorizar que se las llevaran.

Me dije, entre sollozos, que las desavenencias siempre pueden enmendarse, con un poco de tiempo y dedicación. Tal vez sería mejor que pasáramos unos días separados para que se enfriaran los ánimos. Quizás Arnaud se daría cuenta de que,

por más que no fuesen gran cosa, mis contribuciones a la casa llegarían a echarse en falta. ¿Y cómo no? ¿En quién desfogaría su mal humor si yo no estaba?

Me dije que así sería y traté de creérmelo. Me tumbé en la cama e intenté distraerme abriendo la carta que, arrugada y manchada del viaje, había dejado junto a las *Confesiones* de san Agustín. Para mi sorpresa, descubrí que la había escrito Marguerite de Pasquières. Su marido, Bernard, había muerto. Su hijo, Bernard, era ahora el señor de Saint-Martin-les-Bains. Sin embargo, Marguerite seguía ejerciendo influencia en la casa del *châtelain* y estaba por tanto en condiciones de dar empleo a Bona Claret.

«Espero no ser uno de vuestros amores rechazados», se quejaba en una torpe caligrafía llena de faltas ortográficas que parecía de su puño y letra, lo cual me sorprendió e incrementó el respeto que le tenía: siempre he sentido una especial debilidad por las mujeres cultas, por imperfecta que sea su educación. A fin de cuentas, son tan poco comunes como los diamantes, ¿no creéis?

Pero estoy perdiendo el hilo…

«Raymond —escribía— siempre habéis tendido al descarrío. Mi esposo sacudía la cabeza ante vuestras aventuras amorosas. “Ése muchacho cabalga directo al infierno”, decía. Bien, ahora él ya no está, y yo soy una viuda que añora a los viejos amigos. Mi hija está felizmente casada en Arles y mi hijo es escudero de la casa del conde de Nimes. Me encantaría acogeros, si… pudierais dedicarme unos días. Siempre os ha gustado mucho la comida de aquí».

Con creciente asombro, leí que Marguerite recordaba muy bien mi «animada conversación», mi «ingenio educado» y mi «vigor juvenil». ¿Recordaba yo que ella era mucho más joven que su difunto esposo? Y mis chanzas le habían gustado mucho más a ella que a él. Todavía estaba fuerte y sana, y sentía necesidad de diversiones ocasionales, pero la vida de una viuda era monótona y recluida. No iba a ningún sitio, no veía a nadie. ¿Me compadecería de ella y pasaría unos días en el viejo castillo que, ahora que la juventud lo había abandonado, se había convertido en un lugar lóbrego y triste?

Me quedé perplejo, amigas mías. ¿Qué os parece? En mi opinión, por la calidez que exudaba, se trataba de una misiva desconcertante. No era en absoluto impúdica, ni impropia, ni carente de delicadeza, sino cálida, desacostumbradamente cálida. Tal vez me engañé con respecto a su verdadero significado, tal vez me hice ilusiones vanas. Sin embargo, me pareció que, si bien no había en ella insinuaciones lascivas, hacía énfasis en ciertos hechos: Marguerite conservaba el vigor, la familia la había dejado sola y recordaba con «cariño» mis «dientes brillantes y perfectos».

Debo reconocer, sin embargo, que a la vez se mostraba cautelosa. En la misiva no había nada que la obligase a confesarse con un sacerdote. De hecho, yo no estaba muy seguro de si la estaba interpretando bien y, por consiguiente, mi respuesta fue

casta y contenida. Le di las gracias y alabé su caridad por haber dado trabajo a Bona Claret. Afirmé recordar muy bien su compañía y acariciar esos recuerdos. ¿Cómo podía haber olvidado su risa alegre, sus ojos brillantes y su atenta hospitalidad? Pero en aquellos momentos me hallaba ocupado en un asunto de suma importancia: el asesinato de Guillaume Monier, camarero del cardenal di Vico. ¿Había oído hablar del caso? Lo habían encontrado castrado en su dormitorio y la persona para la que yo trabajaba era la encargada de descubrir la identidad del atacante. Hasta que ello ocurriera, no podría alejarme de Aviñón.

Esto fue lo que le escribí a Marguerite de Pasquières. Como podéis ver, rehusé su invitación con firmeza, aunque compensé la negativa con abundantes florituras corteses. Pero mientras concluía la misiva, me asaltaron imágenes de sus redondeadas caderas y de sus ojos rasgados. Por más que la dama no estuviera en la flor de la vida, todavía poseía una amplia gama de atractivos. Y antes de poder evitarlo, mi cetro de lascivia saludó estas evocaciones y me encontré sentado en una celda monacal con una vergonzosa protuberancia que me levantaba los faldones de la túnica.

Turbado, casi volqué el tintero. ¿Y si entraba el padre Amiel y veía la prueba de mi lujuria? Como siempre, sin embargo, el mero pensamiento del padre Amiel vació de savia mi avieso instrumento: cuando me puse en pie, ya no tenía la entrepierna inflamada y la túnica cayó lisamente sobre mis rodillas, por lo que, cuando el padre Amiel vino a buscarme, pude saludarle con toda tranquilidad. Sin embargo, me sentía incómodo e impuro. Noté que mi presencia profanaba aquella comunidad solemne y silenciosa de hombres castos. Por ello, pedí permiso al padre Amiel para salir del priorato y entregar mi carta al enviado de Marguerite. Le aseguré que regresaría enseguida.

El dominico replicó, en voz baja, que uno de los hermanos legos podía encargarse de aquel recado, ya que él me necesitaba para que le leyera varios libros. No podía negarme, por supuesto, así que nos encerramos en su celda hasta las completas y le leí en voz alta el *Liber introductorius* de Miguel Escoto. Por fortuna, el espeluznante contenido de esta obra fue el antídoto perfecto para mis deseos carnales, pues no encuentro ningún atractivo en la sangre y en la carne amputada. «Ofrecen sacrificios de carne de un ser humano vivo, como un pedazo de su propio cuerpo, o de un cadáver, sabedores de que la consagración de un espíritu en un anillo o en una botella sólo se logra mediante la ejecución de esos sacrificios». ¡Que Dios nos proteja! En tal catálogo de perversidades no había nada que excitara mis sentidos.

Como podéis imaginar, sin embargo, los pasajes de este tipo complacían en grado sumo a mi compañero e incluso yo advertí que sugerían hipótesis sobre por qué podían haberle cortado los *virilia* a Guillaume Monier. Cada vez que llegaba a uno de tales fragmentos, el padre Amiel lo repetía dos veces en voz baja antes de indicarme que continuara. De esa manera, empleando su prodigiosa capacidad de retentiva,

confió a la memoria una gran porción del libro.

El primer día leí la mitad, quizá, de este desconcertante volumen. Entonces, cuando las campanas llamaron a completas, el padre Amiel me indicó que lo dejara y me acercara con él a la iglesia a purificarme.

—Venid —dijo—. Uníos a la comunidad. No os retiréis a dormir con la suciedad de Miguel Escoto adherida a vuestra mente. Sumergíos en el amor purificante del Señor. Libraos de reflexiones pecaminosas. Si lo hacéis, mi corazón se sentirá más liviano.

Con peticiones de este tipo, cuidadosamente expresadas y pronunciadas con suavidad, me persuadió el fraile de que asistiera a las completas. Junto a una veintena más de ciudadanos de Aviñón, fui conducido a la capilla del priorato, que sólo estaba abierta a los legos al finalizar el día. Tal vez os preguntéis qué hacía Raymond Maillot en aquel lugar sagrado, entre aquellas gentes piadosas, como un zorro entre corderos. ¿Cómo se le permitió hollar un espacio tan santificado? Amigas y amigos, dejad que os asegure que me acerqué al Señor con humildad y agitación a la vez. Apenas osaba levantar la vista del suelo y tenía el corazón colmado de inquietud. En efecto, me sentía como un gusano en una manzana.

Si he de ser sincero, os diré que siempre me he sentido así en la iglesia. Cuando entro en la casa del Señor, el peso de mis pecados es la medida de mi vergüenza. Nunca me ha parecido que éste fuera mi sitio y, ciertamente, hasta que trabé amistad con el padre Amiel, nunca me había sentido bienvenido allí. Sin embargo, desde que le conocí, el fraile venía diciéndome que eso sólo era culpa mía, que si de veras quisiera que Dios me prestase atención, Él y sus sirvientes me acogerían con todo el cariño.

Según el dominico, albergo el secreto deseo de pasar inadvertido ante el Señor para poder entregarme así a mis impulsos licenciosos y concupiscentes.

Y acaso sea verdad. De lo que no cabe duda es que, durante mi primera visita a la capilla del priorato, me quedé al fondo de la nave, por detrás de toda la congregación. Delante de mí, conté un par de docenas de legos de todas las procedencias sociales. Durante casi toda la ceremonia permanecimos separados de la comunidad de frailes, cuyos cantos solemnes se elevaban detrás de la reja del coro. Pero cuando comenzaron a entonar el *Salve Regina*, las puertas de la reja se abrieron y los dominicos entraron en la nave en procesión, sin dejar de cantar. Su número era tal que me costó reconocer al padre Amiel: había demasiados monjes pequeños, delgados y de aspecto insignificante con el hábito blanco y negro y, de lejos, una cabeza tonsurada es exactamente igual a otra. Sin embargo, me consolé pensando que estaba presente, mientras uno de los frailes bendecía a los legos arrodillados, entonando «*Eia ego advocata nostra*» y rociándolos con agua bendita.

Luego, la comunidad volvió a retirarse al coro. Se recitaron las plegarias finales

del oficio y tañeron las campanas. Acto seguido, todos salieron y me quedé solo en la nave. Permanecí como un estúpido en aquel amplio espacio de suelo enlosado, mirando incómodamente a la Virgen María, a mi derecha, y a santo Domingo, a mi izquierda. Estaban pintados de colores brillantes y aparecían de tamaño natural. Las sombras del anochecer empezaban a envolver la bóveda cavernosa del techo y oí los ecos de pasos de los monjes que salían por una puerta que yo no divisaba.

En aquel momento, el padre Amiel apareció desde el otro lado de la reja del coro. Se me acercó sonriendo y me preguntó si había sentido que Dios purificaba mi espíritu.

—Bien… Mi espíritu está más sucio que el de la mayoría —respondí con cautela, ante lo cual su sonrisa se ensanchó, dejando a la vista sus dientes ennegrecidos y deteriorados.

—Tonterías —dijo—. Todos somos pecadores, hijo y, sin embargo, el amor de Dios nunca nos faltará. ¿Habéis notado su presencia? Espero que sí. Espero que Él os haya podido consolar en vuestra desolación. —De repente, el padre Amiel frunció el entrecejo y alzando los ojos para mirarme, dijo suavemente—: Imagino que aquí os debéis de sentir perdido. Sé que os duele el tratamiento que habéis recibido de vuestra familia, pero tened valor, Raymond. Pronto encontraréis el camino. El Señor os guiará.

Para mi eterna vergüenza, los ojos se me inundaron de lágrimas ante sus palabras. Por fortuna, sin embargo, el monje decidió pasar por alto aquella muestra de debilidad (si es que llegó a verla); se volvió y me acompañó a la celda, donde me dejó con una bendición silenciosa, trazándome una cruz en la frente. Y así concluyó mi primer día como residente oficial del priorato. Los tres días siguientes no fueron distintos.

Pasé casi todo el tiempo bajo techo. El padre Amiel y yo no fuimos a la prisión porque Masseo di Vico seguía sin encontrar un abogado que se aviniese a defenderlo. Supuse que el cargo que había desempeñado el dominico como inquisidor de la depravación herética causaba nerviosismo entre los letrados de Aviñón. Sin lugar a dudas, no estaban seguros de si todavía ejercía como tal. En cualquier caso, uno tras otro, todos se negaron a defender a Masseo di Vico. Entretanto, en el tranquilo entorno del claustro, el padre Amiel y yo nos ocupábamos de asuntos menores. Le leí la parte del *Liber introductorius* de Miguel Escota que todavía no habíamos examinado; le leí el libro sin título de Masseo di Vico sobre conocimientos médicos, y las declaraciones de varios testigos, en especial la de Tibaldo Canigiano. Normalmente, aquella tarea tendría que haberla desempeñado un joven monje llamado Armand, pero el padre Amiel aseguraba que la voz de Armand era delgada, átona y débil, mientras que la mía era fuerte y briosa. Decía que mi voz era tan expresiva como la música; que pintaba vivas imágenes en su mente y que hacía que le

fuera más fácil retener las palabras que pronunciaba. Con tales cumplidos, me persuadió de que le leyera hasta que quedé ronco. Me gustaba mucho que me escuchara con tanta atención.

Cuando no le leía, a menudo repasaba para mí, en silencio, las *Confesiones* de san Agustín. Aquélla obra bendita, aquel relato magnífico y terrible, me tenía cautivado. Leí de un joven cuya alma estaba «corrompida por la lujuria de los sentidos». Leí sus anhelos y luchas. Leí sus deseos y su desesperación. «Lo que más placer me daba era amar y ser amado —leí—. No obstante, del lodo de la atracción física y de la fuente de los instintos de la juventud se alzaron vapores brumosos que dejaron mi corazón en la oscuridad y la niebla, de modo que no podía distinguir entre el amor puro y la concupiscencia impura. Ambos sentimientos se precipitaban en mi interior en una mezcla confusa y me arrastraban, joven inmaduro, hacia un abismo de pasiones, tirando de mí hacia un torbellino de vicios».

Sentado en mi diminuta celda, leí aquellas palabras, y fue como si san Agustín me hablara directamente. Estaba claro que sabía qué se sentía cuando a uno lo gobernaba el pene, un miembro que a veces parece tener vida propia. Y, sin embargo, lo había dominado. Había encontrado la redención. Había alcanzado a distinguir entre el amor puro y el impuro, tan perfecto el primero como imperfecto era el segundo. Considerad mis sentimientos cuando, después de todas mis desventuras y tribulaciones, leí las palabras siguientes: «y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi espíritu. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebata el tiempo; se siente una fragancia que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose, y se posee tan estrechamente un bien tan delicioso que, por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por hartazgo. Pues todo esto es lo que amo cuando amo a mi Dios».

Al leer estas palabras, me pregunté si sería ése el amor del que el padre Amiel disfrutaba. ¿Era aquél el cimiento sobre el que construía su confianza, su sabiduría y su tranquilidad? ¿Extraía la fuerza de un amor que, perfecto como era, nunca le faltaba?

Temeroso, consideré las frágiles ataduras que me unían a mi familia, a mis amigos, a mis numerosas amantes. Las había tensas y a punto de romperse; otras estaban tan enmarañadas que se me enredaban en los pies y me hacían caer. Parecía que el padre Amiel había cortado aquella clase de ataduras y, por lo tanto, había podido elevarse hacia Dios.

Pero entonces pensé: «Él está hecho de una sustancia mucho más noble que la que me conforma a mí. Su mente es aguda, clara y precisa. Sus manos están

exquisitamente labradas. Habla muchas lenguas, nunca farfulla, nunca tropieza con las palabras, ni expele ventosidades, y tiene el coraje de un hombre tres veces mayor. Él pertenece a este lugar, pero yo no. Yo nunca podré aspirar a las alturas a las que él ha llegado. Nunca conoceré el amor de Dios como él lo conoce».

Eso fue lo que pensé a la sazón. Y llegué a pensado a causa de un incidente que ocurrió el sábado, mientras yo leía para el padre Amiel. Por lo general, cuando leía, no se me escapaba la impresión que le producía lo que oía. En cambio, en la ocasión de la que os hablo, tuve la gradual sensación de que leía al vacío. Ningún gruñido o susurro interrumpió mi lectura, ningún punto brillante u oscuro se movió en las esquinas de mi percepción visual. Al levantar los ojos, vi que se había vuelto de espaldas a mí y que se apretaba la mandíbula con la mano, el rostro contraído en una mueca de dolor.

—¿Os molestan de nuevo las muelas? —inquirí.

El dominico asintió, cerrando los ojos unos instantes.

—Tal vez deberíais ir a que os viera el hermano enfermero —sugerí, pero él sacudió la cabeza.

—No.

—Uno de esos elixires…

—No.

Esperé mientras el fraile batallaba con el dolor. Era casi tan penoso verlo como debía de ser sufrido. Doblado por la cintura, con la cabeza encima de las rodillas, el padre Amiel presentaba un aspecto lamentable, aunque permanecía callado como una tumba.

Al final se incorporó, con la cara, de un tono grisáceo, empapada de sudor y la respiración jadeante. Comenté, en tono compasivo, que era un mártir de sus muelas. Dios, dije, lo había castigado cruelmente.

—No —replicó—. No digáis esas cosas. No he de considerar este dolor un castigo, sino una bendición.

—¿Una bendición?

—Una bendición que puedo utilizar, una herramienta a través de la cual puedo entrar en el gozo del Señor. San Agustín nos dice que es necesario que purguemos la mente a fin de ver inefablemente lo que es inefable. Los Padres de la Iglesia nos dicen que estar presente en Dios es no ser nada en uno mismo, abandonarse uno mismo, rechazar todo lo que es temporal y mutable. —El padre Amiel hablaba muy despacio y con toda claridad, como si, con manos temblorosas, dispusiera cada palabra en el espacio que quedaba entre los dos en la cama—. El dolor es como un fuego purificador —prosiguió—. El dolor intenso nos desposee de toda memoria, de toda identidad, de todos los deseos salvo uno. Nos quema la coraza externa y revela el núcleo. Nuestros pensamientos no pueden vagar; nuestros deseos carnales no

pueden gobernamos. El dolor es puro. Nos dirige hacia un objetivo, hacia uno solo: el alivio de ese dolor.

»Por lo tanto, intento utilizar el dolor como puente, como baño purificador. Despojado de todos los deseos excepto uno, ¿cómo no voy a superarlo y trascenderlo? ¿Cómo no voy a entrar en el reino de la luz eterna, donde no hay conciencia de nada que no sea Dios? —Entrelazó las manos y, con voz ronca, añadió —: Y si no alcanza a ser nada más, mi dolor es mi corona. Ofrezco mi sufrimiento al Señor, porque, ¿qué otro regalo podría hacerle? El apóstol dice: «¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios?». Porque en los demás dones de Dios no podemos glorificamos, ya que no son nuestros, sino de Él. Pero en la cruz de la tribulación y la aflicción sí que podemos hacerlo; en nuestra capacidad de superamos, de aceptar de buen grado, por el amor de Cristo, todo el sufrimiento, las heridas y el malestar que nos hayan embargado, en eso sí que podemos glorificarnos. «No me quiero glorificar sino en la cruz de Cristo». Por lo tanto, le doy gracias a Dios por mi dolor. Honro mi dolor y me someto a él, porque sin sufrimiento no puede haber redención.

Lo miré atónito. Lo que había dicho me parecía sublime, virtuoso, sobrenatural.

—Entonces, ¿acogéis el dolor de muelas de buen grado? —pregunté, ante lo cual su rostro se torció en una extraña sonrisa.

—Ya me gustaría —confesó—. Lo intento, pero soy débil, soy un hombre débil.

—¡No, padre! —exclamé—. ¡Sois muy fuerte! ¡Fuerte y santo!

—No.

—Sí.

—Raymond, perdonad que os lo diga, pero tal vez no tengáis; la preparación necesaria para juzgarme —dijo. Luego, se secó la frente con la manga y me pidió que continuara leyendo. Y partir de aquel momento, mi opinión sobre él cambió. Por siempre más miré al padre Amiel, entre la duda y el asombro, preguntándome si estaría muy cerca de Dios, si estaría más cerca de Él que sus compañeros de congregación. ¿Era un elemento poco común y bendito, como un santo?

En la prisión se mostraba como un hombre corriente, pero en el priorato era distinto. Si hasta entonces lo había respetado y admirado, a partir de aquel momento lo veneré. Me descubrí retrocediendo cuando se acercaba, perdiendo el coraje de hablar en su presencia. Tal vez el ambiente del priorato me estuviera afectando, porque sus ocupantes apenas hablaban. Se movían despacio y apaciblemente, nunca corrían, ni reían, ni haraganeaban. En ocasiones, los oía suspirar, roncar o eructar. En ocasiones, los veía rascarse, tropezar o hacer muecas en las letrinas. A veces oía lloros y gritos ahogados en la noche. Y una vez vi manchas de sangre en el hábito de un monje al que, si no me equivoco, habían azotado con una vara o un bastón. Pese a todo, por lo general, pasaba los días entre voces acalladas, pasos renqueantes y miradas gachas.

Tal vez por eso mi voz se fue silenciando gradualmente y quizá también por eso, cuando al final salí a la calle, el ruido, el movimiento y los colores brillantes me aturdieron y confundieron un buen rato.

Ocurrió el lunes, después de haber pasado dos días completos (sábado y domingo) y tres noches bajo el techo del priorato. El domingo apenas había visto al padre Amiel, que pasó todo el día ocupado en sus obligaciones religiosas. El lunes por la mañana me pidió que comparara las notas del libro de hechizos de Guillaume Monier con los distintos ejemplos de caligrafía que había recogido entre sus hermanos de congregación. En total, se había procurado muestras de escritura de los cincuenta y dos monjes del priorato, ninguno de los cuales parecía haber hecho anotación alguna en el libro de Guillaume Monier. Varios de ellos, sin embargo, habían conocido bastante bien a Pierre-Julien Fauré durante la estancia de este último en Aviñón y le habían proporcionado una breve lista de las personas con las que el inquisidor se había relacionado en esa época.

El nombre de Guillaume Monier se hallaba en la mencionada lista.

—Así, podemos suponer que el padre Pierre-Julien le dio el libro de nigromancia al padre Guillaume —dije, cuando el padre Amiel me reveló aquella información—. Como vos sospechabais.

—Sí.

—Tal vez, cuando descubrió que Masseo di Vico le estaba echando maldiciones, el padre Guillaume acudió al padre Pierre-Julien para que le ayudase.

—Tal vez. —El monje entornó los ojos—. Pero ¿qué clase de ayuda es ese libro de brujería? A menos que uno crea que es la solución más eficaz… —Se dio unos golpecitos en la barbilla con un dedo y añadió—: Sería una triste ironía que a Guillaume Monier lo hubiesen matado sus propias aficiones ocultas. ¿Quién puede decir que, después de haber invocado a un espíritu diabólico para que le protegiese, no fue ese mismo demonio quien lo mató?

No dije nada. Antes, quizá me habría burlado de una posibilidad como ésa, pero mi corazón ya no podía dudar de un hombre al que veneraba. Además, en el priorato, las visitaciones diabólicas ya no se me antojaban improbables. Tal vez debido a lo cerca de nosotros que sentía a Dios, era posible que también se sintiese la presencia del diablo. Lo único que puedo suponer es que, siendo como era un receptáculo de virtud, el priorato padecía continuos ataques de las fuerzas infernales, pues día y noche los monjes se enfrentaban a los emisarios de Satanás. Mientras yacía en la cama, oía los gritos de los torturados hombres de Dios. Los veía postrarse en el suelo de la iglesia y beber sólo agua en las mesas del refectorio, como penitencia. A veces aceptaba que se libraban grandes batallas entre las fuerzas del bien y del mal en lugares ocultos, sin que los ojos lo vieran y sin que los oídos lo escuchasen.

—Ha surgido otro nombre en relación con Pierre-Julien Fauré —prosiguió el

padre Amiel—, el de un funcionario de la Oficina de las Preces. Un tal Durand Rouiard. ¿Lo conocéis?

—¡Pues sí! —Asombrado, me erguí en el asiento—. Lo conozco. Como he llevado asuntos de peticiones, lo he visto alguna vez.

—¿Y no tendríais por casualidad entre vuestros registros alguna muestra de su escritura?

Reflexioné unos instantes. Parecía improbable.

—Cuando se concede una petición, el vicecanciller o el Santo Padre añaden una nota al documento original para dejar constancia —expliqué—. Luego, después de que el *datarius* adjunte la fecha del consentimiento del Papa, la petición llega a las manos de Durand Rouiard, que registra cierta información sobre el documento en un libro llamado *Liber de vacantibus*. Cuando uno va a recoger una petición, ha de consultar el mencionado libro para averiguar si la petición ha llegado y se ha registrado. Si es así, un empleado de la oficina la buscará y se la presentará al interesado. Si no es así, hay que ir a hablar con Durand y preguntarle si aún la tiene en su escritorio. —Extendí las manos—. Durand no marca los documentos él mismo. Lo único que hace es registrarlos en el *Liber de vacantibus*.

—Comprendo —con el ceño fruncido, el dominico sopesó lo que acababa de contarle—. Entonces, para ver su caligrafía, basta con consultar ese libro —dijo al fin.

—Sí.

—¿Y podríais hacer tal cosa sin llamar la atención? ¿El libro está guardado bajo llave o muy vigilado?

—A veces. No siempre.

—Entonces, quiero que vayáis. Id ahora. —El padre Amiel se puso en pie—. Llevaos el libro de nigromancia de Guillaume Monier y comparad sus glosas con el texto del *Liber de vacantibus*. Luego me diréis si la caligrafía es similar.

—Pero…

—¿Seguro que nadie os podrá impedimentos? ¿Nadie se cuestionará vuestra presencia?

—No, padre.

—Id, entonces. Quiero saber si Durand Rouiard escribió en el libro de Guillaume. Quiero saber si también está involucrado en la hechicería.

Así fue como salí del priorato y, como ya os he comentado en alguna ocasión, las calles me afectaron en grado sumo. Me encontré chocando con la gente, puesto que había perdido la habilidad de apretar o reducir el paso. Como los dominicos no corren de un lado para otro, ni cruzan los umbrales a toda prisa, ni tienen que abrirse paso a codazos, no necesitan aprender a esquivar ni a sortear, destrezas que sí son necesarias en la calle. Además, los dominicos no gritan, no silban, no dan portazos, no gruñen ni

rebuznan como mulas, de modo que el hombre que vive entre ellos se desacostumbra a los ruidos fuertes y repentinos. Cuando me puse en camino hacia la Oficina de las Preces, hasta la luz del ocaso me pareció extraordinariamente brillante. Era como un pollo recién salido del cascarón o como alguien que acabase de emerger de una celda carcelaria. Me sentía un forastero en mi propia ciudad.

La Oficina de las Preces está en el mismo edificio que alberga la oficina del abreviador, la del calígrafo, la del corrector y el registro. El lugar parece una colmena, pero produce documentos en vez de miel. Lo conozco muy bien, demasiado, por lo que caminé sin preguntar hacia mi destino, una sofocante habitación en la que uno encuentra pliegos doblados de pergamino que cuelgan de cuerdas atadas en el techo, pergaminos que responden a la presencia del visitante moviéndose y aleteando en el aire como alas de paloma. Esos documentos suspendidos son las preces, clasificadas de una manera que todavía hoy sigue siendo para mí un misterio: el funcionario agarrará una u otra del gancho que las mantiene colgadas y se la presentará a quien haya ido a recogerla, no sin antes registrar la entrega en el *Liber distributionum*.

Al otro lado de la estancia, Durand Rouiard se afanaba en el *Liber de vacantibus*. Casi todo el tiempo que pasaba allí lo dedicaba a leer y a escribir, pero en la ocasión de la que os hablo le encontré conversando con un hombre que al parecer no había hallado ni rastro de su petición en el libro de Durand. Éste, por tanto, buscaba entre los documentos de su escritorio para ver si le había llegado, y, al verlo tan ocupado, aproveché para consultar el *Liber de vacantibus* sin que él reparara en mis actividades.

Abrí despacio el gran registro y, sosteniendo el libro de brujería; de Guillaume Monier debajo de la superficie del escritorio, comparé sus glosas con la caligrafía pulcra, clara y apretada que llenaba, página tras página, el volumen. Para mi honda satisfacción, vi que Durand era el responsable de una de ellas. Sin lugar a dudas, era su mano la que había trascrito en el códice de Guillaume Monier las palabras siguientes: «Rociar una pared con sangre de perro la limpia de hechizos; la bilis de un perro negro previene de que los demonios causen daño».

¡Un triunfo, amigos! Me sentí muy satisfecho de mí mismo, pero no me entretuve, puesto que no deseaba llamar la atención de Durand. Sin levantar la mirada, cerré los dos volúmenes, me metí el más pequeño debajo del brazo y salí de la sala a toda prisa.

Qué extraño, pensé, cuando emergí de nuevo a la luz del sol. Qué extraño que un clérigo como Durand Rouiard, que hablaba con tanta propiedad, que era tan cuidadoso y peculiar en sus costumbres, tan inofensivo en apariencia, siguiera a Satán como un hereje. ¿Qué podía impulsar a un hombre a hacer algo así? ¿Tan abandonado por Dios se sentía que recurría a la nigromancia?

No hallé respuesta a esas preguntas, pero, en cualquier caso, tampoco me preocupó demasiado. Tal vez el padre Amiel podría explicármelo, si se lo pedía. Como hombre de Dios, tal vez conocía los vericuetos por los que se adentraban las almas de la clerecía cuando sus ambiciones se veían frustradas, sus deseos quedaban insatisfechos y sus esperanzas, malogradas. Pero decidí no pedírselo porque mi interés por los problemas de la clerecía no pasaba de tibio. Me preocupaban más mis propias dificultades. Como san Agustín, comenzaba a sentirme terriblemente cansado de la vida. Caminaba arrastrando los pies, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo. El pensamiento de una comida suculenta, de una música dulce o de mujeres hermosas no tenía ningún aliciente para mí. Me sentía extrañamente ligero y vacío, como un cesto de mimbre.

No es necesario que diga que, cuando al final llegué al priorato, el padre Amiel recibió mis noticias con cariñosas palabras de alabanza y satisfacción. Me llamó «perla preciada». Dijo que mi valor era incalculable y sonrió y me hizo sentir de maravilla en todos los sentidos, como un sirviente bueno y leal.

Y tanto fue así que, cuando me dejó para acudir a vísperas y me encontré de nuevo solo en mi diminuta y oscura celda, me consolé recordando su beneplácito. En realidad, era el único consuelo en el que pensar, porque, si bien mi vida parecía un embrollo, una indumentaria hecha harapos que se me caía del cuerpo, las atenciones del padre Amiel, como un buen cinturón de cuero, eran el elemento de fuerza y constancia que mantenía unidas todas las piezas.

Me gustaría que recordaseis esto mientras prosigo con mi relato. Me gustaría que recordaseis que yo no estaba como ahora, rodeado de toda suerte de amigos afectuosos. A la sazón, me sentía abandonado, rechazado y por completo desgraciado.

No es de extrañar, pues, que me volviera hacia la Iglesia en busca de comprensión.

Canto VII

—Raymond.

La voz disipó mis sueños. Con un respingo, me incorporé en el lecho. El padre Amiel estaba de pie junto a la cama, inclinado sobre mí.

—¿Eh? —murmuré mientras él se retiraba unos pasos.

—Raymond, levantaos. Ya es media mañana.

—Hum… —Me aparté los cabellos de la cara y se me ocurrió que debía de presentar un aspecto desaseado y espantoso, puesto que el monje ya había retrocedido hasta el mismo quicio de la puerta—. ¿Padre Amiel?

—Masseo di Vico ha encontrado representante legal y me propongo interrogar directamente a su hijo. Venid a mi celda cuando os hayáis vestido y saldremos hacia la prisión. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Raymond?

—¿Sí?

—Daos prisa, por favor.

Todavía adormilado, busqué a tientas la ropa, me levanté de la cama y me dirigí a las letrinas dando tumbos. Una vez aliviado de un apuro especialmente apremiante, me encaminé a la celda del padre Amiel, donde humedecí la lengua con unas gotas de agua. Debo deciros que me sentía algo taciturno, aunque la noche anterior no había probado el vino. El padre Amiel, por el contrario, estaba más activo que una ardilla. Antes de echarse al hombro una bolsa de objetos que denominó «pruebas materiales», me entregó unos documentos para que los llevara.

—He estado pensando en Durand Rouiard —comentó tan pronto nos pusimos en camino—. Me preguntaba cómo debería proceder contra él.

Mi respuesta fue un gruñido.

—Podría emitir una citación —continuó el fraile, ajeno, al parecer, a mi paso cansino, a mi gesto agrio y a mi semblante desconsolado—, pero se me ocurre que entre los dos podríamos tenderle una trampa y, de este modo, ponerlo en tal compromiso que se vea obligado a decir la verdad.

Animadamente, resumió su plan, que dependía de mi voluntad de participar. Quería que me reuniera con Rouiard y le dijera que había reconocido su escritura en el libro de nigromancia de Guillaume Monier. También tenía que decirle que no había informado del hecho al padre Amiel, pero que lo haría si no obedecía mis deseos.

—Debéis decirle que queréis hacer un hechizo —explicó el fraile sin alzar la voz —. Pedidle que se reúna con vos en cierto lugar, a una hora fijada, para hablar de lo que deseáis. Si Rouiard teme las consecuencias de lo que habéis averiguado, aceptará colaborar en lo que le pedís.

—Pero ¿para qué habría de querer yo un hechizo? —La cabeza todavía me funcionaba despacio—. ¿Por qué razón?

—Oh, existen muchas. Tal vez una de vuestras amigas está preñada y queréis librarla del feto…

—¡Padre, no!

—De acuerdo, tal vez no. —Al padre Amiel se le escapó una leve, levísima manifestación de sorpresa, una vibración apenas perceptible de los párpados, ante la rotundidad de mi protesta—. Raymond, no insinúo que seáis de verdad capaz de abrigar intenciones tan abominables, pero para los propósitos de la celada que prepararemos…

—¡No!

—Está bien. —Hizo un breve alto, como si reflexionara, y añadió—: Entonces, decidle que queréis hacer un conjuro contra vuestro hermano. Contadle que os ha echado de casa y que deseáis vengaros de él.

—Vengarme, ¿cómo?

El monje hizo un gesto de impaciencia.

—Hay muchos tipos de venganza —respondió—: La muerte, la enfermedad…

—¡Oh, no!

—Raymond, no os pido que formuléis de verdad una maldición a vuestro hermano —insistió él con una sonrisa, como si mi respuesta le divirtiera por algún misterioso motivo—. Sólo os sugiero que inventéis una excusa convincente.

—¡Pero yo jamás querría causar la muerte de mi propio hermano! —protesté, airado.

—Entonces, ¿qué le haríais, si tuvierais la ocasión?

—Yo… yo…

—¿Arruinarle el negocio?

—¡Oh, no! —repetí, escandalizado—. ¿Qué sería de mi madre, entonces? ¿Y de mis sobrinos?

El padre Amiel seguía sonriendo, pero su expresión tenía algo de taimada. Murmuró algo acerca de mis principios cristianos y de mi corazón tierno y comentó que, con mi reacción, le acababa de dar una lección de caridad y de humildad. «Al que te abofetea en la mejilla derecha, muéstrale también la otra», concluyó.

—Padre…

—No, no. Te comprendo. Tienes que sentirte cómodo en tu papel.

Después de darle más vueltas al asunto, el dominico sugirió que me presentara como víctima de un amor no correspondido. Debía pedir a Rouiard que preparara un hechizo para conseguir los favores de una dama a la que deseaba apasionadamente. En este punto, me traicionó mi agudeza de borrachín: antes de que el padre Amiel pudiera añadir nada más, sin detenerme un instante a reflexionar, repliqué que para tales cuestiones no tenía necesidad de conjuros.

Cuando me oyó, el fraile se volvió y me traspasó con una mirada que me produjo

un escalofrío de pies a cabeza.

—Lo siento, padre —musité y levanté el brazo como para protegerme de un golpe —. Lo siento.

—Disculpad si parece que denigro vuestros irresistibles encantos —dijo él con voz tan dulce que casi me causó dolor de muelas—. Sin embargo, como todo el mundo parece conocer vuestro gusto por las mujeres…

—Sí, claro. Quedaría muy apropiado. Resultaría convincente.

—En efecto. —Con cierta aspereza, el padre Amiel planteó que debía de haber en Aviñón una mujer, por lo menos, de cuyos favores no hubiera disfrutado y que pareciese fuera de mi alcance—. Contadle a Rouiard que la deseáis —añadió—. Decidle que os morís por ella.

—Pero el libro del camarero contiene muchos hechizos de amor —apunté—. ¿Por qué habría de necesitar la ayuda de Rouiard, si tengo el libro?

—Porque no lo tenéis vos, sino yo. Está bajo mi custodia y no os permito que lo veáis. Por eso necesitáis su ayuda.

El fraile procedió a describir cómo debía conseguir que Rouiard me asegurara su colaboración, así como todas las instrucciones acerca de anillos mágicos, figurillas, elixires y encantamientos que pudiera proporcionarme. En este encuentro, yo no correría ningún riesgo de salir malparado, ya que el propio padre Amiel lo estaría presenciando desde algún lugar discreto. Una vez Rouiard se hubiera implicado de pleno, el dominico aparecería y le acusaría de sus pecados.

—Le prometeré apiadarme de él si me ofrece un testimonio completo y veraz de la participación de Pierre-Julien Fauré en esta curiosa conspiración. Y, por supuesto, del papel que en ella jugaba Guillaume Monier. No tendrá motivo para callarse nada.

—Padre…

—Debemos pensar un buen lugar para el encuentro. Un rincón donde los dos podáis estar a solas y donde yo pueda esconderme.

Tras esto, el padre se sumió en sus pensamientos, mientras yo, con un vuelco del corazón, comprendía cuál iba a ser mi destino. No tenía el menor deseo de llevar a cabo aquella pantomima. No me imaginaba fingiéndome el amante desconsolado con un nudo de miedo en el estómago. Tal vez sea una exageración por mi parte decir que no sé mentir, pero juro por las Sagradas Escrituras que no me siento cómodo con los engaños. Cuando miento se me acelera el pulso y me sudan las manos, sobre todo si cualquier desliz por mi parte puede tener graves consecuencias.

Por supuesto, a mi hermano le había contado más de una falsedad, pero sólo porque no me quedaba otra salida. Me vino a la cabeza esta reflexión mientras pasábamos por la calle de la casa de mi familia, y, sin darme cuenta de que lo hacía, aflojé el paso. Me descubrí contemplando la calle embarrada y diciéndome que tal vez Arnaud habría salido de casa para atender sus asuntos. Si mi madre estaba sola,

quizá me escucharía y estaría dispuesta a perdonarme como en tantas otras ocasiones…

—¡Raymond!

Con un sobresalto, advertí que me había detenido y que el padre Amiel me había sacado varios pasos de ventaja. A regañadientes, reemprendí la marcha hasta llegar a su altura.

—Pobre Raymond —comentó—. Qué fácil resulta lastimar un corazón sensible.

Respondí, con un murmullo, que me gustaría hablar con mi madre. Ella no me detestaba; todo era cosa de mi hermano.

—En ese caso, si vuestra madre le permite que la indisponga de esta manera contra vos, debe de sentir predilección por él. —Al ver que me dejaba cortado con esta observación, que se fundamentaba en una creencia que yo siempre había compartido, el padre Amiel añadió—: Raymond, yo tuve una bendición en mi familia. A mi padre le ofendía el mero hecho de que yo existiera, pues era un niño débil y enfermizo, lleno de miedos. Me hacía dormir con los perros y me daba tales palizas que me rompió más de un hueso. Mis hermanos también se burlaban de mí y mi madrastra me despreciaba. Tuve una hermana que me quería, pero fue a reunirse con Dios cuando era muy joven. Pues bien, de todo esto doy gracias.

—¿Dais gracias? —me sentía entre la conmiseración y la cólera—. ¿Cómo podéis sentiros agradecido?

—Porque al privarme del amor de mis parientes, Dios me mostró dónde estaba mi verdadera familia. Encontré incontables hermanos en la orden de Predicadores. Encontré un padre en Dios; un padre que me ama más de lo que podría hacerlo ningún progenitor mortal. Y como mi corazón no estaba atado por vínculos de amor a los de mi propia sangre, pude entrar libremente en el amor de Dios. Pues Jesús dice: «Quien ame más a su padre y a su madre que a mí, no es digno de mí».

—¡Hum…!

Decaído y malhumorado como me sentía, quise gritarle que, como él era perfecto, no podía imaginar lo que representaba la vida para quienes estábamos maldecidos con un alma humana corriente. Sin embargo, logré contenerme y me limité a comentar, con encomiable moderación, que como no me proponía hacerme monje, no encontraba un gran consuelo en el rechazo de mi familia.

—Todos necesitamos amor —concluí.

—Y Dios nos ama a todos —replicó el padre.

—¡Oh! —me impacienté—. ¡A vos, padre, seguro que sí! ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero mi caso es muy distinto. ¡Yo no soy una oveja, sino una cabra!

—Tal vez seáis un hijo pródigo.

—¡Bobadas!

—Una oveja descarriada, no una oveja negra.

—Padre, he llevado una vida licenciosa, una existencia libidinosa… ¡No soy como vos!

—No, pero tal vez seáis como san Agustín.

Al oír aquello, no pude reprimir una carcajada. ¡San Agustín! La comparación era ridícula.

—Padre —respondí—, ¿intentáis hacer de mí un monje?

Lo dije en broma, pero el dominico me lanzó una mirada penetrante y, con tono pausado pero solemne, comentó que quizás estaba más cerca de Dios de lo que pensaba.

—¿Yo? ¡Qué va!

—Sí. Tenéis un corazón afectuoso, Raymond, y las Escrituras nos dicen: «Quien no ama, no conoce a Dios, pues Dios es amor». Habéis estado leyendo las *Confesiones* de san Agustín, ¿verdad? ¿Sabéis qué dice san Agustín del amor? Dice: «El amor al prójimo purifica los ojos del hombre para la visión de Dios».

—Pero…

—Sin duda, ha de haber una razón para que Dios os haya dado un corazón tan tierno y bondadoso. Reflexionad sobre ello, hijo mío. Reflexionad. No diré más.

Y, cumpliendo su palabra, no volvió a hablar; por lo menos, durante un buen rato. El resto del recorrido transcurrió en silencio: mientras yo me debatía entre emociones contradictorias, el padre Amiel, con expresión ceñuda, parecía reconcentrado en sus pensamientos. Cuando llegamos a la prisión, pidió que compareciera, ante él Girolamo di Vico, y siguió a su solicitud una larga espera mientras se iba a buscar al abogado del declarante. Durante este retraso, el padre Amiel me preguntó por El Gallo Negro. Creía recordar que había una estancia en el piso de arriba. ¿Era una alcoba privada? ¿Contenía alguna cama grande, con patas?

—Sí —respondí.

—¿Y podría esconderse debajo de ella un hombre de talla menuda, como yo?

—¡Oh, padre! —La idea me llenó de zozobra—. ¡El Gallo Negro, no! Padre, no puedo reunirme con Durand Rouiard en la alcoba de Beatrice.

—¿Por qué no?

—Porque… ¡Porque debería pedirle permiso!

—¿Y ella os lo daría?

—Tal vez. Pero quizá querría algo a cambio.

Así lo dije, pero no lo pensaba, pues estaba seguro de que Beatrice no me exigiría pago alguno a cambio de su hospitalidad. Sable todo, me frenaba la vergüenza que sabía que pasaría al hacerle tal petición. Sería aprovecharme del afecto que me tenía.

—Entonces, se lo pediré yo —anunció el fraile.

—¡Oh, no!

—¿Porqué no?

¿Que por qué no? Porque se me encogía el alma sólo de pensarlo.

—Bien… Beatrice no hará lo que sea por vos, padre. No os tiene mucho aprecio, me temo.

Si esperaba desanimar al padre Amiel con aquella información, andaba errado. La valoró fríamente durante unos instantes y la desechó.

—Le ofreceré dinero —dijo.

—¡No! Padre…

—¿Qué? —Me miró y frunció el entrecejo—. ¿Qué objeciones tenéis, maese Raymond? ¿Ésa taberna es terreno sagrado para vos porque habéis derramado vuestra semilla en ella?

—No… no… —balbucí, sonrojándome.

—Entonces, ¿qué os sucede?

—Nada —capitulé—. Yo hablaré con ella. Se lo pediré.

—Como mucho, cabe que se niegue.

—Sí.

—Y podría salir beneficiada de su buena obra.

Así lo esperaba. Por lo menos, esperaba que si Beatrice accedía a nuestra propuesta, el padre Amiel la mirase en adelante con más consideración. Pero era un monje, pensé, y los monjes recelan tanto de las mujeres…

Sumido en estos pensamientos, estaba afilando las plumas cuando llegó por fin Girolamo, acompañado de un abogado eclesiástico que era pura grasa. Jamás he visto un hombre tan orondo, os lo aseguro. Su cintura era asombrosa; el padre Amiel y yo volvimos la mirada a la vez hacia las banquetas que nos habían proporcionado los carceleros, preguntándonos si dos de ellas, juntas, bastarían para sostener su peso.

Aunque grueso, el hombre no era en absoluto lento. Tras presentarse como Aribert de Saint-Fénix, exigió de inmediato conocer las acusaciones que se hacían a su cliente. Cuando el padre Amiel le informó de ellas, pidió el nombre de los acusadores de Girolamo. Al conocerlos, dijo que Bona Claret no era una testigo fiable porque había sido despedida de su trabajo y, por tanto, tenía motivos para perjudicar a Masseo di Vico y a su familia.

—¡Ah! —le interrumpió el fraile—, pero la mujer presentó estas acusaciones contra vuestro cliente antes de que la despidieran.

—¿Quién lo dice?

—Lo dijo yo. Aquí tengo las transcripciones.

—Aun así, era hostil a la familia.

—Tendréis que demostrar eso, hermano.

—Lo haré, lo haré. Y también demostraré que Tibaldo Canigiano no os entendía cuando lo interrogabais. Ése hombre, padre, no comprende el provenzal, ni el latín. Sólo habla la lengua de la Romagna.

—Yo también la conozco —replicó el padre Amiel sin alzar la voz—. Lo interrogué en su idioma.

—Pero ¿habláis bien su dialecto? —quiso saber Aribert—. Argüiré que Tibaldo os entendió mal, padre, y que vos lo malinterpretasteis a él.

El padre Amiel miró con ira al abogado.

—Mi escribano, ese día, era un natural de Roma —replicó en un tono tan melifluo que me causó escalofríos—. Si tenéis alguna duda sobre mi dominio de la lengua romana, deberíais preguntarle a él.

—Lo haré. Le llamaré para que deponga como testigo. También llamaré a los demás sirvientes de Masseo di Vico, que testificarán que Bona Claret estaba dispuesta a destruir a su amo.

—Como deseéis. —Desde su asiento, el padre Amiel exudaba un aire manso y complaciente capaz de engañar a cualquiera que no le conociese bien—. Pero antes de que lo hagáis —continuó—, tengo aquí varios objetos que he traído de la casa de vuestro diente y que éste debería examinar, quizás, antes de que llaméis a ningún testigo, puesto que constituyen pruebas materiales contra él y contra su padre.

De evidente mala gana, el abogado asintió. Desearía, creo, familiarizarse con todas las pruebas reunidas por el padre Amiel, para poder refutarlas mejor. Así pues, bajo la desconfiada mirada de Aribert, el dominico procedió a vaciar la bolsa de las pruebas lentamente, objeto a objeto.

—Esto —declaró— es un juego de pequeños cuchillos que estaban en la alcoba de Masseo. Los cuchillos pequeños, anzuelos y copas son utensilios de magia.

—También son instrumentos quirúrgicos —protestó Girolamo. Hasta aquel momento, el joven Di Vico había permanecido casi oculto tras la sombra de Aribert; cuando lo observé más detenidamente, me fijé en su parecido con Emilia. Los dos eran morenos y de baja estatura, con los labios carnosos y grandes ojos castaños, y tenían una manera de hablar muy expresiva. Calculé que tenía mi edad; tal vez era un poco más joven.

—¿Afirmáis, pues, que se trata de instrumental médico? —inquirió el padre Amiel.

—¡Claro que sí! ¡Preguntad a cualquiera!

—¿Y esto? Esto es plomo. Muchos hechiceros emplean plomo para confeccionar anillos mágicos.

—Y muchos médicos lo usan para hacer tablillas —replicó Girolamo—. Amuletos para la curación de enfermedades. ¿Es que no sabéis nada?

—Entonces, ¿también tiene finalidades médicas?

—¡Por supuesto!

El padre Amiel asintió. Sacó entonces unas hierbas y preguntó por el uso que se les daba y un fragmento de papel con la leyenda †ON LONA ONU ONI ONE ONU ONUS ONI

ONE ONU. Girolamo explicó que las hierbas eran eficaces para el tratamiento de dolencias de los ojos e informó al padre Amiel de que la extraña inscripción se utilizaba con frecuencia para curar fiebres. El tono del joven Di Vico iba haciéndose cada vez más desenvuelto y condescendiente; percibí que su confianza iba creciendo conforme destruía una por una las deficientes pruebas materiales del dominico.

Pero cuando, finalmente, el padre Amiel le mostró una pequeña imagen de plata con forma humana, Girolamo palideció y perdió su aire presuntuoso.

—Esto fue encontrado en la casa de vuestro padre —le informó el monje. Lo que decía era una falsedad, como yo bien sabía. Una vez más, lo veía mentir con descaro. Bajé la mirada y me contemplé las manos para que mi expresión no revelara nada.

—No he visto nunca esa figurilla —declaró Girolamo con una displicencia nada convincente.

—¿Estáis seguro?

—Por completo.

—Tibaldo os vio sostener algo muy parecido.

—Os repito que no la había visto hasta hoy.

—Observadla con más detenimiento. —El padre Amiel hizo girar la figurilla ante los ojos del joven Di Vico—. Tomadla. Examinadla.

—No.

—Ved lo que hay escrito en su frente. Os sorprenderéis.

Una exclamación ahogada me hizo levantar la cabeza. Girolamo miraba fijamente la imagen que sostenía el padre. De repente, dio un salto y se la arrebató de las manos, diciendo:

—¡Ésta no es…!

—No es, ¿qué? —dijo el padre Amiel—. ¿No es la figurilla que fabricó vuestro padre?

—¡Mi padre no ha fabricado jamás algo parecido!

—Os creo.

Todos miramos con sorpresa al dominico. Éste continuó:

—Mirad la inscripción. Leedla. La figurilla lleva el nombre de vuestro padre.

—¿Qué? —Girolamo se quedó de piedra, paralizado, y miró al fraile con consternación. Así pues, fue Aribert, después de levantarse de su asiento con cierto esfuerzo, quien tomó la figurilla de los dedos crispados de su cliente y estudió el rostro toscamente modelado en el metal.

—MAS D. VICO —leyó—. AMAYMON.

—Amaymon es el nombre de un demonio —apuntó el padre Amiel—. EI signo del pecho es el símbolo de Saturno. Maese Girolamo, me parece que alguien intentaba matar a vuestro padre.

El joven, boquiabierto ante lo que oía, asistió a la protesta de su ceñudo abogado:

—¿Con esto? ¿Cómo?

—Es un artilugio de brujería. De magia infernal.

—¿Cómo podéis conocer tal cosa?

—Porque he descubierto ciertos libros que describen procedimientos en los que se emplean imágenes y encantamientos. —El padre Amiel sacó de su bolsa el códice de Guillaume Monier—. Éste tomo pertenecía al difunto camarero del cardenal Di Vico —continuó—. Es un libro de nigromancia. Como podéis ver, Monier escribió en él.

—¡El camarero! —la voz de Girolamo era un chillido estridente—. ¿Monier lanzó una maldición sobre mi padre?

—Eso es —respondió el dominico con un descarado desprecio por la verdad—. Incluso adquirió un veneno letal, *zuccum de mapelo,* creo que lo llaman, pero la muerte le alcanzó antes de que pudiera administrarlo. Para gran fortuna de vuestro padre —entrelazando las manos bajo el mentón, el monje dedicó una mirada compasiva al joven aunque no para vos.

—¿A qué os referís?

—¿No os habéis sentido enfermo, Girolamo? ¿O incapacitado en algún aspecto?

—¿A qué os referís?

Pero Aribert ya había recuperado la compostura.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos —declaró repentinamente—. Todo esto es contrario al adecuado *ordo iuris*…

—¿El camarero hizo un hechizo contra mí? —preguntó Girolamo al dominico, haciendo caso omiso de su abogado—. ¿Una maldición? ¿De qué clase? ¿Qué hizo?

—Eso, hijo mío, no estoy obligado a revelarlo.

—¡Decídmelo!

El padre Amiel le dedicó una mirada desapasionada.

—Os lo diré —respondió al fin— si, en correspondencia, vos me contáis la verdad de vuestros actos pecaminosos.

—¡Girolamo! —El abogado agarró del brazo a su cliente—. ¡No digáis nada!

—Pero…

—No tenéis que hablar. Éstas acusaciones son infundadas. Puedo llamar a los testigos. Refutaré las acusaciones y saldréis libre. —A tirones, Aribert empezó a sacar a Girolamo de la estancia—. Vamos. Aquí no podemos conseguir nada más. Vámonos.

—Pero…

—¡Vámonos, Girolamo!

Observé al padre Amiel, cuya expresión era inescrutable.

—¡Os aconsejo que hagáis las paces con Dios, Di Vico! —exclamó mientras, al otro lado de la puerta, los carceleros arrancaban al desdichado joven de las manos del obeso letrado y se lo llevaban a una mazmorra húmeda y maloliente. Aribert levantó

la voz en una protesta, pero el sonido se hizo más y más débil hasta que, por último, quedó engullido por la distancia.

Sólo cuando se hubo hecho un completo silencio se permitió el dominico una amplia y maliciosa sonrisa.

—Si no fuera fraile —me confió—, apostaría cincuenta libras tornesas a que volveremos a hablar con Girolamo antes de que termine el día. —Se puso en pie y empezó a recoger sus «pruebas materiales», devolviéndolas a la consabida bolsa—. Sin embargo, mi condición me impone que evite tentaros al pecado del juego, maese Raymond. Así pues, no es preciso que deseéis que me equivoque.

—No temáis por ello, padre —respondí.

—¡Ah! Entonces, ¿os merece confianza mi predicción?

—Claro, padre. Pero lo más importante es que no tendría con qué igualar vuestra apuesta.

El dominico soltó un bufido. Con el ánimo casi exaltado, se echó la bolsa al hombro y me indicó que dejara todos mis documentos donde estaban. Después de la colación, volveríamos allí para escuchar el testimonio de Girolamo.

De esto, no le cabía la más mínima duda.

—Padre, ¿dónde encontrasteis esa figurilla? —le pregunté—. ¿La encargasteis hacer vos?

—En efecto.

—¿Cuándo?

—El sábado.

—¿Con el propósito para el que ha servido hoy?

—¡Pues claro! —se quedó mirándome—. ¿Para qué, si no, iba a encargar hacerla, maese Raymond?

Estaba burlándose de mí. De un modo un tanto remilgado y monástico, pera lo estaba haciendo. Me desafiaba a reconocer que sospechaba que él mismo era un hechicero. En otro momento tal vez habría respondido de manera distinta, pero el respeto que me producía el menudo fraile me impidió tomar aquella pequeña melodía suya e improvisar sobre ella una serie de adornos fantásticos. Me impidió especular jovialmente sobre la identidad del hombre cuya vida deseaba ver truncada el dominico. En lugar de contestar, me limité a sonreír y a colgar los pulgares de mi cinto.

Ni siquiera puse en duda la moralidad de arrancar confesiones a base de pruebas falsas, pues ya había perdido la costumbre de dudar del padre Amiel en ningún aspecto.

Canto VIII

Que el padre Amiel de Semur era un hombre de gran perspicacia está fuera de toda duda. Tal como había predicho, aquel mismo día Girolamo di Vico volvió a hablar con él. Sin embargo, antes de que tuviera lugar este nuevo diálogo, acontecieron tres incidentes más, merecedores de ser aquí contados.

Para empezar, cuando nos marchábamos de la prisión, fuimos informados de que el amanuense del brazo deforme, Renaud Lizier, había fallecido. La vida carcelaria había resultado demasiado dura para él. Cuando tuvo noticia del hecho, el padre Amiel frunció el entrecejo, pero no dijo nada. En realidad, guardó silencio durante todo el camino de regreso al priorato y supuse que era presa del remordimiento. Desde luego, la desagradable novedad había ensombrecido aún más mi estado de ánimo, ya melancólico. En palabras de Job, «antes que mi pan, llega mi suspiro».

No obstante, cuando llegamos al priorato, el padre Amiel comentó en tono exasperado que la muerte de Renaud Lizier era un gran inconveniente, y de ello deduje que el corazón de mi compañero no sentía pena ni estaba contrito.

El segundo incidente aconteció poco después de las palabras del fraile, cuando el portero del priorato, al abrimos la puerta, me entregó otra carta de Marguerite de Pasquières. Todos convendréis conmigo, creo, en que un pene tumescente habría resultado de lo más maleducado en un lugar donde los monjes dominicos se sientan a comer; fue una suerte, pues, que no pudiera leer la carta en el refectorio, ya que de ese modo me libré de un tremendo azoramiento. En resumidas cuentas, la carta era (no encuentro otra palabra para describirla) libidinosa. Francamente lasciva. Sentado en mi celda, su contenido me produjo una gran turbación, aunque no podía por menos que admirar a la vez; el ingenio de la dama y sus juegos de palabras. Hablaba de terminar un ágape con *vi fort* que, si bien puede significar «vino fuerte», también se traduce como «pene robusto». Marguerite escribía que *«la vera nobleza ven a hom de cor franc, gentil et debonaire*», y aunque podía estar expresando su opinión acerca de que la verdadera nobleza de un hombre reside en que tenga un corazón generoso, gentil y alegre, hay que recordar asimismo que un *cor franc*, además de significar «corazón generoso», quiere decir también «cuerno suelto».

La carta glosaba mi belleza, hablaba con anhelo de mis atributos ocultos me presentaba la tentadora perspectiva de una «noche de amor:». «Venid y refugiaos en mi castillo, Raymond —escribía—. Es muy cálido por dentro».

La mujer concluía la misiva con las palabras siguientes: «Creo que poseéis un hermoso gallo que os despierta con su canto cada mañana, mi sensual amigo. Me gustaría admirar su cresta roja, su cola negra y su ojo como el cristal. ¿No lo traeréis a Saint-Martin-les-Bains? Yo lo mimaría muchísimo y lo dejaría dormir cada noche en mi habitación.

»Si os complace saber cómo me encuentro, no me siento bien ni de cuerpo ni de corazón, y así seguirá siendo hasta que sepa de vos. M. P. Agosto de 1320».

Os confiaré, amigas y amigos, que si bien estaba asombrado por aquella apasionada declaración, mis sentidos también se hallaban inflamados. ¿Y a quién no le ocurriría lo mismo? Marguerite no me habría dejado más claras sus intenciones si se hubiera colado en mi habitación y me hubiera lamido de cabo a rabo la tercera pierna. Por lo que a mí respecta, era un hombre joven, atormentado por toda suerte de deseos carnales. Además, no me había entregado a la cópula desde hacía… Oh, desde hacía mucho tiempo.

No es de extrañar, pues, que me sintiera impulsado a extraer un poco de semilla de mi cetro. A decir verdad, apenas tuve que tocarlo, pues el pobre estaba a punto de reventar, como una vaca a la que se ha dejado sin ordeñar demasiado tiempo. Para mi horror, de repente me encontré sentado en la celda con las manos ocupadas y los calzones bajados hasta las rodillas.

El olor que llenó mis fosas nasales me resultó tan familiar como inconfundible.

—¡Oh, maldita sea! —exclamé, porque estaba en un apuro. Considerad mi situación. No tenía nada con que secarme las manos salvo mi ropa o las mantas, y mancharlas era inconcebible. Pero ¿dónde podía deshacerme de la prueba? En el claustro había una pileta para uso de los monjes, pero el mero pensamiento de ensuciarla con mis lascivas emisiones me provocó una efusión de sudor. Además, ¿y si me encontraba con alguien por el camino? ¿Qué iba a hacer yo si ocurría tal cosa? ¿Tendría que quedarme allí plantado con las manos a la espalda, mientras el olor de mi vergüenza se convertía en objeto de aguda suspicacia?

Entonces reparé en que debería limpiarme las manos para no mancharme la ropa cuando me la pusiera. Así pues, me vi obligado a borrar la prueba de mi pecado con mi segundo mejor sayo, que oculté después en el fondo del baúl que contenía mis prendas de vestir. Por desgracia, el olor todavía flotaba en el aire. Incluso después de escribir mi respuesta a Marguerite de Pasquières (en la que rehusaba su invitación con la mayor elegancia posible), un tufo inconfundible me marcaba todavía como sirviente del pecado.

Tuve que lavarme las manos con un aceite esencial, un acto que me trajo vergüenza e ignominia, porque, cuando me acerqué a la celda del padre Amiel para preguntarle si alguien podía entregar mi carta al mensajero de Marguerite, el monje frunció la nariz y dijo:

—¿Qué es este olor? Huele a lavanda. —Entonces husmeó la correspondencia sellada que acababa de darle y decidió—: Es lavanda. ¿Ahora os dedicáis a perfumar vuestras cartas, Raymond?

—No, padre.

—¿No?

—Son mis manos.

—¿Vuestras manos?

—Sí, me he puesto aceite esencial.

El padre Amiel arqueó una ceja y alzó la cabeza para mirarme de frente.

—¿Guarda esto alguna relación con el hecho de que os he pedido que esta tarde vayáis a visitar a vuestra amiga Beatrice Rascas? —inquirió en tono seco.

—No, padre. Ninguna.

—¿De veras? Bien, pues me alegro de que así sea.

Tal vez me creyera, pues no dio ninguna muestra de lo contrario, pero la idea de que pudiera haber albergado una sospecha, por fugaz que fuera, se me antojó terrible. En aquel momento, sentí que debía preservar su confianza en mi honor a toda costa. Tenía que hacerle creer que no era mi intención cortejar a Beatrice con olores fragantes ni con palabras melosas. Así pues, cuando se disponía a dejar la celda para ir a depositar mi carta en las manos (impolutas) de un hermano lego, lo detuve con una tartamudeante confesión.

—Padre, he pecado —le dije.

—¿Qué?

—He utilizado el aceite para disimular otro olor.

El dominico me miró con perplejidad, ante lo cual le expliqué que la misiva que me había entregado el portero la había escrito una mujer. Una viuda hambrienta de amor.

—Ha relatado sus pasiones con tanta claridad que yo…

—¿Que habéis derramado vuestra semilla? —terminó por mí el padre Amiel.

—Sí.

—En la celda.

—Perdonadme.

—Lleváis el pecado en la cabeza —dijo, y quitó relevancia a su afirmación con un gesto de la mano. Al parecer, no lo consideraba importante. Le pregunté qué debía hacer y me respondió que, de haber sido yo monje, me habría impuesto algunas penitencias. Quise saber cuáles. Respondió que si un monje cometía el pecado de Onán, debía rezar varias oraciones, someterse a una disciplina de azotes y pasar diez días a pan yagua.

—¡Oh! —dije.

—Como no soy sacerdote seglar —prosiguió—, no puedo deciros cuál es la penitencia para un lego.

—Pero debe de ser severa —dije con humildad—, porque mancillar un claustro casto y sagrado…

—Posiblemente.

—Padre, ¿qué debo hacer? Imponedme una penitencia. No deseo llevar este

pecado en el alma. Quiero que me tengáis en buena consideración.

El monje me miró un momento, con la cabeza inclinada hacia un lado. Su expresión era insondable.

—Cincuenta Padrenuestros —dijo al fin, y yo me sobresalté.

—¿Eso es todo? —le pregunté.

—¿No os parece suficiente? Entonces, decidid vos el número que creáis oportuno. No pondré ninguna objeción.

—Pero ¿Dios quedará satisfecho?

Con una peculiar y leve sonrisa, el padre Amiel me preguntó si había terminado de leer las *Confesiones* de san Agustín. Le respondí que todavía no.

—¿Habéis llegado al libro décimo?

—No, padre.

—Entonces permitidme que lo cite. San Agustín escribe: «Pero aún viven en mi memoria (de la cual he hablado tan largamente) las imágenes de aquellas cosas torpes que mi mala costumbre dejó estampadas en ella, las cuales se me presentan, ya cuando estoy despierto, ya cuando dormido; cuando despierto, se me ofrecen como flacas y sin fuerzas, pero entre sueños llegan no sólo a causar deleite, sino también una especie de consentimiento y obra, que son muy semejantes a la obra y consentimiento verdaderos. Puede tanto en mi alma y en mi cuerpo aquella ilusión y engaño causado por las dichas imágenes, que me persuaden e inducen dormido aquellas visiones falsas a lo que no me indujeran ni persuadieran despierto los mismos objetos reales y verdaderos. ¿Por ventura, Dios y Señor, no soy yo el mismo entonces que cuando estoy despierto?».

En la pausa que siguió, se me ocurrió pensar que san Agustín estaba hablando de las poluciones nocturnas. Me quedé pasmado.

—¿Veis? —concluyó el padre Amiel—. Si el propio san Agustín, entrado ya en años, se veía turbado por incitaciones lascivas, ¿cómo podéis esperar vos escapar a sus tormentos y no sucumbir cuando atacan? Sería esperar demasiado de vos, Raymond. Dios nunca lo esperaría, estoy seguro de ello.

Éste fue entonces, el razonamiento del padre Amiel, y, aunque me confortó también me sentí un tanto agraviado por su suposición de que no estaba demasiado dotado con la bendición del control de mí mismo. Tal vez el diablo me azuzaba con sus espuelas, porque aunque incliné la cabeza y le aseguré al dominico que me había resistido a las concupiscentes sugerencias de Marguerite, una chispa pequeña y ardiente me instó a preguntarle si él había profanado alguna vez la santidad del claustro o había sido turbado como san Agustín.

Él dominico me traspasó con una mirada fría e inflexible.

—Os dejare que saquéis vuestras propias conclusiones al respecto —fue su respuesta. Después, me mandó a El Gallo Negro con la petición de que solicitara

permiso a Beatrice para utilizar su dormitorio a fin de tender una trampa a un sospechoso.

Y éste, como ya habréis imaginado, fue el tercer incidente del que antes os he hablado.

Abordé a Beatrice en un estado de melancolía y desazón considerables, oliendo intensamente a lavanda y con pensamientos casi incoherentes debido a la mortificación que sentía. Ella, no obstante, me recibió con una sonrisa. Era una sonrisa preocupada: quizás, al no haberme peinado aquella mañana ni afeitado en varios días, mi aspecto era de lo más descuidado y abatido. Fuera lo que fuese, la noté preocupada. Cuando la saludé entre murmullos, posó la mano en mi brazo y dijo:

—Raymond, ¿estás bien?

Le respondí que me encontraba bastante bien. Sin embargo, había ido a pedirle un favor y no me sentía cómodo en el papel que me tocaba representar.

—¿Necesitas una cama? —preguntó en voz baja—. Aquí siempre hay una para ti, amigo mío.

—No —respondí—. Una cama, no. Un dormitorio —murmuré—. ¿Puedo hablar contigo a solas?

Nos habíamos detenido en la sala principal de la taberna, que estaba atestada de clientes, pero Sybille y Madeleine se ocupaban de ellos, entrando y saliendo. Así pues, Beatrice me tomó de la mano y me llevó al piso de arriba, donde me rogó que tomara asiento. Su hospitalidad nerviosa me llenó de azoramiento, pues creía que no merecía tanta solicitud. Sentí, de una manera extraña y totalmente infundada (porque, al fin y al cabo, no nos unía ninguna promesa ni vínculo de parentesco), que la había abandonado.

—Beatrice —le expuse—, he de reunirme con un hombre en un lugar privado, donde no nos vea ni nos oiga nadie. No será por mucho rato. ¿Me dejarías citarle aquí, en esta habitación?

Advertí, de repente, que ella tampoco estaba en su mejor momento. Como ya os he dicho, no se trataba de una mujer hermosa: la edad, las penurias y las largas jornadas de trabajo habían ajado sus rasgos. Además, no era de las que dedicaban mucho tiempo a componerse, y llevaba los cabellos algo alborotados, la ropa un poco descuidada y la piel algo manchada, pero siempre me había parecido tan saludable y vigorosa que no notaba esos defectos. Sólo veía sus bellos ojos, su sonrisa encantadora y su esbelta figura.

La figura no había cambiado, pero una cierta pátina grisácea y una expresión de cansancio realzaban las arrugas del cuello y los hoyuelos de la cara. Los hermosos ojos estaban enrojecidos de fatiga y su sonrisa era vacilante.

—¿Quién es ese hombre con el que quieres citarte, Raymond? —quiso saber—. ¿No te hará daño, verdad?

—Oh, no. No tiene nada que ver conmigo. —Le expliqué que todo el asunto lo había preparado el padre Amiel, el cual también estaría presente, aunque escondido debajo de la cama—. Es un encuentro muy secreto —suspiré—. Una parte del trabajo difícil y delicada, pero tú no sufrirás por ello, te lo juro.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Sufrirás tú? Estás tan callado, tan serio…

—Bueno… Un priorato no es el sitio más alegre para vivir, ¿sabes? —dije con una sonrisa—. No es como las tabernas. Tal vez soy como un paño, como un trozo de tela que adquiere el color del tinte en el que se lo sumerge.

—Pero si no tienes nada de color —protestó Beatrice—. Estás palidísimo.

—¿Me ayudarás, Beatrice? ¿Me darás permiso para utilizar tu dormitorio?

Al final, aunque llena de aprensión, aceptó. Era evidente que no confiaba en el padre Amiel, pese a la bondad con que la que él me trataba… o tal vez debido a ello.

—¿Y cuándo la necesitaréis? —inquirió.

—Ésta noche, quizás. O mañana. Ya te informaré. —Me levanté de la cama, la besé en la mejilla y me recompensó con un prolongado abrazo. Beatrice olía a ajo y a romero. Me pregunté qué andaría cocinando.

—Raymond —susurró—, si necesitas ayuda, siempre estoy aquí.

—Lo sé.

—Echo de menos tus canciones.

—Yo también.

—¿Qué? —exclamó, soltándome—. ¿No te permiten cantar en el priorato?

—Por lo que yo sé, no.

—Pues ése no es lugar para ti, querido mío —dijo, inquieta—. Deberías venir aquí.

—No puedo.

—Pero…

—Beatrice, ya sabes que eso estaría fuera de lugar. —La aparté de mí con suavidad—. Perdóname. He de regresar. Quizá me necesiten.

Y éste ha sitio el relato completo de mi encuentro con Beatrice. Un encuentro no demasiado desgarrador, diréis acaso, que no debería haberme hundido en la aflicción y en la confusión; sin embargo, así sucedió, y regresé al priorato preguntándome qué le había sucedido a mi vida. Me sentía tan acongojado, tan fatigado… Habían pasado cinco días desde mi última conversación con Arnaud. ¿Cuánto más tendría que transcurrir para que cediese?

Había comenzado a llover y mi celda, cuando llegué a ella, me pareció descorazonadoramente fría. Las demás celdas estaban vacías. Al advertir que los monjes habían acudido al oficio de nonas, salí al claustro y me senté a ver cómo

crecían los charcos. Nadie me molestó. Me llegaba el calmado y melodioso sonido de las voces de los frailes, ora cantando, ora haciendo una pausa, ora cantando de nuevo a lo largo de toda la ceremonia. Sus voces podían haber sido una sola, y los ascensos y descensos de sus cánticos eran perfectos. A un salmo le seguía un himno, y a éste, otros dos salmos con antífonas; luego un versículo, otro salmo, un responso, una letanía. La música era apacible como un estanque quieto, perfecta como la senda divina, suave como la caída de un pétalo de rosa y, poco a poco, me atrajo hacia la iglesia.

Una de las puertas, la que daba al coro, estaba abierta. Entré a hurtadillas, me escondí detrás de una columna y dejé que el eco de aquel sonido admirable se tragara mis miedos y mis recelos. Apoyé la cabeza en la fría piedra y escuché la serena cascada de notas hasta perderme en ellas. *Domine labia mea aperies, et os meum annuntiabit laudem tuam*. Las plegarias del cierre del oficio se me echaron encima antes de que me diera cuenta de dónde estaba; saliendo de mi trance, me encaminé hacia el claustro justo antes de que lo hicieran los monjes.

Resulta casi innecesario decir que el padre Amiel notó mi presencia. No era hombre al que se le pasaran cosas por alto, pese a lo mal que veía, y no bien hube cerrado la puerta de mi celda cuando unos golpes suaves en ella me hicieron volver a abrirla. Allí estaba el padre Amiel saludándome con una de sus más cálidas y cautivadoras sonrisas.

—¿Queréis hablar conmigo? —preguntó—. Os he visto en la iglesia.

—Yo… Estaba escuchando la música. —Me rasqué la barba, sintiéndome estúpido—. Me hace sentir mejor.

—En ese caso, tendríais que venir más a menudo. Sois nuestro invitado y nadie se opondrá a vuestra presencia, estoy seguro de ello. —El padre Amiel se volvió de repente y agarró por la manga a un monje que pasaba a su lado. Los dos conversaron en silencio, moviendo las manos. Entonces, el padre Amiel me presentó a «nuestro solista, el padre Damien». El padre Damien, me contó, era el responsable de la música con la que tanto había disfrutado. También dirigía los cánticos y había compilado una hermosa colección de música escrita que se conservaba en la biblioteca.

—Raymond también es músico —comentó el padre Amiel—. Toca la viela y tiene muy buena voz.

—¡Ah! —asintió el padre Damien. Se trababa de un hombre viejo, con el pelo blanco y la piel frágil como un pergamino mojado—. La viela, un instrumento encantador. Muy libre.

—Sí.

—Mañana celebramos la festividad de santo Domingo —siguió el solista—. Por lo general, este día nos deleitamos con unas cuantas danzas sagradas, cantinelas a dos

voces y demás. ¿Os gustaría quizás acompañar al salterio y a la vihuela?

—Tal vez —murmuré, sintiéndome algo incómodo ante la mirada benevolente de aquellos dos pálidos frailes—. Sin embargo, como últimamente no he podido practicar mi arte, tal vez mis habilidades no estén a la altura de las circunstancias.

—¡Seguro que sí! —exclamó el padre Damien.

—Aquí podéis tocar libremente vuestro instrumento, hijo, cuando el cabildo está en la iglesia —intervino el padre Amiel.

—Yo mismo practico el salterio en el jardín —explicó el padre Damien—. Podéis uniros a mí cuando queráis. «Cantad alabanzas al Señor con el timbal y con el arpa». Adorar a Dios de esta manera es una de nuestras mayores bendiciones.

—Por supuesto —convino el padre Amiel—. «Cantadle, entonad salmos a Él; load todas sus obras maravillosas».

«Amén», pensé. Poned dos monjes juntos y tendréis una letanía. Me preguntaba cómo responder, intentando recordar otra cita de las Sagradas Escrituras relacionada con la música, cuando llegó jadeante un hermano lego en busca del padre Amiel.

Al parecer, Girolamo había solicitado hablar con él de nuevo.

Canto IX

Cuando Girolamo se presentó ante el padre Amiel, no lo acompañaba el abogado. Al parecer, había tomado una decisión y estaba impaciente por llevarla a cabo sin la intromisión de Aribert. Recientemente, explicó, había experimentado unos agudos retortijones de estómago cuya causa era incapaz de determinar, a pesar de la dedicación de su médico. Desde su última conversación con el dominico, estaba muy preocupado ante la posibilidad de que tales dolores fueran manifestaciones de un acto subrepticio y malévolo.

—¿Podría ser que…? —balbució, sudando profusamente—. Es decir, si se hubiera formulado una maldición…

—Contadme vuestra historia —respondió el padre Amiel—, y yo os contaré la mía.

—Si supiera qué se ha hecho contra mí, tal vez podría combatir sus efectos. Consultando a las autoridades oportunas…

—Cierto.

—¡Soy demasiado joven para perder la salud, padre!

El pobre hombre estaba aterrorizado, y el dominico, como siempre, se apresuró a sacar provecho de ello, ordenándole que jurase sobre las Sagradas Escrituras antes de hacerle una relación completa y sincera de sus transgresiones. Girolamo, como Tibaldo, confesó que estuvo presente durante el incidente que Bona Claret había presenciado. El agua ensangrentada de la jofaina, aseguró, estaba teñida con la sangre del propio camarero y procedía de un pañuelo del cardenal con el que Guillaume Monier había contenido una copiosa hemorragia nasal. Girolamo contó que él y su padre habían consumido aquella agua mientras recitaban ciertas invocaciones para que el camarero, por aquel acto, también cayera en la consunción. Asimismo, confesó que habían ayunado y se habían afeitado y lavado antes de llevar a cabo este ritual, que se habían vestido de blanco para la ocasión y que se habían abstenido de relaciones carnales durante los nueve días anteriores.

—Pero debimos de olvidar algo —concluyó—, porque el padre Guillaume no perdió la salud. Por lo menos, no la perdió a causa de nuestro ritual.

—¿La invocación no era para castrarlo?

—¡No! Tenía que parecer un… un acto divino. Un hecho natural.

—¿Invocasteis a Satán, durante el ritual?

—¡Oh, no, padre! Pedimos la intercesión divina, no la del demonio.

—¿Estuvo presente el padre Antonio?

—No, padre.

—Pero ¿lo estaba en la ocasión en que vos tocasteis la imagen de plata que describió Tibaldo?

—Sí, estaba allí.

—Habladme de la imagen.

Según Girolamo, la estatuilla media un palmo de altura y era de plata maciza, excepto la cabeza, que estaba hueca. En la frente llevaba grabado el nombre de Guillaume Monier y no tenía más inscripciones.

—¿Y estaba bajo la custodia del padre Antonio? —inquirió el padre Amiel.

—Sí, padre. Él la llevó a casa de mi padre. La había fumigado durante nueve noches y deseaba que mi padre le proporcionara cierta hierba venenosa para rellenar con ella la cabeza. Al rato, volvió a llevársela para realizar ciertos encantamientos…

—¿Durante setenta y dos noches?

—Sí. Y, transcurrido ese plazo, se la devolvió a mi padre, quien tenía que ponerla al fuego, noche tras noche, hasta que el camarero cayese enfermo. —Cuando hubo recitado estos hechos con voz temblorosa, Girolamo exclamó de repente—: ¡Pero que muriese castrado…! ¡No era eso lo que pedíamos! ¡Algo debió de hacerse mal! Padre, ¿qué maldición me echó el camarero? ¿Voy a perder la salud?

—Tal vez. En la cárcel, suele suceder. Decidme, ¿de quién fue la idea de atacar a Monier con encantamientos? ¿De vuestro padre? ¿De vos mismo?

—¡Yo no tuve nada que ver! —gimió el acusado—. ¡Fue decisión de mi padre! ¡Ah, mi padre sabe hacerle la vida imposible a cualquiera! ¡Preguntadle a mi madre! ¿Qué podía hacer yo? ¿Desafiarle? ¡Ay, no deberíamos haber venido nunca a esta ciudad!

—¿Vuestro padre pidió consejo al padre Antonio acerca de las imágenes, después del fracaso de vuestro primer intento contra el camarero?

—Sí.

—¿El padre Antonio empleó alguna vez agua bendita, hostias consagradas o cualquier otro objeto santificado, cuando realizaba sus ritos diabólicos?

—No. Es decir, no sé… Padre, ¿qué maldición me han echado? Por favor, tengo que saberlo…

El tono de voz del padre Amiel cambió. Tras una breve pausa, apoyó el mentón en sus manos, entrecerró los párpados y dijo:

—Hijo mío, sólo sé una cosa: que Guillaume Monier, al maldeciros, os quería ver en prisión. Y parece que su sortilegio ha dado resultado, ¿verdad?

¡El muy zorro, qué desvergonzado!, pensé al oír aquello. Girolamo se quedó sentado con la boca abierta, como si acabara de recibir un mazazo. Cuando vinieron los guardias a llevárselo, salió de la estancia tambaleándose como un borracho.

—¡Oh…! ¿Girolamo? —lo llamó el padre Amiel en el último momento; y el joven Di Vico se detuvo en el umbral y se volvió—. ¿No conoceréis a un caballero de Saint-Gilles que se llama Etienne de Puy? ¿Un hombre que tuvo una disputa legal con Guillaume Monier?

Tras una breve reflexión vacilante, el acusado dijo que no con la cabeza. La respuesta pareció satisfacer al padre Amiel, quien ordenó a los carceleros que trajeran a nuestra presencia a Masseo di Vico. Tras esto, los despidió con un gesto.

Mientras llegaba el abogado del médico, me hizo redactar una citación para el capellán del cardenal, el padre Antonio de Lazzari.

—Quiero que sea arrestado esta noche —dijo como si pensara en voz alta—, aunque ya está haciéndose tarde y dudo de que pueda interrogarlo antes de mañana… No; mañana, no. Es la festividad de santo Domingo y no podré ocuparme de ello. Pasado mañana, quizás. En cualquier caso, un día en prisión tal vez le afloje la lengua. —Se volvió hacia mí y continuó—: Cuando haya hablado con Masseo di Vico, tengo que acudir al rezo de completas, pero no es preciso que me acompañéis. Si tenéis tiempo, deberíais poneros en contacto con Durand Rouiard y concertar una cita con él. A menos que tengáis alguna objeción, claro…

El corazón me dio un vuelco, pero fui incapaz de formular una excusa convincente.

—Ninguna, padre —murmuré.

—Bien. Y si no hay tiempo hoy, podéis abordarlo mañana temprano. Supongo que no pasaréis todo el día en oración, como yo.

—No, padre.

—No, ya me parecía. Aunque debéis honramos con vuestra presencia en la Santa Misa, hijo, pues será una ceremonia muy gozosa y hermosa. Llena de color y de música.

—¿Con danzas sagradas?

—Danzas sagradas, procesiones. Una gran celebración. Vendrán muchos visitantes ilustres. No quedaréis decepcionado, os lo aseguro.

Intenté imaginar al padre Amiel dando unos pasos, aunque fuesen solemnes, pero no lo logre.

—¿Vos bailaréis, padre? —inquirí.

—¡No! —respondió, moviendo la cabeza—. Eso queda para nuestros hermanos más jóvenes. Pero vamos; dejémonos de charlas ociosas: «En las muchas palabras no falta pecado». Terminemos de redactar esta requisitoria de comparecencia antes de que se presente Masseo di Vico.

El médico no tardó en llegar, acompañado de su voluminoso abogado, Aribert de Saint-Felix. Aunque no muy alto, Masseo era un hombre robusto. Recio y con las piernas torcidas, tenía unos hombros anchos y una mandíbula enérgica que se difuminaba poco a poco en una papada de viejo. Aunque lucía una calva en la coronilla, el resto de su cuerpo era tan hirsuto como podáis imaginar; incluso era más velludo que yo. Estaba claro por qué su mujer y su hijo le tenían miedo. Nunca he conocido a nadie tan manifiestamente inadecuado para la profesión de curar.

Antes de que el padre Amiel dijera una palabra, Di Vico bramó en un provenzal con mucho acento:

—¡Sois estúpido si creéis que encerrándome quebraréis mi espíritu! Tengo amigos importantes que me suministran cuanto necesito. Acabarán con vos, padre.

—Esto… Maese Masseo…

El abogado cuchicheó unas palabras al oído de su cliente (previniéndolo, sin duda, de la inconveniencia de tales explosiones de genio) y el compareciente frunció el entrecejo con una expresión terrible. Tenía un aspecto tan amenazador que casi temí por el padre Amiel. Sin embargo, el monje conservó una apariencia tranquila mientras enumeraba los delitos de los que se acusaba a Masseo. No había terminado de hacerlo cuando el médico ya farfullaba sus protestas.

—¡Falso! —exclamaba—. ¡Todo eso son falsedades!

—Por favor, dejad que hable por vos —intervino Aribert.

—Pero…

—¡Maese Masseo! Me habéis contratado para este trabajo. ¿Queréis malgastar vuestro dinero?

Convencido con tal argumento, el médico se tranquilizó y el padre Amiel pudo reanudar su discurso donde se había interrumpido. Sin embargo, cuando mencionó las alegaciones de Girolamo, Masseo y Aribert prorrumpieron al unísono en exclamaciones de incredulidad.

—¡Mentís! —protestó el abogado.

—No, señor —dijo el padre Amiel.

—¡Girolamo no ha declarado nada de eso!

—Claro que sí. Pero vos no estabais presente cuando lo hizo.

—¿Lo habéis interrogado sin mí?

—Fue deseo suyo.

—¡Imposible!

Sin pronunciar palabra, el dominico tomó de la mesa mi trascripción de la declaración de Girolamo y se la entregó. Mientras Masseo, congestionado, farfullaba protestas ahogadas, el abogado examino el documento por encima y lo volvió a dejar en la mesa con gesto despectivo.

—Esto no significa nada —dijo.

—Al contrario.

—Girolamo no lo ha firmado.

—Pero lo hará.

—No, no lo hará. Porque yo hablaré con él, primero.

—¡Y yo también! —rugió Masseo—. ¡Ésa pequeña víbora…!

—Antes de hacerlo, tal vez debáis tener en cuenta una cosa, maese Masseo. Aun sin el testimonio de Girolamo, tengo suficientes pruebas contra vos para llevar

adelante el proceso. Y sé que, cuando lo haga, vuestro representante legal llamará en vuestra defensa a muchos testigos. Tal vez incluso me acuse a mí. Será un procedimiento muy largo. Pero conforme pasen los días, deberéis recordar que, en estos momentos, un consistorio nombrado por el propio Santo Padre está deliberando sobre si los casos de brujería, en su totalidad, deberían pasar a la jurisdicción de la. Inquisición de la Depravación Herética.

—¿Qué? —exclamó Masseo, ceñudo, con cierta impaciencia—. ¿De qué estáis hablando?

—Os está amenazando —intervino Aribert—. No le hagáis caso.

—¿Amenazándome a mí?

—En este momento —continuó el padre Amiel, con una serenidad que me llenó de admiración—, estáis siendo encausado según el *ardo iuris* común. Ello se debe a que en las acusaciones contra vos no hay indicios de manifiesta herejía: no parece que consultarais demonios, que ofrecierais sacrificios, que adorarais a ídolos o que emplearais el cuerpo o la sangre de Cristo en rituales inicuos. Si hubierais cometido alguno de tales actos, ahora estaríais sometido a investigación por parte de un inquisidor de la depravación herética.

El dominico prosiguió su parlamento señalando que, de momento, Masseo disfrutaba del derecho a representación legal. Tenía derecho a conocer el nombre de los testigos y acusadores. Y, si bien el castigo por sus actos podía ser severo, si bien podía significar la muerte, el encarcelamiento o la confiscación de las propiedades (lo cual no era seguro en absoluto, subrayó el padre Amiel), la esposa y la hija de Masseo no sufrirían menoscabo. El linaje Di Vico no quedaría manchado.

—En cambio, pensad qué sucedería si el Santo Padre decide que todos los hechiceros han de ser juzgados como herejes —continuó—. Dejaréis de tener derecho a abogado. Además, vuestros hijos y nietos serán acosados por el Santo Oficio. Y si morís en prisión sin haber llegado a completar la sentencia a la que os han condenado, vuestros descendientes serán multados y sus propiedades, confiscadas para dar por extinguida la pena.

»Reflexionad sobre ello, maese Masseo —concluyó el monje—. Meditadlo bien, antes de tomar más decisiones. Os ruego que dediquéis un pensamiento a vuestra familia. Os insto a que seáis razonable.

Observé al doctor y advertí que las palabras del padre Amiel lo habían conmovido. Ceñudo, pestañeaba aceleradamente con expresión perpleja e inquieta. Aribert intentó tranquilizarle.

—Sois inocente —dijo el abogado—. Por eso no sufriréis ningún castigo.

—Cada día se cuelga en la horca a más de un inocente —replicó Masseo. Dando la espalda a Aribert, el médico preguntó al padre Amiel cuál era el castigo por actos de brujería.

—Depende —respondió el dominico—. Hace dos años, el fraile Bernard Délicieux, del Languedoc, fue sentenciado a prisión de por vida por posesión de libros de magia. Hace tres, el obispo Hugues Geraud fue acusado de intentar asesinar al Santo Padre con ciertas pócimas e imágenes de cera, y condenado. Lo desnudaron, lo ataron por los talones a la cola de un caballo y lo condujeron a rastras por las calles de Aviñón hasta el lugar donde lo ejecutarían. Y, una vez allí, fue desollado y quemado. Tal vez recordéis el incidente…

Masseo tragó saliva; el ruido fue perfectamente audible.

—Por otra parte —concluyó el padre Amiel—, los dos hombres que acabo de mencionar eran gente importante que tenía enemigos importantes de reputación intachable. El padre Guillaume Monier, en cambio, era un hombre de carácter poco claro. Tengo en mi posesión un libro de nigromancia que le perteneció. Tengo pruebas de que practicaba la brujería y la sodomía. Creo que podría demostrarse que vos, maese Masseo, sólo os estabais defendiendo de su magia… con la ayuda del padre Antonio, quien tal vez era vuestra autoridad y vuestro guía en todo esto. Y debo hacerme esta pregunta: si os ayudaba a llevar a cabo los encantamientos un sacerdote, ¿por qué, como hijo obediente de la Iglesia, teníais que poner en duda sus decisiones?

Tras estos comentarios se produjo un silencio pensativo. Masseo se tiraba del labio inferior y Aribert se rascaba el inmenso vientre.

—No podéis saber a ciencia cierta cuál será la recomendación de ese consistorio —dijo el abogado, finalmente.

—Es verdad —asintió el padre Amiel—, no puedo.

—Es posible que no encomiende la persecución de la brujería a la Inquisición de la Depravación Herética.

—Cierto. —El padre Amiel inclinó la cabeza—. Pero estoy seguro de que se presta una especial atención al uso de imágenes, pues, al parecer, el Santo Padre considera que las imágenes son, en sí mismas, una prueba de actividad diabólica y herética.

—¡No soy ningún hereje! —exclamó el médico—. ¡Soy un buen católico!

—Eso lo decidirá el consistorio —dijo el dominico.

—¡Pero vos mismo habéis dicho que en nada de cuanto hice hay indicios de manifiesta herejía! ¡Vos mismo acabáis de decirlo!

—Esto… Con lo cual, naturalmente, mi cliente Aribert fulminó con una mirada al médico —se refiere a que nada de cuanto se le acusa de haber hecho presenta tales indicios. Ahora, padre, si deseáis escuchar a mis testigos, habría que citarlos cuanto antes.

El abogado procedió a leer una relación de dichos testigos, compuesta en su mayor parte por amigos y vecinos del acusado, todos los cuales atestiguarían que Bona Claret había mostrado animosidad contra Masseo di Vico durante su estancia en

la casa, Otro testigo era un poeta y doctor en ley canónica, natural de la Romagna, que examinaría el registro del testimonio de Tibaldo para observar si el criado de confianza del médico había malinterpretado en algún extremo las preguntas del padre Amiel.

Finalmente, Aribert se proponía llamar a otros médicos, uno de los cuales era un maestro de renombre, quienes explicarían por qué la medicina, a ojos de los ignorantes y legos en la materia, puede confundirse con la hechicería.

—Con frecuencia —declaró Aribert—, a quien no tiene conocimientos del tema le cuesta distinguir entre un embrujo y un acto legítimo de medicina. ¿Cómo catalogar, por ejemplo, la costumbre de las mujeres de Salerno de colgarse ciertas piedras porosas al cuello para prevenir el aborto? Unos podrían llamarlo hechicería, pero en realidad es una medida médica, como demostrarán mis testigos. —Hizo una pausa para respirar hondo y continuo—. Mediante estos testimonios, demostraré que los actos de mi cliente han sido malinterpretados, como suele suceder cuando unos procedimientos eruditos y complicados son observados por unos ojos simples e ignorantes.

Debe reconocerse que Aribert era valiente, elocuente y lógico. Además, su gran envergadura contribuía a dar empaque a sus palabras. Mientras las pronunciaba, plantado ante el padre Amiel, me produjo la impresión de estar en presencia de un abogado combativo y convincente.

El fraile lo escuchó con la mirada gacha, inmóvil. Cuando Aribert terminó, se limitó a decir:

—¿Cuántos testigos os proponéis llamar?

—Nueve, en total.

—Muy bien, nueve. Y tal vez sea necesario llamar a otros para impugnar ciertas pruebas… —El dominico alzó por fin la mirada y la fijó en Masseo—. Mañana es la festividad de santo Domingo y, por tanto, no podré ocuparme del caso hasta el jueves. Con casi una docena de testigos pendiente de declarar y con el domingo por medio, la toma de declaraciones se prolongará sin duda hasta avanzada la semana que viene. —El fraile ladeó la cabeza y añadió—: Por supuesto, si entretanto el consistorio hace pública su decisión, maese Masseo, puede que seáis entregado de inmediato al Santo Oficio. Y ya os he comentado qué significaría tal cosa.

El médico frunció el ceño.

—¡Soy inocente de todo! —proclamó—. ¿Me pedís que confiese algo que no he hecho, con tal de escapar del Santo Oficio?

—Os pido que toméis en consideración a vuestra hija —expuso el padre Amiel—. Que no tenga la menor esperanza de conservar su dote, si interviene el Santo Oficio, porque éste es voraz, como seguramente sabréis. Y, en cualquier caso, ¿quién querría casarse con la hija de un hereje? La herejía no sólo es un delito terrible; también tiene

la característica única de que contagia a toda la descendencia. Es una mancha que se hereda. Los hijos de vuestros hijos, si los tuvieran, no podrían desempeñar nunca cargos públicos. —El fraile se incorporó bruscamente—. Os pido que reflexionéis sobre el futuro de vuestros hijos y nietos y que, al hacerlo, recordéis que considero que, en cierto modo, habéis sido inducido a actuar inadecuadamente. Esto es algo que debo tomar en cuenta, a la hora de juzgar el caso.

—Cuando hayáis escuchado todos los testimonios —lo interrumpió Aribert, desafiante—, le consideraréis inocente, y no engañado.

—Si es inocente, como decís, así lo juzgaré —replicó el padre Amiel y, dirigiéndose a la puerta, la abrió y llamó a los guardias—. Debo acudir enseguida a las completas —añadió, volviéndose a Aribert—, de modo que reanudaremos la sesión el martes por la mañana… si el consistorio no ha tomado una decisión para entonces. Tened preparados a vuestros testigos, maese Aribert.

—Así lo haré. Y hablaré con maese Girolamo, con vuestro permiso.

—Desde luego. —El dominico inclinó la cabeza—. Os asiste ese derecho.

La inmensa mole de grasa que era Aribert se alejó bamboleándose por el pasadizo, en el que casi no cabía, pero no lo hizo sin antes detenerse frente al padre Amiel con una pregunta:

—¿Quiénes, quiénes constituyen ese consistorio?

El padre Amiel citó el nombre de cinco obispos, dos generales de órdenes monásticas y tres doctores en filosofía. Al escucharlas, Masseo di Vico se sobresaltó y abandonó la estancia arrastrando los pies y mordiéndose la uña del dedo pulgar.

—¿Padre? —dije al monje cuando la puerta se cerró de nuevo.

—¿Sí?

—¿Cuándo se espera que el consistorio tome su decisión?

El monje soltó uno de sus bostezos, cortos y gatunos.

—Cualquier día de éstos —respondió—. Si Masseo es sensato, se entregará a mi compasión… porque el Santo Oficio no tiene ninguna y, por lo que sabemos, mañana al despertar podría encontrarse bajo su custodia. Os aseguro que nada sería más probable.

Así pues, en aquello, al menos, no mentía.

Canto X

Finalmente, no fui a ver a Durand Rouiard aquella tarde, sino que lo hice al día siguiente.

Debo confesar que pasé buena parte de la noche dando vueltas en la cama sin poder dormir del pánico que me daba la tarea que tenía por delante. Tal vez os preguntaréis por qué a un hombre tan hundido en la depravación, tan aferrado al vicio, le molestaba tanto tener que decir unas cuantas mentiras. En realidad, no me inquietaban tanto las mentiras en sí mismas como mi habilidad para expresarlas con un estilo creíble y convincente. Además, pensé, ¿y si Rouiard me desafiaba, me miraba a los ojos y me decía que estaba equivocado y que hiciera lo que me pareciese? ¿Qué haría yo entonces?

Por la mañana, me levanté un poco antes de lo que solía para asistir a misa. Ésta constituyó, como el padre Amiel había prometido, un espectáculo glorioso y emocionante. La iglesia estaba adornada con tapices de seda y rebosaba de grandes velas de cera encendidas, tantas y tan perfumadas que casi mareaban. El oro y la plata del altar resplandecían. La música fue para mí motivo de felicidad. Cada *conductus*, o himno procesionario, era interpretado con gran entusiasmo por el tambor, el salterio, la vihuela y el rabel, con el acompañamiento ocasional del tamboril. Me puse a seguir el compás con el pie mientras un nutrido grupo de monjes, con sus mangas blancas flotando como alas de paloma, se movían con rítmicos pasos de un lado al otro de la iglesia. Incluso danzaron en corro; durante unos momentos muy breves y de forma contenida, pero fue una danza circular.

Por las mejillas ruborizadas y los ojos brillantes de los que bailaban supe que aquélla era una ocasión de profunda felicidad. Pero si esta felicidad derivaba de una satisfacción espiritual o del movimiento libre de sus extremidades normalmente quietas, no sabría decirlo.

Como es natural, me abstuve de tomar la Comunión. Si me hubiesen invitado a hacerlo, habría rehusado porque no me sentía debidamente purificado. En cambio, amparado en las sombras, nadie pareció percatarse de mi presencia hasta que, terminada aquella parte de las celebraciones, el padre Amiel me abordó en el claustro.

—Estáis muy elegante —me dijo, acariciando la cinta de seda de mi túnica púrpura de los días festivos. Los monjes hablaban entre ellos animadamente. Aquél día, al parecer, la comunidad había dejado de lado su voto de silencio—. Santo Domingo debe de sentirse muy gratificado con esta exhibición de riqueza.

Sin saber muy bien qué quería decir, ya que su tono de voz me sonó un tanto seco, repliqué:

—Ha sido hermosísimo, padre.

—Sí, muy hermoso. Emociona, ¿verdad? Pero deberíais quitaros esas prendas

antes de hablar con Durand Rouiard, hijo. La ropa festiva no es adecuada para un hombre que sufre de amores no correspondidos.

—Padre… —dije, dubitativo, y él levantó la cabeza para mirarme.

—¿Qué?

—Padre, ¿podría pediros un antojo? Resulta que no me siento cómodo en la tarea que me habéis encomendado y…

—Pues debéis llevarla a cabo, Raymond.

—¡Oh sí, desde luego! Ya lo sé… Pero un poco de vino me levantaría el ánimo.

—¡Ah!

—Sólo un poco, padre. Unas gotas.

—Bien. Id a la cocina y decidle al hermano Pierre que vais de mi parte. Él os dará un poco de vino.

—Gracias, muchas gracias, padre.

Mientras me alejaba, el dominico me recordó:

—¡No olvidéis quitaros esa ropa, hijo!

Me pregunté con un fugaz asomo de hilaridad qué habrían pensado los otros frailes de tal recomendación, pues tenía, debo admitirlo, cierto cariz indecente.

Armado con el nombre del padre Amiel, conseguí una jarra de vino con facilidad. El hermano lego que me la ofreció estaba distraído con los ayudantes de cocina que llegaban de todos lados y lo acosaban a preguntas acerca de los pollos, los pasteles o las hierbas. Aprovechando la lógica confusión que causaba el hecho de que pronto dos obispos, un cardenal y cuatro caballeros se sentarían a la mesa en el refectorio del priorato, sustraje un puñado de almendras con miel de un plato y las escondí enseguida en la tripa.

Luego, me cambié de ropa y fui al encuentro de Durand Rouiard.

Como albergaba la esperanza de que Rouiard hubiese santificado la festividad de santo Domingo, me decepcionó encontrármelo en su despacho de la Oficina de Preces. Creo recordar que os he descripto en algún otro momento al escribano como un hombre meticuloso, peculiar e inofensivo. En concordancia con estas características, su aspecto resultaba casi tan pulcro y tan normal como el del padre Amiel, aunque era más alto y corpulento, con unas facciones más duras, los ojos más pequeños y el color de la tez aceitunado, en vez de pálido. Tenía las manos muy grandes y los hombros caídos. Como era previsible, dominaba por completo ese gesto, que denota un tedio abrumador y un absoluto desinterés, que todo funcionario papal exhibe cuando trata con los peticionarios legos. Y, como yo no era otra cosa, no dudó en dedicármelo cuando hube esperado en silencio cerca de él el tiempo suficiente como para irritarlo.

—¿Sí? —dijo.

—¿Sois el padre Durand Rouiard?

—Sí.

—Padre, tengo un problema que debéis resolver.

Un suspiro de cansancio, una ceja enarcada.

—Si habéis venido a buscar una petición —dijo con la voz átona de quien recita un consejo gastado de tanto repetirlo—, debéis mirar primero en el *Liber de vacantibus*…

—No, padre, no se trata de una petición. Se trata de un libro… un libro muy peligroso que obró en poder del padre Guillaume Monier.

Rouiard frunció el entrecejo. Luego palideció y murmuró:

—¿Qué estáis diciendo?

Incliné la cabeza para hablarle al oído y le expliqué en voz baja que el libro estaba ahora en manos del padre Amiel. Le conté que el dominico (que había ejercido de inquisidor de la depravación herética) se dedicaba a descubrir la identidad de los responsables de ciertas glosas que había en el texto. Él aún no había reconocido la caligrafía de Durand, dije, pero yo sí. Y a menos que él, Durand, me ayudara, pondría lo que sabía en conocimiento del padre Amiel.

Mientras hablaba, temí que oyera los latidos desenfrenados de mi corazón y viera el sudor que empezaba a empaparme la raíz de los cabellos.

—Vos… vos… —tartamudeó.

Era evidente que el asombro le impedía expresarse con coherencia. Aprovechándome de este hecho, le pedí que se reuniera conmigo aquella noche en El Gallo Negro. Entonces, antes de que recobrara el aplomo —y antes de que mi credibilidad se viera comprometida por alguna palabra que delatara mi falsedad—, me despedí de él. A decir verdad, huí de la habitación, del edificio y del barrio en el que se hallaba ubicado. Me metí en un callejón y me confundí con los transeúntes. Hasta que estuve muy lejos de su alcance, no se me ocurrió pensar en qué sucedería si aquella noche el padre Amiel no podía acudir a la cita.

Perplejo, me detuve en seco. No sabía si la celebración de la fiesta de santo Domingo se prolongaría hasta las completas y más allá. ¿Las obligaciones religiosas impedirían al padre Amiel esconderse bajo la cama de Beatrice? Me recriminé por mi estupidez, mi atolondramiento y mi incapacidad para prever aquella posibilidad antes de abrir la boca. Me habría dado de bofetadas. De hecho, me di palmadas en la sien, para consternación de los transeúntes. Durante un instante, acaricié la idea de volver en busca de Durand Rouiard y retrasar la fecha de mi invitación, pero enseguida la descarté. Hacerla significaría darle la oportunidad de protestar, de desafiarme, de hacerme más preguntas. No podía arriesgarme a hablar de nuevo con él sin antes haberle pedido permiso al padre Amiel, cuando menos. No podía arriesgarme a otro fracaso miserable.

No. Tendría que regresar al priorato con el rabo entre las piernas. Tendría que

presentarme ante el padre Amiel con el relato completo de mi incompetencia y esperar su decisión.

Os aseguro que habría matado por una jarra de vino. Mi mismísima alma anhelaba una visita a El Gallo Negro, pero resistí la tentación de esconderme bajo las faldas de Beatrice, pues una acción así habría corroborado que era un estúpido y un cobarde. En cambio (y ésta sí que fue una acción valerosa, no os llevéis a engaño), regresé al priorato, donde puede hablar con el padre Amiel mientras esperábamos para lavarnos las manos antes de la gran colación.

—Padre —le dije, situándome a su lado.

—¡Raymond! —exclamó, volviéndose hacia mí con una sonrisa. A nuestro alrededor, el claustro era una efervescencia de comentarios en voz baja porque un obispo de elegantes ropajes— el sobrino del papa Juan, obispo de Aviñón —entraba con paso majestuoso en el refectorio.

—¿Cómo ha ido?

—Esto… Bien, bastante bien.

—Excelente.

—Salvo que…

—¿Qué?

—Es que… —Tuve que tragar saliva antes de terminar—. Es que le he pedido a Rouiard que nos encontremos esta noche.

—¿Ésta noche? —repitió.

—¿Hay algún inconveniente?

El monje apartó la mirada, respiró hondo y se mordió el labio superior. Luego, con una voz que casi se quebraba de rabia e incredulidad contenidas, declaró:

—Tal vez os haya pasado por alto, Raymond, que hoy es la festividad de santo Domingo.

—Pero esta noche…

—Ésta noche habrá ciertas plegarias, unas vigilias.

—Perdonadme, padre.

—Callad. Dejadme pensar.

—Si volviera y…

—Chitón.

Se llevó la mano a la frente, pensativo. Yo, muerto de vergüenza, clavé la vista en el suelo. Nadie más me habló ni me miró; estaba convencido de que a los frailes les habían ordenado que no conversaran conmigo, o que sólo me hablaran en respuesta a una pregunta o si se lo pedía un superior.

—No puedo marcharme del priorato —anunció por fin el padre Amiel—. No puedo: sería inaceptable. —Para mi asombro, dio un fuerte pisotón en el suelo, expresando su frustración de una manera muy infantil y vulgar, para tratarse de un

monje dominico—. Pero tenemos que hacerlo de todos modos —añadió—. Los hermanos legos no están obligados a asistir a las completas, por lo que puedo enviar a uno de ellos en mi lugar, para que presencie lo que ocurra en la taberna; luego, lo haré testificar y, con su testimonio y el vuestro, podré obligar a Durand Rouiard a confesar. —El monje me miró de nuevo a los ojos y habló con un tono de voz en el que no había ni un ápice de calidez—. Esperad mis instrucciones. Deberéis salir de aquí temprano, no fuera a suceder que Rouiard os sorprendiera antes de que vuestro acompañante estuviese adecuadamente escondido. Si os quedáis en la celda, sabré que os puedo encontrar allí. ¿Habéis comprendido?

—Sí, padre.

—Muy bien.

—Padre…

Pero él ya se había alejado y entraba en el refectorio detrás de los monjes de su congregación. Lo seguí, terriblemente mortificado, con un pequeño grupo de invitados más humildes: varios escuderos, un sacerdote, otro escribano y un comerciante local muy estimado por sus generosas donaciones a las arcas del priorato.

Aunque nos sentamos muy lejos de los obispos y de los caballeros, la etiqueta dictaba que nos sirvieran inmediatamente después que a ellos y estoy convencido de que ninguno se sintió desairado. ¿Por qué iban a molestarse? La comida fue digna de un rey. Normalmente, en el refectorio se comía en silencio mientras un monje leía las Sagradas Escrituras u otro texto piadoso. Aquél día, sin embargo, sonaban melodías interpretadas al arpa y los invitados más ilustres intercambiaban plácidos comentarios con el prior, el subprior y otros miembros distinguidos de la congregación, incluido el padre Amiel.

Y, en lo referente a la comida, fue un banquete espléndido: perdices, patos y pichones asados, arenques salados y un pescado de carne muy roja, ganso relleno de castañas, salchichas de ajo, alubias blancas, col en salsa de mantequilla, fresas, quesos tiernos, tarta de puerros, tartas de especias, pan, nueces y vino suficiente para anegar todo Aviñón. Y, sin embargo, yo no podía tragar nada que no fuera el vino. Me sentía terriblemente desgraciado. Con mi zarrapastroso sayo marrón, rodeado de hermosas sedas, mi aspecto debía de ser de lo más patético, pues en varias ocasiones el escudero que estaba sentado delante de mí, un alegre joven de cabellos castaños, me ofreció con muchas sonrisas y movimientos de cabeza algunos platos suculentos (el ganso, por ejemplo) que en circunstancias normales habrían hecho sonreír de placer a cualquier hombre.

Sin embargo, no había, ¡ay de mí!, nada que me alegrase, ni siquiera el ganso. Llevaba días turbado por una vaga sensación de desaliento que finalmente se había convertido en un nubarrón denso y negro. Probé un bocado de salchicha, desmenucé

el ganso sin comerlo y, al terminar, después de que el cardenal y los dos obispos hubiesen dado gracias a Dios por aquella opípara comida corrí a mi celda entre una multitud de frailes con la cara manchada de grasa y allí esperé al padre Amiel.

Éste apareció después de las vísperas, acompañado de un hermano lego llamado Enguerrand. Cuando llamó, yo me había dormido y, al despertarme de repente, me caí de la cama. Cuando ambos entraron en la celda, yo me agarraba una dolorida rodilla. El hermano Enguerrand debió pensar que yo era un individuo de lo más raro, con la ropa desarreglada, los ojos turbios, los gruñidos de dolor y las contorsiones faciales, aunque el padre Amiel quizá ya lo había puesto al corriente de mis peculiaridades. Fuera lo que fuese, me contempló como un búho. Se trataba de un viejo huesudo, seco y arrugado, con la cara picada de viruelas, la piel muy oscura y las manos encallecidas. De mediana estatura, vestía un hábito demasiado grande y una capa que, forrada de seda y de un color escarlata intenso, no era en absoluto apropiada para aquella estación del año. De repente, comprendí que aquellas prendas de vestir debían de ser un disfraz, puesto que los hermanos legos llevan normalmente unas túnicas sencillas de corte vagamente monástico. Era evidente que se había vestido con la primera ropa vieja que habían encontrado en la limosnería.

—El padre Enguerrand tiene una memoria excelente —declaró el padre Amiel—. Os acompañará a la taberna, maese Raymond, y se esconderá en la habitación donde os entrevistaréis con Durand Rouiard. No alertéis a Rouiard de su presencia; limitaos a exponerle vuestras cuitas, pedidle que describa los ritos que él haría para ayudaros y, a continuación, dejad que se marche. Cuando llegue el momento oportuno, yo lo interrogaré.

—Sí, padre.

—Será mejor que os vayáis. Mañana por la mañana hablaremos. Recordad, por favor, que tenéis que presionar a Rouiard para que exponga los detalles del sortilegio que pretende llevar a cabo. Cuantos más detalles aporte, más satisfecho quedaré. —Tras esto, volviéndose al hermano Enguerrand, añadió—: Gracias hermano, os estoy de lo más agradecido.

—Padre… —empecé a decir.

—¿Qué?

El monje me petrificó con una mirada carente de emoción.

No tuve el valor de continuar.

—Nada —musité, y él se volvió y salió de la habitación. No podría describir lo abrumado que me sentía. Ni hundiendo el rostro en el cieno y lamiendo el polvo como una serpiente habría podido expresar la sensación de inutilidad que me atenazaba. Quería lanzarme a los pies del padre Amiel, presentarle mis tartamudeantes excusas y arrancarle una sonrisa de afecto.

Sin embargo, con el hermano Enguerrand allí mirándome, fui incapaz de hacer

ninguna de aquellas cosas. A lo único que acerté fue a arreglarme la ropa, pasarme la mano por el cabello y dirigirme a buen paso hacia El Gallo Negro, como si la compañía de Enguerrand, su presencia muda y sombría, no me desazonara lo más mínimo.

Y lo que viene a continuación es el desgraciado relato de mi incompresible ignominia.

¡Oh, amigas, amigos! No soy un hombre, soy un gusano. Sacudiré la cabeza y os alejaréis. Me consideraréis, y con toda la razón, un majadero, un borracho, un débil de espíritu y un libertino, ¿y cómo voy a defenderme? Fui todas esas cosas, porque fijaos en lo que hice cuando llegué a El Gallo Negro.

El local estaba abarrotado de borrachines felices que llenaban la sala principal de un alboroto ensordecedor, y entre ellos se contaba Othon…, ya bien encurtido en su vinagre favorito. Al verme, me saludó con un grito de alegría y, tambaleante, se puso en pie.

Beatrice, sin embargo, me alcanzó primero.

—¿Raymond? —dijo—. ¿Quién es éste?

—Es Enguerrand. El hermano Enguerrand —añadí bajando la voz.

—¡Oh! —Su expresión cambió al tiempo que miraba al hermano lego, que la observaba a su vez con un semblante pétreo.

—La cita es esta noche —murmuré—. El hermano Enguerrand necesitará vuestra cama.

—¡Ah, sí! Sí, venid. —Nos condujo escaleras arriba y nos hizo pasar a su alcoba, que estaba llena de cubas de vino y sacos de harina. Le indiqué al hermano Enguerrand que se metiera debajo de la cama, y he de reconocer que, cuando desapareció de mi vista su frente oscura como el cuero y siempre arrugada, sentí un gran alivio. Entonces, Beatrice preguntó si me quedaría en la alcoba o bajaría al establecimiento, y yo dudé.

En realidad, no deseaba imponer mi compañía a personas que la consideraban ofensiva; pero, por otro lado, quedarme en aquel silencioso dormitorio, soportando la presencia ominosa del hermano Enguerrand por más invisible que ésta fuera, tampoco era una perspectiva demasiado apetecible.

—Tal vez —farfullé—, tal vez sería mejor que bajase a la taberna por si a mi visitante le asusta todo ese ruido.

—Sí —dijo Beatrice—. Baja y siéntate en la cocina.

—La cocina. Sí, por supuesto. Puedo esperar en la cocina.

—Ven.

Como podéis ver, mis intenciones eran buenas, pero, cuando llegué al pie de la escalera, Othon se lanzó sobre mí e insistió en que bebiera con él, recordándome que todo lo que tomase corría de su cuenta. Comentó que mi nariz se veía casi curada y

que los amigos me echaban de menos. No sé a qué amigos se refería (como no estuviera hablando sólo de él), pero en mi lamentable y apesadumbrado estado, sus palabras fueron un bálsamo para mi alma. Lo miré sin saber qué hacer.

—Ven —gritó—. Ésta pelea ha emponzoñado el aire demasiado tiempo. ¡Gaillard, Raymond! ¡Daos el beso de la paz!

Llegado este punto, un desafortunado espectador hizo una broma de mal gusto sobre los besos de Gaillard, ante lo que Othon se lanzó sobre él, de modo que me quedé solo frente a mi amigo. Esbocé una incómoda sonrisa y él me la devolvió. A continuación, con una hostilidad tan contenida que casi resultaba indetectable, me preguntó dónde vivía.

—Me han contado que tu hermano ya ha alquilado tu habitación —añadió antes de que yo pudiera responder—. ¿Es eso cierto, Raymond?

—¿Qué? —pregunté como un estúpido—. ¿Qué quieres decir?

—Sí, yo también lo he oído —terció Bernard—. Me han dicho que salió y encontró a un estudiante, un estudiante de medicina…

—¿Y lo han alojado en mi cuarto?

—Eso dicen.

—Pero… pero…

—Olvídate de tu hermano, vamos. —Tras haber dado una buena tunda al hombre cuya boca lo había ofendido, Othon se volvió hacia mí, revigorizado y jovial—. No es más que un olor pestilente. Olvida a tu hermano. Y olvida a ese monje; tu lugar es éste y nosotros somos tu gente. Siéntate, Raymond, y disfruta. ¿Por qué preocuparse? Al final, la muerte nos llegará a todos.

Aturullado y conmovido, miré a mi alrededor. La taberna era un mar de caras boquiabiertas y empapadas de sudor. El olor del vino era irresistible y el local estaba cargado de humo.

—¿Ya te has hecho monje? —preguntó entonces Gaillard, y todos rieron ruidosamente, me dieron palmadas y sacudidas y me hicieron sitio en su banco. Alguien me puso una jarra de vino en las manos. Othon comenzó a señalar todas las cicatrices que me había dejado en la cara, asegurando que me daban un aire «más fuerte y valiente», y al escuchar el relato pormenorizado de mis heridas, Gaillard susurró que él también había sufrido. Pero añadió que, como yo seguía siendo leal a Othon después de cuanto había soportado, él también se adheriría a la fraternidad de las jarras y continuaría siendo fiel a nuestra amistad.

—¡Bebe, Raymond! ¡Apura hasta el fondo! —dijo Othon. Obediente, vacié la jarra de un solo trago, me sequé la boca y en medio de los gritos jocosos de mis compañeros, pedí otra.

Al cabo de poco, estaba borracho como una cuba y me había sumado ruidosamente al bullicio general.

Había que decir en mi defensa que llevaba todo el día empinando el codo. Primero, la jarra de vino de la cocina del priorato; después, las abundantes cantidades de vino fuerte durante el almuerzo de celebración, en el que, como recordaréis, apenas había probado bocado. Así que, cuando volví a mojar el gaznate con aquella bendita bebida en la taberna de Beatrice, el efecto fue potente e inmediato. Empecé a sentirme feliz. Empecé a sentirme amado. Bebí más vino y canté unas canciones y recité varios poemas lascivos sobre frailes y monjas y la Lanza Sagrada, que mis compañeros recibieron con grandes risotadas. Luego, Othon nos obsequió con un relato de sus intentos de encontrarle un marido respetable a Marie Mignard y que también provocó incontenibles carcajadas. Incluso Beatrice se sumó a la juerga. (Ahora, cuando lo pienso, creo que estaba de lo más contenta al verme desempeñando mi viejo papel). Nos regañó con severidad maternal y después hizo un truco de magia con una alubia. La velada se animaba por momentos. Dos hombres se bajaron los pantalones y se entregaron a una obscena «pelea de espadas». Y en aquel momento, mientras yo entretenía al grupo con una canción de lo más vulgar en la que, jugando con la palabra «conveniente»[1]: —es decir, transformando «*covinen*» en «*con vit nen*», uno provoca gritos de protesta entre las damas, Durand Rouiard entró en la taberna.

—Bien adentro, bien adentro —canté—, un marido es lo conveniente… —Al descubrir al canónico, que llevaba una gruesa capa con capucha, me enfurecí: no me apetecía nada interrumpir la canción—. ¡Largo! —grité—. ¡Beatriz, dile que se marche!

—¿Estás seguro?

—¡Sí, sí!

—Pero…

—Que se vaya. ¡No quiero nada con ninguno de ellos!

¡Oh, cómo se revolcó mi alma en el lodo! ¿Podéis creer tal cosa? Sin un pensamiento, sin una vacilación, sin el menor asomo de duda, despedí a la mismísima razón de mi presencia en El Gallo Negro. Y, fijaos bien, aún seguí agravando mi pecado cuando, después de despachar a Rouiard, pasé a esa esfera de la ebriedad en la que reina la oscuridad y el tiempo no cuenta.

En efecto, de aquella noche no recuerdo nada más.

Me han contado que critiqué a los monjes, de los que dije que eran una raza de eunucos sin savia. Me han contado que me volví de lo más afectuoso en mi trato con Beatrice, la cual, llegado cierto punto, me recordó que el representante del priorato todavía estaba oculto debajo de la cama. En mi estado de confusión, decidí representar el papel del amante ultrajado y tambaleándome por las escaleras, saqué a rastras de su escondite al hermano Enguerrand. En mi ebriedad, lo acusé de haber intentado mancillar el honor de una dama. ¿Qué? ¿Tenía la intención de atacar a

Beatrice con su marchito miembro mientras ella dormía indefensa? Eso no era propio de hombres.

Cuando lo hube pateado escaleras abajo, me volví hacia Beatrice, que estaba a mi lado. Me lancé encima de ella y caímos en su cama. Pero recordad, por favor, las consecuencias inevitables de un exceso de vino. Recordad que cada hombre tiene dos cabezas y que la que en ocasiones asoma del pantalón es tan sensible a los efectos aletargantes del vino como la que lleva el sombrero.

Por decirlo con contundencia: no alcancé la satisfacción. En realidad, me dormí enseguida y se me permitió amablemente quedarme en la cama hasta la mañana siguiente. Mi único consuelo es que no manché de vómitos la ropa de cama de mi anfitriona, aunque de la reflexión sobre mi control a ese respecto no extraigo placer alguno.

Fui una carga y un borracho. Ronqué toda la noche y, no me cabe la menor duda, emití muchos estallidos tormentosos de aire pestilente. Sudé a discreción. Babeé y gemí y, mucho después: de que Beatrice se levantara para dar comienzo a su jornada de trabajo, me desperté sabiendo que, con una sola orgía, había destruido mi vida completa y efectivamente.

Canto XI

Sabía que el hermano Enguerrand habría hecho un informe completo y detallado de mis transgresiones para el padre Amiel. Además, era evidente que la noticia debía de haber ofendido terriblemente al dominico. Cuando finalmente recuperé el sentido, la mañana ya estaba avanzada, y comprendí que, si el padre Amiel hubiese querido dar conmigo, haría ya horas que me habría localizado.

«Te ha abandonado, Raymond —me dije—. Ésta vez te has pasado de la raya».

Me quedé un rato en la cama, mareado y dolorido e incapaz de encontrarle un lado bueno a mi desgracia. No será preciso que os diga que la cabeza me estallaba, que tenía la boca más seca que la camisa de una serpiente, que me escocían los ojos y que notaba el estómago revuelto. Fue precisamente esto último lo que hizo que me levantara por fin y corriese al piso de abajo a paso más rápido del que hubiese querido, pues estaba decidido a no vomitar hasta que llegase al muladar de Beatrice.

Una vez allí, vacié toda clase de sustancias malsanas antes de caer derrengado al suelo, como un trapo mojado. En tales ocasiones, uno deja de lado su dignidad. Me quedé tendido en el barro como un cerdo hasta que por fin recobré las fuerzas necesarias para moverme; luego, me dirigí hacia la cocina a gatas y sólo me puse en pie cuando llegué a la puerta. Apoyado en ella, conseguí mantenerme en posición vertical hasta que Beatrice me vio y me urgió a entrar.

Se portó muy bien. Me ayudó a llegar a una silla instalada junto a la lumbre, me preparó una infusión especial y me aplicó una compresa mojada en la frente. No me hizo recriminaciones y se limitó a un único comentario a modo de reproche: «Si fueras más feliz, Raymond, no te comportarías tan alocadamente». Pero incluso esto lo dijo con más pena que impaciencia.

Le pedí perdón no una vez, sino muchas. Me reconvine a mí mismo y me llamé sabandija, libertino, borrachín y patán inmundo. Al final, Beatrice se echó a reír.

—Hablas como un monje —dijo, y añadió que cualquier hombre con sangre en las venas se emborracha, de vez en cuando—. Estoy acostumbrada a tener que limpiar la suciedad que dejan los bebedores, y tú no eres de los peores, ni mucho menos. Después, comentó que le había divertido mucho cómo había echado al hermano Enguerrand de su alcoba. Recordaría muchos años la cara que había puesto el fraile.

—¡Le dijiste que, como sodomita que era, no vería nada de interés para él si se quedaba! —explicó con una nueva carcajada… y yo hundí el rostro entre las manos.

—¡Que Dios me ampare! —gemí—. ¡Que Dios me ampare! ¡No tengo redención posible!

—¡Bobadas!

—El padre Amiel se enterará. Sabrá lo que ha pasado.

—¿Y qué?

—Me despreciará.

—¡Bien! —dijo Beatrice—. Así serás como los demás, porque me parece que ese fraile desprecia a todo el mundo.

—¿Y mi empleo, Beatrice? ¿Qué voy a hacer?

—Te quedarás aquí. Encontrarás otro empleo. —Beatrice hablaba animadamente —. Te reirás con tus amigos y beberás sin vergüenza y agradecerás tener un ingenio agudo, un rostro atractivo y una mujer que desea tu compañía. No hay motivo para ser infeliz, Raymond. ¿Por qué te preocupas tanto? —Me dio unos cachetes en las mejillas—. Querido, todavía eres joven. Yo no lo soy tanto y te conozco bien. Sé qué es lo mejor para ti.

Impaciente, sacudí la cabeza en gesto de negativa.

—¿Beber hasta perder el sentido? —me lamenté—. ¿Es eso lo que debería hacer?

—No. Claro que no.

—¿Y qué otra cosa haría, si viviera aquí?

—Raymond…

—¡Oh, qué débil estoy! —Me levanté y di unos pasos tambaleándome, chocando con banquetas, fuelles y cestos de leña—. ¿Cómo voy a quedarme aquí? ¿Quién contratará a un escribano que vive en una taberna? ¿Qué debe de pensar el padre Amiel? ¡Maldita sea mi estampa! ¿Por qué no nacería muerto? Tengo que… No puedo… ¡Oh, ya debe de saberlo todo!

Finalmente, llegué a la conclusión de que tendría que enfrentarme a él. Tendría que presentarme en el priorato y esperar su juicio. Si no lo hacía, sería peor que un cobarde; además, él quizás esperaba que me presentase. Tal vez precisara de mis servicios, aunque sólo fuera hasta que pudiese conseguir los de otro. Pero dejar de comparecer ante él, muerto de vergüenza, para rogar que me perdonara, me condenaría a no ser merecedor siquiera de su desaprobación.

Me repetí esta última reflexión una y otra vez, hasta que conseguí reunir algunas dosis de un valor balbuciente y poco fiable. Entonces, tras depositar en la mano de Beatrice la única moneda que llevaba, me enjugué la cara, me peiné y salí hacia el priorato.

Sin embargo, cuando llegué, me dijeron que el padre Amiel no estaba.

Al ser informado de ello, comprendí que debía de haber contratado a otro escribano y sentí tal abatimiento que, por un instante, estuve tentado de abandonar mi empresa. Sólo el recuerdo de que ya me habían sustituido dos veces durante breves periodos (una de ellas, debido a la ignorancia, y la otra, por enfermedad) me dio fuerzas para perseverar. Aunque improbable, era posible —sólo posible— que el padre Amiel, sabiendo lo mal que me sentiría tras una noche desenfrenada, hubiera contratado a alguien por unas horas, solamente. Al fin y al cabo, había elogiado mi

capacidad en numerosas ocasiones. Muchas veces había dicho pestes de los fallos de otros escribientes, comparándolos desfavorablemente conmigo. ¿Sería capaz, por el bien de la *inquisitio* y para que la investigación continuara avanzando a buen ritmo, de dejar a un lado su disgusto y el sentimiento de haber sido traicionado?

Sin embargo, al expulsar de El Gallo Negro a Durand Rouiard había causado un perjuicio irreparable a dicha investigación. Al recordar lo que había hecho, se me cayó el alma a los pies. El monje nunca me lo perdonaría, me dije. Nunca.

A pesar de todo, me dirigí a la prisión y pedí que me franquearan la entrada, pues me habían informado de que el padre Amiel estaba allí en aquel momento, interrogando a Masseo di Vico. Subí la escalinata de acceso con paso tambaleante y esperé humildemente en la puerta de la celda, junto a los dos carceleros que montaban guardia allí. Los dos hombres me observaron con suspicacia y se fijaron en mi aspecto agitado.

—Tenéis los ojos como uvas —comentó uno—. Como uvas negras.

—Sin duda —fue mi respuesta.

—¿Una noche de juerga?

—Sí.

—¿Queréis que llamemos y os anunciemos?

—No. —Interrumpir el interrogatorio sería un desliz imperdonable—. Esperaré aquí.

—Como gustéis.

Esperé, pues. Esperé largo rato. Aunque me dolía la cabeza y las tripas me rugían terriblemente, aguardé a que el padre Amiel termina su entrevista con Masseo di Vico. Cuando el médico salió por fin, con el rostro congestionado y bañado en lágrimas, hice un gesto a uno de los guardias, que asomó la cabeza por el hueco de la puerta y anunció:

—Está aquí Raymond Maillot, padre. ¿Queréis hablar con él?

Hubo un silencio y noté un nudo en la garganta.

—Que pase —llegó la respuesta, finalmente. Obedecí y me encontré de pie junto a Pierre-Bernard Aubert, el viejo notario sordo de los quince hijos sin madre. Su presencia tal vez me habría despertado esperanzas (pues, fueran cuales fuesen mis pecados, siempre se me debería considerar mejor opción que aquel hombre) , si la mirada inexpresiva del padre Amiel no me hubiese llenado de vergüenza y de aflicción hasta tal punto que en mi corazón no quedaba espacio para nada más.

—Padre, sólo he venido a disculparme —balbucí—. No pido nada, no tengo derecho; lo que he hecho es imperdonable…

—Maese Pierre-Bernard —me interrumpió el dominico—, muchas gracias por dedicarme vuestro tiempo. Aprecio mucho vuestros servicios, pero ya nos los necesito más. Tened —añadió y sacó de su bolsa un puñado de monedas—. Creo que

esto será suficiente compensación.

Ante mi incrédula mirada, el notario Aubert recibió un generoso estipendio y fue despedido. Cuando se hubo marchado, el padre Amiel me comentó que Masseo di Vico había confirmado el testimonio de su hijo, movido sin duda por un profundo temor al Santo Oficio. El médico había confesado la comisión de varios actos de brujería, pero rechazaba haber hecho castrar a Guillaume Monier. También negó haber tenido tratos con ningún miembro de la casa del camarero, ni con el caballero Etienne de Puy.

Concluido el interrogatorio de Masseo, sólo faltaba la declaración del capellán del cardenal, el padre Antonio.

—El padre Antonio se vanagloria de sus logros intelectuales y de su conocimiento de la ley canónica —explicó el padre Amiel—. Por ello, ha renunciado a consultar con un abogado y prefiere defenderse a sí mismo. Estoy seguro de que habrá despachado peticiones de ayuda a diestro y siniestro, con la ayuda de sus amigos de la casa del cardenal. Sin embargo, hasta este momento no he recibido ninguna carta de protesta que pudiera retrasar mis progresos en la investigación. —El fraile levantó la mirada (pues había estado recogiendo y ordenando los folios sueltos de la torpe trascripción del notario Aubert) y, fijándola en mí, añadió—: Tomad asiento, maese Raymond. El acusado no tardará en comparecer.

—Padre…

—Desde luego, espero que me proporcionaréis una versión en limpio del protocolo de maese Pierre-Bernard. Sólo espero que podáis entender sus contracciones.

El dominico hablaba con calma y frialdad, como si se dirigiera a un desconocido. No evitó mi mirada, pero la suya carecía de calor y de brillo. En sus facciones no se leía la menor expresión, como no fuera tal vez un leve ensimismamiento. Desconcertado, me pregunté si pretendía fingir que no había sucedido nada y, al mismo tiempo, castigarme con su indiferencia, retirándome cualquier manifestación de afecto o de interés. ¿Tendría que trabajar junto a un témpano de hielo, en adelante?

—Padre —farfullé—, os he fallado en todo y lo lamento. Estoy… estoy desesperado. Haría cualquier cosa, lo que fuera…

—Basta —replicó él, con aspereza—. De momento, podéis quedaros en el priorato. Sin embargo, os urjo a que busquéis otro alojamiento lo antes posible. No parece que estéis hecho para una existencia enclaustrada.

—Si lo deseáis, padre, me marcharé hoy mismo, esta noche…

—Haced lo que consideréis más conveniente.

—¡Padre Amiel, por favor, perdonadme! ¡Os lo suplico!

—Estáis perdonado, maese Raymond. De lo contrario, no os conservaría a mi servicio. Ahora decidme si esa trascripción es legible. Leédmela. Sospecho que, con

su lentitud, maese Pierre-Bernard puede haber dejado de registrar varias observaciones decisivas.

¿Qué alternativa me quedaba? Ninguna en absoluto. Aunque dolorosamente contrito y atribulado, me veía obligado a obedecer la orden del dominico. No me parecía que me hubiera perdonado, porque, entonces, ¿a qué venía aquel trato gélido? ¿Era posible que tal perdón excluyera las sonrisas, las palabras amables e incluso las miradas amistosas?

Mi conducta no merecía simples reconvenciones amigables ni reproches paternales, desde luego, y lo único que debería haber esperado o deseado del padre Amiel era conservar el empleo. Con todo, seguía anhelando una palabra de consuelo, de paciente indulgencia, de tierna y afectuosa clemencia. Seguía buscando el beneplácito del monje.

Sin embargo, mis anhelos de recibir tan espléndido regalo del corazón fueron vanos. El padre Amiel mantuvo su actitud distante y formal hasta la llegada del padre Antonio, en cuyo momento dejó de prestar la menor atención a mi presencia, como si fuera un mueble más. El declarante, por su parte, también decidió ignorarme y no me dedicó una sola mirada. Tal vez por eso, me desagradó nada más verlo. Era un hombre alto y esbelto de aire orgulloso, cuyas facciones, suaves y refinadas, le proporcionaban una apariencia juvenil que, tras una inspección más detallada, resultaba ser falsa. Tenía la nariz larga, la boca pequeña y los ojos pálidos bajo unos párpados gruesos. Cuando habló, su voz sonó aguda y sibilante, pero firme. Pronunció su juramento como un verdadero hombre de Iglesia —es decir, melodiosamente, como si entonara una plegaria— y tomó asiento en su banqueta con garbo y confianza.

Producía, no sé deciros por qué, una impresión formidable. Recordaba una serpiente: no muy fuerte, quizá, pero peligroso. Al lado de su figura refinada e imponente, el padre Amiel parecía más pequeño e insignificante que nunca; sin embargo, también él mantuvo la compostura mientras anunciaba las acusaciones que pesaban sobre el padre Antonio.

—Todas estas imputaciones son falsas —declaró el acusado cuando el dominico hubo concluido—. Masseo di Vico y su hijo me han acusado por resentimiento. Los dos tienen una especial ojeriza a todos los clérigos que ejercían alguna influencia sobre el cardenal, antes de su lamentable muerte. Me detestan tanto como aborrecían a Guillaume Monier, y encontraréis entre los miembros de la casa del cardenal más de un testigo que confirmará lo que digo.

—¿De veras? —El padre Amiel se mostró impertérrito—. Entonces, ¿insistís en que sois inocente?

—Sí, lo mantengo.

—¿A pesar de que Tibaldo Canigiano, el criado del médico, os identificó también

como participante en un acto de brujería?

—Si investigáis la historia de dicho criado, hermano, descubriréis que su familia ha servido tradicionalmente en tierras de una familia rival de la mía. —Con un sutil matiz en su entonación, el padre Antonio parecía insinuar que, al fin y al cabo, no cabía esperar un conocimiento profundo de la política de la Romagna por parte de un humilde fraile francés—. Si lo deseáis, puedo hacer que mi tío os explique el asunto. Me temo que la enemistad viene de antiguo y que su causa es trivial. Y, aunque yo, personalmente, no la he fomentado nunca, en ambos bandos son muchos los que todavía la mantienen viva.

El padre Amiel frunció el entrecejo y se sumió en reflexiones. Después, pidió al declarante un relato completo y detallado del citado conflicto ancestral. También requirió una lista de nombres, fechas y lugares. Sin embargo, una vez satisfechas sus demandas, restó importancia a la información con la misma actitud indiferente que había mostrado el padre Antonio.

—Si fuese una mera cuestión de testimonio —comentó—, tal vez me convenceríais, hermano. Pero tengo pruebas, evidencias materiales, de que sois un nigromante.

—¡Oh! —El padre Antonio enarcó una ceja y, con voz serena, preguntó—: ¿Y qué pruebas podrían ser ésas?

—Las que contiene un libro. Un texto de brujería que fue encontrado en vuestro poder. —El padre Amiel sacó de su bolsa un códice que me resultaba conocido—. Es éste, hermano. ¿Lo reconocéis?

El padre Antonio extendió la mano.

—Si no me lo dejáis ver de cerca, no. Lleva las cubiertas características de los libros del cardenal; pero, aunque me correspondía a mí la responsabilidad de encuadernarlos, no estoy familiarizado con todos sus volúmenes. —Después de estudiar el libro detenidamente, asintió y se lo devolvió al padre Amiel—. ¡Ah, sí! Creo que recuerdo esta obra. La mandé encuadernar poco antes de la muerte del cardenal y aún no se la había devuelto.

—¿Estáis diciendo que el libro era del cardenal?

—Sí, eso digo.

—¿Aunque se encontrara en vuestras estanterías?

—Observad el timbre, hermano. Observad la inscripción de la página de respeto. Éste libro es, o era, propiedad del cardenal Di Vico, como muchos otros de los que tengo en mis anaqueles. Suelo guardarlos allí provisionalmente, cuando van o vuelven del taller del encuadernador.

En la pausa que siguió, no pude resistirme a dirigir una mirada al padre Amiel. Su expresión era pétrea. Cuando se volvió y me pidió que examinara el libro en cuestión, vi que su mirada era tan dura como negros sus ojos. Podéis imaginar qué poco me

gustó confirmarle que el padre Antonio decía la verdad.

El libro llevaba estampado el timbre personal del cardenal y en la página de respeto había otra prueba de quién era su dueño. (¿Me echaría la culpa el padre Amiel por no habérselo indicado antes?).

—Así pues, declaráis que el libro no os pertenece… —murmuró el dominico por último, dirigiéndose al acusado en tono seco y cortante.

—No es mío —corroboró el padre Antonio.

—¿Tenéis alguna prueba de que perteneciera al cardenal?

—Hermano, ya os he señalado que lleva el timbre…

—Eso no significa nada. Vos mismo habéis dicho que os encargabais de llevar sus libros a encuadernar. Podríais haber incluido alguno vuestro entre ellos. ¿Quién se enteraría? El cardenal, desde luego, no.

—¿Por qué habría de hacer tal cosa?

—Para ocultar el hecho de que os dedicabais a la brujería.

—Tonterías.

—En absoluto. ¿Por qué había de querer el cardenal un ejemplar del *Liber introductorius* de Miguel Escota?.

—¿Por qué había de quererlo yo?

—Porque sois un hechicero.

—Demostradlo.

Los dos frailes se miraron fijamente. Por último, el padre Amiel cruzó los brazos y comentó:

—He visto el *Decretum*, de Graciano, entre vuestra colección. Es evidente que habéis estudiado en profundidad el derecho canónico.

—Así es.

—¿Conocéis, pues, la *Causa* vigésimo sexta de Graciano?

—Naturalmente.

—¿En la cual, en la conclusión del duodécimo *capitulum* de la quinta *quaestio*, establece que «quienes participan en el culto a los ídolos deben ser apartados de la comunión de los fieles»?

—Recuerdo esa *Causa*.

—¿Estáis de acuerdo con sus conclusiones?

El padre Antonio titubeó.

—No las recuerdo bien —dijo por fin.

—Se refieren a un sacerdote excomulgado por su obispo por ser un mago y adivino contumaz. Se cita a san Pablo: «Si un hermano tiene fama de fornicador, avaro o idólatra, no comáis con él». Graciano equipara a los magos, es decir, a los adoradores de ídolos, con los fornicadores. ¿Estaríais de acuerdo con eso?

De nuevo, el padre Antonio hizo ademán de reflexionar antes de responder.

—Deberéis precisar más vuestra pregunta —dijo al cabo—. Los idólatras son herejes, según la definición de san Isidoro, puesto que *haeresis* deriva del término que significa preferencia, y un hereje se aparta por su propia voluntad de la Iglesia para adorar a los ídolos, cuando las Sagradas Escrituras prohíben hacerlo. No obstante, en la actualidad se debate si toda magia o hechicería puede clasificarse de herética. El papa Alejandro IV, en su decreto *Quod super nonullis*…

—Conozco ese documento del papa Alejandro —intervino el padre Amiel en tono, me pareció, muy cortante. El capellán carraspeó.

—Entonces, debéis reconocer que la cuestión de si todos los magos son idólatras resulta espinosa —apuntó.

—¿Y cuál es vuestra opinión?

—Mi opinión es la que acuerden las autoridades de la Santa Madre Iglesia.

—Pero ¿qué autoridades? —El padre Amiel se inclinó hacia delante; percibí su movimiento por el rabillo del ojo—. Como decís, el papa Alejandro distinguió entre ciertos casos de adivinación o de encantamiento que saben claramente a manifiesta herejía, y otros que no. En cambio, Juan de Salisbury, en su *Policraticus*, enumeró doce tipos de mago y los catalogó a todos, incluso a los intérpretes de sueños, como reos de infidelidad a la verdadera fe, según las leyes de Moisés, quien dijo: «y tampoco haréis uso de encantamientos».

—Es incuestionable que muchos actos de hechicería, como los que incluyen invocaciones a demonios, son manifiestamente heréticos —replicó el padre Antonio —. Pero cuando los poderes naturales se emplean para el bien y sin recurrir a la adoración de los ídolos, y se llevan a cabo con espíritu humilde y confiado en Dios, cabe dudar de que tales actos sean contrarios a la fe.

—¿Poderes naturales? —En la pregunta del padre Amiel había cierto tonillo burlón—. ¿Qué poderes naturales? Santo Tomás de Aquino ha establecido que la efectividad de los magos no procede de los cuerpos celestes, ni de palabras o actos significativos, ni de sus propias capacidades, sino de una sustancia intelectual que, según la lógica o la razón, no es buena ni loable.

—Cierto —asintió el padre Antonio—. San Agustín, en cambio, apuntó que existen ciertos poderes naturales, ciertas «semillas» que se dan en el mundo natural, las cuales, empleadas por demonios o no, producen la transformación de cierta materia. Por ejemplo, la transformación de algunas cosas en serpientes o en ranas, que puede producirse mediante la putrefacción. Aunque exceden al poder y a la experiencia humanos, transformaciones de esta suerte pueden ser realizadas por el hombre sin la colaboración de demonios.

—¿Pero cómo podría ser cierta tal cosa? ¿Cómo se realizará tal transformación a requerimiento del mago, si no es mediante el uso de fórmulas habladas? Para que se produzca un efecto sobrenatural, debe llevarse a cabo un hechizo y, como declara el

doctor Angélico, las palabras no tienen más poder que el procedente del intelecto que las pronuncia, o del intelecto al que van dirigidas. Y si existen hombres dotados del poder de transformar la materia mediante palabras que expresan sus pensamientos, no se trata de seres humanos, sino que pertenecen a otra especie.

—Algunos hechizos se realizan sin palabras —protestó el padre Antonio.

—Sí —replicó el dominico—. Los hay que se llevan a cabo por signos, que son otra forma de palabra y van dirigidos a otro intelecto, o mediante actos, que equivalen a signos. ¿No habéis consultado al doctor Angélico, amigo mío?

—Por supuesto —respondió el padre Antonio con aire ofendido—. Pero cabe argumentar que su tesis contra la «sustancia intelectual» es incompleta. Puede que, como él dice, toda la magia esté dirigida a un intelecto. Tal vez, incluso cuando emplea poderes naturales, el mago debe apelar a una sustancia intelectual superior para llevar a efecto la transformación que desea. Sin embargo, ¿debe ser maligna tal sustancia, necesariamente? Si quien realiza la magia no es un hombre de vida malvada, si no está movido por la malicia, si no comete crímenes (como el sacrificio de niños), si no fomenta la fornicación lujuriosa; si, por el contrario, se propone combatir la iniquidad y promover el bien, ¿cómo podemos decir que la sustancia intelectual que lo ayuda no es un ángel de luz?

Al padre Amiel se le escapó un leve suspiro de incredulidad, no sé decir si fingido o genuino. Cuando habló, su voz estaba cargada de conmiseración y de condescendencia.

—Hermano —dijo—, san Agustín nos dice que «cuando los magos obran como los hombres santos, lo hacen con diferente fin y mediante un derecho distinto».

—¿Y si el mago y el hombre santo son uno y el mismo?

—Tal cosa es imposible.

—¿Por qué? ¿En qué es diferente un acto mágico de un milagro?

—El milagro lo realiza Dios.

—Exacto. Lo realiza una sustancia intelectual que está bien dispuesta a la virtud.

—Hermano, ¿creéis tal vez que un hombre puede gobernar las acciones de Dios? —El manifiesto asombro del padre Amiel resultó un poco excesivo, a mi modo de ver —. ¡Tal creencia es una herejía!

—¡Lo es, sin duda! —replicó enfáticamente su interlocutor—. ¡No me refería a nada parecido! La voluntad de Dios es todopoderosa: ni hombre ni espíritu alguno pueden gobernarla. Así pues, si un mago intenta obrar el bien, lo hará mediante la voluntad de Dios, movido por Él para corregir el mal mediante el empleo, tal vez, de encantamientos que no gobiernan la Voluntad Divina, sino que son como una plegaria o una súplica que atestiguan su fe en el poder de Dios.

Se produjo un largo silencio, durante el cual pude relajar un poco la mano. A decir verdad, estaba sin aliento: el diálogo había sido demasiado profundo para mi

entendimiento, lleno de palabras difíciles y de conceptos complejos.

Finalmente, el padre Amiel sacudió la cabeza y comentó que los razonamientos del acusado eran tortuosos, poco convincentes y, en definitiva, deficientes.

—Una plegaria es una plegaria y no un encantamiento —declaró—. No se pronuncia para producir un efecto mágico.

—Pero la gente reza para pedir milagros —repuso el padre Antonio—. Y Dios a veces escucha sus súplicas, ¿no es así?

—Hermano, estáis pisando un terreno resbaladizo y peligroso…

—Estoy presentando a debate una proposición, simplemente.

—Pues tal vez deberíais dejar tales proposiciones a quienes son más competentes para debatirlas.

—¿Como los obispos nombrados para el consistorio del Santo Padre? —replicó el padre Antonio. La opinión que le merecían dichos obispos quedaba clara en el tono de su voz—. Como estudioso que soy, me creo en el mismo derecho que ellos a debatir.

—¿SÍ? ¿Según qué autoridad?

—Según la autoridad de Graciano, el cual, en la vigésima *distinctio*, declara: «Es evidente que si los comentaristas de las Divinas Escrituras sobrepasan en conocimiento a los obispos, han de preceder a éstos en las exposiciones de las Escrituras».

—¡Pero Graciano se refería a comentaristas como Jerónimo o como Agustín!

—Nada de eso. Hablaba en términos generales; no sólo de los obispos de su época, sino de todos los demás. Por lo tanto, no se refería tampoco a los estudiosos y comentaristas del pasado, únicamente…

Amigos míos, me falla la memoria cuando intento reproducir al pie de la letra el desarrollo de este diálogo. Tan extenso fue, y trató de tantos temas, que no puedo hacer otra cosa que resumirlo. Los dos religiosos discutieron sobre obediencia eclesiástica, citando fuentes tan diversas como san Bernardo de Clairvaux, Gil de Roma y los decretos del concilio Lateranense IV. De esto, pasaron sin solución de continuidad al tema de la herejía, representada por ciertos franciscanos a los que denominaron «minoristas»; también debatieron sobre qué se entendía por santa pobreza (respecto a lo cual manifestaron un total acuerdo) y sobre los poderes del Papa, punto en el que parecieron discrepar ligeramente, aunque cada uno se apoyó en distintas autoridades reconocidas: san Mateo, san Lucas, san Pedro y muchos otros nombres más modernos, tanto de eruditos como de prelados. El padre Amiel comentó que el padre Antonio parecía un tanto altivo, con el espinazo más tieso que el de una hiena; debía tener cuidado, le reprendió, pues san Pablo nos instaba a que «nadie que hable de lo que no ha visto e hinchado de vanidad por su propia mente carnal os prive de vuestro premio haciendo alarde de falsa humildad». El padre Antonio replicó que

todos los hombres están llenos de pecado y que, en su calidad de dominico, el padre Amiel debía de estar familiarizado con el pecado de la vanidad intelectual. Discutieron luego sobre la virtud de la obediencia y sobre si ésta abundaba más, en general, entre los frailes que entre los sacerdotes. El padre Amiel acusó al capellán de regirse únicamente por sus propios deseos y prejuicios, y el padre Antonio acusó al monje de dar pábulo a conjeturas falsas. El dominico apuntó que, si tan sincera y absoluta obediencia prestaba a su superior, sin duda habría seguido las indicaciones del cardenal cuando éste realizaba un acto de brujería. ¿Había sido así, en efecto? ¿Era la voluntad del cardenal (quien, una vez fallecido, ya no tenía ningún poder ni podía ser llevado a declarar) lo que había dictado los actos del capellán? Si era así, el padre Antonio merecía clemencia por su obediencia.

Sin embargo, el capellán no era hombre al que pudiera arrancársele una confesión con semejante añagaza.

—Jamás he cometido un acto de brujería, bajo ningún concepto —replicó—. Con o sin el conocimiento del cardenal Di Vico.

—Tal vez el cardenal temía a Guillaume Monier. Tal vez había descubierto que el camarero se entregaba a la nigromancia y, temeroso de enfrentarse a él abiertamente y movido por el miedo, decidió derrotarlo por medios subrepticios e impíos.

—Tal vez —contestó el padre Antonio—. Pero, de ser así, yo no estaba al corriente.

—¿No sabíais que Guillaume Monier practicaba la brujería?

—No.

—De haberlo sabido, ¿qué habríais hecho?

El capellán sonrió:

—Lo habría confiado a mi superior —dijo y, socarrón, añadió—: y habría esperado sus instrucciones.

Se produjo una pausa. Creo que el padre Amiel estaba replanteándose su ataque; desde luego, no estaba abrumado de cansancio, pues, cuando aproveché el silencio para señalar que el día ya estaba muy avanzado, que me dolía la mano y que estaba desmayado de hambre, él torció el gesto con impaciencia.

—No he terminado —dijo.

—Pero, padre, apenas puedo seguir escribiendo…

—Descansad un rato, entonces. Pediré que traigan algo de comer y daremos cuenta de ello aquí.

—¿Aquí? —Mi mirada se cruzó con la del acusado y la aparté enseguida—. ¿En esta habitación, queréis decir?

—¿Tenéis algún reparo? —inquirió el monje fríamente.

—No, no.

—Esperad, pues. Volveré en un instante. —El padre Amiel se puso en pie y se

encaminó a la puerta. Antes de llegar, no obstante, se detuvo y se volvió—. No converséis con el detenido —me ordenó—. Si lo hacéis, os oiré.

El padre Antonio sonrió mientras yo asentía humildemente, y allí quedamos los dos, en completo silencio, enfrentados y con un verdadero océano de aversión entre los dos, como dos jugadores de ajedrez con el tablero de por medio.

Era el principio de una larga, una interminable tribulación para ambos.

Canto XII

Discutiréis, lo sé, que sea cierto lo que voy a contar, pero os aseguro que lo afirmo sinceramente, como testigo, y que no es mi intención confundiros acerca de un acto de voluntad que no fue mío y que no me ensalza en modo alguno. Lo que ocurrió fue que el padre Antonio fue interrogado sin pausa durante dos días y dos noches. Y os juro sobre las Sagradas Escrituras que yo asistí y lo vi.

El primer día, después de una larga jornada de trabajo y de una colación de pan y agua, el interrogatorio se reanudó con una conversación sobre la naturaleza de los demonios. Cuando se le preguntó si podía explicar la muerte del Guillaume Monier, respondió que no. Cuando se le requirió si estaba informado de las teorías con las que se especulaba en torno al asesinato, habló precisamente de la relativa a los íncubos y los súcubos que el hermano Guibert, el *frater de bulla*, ya le había confiado al padre Amiel. (Estaba claro que el padre Guibert era tan locuaz como entrometido). Cuando se le preguntó si aquella explicación le parecía lógica, el padre Antonio extendió las manos.

—¿Quién puede saberlo? —respondió—. No estoy muy bien informado sobre la cuestión de los demonios.

Sin embargo, recurriendo a diversas maniobras, el padre Amiel consiguió que el capellán participara en una plática acerca de la esencia, el objetivo, el carácter y los poderes de «Oriens, Mammon, Payrnon y las veinticinco legiones de espíritus inferiores». Creo que el padre Antonio, si bien comprendía que por interés propio le convenía negar cualquier conocimiento en materia tan dudosa, era al mismo tiempo demasiado orgulloso como para exhibir ignorancia ante el dominico. En efecto, se debatía entre la necesidad de discreción y la vanidad intelectual. Adoptando un aire de superioridad y aleccionándolo como si fuera un novicio, el padre Amiel consiguió por fin hacer declarar al acusado que conocía perfectamente las opiniones del doctor Angélico acerca de las visitaciones demoníacas, la brujería y la naturaleza del mal. Incitado por un comentario del dominico, llegó a rebatir la afirmación del de Aquino respecto a que los exorcismos no siempre eran eficaces para expulsar a los demonios.

—A ese argumento habría que añadirle una precisión —dijo—. Los exorcismos no siempre son eficaces… si no se siguen las fórmulas y los preceptos al pie de la letra. Muchos clérigos no están adecuadamente preparados para dicha tarea ni poseen experiencia suficiente. He participado en unos cuantos exorcismos y todos ellos han resultado efectivos en grado sumo.

—Así pues, tenéis abundante información sobre el asunto de los demonios, ¿no? —dijo el padre Amiel, ante lo cual el padre Antonio frunció el ceño.

—Tengo abundante información sobre la cuestión de los exorcismos —replicó—. Cuando uno exorciza a un demonio, ha de estar familiarizado no ya con la naturaleza

del mencionado espíritu, sino también con los ritos completos y exactos que se requieren para expulsarlo de un cuerpo. Uno ha de dominar el manejo de la sal, del incienso, de los sagrados óleos y del agua bendita. Uno ha de saber recitar las plegarias e invocaciones prescritas. Siempre y cuando no se cometan errores, el espíritu impuro abandonará el cuerpo.

—Pero ¿y si el juicio divino demanda que el castigo continúe? —objetó el padre Amiel—. Aquino afirma que el asalto de los demonios es un castigo para el hombre y que es Dios, por lo tanto, quien los envía. ¿No será, entonces, que son expulsados por orden del Altísimo y no mediante el uso correcto de ritos y encantamientos?

—Estos ritos y encantamientos son los que prescribe la Santa y Apostólica Madre Iglesia, hermano. Si uno no los cumple, ¿qué esperanza puede tener de ganar el favor de Dios?

El padre Amiel pareció reflexionar unos instantes sobre aquel comentario. Luego, dijo:

—Así, ¿opináis que las acciones de Dios están gobernadas, hasta cierto punto, por la experiencia del sacerdote que realiza el ritual?

—En absoluto —respondió el padre Antonio—. Si se dice una misa incompleta, o se lleva a cabo con cualquier otra incorrección, el Espíritu Santo no desempeñará ningún papel en ella. ¿Diríais, a partir de esto, que Dios está regido por la experiencia del sacerdote implicado en el acto? Yo creo que no.

—Entonces estáis de acuerdo con Aquino cuando dice que los demonios están gobernados por Dios en vez de por el hombre, ¿pero argumentáis que, en ciertos casos, un demonio sólo será gobernado por Dios si un hombre utiliza los ritos y encantamientos adecuados?

—Es una manera de decirlo, lo cual no significa que esté de acuerdo con la proposición herética de que el carácter del sacerdote afecta a la validez de los ritos que realiza.

—Y sin embargo, hermano, no puede decirse que la vuestra sea una posición de humildad. Además, parecéis tener una fe excesiva, si me permitís decirlo, en el cumplimiento estricto del procedimiento.

Y así prosiguió la conversación. Discutieron acerca de la posesión demoníaca, el poder de los ángeles y la interpretación de los sueños. Hablaron de la querencia de Guillaume Monier por los muchachos y del lugar que ocupa la sodomía en la jerarquía de los pecados. El padre Antonio negó haber tenido conocimiento de que el camarero fuera un sodomita hasta después de su muerte, e insistió en que, aun en el caso de haberlo sabido, no habría considerado al padre Guillaume un candidato idóneo a morir por obra de la nigromancia. Al final, durante un largo y más bien tedioso diálogo sobre la penitencia, dejé la pluma sobre la mesa y dije:

—Padre…

Los dos me miraron.

—Es tarde, padre —comenté al dominico—. Muy tarde. Las campanas llaman a completas.

—Ya lo sé —replicó con frialdad.

—¿Queréis continuar?

—Hasta que esté satisfecho.

—Pero, padre, ya no puedo escribir más. ¡Me duele la mano!

—Entonces, os relevaré —replicó el padre Amiel—. Decid a los centinelas que manden llamar a Pierre-Bernard Aubert. Él os sustituirá mientras descansáis.

—¿Mientras descanso? —Como podéis imaginar, me quedé pasmado—. Pero, padre, ¿cuánto tiempo creéis que…?

—Toda la noche, si es necesario.

—¡Ah! —exclamó el padre Antonio—. ¿De veras pensáis que podréis cansarme para que confiese falsedades, hermano? De ser así, permitidme que os advierta de que no seré el primero en sucumbir a la fatiga. He dedicado mi vida a la plegaria y a la vigilia.

El padre Amiel sonrió despectivamente. Yo no albergaba ninguna duda de que, como monje dominico, consideraba que los clérigos seculares eran unos meros aprendices en el arte de permanecer despiertos mientras todo el mundo dormía.

—Entonces, rezaremos juntos para que el Señor nos ilumine —murmuró—. Gracias, maese Raymond. A menos que recibáis otras instrucciones, os espero mañana por la mañana, a la hora habitual.

—¿Y esta noche? ¿Puedo volver a… a mi habitación en el priorato?

—Sigue siendo vuestra. Gracias. Buenas noches.

Relevado en el trabajo, regresé a mi estrecha cama del priorato, no sin antes detenerme en la cocina a tomar un bocado de pan y queso. Me sentía como mareado: mis pensamientos daban tumbos como las hojas al viento, turbulentos e inquietantes. No deseaba sino huir de ellos, pues no soportaba más su tortura. Pero aun en sueños, me debatí con la desesperación y la perplejidad entre extrañas visiones de mi difunto padre, que parecía haber resucitado y adoptado la forma de un demonio tonsurado de ojos amarillos.

Desperté en un estado de postración espiritual y, a pesar de ello, me arrastré hasta la prisión. Y cuando ya me acercaba a la estancia habilitada para que el padre Amiel llevara a cabo la *inquisitio*, percibí con algo semejante al horror el sonido de unas risas.

Cuando abrí la puerta, nadie levantó la cabeza. El padre Antonio estaba doblado por la cintura, sujetándose el estómago. El padre Amiel se columpiaba en su asiento, enjugándose los ojos. Ambos eran presa de unas incontenibles carcajadas.

Sí, carcajadas. Yo no daba crédito a mis oídos.

—¡Oh, oh, esto es una sandez! —decía el dominico con el aliento entrecortado—. Decidlo, por favor. Y entonces podremos irnos a dormir.

—¡Como el cardenal Orsini dijo a la monja! —replicó el padre Antonio, tras lo cual ambos hombres sufrieron otro ataque de risa.

Miré al escribano suplente, que no era Pierre-Bernard Aubert sino un hombre al que no reconocí y que observaba al monje y al sacerdote con perplejidad. Cuando me vio, alzó los ojos al cielo y se encogió de hombros como diciendo «a mí no me pidáis explicaciones».

Entonces el padre Amiel me vio y su sonrisa se desvaneció.

—Ah —dijo—. Aquí estáis. Podéis marcharos, maese Gentile. Maese Raymond, podéis empezar en un nuevo pliego de pergamino. Como veis, el interrogatorio continúa.

—Continúa en vano —intervino el padre Antonio en un curioso tono de voz que podría describirse como jovial si no hubiese sido a la vez tan pomposo—. Nunca conseguiréis quebrarme, hermano.

—No, nunca os quebraré. Aborrezco la fuerza física. Y ahora, si recuerdo correctamente, estábamos discutiendo la cuestión de si la perversidad en el deseo carnal lleva inevitablemente a la perversidad de pensamiento. Tal vez no sepáis que los herejes que se suelen conocer como cátaros o albigenses sostienen que la cópula es un pecado porque engendra criaturas. Ésta creencia errónea se basa en el argumento de que nuestro mundo es el reino de Satanás y que, por tanto, concebir un hijo es condenar a otra alma al tormento del encarcelamiento terrenal.

—¿No convenís conmigo en que tales enseñanzas alientan otra forma de coito carnal, es decir, la sodomía, mediante la cual no se engendran hijos?

Suspirando, me dispuse a desempeñar mi trabajo. Aquél segundo día no fue como el primero. Estuvo lleno de tensión, de réplicas cortantes, estallidos nerviosos y risas inapropiadas. El curso del interrogatorio derivó en diversas ocasiones hacia caminos extraños e inútiles; hubo discusiones sobre la memoria, la enfermedad, el lugar del humilde pene en la creación de Dios… El padre Antonio contó su historia personal y fue acusado de despreciar a los hombres a quienes había servido. Luego, se produjo un acalorado debate sobre la obediencia y la humildad, que se serenó con la llegada de la comida del mediodía, que consistió de nuevo en pan y agua. Debo deciros que, alcanzado este punto, el padre Amiel estaba pálido como la muerte. Sin embargo, salvo una ligera tendencia a hablar con brusquedad en los momentos de extrema irritación, no mostraba ningún otro síntoma de fatiga.

El padre Antonio estaba cada vez más afónico y bebió grandes cantidades de agua. En una ocasión, salió escoltado de la habitación a aliviarse. Mientras estaba ausente, me volví hacia el padre Amiel.

—Padre, ¿necesitamos todo este material? —le dije—. ¿No me permitiríais

resumir, a mi discreción…?

—No.

—Pero…

—No quiero que se pierda nada. Nada. Su arrogancia es prodigiosa… Le ha pervertido la mente. Con cada palabra que pronuncia se condena.

—¿De veras? —Mirando al monje con expresión de duda, me pregunté si no sería su propia mente la que había empezado a desencaminarse. Las noches en vela pueden acabar con los poderes del raciocinio—. Padre, tenéis que estar muy cansado…

—No es asunto vuestro, Raymond.

Tal vez su actitud parecía más cáustica debido a la fatiga, pero os aseguro que, sea cual fuere la causa, su tono de voz me despellejó, literalmente. Me encogí ante sus palabras, enojado y mortificado, y me dije que aunque quizá me mereciera aquella respuesta, aquel tratamiento era impropio de un hombre de Dios. Por consiguiente, a partir de aquel momento trabajé enfurruñado, albergando una suerte de resentimiento avergonzado contra el padre Amiel. Pensé: «¿Por qué tengo que transcribir todas estas sandeces? No guardan relación alguna con el caso». Me lamenté de mi desgraciada situación y anhelé tomar un poco de vino.

Entonces, de repente, advertí que había estallado otra disputa.

Los dos hombres llevaban un rato conversando acerca de santo Domingo y sus primeros seguidores. Al parecer, estos dominicos habían sufrido los asaltos de los demonios. Los primeros frailes de Saint Jacques, en París, habían sido atormentados por toda suerte de visiones sensuales, lo cual los obligaba a velar los unos por los otros durante la noche. Muchos fueron poseídos por el demonio y algunos se volvieron locos. Comentando este historial de persecución, el padre Antonio apuntó astutamente que los dominicos estaban tan familiarizados con las visitaciones diabólicas como todo el mundo; de hecho, los asaltos demoníacos se habían cebado en ellos, especialmente. El padre Amiel replicó que, por tratarse de hombres de una santidad extraordinaria, habían atraído la ira de Satán de una manera especialmente virulenta, y afirmó que habían sido mártires y no pecadores.

—Pero algunos estaban siendo castigados por sus pecados, ¿no es cierto? —objetó el sacerdote—. Creo recordar que, en una ocasión, el diablo le presentó a santo Domingo un papel en el que estaban escritos todos los pecados de su comunidad…

—Que eran muy pocos —lo interrumpió el padre Amiel, enojado—. Satanás luchaba contra santo Domingo con todas las armas de que disponía. Fue un intento de desazonar al santo… Y fracasó.

—¿Queréis decir entonces que la comunidad atrajo la persecución por su piedad y no por su maldad?

—Exacto.

—Lo cual explicaría el hecho de que los dominicos, hoy en día, no sean objeto de

asaltos demoníacos.

Era un golpe inteligente y efectivo. No pude por menos que admirar el ingenio del padre Antonio. Conteniendo una sonrisa, miré al padre Amiel y vi que entornaba los ojos y tensaba la mandíbula. Sin lugar a dudas, si no hubiese estado tan fatigado, el insulto no habría perforado su gruesa coraza de imperturbabilidad. Sin embargo, en aquellas condiciones, la ofensa que le causó pudo medirse en la maldad de su ataque siguiente contra la moral de los clérigos seculares, con especial mención a la sodomía, la brujería, la simonía, el nepotismo y las perversas inclinaciones carnales de los italianos.

Por algún medio (y sé que os resultará difícil de creer), el dominico había recibido la misma información sobre los hábitos de apareamiento de la Lombardía que Othon me había confiado hacía pocos meses. Tal vez recordéis que Othon había comparado a los lombardos con los sementales que cubren a las yeguas. El padre Amiel fue aún más allá: de esta preferencia extrajo la conclusión de que o bien los lombardos eran terriblemente feos —y por tanto les daba miedo que sus mujeres los vieran de frente —, o bien tenían una inclinación natural a montar a perros o a otros hombres.

A continuación, procedió a demostrar, mediante la exégesis bíblica, que, tradicionalmente, los romanos habían sido sodomitas y citó el comentario de san Pablo, en su *Epístola a los Romanos*, acerca de hombres que «se encendieron en sus concupiscencias los unos con los otros». Lo hizo con especial astucia, utilizando con frecuencia la frase «porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree, del judío primeramente y también del griego». Además, citó a un gran número de autores clásicos, mientras que el padre Antonio lo atacaba con toda suerte de alusiones clásicas contradictorias, enfrentando a Ganímedes con Venus, a Narciso con Apolo y a Tiresias con Rómulo.

Al final, el debate se encendió tanto que el padre Antonio, en un ataque de ira, agarró su banqueta y la lanzó contra el padre Amiel. El dominico recibió un golpe en la cabeza y, cuando lo vi caer, grité pidiendo ayuda. Si bien me sentía cada vez más nervioso por el tono del debate, os aseguro que no esperaba en absoluto que se produjera un acto violento, por lo que mi desconcierto y confusión fueron tales que no supe si atacar al padre Antonio antes de ocuparme del padre Amiel o si el fraile requería mi atención inmediata.

Por fortuna, el padre Antonio quedó satisfecho con un solo golpe y, cuando los centinelas irrumpieron en la habitación, lo encontraron despotricando contra el monje que yacía en el suelo. Tartamudeando, les di instrucciones, y el capellán se debatió para defenderse del trato severo que le dedicaron los centinelas. El padre Amiel se incorporó, nervioso y aturdido, con una herida sangrante en la sien.

Presioné la brecha con el mismo pañuelo que él me había entregado no hacía muchos días.

—¿Padre? —dije—. ¿Me oís?

—Sí.

—¿Me veis? ¿Estáis mareado?

—¡Pues claro que os veo! —Trató de ponerse en pie con un esfuerzo—. No ha sido más que un arañazo en la cabeza —dijo entre susurros y jadeos, pero de una forma absolutamente coherente—. Ayudadme a levantarme. ¡Guardias! —gritó—. ¡Soltad al prisionero!

—Padre —dije—, deberíais permanecer tumbado.

—No digáis sandeces.

—Estáis perdiendo sangre.

—No será por mucho tiempo.

—¡Padre, no podéis continuar!

—¡Puedo y debo! —Tembloroso de pies a cabeza y con dificultades para mantener la estabilidad, se agachó a recoger su banqueta volcada. Tuve que sostenerlo, pues, de otro modo, se habría caído. Tenía huesos de pollo, frágiles y sin carne, y noté su pulso acelerado bajo mi mano.

Entonces me dio un empujón y se lavó la cara con el agua de una jarra.

—Podéis marcharos —dijo a los centinelas.

—Pero, padre…

—¡Marchaos! Y vos, maese Raymond, devolved al hermano Antonio su banqueta. Hermano, ¿cuál era vuestra relación con Guillaume Monier? ¿Conocíais a alguna de las personas que estaban a su servicio?

Aquél hombre era indomable, os lo juro. Restañándose la herida con la mano, continuó el interrogatorio del acusado como si no hubiera sucedido nada, adoptando de nuevo su tono de voz seco y monótono. A medida que transcurrían las horas y seguía sin dar muestras de fatiga, me embargó una suerte de temor reverente hacia él. Recordé los débiles huesos que sostenían su magro cuerpo y me maravillé de su fuerza. Vi que el color de su tez cambiaba de blanco a gris y sentí respeto. Pensé que su espíritu era invencible y su voluntad, inquebrantable. Era un gran hombre y yo no era nada. ¿Qué iba a conseguir albergando resentimientos contra una persona como aquélla? Él siempre prevalecería y yo debía someterme a sus juicios. Tal vez mi sumisión haría que volviese a ganarme su aprecio.

Esto fue lo que pensé o, mejor dicho, lo que el corazón me dictó. Mi ira se había extinguido y volvía a imperar mi estima por el monje. Una vez más, anhelé su beneplácito y escribí afanosamente hasta que me dolieron las muñecas, temiendo que si pedía un breve descanso, el padre Amiel me consideraría un débil y un inútil.

Cuando las campanas llamaron a completas, sin embargo, ya no pude seguir más. Escribía despacio, me dolía la espalda y tenía los dedos tan agarrotados que, cuando solté la pluma, no se enderezaron por sí solos, sino que tuve que utilizar los de la otra

mano para extenderlos. Vencido, iba a pedirle que me relevara cuando, en aquel preciso momento, entró Pierre-Bernard Aubert dispuesto a hacerlo.

El padre Amiel no pronunció palabra alguna de despedida. Cuando me fui, estaba enfrascado en un profundo diálogo acerca del Espíritu Santo y no pareció notar mi marcha. Debo deciros que aquello me descorazonó en grado sumo porque me había vuelto como un niño, siempre deseoso de atención.

Como hiciese David, rogué a mi señor que volviera sus ojos hacia mí. Como Asaf, mi espíritu estaba abrumado.

Mientras salía de la prisión, me abordaron diversos centinelas que querían saber si el interrogatorio continuaba. ¿Aguantaba el clérigo el ayuno? ¿El padre Amiel no daba muestras de un inminente desmayo? Poco a poco, me resultó evidente que el personal de la prisión se dedicaba a apostar sobre el resultado del enfrentamiento entre el padre Antonio y el padre Amiel. De hecho, reinaba en el lugar un aire de expectación inconfundible.

Imaginad mi sorpresa cuando, al llegar al priorato, capté una atmósfera de agitación contenida similar a la de la cárcel.

—¿El padre Amiel todavía continúa? —me preguntó el portero cuando me franqueó el paso. Le confesé que sí y me dirigí a la sala capitular, donde me dijeron que esperase. Al cabo de poco aparecieron dos frailes y uno de ellos se presentó como el prior Hubert. Yo le dediqué una profunda reverencia. El prior Hubert sonrió con afecto y me preguntó si me encontraba a gusto en mi diminuta celda. Era un hombre corpulento, de tez rojiza y aire sereno, con una voz hermosa y unos ojos como botones negros.

—Oh, sí, padre —farfullé—. Muy a gusto.

—El padre Amiel me ha hablado de vos y os profesa una gran admiración. Dice que dominái s el arte de escribir con las dos manos. ¿Es eso cierto?

—Sí, padre.

—De todas formas, a pesar de esa ventaja, debéis de estar muy cansado —comentó el prior. De repente, advertí que me estaba frotando las muñecas, primero una y luego la otra. Me ruboricé y asentí.

—Ha sido un día muy largo.

—¿Y la noche lo será también?

—Para el padre Amiel, tal vez sí.

—¿Prosigue el interrogatorio?

—Sí, padre.

—¿Y pensáis que concluirá antes de que amanezca?

—No sé, padre. No podría decirlo.

El prior asintió. Después, me preguntó si el padre Amiel hacía pausas abundantes en el trabajo y con qué frecuencia comía, bebía, vaciaba la vejiga y salía de la

habitación que le habían asignado. ¿Rezaba de vez en cuando? ¿Se retiraba en algún momento a un rincón para comunicarse con Dios?

Preocupado por el dolor de espalda y de manos, respondí lo mejor que supe. Al final, el padre Hubert pareció quedar satisfecho y me dijo que las plegarias de la congregación estarían aquella noche con el padre Amiel. Acto seguido, me indicó que fuera a la cocina a pedir comida.

—¿Y cuál es la actitud del hermano Amiel? —preguntó el prior volviéndose hacia mí antes de marcharse—. ¿Conduce los interrogatorios de una manera calmada o son éstos violentos y tempestuosos?

—Oh, el padre Amiel siempre está calmado, padre. Siempre. Es su carácter, creo.

—¿Sí? —El prior me observó unos momentos, asintió y se marchó, ante lo cual seguí su consejo y fui a la cocina a buscar algo con que alimentarme.

Canto XIII

Aquélla noche me visitó un sueño muy extraño. Soñé que el dolor que sentía en las manos (del cual fui consciente incluso mientras dormía) no era consecuencia del excesivo trabajo, sino que me lo enviaba el propio Dios. En efecto, soñé que tenía en ellas la señal de los estigmas. Cuando me despertó el tañido de la campana, reinaba la oscuridad; aún era noche cerrada y deduje que el campaneo llamaba a los monjes al oficio de maitines.

Tendido en la cama, los oí pasar ante mi puerta arrastrando los pies. Capté el tintineo de las llaves y unos carraspeos. Los ruidos no tardaron en cesar, pero seguí despierto. Me sentía abrumado de miedo, aunque no sabía por qué, e impaciente por hablar con el padre Amiel. Sólo él podía iluminarme, pensé. Sólo él podía explicar aquel sueño y ofrecerme palabras de consuelo que vertieran aceite sobre las aguas revueltas de mi alma. ¿Seguiría aún en la prisión o habría regresado ya?

De repente, sentí la necesidad imperiosa de averiguarlo.

Retiré las mantas, salté de la cama, crucé la celda y salí al pasadizo. Por fortuna, había luna llena. Su luz entraba por el ventanuco de la celda del padre Amiel e iluminaba la puerta abierta, el lecho vacío y las mantas intactas. ¿Tal vez había hecho la cama antes de dirigirse al rezo de maitines? Ninguno de los demás hermanos lo había hecho, pero, como yo bien sabía, el padre Amiel era excepcional.

Así pues, me dirigí a la iglesia para averiguar por mí mismo si estaba presente.

Con frecuencia se me ha ocurrido que, cuando Dios habla, debe de hacerlo con música. Quizá sea ésta una opinión herética, no lo sé; sin duda, doctos teólogos habrá que sepan contrastar tal opinión con extractos de las Sagradas Escrituras. En cualquier caso, cada vez que oigo una misa cantada, cada vez que oigo entonar los salmos, cada vez que mis oídos, por un afortunado azar, son cautivados por el sonido maravilloso de unas voces conjuntadas, no en una nota, sino en muchas (produciendo así una divina armonía polifónica), cada vez, en fin, que escucho tales sones, me siento inundado de un profundísimo reconocimiento de la gracia de Dios y de la percepción de su amor infinito; pues la música sacra, en su belleza, su pureza y su perfección espiritual, ha de ser cuando menos un regalo divino. Y, sin duda, si uno tuviese la dicha de oír la voz de Dios, su alma rebosaría de gozo como lo hace, en cierto grado, cuando se siente arrebatada por una melodía inspirada por Polimnia, la musa del Canto Sacro.

Hago este comentario para que tengáis una idea aproximada de lo que sentía cuando llegué a la iglesia y oí el cántico. Fuera, el mundo quedaba como muerto: oscuro, silencioso, frío, inmóvil, todos los ojos cerrados y todas las voces, mudas. Dentro, rimeros de velas iluminaban vidrio y metal, piedra caliente y rica seda, mientras los frailes, en apretadas filas, cantaban como un coro de ángeles. Amigos

míos, ¿cómo podría yo imitar con esta humilde viela la perfección de esa música? Cada nota era un paso en una danza etérea en la que dos hileras de danzantes se cruzaban, giraban y volvían a cruzarse, trazando vívidos y hermosos dibujos en el aire. Cada nota era una gota cristalina de una cascada efervescente, un hilo que llevaba mi espíritu al éter, donde parecía unirse a otros espíritus brillantes en un coro de alegría, prodigio y loa.

Del pozo de la aflicción, me vi transportado en un suspiro a un estado de arrobamiento. Por un instante, mi corazón fue uno con el de los monjes allí congregados: entendí qué hacían allí, en plena noche, mientras el resto del mundo yacía en un sueño embrutecido, ajeno a las obras de Dios. «Despertaos, salterio y arpa; yo despertaré al alba. Te alabaré, Señor, entre los pueblos; a ti cantaré salmos entre las naciones». Vi que el oficio de maitines no era una obligación, sino un privilegio. Vi que no era una ocasión de sufrimiento, sino un don, un placer, una alegría. Vi que nada puede ser más placentero que dar alabanza a Dios con la música, que une y libera, que llena y vacía e impregna el alma de una luz dorada. Quizás esa luz dorada es el amor de Dios, no lo sé; lo único que puedo decir es que, por un brevísimo instante, dejé de sentirme a la deriva. Me sentí una piedra de las que sostenía la pared que tenía a mi espalda. Me sentí un miembro más del coro y un hijo amado de la Madre Iglesia.

Terminó el motete y empezó otro cántico, y yo me encontré de nuevo en un rincón en sombras, solo, contemplando a distancia a la comunidad de elegidos de Dios.

El padre Amiel no estaba entre ellos. Llegué a esta conclusión después de una minuciosa observación y volví a la cama antes de que terminara el oficio. No dormí más. Me quedé allí tendido mientras la luna cruzaba el cielo, las estrellas se desvanecían y los pájaros saludaban al alba con sus trinos, hasta que su coro quedó apagado por el sonido de las campanas.

Me levanté con el sol. Me vestí, me aseé, bebí unos tragos de agua, me sumé a los monjes en su rasurado semanal y dejé el priorato camino de la prisión. Me notaba en un estado mental muy raro. Si tuviera que describirlo para edificación vuestra, diría que no me sentía en absoluto yo mismo. Era como si no ocupase mi cuerpo. A mi alrededor, las calles sombrías adquirían un cariz ominoso, cada puerta era la amenaza de un destino incierto y cada figura apenas entrevista adquiría un aspecto curiosamente extraño. La prisión, cuando llegué, resultaba una visión terrible. Los centinelas parecían mirar de soslayo, con las facciones contraídas. Y arriba, en la estancia habilitada para la *inquisitio* del padre Amiel… Bien, permitid que os cuente lo que vi cuando entré.

El padre Amiel, debajo del reducidísimo ventanuco, observaba el retazo de cielo rosado que se distinguía mientras canturreaba quedamente. Su voz fina y pura sonaba

algo cascada por el exceso de uso. Su cántico, un salmo conocido como el *Miserere*, sonaba aún más patético con su afonía en los registros altos. «Ten piedad de mí, oh Dios, en tu bondad», cantaba. «Por la grandeza de tu compasión, borra mi ofensa». Cuando hice mi entrada, no se volvió: estaba ajeno a todo, salvo a la canción y a aquel lejano retazo de cielo.

En el otro extremo de la estancia, el padre Antonio se hallaba acurrucado con los codos apoyados en las rodillas y el rostro oculto entre las manos. Hundido en la más profunda desesperación, él tampoco parecía haber reparado en mi presencia.

—¡Oh, Dios! —decía—. ¡Ayúdame, Dios mío!

Sólo el notario, maese Gentile, levantó la mirada. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y ante él se disponían descuidadamente sus plumas y pergaminos. Nada más verme, su expresión furtiva, asustada y algo hostil se transformó en otra de alivio. Se levantó de la banqueta de un salto e intentó escabullirse de la celda cuando yo apenas había cruzado el umbral.

—¡Esperad! —le susurré—. ¿Adónde vais?

—Lejos de aquí.

—Pero…

—Soltad.

Se desasió y desapareció por el pasillo a toda prisa. Entretanto, el padre Amiel continuó cantando: «En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre», mientras el padre Antonio se mecía hacia delante y hacia atrás entre sollozos.

—¿Es esto el amor de Dios? —graznó el capellán—. ¿Estar maldito de esta manera? ¿Estar condenado desde el nacimiento, sin remedio?

—«Purifícame con hisopo y seré limpio; lávame y seré más blanco que la nieve».

—¡Vos no podéis comprender! ¡No podéis saber…! —gimió el sacerdote.

El padre Amiel se interrumpió bruscamente y replicó:

—Lo sé.

—¡Imposible!

—Lo sé —repitió. A continuación, dio media vuelta, reparó en mí y señaló la mesa con un gesto de la cabeza. Tenía los ojos inmensos, circundados por unas grandes ojeras violáceas que parecían contusiones. Cuando dio unos pasos, pareció que se ladeaba un poco.

Me deslicé en mi asiento sin decir palabra. La atmósfera de la celda se notaba viciada. El padre Antonio estaba sudoroso y maloliente, y el padre Amiel, algo menos. Y si el agotamiento del capellán quedaba de manifiesto en sus secreciones corporales, en la rigidez de sus articulaciones, en sus cabellos erizados, en la voz espesa y en los movimientos pesados, el monje parecía estar casi reseco, a punto de marchitarse. Con aquel aspecto titubeante, casi a la deriva, y la ronquera, los labios cuarteados, las mejillas hundidas y un color que evocaba los días más deprimentes de

noviembre, tenía el aspecto de una hoja muerta que arrastraba el viento.

Más que un cadáver momificado, parecía el recuerdo de éste. Un recuerdo difuso y vacilante.

—Vos no tuvisteis padre —declaró por fin, dirigiéndose al padre Antonio—, pero el que yo tuve no llegó a serlo. Un padre que era débil cuando debería haber sido fuerte, cruel cuando debería mostrarse amable, desdeñoso cuando debería haber mostrado complacencia…

—¡Por lo menos, vos tenéis un apellido! —exclamó el capellán.

—Un apellido que me ha traicionado. Un apellido manchado de sangre, dolor, miedo y odio. ¡Un apellido al que con gusto renunciaría!

—¡Sólo decís eso porque es vuestro para siempre! ¡Lo lleváis grabado en vos! ¡Yo soy fruto del adulterio y esto no puede cambiarse! ¡Es una mancha que llevo en el corazón! Una mancha en el corazón…

La voz del padre Antonio se hizo ininteligible entre sollozos; mis esfuerzos por distinguir sus palabras fueron absolutamente inútiles, En cuanto al padre Amiel, se acercó al acusado y posó una mano sobre su cabeza hundida.

No pude evitar el recuerdo de la ocasión en que me había tocado a mí de un modo parecido. Reviví con gran claridad la sensación de consuelo que me había producido el contacto. El padre Antonio, en cambio, continuó abatido. De hecho, sollozó más intensamente que nunca.

—Amigo mío —dijo el dominico con la más suave de las voces—, Dios lava incluso tales manchas.

—No. No…

—«¿Qué pensáis vosotros, los que en la tierra de Israel usáis este refrán que dice: “Los padres comieron las uvas agrias, y a los hijos les dio dentera”? Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que nunca más tendréis por qué usar este refrán en Israel».

—¡Vos no sabéis nada! ¡Nada!

—Sé que Dios nos ama a todos.

—A mí, no.

—Sí.

—… mancha secreta…

—«El hijo no llevará el pecado del padre» —murmuró el padre Amiel—. «Por eso os juzgaré, casa de Israel, a cada uno según su conducta, dijo Jehová, el Señor». No os corresponde cargar con los pecados de vuestro padre, hermano Antonio. Son los vuestros los únicos que pueden manchar vuestro corazón… y el perdón de Dios también los lavará.

—¡Oh…! ¡Oh…!

—«¡Crea en mí, Señor, un corazón limpio!». —El tono del padre Amiel tenía la ternura de una caricia maternal—. Vuestro corazón tiene una herida, hijo mío, y esa

herida supura, se corrompe por la corrupción del pecado. Vos la tratáis, os esforzáis por ocultarla, pero ¿qué se puede ocultar al Señor? Él todo lo ve y todo lo sabe. «Pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón». Hermano, el peso de vuestra carga es inmenso. ¿Por qué no encontráis placer en las cosas sencillas? ¿Por qué estáis exiliado de la comunidad de esperanza, alegría y gratitud?

—¡Por causa de mi padre!

—No, hermano Antonio. Miradme. ¡Es por causa de vuestros pecados! —El monje tomó en su mano la barbilla del capellán y, con suave insistencia, tiró de ella hasta obligarlo a levantar el rostro—. Si los pecados de vuestro padre os ataran, hijo mío, ¿por qué medios podríais liberaros? No habría solución para vos, ni esperanza. Pues, ¿qué podríais hacer? ¡Nada!

»Pero os digo que las esperanzas existen, pues los pecados son vuestros. Aunque sean del color de la grana, con un simple acto de contrición se harán blancos como la nieve. ¿Recordáis las palabras de Juan el Apóstol? «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos de toda maldad». Liberad el peso de vuestro corazón, hijo mío, pues yo sé que os condena. Sé que la vergüenza que hay en él no deja entrar el amor de Dios. «Amados, si muestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios». Pensad… ¡Pensad solamente en el beatífico alivio! ¡Confiar en Dios! ¡Abrirse a su presencia! A pesar de vuestros esfuerzos por desoírlas, vuestras dudas, vuestros tormentos, vuestra culpa os han seguido corroyendo el alma como una gangrena. Lo sé. Lo noto. Y me compadezco de vos. ¡Cómo me compadezco! Reboso de pena por veras vagar en esa espesura…

—¡Ahhh! —clamó el capellán. Se hincó de rodillas y rodeó con sus brazos la cintura del padre Amiel—. ¡Que Dios me perdone! ¡Que Dios me perdone!

—Lo hará.

—¡He pecado! ¡Soy un pecador!

—Todos lo somos…

Tan sólo podía ver al dominico de perfil, y le observé cuando bajó la mirada al padre Antonio. Con las manos ligeramente apoyadas en la cabeza y el hombro derecho de éste, parecía que hacía un esfuerzo por mantenerse en pie ante la fuerza del abrazo del sacerdote. Su expresión era inescrutable.

—¡Estaba tan furioso…! —gimió el acusado con la voz amortiguada por los pliegues del hábito del fraile—. Mi ponzoñoso orgullo… lo envenena todo, como una serpiente que me envuelve…

—Pobre Antonio…

—Pensé: «¿Cómo puedo tolerar que este campesino, este rústico fanfarrón a medio educar, tenga tal influencia sobre el cardenal, sobre mi cardenal? ¡Tal vez sea

un bastardo, pero llevo sangre noble!». Guillaume Monier era hijo de un zapatero remendón…

De repente, me di cuenta de que estaba asistiendo a la confesión. Esto era lo que el padre Amiel llevaba buscando desde hacía dos días y dos noches. Levanté la vista y encontré sus ojos clavados en mí, y en ellos brillaba una mirada grave e intensa.

Obediente, me incliné una vez más sobre mi trabajo y seguí escribiendo como si la pluma todavía estuviera investida de la capacidad de volar.

—Ése hombre era una mala influencia —balbució el padre Antonio—. Sólo le importaban las cosas vulgares y mundanas: las joyas, los perros, los caballos… ¡y los muchachos! ¡Los muchachos! Siempre me pregunté si tal cosa era verdad… Tenía la esperanza… El temor… ¡Y ahora me decís que era un sodomita! ¡Y un hechicero! No es extraño que muriese como lo hizo, la maldi…

No os relataré todo lo que contó el padre Antonio. En esencia, no difirió en absoluto de los testimonios de Masseo y Girolamo di Vico. El sacerdote se había propuesto que Guillaume Monier languideciera gradualmente, de un modo que no levantara comentarios. Con este fin, había estudiado libros y dominado ciertos ritos. Él mismo, con gran dificultad, había tallado una imagen de madera, que había empleado para crear un molde, que le había servido a su vez para modelar una imagen de plata. Reveló que se había hecho con el metal mediante el robo. Masseo lo había fundido y el padre Antonio había grabado un nombre en la estatuilla con sus propias manos. Nadie más le había ayudado en la realización del encantamiento, que no se había completado todavía cuando el camarero apareció sin vida y sin sus atributos.

—Si murió, no fue por mis acciones —murmuró el capellán—. Mi hechizo estaba incompleto. Lo mató, sin duda, alguno de los espíritus diabólicos que utilizaría para alcanzar sus rastreras ambiciones. ¡Debería haber adivinado que era un brujo! ¿Por qué otro medio habría podido ganarse la confianza del cardenal como lo hizo?

—¿Sabéis de alguien, quien sea, que pudiera asesinado? —inquirió el padre Amiel—. ¿Alguien que pudiese acceder por algún medio a su alcoba?

—No.

—¿O que pudiera pagar a uno de su casa para…?

—¡No! ¡Ya os lo dije!

—Muy bien. Proseguid.

El padre Antonio continuó divagando largo rato: recitó un relato pormenorizado de las ofensas del camarero, suplicó perdón por sus pecados y prestó testimonio de la absoluta fatiga de su alma, de su desdichada existencia y de sus desesperanzadas perspectivas. El padre Amiel respondió en tono grave y sereno, con palabras dulces y apenadas que estimularon al capellán a continuar adelante, paso a paso. Cuando, finalmente, hubo exprimido la última gota de jugo del padre Antonio, el fraile

murmuró una armoniosa plegaria sobre su cabeza. A continuación, con visible alivio, se liberó del abrazo desesperado del acusado, le ordenó levantarse y le instó a alegrar el ánimo.

—Estáis en paz con el Señor —le dijo—. Os habéis purificado del pecado.

—No me abandonéis…

—El Señor no os abandonará.

—¡Estoy muy solo!

—No lo estáis, si moráis en el Señor.

—Pero ¿dónde está Él? —preguntó el padre Antonio—. ¡Aquí, no!

—Claro que está aquí. Está presente en nuestro amor. —El padre Amiel hundió el dedo índice en el pecho del sacerdote—. «Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios». Ahora, id y rezad. Rogad por la bendición del amor divino. Sé que os será concedido.

—¿De… de verdad?

—Desde luego.

Apartándose del padre Antonio con paso algo vacilante, el dominico llamó a los guardias y les dio instrucciones de que se llevaran al prisionero con suavidad y de que lo trataran en adelante con caridad y afecto. Como imaginaréis, los dos carceleros se miraron con una mueca de perplejidad y le respondieron con voz ruda y sardónica.

—Sí, padre.

—Si vos lo decís, padre.

—¡Rezad por mí! —suplicó el capellán, tomando la mano del padre Amiel cuando se lo llevaban—. ¡No me olvidéis!

—No lo haré.

—¡Venid a verme! ¡Ayudadme en este trance! ¡Necesito vuestras oraciones!

—Las tendréis.

Calmosamente, el dominico despidió a los tres hombres y esperó a que desaparecieran. Sólo entonces dio media vuelta y regresó renqueando a su asiento, en el que se derrumbó como si las rodillas ya no le sostuvieran más.

—Dios se apiade de él —murmuró con un suspiro. Cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la frente en ellos—. ¿Os habéis perdido algo?

—Ni una palabra, padre.

—Bien.

Se produjo un silencio. Quise recomendarle que comiera, que bebiera, que descansara, pero algo en su ademán hizo que me contuviera. Quise felicitarlo por su triunfo, pero no encontraba las palabras adecuadas; así pues, seguí sentado allí como un tonto hasta que el largo silencio y la profundidad de la respiración del padre Amiel me dijeron que se había quedado dormido.

No quise despertarlo. Habría sido una crueldad. Así pues, tomé la pluma una vez

más y, después de ordenar los pergaminos esparcidos a mi alrededor, empecé a pasar a limpio la interminable declaración. Alargué contracciones, realicé las adecuadas omisiones y escamoteé alguna frase, trabajando en el mayor silencio posible. Mi pluma danzaba al son de los ronquidos del dominico; unos ronquidos que me divirtieron, debo decir, pues era tranquilizador comprobar que el fraile tenía una debilidad humana, por lo menos, aunque fuese insignificante.

Apenas había trascrito una cuarta parte de la declaración revisada del capellán cuando los resoplidos se entre cortaron y el padre Amiel despertó con un sobresalto.

—¿Qué? —exclamó, pestañeando, y añadió—: ¿Me he dormido?

—Sí, padre.

—¿Y cómo no me habéis despertado?

—No he visto motivo para hacerlo.

—¿Qué andáis haciendo?

—Reviso las anotaciones.

—¡Ah!

Con un bostezo, el fraile se pasó la mano por las arrugas del rostro y guardó silencio, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos.

Reanudé mi trabajo, pensando que él lo preferiría, y durante un rato no hubo más sonido que el garabateo de la pluma sobre el pergamino. Finalmente, lo oí murmurar:

—La *inquisitio* ha concluido.

—Se ha demostrado que las acusaciones de brujería contra Masseo di Vico y su hijo eran fundadas —continuó, rotundo—, aunque resulta imposible saber si sus prácticas fueron la causa de la muerte de Guillaume Monier. No me corresponde a mí perseguir al escurridizo caballero Etienne de Puy. Si Guillaume atrajo la muerte sobre sí mediante el empleo de nigromancia, no estoy autorizado a investigar sus acciones. Se diría que lo sucedido fue un castigo enviado por Dios.

—Pero… pero ¿qué me decís de Durand Rouiard? —protesté, con el corazón desbocado—. ¿Y de Pierre-Julien Fauré? ¿Y si ellos también son nigromantes?

El padre Amiel meditó un instante su respuesta.

—Hablaré de ellos al Santo Padre —dijo por último—. Puede que Su Santidad amplíe mis atribuciones, o que decida limitarse a aguardar con la esperanza de que se faculte al Santo Oficio para examinar a uno de los suyos. —El dominico se puso en pie ceremoniosamente y me miró, impasible—. Cuando hayáis terminado esta declaración y las que queden por acabar, habrá que leérselas a los respectivos testigos. Después, sois libre de marcharos. Creo que os debo cierta cantidad; se os pagará tan pronto haya calculado la suma exacta. Naturalmente, os deseo buena suerte. Me habéis proporcionado una ayuda eficaz e inteligente y os lo agradezco. Os lo agradezco mucho.

Se dispuso a marcharse y, antes de que lo hiciera, alargué la mano y lo agarré por

una manga.

—¡Padre! ¡Esperad! —exclamé—. Yo… yo…

—Naturalmente, el priorato sigue abierto para vos, de momento. —Mostrando cierto enojo, el fraile intentó desasirse, sin conseguirlo—. Pero os pediría que buscarais otro alojamiento en cuanto os sea posible. Maese Raymond, por favor: me romperéis el hábito.

—¡Esperad! ¡Esperad! Yo… Yo quería…

¡Qué quería! Amigos míos, lo que deseaba era seguir a su cargo. Me aterrorizaba la perspectiva de ser arrojado al mundo prácticamente sin amigos, sin familia, sin propiedades y, por encima de todo, sin su guía benevolente, que se había hecho fundamental para mí. Me parecía que era el único salvavidas que me preservaba de un mar tumultuoso de libertinaje, desavenencias, soledad y desespero.

Pero ¿qué podía reclamarle? Nada en absoluto. No había ningún motivo para que me regalara su tiempo y su atención, una vez dejaba de estar a su servicio; ni siquiera su benevolencia, puesto que le había fallado. Aunque me llamaba hijo suyo, no lo era. Aunque dormía en el priorato, no era su hermano. Lo único que nos vinculaba era mi necesidad.

«Él es la puerta de mi salvación», pensé. Entonces recordé mi momento de iluminación en maitines, aquella mañana. Y, al tiempo que el borde de su manga se me escurría entre los dedos, me así frenéticamente a la única idea, a la única solución que, por terrible e intimidante y tal vez ridícula que fuese, parecía proporcionarme una salida. O, mejor dicho, una entrada.

—Padre, yo… yo…

—¿Qué? —Parecía muy cansado—. ¿Qué queréis?

—Padre, ¿querréis…? Esto… —¡Ah, cuánto temía pronunciar las palabras! Sólo el aire de impaciencia del dominico las hizo salir por mi boca—. Padre, deseo hacerme hermano lego.

Lo vi pestañear. Esperé. Tembloroso y jadeante, me retrepé en mi asiento.

—¿Queréis haceros hermano lego? —repitió por último, tan despacio que malinterpreté el tono en que lo decía.

—¿No es posible? —inquirí con un hilillo de voz.

—Claro que sí. Si es de veras que lo queréis hacer.

—¡Lo es! ¡De verdad! —y lo era. En aquel momento, no veía alternativa.

—Muy bien. —Me lanzó una mirada penetrante y añadió—: Entiendo que deseáis convertiros en hermano lego dominico, ¿no es eso?

—Sí. ¡Oh, sí! Si vos me ayudáis, padre. ¿Lo haréis? Por favor…

—Desde luego. —De pronto, una gran sonrisa iluminó su rostro como si el sol asomara entre las nubes con todo su brillo—. Me sentiré muy honrado. Encantado. Raymond, éste es un regalo que aprecio en grado sumo. Es, en verdad, un día gozoso.

—Se inclinó posó las manos en mis hombros y me besó en ambas mejillas—. Venid —continuó—. Comed conmigo y luego hablaremos. Porque ahora tenemos mucho de qué hablar, ¿verdad? «Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos». ¡Qué bendición! La oveja descarriada es devuelta al rebaño. Alaba al Señor, espíritu mío, porque un hijo amado ha sido liberado del poder de las tinieblas.

Si esto último era cierto o no, no sabría decido. Pero cuando el padre Amiel me tomó de la mano, con una calidez desusada, y me escoltó fuera de la estancia, sentí que, sin ningún género de duda, me había liberado de algo.

Sólo había un pero: ojalá la perspectiva de lo que me esperaba no me hubiera producido tanto miedo.

QUINTA PARTE

Canción de la seducción

Canto I

Amigos, amigas, contemplad el cuerpo de este pecador. ¿Qué veis? Pelo, sin lugar a dudas, suficiente para llenar el colchón de un rey. Una nariz de proporciones monstruosas. ¿Qué más? Una boca hecha para besar, una voz modulada por la risa, unos ojos para las damas. Unos oídos que ahora están sordos al clamor de las campanas de la iglesia, unas manos manchadas de vino y miel, unos pies rebeldes siempre dispuestos a bailar una estampida. Y, entre estas piernas, un poderoso e insaciable deseo, tan fuerte que puede derribar una pared.

Y ahora, ¿está moldeado este cuerpo para cumplir los designios divinos? ¿Son éstos los labios que renunciarán a la carne dulce de los senos de una dama? Con su apetito voraz, ¿quedará esta entrepierna satisfecha con un par de pequeñas excursiones al año, realizadas de manera apresurada y vergonzosa, pues sabe que, si bien no se han hecho votos, ciertos actos se consideran impropios de la vida religiosa de un terciario dominico?

Tal vez penséis que no. Y, sin embargo, en mi vigésimo sexto año de vida, busqué refugio, por así decirlo, en la orden de los predicadores. Agaché la cabeza, encogí mi porte, bajé la voz e hice cuanto pude por embridar el caballo revoltoso de mi entrepierna. Con toda formalidad, me esforcé en imitar a un frailecito sin más savia que las viejas estatuas de madera que adornaban su iglesia. ¿Podéis imaginarlo? Probablemente, no. Y sin embargo, os juro que mi intención era la de convertirme en un Raymond por completo diferente. «El Raymond de Dios», en palabras del padre Amiel.

—Debéis entender —me dijo— que los ayunos, las plegarias, las vigilias y las penitencias son los medios, no el fin. Muchos terciarios creen que basta con el cumplimiento de las normas prescriptas. Creen que, si se flagelan, se les abrirán las puertas del cielo. Pero estos actos, por importantes que sean, no son más que herramientas. Son los instrumentos que debéis utilizar para encontrar a Dios. Y os ayudarán a hacerlo levantando todas las capas de concupiscencia que tenéis incrustadas en el alma. Debajo de estas capas de codicia, falsedad, lujuria, envidia, pereza —cualquiera que sea el pecado que os aflija—, existe otro Raymond, un Raymond mejor. Y es este Raymond el que descansará en la gracia de Dios.

De este modo me aleccionaba mientras regresábamos al priorato desde la prisión. Las pocas horas que había dormido (o mi piadosa pregunta) lo habían revitalizado inesperadamente: aunque su tez seguía pálida como la muerte, le brillaban los ojos y habló con gran animación hasta que llegamos a la mesa del refectorio. Allí, el silencio obligado y el peso de una buena comida parecieron adormilarlo de nuevo. Una vez en su celda, durmió toda la tarde hasta que se hizo de noche, mientras yo me distraía lo mejor que podía con el trabajo de revisar los protocolos.

Al quedarme solo, volví a sentirme inquieto. Por un lado, dudaba de mi capacidad de servir a Dios tal y como había prometido. Por otro, la fe del padre Amiel en mí parecía confirmarme que sí tenía fuerzas para hacerlo, puesto que el monje era un hombre sabio y me conocía muy bien. Al fin y al cabo, si él me hubiera considerado incapaz o indigno de la vida religiosa, me habría desalentado en mis intenciones. En cambio, había sonreído con tanto ¡cariño! ¡Con cuánta felicidad había recibido mi anuncio! Sólo un hombre absolutamente seguro de sí mismo me habría acogido en su rebaño con tan poca vacilación.

Mientras hacía mi trabajo, intenté imaginarme rezando un Padrenuestro tras otro, pero fracasé rotundamente, por lo que ofrecí una plegaria a Dios. Apiadaos de mí, Señor, supliqué. Estoy hundido en el pecado y necesito más ayuda que otros. ¿Allanaréis el sendero que tengo ante mí y me apartaréis del camino de la tentación? Si me lo ponéis muy difícil, Señor, temo fallaros.

Ésta, en esencia, fue mi plegaria. Pero soy un patán indigno, desvergonzado y pecador; lo que está claro es que si mi oración llegó al Cielo, no fue atendida en absoluto, porque, a la mañana siguiente, recibí dos mensajes. Uno de ellos era pródigo en una clase de tentaciones en las que al mismísimo san Antonio le habría costado no caer.

Los mensajes me los trajo el padre Amiel, que llegó a mi habitación mientras yo estaba aún en la cama, y, desde luego, fue una suerte que mi descanso no se hubiera visto turbado por sueños de naturaleza libidinosa. ¡Imaginad lo que ha de ser despertarse con la jabalina de uno erguida, dispuesta para la liza, y encontrarse con un monje en la alcoba! Una perspectiva horrible, por supuesto.

Sin embargo, yo dormía con la misma inocencia que un niño recién nacido. Y el padre Amiel no se vio obligado a gritarme al oído, porque en cuanto entró, me incorporé en la cama bruscamente.

—¿Padre? —pregunté—. ¿Es tarde?

—No, no —se detuvo a cierta distancia de la cama—, pero tengo aquí dos cartas y las dos fueron entregadas ayer. Una está dirigida a vos y la otra, al sacerdote de vuestra parroquia. Ésta última es… —Hizo una pausa—. Es un tanto preocupante.

—¿Por qué? ¿Quién la ha escrito?

El dominico avanzó un par de pasos en dirección a mí, dejó una carta sellada encima de la cama y desdobló un pliego de pergamino.

—La ha escrito el padre Pierre-Julien Fauré —dijo—. En ella da instrucciones al obispo de Aviñón de transmitir esta misiva al sacerdote de vuestra parroquia a fin de que el susodicho sacerdote pueda asegurar vuestra comparecencia ante el tribunal del padre Pierre-Julien.

—¿Qué?

—Yo no la he leído, por supuesto, pero el sacerdote de vuestra parroquia ha

informado del contenido a nuestro emisario. ¿Querríais leerla en voz alta e indicarme en qué términos está escrita?

Había muy poca luz, por lo que tuve que levantarme y apostarme junto a la ventana para ver lo que decía el pergamino que el dominico acababa de entregarme. «Por la presente, disponemos que expidáis una orden de citación perentoria a Raymond Maillot —leí—, hijo de Pierre-Arnaud Maillot, de Aviñón para que el día siguiente de la festividad de la Santa Cruz comparezca en persona ante nos en Lazet, con referencia a ciertos asuntos relativos a la fe católica sobre los cuales deseamos conocer la verdad, y para que esté dispuesto a responder y analizar cualquier otra cosa que tal cuestión requiera.

»Entregado en la sede mencionada, el jueves anterior a la festividad de Santo Domingo, en el año del Señor de 1320. Enviad cartas selladas como confirmación de que se ha dado cumplimiento a estas instrucciones».

Había ocurrido lo que cabía esperar, me dije.

—Ésta es una misiva muy curiosa —comentó el padre Amiel observándose los pies—. Para empezar, no estoy muy seguro de que el inquisidor de Lazet esté autorizado a citar a un ciudadano de Aviñón de esta manera. Creo que sería más propio y cortés citarlo a través del inquisidor de Marsella. Dejando esto de lado, sin embargo, me parece de lo más extraordinario que, para empezar, hayáis llamado la atención del padre Pierre-Julien. ¿Qué ha sucedido, Raymond?

Se lo conté. Le expliqué toda la historia de Barthélemy, su primo y su posterior persecución. Le hablé del consejo que le había ofrecido a Barthélemy con respecto a su defensa y de cómo le había pedido que mantuviera en el anonimato mi intervención. Mientras hablaba, me invadieron unos presagios fríos y funestos. Sabía lo que significaba una citación como aquélla, ¿comprendéis? Sabía que habían interrogado a Barthélemy, y que lo habían hecho con mano tan dura que había revelado mi nombre.

Temblando, me pregunté si habrían utilizado carbones ardiendo.

—¡Hum! —murmuró el padre Amiel cuando terminé, al tiempo que se sentaba en la cama—. Ésta es una circunstancia imprevista, Raymond. Os habéis comportado de una manera muy estúpida.

—Lo sé.

—Si yo fuera inquisidor de la depravación herética, os habría acusado y condenado por un acto así.

—Padre, este tal Fauré…

—Su carácter es cuestionable, lo sé. Sin embargo, nos habéis puesto a vos y a mí en una situación difícil en grado sumo.

El dominico se quedó pensativo, con la vista clavada en el suelo mientras yo lo miraba, suplicante. De pronto, se me ocurrió pensar que había cometido una enorme

estupidez. Ayudar a Barthélemy había sido una acción propia de un loco. ¿Por qué lo había hecho? Tal vez la amenaza se me había antojado insignificante mientras me hallaba entre rostros familiares y objetos domésticos, pero allí, rodeado de oscuros pasadizos de piedra, el Santo Oficio me pareció implacable, ineludible y terriblemente cercano.

—Dejadme pensar —dijo el padre Amiel, poniéndose en pie de improviso—. Volveré enseguida. Mientras tanto, os sugiero que recéis.

—Padre…

—Estad tranquilo, Raymond. Si puedo ayudaros, lo haré. —Aunque no sonrió, el tono de su voz me reconfortó—. Oh —añadió, deteniéndose a unos pasos de la puerta —, debo deciros que, en circunstancias ordinarias, se espera que los ocupantes del priorato lleven alguna prenda de ropa recatada para dormir. Incluso en las noches más calurosas.

—Oh —exclamé, alcanzando la manta.

—No tiene mucha importancia —asintió, antes de salir de la habitación. Naturalmente, como él era perfecto, la noche de bochorno no lo había turbado. Pensé con amargura que debía de ser como san Francisco, capaz de tumbarse en un lecho de llamas sin sufrir daño alguno.

—Que Dios me ayude —suspiré, tumbándome de nuevo—, ¿cómo un individuo sudoroso como yo va a encontrar un lugar en el Cielo?

Entonces, como los pensamientos de prisiones y torturas amenazaban con vencer mi coraje, busqué distracción en las páginas de la otra carta que el padre Amiel había traído a mi habitación.

Como ya habréis imaginado, su autora era Marguerite de Pasquières. Una vez más, la dama me rogaba que la visitara en Saint-Martin-les-Bains. Una vez más, no ocultaba sus deseos; pero, como aliciente añadido, había introducido un par de comentarios que me hicieron contener una exclamación y sentarme erguido en la cama.

Para ilustraros al respecto, citaré la misiva completa:

«Queridísimo escribano —rezaba—. ¡Con qué crueldad manejáis la pluma negándome un atisbo siquiera de vuestros ojos centelleantes! ¡Cómo se os ha debido de endurecer el corazón trabajando para un monje de cara de piedra! ¿Es tan serio su asunto que necesita teneros encadenado al escritorio? Entonces, escuchad bien, mi dulce ruiseñor, porque yo también tengo una canción que cantar. Sé del hombre cuyo asesino buscáis, y sé cómo perdió la virilidad. Si venís a verme y mojáis vuestra pluma en mi tintero, os daré algo acerca de lo que escribir.

»Me encomiendo a vos con todo mi corazón y os insto a considerar con más amabilidad a una dama que os quiere de veras y cuyos pechos son tan perlados como su nombre».

A continuación, había una fecha y unos pajaritos suspendidos pico con pico sobre una flor. No estoy del todo seguro de lo que pretendía transmitir.

Todavía le daba vueltas al dibujo cuando el padre Amiel llamó a la puerta y preguntó si podía hablar conmigo.

—¡Oh, esperad, esperad un momento!

Crucé corriendo la habitación y me puse los calzones y la túnica, y mientras empezaba a debatirme con las medias le di permiso para entrar. Lo hizo con vacilación, asomando primero la cara, luego la mano y por último el resto del cuerpo. Satisfecho al ver que, por lo menos, estaba parcialmente vestido, cerró la puerta a su espalda con un movimiento rápido, nítido y, en cierto modo, sigiloso, y acortó la distancia que nos separaba hasta que pudo bajar la voz.

—Raymond —dijo—, creo que esta citación tal vez nos favorezca. Creo que nos permitirá investigar a Pierre-Julien Fauré a través de su conocido, Durand Rouiard. Si puede demostrarse que el padre Pierre-Julien se ha dedicado a la brujería, será destituido de su cargo y vuestro nombre, hijo, se perderá probablemente en el tumulto consiguiente. Como mínimo, habrá sólidos argumentos para oponerse a vuestra condena.

—Pero…

—Esperad. Escuchad. Dejad que os explique.

El dominico se sentó en mi cama e, instándome a hacer lo mismo a su lado, pasó a exponer los rasgos esenciales de su plan. Me recomendó que escribiera a Durand Rouiard, adjuntando la citación del padre Pierre-Julien. Esto, dijo, serviría de prueba de que mi historia era cierta y de que no lo trataría con descortesía, como la vez anterior.

—Tenéis que decirle a Durand que teméis por vuestra vida —murmuró—. Tenéis que decirle que ha de hacer un sortilegio contra el inquisidor que os proteja de él. Y si no accede, le diréis que estáis dispuesto a revelarme que su caligrafía adorna el libro de nigromancia de Guillaume Monier. Recalcad que lo ha de hacer para salvarse a sí mismo. No le digáis que sabemos que el libro había pertenecido a Pierre-Julien.

—Y entonces…

—Entonces lo citaréis y le pediréis que os hable del hechizo en cuestión, y yo lo oiré todo. Y cuando se haya involucrado en el asunto, saldré de mi escondite y le obligaré a que me hable del inquisidor. —El dominico sonrió con crueldad—. Y con esa información —concluyó—, me presentaré ante el papa Juan.

—¿A pedirle que el inquisidor sea investigado?

—Por supuesto.

—Y si es investigado…

—Entonces, la acusación contra vos será… Bueno, será puesta en duda.

Me quedé pensativo unos instantes. A decir verdad, la lógica del monje era

aplastante. Sin embargo, se me encogió el corazón ante la perspectiva de tener que pedir a Beatrice otro favor relacionado con su alcoba.

—¿Y dónde nos encontraremos Durand y yo? ¿En El Gallo Negro?

—Eso depende de vos. —El monje me miró con expresión irónica—. ¿Seréis capaz de conteneros?

—Oh, sí.

—¿Estáis seguro?

—Con vos presente, padre, incluso estornudar me dará miedo.

Debo confesar que utilicé un tono de voz un tanto cáustico para hacer este comentario, que provocó en el padre Amiel una suerte de extraña sonrisa. Se echó hacia atrás y me miró.

—¿Tan intimidante soy, Raymond?

—No, no.

—No soportaría pensar que es el miedo lo que os guía.

—Ha sido una manera de hablar. Una broma ciertamente estúpida. —Sonrojado, intenté cambiar de conversación mientras me ponía las botas—. ¿Y cuándo proponéis que me reúna con Durand?

—Hoy, no. Los domingos no hay que emprender nada —el padre Amiel permaneció sentado mientras yo iba en busca de mi cinturón—, pero mañana por la noche sería adecuado, si vuestra amiga de El Gallo Negro no pone objeción.

—¿Después de lo que ocurrió la última vez? —farfullé—. Le sobran motivos para ponerme de patitas en la calle.

—Siempre podemos encontrar otro lugar, Raymond. ¿No podéis disponer de una casa o un establo?

—No.

—Tal vez alguno de vuestros amigos.

—No. —¿Amigos? Yo no tenía amigos, salvo el padre Amiel. Tras echarme la capa por los hombros, me la abroché sin mirar a mi compañero—. Tendrá que ser en El Gallo Negro. A menos que vos conozcáis un buen lugar, padre.

—Yo sólo conozco rincones de claustros y capillas, y a Durand no hay que darle indicaciones de que estáis en buenos términos con la clerecía. —En tono humorístico, el dominico añadió—: Después de haberos presentado ante él como un depravado, un borracho y un malhablado incorregible, tenéis que mantener vuestro aire disoluto, de forma que ningún hombre de la laya de Durand pueda pensar que sentís simpatía por un dominico como yo.

—Padre… —empecé a decir, pero me interrumpí. Sentía su mirada en mi espalda mientras me pasaba el peine. Por fin, rompió el silencio.

—¿Sí? —inquirió.

—Padre, con respecto a los depravados incorregibles… —vacilé de nuevo.

—Vos no os contáis entre ellos, hijo.

—No. Quiero decir, tal vez no. Pero la carta que he recibido… La otra carta que vos me habéis dado… Quiero decir que llegó… Está escrita por…

—La viuda libidinosa.

—¡Sí! —Lo miré asombrado—. ¿Cómo lo habéis sabido?

—No lo he sabido. Ha sido pura especulación. Os noto un poco turbado. ¿Ha vuelto a describir gráficamente sus pasiones?

—Sí; quiero decir, no. Padre, creo que debo leeros la carta. Ésta mujer tiene algo importante que decirnos.

—¿De veras? —El padre Amiel arqueó una ceja—. Muy bien, si creéis conveniente mancillar la atmósfera de un domingo.

—Está relacionado con Guillaume Monier, padre. Está relacionado con este caso. —Tras explicarle que le había hablado a Marguerite de mi empleo, leí la carta en voz alta, y concluí la exposición con las palabras siguientes—: Esto ha sido para mí una absoluta sorpresa. La mujer vive en Saint-Martin-les-Bains y, por lo que sé, se crió en Saint-Gilles. Y si alguna vez ha visitado Aviñón, nunca lo ha mencionado. —De repente, se me ocurrió una idea, y el padre Amiel, irguiéndose, dio muestras de estar barruntando algo similar—. Claro, que Guillaume Monier —me apresuré a decir— estuvo un tiempo en Saint-Gilles. ¿Creéis que…?

—Tal vez.

—Quizá no sea más que una artimaña.

—¿Para asegurarse vuestra presencia? Posiblemente.

Permanecimos en silencio unos instantes. Aunque el monje seguía mirándome, era evidente que su atención se había vuelto hacia dentro, hacia sus propios pensamientos. Sin embargo, yo me sentía cada vez más incómodo.

—Yo no la animé en modo alguno, padre. Rechacé su invitación con toda firmeza.

—¿Qué? Oh, sí, desde luego.

—Si hubiera dado muestras de interés, ella no habría hecho este llamamiento desesperado.

—No, posiblemente, no. —De repente, el padre Amiel pareció serenarse—. Y ahora que ha hecho ese llamamiento —dijo con energía—, debemos aprovechamos de él. Debéis ir a Saint-Martin-les-Bains, Raymond, y averiguar qué sabe.

—¿Qué?

—Hablaré con el prior acerca del viaje. Tenemos caballos de sobra y siempre hay grupos de clérigos que parten de Aviñón hacia el oeste. Sin lugar a dudas; podré buscaros compañía para el camino. No es recomendable que viajéis solo.

—Pero… pero… —Me había quedado pasmado. ¿No comprendía que un viaje a Saint-Martin-les-Bains me llevaría directo al lecho de Marguerite?—. Padre, ¿por qué

no la hacemos venir? ¿Por qué no os encargáis vos de interrogarla?

—Porque tal vez pueda argüirse que, si lo hago, estaré abusando de mi autoridad —replicó el monje—. Además, es evidente que confía en vos. Estoy seguro de que podréis extraerle la verdad más fácilmente que yo. Y si la información resulta valiosa, la comunicaré al condestable. O al Santo Padre, o a quien más interese.

—Pero… Pero, padre, he hecho un voto… —Me asombraba su tardanza en entender—. He hecho un juramente, padre. ¡Y ella quiere que lo rompa!

—Tal vez no se os pida que lo rompáis.

—¿Y si lo rompo? ¿Y si se niega a contarme nada a menos que… a menos que… hum… que…?

—¿Qué deis satisfacción a sus deseos? —El padre Amiel extendió las manos y sonrió con serenidad—: Es la obra de Dios, hijo. Él os perdonará. Y yo también, por supuesto.

Y ésta fue la suma de sus comentarios sobre el tema. Entonces pasó a proponerme que saliera de Aviñón el martes. Al día siguiente, dijo se ocuparía de la cuestión del caballo, de la escolta y del dinero que pudiera necesitar para el viaje. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar a mi destino? ¿Un día? ¿Dos?

—A caballo, un día. —Yo me había quedado un tanto aturdido por aquel giro inesperado de los acontecimientos—. No necesitaré dinero.

—Sin embargo, debéis llevar un poco, por si sufrís un revés de la fortuna. Supongo que sabéis montar, ¿verdad, hijo?

Antes, quizás habría respondido a esta pregunta con un comentario obsceno y le habría dicho que yo era un jinete vencedor en la liza amorosa y que había montado a más mujeres que él rezado Padrenuestros, pero hacía tiempo que había renunciado a tales chanzas.

—Si el paso no es demasiado rápido, me sostengo bien en la silla —fue mi nada satisfactoria respuesta—, pero si Marguerite espera de mí que cumpla con ella después de un día a lomos del caballo… Bueno, creo que quedará dolorosamente decepcionada.

—Esperemos y confiemos en que así quede —dijo el monje con dulzura—. No debéis abordar esta tarea con la expectativa de romper vuestro voto, sino con la de mantenerlo. ¿No es así?

—Oh, sí. Desde luego, desde luego.

—Y ahora debo irme. Me esperan en la iglesia. —Con suavidad, el padre Amiel me arrancó la carta de Marguerite de la mano—. En estas circunstancias, quizá lo mejor será que os prive de esto —dijo, escondiendo la misiva bajo su túnica—, no sea que en adelante ejerza un efecto inflamatorio en vuestra imaginación. ¿Habéis terminado la declaración del padre Antonio?

—Todavía no.

—Pues hacedlo mañana. Debéis absteneros de trabajar en domingo. «Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios». ¿Habéis terminado de leer las *Confesiones* de san Agustín?

—No, padre.

—Pues hacedlo. Os servirá de sostén en vuestras tribulaciones. Hablaremos después, hijo. Si necesitáis consuelo, la iglesia está siempre abierta para vos. —Sonriendo, el dominico trazó una bondadosa cruz en el aire sobre mi frente—. Sois nuestro estimado huésped, Raymond. Estad tranquilo, porque yo soy como Lot. No debéis temer ningún daño, ahora que os halláis a la sombra de mi tejado.

Dicho lo cual, se marchó, llevándose consigo la carta de Marguerite.

Canto II

Pasé el día siguiente muy ocupado. Lo primero que hice fue escribir una nota a Marguerite en la que la advertía de mi inminente llegada. La despaché a través de su emisario con órdenes de que la entregara de inmediato. (Se me ocurrió que aquel hombre debía de estar muy bien pagado: sólo la moneda del reino —o una noche de amor— habría convencido incluso al sirviente más predispuesto para que mantuviera la boca cerrada en relación con expediciones tan equívocas como las solicitadas por Marguerite). Mi segunda tarea fue la carta a Durand Rouiard, que redactó el padre Amiel. Le dio muchas vueltas a la confección de cada frase, corrigiéndose una y otra vez. Por fin, sin embargo, estuvo terminada a su satisfacción, pero me hizo escribir la versión definitiva descuidadamente, como si se hubiera hecho a toda prisa, y me indicó que incluyera varias tachaduras y errores ortográficos.

Después, me envió a El Gallo Negro con órdenes de solicitar a Beatrice su alcoba para la tarde.

Abordé esta obligación con espíritu de desfallecido acatamiento. Después de tantos días atormentado por emociones febriles, me volvía ahora hacia el futuro con ojos turbios. En mi imaginación ya no actuaban los temores: mientras esperaba (como hace uno en un priorato), no me cebé en las mortificaciones de mi vida pasada ni en las pruebas que me esperaban, sino que dejé que mi mente reposara en las aguas tranquilas de las reflexiones menores. Pensé en el calor, en las moscas y en la incomodidad de los jergones del priorato. Pensé en las muelas del padre Amiel, en el pescado salado y en un chico que conocía de niño (había muerto hacía mucho tiempo) que me había informado de que si un hombre copula con una oveja o con una cabra, como algunos son dados a hacer, el animal parirá un monstruo.

Intenté no darle vueltas a los numerosos problemas que me afligían, ni a ningún asunto relacionado con ellos. Por consiguiente, no pensé en Beatrice hasta que me encontré en las inmediaciones de la taberna. Entonces, el corazón se me aceleró y empecé a sudar. ¿Qué me diría? ¿Qué haría?

Abatido, pensé: «Sin duda, me pedirá que vuelva a vivir con ella. Ésta mujer está loca. Yo, en su lugar, cerraría la puerta a hombres como yo. ¿Qué les traemos nosotros, sino oprobio y zozobra?».

Y algún esporádico instante de placer sensual, tal vez.

Cuando llegué estaba en la puerta, de conversación con una amiga. Su actitud hacia mí fue reservada, cautelosa incluso. Le dije que esperaría y me refugié en la taberna. Allí encontré a dos hombres que bebían codo con codo; no conocía a ninguno de los dos. También vi a Sybille y decliné el refrigerio que me ofreció. Un dolor en la nuca, ligero pero persistente, me molestaba.

Por fin, entró Beatrice. Se acercó a mi mesa y cruzó los brazos.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—Beatrice… Perdóname, necesito tu habitación otra vez.

—¿Con qué objeto?

—Pues… con el mismo. Ya sabes. —Volví la mirada a los dos desconocidos, pero estaban abstraídos en su calmosa conversación—. Ésta vez vendrá el padre Amiel —le informé, bajando la voz—. Y prometo que no volveré a comportarme tan vergonzosamente.

—¿De veras? —Me repasó de arriba abajo con una mirada penetrante y temible —. ¿Antes o después de que te marches?

No entendí a qué se refería y fruncí el ceño.

—¿Qué? —dije.

—La otra vez, antes de marcharte, me dijiste que darías señales de vida. En cambio, te esfumaste durante días. No me dijiste nada. No sabía si habías tenido un mal encuentro con unos asesinos, si habías abandonado la ciudad o si te habías arrojado al río. Estaba muy preocupada por ti, Raymond. ¡Te vi tan perturbado cuando te fuiste!

—¡Oh! —Con aire de cordero degollado, me puse a dibujar unas marcas en la mesa con la uña.

—Eres joven, amigo mío, pero ya no tanto. —De improviso, la voz Beatrice sonó fatigada—. El mundo tolera que actúe así un joven despreocupado, pero tú eres un hombre hecho y derecho. Deberías haber tenido un pensamiento para mí. Deberías haberme hecho saber que estabas sano y salvo.

—Sí —hundí la cabeza con gesto sumiso—. Sí, debería haberte mandado noticia de mi situación.

Con un suspiro, Beatrice tomó asiento en un banco, enfrente de mí. Observé sus manos, de piel áspera y uñas rotas y llenas de roña.

—Así pues, ¿ese monje tuyo te perdonó?

—Sí, así fue.

—¿Y todavía vives en el priorato?

—Sí.

—¿Y quieres utilizar mi dormitorio otra vez?

—Si no tienes inconveniente.

—No me agrada en absoluto —replicó ella con un bufido—, pero no quiero contrariar a tu monje, Raymond. Por temor a lo que pudiera hacerme.

—El padre Amiel es un hombre bueno, Beatrice.

—Si tú lo dices…

—Es un hombre excepcional. Yo he visto la grandeza que hay en él. Está muy cerca de Dios, en mi opinión.

—¡Ja!

—¡De veras! —Empezaba a irritarme, pero intenté contener mis sentimientos—. Tú no puedes entenderlo como yo. Me ha aconsejado tan sabiamente…

—¿Aconsejado, qué? ¿Que abandones a tus amigos, que dejes a tu familia? ¡Sabios consejos, sí, señor!

—Yo no he dejado a mi familia. ¡Ha sido ella la que me ha dejado a mí! ¡Y en cuanto a mis amigos, todavía llevo las cicatrices de su amistad! —Acerqué mi rostro al suyo y me señalé la nariz—. ¿Qué me han dado esos amigos, sino noches de parranda y mañanas de agonía? El padre Amiel califica a esas amistades de trampas para pájaros. Dice que son como el ajonje que se pega a las patas y a las alas y los atrapa.

—¿Alas? ¿Qué alas? —se burló Beatrice, palidísima—. ¿Te crees un ángel, ahora? No te hagas ilusiones.

—Tal vez me las haga. —Me puse en pie—. Sin embargo, me propongo llevar una vida mejor. No la de un ángel, pero… pero sí, tal vez, la de un terciario.

—¿Qué?

—Deseo hacerme hermano lego. Y el padre Amiel cree que puedo.

Beatrice, en cambio, creía que no. Su expresión de perplejidad, con la boca abierta, así lo decía. En el otro extremo del local, los dos clientes escuchaban con avidez y me sonrojé, consciente de que mi tono debía de haber sonado casi risiblemente pomposo.

—Será difícil —continué, algo más dubitativo—, pero por lo menos mejoraré mi suerte intentándolo.

—Raymond, ¿te has vuelto loco? —preguntó ella.

—¡No!

—Querido, tú no tienes nada de terciario.

—Puede que todavía no…

—¡No lo tendrás nunca! Te conozco bien, Raymond. Ése monje no está moldeado de la misma arcilla que tú. —Beatrice se levantó y me tomó de la mano, con fuerza. Ya no se la veía rencorosa, sino profundamente preocupada—. Reconsidéralo, por favor. No estás hecho para la vida religiosa.

Ofendido, retiré la mano.

—No eres quien para decir tal cosa —solté—. El padre Amiel es fraile y asegura que sí.

—Pues se equivoca —replicó ella sin alzar la voz.

—¿Porque no sirvo más que para la bebida y la fornicación? ¡Muchas gracias! Tanta confianza resulta muy alentadora.

—Raymond, no pongas en mi boca tus propias palabras. —Beatrice estaba cada vez más sonrojada—. No quería faltarte al respeto. Pero tú eres un hombre con todas las letras. Dios te hizo así. Ríes, cantas y… y amas lo que el mundo te ofrece. ¿Por

qué quieres hacerte desgraciado? El Señor no querría algo así para ti, estoy segura.

—Beatrice —respondí, y en esta ocasión hablé con más calma, pues veía que la movían una preocupación y un interés genuinos—, no me digas lo que quiere Dios, ni me aconsejes sobre mi estado de ánimo. ¿Cómo puede hacer nadie tal cosa? Si soy desdichado, es sólo porque busco a Dios y todavía no lo he encontrado. Todos deberíamos buscarlo. Cuanto mayor pecador es uno, mayor es su necesidad de Dios. Yo le necesito. Preciso entrar en la alegría del Señor. ¿Me negarías que lo hiciera?

Mis palabras apelaban a su sentido de la compasión, pero lo que desperté fue su repugnancia. En su rostro se dibujó el horror.

—¡Hablas como el monje! —soltó—. ¡Dices las mismas cosas que él!

—Pues, magnífico. ¿Por qué no?

—¡Pero no todos estamos hechos para ser monjes, Raymond! ¡Existen otras maneras de venerar a Dios!

—No deseo ser monje —la corregí—. ¿He dicho yo tal cosa? Ahora, tengo que volver al priorato. Espérame aquí antes de que se ponga el sol… a menos que te hayas echado atrás en tu decisión de ayudarme. ¿Es así, Beatrice?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Entonces, despidámonos en buenos términos. No deseo pelearme contigo. Perdóname, vamos; siempre lo has hecho, hasta ahora. —Intenté besarla en la mejilla, pero ella se apartó con una expresión sombría y los ojos al borde de las lágrimas. Debo confesar que verla así me dolió mucho. Yo había depositado mi fe, digamos, en su permanente afecto—. Lamento decepcionarte —añadí—. Se ve que lo tengo por costumbre, esto de decepcionar a la gente. Y respecto a vosotros… —Me volví en redondo a nuestro indeseado público, y los dos parroquianos se pusieron de inmediato a estudiar con gran interés las jarras vacías que tenían ante ellos—, no os privéis de comentar cuanto queráis acerca de todo lo que escuchabais con tanta atención. Lamentaría mucho que las normas de la cortesía os privaran de hacerlo.

Decir que me fui dando un portazo sería exagerar, pero es verdad que me despedí con prisas. Me sentía acongojado y despejado una vez más de aquel estado de apatía en el que había caído. Deseaba gritar, blasfemar y romper algo. Sin embargo, en lugar de ello, tenía que presentarme ante el padre Amiel y ponerlo al corriente, sumisamente, de que los planes se desarrollaban según lo previsto.

El monje me lo agradeció con muchas sonrisas cálidas y estimulantes. Después me urgió a completar la copia en limpio de la declaración del padre Antonio, para que éste la confirmara lo antes posible. Me puse a trabajar al momento, claro, y aunque conseguí terminar aquel mismo día, ya no quedaba tiempo para presentársela al prisionero, puesto que el padre Amiel deseaba llegar a El Gallo Negro mucho antes de la hora en que me citaría con Durand Rouiard. De hecho, insistió en entrar en la taberna sin que lo viera nadie, no fuese a ser que Durand, suspicaz, interrogara a los

parroquianos antes de continuar escaleras arriba.

Le comenté que un fraile difícilmente pasaría inadvertido en el local.

—La taberna está frecuentada todo el día y al dormitorio sólo puede accederse a través de ella. Si queréis evitar que reparen en vos, deberéis llegar cuando esté lleno a rebosar y la algazara sea máxima.

—¿Cuando el sol se ponga, entonces?

—Más o menos. O quizás antes, en esta época del año.

—No —dijo él—. Debemos llegar antes que Rouiard.

—Estoy de acuerdo.

—Quizá llamaría menos la atención si entrara por la puerta trasera.

—Tal vez.

—Y esta indumentaria es un disfraz adecuado —añadió, observando su figura enclenque—. Debo cultivar un aire sumiso, embrutecido e ignorante. ¿Quién se fijaría en mí con semejante atuendo? Acerté al escogerlo, creo.

Ante la gran oposición de sus hermanos en Cristo, el padre Amiel había decidido renunciar a su hábito por unas horas y lo había cambiado por una selección de prendas del ropero de los pobres: una túnica corta y una capa larga, ambas pardas, y un sombrero marrón informe. Sus piernas como palillos tenían un aspecto innoble, casi cómico, bajo las medias de lana grises. Su palidez, que ya era notable cuando llevaba su hábito blanco de fraile, resultaba decididamente espectral bajo los tonos lúgubres de su indumentaria de aquel día.

—Parecéis enfermo —comenté, estudiándolo—. Ésas ropas os dan aspecto de tísico.

—¿Pero no de monje?

—Tal vez. Sólo un poco…

—¿Debo calarme más el sombrero? ¿Para que destaquen las orejas?

—¡Oh! —No pude por menos que reírme—. ¡Padre, parecéis el tonto del pueblo!

—¿Llamo demasiado la atención?

—Sin duda.

—¡Maldición! —Se colocó el sombrero de nuevo como era debido y añadió—: Quiero que mi aspecto sea insignificante. Que pase inadvertido.

—Padre, siempre ha sido así.

Fue la curiosa transformación que había obrado en él aquel cambio de indumentaria lo que me envalentonó para decir tal cosa. Despojado de su hábito de costumbre, parecía también desposeído de su dignidad. Al contemplar aquellas patéticas espinillas, me fue imposible seguir sintiendo el temor reverencial que me inspiraba; en su lugar, brotó en mí una especie de afectuosa conmiseración. Pensé si se habría hecho fraile para esconder aquellas piernas.

—No se nos ha puesto en este mundo para decorar sus paisajes, maese Raymond,

como descubriréis cuando se desvanezca vuestra belleza. Así pues, creéis improbable que despierte el interés de nadie, ¿no es eso? Excelente. Me parece excelente. Ésa era mi intención.

—Si bajáis la vista, escondéis las manos y arrastráis los pies, iréis bien disfrazado —declaré con confianza—. Quizá deberíais mascar algo. Nueces, tal vez. Los monjes no mastican nunca mientras van de un lugar a otro.

Así, con las nueces en el bolsillo, el padre Amiel partió hacia El Gallo Negro. Había considerado conveniente que llegáramos por separado para no despertar sospechas, si alguien vigilaba la entrada de la taberna (algo improbable, apuntó, pero no imposible). Más tarde supe que Beatrice no le había reconocido, al principio. El sombrero, las nueces, el semblante hosco y desgarbado y el hecho de que carraspeara y escupiera ruidosamente antes de cruzar la puerta del local llevaron a la posadera a tomarlo por un cliente cualquiera, de estampa más que corriente. El fraile sólo había revelado quién era realmente cuando, alzando los ojos, le había confiado su petición en un murmullo.

De inmediato, ella lo condujo a su alcoba y le enseñó la cama. Cruzaron muy pocos comentarios. Más adelante, Beatrice me confió que la presencia silenciosa del dominico la había puesto sumamente nerviosa, aunque al principio se mofaba de aquellas piernas ridículas. «Tiene ojos de pájaro o de lagarto», me dijo. «Te observan, pero nunca te dicen nada». Y añadió que, cuando el fraile se coló bajo la cama, sus movimientos le recordaron a los de una serpiente. «Una vez vi una», explicó Beatrice. «Sonreía sin sonreír, igual que tu monje». Por último, me señaló que éste la había felicitado por lo limpio que estaba el suelo, como si le sorprendiera encontrarlo así.

No mucho después, cuando llegué a El Gallo Negro, me encaminé directamente al dormitorio. Aunque Othon no estaba, tuve miedo de verme empujado a beber vino en exceso si me quedaba abajo. «Ésta vez, Ourand debe convencerse de que habláis en serio», había dicho el padre Amiel. «Os será más fácil producir esta impresión si no os encuentra de juerga con vuestros amigos».

Así pues, me reuní con el fraile en la alcoba de Beatrice y tomé asiento en aquel colchón, que llevaba estampado el sello de tantas noches felices. Me sentía, permitid que os lo diga, muy inquieto. ¿Podéis imaginaros mi nerviosismo, sentado en aquella cama mientras el dominico acechaba debajo de ella? Por un lado, me turbaban unos recuerdos vagos y libidinosos, como vaharadas de perfume; por otro, me preocupaba que, si mi miembro más díscolo se excitaba con aquellas imágenes voluptuosas, el padre Amiel se percatara de ello, de algún modo. Como si me leyera el pensamiento, el fraile comentó de pronto, en voz muy baja:

—Qué curiosa conjunción, ¿no os parece?

—¿Qué…? No os entiendo —balbucí.

—Que tengamos que emplear esta cama, precisamente. —Su voz tenía un deje divertido—. En el futuro, si alguna vez os sentís tentado de acostaros en otra parecida, tal vez debáis imaginarme a mí debajo. Eso os disuadirá, estoy seguro, de dar cumplimiento a vuestros deseos lujuriosos.

La perspectiva, si bien era espantosa, me hizo reír, aunque la mía fue una risilla nerviosa.

—Los hermanos legos no guardan el celibato, padre —respondí.

—Cierto. Se casan, es verdad. ¿Tenéis vos intención de hacerlo?

—Todavía no.

—Entonces tal vez debáis tener en cuenta mi consejo —sentenció. Luego, carraspeó y cambió de tema—: Deberíais apostaros en la ventana. Si Durand se acerca y nos sorprende hablando, adiós a nuestro plan.

—¿Padre?

—¿Sí?

—¿Y si se os escapa una tos, un estornudo? ¿Sí…?

—No sucederá —respondió él con rotundidad—. Un monje aprende a controlarse. No temáis: si algo he aprendido en todos mis años de votos solemnes, ha sido a contener una tos y a silenciar un estornudo.

Y con esta seguridad tuve que darme por satisfecho. Debo reconocer que ya empezaba a invadirme el temor; el corazón me latía con fuerza y tenía la frente sudorosa. Me levanté y me asomé a la ventana. Hacía una noche de bochorno estival y el cielo estaba encapotado de nubes bajas. En la quietud, se oía cada palabra que se pronunciaba en el local de abajo.

—Deberíamos guardar silencio hasta que crezca el alboroto en la taberna —dije.

—No habléis desde la ventana —replicó el padre Amiel—. Podría haber alguien vigilando.

Callamos, pues, y esperamos. Esperamos largo rato. Gaillard llegó a la taberna e interpretó una canción; también llegó Berenguer y, después de vomitar la primera jarra de vino que tomó, fue obligado a marcharse al poco.

Mientras lo veía alejarse calle abajo, tambaleándose, advertí que se cruzaba con una figura vestida con hábitos canónicos y me retiré de la ventana.

—Ya está aquí —susurré.

—¿Estáis seguro?

—No —confesé—. Del todo, no.

—Entonces, sentaos y esperad.

Me senté pero ¡ay!, qué asustado estaba… Me mordí los nudillos y mi respiración debió de hacerse entrecortada, o jadeante, porque el dominico sacó una mano de debajo de la cama y me agarró del tobillo.

Salté como una liebre.

—¡Chist! —siseó—. ¡Calma! Raymond, estáis preparado para salir con bien de ésta. Sois fuerte, listo y animoso. Que Dios os ilumine, hijo. Tengo plena confianza en vos.

Por desgracia, yo no tenía tanta. Los peldaños de la escalera crujieron y contuve el aliento. Cuando Beatrice asomó la cabeza, compuse las manos y enseguida las coloqué de otra manera, sin saber qué hacer con ellas.

—Aquí está vuestro amigo, maese Raymond —dijo Beatrice con tono neutro, tras lo cual apareció Durand Rouiard, y todos mis temores se desvanecieron.

Y es que, si uno ha de actuar y afrontar los retos del momento, se olvida de tener miedo.

—¿Qué significa esto? —dijo Durand cuando Beatrice se retiró. Agitaba en la mano mi carta y venía desmelenado. Me miraba fijamente, le temblaban los labios y sus manos grandes y fuertes gesticulaban débilmente—. ¿Por qué me atormentáis así?

—Ya os dije por qué. Y haced el favor de bajar la voz, padre. No querréis que la gente nos oiga, ¿verdad?

Cuando vi que me obedecía, me invadió un repentino e impetuoso placer, pues sabía que, al imponer mi voluntad en aquel punto, me había hecho con la iniciativa en aquel encuentra.

—Os habéis equivocado de hombre —murmuró él—. No sé nada de brujería ni de libros de magia.

—Entonces, deberíais haberme denunciado al padre Amiel de Semur.

—¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo, decidme, cuando existe una anotación, según decís…? Una anotación que no hice yo, os lo aseguro, pero que parece mía, explicáis.

—Sí, claro —lo interrumpí con cierto sarcasmo. Me irritaban profundamente sus intentos de convencerme de su inocencia. ¿Me tomaba por tonto?—. Aunque tuvierais una estrecha relación con Guillaume Monier, no podríais haber escrito en su libro, no. Pero ¿pensáis que el padre Amiel os creerá? Tanto si lo hicisteis como si no, os hará confesar. Ha sido inquisidor de la depravación herética, ¿recordáis? Y yo lo he visto… actuar.

—¡Que Dios me ayude! —gimió el canónigo.

—No tendréis ninguna ayuda de Dios —susurré—. Sólo de mí. —De repente, me sentí muy poderoso; era como si el espíritu del padre Amiel hablara por mi boca—. Haced lo que pido. Ayudadme a matar al padre Pierre-Julien Fauré. Maldecidlo con un hechizo; hacedlo morir. Vos debéis de saber cómo hacerlo.

—No…

—¡Claro que sabéis! ¡Vos escribisteis: «Rociar una pared con sangre de perro la limpia de hechizos; la bilis de un perro negro previene de que los demonios hagan el mal»! Vos sabéis de estas cosas. ¡Sacasteis información de un texto y la trascribisteis a otro!

—No fui yo quien lo hizo. No sé nada de hechicerías.

—¡Pues será mejor que os instruyáis en sus secretos —le susurré—, porque de lo contrario el padre Amiel os destruirá!

Con las manos juntas, apretadas sobre su boca, Durand pareció reflexionar. Su mirada fue de un lado a otro, nerviosa.

—Si no me dais satisfacción —le advertí—, os ajustaré las cuentas.

El canónigo titubeó todavía.

—No seáis estúpido —insistí—. ¿Qué tengo que perder? —Me acerqué a la escalera e hice ademán de bajar—. Si fuerais inocente de verdad, habríais acudido al padre Amiel con mi carta, estoy seguro. Completamente seguro. ¿Y en qué podría perjudicarme a mí contarle al padre Amiel vuestro pequeño secreto?

Mi interlocutor guardó silencio. Sin embargo, cuando puse el pie en el primer peldaño, extendió la mano.

—Esperad —dijo—. Esperad.

—¿Qué queréis?

—Yo no… no puedo ayudaros. ¡Esperad! ¡Quedaos y escuchadme! No tengo los libros.

Poco a poco, retiré el pie y me aparté de la escalera.

—¿A qué os referís? —le pregunté.

—A eso: a que no tengo los libros. Sin ellos, no puedo ayudaros. No puedo ayudarme a mí mismo. —Emitió una breve carcajada melancólica, entre cruzó las manos detrás de la coronilla e hizo unas muecas agónicas—. No soy hechicero —continuó con voz quebrada y apagada—. Hace años, una vez, me dejé encandilar… Conozco bien el griego, ¿sabéis? Es una habilidad poco frecuente…

—¿Y?

—Y los otros no lo dominaban. Vinieron a verme, me halagaron, me pidieron ayuda y todo aquello me… —Extendió las manos—. Todo aquello despertó mi interés. Mi interés, nada más. No he hecho jamás un conjuro, ni he adquirido ningún libro sobre el tema, y lo que cuento sucedió hace tanto tiempo que apenas me acuerdo…

—Entonces, ¿quién se acuerda? —inquirí—. ¿Quién puede ayudarme, si vos no? ¿Quiénes son esos «otros»? ¡Abordadlos! ¡Pedidles esos libros! ¿Por qué os reís?

—Porque uno de ellos ha muerto, ¡y el otro es vuestro enemigo! —graznó el canónigo. El timbre alocado y desesperado de la carcajada que siguió era, sospeché, una manifestación del miedo que lo embargaba—. ¿Queréis que acuda al inquisidor de Lazet para pedirle su colaboración? ¿Creéis que colaboraría en su propia destrucción?

Parpadeé, como si esta referencia al padre Pierre-Julien me sorprendiera.

—¡Oh! —dije, y deambulé por la estancia como si reflexionara. En efecto,

intentaba fingir cierta confusión, y os aseguro que fue más difícil de lo que podáis suponer—. Pero aunque el padre Amiel supiera lo del inquisidor —dije por fin—, eso no me daría a mí más garantías. No; es mejor que el inquisidor muera. Mejor para todos. —Volví junto al canónigo y añadí—: No tenéis por qué decirle que el hechizo se hará precisamente contra él. Mentidle. Pedidle consejo. Decidle… ¡Sí!, decidle que queréis matarme a mí. Decidle que amenazo con descubriros… ¿Qué os sucede? —Durand se reía entre dientes, exánime y con los ojos en blanco—. ¿Qué malos aqueja? ¿Os habéis vuelto loco?

—Esto es… —agitó las manos y, tembloroso, continuó—: Esto es una locura. Es imposible.

—¿El qué?

—Esto. ¡Esto! —Alzó los brazos al cielo y dejó de lado todo disimulo—. ¡Sí, maese Raymond, ya lo he hecho! ¡He hecho lo que acabáis de pedirme!

—¿Qué?

—¡He escrito al inquisidor! ¡Le he pedido consejo! Le he contado que vos me amenazabais y que quería mataros con un hechizo. ¡Pero si incluso le he amenazado! ¡Porque si quedan expuestos mis pecados, lo mismo sucederá con los suyos, sin duda!

Fruncí el entrecejo.

—¿A qué os referís? ¿Cuándo lo hicisteis?

—¡La primera vez que me abordasteis! ¡Me aterrorizasteis, loco de vos! Todavía no me ha respondido, es cierto, pero lo hará. ¡Claro que lo hará! Me aleccionará sobre cuanto necesito saber. —Con una nueva carcajada, el padre Durand levantó el índice extendido a la altura de mi rostro y me apuntó con él—. ¡Quizás incluso obre el hechizo él mismo! ¡Quizá seáis vos el condenado a morir, amigo mío! ¿No habéis pensado en ello? ¿Hum? ¡Tal vez os quedan apenas unos días! Porque recibirá mi carta muy pronto. Mañana. O el miércoles. ¿Qué haréis entonces?

Me cuesta trasmitir hasta qué punto me sobresaltó la temeridad de cuanto contaba. Sus palabras me impulsaron a apartarme de él. Me hicieron titubear y, con ello, perder mi posición de ventaja. Me quedé callado cuando debería haber hablado; retrocedí cuando debería haber atacado. Con todo, mi falta de coraje no fue todo lo dañina que habría podido resultar, porque Durand ya se había condenado suficientemente a sí mismo.

En cualquier caso, así se lo pareció al padre Amiel, que salió de pronto de debajo de la cama, arrancando al hacerlo una exclamación aterrorizada del canónigo.

—¿Hermano Durand Rouiard? Soy Amiel de Semur y maese Raymond está a mi servicio. Como veréis —el dominico se despojó del sombrero—, soy en realidad un fraile.

Durand lo contempló, boquiabierto y con los ojos a punto de salírsele de las

órbitas.

—También soy un hombre piadoso —continuó el padre Amiel sin alzar el tono y acercándose a él—. Parece que habéis estado coqueteando con la nigromancia. Dos testigos os han oído aseverar tal cosa. Todavía se ha de decidir si éste es asunto para los tribunales eclesiásticos o para el Santo Oficio y… ¡ay!

Apartando al dominico de un empujón, Durand trató de ganar la escalera en un intento de fuga, pero no llevaba una buena indumentaria para semejante actividad. Casi sin pensar, lo atrapé antes de que pudiera escapar; lo agarré de la capa y tiré de ella con tal fuerza que tuvo que dar unos pasos tambaleándose y tropezó con el padre Amiel, que había quedado sentado en el suelo. El pobre dominico recibió de pleno el impacto con la mole de Durand y quedó tendido, mientras el canónigo pasaba sobre él trastabillando y rodaba también por el suelo.

Antes de que pudiera ponerse a gatas, sin embargo, le salté a la espalda.

Aunque no sé luchar, por entonces era joven y vigoroso. Durand, que no era ninguna de las dos cosas, se hundió debajo de mí con un sollozo y un gemido.

Le dije que cerrara el pico.

—Como decía —continuó el padre Amiel entre jadeos mientras se incorporaba—, sois un brujo confeso, hermano Durand, pero creo que os habéis dejado embaucar; en concreto, por un hombre al que me avergüenza llamar mi hermano en Cristo. Quizá, si estáis lo bastante contrito, yo pueda manipular los hechos para beneficiaros. Podría dejar constancia de que vos acudisteis a mí por propia iniciativa, buscando el perdón de antiguos pecados, y que me ofrecisteis el nombre de quienes también han practicado vicios secretos. Tal vez le cuente al Santo Padre que escribisteis la carta al padre Pierre-Julien con mi conocimiento y siguiendo mis instrucciones.

El padre Durand se quedó muy quieto debajo de mí, mientras que yo parpadeé y miré al padre Amiel, boquiabierto. ¿Mentirle al Santo Padre?

—Tal vez —terminó el dominico—, cuando tenga en mis manos la respuesta del padre Pierre-Julien, recomiende que el Papa os conceda clemencia y os permita cumplir vuestra penitencia fuera de la prisión, en algún claustro tranquilo, lejos de Aviñón. Quizás haga todas estas cosas, si vos me lo agradecéis.

Durand levantó la cabeza cuanto pudo.

—¿Cómo? —jadeó.

—Diciéndome la verdad y haciendo lo que os diga. ¿De acuerdo?

Durand, entre pesados jadeos, no se dignó responder.

—¿De acuerdo? —repitió el fraile y, dándome un toque en el hombro, me indicó sin palabras que debía liberar a mi cautivo. Así lo hice y permití al canónigo sentarse, frotarse el hombro y hacer una mueca.

—Hermano, vuestras alternativas están claras —dijo el padre Amiel con suavidad, empleando su tono de voz más convincente y razonable—. Si os resistís,

pediré una escolta a la guarnición, os encerraré en la prisión y le diré al Papa que sois un hechicero impenitente. Si colaboráis, podréis volver a vuestro propio lecho y esperar allí hasta que el Santo Padre decida vuestro destino. ¿Qué será, pues?

El padre Durand pestañeó.

—¿Me permitiréis salir de aquí? —dijo con voz incrédula—. ¿Lo haréis si accedo a ayudaros?

—Sí, lo haré —replicó el monje con frialdad—. Pero no albergueis ilusiones de escapar. Tengo varios medios, con la colaboración del condestable, de impedir que llevéis a cabo tales planes. Y si os atrevierais a intentado, haré caer sobre vos toda la fuerza de mi desaprobación.

A pesar de sus piernas enclenques, a pesar de sus andrajos y de su palidez enfermiza, el monje resultaba absolutamente convincente. Rezumaba amenaza. Durand tragó saliva.

—¿Qué… qué queréis que haga? —preguntó.

—Decidme la verdad.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de vos. Acerca de Pierre-Julien Fauré. Acerca de Guillaume Monier. A acerca de vuestro mutuo interés en la brujería. —Al ver que Durand titubeaba, el padre Amiel se apresuró a añadir—: Vamos, no temáis. No estamos en un interrogatorio formal. Aquí no queda registrado nada. Si queréis, podréis negar que este encuentro se haya producido nunca. Aunque no os recomiendo que hagáis tal cosa.

Durand se mordió el labio. Me lanzó una mirada, se puso en pie, se sacudió el polvo del hábito y carraspeó.

A continuación, con voz temblorosa y apagada, habló.

Canto III

A la mañana siguiente, me puse en camino hacia Saint-Martin-les-Bains.

El Padre Amiel se había ocupado de que me dieran por montura el animal más plácido de las cuadras del priorato, una yegua vieja de color gris llamada Segnitia. Había dispuesto que me encontrara con cierto grupo de clérigos en el puente de Saint-Benezet cuando abrieran las puertas de la ciudad y que viajase con esos hombres hasta mi destino. De hecho, el día anterior, mientras yo terminaba de copiar la declaración del padre Antonio, el domínico había urdido varios planes, inteligentes y acertados, el más astuto de los cuales fue su petición al condestable de que arrestara a Durand Rouiard el martes por la mañana, cuando las campanas llamaran a maitines.

Dicho arresto debería producirse en el propio domicilio de Durand. Cuando inquirí al padre Amiel por qué no había ordenado detenerlo en El Gallo Negro, él me preguntó cómo podría haber propiciado allí tal acto. ¿Tenía yo que haber reducido a Durand por la fuerza, mientras Beatrice alertaba a los oficiales del orden? ¿Y si hubiese escapado antes de que llegara el condestable? ¿Lo consideraba que deberíamos haber tenido preparada una escolta armada mientras se producía la entrevista?

—Recordad, por favor, sin embargo —explicó el dominico—, que no sabíamos con seguridad a qué hora llegaría Durand. Habríamos corrido el riesgo de que, camino de la taberna, topara con los oficiales, se asustara y huyera. No es fácil camuflar a los soldados, maese Raymond. No; es mejor que le hayamos permitido regresar a su cama.

—Pero ¿lo hará? —me pregunté. Caminábamos de regreso al priorato desde El Gallo Negro al término de aquella larga velada estival. Reinaba una luz mortecina y lóbrega y las sombras empezaban a adueñarse de las calles. Si no nos dábamos prisa, nos perderíamos en una oscuridad nocturna que sólo las antorchas podrían atravesar, puesto que la cálida brisa que en aquel momento comenzaba a dispersar las nubes habría apagado enseguida lámparas y candelas.

En algún lugar delante de nosotros, Durand también se escabullía entre las sombras.

—Creo que regresará a su cama —dijo el padre Amiel—. Tal vez vaya a otra parte e intente ocultarse, pero ¿dónde puede hacerlo, en Aviñón? Aquí no hallará un sitio donde librarse de extraños. No, aquí se le encontrará. Y si intenta huir de la ciudad… Aunque ahora las puertas están cerradas, cuando abran, al amanecer, toda la guarnición le estará buscando. Si tiene algo de sentido común, confiará en mi buena voluntad y regresará a su casa. —El padre Amiel hablaba entre jadeos, puesto que habíamos apresurado el paso—. Además, ya es casi de noche. En esta ciudad, si ronda por las calles a estas horas, se expone a tener un mal encuentro.

—Como nosotros, ahora.

—Sí. ¡Vamos! Quiero que estéis bien descansado para el viaje de mañana.

Por extraño que parezca y a pesar de mis muchas preocupaciones (debo confesar que la petición del canónigo Durand al padre Pierre-Julien respecto a mi salud futura me producía cierta intranquilidad), aquella noche dormí, y lo hice a pierna suelta. Me levanté de mala gana, con una extraña sensación de rigidez y flojera, como si estuviera recuperándome de un acceso de fiebre. De no ser por el padre Amiel, que me instó a ponerme en camino, sin duda habría llegado al puente de Saint-Benezet mucho después de que partiera mi escolta. Finalmente, llegué a la hora prevista y me uní al grupo que me brindaría protección.

El grupo estaba formado por diez personas, entre las que se contaban el tesorero de la catedral de Albi, que viajaba con un criado y un subdiácono, dos predicadores dominicos que se dirigían a Uzes, el párroco de una aldea remota de la Montaña Negra, un correo papal que iba a Toulouse (gracias a Dios, no se trataba de Othon) y tres canónigos regulares, naturales de la misma ciudad, cuya ineptitud a lomos del caballo era aún mayor que la mía. El padre Amiel conocía a los dos dominicos. En realidad, ambos me acompañaron desde el priorato hasta el puente y me fueron presentados como el padre Blaise y el padre Thibault.

—Son predicadores generales —me dijo el padre Amiel—. Los he puesto al corriente sobre vos. Se lo he contado todo.

—¡Oh!

—Os he recomendado a ellos. Os he puesto por las nubes, Raymond.

Solté un gruñido. Esperábamos junto a los caballos mientras mis dos compañeros de viaje y un tercero, un fraile de aire soñoliento a quien reconocí, pero cuyo nombre ignoraba, realizaban con elegancia ciertos ritos de despedida. Hubo intercambio de besos, se ofreció y se aceptó comida y el padre Amiel me dedicó una radiante sonrisa.

—No os desaniméis —dijo en voz baja—. Éste viaje no será arduo. En Saint-Martin-les-Bains recibiréis una cálida acogida. Y mañana tal vez sepáis ya quién mató a Guillaume Monier.

Hice una mueca y bostecé.

—Tal vez —repliqué con una falta evidente de entusiasmo, ante lo cual el padre Amiel me presionó la muñeca.

—Raymond —murmuró—. Debéis tener confianza. Anoche os oí y estuvisteis admirable. Vuestra habilidad fue insuperable y no mostrasteis vacilación ni debilidad alguna. Conseguisteis dominar del todo a vuestro interlocutor. Confío por completo en vuestra habilidad para sonsacar la verdad a esa viuda libidinosa. —Me soltó y me sugirió que llevara el caballo hasta el puente—. Éstas calles se recorren mejor a pie —sentenció.

—Lo sé.

—¿Tenéis el dinero?

—Sí.

—Entonces, id con Dios. Esperaré vuestro regreso dentro de dos o tres días, y tal vez para entonces yo también tenga mi propia información que contaros.

¿Su propia información? Mientras contemplaba embobado al monje que se alejaba, me pregunté qué habría querido decir con aquello. Yo sabía que aquel mismo día se le pediría al padre Antonio que confirmase su testimonio. Probablemente, Durand Rouiard, ya preso, sería interrogado de nuevo y se tomaría nota de sus respuestas. ¿Acudiría el padre Amiel al Papa durante mi ausencia, o esperaría a que regresase?

Pensé sobre el hecho de acudir al Papa. ¿Cómo acudía uno al Papa? ¿Había que entregar la petición en voz baja, en una gran sala, doblado en una reverencia ante una figura inmóvil sentada en un trono elevado? ¿Había que esperar en un pasillo y arrojarse a los pies del Santo Padre a fin de llamar la atención mientras iba de un concilio a otro, acompañado de hordas de clérigos ajetreados y balbucientes? ¿Había que llamar tímidamente a la puerta de una pequeña estancia a media luz, para ser admitido por la irritable voz de un viejo encorvado tras su escritorio, con la pluma en la mano y rodeado de montones de documentos apilados en el suelo?

Al Santo Padre no le complacerían los descubrimientos del padre Amiel. No le agradaría saber que el padre Pierre-Julien Fauré, un hombre cuya férrea defensa de la fe católica le había valido el reconocimiento de Su Santidad, era acusado ahora de tratar de conjurar a un demonio. Según el padre Amiel, el padre Pierre-Julien compartía con el papa Juan un profundo temor por la brujería; a ambos se los había visto conversar animadamente en distintas ocasiones durante la estancia del inquisidor en Aviñón. Parecía, sin embargo, que mientras el Santo Padre se enfrentaba a las artes de Satanás con consistorios, la ley canónica y las pieles mágicas de serpiente; el padre Pierre-Julien, a quien tales artes fascinaban tanto como repugnaban al Sumo Pontífice, había optado por abordar la propia fuente de la malignidad.

Fauré se había esforzado en demostrar que, mediante el uso de objetos sagrados, palabras sagradas y de un espíritu sereno, se podía conquistar y controlar a un demonio por el bien de la humanidad. Esto era, al menos, lo que le había dicho a Durand Rouiard. Después de hacerse con cierto texto, escrito en griego y del que se decía que contenía los secretos a través de los cuales se podía poner a un demonio al servicio de uno, había abordado a Durand para pedirle una traducción. El canónigo, por su parte, había quedado convencido de la sinceridad del monje y se había obsesionado con ese texto, que le había parecido muy antiguo, muy misterioso y muy poderoso. Se había reunido con el padre Pierre-Julien y con el padre Guillaume Monier mientras ambos, noche tras noche, se dedicaban a la brujería, para la que

utilizaban piel de gato, sangre de perro, círculos mágicos, encantamientos y agua bendita. Habían pasado tres meses intentando invocar a un demonio.

Sin embargo, no lo habían logrado.

—Con lo cual se demuestra —había comentado el padre Amiel—, que los demonios no pueden ser controlados por el hombre. Si es que había que volver a demostrarlo, claro, porque, en mi opinión, Aquino ya lo estableció perfectamente.

Pensé en todo aquello mientras seguía al padre Blaise y al padre Thibault desde el priorato. Eran unos hombres agradables, aunque no charlatanes, y agradecí enormemente su monacal reserva porque no me apetecía hablar. Cuando llegamos al puente, fueron ellos los que intercambiaron unas palabras corteses con el sacerdote, los canónigos y el correo, y me presentaron como «maese Raymond, un escribano oficial al servicio del Santo Padre». No me vi obligado a hacer otra cosa que asentir, inclinar la cabeza y sonreír, hasta que llegó el momento en que todos montamos en nuestros corceles.

Entonces el correo papal me advirtió de que debía ajustar los estribos si no quería colgar de la silla como un saco. Yo repliqué que preferiría ir tumbado, ante lo que se echó a reír y me los arregló. Enseguida nos pusimos en camino y de inmediato me quedó claro que los tres canónigos de Toulouse eran jinetes inexpertos que montaban unos caballos muy mal domados. Además, eran muy parlanchines y se entretenían discutiendo el caso que los había llevado a Aviñón. De vez en cuando, el tesorero intervenía con un comentario excelso, que era recibido con una pausa reverente seguida de halagadoras palabras de acuerdo. Sin embargo, permaneció callado casi todo el tiempo, lo mismo que sus ayudantes. Los dominicos conversaban entre sí en voz tan baja que los demás no oíamos lo que decían. El correo, de nombre Germain, habló poco, pero cuando lo hizo, se dirigió exclusivamente a mí.

—Mirad esos viñedos —dijo—. Todos pertenecen a la abadía de Saint-André, que está allí arriba, en lo alto del monte Andaon. Una vez estuve allí. Esos monjes viven mejor que ninguno de nosotros, ¡por las barbas de San José! Me gusta marcharme de Aviñón. En la ciudad hay demasiadas tonsuras. —Igual que Othon, aquel correo papal sentía un evidente desprecio por la clerecía.

Pese a la impericia de los canónigos como jinetes, avanzamos a buen paso, ya que el camino estaba seco y era casi llano. Como no lo había transitado durante los últimos tres años, me fijé con interés en los cambios más visibles: un nuevo campo cultivado, un árbol viejo caído, un sendero que se adentraba más en una loma polvorienta… La fruta maduraba por doquier; la avena, la alubia y la cebada ya estaban recolectadas. A lo largo del camino, los campesinos se hacían a un lado para dejar paso a nuestra comitiva clerical: un viejo bajo un cesto de madera, un chico que caminaba trabajosamente conduciendo un puerco, una joven cuyo balanceo de caderas atrajo mi atención… («A las mujeres les gustan los religiosos —comentó

Germain en voz baja—, porque los religiosos siempre están muy bien dotados. Y porque saben utilizar la herramienta sin hacerles niños.»). Nos detuvimos sólo una vez a vaciar la vejiga. Y comimos la colación del mediodía sin desmontar, sacándola de las alforjas.

Por fin, cuando el sol ya estaba bajo, llegamos a una encrucijada conocida. Allí me separé del grupo, que apretaría un poco el paso para llegar a Uzes, donde pernoctaría. Yo me dirigí hacia el norte, en dirección a las montañas, y al cabo de un rato divisé Saint-Martin-les-Bains, bañado en el fulgor rojizo del atardecer. Fue una visión placentera, os lo aseguro. Después de pasar casi todo el día en la silla, habría acogido con la misma alegría delirante la visión de un establo o la cabaña de un leproso.

Como podéis imaginar, estaba mucho más acostumbrado a montar mujeres que caballos.

Saint-Martin-les-Bains es un valle fértil y amplio coronado por un pequeño castillo. Los tejados de madera de sus casas se arraciman formando una serie de calles que, discurriendo colina abajo, confluyen en una única calzada. A sus pies se extienden muchos viñedos y campos de cereales, terrenos donde pacen numerosos animales, mulas, vacas y asnos, gran número de plantaciones de árboles de madera buena (aunque no tantas como yo recordaba) e incontables porquerizas y huertas de verduras. Rico y con una población abundante, posee una iglesia grande y hermosa, con todos los muros interiores pintados, una capilla en el cementerio, dos pozos, dos sacerdotes, un zapatero, un tejedor, un herrero, un enladrillador y una pequeña guarnición de soldados campesinos bien alimentados y armados con lanzas.

Cuando llegué, casi todos sus habitantes salieron de sus respectivas moradas a observarme. Aunque hubo pocas palabras, el vicario del sacerdote me brindó una elegante acogida, y un enjambre de sus fieles nos siguió montaña arriba en dirección al castillo. No os cansaré con una descripción exhaustiva de esta construcción, cuyo tamaño es relativamente modesto. Contiene una plaza y un alcázar de cuatro plantas rodeado por una muralla simple tachonada de torres semicirculares. Las defensas no son espectaculares, pero las instalaciones son cómodas, gracias, sobre todo, al trabajo del difunto marido de Marguerite. Hay letrinas construidas de piedra, bancos para los centinelas, un hogar con una chimenea y todo tipo de ornamentos lujosos labrados en los muros de la capilla y de la sala. En ésta, unos trovadores de piedra adornan las ménsulas de *cul-de-lamp* que sostienen los ocho nervios en abanico de las bóvedas, y la dovela esculpida representa al rey David tocando el arpa. En la capilla, unos ángeles sonríen, beatíficos, desde el techo. Hay lámparas colgadas en todas partes, vasijas vidriadas, ricas pieles, frescos en las paredes y abundancia de sebo.

Es una fortaleza de una excepcional belleza y me deleitó en gran manera verla de nuevo. Los colores del condado de Provenza flamean con orgullo sobre ella y tiene el

escudo de armas cincelado en la puerta, donde fui recibido por el mayordomo del castellano. El hombre era nuevo en el puesto y no lo reconocí. Me miró de arriba abajo, pero no de manera hostil.

—Traigo un mensaje para la dama Marguerite —le dije—. De… de parte de Lambert Galand, de Aviñón.

—¿El abogado?

—Sí.

—Muy bien. —Aunque frunció el ceño, el mayordomo se mostró cordial. Sin pedir más explicaciones, me indicó que lo acompañara y cruzamos la muralla, entramos en el alcázar y subimos una escalera de caracol. Recordé el olor del lugar y la colocación de los peldaños, dispuestos aquí y allá para hacer tropezar a los invitados indeseados.

En la sala, Marguerite estaba hablando con otras dos mujeres, una de las cuales era su nuera. También estaba presente un bebé que gimoteaba y unos cuantos canes jadeantes. Los perros empezaron a ladrar cuando entré, pero fueron silenciados con diversas patadas y palabras mordaces.

Marguerite, que se hallaba en pie, alzó las manos al cielo cuando me vio.

—¡Vaya! —exclamó—. Sois Raymond Maillot, ¿verdad?

—Sí, lo soy —respondí al tiempo que le hacía una reverencia.

—¿Y venís de Aviñón?

—Sí, con una carta de Lambert Calando.

—¡Oh! Entonces debo leerla. Pero primero debéis sentaros, beber algo de vino y hablarnos un poco de vos mismo. Blanche, ¿te acuerdas de maese Raymond? Solía venir por aquí cuando vivía en casa de Lambert Calando Blanche, la nuera de Marguerite, asintió. Era una joven magra y avejentada, aunque inteligente, y yo recordaba vagamente su cara. La otra mujer era una viuda del pueblo que había ido «a buscar un poco de vinagre». Menuda, arrugada e inconteniblemente jovial, no se sentía intimidada por la presencia de un hombre educado, sino que bromeó acerca de mi extraño porte cuando, con una mueca de dolor, conseguí sentarme.

—No estoy acostumbrado a montar —fue mi explicación.

—Claro que no —dijo Marguerite de forma compasiva, pero descubrí un brillo divertido en sus ojos. Aunque había engordado un poco, seguía siendo una mujer atractiva. Tenía el abundante cabello de una tonalidad rojiza, y se adivinaba rebelde incluso cuando lo llevaba confinado bajo una redecilla de seda. Su piel se conservaba tersa, tenía las manos suaves y sus ojos rasgados brindaban cierta belleza erótica a la nariz más bien grande que surgía entre ellos.

Desvié la mirada, incómodo, pues temía traicionarme a mí mismo.

—Blanche ha dado a luz dos veces, desde la última vez que estuvisteis aquí —dijo, animada, sirviéndome el vino con sus propias manos—. Éste hombrecito es su

tercer hijo, y todos están vivos.

—Demos gracias a Dios —murmuró Blanche.

—Sí, y gracias también a un grano de olíbano —dijo la vieja—. El olíbano siempre cura enfermedades de la cabeza, mezclado con otras hierbas.

—Guillemette es una experta en el uso de las hierbas —explicó Marguerite—. Ha salvado a los niños de la muerte en diversas ocasiones.

—Con la ayuda de Dios —dijo Guillemette—. Sólo con la ayuda de Dios.

—Por supuesto.

La conversación, plácida y doméstica en su tono, prosiguió durante un tiempo mientras Blanche acunaba a su hijo, Marguerite atizaba el fuego y Guillemette me aconsejaba acerca de los mejores tratamientos para las llagas de la silla. La situación se me antojó de lo más relajada y, de no haber sido por las molestias que me daban mis cuartos traseros, me habría adormilado. Entonces aparecieron el mayordomo, su mujer y los hijos de ambos, los hijos de Blanche y la nodriza de ésta, por lo que la paz se desvaneció y reinó el desorden. Entraron varios sirvientes con vino, pan y un mantel, que se dispuso en mi honor, y se sirvió una modesta cena a base de pescado, compuesta de un solo plato. La conversación durante la velada derivó hacia la caza, los molinos de grano, los derechos de pesca, las disputas por la tierra y otros asuntos serios de interés puramente local. Me pidieron que les contara las últimas novedades de Aviñón, pero, considerando que la historia de los genitales mutilados ensombrecería el tono de la velada, no encontré mucho que explicar.

Marguerite, que se hallaba sentada a mi lado, me habló sólo una vez y fue para decirme que Bona Claret servía para la familia más rica del pueblo, la cual parecía muy satisfecha con ella. Mientras estuviera en Saint-Martin-les-Bains tal vez podría ir a visitarla.

—Tal vez —respondí, aunque no me apetecía en absoluto encontrarme con Bona.

—Si lo hacéis —prosiguió la dama con frivolidad—, debéis deteneros en mi casa. Está junto a las puertas del castillo. Habéis pasado por delante al venir.

—¡Oh! —exclamé—. Entonces, ¿ya no vivís en el castillo?

—No. Ahora, Blanche es aquí la señora y así es como debe ser. Soy viuda y prefiero tener mi propia casa, lejos del ruido y del bullicio.

«No es necesario que me digas por qué», pensé, mientras ella me traspasaba con una mirada de soslayo. Me pregunté cuántos hombres habrían accedido a aquella casita suya.

—Os habría ofrecido una cama bajo mi propio techo —prosiguió, con una risa alegre—, pero dicha hospitalidad resultaría impropia, siendo una viuda.

—Por supuesto.

—Por más casta que fuera nuestra amistad, la gente nos calumniaría.

—Desde luego.

—Por lo tanto, Blanche os ofrece amablemente la habitación del conde. Ya habéis dormido allí alguna vez, ¿verdad?

Sí, lo había hecho. La habitación del conde era la estancia en la que el conde de Provenza, en sus viajes, había dormido un par de veces. Se hallaba en el piso superior del alcázar, junto a la capilla. Contenía una cama adoselada, un arcón profusamente pintado y un crucifijo tallado, junto con otros objetos (rollos de telas, cristales estropeados, cunas vacías, botas que precisaban un arreglo) que hubiera que almacenar por breve tiempo. Los huéspedes más honorables del castillo solían alojarse en aquella habitación.

—Os estoy muy agradecido —fue mi respuesta.

—¿Os acordáis del camino para llegar a ella? —inquirió Marguerite—. ¿Y para ir a las letrinas, a la cocina, a los establos?

—Sí, sí.

—Bien; entonces, allí os sentiréis cómodo.

—No lo creo. —La miré por primera vez a los ojos y añadí—: No me sentiré cómodo. Me duelen terriblemente los cuartos traseros. Ésta noche me torturarán los músculos fatigados y las ampollas en la piel. El dolor y el cansancio se apoderarán de mi cuerpo. Mañana, tal vez sirva para algo, pero esta noche seré una calamidad. Siempre ha sido así.

Marguerite asintió. ¿Me había comprendido? ¿Le había dejado claro que no tenía ninguna intención de arrastrarme aquella noche hasta su cama?

—Pobre maese Raymond —dijo—. Todo este sufrimiento sólo para hacerme el favor de traerme una carta. Por cierto, ¿dónde está esa carta, si puedo preguntarlo? ¿En vuestro equipaje?

—Esto… sí.

—Entonces iré a buscarla. No, no, quedaos aquí. Terminad la comida. Laurent, ¿está el equipaje de maese Raymond en la habitación del conde? ¿Sí? En ese caso, iré a recogerla. —Marguerite se puso en pie y se despidió de los reunidos. Besó a unos cuantos niños, cumplimentó al mayordomo, pateó a un perro y me instó a dormir bien aquella noche—. Quedaos unos días —me recomendó—. Sé que siempre habéis necesitado un tiempo para recuperaros después de un largo viaje a caballo, maese Raymond. En cualquier caso, mañana debéis visitar mi casa. Quiero enseñaros el corral, el henal y la era.

«El henal —pensé—. Quiere hacerlo en el henal».

¿A mediodía, tal vez?

—Laurent, ¿traerás mañana a mi casa a maese Raymond? Será mejor que alguien lo acompañe o se perderá. Naturalmente, tendrás una jarra de vino por la molestia.

«No —decidí—. No quiere hacerlo en el henal. ¿Dónde, entonces? ¿Y cuándo?».

—Buenas noches. Buenas noches, Blanche. Buenas noches, Laurent. —

Marguerite revoloteó alrededor de la mesa, besando mejillas y dando palmaditas en las cabezas—. ¡Buenas noches, maese Raymond! ¡Buenas noches!

Cuando se marchó, me quedé sentado, un tanto confuso. ¿Había tratado de decirme algo? ¿Pondría una droga en el vino del mayordomo para que se durmiera mientras nosotros fornicábamos? ¿O intentaba demostrar que no sentía ningún interés por mi cuerpo a los que tal vez sospechaban algo?

Sólo lo comprendí después de retirarme a mi habitación, pues allí, escondido en mi alforja, había un mensaje escrito con carbón en un trozo roto de pergamino.

«Espérame mañana por la noche», rezaba.

Canto IV

Pero ¿qué tormento es éste?, diréis. ¿Tendremos que esperar todavía para tener una noche de amor? Perdonadme, amigos y amigas. Sé cuánto anheláis el relato de mis actos lúbricos, pero ¿qué os hace pensar que os lo ofreceré? ¿No me había instado el padre Amiel a emplear medios alternativos cuando se tratara de obtener una confesión? Mi conciencia, desde luego, se rebelaba ante la idea de abusar de la hospitalidad del castellano con un acto tan grosero como el que proponía su madre. No sentía, ciertamente, el menor deseo de vender mi semilla —y mi honor— por una información.

Sin embargo, os pregunto: ¿qué opción me quedaba? ¿Cómo podría hallar a solas con Marguerite si no accedía a su petición? ¿Y qué otra cosa podía ofrecer para convencerla de que revelara sus secretos? Atormentado por éstas y otras preguntas de la misma suerte, así como por mis muchos dolores y rozaduras, apenas pegué ojo en toda la noche, aunque la cama era blanda y la almohada estaba perfumada.

Por la mañana, estaba agarrotado. Apenas fui capaz de bajar la escalera para gran diversión de quienes se cruzaron conmigo. No obstante, mis articulaciones se engrasaron un poco con el paso de las horas, y a media mañana estuve en condiciones de dejar el castillo y visitar la casa de Marguerite en compañía de Phillippe, el hijo de Laurent. Allí admiré el henar, el corral y la era, así como ciertos objetos que sacaron para que los contemplara: un mantel de altar que Marguerite estaba bordando, el anillo de oro de su difunto esposo, un juego de finas ollas de hierro, un espejo de marfil y una jofaina vidriada. La única criada de la casa, una vieja callada que se llamaba Raymonde, nos sirvió buen vino e higos secos. Me fijé en que la criada iba muy bien vestida y pensé: «Es cómplice de Marguerite».

Poco después de apurar la copa, regresé con Phillippe al castillo, donde tomamos la comida de mediodía. Marguerite no quiso acompañarnos. Dijo que visitaría a su nuera por la tarde, cuando terminase sus tareas. La impresión que producía mientras hablaba con conocimiento de la gallinaza, del cardado del cáñamo y del almacenaje de sus quesos y tocinos, era la de una animosa, activa y eficiente hija de la Iglesia, la de una de esas mujeres virtuosas que son una corona para sus maridos. En todo momento se dirigió a mí con el máximo recato, bajando los ojos y refiriéndose con frecuencia a cosas como el estiércol, los impuestos y los sacerdotes, nunca a camas o a sementales. Llevaba los cabellos tapados y vestía ropas sencillas de tonos apagados.

Cuando la dejamos, Marguerite ordenaba a Raymonde que fuera a buscar agua mientras ella, con una pala, recogía las cenizas de la chimenea en un cubo de madera. Nada podía resultar más inocente o más respetable; nada, dar menos pábulo a rumores. Me alejé de la casa preguntándome si me habría confundido. ¿Era ella quién había dejado el mensaje en mi alforja? ¿O era otra persona quién se había

encaprichado de mi dolorido trasero?

Quizá la viuda se había echado atrás. Tal vez había visto, como yo, que sería casi imposible que tuviéramos una unión carnal. ¿Cómo pensaba entrar en el castillo en plena noche, sin que la descubrieran? Sólo un súcubo sería capaz de tal cosa.

Éstos eran los pensamientos que me ocupaban aquella tarde mientras daba un paseo, primero por la calzada del parapeto, luego alrededor de la muralla y, finalmente, por las calles del pueblo. Hacía calor, pero no me veía con ánimo de cruzar unos campos interminables, bañados por el sol, para alcanzar las umbrías arboledas que se extendían más allá. Así pues, me quedé en Saint-Martin-les-Bains y me detuve primero en los establos del castillo, donde admiré debidamente diversos caballos, lo que me ganó la aprobación del jefe de palafreneros, quien ignoraba que yo apenas era capaz de distinguir un corvejón de una pezuña. Después, visité la iglesia e intercambié un par de gentilezas con el párroco, a quien doné una de las monedas del priorato. También hablé con Bona Claret. La encontré junto al pozo grande y la ayudé a sacar agua bajo la ávida mirada de una veintena de vecinos, hasta el último de los cuales debía de estar al corriente de mi participación en su traslado al pueblo.

Sin duda, todos esperaban alguna demostración de afecto por mi parte. Sin embargo, si era así, se llevaron un chasco. Tuve buen cuidado de mostrarme muy formal y calmoso, sin la menor calidez en mis palabras, diciéndome a mí mismo (ante la mueca de decepción de Bona) que lo hacía por el bien de su reputación. No hablamos mucho. Cuando me hube informado de que no la tenían excesivamente cargada de trabajo y de que no pasaba hambre, le deseé buena fortuna, me despedí y regresé enseguida al castillo.

No he vuelto a verla desde entonces. Pobrecilla, ojalá me haya perdonado, dondequiera que esté. Espero que no esté muerta, ni en prisión, sino casada con un buen marido que no le pegue y que no la haga trabajar como una mula. No es probable que así sea, desde luego, pues ¿quién querría casarse con una mujer como ella? Pastores y buhoneros no pueden mantener a una mujer, pero si se ha juntado con un campesino, espero que haya sacado provecho de ello. Deseo que sea guapo y tierno y que la haga feliz.

O que, por lo menos, la alimente bien.

Respecto a comer, esa noche cené col en vinagre y tocino mientras comentaba con Laurent el oficio de mi padre, tratante de azafrán, jengibre, pimienta, azúcar y clavo. También hablamos del comercio de la sal y de la importación de lana fina flamenca. Esto último condujo espontáneamente a una conversación sobre paños y tintes, y hubo acuerdo general en que demasiados tintoreros eran de ascendencia judía. En realidad, había demasiados judíos en todos los oficios.

Comparamos el paño verde de Aviñón con el pardo de Carbona. Hablamos de

ovejas, de lino, de hilaturas y de tejedores. Marguerite se sentó a mi lado, como la vez anterior; en un momento de la conversación, intervino para preguntar si era cierto que el tinte escarlata se hacía con insectos machacados, pero pasó la mayor parte de la cena charlando con Blanche. Cuando se levantó de la mesa, quiso saber si me marchaba al día siguiente. Le dije que sí y expresó su pesar con gran dulzura.

—Me agrada haber vuelto a veras —suspiró—. Ojalá regreséis pronto por aquí. Cuando esté mi hijo.

—Será un placer.

—Adiós, pues. Que Dios os acompañe. Buenas noches, Blanche. Buenas noches, Lament. Buenas noches a todos…

Os juro que esa mujer era una maestra del engaño. Viéndola abandonar la estancia con paso vivo y semblante despreocupado, nadie habría dicho que rondaba por su cabeza la expectativa de una noche de pecado, ¿o sí? Una vez más, no supe qué pensar. Con todo, me retiré temprano para tener tiempo de establecer una estrategia, por si Marguerite se presentaba. Tal vez si le ofreciera dinero…

Aún hacía mucho calor. A pesar del grosor de las paredes de piedra y de sus estrechas aspilleras, por las que entraba la corriente, la habitación del conde era un horno. Así pues, cuando hube cerrado y atrancado la puerta y hube dejado la lamparilla, me despojé de toda la ropa y me dejé caer en la cama con los brazos y las piernas abiertos.

La cama gimió.

—¡Uf! —dijo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Quién… quién anda ahí? —balbucí.

—¿Raymond?

—¿Marguerite?

—Sí.

Entre nuevos gemidos y algún chasquido de articulaciones, Marguerite de Pasquières salió a gatas de debajo de la cama. Aunque algo descompuesta, le brillaban los ojos bajo la luz mortecina.

—Yo creía… Dijisteis… ¡pensaba que habíais vuelto a vuestra casa! —susurré, rodando sobre el vientre y mirándola desde el borde del jergón de paja.

—¡Qué tonto eres! —replicó ella—. ¿Cómo querías que volviera, si me hubiese marchado?

—¿Y no os ha visto nadie? ¿Nadie reparará en que no os habéis ido?

—Me quedo a dormir aquí con frecuencia. Cuando hay algún niño enfermo, o cuando no me siento bien. ¿Qué centinela se extrañará de que no cruce las puertas, esta noche? ¿Quién me dedicará un pensamiento? —Con un dedo, trazó una línea a lo largo de mi flanco desnudo—. Sólo a ti te importan las andanzas de una pobre viuda

abandonada —continuó, haciendo pucheros—. Por lo menos, he encontrado un lugar en tu corazón, Raymond.

—Sí —dije con incomodidad—. Claro que sí. Pero no habría acudido aquí, mi dama, si no me hubierais hecho una promesa.

—¿La promesa de una calurosa acogida? —coqueteó ella. Para entonces ya se había puesto de rodillas, de forma que sus pechos quedaban casi a la altura de mi rostro. Llevaba una sobreveste de color oscuro atada con lazos a la espalda; debajo, un vestido verde intenso con botones de coral rojo en los puños. Me mostró los botones, subiendo el brazo, y me pidió que los desabrochara.

—Señora —murmuré—, antes de que comencemos, una pregunta: ¿me dijisteis la verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre el clérigo asesinado. Lo mencionabais en la carta.

—¿Ah, sí?

—Sí. También decíais que me revelaríais cómo perdió su virilidad.

—Y te lo diré.

Se puso de pie y me pidió que desatara los lazos. Esperé a que me diera la espalda para ponerme de rodillas, dejando al descubierto con ello la maleza de mi entrepierna… y el poderoso roble que crecía en ella. La sobreveste se deslizó de sus hombros al suelo; el vestido, por el contrario, se lo quitó por la cabeza y, cuando emergió de sus voluminosos pliegues, lucía sólo una enagua, a través de la cual se podía contar cada pelo de su rizado vello íntimo.

La visión, debo confesar, era muy atractiva. Sin embargo, detuve su mano cuando ya buscaba mis partes.

—Esperad —dije.

—Oh, Raymond. Si supieras cuánto ha pasado desde la última vez que vi un ofrecimiento tan admirable…

—Esperad. No, hasta que me contéis.

—Te cuente, ¿qué?

—¡Marguerite! —Me sentía sofocado; por momentos, la cabeza casi me daba vueltas. Recordad que llevaba semanas sin posar los ojos en una mujer desnuda—. ¡Basta de tonterías! Con gusto satisfaré todos vuestros deseos, si primero satisfacéis vos mi curiosidad.

—Pero, Raymond, mira a este pobre amiguito tuyo. Está despabilado y suplicante. Está impaciente, Raymond. ¿Con qué frecuencia lo alimentas, últimamente?

—Ni una caricia —dije con un jadeo, retrocediendo—. No tocaréis nada hasta que me contéis.

En respuesta, Marguerite se quitó la enagua. Su cuerpo tenía una blancura

ebúrnea, con trazos rosados y rojo encendido, y era de una plenitud arrolladora. Cuando se despojó de las cintas de seda, los alfileres y las peinetas que los refrenaban, los cabellos formaron una cascada en torno a sus hombros. Me llenó un deseo casi irresistible de estrujar, manosear y chupar su piel suave y salpicada de hoyuelos.

Cuando se me acercó gateando sobre la cama, sus pechos generosos rozaban deliciosamente sus brazos.

—¿Tendré que perseguirte? —susurró con visible excitación.

—Antes, contadme.

—Ven aquí.

—No.

—¡Pero fíjate en esa erección! ¡Eso sí que es un cumplido! —Alargó la mano otra vez para agarrar mi verga erecta, pero la puse fuera de su alcance oportunamente.

Me retiré debajo de la cama, donde mis partes más delicadas estaban a salvo de aquella mano descarada. El padre Amiel habría estado orgulloso de mí.

—¿Eres un hombre o un monje? —refunfuñó ella—. ¿Cómo puedes hacerme esto?

—Contadme la verdad.

—¡No te importo nada!

—Marguerite, la prueba de que sí es… en fin, es visible a dos leguas de distancia. Pero no soy esclavo de mis deseos, como algunos hombres. Yo soy fuerte. Mucho. Puedo ofrecer satisfacción toda la noche, si es preciso. Siempre que mi curiosidad quede satisfecha, primero.

Hube una larga pausa, que ella rompió al fin:

—¿Te complace lo que has visto cuando me he quitado la enagua, maese Raymond?

—Claro que sí.

—¿No está un poco maduro para vuestro gusto?

—¡Oh, no! —Me preocupó que pensara tal cosa; de nuevo, me traicionaba la conciencia—. Es blanco como el queso fresco, e igual de delicioso. Se me hace la boca agua.

—¡Come, pues! ¡Devora!

—Lo haré tan pronto me contéis.

Marguerite suspiró y la cama crujió.

—Te contaré una cosa ahora —dijo por fin—, y otra antes de que me vaya ¿Te parece justo?

—¿Por qué no las dos ahora?

—Porque si lo hago, quizá me niegues toda satisfacción.

—¡Oh, Marguerite! —Me escandalizó que pensara tal cosa de mí—, ¡yo nunca

haría una cosa así!

—Eso dices, pero no te importo nada, ya lo veo.

Me llegó un sollozo apagado, la oí levantarse de la cama y vi sus pies cuando dio unos pasos hasta la enagua caída en el suelo. Cuando la recogió, el remordimiento me venció.

—¡Oh, no! —exclamé mientras salía a rastras de mi escondite—. No, por favor. ¡Claro que os quiero! ¡Claro que m importáis!

—No. Has venido por mi secreto. ¿Por qué habías de venir, si no? Estoy vieja y fea. Ya ha pasado mi tiempo —añadió con la voz quebrada.

—Bobadas —protesté. Marguerite se había quedado plantada delante de mí con la cabeza gacha y los hombros hundidos, y me dolió ver toda aquella carne orgullosa y voluptuosa sumida en una postura que transmitía vergüenza y pesadumbre. Así pues, me acerqué a ella y le rodeé los hombros con mis brazos.

Al contacto con su vientre desnudo, mi semental se encabritó de nuevo.

—¿Lo ves? —murmuré en un susurro—. Decidme ahora que no os deseo.

Ella levantó el rostro.

—Entonces, ¿has venido porque querías verme? —musitó.

—Por supuesto.

—Pues bésame.

Amigos, amigas, besé sus suaves labios… Y podéis imaginar lo que sucedió a continuación. Después de los labios, besé su cuello, su nariz, su pelo y su escote; besé su vientre y recorrí sus nalgas con las manos y pasé la lengua por sus pezones mientras ella tiraba de mi pene como si ordeñara una vaca. En un abrir y cerrar de ojos rodábamos sobre el lecho y ella aplicaba sus ágiles dedos a la bolsa que colgaba entre mis piernas. Pero antes de perder por completo los sentidos, la aparté de mí bruscamente.

—¡Contadme! —exigí, jadeante.

—No puedo.

—¡Hablad!

—¡Raymond —ella también jadeaba—, no tengo nada que contar!

—¿Qué?

—¡Te mentí! ¡No sé nada de ese clérigo! ¡Nada! Lo que escribí fue pura invención para hacerte venir…

No me convenció: en su tono de voz y en su mirada había algo que despertó mis sospechas. Sin embargo, yo me moría de lujuria, desfallecía de deseo, y ella debió de darse cuenta. No encontré fuerzas para replicar y, tendido en el lecho, dejé que me mordisqueara y me besara desde las rodillas al ombligo hasta que, de pronto, se empaló en mi miembro erecto.

Siguió a esto una buena y vigorosa cabalgada —un auténtico galope— que nos

llevó a los dos a una culminación muy satisfactoria. ¿Qué? ¡Ah!, sí, duró bastante. Tengo que decir, sin embargo, que a pesar de todos sus ardides y estratagemas, de todos sus perfumes y sus agudezas, a Marguerite le faltaba un punto de sutileza. Aporreaba como un herrero el yunque; arremetía como un hombre. Con Beatrice, mis cabalgadas solían ser suaves y fluidas, más parecidas a ríos salpicados de exquisitos remansos y remolinos. Con la viuda, la unión carnal era una batalla llena de cachetes y pellizcas, mordiscos y arañazos, ataques y retiradas. Además, Marguerite era voraz. Apenas acababa de verter mi semilla, ya estaba pidiéndome más.

—No, esperad —le dije entre jadeos.

—¡Más! —exigió ella, tirándome del pelo—. ¡Me has dicho que eras fuerte!

—Y lo soy. Pero dadme un momento…

Ni siquiera esto me concedió. De nuevo, empezó a acariciar mi flácido instrumento, sacándolo de su sopor a besos y despertándolo a lametones. Y luego, cuando lo hubo devuelto a un estado tumescente, lo empleó vigorosamente, machacando como si ella fuera la mano y yo el mortero. ¡Virgen Santa, vaya yegua salvaje era aquella mujer! Me retorció los pezones (¡sí, me retorció los pezones!) hasta provocar que me revolviera. La derribé sobre la cama y me encaramé sobre ella, y se agarró a mí como una enredadera.

—¡Fuerte! —resopló—. ¡Más fuerte! ¡Más!, y siguió pidiéndolo, aunque os juro que, si hubiera empleado más fuerza, le habría abierto un agujero en el espinazo.

Mis esfuerzos, por fortuna, tuvieron recompensa de nuevo. Alcancé la culminación, aunque mucho después que ella. Lo cual es muy extraño, porque ya sabéis cómo son las cosas entre hombres y mujeres… ¿O no? Permitid que lo aclare, por si alguno no lo ha descubierto todavía. Para ello compararé la fusión de los cuerpos con una cabalgada (¡cómo no!), una carrera bajo el sol abrasador por alcanzar una poza de agua. Tanto el hombre como la mujer tienen mucha sed, pero el hombre cabalga a galope tendido y se lanza al agua sin pensárselo, con espada, botas y todo el equipo, entre un gran chapoteo… a menos que, conteniéndose por cortesía, acople su paso al de la mujer.

Ésta, por su parte, avanza con tranquilidad y sólo se apresura un poco cuando se acerca a la poza. Y al llegar a ésta, se despoja de toda la ropa y se sumerge en el agua deslizándose, fundiéndose con el líquido.

Así había sido siempre, según mi práctica. En cambio, allí estaba esta vez, rezagándome, mientras Marguerite retozaba en el agua entre incesantes gemidos y gruñidos de felicidad. La experiencia no me resultó del todo placentera.

—Otra vez —me urgió ella.

—¡Oh, no!

—¡Otra vez!

—No. No puedo. De verdad.

—Sí.

—No.

—Vamos.

—¡No!

—¡Oh! Está bien…

De repente, Marguerite saltó de la cama y, agachándose junto a ella, buscó algo debajo.

Lo que sacó fue un objeto como yo jamás había visto o imaginado. Desde el día del que os hablo, he consultado a varios legos versados en estas cuestiones respecto a dicho objeto y he descubierto que no era una invención de Marguerite. San Agustín, en *La ciudad de Dios*, menciona que ese mismo instrumento lo utilizaban los sacerdotes de la Cibeles Berecintia. En la obra de otro clásico, llamado Aristófanes, dos mujeres visitan a un guarnicionero que ha fabricado una pieza única parecida para uso de las féminas.

La que poseía Marguerite era de madera, no de cuero, pero estaba tan perfectamente pulida y encerada que tenía el lustre del mármol bruñido. Con una longitud de tres veces el ancho de la mano, aquella pequeña porra tenía un extremo redondeado como la yema de un dedo.

La contemplé, perplejo.

—Usa esto —dijo Marguerite, moviéndola debajo de mi nariz.

—¿Qué?

—Usa esto —repitió. Se echó de nuevo en la cama y abrió las piernas—. Vamos, date prisa.

Aún sin entender qué quería, la miré a ella y, a continuación, al objeto.

—¡Dios bendito! —blasfemé.

—¡Hazlo, Raymond!

—¡Oh, no!

—¡Sí!

—¿Cómo… cómo… De dónde habéis sacado esto? —Me faltaban las palabras—. ¿Cómo habéis podido…? Esto es un instrumento diabólico, Marguerite. No está bien que…

—¿Por qué no? —replicó ella en voz baja—. ¿Qué puede hacer, si no, una viuda como yo?

—Pero…

—¿Es que te da miedo? ¡No se volverá hacia ti, Raymond!

—No puedo.

—Por favor. Por favor…

Vacilante, cumplí su exigencia e introduje el objeto demoníaco. Ella gimió, se estremeció y murmuró entre jadeos:

—¡Mete y saca! ¡Mete y saca!

Pero a mí todo aquello me resultó repulsivo. No soporté seguir empuñando aquel instrumento y lo retiré del surco que partía su pradera.

—¡No! —exclamó ella.

—¡Chist!

—¡Oh, Raymond, por favor! ¡Por favor!

—No puedo.

—¡Raymond, hazme esto y… y hablaré! ¡Te diré la verdad! —Me miró con una mueca desencajada—. ¡Sé qué le pasó a ese clérigo, lo juro!

—¡Oh, Marguerite! —dije, temblando—. ¿Cómo voy a creeros, si hace un momento decíais que os lo habías inventado?

—¡No! Por favor, compláceme en esto. Hazlo y te diré todo lo que sé.

Y, amigos míos, accedí. Tomé aquel objeto, aquel instrumento de lujuria, y volví a aporrear con él como si me propusiera derribar una pared. Tengo que confesar, además, que empezaba a gustarme hacerlo, pues el disfrute de Marguerite resultaba gratificante. A veces me detenía y jugaba con ella; otras veces introducía el objeto despacio, disfrutando del poder que tenía a mi disposición, pues me hallaba, os lo aseguro, en una posición de gran dominio. Mientras Marguerite se estremecía y jadeaba con abandono, yo mantuve la cabeza muy clara y seguí estimulándola, dirigiéndola por el camino hacia la culminación.

Pero un momento antes de que alcanzara ese dorado objetivo, me detuve.

—Contadme —dije.

—¿Qué…?

—Decidme la verdad.

—¡Oh, no! ¡Ahora, no! —gimió.

—Ahora, sí.

—¡Oh, por favor…!

—La verdad, Marguerite, y terminaré lo que he empezado.

Ella se cubrió la cabeza con la almohada, abrazándola mientras farfullaba unas apagadas protestas.

—Hay una piedra suelta —dijo por fin.

—¿Qué?

—Conozco la casa que ocupaba tu clérigo asesinado —suspiró, con la voz sofocada por la almohada—. En la pared del dormitorio principal hay una piedra suelta. ¿El difunto dormía en esa alcoba?

—Creo… creo que sí.

—Pues ya tienes la solución al misterio.

Perplejo, me senté sobre los talones.

—¿A qué os referís? ¿Y cómo conocéis vos ese detalle?

—Viví un tiempo en esa casa. Con mi primer marido.

—¿Vuestro primer marido?

—Siempre he evitado mencionarlo en presencia de Bernard. Bernard me quería tanto que la mera idea de que hubiese habido otro hombre en mi cama lo ponía furioso. —Marguerite descubrió su rostro y, mirándome con expresión afligida, gimoteó—: ¡Oh, Raymond, necesito otro marido! ¡Necesito a alguien en mi cama todas las noches!

Si aquello era o no una propuesta de matrimonio, no sabría decíroslo, porque no le presté la menor atención. Sólo me interesaba saber algo más del primer marido de Marguerite.

—¿Decís que vivisteis con vuestro primer marido en la casa de Guillaume Monier?

—Sí.

—¿Y que una de las piedras de la pared del dormitorio estaba suelta y podía retirarse, de modo que un intruso podría entrar en la casa?

—Sí.

—¿Y no se ha reparado?

Marguerite sonrió. Luego, frunció el entrecejo. Por fin, dijo:

—He cumplido mi promesa, Raymond. Haz el favor, ahora, de terminar lo que habías empezado.

Frustrado, arrojé lejos de mí el falo de madera.

—No —repliqué—. No, hasta que terminéis vos lo que habéis empezado. ¿Quién conoce la existencia de esa piedra suelta? ¿Cómo se empleó? Debéis decírmelo.

—Acaba, primero.

—No.

—¡Hazlo!

—¡No!

Estábamos en tablas, como dicen los practicantes del noble juego del ajedrez. Nos miramos, a cual más ceñudo, y sentí el impulso casi irrefrenable de atizarle una colleja. Se me ocurrió que Marguerite había empleado toda suerte de subterfugios, evasivas y astutos ardides para llevarme a la cama, como las mujeres de los *fabliaux*. (Recordaréis, por ejemplo, el cuento de la recién casada que, queriendo fornicar con su amante, dice a su lerdo marido que se ha dejado la vagina en casa de su madre. ¡O el de la casada de Orleáns que salva a su amante y preserva su reputación de mujer casta haciendo que su marido —quien se ha hecho pasar por el amante— reciba una paliza!). En aquel momento, al reflexionar sobre la ignominiosa posición en que me hallaba, se me ocurrió que las mujeres venían engañando a los hombres desde los tiempos de Eva. Al fin y al cabo, ni el mismo Argos, el gigante de cien ojos, pudo evitar que Io, la concubina de Júpiter, escapara del encarcelamiento al que la sometía

la celosa Juno.

De repente, Marguerite sacó las piernas de la cama y se puso en pie.

—¿Adónde vais? —pregunté.

—A casa —respondió.

—¡No! —La agarré por el brazo—. ¡No os iréis hasta que me contéis el resto!

—¿Por qué habría de hacerlo? Lo has estropeado todo.

—Si quisiera estropearlo todo, como decís, llamaría ahora mismo a vuestra nuera —fue mi cruel réplica—. Si quisiera estropearlo todo, le contaría lo que hemos hecho aquí y lo que me dijisteis para aseguraros mi colaboración. ¡Eso sí que lo estropearía todo!

Marguerite palideció.

—¡No serías capaz! —dijo, alarmada.

—¡Ahora mismo!

—¿Y arriesgarte a recibir una paliza?

—Tal vez. Pero cuento con la protección de personas importantes. ¿Quién os protegerá a vos?

Marguerite rompió a llorar. De repente, me habría gustado encontrarme a veinte leguas de allí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo me había visto enredado en aquel sórdido asunto? De pronto, cruzó por mi cabeza la imagen de Beatrice Rascas y sentí vergüenza.

—Amiga mía —dije cansinamente, al tiempo que la soltaba—, cometisteis un terrible error al escribir esa carta. Si os negáis a confesarlo todo, mi patrón os llamará a declarar a Aviñón y tendréis que testificar en la prisión. ¿Qué preferís?

Ella murmuró algo. Me incliné para oírla mejor.

—¿Cómo? ¿Qué decís?

—A las adulteras las azotan —gimió—. Las hacen correr desnudas por las calles mientras la gente las apedrea…

Un nuevo torrente de lágrimas le impidió continuar.

—Así pues, ¿cometisteis adulterio? Ésa piedra suelta…, ¿tenía por objetivo permitir la entrada de vuestro amante sin alertar al resto de la casa?

Marguerite asintió.

—¿Cuándo vuestro marido no estaba?

—¡No estaba nunca! —se lamentó. ¡Yo sólo tenía dieciséis años! Él era mayor y amaba a otra mujer, la esposa de no sé quién. ¡Me decía que pasaba la noche en la casa de campo para supervisar los trabajos de la cosecha, o para consultar con el notario local, o para asistir a una boda, pero yo sabía muy bien dónde estaba, en realidad!— Su tono de voz se hizo más agudo e inestable. —¡Me encerraba igual que hacía con su maldito dinero! ¡Me tenía encerrada en mis aposentos durante días enteros y me hacía llevar la comida allí, como si fuese una presa! ¡Decía que una

esposa no era de fiar, cuando el marido se ausentaba!

Empecé a temer que sus exclamaciones fueran audibles desde el piso de abajo.

—Escuchadme, Marguerite. La piedra. ¿Quién conoce su existencia?

—Nadie. —Se sorbió las lágrimas—. Lo hice yo sola, durante esos numerosos días en que me dejaban a solas en la habitación. Fui sacando el mortero con un cuchillo.

—Pero vuestro amante tuvo que conocerla. Bien se lo diríais, ¿no?

—Sí. Una noche, solté la piedra y pudo entrar por el hueco. Desde entonces, ponía una jarra en el alféizar de la ventana cada vez que se iba mi esposo. Cuando mi amante estaba en la ciudad, pasaba cerca de la casa cada noche y observaba la ventana. Si veía la jarra, se detenía a cuchichear algo. Más tarde, volvía y entraba por ese acceso secreto. Eso hizo hasta que… hasta que se enamoró de la sobrina de cierto obispo, nieta de un carnicero…

—¿Quién era?

—Cierto caballero de Saint-Gilles. Lo conocía desde muy jovencita, antes de dejar la casa de mi padre. Pero él ya estaba prometido en matrimonio.

—¿Cómo se llamaba, Marguerite?

—Etienne —dijo con una mirada ceñuda y cierta irritación en la voz—. Etienne de Puy.

Canto V

¡Etienne de Puy! No me cupo duda: él era responsable del asesinato de Guillaume Monier. Odiaba al camarero a causa de la disputa sobre las tierras inundadas y conocía la existencia de aquella piedra suelta en la casa que Guillaume ocupaba. Todo quedaba explicado… salvo la mutilación de los genitales del camarero.

Además, cuando la presioné, Marguerite confirmó que el caballero era fuerte y vehemente; estaba segura de que si Guillaume de Monier lo había hecho enfurecer, Etienne habría reaccionado con una violencia excesiva. Marguerite no mostró remordimientos de conciencia por hacer aquella afirmación. Era evidente que la idea de involucrar a un antiguo amante no la perturbaba en absoluto.

Al contrario, sólo le preocupaba su propia situación.

—Yo… yo no pensaba decírtelo —sollozó—. ¡Oh! ¿Qué voy a hacer? Debes ayudarme, Raymond. Si tengo que prestar declaración, todo se descubrirá… Todo el mundo sabrá… ¡Me tacharán de adúltera!

—No necesariamente. —Me sentía cansado y lleno de compunción—. Tal vez baste mi testimonio. Si yo me callara vuestro nombre, ¿cómo lo descubrirían?

—¡A través de Etienne, por supuesto!

—Oh, por supuesto. —Me mesé los cabellos—. Entonces, debemos decir que lo entretuvisteis a instancias de vuestro marido —propuse—. Una esposa no puede desobedecer a su esposo.

Marguerite alzó los ojos y me miró:

—¿Qué? —preguntó.

—Quizá vuestro esposo tenía gustos perversos. Tal vez prefería esconderse y ver cómo fornicabais con otro hombre. A lo mejor, como era impotente, no podía encontrar otra satisfacción en el lecho conyugal y…

—¡Mi marido no era impotente! —Encendida de ira, Marguerite me miró con consternación—. ¡Qué tontería!

—Tal vez os dio este objeto y os miraba cuando lo utilizabais —proseguí, señalando el falo de madera—. Quizá, para no perder la dignidad y la reputación, hacía entrar al caballero por el agujero y luego se escondía para que el mencionado caballero pudiera copular con vos sin estorbos.

—¡Esto es obsceno, Raymond! ¡Nadie creería tal cosa!

—¿Por qué no? Hay hombres que se aparean con ovejas. ¿Es esto más vil?

—¿Pretendes que jure, sobre las Sagradas Escrituras, que he sido tan libertina? —inquirió Marguerite, llorosa—. ¡Dios me castigará!

Pensé que si Él no la había castigado ya por sus múltiples pecados, era improbable que actuase ante aquel último acto deshonroso.

—Marguerite —suspiré—, o mentís, u os hacéis monja. Si os hacéis monja,

cumpliréis la penitencia adecuada. Nadie os hará correr desnuda por las calles de Aviñón.

—¡Monja! —exclamó, horrorizada—. ¡Oh, no!

—¿Preferís que os flagelen en público? Si entráis en un convento y es un convento poderoso, estaréis protegida. La orden no querrá veros denostada y protegerá vuestro nombre a cualquier precio.

Os reís, amigos. Os parece divertido que una mujer como ella pudiera plantearse hacer el voto de castidad, sobre todo por un motivo tan miserable. Tal vez sospechéis que yo bromeaba, pero os aseguro que no podía hablar más en serio ¿Qué otra cosa, si no? Preocupado por el papel que yo había desempeñado en su caída, le ofrecía un buen consejo. No se me ocurría otra manera de brindarle protección.

Como es natural, ella se mostraba reacia, pero dispuse de toda la noche para convencerla, ya que Marguerite no tenía forma de marcharse. Había planeado ocultarse en mi habitación (donde había escondido una muda de ropa) hasta que amaneciera. Entonces, a una hora adecuada, pensaba aparecer en el vestíbulo con la nueva indumentaria, diciendo que acababa de llegar al castillo desde su propia casa. Era un plan inteligente y me proporcionó el tiempo suficiente para abordar sus miedos y sus resistencias. Todavía quedaban esperanzas de que no la llamaran a declarar, declaró; ¿debía abandonar aquella esperanza dando un paso irreversible? Le respondí que las esperanzas eran insignificantes, que conocía al padre Amiel y que, aun cuando el dominico satisficiera mis deseos con respecto a Marguerite, probablemente mandaría su caso al condestable, sobre el que yo no ejercía ninguna influencia. Le dije que, si entraba en un convento, su penitencia parecería verdadera. Le dije que tal vez le convendría adoptar otro nombre, un nombre religioso, de modo que si el suyo propio quedaba manchado, nadie sabría que se trataba de ella.

—¡Pero un convento! —sollozó—. ¿Cómo voy a vivir sin un hombre?

Dudé unos instantes.

—Incluso en los conventos ocurren cosas vergonzosas —dije al cabo y, tras aclararme la garganta, añadí—: Mi amigo Othon siempre ha querido yacer con una monja.

—¿De veras? —preguntó ella, enjugándose las lágrimas.

—Sois una mujer lista, Marguerite —me apresuré a decir—. Ya habéis demostrado que ni los centinelas ni las altas murallas pueden impedir que satisfagáis vuestros deseos. Claro que yo no os lo aconsejaría, puesto que el castigo sería terrible y, además, estaríais rompiendo los votos…

—Por supuesto —dijo con solemnidad.

—Tenéis que tomar una decisión. Yo no puedo hacerlo por vos, pero recordad esto: si mañana regreso a Aviñón, vuestra historia será conocida por el condestable, y quizá también por el Santo Padre, antes de que transcurra una semana. En estas

circunstancias, deberíais pensar en procuraros una protección. Tal vez sea vuestra única oportunidad.

Con argumentos de este tipo, con gráficas descripciones de la prisión en la que había trabajado y de la infalible perspicacia del padre Amiel, la convencí. Tumbados juntos y susurrando en la oscuridad, urdimos un plan. Yo me quedaría en Saint-Martin-les-Bains un día más, alegando que todavía estaba aquejado de cierta rigidez. Marguerite, mientras tanto, acudiría al sacerdote del pueblo con una maravillosa revelación. Le diría que la Sagrada Virgen se le había aparecido en un sueño y que le había indicado que entrara en un convento. Le diría que su intención era acudir al convento de las Carmelitas Descalzas, de Aviñón, para pedir que la admitieran.

Como tenía tantas propiedades a su disposición, era muy improbable que la rechazasen.

—Podemos viajar juntos —dije—, pero escoltados, para demostrar que no escapamos. Y aunque vayan a buscaros apenas llegada al convento, las carmelitas no os abandonarán, sabiendo que pueden perder vuestra casa, vuestro ganado y todas vuestras hermosas cosas.

—¡Oh! —gimoteó Marguerite—. ¡Mi hermosa casa! ¡Mis preciosos vestidos!

—Si no podéis dejarlos, Marguerite, tendréis que someteros a la ignominia, por no hablar de un severo y prolongado castigo.

—¡Oh! ¡Oh!

Presa de la desesperación, inspiraba compasión. Convendréis en que una decisión como ésta es muy difícil de tomar. Sólo una mujer muy piadosa renunciaría a su familia, a sus bienes terrenos y a sus noches de lujuria sin protestar; pero, finalmente, mi sabio consejo prevaleció y estuvo de acuerdo en buscar la protección de la Iglesia.

Al romper el día, ya se había resignado a la perspectiva de una nueva vida. Las lágrimas se habían secado en sus mejillas y se había convencido de que era la única opción que le quedaba. Se vistió con aire sumiso y se escondió de nuevo bajo la cama. Yo, por mi parte, esperé a que los habitantes del castillo se hubieran despertado, y entonces me arrastré como un tullido escaleras abajo.

No habiendo pegado ojo en toda la noche, pude decir sin faltar a la verdad que no había descansado nada y, cuando pedí que me ofrecieran un día más de hospitalidad, nadie se opuso; antes bien, mi solicitud fue acogida con unas expresiones de satisfacción tan corteses que me sentí avergonzado. Casi me atraganté con la tarta de miel que me sirvieron, y cuando me ofrecieron otra, insistí en que se la repartieran los niños. Esto no contribuyó, sin embargo, a aliviar mi sentimiento de culpa, que se vio agravado con la repentina aparición de Marguerite, que hizo su entrada en la sala tan espléndidamente vestida como una novia el día de su boda. No obstante, su expresión parecía un tanto aturdida y, tras haber conversado con Blanche en voz baja, salió con ella para dirigirse a una estancia del piso de arriba.

Desde aquel momento y hasta la caída de la tarde, el castillo vivió unas horas de gran agitación.

Como corresponde a un huésped poco vinculado con la familia, permanecí solo tras el alboroto que siguió a las noticias inesperadas que dio Marguerite. El sacerdote del pueblo no puso objeciones, ya que su deber lo obligaba a alentar a cualquier mujer que quisiera consagrar su vida a Dios, pero Guillemette calificó de loca a su amiga; el mayordomo estaba desconcertado, y Blanche pedía contención y más reflexión. ¿Qué dirían el hijo y la hija de Marguerite? Los niños lloraron cuando supieron que su abuela iba a dejarlos pronto.

En cuanto a ella, hizo gala (como siempre) de una gran sagacidad. Ni siquiera fingió que eran impulsos piadosos los que la movían a tomar aquella decisión, sino que gimió y lloró junto al resto de la familia. Su argumento fue éste: que la Virgen se lo había encomendado y ella, por tanto, tenía que obedecer. Se presentó como una suerte de Jonás, reacia pero obligada. ¿Qué sería de ella si se negaba a hacer lo que la Madre de Dios deseaba? Algo terrible le ocurriría, sin lugar a dudas.

Con este tipo de lógica, preparó su camino a Aviñón. Accedió a llevar consigo al vicario, una escolta de guardias y, oh, también a Raymond Maillot. A medida que avanzaba el día, hizo entrega de muchas de sus posesiones a Blanche, a sus nietos, a su doncella y a sus amigas. Todo el pueblo lamentó su decisión, y se congregó en las calles para discutir sobre ella mientras Marguerite iba de casa en casa a despedirse. Cuando le preguntaron por la Santísima Virgen, dio respuestas vagas. Una luz intensa y una voz dulce eran todo lo que recordaba de la visitación que había transformado su vida. En lo que sí se esmeró, sin embargo, fue en pasar un rato largo en la iglesia, rezando oraciones y ofreciendo presentes.

No es preciso decir que todas estas actividades le llevaron mucho tiempo. Aunque habíamos previsto salir hacia Aviñón el viernes, los preparativos del viaje no se completaron hasta el sábado por la tarde. La noche del viernes, la anterior a su partida, Marguerite durmió en la alcoba de Blanche, compartiendo cama con los tres niños de ésta. Mientras tanto, en el piso de arriba, yo dormí a pierna suelta, a pesar de la tormenta que se desencadenó en el cielo. Nada turbó mi sueño letárgico, aunque cuando desperté lo hice con una sensación de profunda infelicidad.

Tumbado en la cama, pensé que había arruinado la vida de la dama.

Luego me regañé. Era ella quien se había arruinado la vida atrayéndome a su cama con promesas peligrosas. Además, Guillaume Monier había muerto asesinado. ¿Era justo que ese crimen quedase impune? El padre Amiel pensaría que no, y él estaba mejor preparado para emitir tales juicios.

Éstos fueron los argumentos con los que intenté tranquilizar mi conciencia. No obstante, por la mañana, cuando Marguerite se despidió de los suyos, fui presa del remordimiento. Permanecí sentado, con la cabeza gacha, mudo de culpa, mientras la

lluvia (porque caía una pertinaz llovizna) se me colaba por el cuello de la túnica. Ver todos aquellos rostros bañados por la lluvia y contraídos de dolor fue más de lo que podía soportar. Los gritos de los niños me destrozaban el corazón, y nuestro paso por Saint-Martin-les-Bains fue como una procesión funeraria. Ya fuera del pueblo, y mientras coronábamos la colina que pronto lo ocultaría, aún se oía un débil y lastimoso canto fúnebre.

¡Pobre Marguerite! Se pasó todo el día llorando debajo de un manto con capucha mientras los guardias se quejaban del tiempo y el vicario del sacerdote me hablaba sin parar de los impuestos papales. Como podéis imaginar, fue un viaje terriblemente triste. Los caminos enfangados y los aguaceros ocasionales todavía nos descorazonaron más. El polvo estival se había convertido en una sopa; si hubiéramos esperado un día más, nuestra ruta habría quedado intransitable. Era como si la propia naturaleza estuviera abatida de tristeza ante la perspectiva de la inminente reclusión de Marguerite.

Sin embargo, es una feliz constatación de la vida el que ni siquiera el más desdichado de los viajes dura para siempre y, en el momento en que empezaba a pensar que deberíamos acampar debajo de un árbol hasta el amanecer, llegamos a Villeneuve-les-Avignon, donde buscamos refugio en la abadía de Saint-André. Allí pasamos la noche, justo al otro lado del río de nuestro destino final. Fuimos (como el correo papal, Germain, había prometido) muy bien acogidos: los monjes de la abadía nos prestaron ropa seca con la que dormir mientras la que llevábamos se libraba de la lluvia ante las llamas de la chimenea de su cocina. Nos sirvieron una buena cena regada con un vino excelente y quedaron encantados cuando Marguerite les contó su visión. Como es natural, no hablaron directamente con ella: le dieron una habitación en la hospedería y llamaron a una mujer del pueblo —un pueblo casi del tamaño de una ciudad— para que la atendiera. Pero mientras acompañaba amablemente a los miembros masculinos de nuestro grupo al dormitorio que íbamos a compartir, el fraile nos preguntó por el motivo de nuestro viaje y recibió nuestra respuesta con numerosas exclamaciones de júbilo y de asombro.

Aquél benedictino parecía un hombre sencillo. No se asemejaba en nada a los dominicos. Debo confesar que me avergonzó su calidez y su fervor. Mentir a un hombre como él se me antojó de lo más censurable. De hecho, la propia mentira era prácticamente una blasfemia y, de inmediato, me di cuenta de que al padre Amiel debería decirle la verdad. Fueran cuales fuesen las consecuencias, nunca podría mirarle a los ojos y mentirle sobre algo relacionado con la Virgen María. Era imposible.

Pasé la noche en vela, dando vueltas en la cama y pensando en el padre Amiel. No es necesario que diga que a mi tormento contribuyeron mis músculos doloridos y los ronquidos de mis compañeros. Por la mañana, volvía a estar rígido como una

vara. Por ser domingo, sin embargo, me vi exonerado de la tarea de montar a caballo. El día del Señor no se viaja, si uno se ha acogido a la hospitalidad de una fundación monástica. En cambio, acudimos a la iglesia, hablamos sobre la elaboración de quesos, matamos cucarachas y oímos caer la lluvia sobre el tejado. Fue un día monótono e improductivo.

En una ocasión, entre dos aguaceros, bajé con Marguerite y el vicario al pie de la colina, desde donde contemplamos las murallas y las agujas de Aviñón que se alzaban al otro lado del río. «Yo me ordené en esa ciudad», explicó el vicario. «Cuantísimas barcazas», comentó Marguerite. Yo no dije nada. La ropa se me pegaba a la piel y mis rodillas no se comportaban como tales. A nuestro alrededor, los árboles, los tejados y los baupreses de las barcazas goteaban. Me entraba agua en las botas.

A la mañana siguiente, monté a caballo con una mueca de dolor y me acomodé en la silla con un gemido. Marguerite sufría las mismas molestias. El vicario, que viajaba a menudo a una aldea que se hallaba a cierta distancia de Saint-Martin-les-Bains, aún se sentía razonablemente bien y trató de animamos con exhortaciones acerca de las pruebas soportadas por los santos y benditos mártires de la Iglesia católica. Durante su perorata, Marguerite y yo intercambiamos una expresiva mirada de profundo sufrimiento. Fue la única comunicación sincera que hubo entre nosotros a lo largo del viaje.

Por fortuna para la salud del vicario, Aviñón se encontraba ya cerca. Poco después de dejar la abadía, pasamos ante la torre de Philippe le Bel y cruzamos el puente de Saint-Benezet mientras las campanas de Aviñón llamaban a tercias. Ya no llovía, el cielo se había despejado y un sol desteñido doraba las murallas de la ciudad. La pobre Marguerite miraba aquellas recias paredes con aprensión. Tenía la tez arrugada y pálida, descolorida por las copiosas lágrimas que había derramado. Aunque la compadecía, también me alegraba de su transformación. Con su expresión triste, los ojos cansados y las mejillas tirantes y desencajadas, parecía presa de un gran sufrimiento espiritual.

Si se hubiese presentado con su rostro habitual, risueño y alegre, a la abadesa de las carmelitas descalzas, habría suscitado dudas sobre la veracidad de su deseo de hacerse monja.

—Ahora —dije una vez hubimos entrado por la Porte du Rocher—, ¿sabéis cómo llegar al convento, señora? De ser así, os dejaré, ya que debo presentarme en el priorato.

—Oh, pero… pero… —Su consternación parecía excesiva, y tal vez habría despertado las sospechas del vicario si éste no la hubiese malinterpretado.

—No temáis —le dijo con una sonrisa—. Fui ordenado en esta ciudad y sé dónde se encuentra el convento de la orden.

—Bien, entonces nos separaremos aquí —dije lo más animadamente que pude—. Adiós, padre. Señora, espero que encontréis lo que buscáis. Y si alguna vez necesitáis ayuda, recordad que soy vuestro leal servidor.

—Sí, sí, lo haré —farfulló ella—. Pero ¿dónde estaréis? ¿Dónde podré encontraros?

—Preguntad en el priorato. Los frailes lo sabrán.

En mi afán de acallar cualquier sospecha que pudiese existir sobre mi relación con la viuda, tal vez me excedí en mi brusquedad, porque, mientras me despedía de ella con una reverencia, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tras saludar con la cabeza a los dos guardias del castillo, sonreí, me volví y dirigí el caballo hacia una calle lateral, deseoso de perder de vista la cara de desespero y abandono de Marguerite. Me temblaban las extremidades y tenía ganas de vomitar. La fatiga del viaje, la vergüenza que me producía mi conducta en Saint-Martin-les-Bains y el sentimiento de culpa que experimentaba por dejar a Marguerite se fundieron, provocándome una terrible sensación de desesperanza. De hecho, cuando por fin llegué al priorato, no fui a preguntar por el paradero del padre Amiel, sino que me dirigí directamente a mi celda y me dejé caer en la cama.

Allí me encontró él más tarde, después de haber terminado con sus obligaciones religiosas.

—Raymond —dijo al entrar—, bienvenido de nuevo a casa. Empezaba a preocuparme por vos.

Resulta difícil de explicar, pero, durante unos breves instantes, me sorprendió su diminuta estatura. Mi recuerdo de él debía de haberse distorsionado un poco durante mi ausencia del priorato, y su figura, probablemente, había llegado a ocupar más espacio en mi mente del que ocupaba en carne y hueso. Pero enseguida esta emoción se vio avasallada por otra, por una sensación compuesta de enojo y alivio.

—Nunca más —dije con brusquedad.

El dominico parpadeó.

—Fue una tarea terrible —proseguí—. Fue una acción vergonzosa. Nunca, nunca más volveré a hacer algo así. No teníais que habérmelo pedido.

El padre Amiel me miró con intensidad durante unos instantes.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber al cabo.

—¡Oh, no temáis! ¡He conseguido lo que queríais! ¡He averiguado la verdad! El hombre que buscáis es Etienne de Puy. En el dormitorio de Guillaume Monier hay una piedra suelta en la pared, p ero ¿qué precio hay que pagar por una información así? Me he comportado como una ramera, padre. Y yo no soy una ramera. ¡No lo soy!

—Contadme qué ha ocurrido —insistió en voz baja.

Y lo hice. Le conté que Marguerite había estado casada con un ciudadano de Aviñón, que había vivido en la casa del camarero y que allí había recibido a su

amante. Le dije que ese amante era Etienne de Puy. También le dije que Marguerite se había librado a la compasión de las carmelitas descalzas, que se había arrepentido y que su intención era hacerse monja.

—Así pues —proseguí—, si queréis interrogarla, o el condestable desea hacerlo, deberéis hablar primero con la abadesa.

Pese a que anuncié aquel hecho en un tono de cierto desafío, no me atreví a mirarlo a la cara y permanecí sentado, con los brazos doblados y la vista clavada en el baúl que contenía mi ropa.

—¿Y lo ha hecho a sugerencia vuestra? —preguntó el dominico tras una pausa.

—¿El qué?

—Ingresar en un convento.

—¿Y qué, si así fuera? —En esta ocasión, levanté la mirada, aunque todo yo temblaba. Debo confesar que, pese a mi enojo, también buscaba consuelo, ayuda, alguien que me descargara del peso de la culpa. Y, como siempre, temía la desaprobación del dominico.

Sin embargo, lo que vi en su rostro no fue una expresión censuradora.

—Si fue a sugerencia vuestra —replicó en voz baja—, me siento impresionado en grado sumo por vuestra sagacidad, Raymond. Con la protección de las carmelitas descalzas, es muy improbable que tenga que sufrir un severo castigo por su conducta adúltera. —El dominico ladeó la cabeza—. ¿Fue por eso, en realidad, por lo que se avino a confesar? —inquirió.

Yo me ruboricé.

—Se avino a confesar —repetí, casi atragantándome con las palabras—, ¡porque soy una ramera! He sido un mentiroso, un malvado y un ruin.

—No creo.

—¡Sí! Padre, ¿tenéis reparos en mancharos los oídos con mi confesión? ¡Mis actos fueron… fueron despreciables! ¡Fueron obscenos! —No pude soportar su mirada mucho rato y aparté los ojos—. Yo no poseo vuestros recursos, padre. Tengo que rebajarme mucho para lograr el éxito en esta suerte de tareas. Y ahora debo hacer penitencia por mis pecados. Es muy… —se me quebró la voz—. Es muy difícil —concluí con tristeza. Se produjo un largo silencio y oí el sonido de la respiración del padre Amiel.

—Perdonadme —dijo al fin. Sobresaltado, alcé de nuevo la mirada.

—Perdonadme —repitió con el ceño fruncido y la expresión melancólica—. ¿Tengo que entender que os visteis obligado a mantener relaciones carnales con Marguerite de Pasquières?

—Unas relaciones carnales muy… muy desdorosas. —El rostro me ardía de nuevo.

—Entonces, me equivoqué. —El padre Amiel sonaba sincero y contrito—. Me

equivoqué al enviaros a esa misión. Me equivoqué al creer que, mediante el ejercicio de vuestra considerable inteligencia, podríais reunir la información suficiente sin poner en peligro vuestra alma. Perdonadme, ha sido un error mío. Un pecado mío.

Con el corazón encogido de dolor, comprendí lo que estaba diciendo. Decía, efectivamente, que sus grandes expectativas habían quedado decepcionadas.

—Bien… Parece que soy de veras indigno —dije estremeciéndome, al tiempo que me secaba la nariz—. La próxima vez deberíais enviar a un monje.

—Raymond…

—O deberíais ir vos mismo, quizá.

—¡Oh, Raymond! —Se acercó, me puso la mano izquierda en la cabeza y se inclinó para hablarme—. No deseo culparte. Como acabáis de decir, no sois un monje. El mismísimo san Antonio lo hubiera tenido muy difícil para no pecar, de haberse encontrado en vuestra situación. La culpa es mía. Esperaba más de vos de lo que habría esperado de la mitad de la clerecía de Aviñón, porque os tengo en muy alta estima. No sois indigno, hijo. —Se llevó la mano derecha al corazón—. Soy yo quien se avergüenza. He traicionado vuestra confianza. He permitido que mi oveja se descarriara en compañía de los lobos. No lo haré nunca más.

Éstas palabras me resultaron tan tranquilizadoras como la música sacra. Fue como si el padre Amiel hubiera levantado una gran losa de mi espalda y la hubiera cargado sobre la suya. Sin embargo, yo seguía turbado por una duda vaga y esquiva.

—Margarita no es un lobo —fue mi débil protesta.

—¿No? Entonces tal vez sea un leopardo. O una cabra. —Yo sabía que esos dos animales son símbolos de lujuria—. Raymond, el pecado de la mujer es mucho más grave que el vuestro. Ella es una adúltera, una libertina. Ha pecado libremente, mientras que vos lo hicisteis a desgana y por respeto a mí. ¿No es así?

—Esto… Tal vez.

Aunque yo estaba sentado, no tuvo que inclinarse mucho para mirarme a los ojos; no sé qué distinguiría en ellos. Incluso desde un punto de observación tan cercano, debía de verme absolutamente borroso. Sus ojos, en cambio, parecían muy vivos, brillantes y penetrantes.

—Os encontraré un sacerdote —dijo con suavidad—. Podréis descargaros del peso del pecado y pedir la absolución. Si pudiera concedérosla yo mismo, os aseguro que lo haría. Si pudiera aliviaros el sufrimiento, lo haría. Pero no desesperéis, hijo. Todo se solucionará, os lo prometo. —Retiró la mano de mi cabeza y me dio una palmada en el brazo—. ¿Me perdonaréis? —dijo con una voz lo más desconsolada y engatusadora posible—. ¿Volveréis a depositar vuestra confianza en mí?

Amigos, amigas, ¿cómo iba a negarme? La súplica no sólo me halagó la vanidad, sino que también me conmovió el corazón. Me alegró lo indecible ser acogido de aquella manera, como si fuera el hijo pródigo. Además, el padre Amiel se culpaba

más a sí mismo de lo que me culpaba a mí. Sentí que, si él se consideraba el principal responsable de mi conducta, Dios quizá se mostraría generoso conmigo. Porque debéis comprender que, en mi mente, Dios y el padre Amiel habían empezado a adquirir un parecido muy marcado.

—Por supuesto —murmuré—. Por supuesto. No… no tengo nada que perdonaros.

—¡Ojalá fuese cierto! Pero, venid. Habéis tenido un viaje muy duro. ¿Queréis comer? ¿Beber vino? ¿Descansar? ¿Os gustaría lavaros?

—¿Con agua caliente?

—Sí, creo que podremos procurarnos agua caliente. Venid a las cocinas. Allí encontraremos comida, vino, agua caliente y cuanto podáis necesitar. ¡Venid!

Y así fue cómo se ocupó de mi bienestar, de una manera tranquila pero insistente, haciéndome salir de la cama y, tras cruzar el jardín del claustro, ayudándome a encontrar agua caliente y un paño con el que secarme. Luego, me llevó a la enfermería, donde consiguió del padre Gabriel una cataplasma para mis doloridos cuartos traseros. Y, mientras hacía esas cosas, me distrajo con comentarios sobre sus reflexiones acerca de nuestra situación en aquel momento. El testimonio de Durand Rouiard había sido confirmado. La carta que esperaba de Pierre-Julien Fauré todavía no había llegado. Lothaire Lagarrigue debía ser puesto en libertad. Jean Marty y Josserand de Ponte también tenían que ser liberados. Aimery de Sorgues y Fulques Fuille eran culpables de sodomía, y eso no era de la incumbencia del padre Amiel. La persecución de Etienne de Puy era, sin lugar a dudas, incumbencia del condestable, pero antes de notificar a éste la necesidad de llevarla a cabo, el padre Amiel tendría que comunicar sus descubrimientos al Papa.

—¿Y dónde está Bona Claret? —inquirió—. Es como si se hubiera esfumado.

—Esto… Bona Claret está en Saint-Martin-les-Bains —respondí—. Le encontré trabajo allí. Podemos localizada fácilmente, padre, cuando la necesitéis otra vez.

—Por supuesto —sonrió el dominico—. Hijo, sois como el buen samaritano. ¡Tenéis un corazón tan caritativo!

Y así fue como, entre alabanzas como ésas, inferencias, especulaciones, habladurías y una atareada búsqueda de mi bienestar personal, transcurrió el resto de mi jornada. Sólo después de haberme retirado a la cama esa noche, cuando me encontré a solas, yaciendo en la oscuridad y dolorido todavía desde la rodilla hasta el ombligo, se me ocurrió pensar: ¿y Marguerite de Pasquières? ¿Qué ocurría con su sufrimiento?

Con una leve sensación de intranquilidad, descubrí que, en las valoraciones del padre Amiel, el sufrimiento de Marguerite Pasquières no contaba para nada.

Canto VI

El día siguiente, el padre Amiel acudió a pedir audiencia al Papa mientras yo subía a las murallas de Aviñón a tocar la viela.

En los atardeceres de verano, en épocas de paz, se suele ver a los ciudadanos de Aviñón paseando por lo alto de las defensas. En la actualidad, para poco más sirven dichas defensas: poderosas en otro tiempo, hoy empiezan a desmoronarse y ofrecen escasa protección, ni siquiera contra el viento. Algún día, tal vez la Santa Sede se decida a apuntalarlas con fondos salidos de sus arcas. Hasta entonces, sin embargo, el hombre que desee contemplar el valle del Ródano desde una atalaya elevada deberá abrirse paso con cuidado entre las piedras sueltas, los hoyos traicioneros y las pendientes cubiertas de musgo. Si consigue alcanzar uno de los escasos tramos intactos del baluarte, tendrá que soportar probablemente las miradas suspicaces y las profusas expectoraciones de los soldados de la guardia, los cuales, cuando se convenzan de que ni miradas ni esputos arredran al intruso, procederán a conversar entre ellos, a grandes voces y en términos crueles, de asuntos como el flujo menstrual, las costumbres fornicadoras de los judíos o el estado de los cadáveres colgados a secar en las murallas de poniente.

Alguien más débil tal vez se dejaría amilanar por tantos factores en contra. Yo, sin embargo, tengo un estómago fuerte. He estado muchas veces entre hombres tan borrachos que se olvidaban de bajarse los calzones antes de vaciar la vejiga. He visto colgar a criminales y ahuyentar a los leprosos de las puertas de la ciudad con tal energía que se dejaban atrás dedos y orejas en su afán por escapar. En consecuencia, no permití que me arredrasen los obstáculos que se ponían en mi camino. Hice caso omiso de ellos o los evité, o me situé a favor del viento cuando se trataba de un olor ofensivo (pues hay ciertos puntos a lo largo de los contrafuertes donde la gente suele arrojar las aguas de albañal). Como Satanás cuando le mostró a Cristo todos los reinos de este mundo y sus fastos, me encontré en un mirador que ofrecía una amplia vista del puente de Saint-Benezet, la torre de Philippe le Bel y Villeneuve-les-Avignon, y allí me senté con la viela, el arco y una hogaza de pan.

Si alguna vez visitáis Aviñón, os recomiendo que busquéis este admirable lugar. Desde allí, el río aparece azul y reluciente, y no turbio de excrementos y otros desperdicios. Desde allí, el puente parece firme y frágil y no se aprecia cómo ha desgastado el agua sus cimientos de piedra. Desde allí, todo —árboles, barcas, viñedos, tejados y montañas— conforma un conjunto armonioso, que la mañana de mi visita estaba recién lavado por la lluvia y brillando al sol.

En cuanto a la gente, eran como hormigas: apenas visibles, indistinguibles, sus actividades tenían muy poca importancia. Contemplando aquello, me pregunté si sería así como Dios veía el mundo. Tal vez el padre Amiel tenía razón en lo que

decía: quizá mis problemas eran barcia al viento. Más feliz viviría uno, pensé —o, al menos, más sereno—, si pudiera aprender a contemplar su existencia (más aún, a contemplar a la humanidad entera) como se apreciaba el valle del Ródano desde las murallas de Aviñón.

Allí arriba, el aire era muy fresco y el ruido de las calles sonaba muy amortiguado. De vez en cuando, llegaba hasta mí un grito o un golpe o el chapoteo del agua, pero los sonidos carecían de fuerza, quedaban ahogados rápidamente por el silencio que se cernía desde lo alto. El cielo estaba casi limpio de nubes y tenía un azul como no se encuentra en ninguna otra parte, pues ningún mortal puede imitarlo. Los ojos de Dios, pensé, debían de tener aquel color.

Toqué unas melodías, un puñado de canciones dulces con la esperanza de elevar mi ánimo y despejarme la cabeza. Esperaba que el consejo que me había dado el padre Amiel —que subiera a la muralla, contemplara la creación divina y reflexionara sobre mi vida— me iluminase de algún modo. Sin embargo, la música me pareció carente de sentido: débil y disonante, se perdía rápidamente en el viento. «Dejad que Dios os hable en el silencio», había dicho el fraile, pero yo no oía nada que se pareciese a Dios, a menos que el propio silencio fuera su voz. Poderoso, sí resultaba. Enmudecía mi instrumento y también mi canto. Me sentí como si hubiera dejado de existir. Durante un instante, durante un brevísimo momento, contemplé el mundo como lo hacen el cielo, el viento y el sol. Lo vi todo y no vi nada. Apartado de la tierra, me vi fugazmente aislado de todas las pasiones, posesiones y asociaciones que me definían.

¿Y qué iluminación saqué de aquel momento de trance? Ninguna. Ninguna en absoluto. Cegado por la luz, ensordecido por el silencio, fui incapaz de reflexionar sobre el curso de mi vida porque lo sentía demasiado lejos. Sólo cuando hube vuelto a las calles, a los olores y a los gritos —sólo cuando volví a sentirme otra vez Raymond Maillot—, pude concentrar mis pensamientos en el futuro. Y tal vez lo hice entonces con la cabeza más clara; tal vez la visita a las murallas me había revitalizado hasta aquel punto, por lo menos.

Sabía que mi empleo con el padre Amiel estaba tocando a su fin. También veía que, ahora que no andaría cargado de trabajo, debería buscar de inmediato otro lugar para vivir. Con la suma que me debía el monje, por lo menos podría procurarme un techo. Y con la recomendación del dominico, tendría ocasión de encontrar más trabajo. Trabajo en serio, no esporádicas redacciones de contratos, sino un empleo permanente de alguna clase. ¿Me ofrecería un puesto el priorato? Tal vez no. Al fin y al cabo, en el priorato sobraban escribanos. Pero seguro que… seguro que no me abandonarían por completo, ¿verdad? Si había de convertirme en hermano lego, seguro que el padre Amiel seguiría favoreciéndome con sus atenciones paternales, aconsejándome y guiándome, aunque ya no viviera ni trabajara con él, ¿verdad?

Necesitaba al padre Amiel. Privado de mi familia, rechazado por mis amigos, perjudicado en mi profesión por una fama un tanto deslustrada, estaba ahora completamente fiado a la voluntad del monje. Ya veis que nunca he sido lo bastante fuerte para sostenerme solo. ¿Quién lo es? Salvo, naturalmente, los santos que habitan entre nosotros… y yo, ya lo he señalado en algún momento, no soy ningún santo. Soy un hombre como el Buen Dios me hizo, un hombre como Adán. ¿Pues no le dijo Dios a Adán: «No es bueno que el hombre esté solo»?

Ocupado en estos pensamientos, regresé al priorato. Allí me enteré de que el padre Amiel no había vuelto todavía del palacio papal. No lo vi en el refectorio ni asistió a las vísperas. Sin embargo, poco antes de la hora de completas, mientras yo recogía con aflicción plumas y cuchillas, llamó a la puerta pidiendo permiso para entrar.

—¡Vaya! —dijo en cuanto cruzó el umbral—. ¿Qué hacéis, Raymond? ¿Nos dejáis?

Me volví y le dirigí una sonrisa sesgada.

—Pronto —fue mi respuesta—. Mañana empezaré a buscar otro alojamiento. Si… Es decir, si ya no necesitáis de mis servicios, padre —añadí con una pregunta en la mirada—. La *inquisitio* está completada, ¿no es así?

—Sí, sí, ya está terminada. Por lo menos, en lo que a vos concierne. Pero no os apresuréis, Raymond. Tengo una propuesta que tal vez queráis tomar en consideración.

Para mi sorpresa, se sentó en mi lecho. Nunca hasta entonces había hecho algo parecido. Aunque tenía aspecto de cansancio, noté bajo aquella fatiga un vigor exultante, inmenso, que quizás estimulaba la proximidad de tanto poder apostólico.

—Como sabréis —dijo a continuación—, hoy he consultado al Santo Padre. Naturalmente, he tenido que esperar muchísimo hasta que me han conducido a su presencia. Y mientras esperaba, me he enterado de que ayer se produjo cierto acontecimiento que se esperaba desde hace mucho tiempo. Se trata de la entrega de la decisión del consistorio que nombró el Santo Padre para…

—¿… para examinar la hechicería? —terminé la frase.

—¡Eso mismo!

—¿Y cuál ha sido la decisión?

El dominico titubeó y se rascó la frente.

—La decisión resulta… interesante —reconoció por fin—. Según lo entiendo yo, el consejo que da el Papa, después de mucho conversar con él, no contradice en absoluto el precepto del papa Alejandro. Simplemente, amplía las definiciones que se encuentran en él.

—¿Cómo? —pregunté.

—Bien, he estado tratando la cuestión con uno de los maestros de teología que

aconsejaron al papa Juan. Tal como preveía, un tema de gran importancia ha sido el de las imágenes y su uso: el bautismo de imágenes, su confección, la manera en que vinculan a un hechicero o a una bruja (se empleó repetidas veces la palabra *striga*) con un demonio. Ahora, las imágenes de cera o de cualquier otro material parecen estar investidas de una gran carga ominosa. El papa Alejandro no se refirió nunca a imágenes, sino a la adoración de ídolos.

—Entonces, Masseo di Vico…

—Fue afortunado. Si la decisión del consistorio hubiera llegado antes, yo habría trasladado su caso al Santo Oficio tan pronto hubiese tenido noticia de la existencia de esa imagen de plata. —Hizo una breve pausa y, con una sonrisa, añadió suavemente—: El hermano Pierre-Julien Fauré no tendrá tanta suerte.

—¿Ah? —Me senté en la cama—. ¿Cómo es eso?

—Hoy ha llegado su carta.

—¡Su carta!

—Naturalmente, el padre Durand no estaba en su casa para recibida. Así pues, siguiendo mis instrucciones, me ha sido entregada a mí.

—¿Y qué dice?

La sonrisa del padre Amiel se hizo decididamente feroz.

—Oh, estaba llena de buenos consejos. Sobre todo, acerca del uso de las imágenes. El inquisidor, debo deciros, estaba muy asustado. Mucho. No de vos, amigo mío, sino de mí. Le aterrorizaba que descubriera algo que ya había averiguado: que fue él quien entregó el libro de brujería a Guillaume Monier. Proponía que Durand nos matara a los dos, utilizando un hechizo. Y es una verdadera suerte que éste requiriera fragmentos de nuestras uñas y pelos de nuestro cuerpo, pues dudo de que, de otro modo, mi querido hermano en Cristo se arriesgara a poner sus pensamientos en pergamino. Habría llevado a cabo sus invocaciones en Lazet, sin necesidad de la colaboración de Durand. —Con un suspiro de satisfacción, el monje cruzó las manos como quien da por terminado un trabajo—. Cuando le he mostrado la carta al Papa, se ha quedado mudo de espanto. Y el testimonio de Durand ha borrado cualquier duda.

—¿Entonces…?

—Se notificará al Inquisidor de Francia. Y la Santa Sede ejercerá su influencia. Y no me sorprendería que el hermano Pierre-Julien Fauré fuera pronto relevado de su cargo. Desde luego, el Papa está impaciente por ver cómo tal cosa se produce. —Clavando sus oscuros ojos en mí, entre cerró los párpados y ladeó la cabeza—. De hecho —añadió—, el Santo Padre propone que yo mismo reemplace al hermano Pierre-Julien, aunque esta decisión no descansa únicamente en Su Santidad Apostólica. Debe consultarse a otros, primero.

—Así pues, ¿iréis vos a Lazet? —pregunté con una sensación de creciente

trepidación.

—En efecto, deberé establecer residencia allí —respondió el monje—. Yo argüí que mi salud es, digamos, incierta, y el Papa declaró que, en el caso de enfermar, sería libre de abandonar el cargo al momento. Insistió mucho en que aceptara.

—¿E iréis? —inquirí estúpidamente.

—Sería difícil negarse. Si declinara sus deseos, la desaprobación del Santo Padre podría condenarme a una existencia de trabajos aún más indeseables. —Me tomó por la muñeca y añadió—: En el caso de que vaya, Raymond, ¿vendréis conmigo?

—¿Yo?

—No tenéis necesidad de hacerlo y ésta es vuestra ciudad, pero creo que trabajamos muy bien juntos y hay pocas cosas que os retengan aquí.

Desconcertado, me limité a mirarlo fijamente.

—El trabajo del Santo Oficio difiere muy poco, en lo esencial, del que habéis desempeñado conmigo —continuó el fraile—, aunque tendríais que aprender más del ordenamiento y archivo de los registros. Muchos de los delitos serán los mismos pues, como he dicho, la definición de herejía se ha ampliado en cierto grado. En adelante, veremos más hechiceros marcados con la cruz amarilla. El teólogo al que consulté condenó rotundamente «las imágenes y demás objetos que vinculan al hechicero con el demonio». Esto significa que anillos, espejos y frascos se convertirán en objeto de sospecha, pues son utilizados a menudo para «encerrar» diablos. En muchos aspectos, toda esta cuestión está abierta a interpretación.

—Padre, yo… —No sabía qué responder. ¿Dejar Aviñón? ¿Abandonar mi ciudad natal?— Me honráis —murmuré por fin—. Pero no se me había pasado por la cabeza… Está tan lejos.

—¿Lejos? Tonterías. Lejos está Roma, amigo mío; lejos está Londres —sonrió y se levantó—. Pero comprendo vuestros reparos. La decisión os corresponde por completo a vos, desde luego. Quizá deberíais pensarlo un poco. Dejad que os diga solamente que me alegraría contar con vuestra colaboración… y, debo confesarlo, con vuestra compañía. Me temo que no soy un buen fraile, en este sentido. —Su sonrisa se ensanchó—. Contra todas las recomendaciones, parece que prefiero la compañía de ciertos legos a la de mis hermanos en Cristo. *Mea culpa*. ¿Asistiréis al rezo de completas, Raymond?

—¿Qué? ¡Oh! Sí, padre.

—Vamos, pues. Pongámonos en marcha.

El padre Amiel estaba sumamente animado. En cuanto a mí, me sentía más bien como si me hubieran dado un mazazo: estaba aturdido y tardé en recuperar, poco a poco, mi capacidad de razonar. Al principio, mis pensamientos eran deshilachados e inconexos y no formaban ningún patrón coherente. Después, lentamente, esos retazos sueltos de reflexiones empezaron a hilvanarse. Cuando me retiré a la cama, ya estaba

enfrascado en reflexiones, tratando de valorar las ventajas y desventajas de la propuesta del padre Amiel. ¿Debía ir con él? ¿Debía quedarme? Si me marchaba, por un lado abandonaría casi todo lo que apreciaba y conocía; por el otro, conseguiría contar con la guía constante del monje, por no hablar de un empleo lucrativo. Por desgracia, el cansancio me venció antes de que tomara una decisión y, extrañamente, no tuve que lidiar con el dilema en mis sueños. En ellos, en cambio, aparecía Bona Claret.

Cuando desperté, al amanecer, escuché su voz, recitando en mi cabeza con claridad ciertas frases: *«Na* Munda descubrió un espejo —le oí decir—, y murmuró tres palabras y lo miró. Me dijo que el peine me lo habían robado y que estaba en una bolsa no lejos de su casa». Os juro que fue como si Bona estuviera en la celda, a mi lado, y repitiera aquellas palabras, que habían formado parte de su declaración sobre las prácticas mágicas de Munda. Recordé cada sílaba, cada pausa y cada entonación. Eran como un estribillo que no podía quitarme de la cabeza y debo confesar que aquella tonada, en concreto, me llenó de una vaga inquietud.

Apartando las mantas, fui a consultar el montón de declaraciones que se apilaban en mi escritorio. Sin embargo, no había suficiente luz para leer; si quería confirmar que mi recuerdo de la declaración de Bona se ajustaba a la realidad, necesitaría una lámpara. Así pues, me vestí y fui a las cocinas, donde me hice con un tizón del fuego, así como con un pedazo de queso y una jarrita de leche de cabra. Del queso y la leche di cuenta inmediatamente. El tizón lo llevé de nuevo a la celda, protegiéndolo con cuidado de las corrientes de aire, y lo utilicé para avivar la lámpara. Después, cuando hube apagado el tizón sumergiéndolo en el contenido de mi bacinilla, me puse manos a la obra y repasé las páginas escritas con prisas del primer protocolo de Bona Claret, hasta llegar a su testimonio en relación con Munda Giraud.

Como esperaba, las palabras que buscaba estaban detalladas allí. *«Na* Munda desenvolvió un espejo, murmuró tres palabras y lo miró». Un espejo. Un espejo mágico. Reflexioné sobre las repercusiones de aquella declaración. El padre Amiel había citado los espejos, con los anillos y los frascos, como objetos utilizados para «encerrar» demonios. Munda no había encerrado ningún demonio, de eso estaba seguro; tenía la certeza de que, como el resto de sus trucos, el espejo había sido utilizado sin ninguna invocación a Dios ni al diablo. Cabía, no obstante, la posibilidad de que Munda fuese investigada por el Santo Oficio, por cuanto —como yo bien sabía— la muerte no era protección frente a los inquisidores de la depravación herética. Con frecuencia, se desenterraba a herejes difuntos, se quemaban sus huesos y sus casas y se desheredaba a sus hijos. Había leído en el manual del inquisidor del padre Amiel un catálogo de sentencias recomendadas, entre ellas las que se podían imponer a los herejes ya muertos. Éste catálogo también estaba marcado con observaciones referentes a la confiscación de propiedades.

Afligido por un súbito escalofrío de temor, me abalancé sobre el manual y hojeé sus recias páginas.

Allí. Leí en el pergamino amarillento la siguiente anotación, escrita con una letra tan menuda e intrincada que resultaba casi ilegible: «En obediencia de la ley romana de *majestad* se producirá la pérdida de la propiedad *ipso facto*, tan pronto como se cometa el crimen de herejía. Por lo tanto, ningún hereje puede disponer de títulos legales de propiedad, y cualquier disposición que haya hecho de ellos será nula, no importa dónde se haya otorgado».

«No importa dónde se haya otorgado la propiedad». Allí sentado, inclinado sobre el escritorio, caí en la cuenta de un hecho terrible. Se me ocurrió que si Munda terminaba condenada por hereje, Bona Claret quedaría involucrada.

Y Beatrice perdería El Gallo Negro.

«Por lo tanto, ningún hereje puede disponer de títulos legales de propiedad, y cualquier disposición que haya hecho de ellos será nula». Releí las palabras e intenté determinar si Munda había empleado su espejo mágico antes o después de vender la taberna a Beatrice. Era posible que Bona hubiese presenciado el incidente del espejo después del traspaso de El Gallo Negro. No obstante, ¿era esto garantía de que el citado espejo no se hubiera empleado en muchas ocasiones anteriores? Yo sabía cómo actuaba el Santo Oficio. Buscaría testigos que conocieran la historia de Munda. Intentaría localizar a cualquier persona que hubiera buscado la ayuda y el consejo de aquella anciana y de sus artes de campesina vieja.

Contemplando la terrible anotación del pergamino, pensé para mí que el Santo Oficio jamás debía ver aquello. No debería llegar nunca a su atención. Sin embargo, me dije, dentro de poco el propio padre Amiel sería el Santo Oficio, o parte de él. ¿Estaría obligado a perseguir un asunto tan insignificante?

Tal vez lo había olvidado por completo. Sí, era posible… pero poco probable. Yo sabía que el padre Amiel tenía una memoria prodigiosa. Además, recordé cómo había sonsacado a Bona todas aquellas historias de espejos, piedras y granos de cebada, y la meticulosidad con que me había hecho anotar cada una de ellas. ¿Por qué molestarse en hacer tal cosa, a menos que lo considerase de cierta importancia? Tal vez las había registrado con la intención de perseguirlas más adelante, si la decisión del consistorio era exigir que se investigaran.

Cerré el manual y me pregunté qué debía hacer. Tal vez desistir de plantear el asunto. Si lo llevaba a la atención del padre Amiel, quizá no haría sino empeorar las cosas. Pero ¿y si se acordaba de Munda Giraud? ¿Y si ya había dado su nombre al Santo Oficio? En este caso, todo estaba perdido. Pero si no lo había hecho, si él y yo éramos los únicos que compartíamos aquel conocimiento, entonces tal vez, apelando a su sentido de la piedad y de la compasión…

Me levanté y empecé a deambular por la celda. El padre Amiel todavía no era

inquisidor de la depravación herética, me dije. Si esperaba a que el dominico asumiera el cargo y sólo entonces descubría que se proponía llevar a juicio a Munda Giraud, ¿qué posibilidades tendría de disuadirlo de tal cosa? Se vería en el deber de investigar el asunto.

En cambio, si lo abordaba ahora, quizá se compadecería. Tal vez se dejaría influir por la esperanza de que así lo acompañaría a Lazet. Al fin y al cabo, ya había mentido por mí en otra ocasión, por lo menos. Y Beatrice lo había ayudado varias veces. Además, ¿qué se sacaría de juzgar a Munda? Ya estaba muerta y su castigo quedaba en manos de Dios.

Éstos eran mis pensamientos mientras deambulaba por la estrecha celda, comido por los nervios y entre suspiros y mordiéndome a cada momento la uña del pulgar. Si consultaba con él, el padre Amiel quizá se limitara a decir que, no habiendo más pruebas que relacionaran a Munda con la invocación de demonios, el uso del espejo no era fundamento suficiente para una acusación de herejía. Quizá se limitaría a sonreír y a alabarme de nuevo por parecerme tanto al buen samaritano. Cuando el ánimo lo movía a ello, el fraile era sumamente comprensivo.

Pero ¿y si no se mostraba indulgente? ¿Y si recordar la trasgresión de Munda no hacía sino impulsado a decidir que merecía ser condenada? No sabía, ay de mí, cómo actuar. No hacía más que dudar entre depositar mi confianza en la buena voluntad del dominico, o guardar silencio y arriesgarme a que informara del asunto al Santo Oficio sin mi conocimiento.

Por último, después de darle muchas vueltas, decidí plantear la cuestión al fraile. Se me había ocurrido que cierto número de personas —el condestable, el Papa e incluso el Inquisidor de Francia— debían de contar con transcripciones de la *inquisitio* del padre Amiel para su estudio. ¿Y si éstos, al examinarlas, sacaban sus propias conclusiones acerca de Munda? La única manera de evitarlo sería eliminar de la declaración de Bona todas las referencias al espejo adivinatorio, y no podía hacer tal cosa —no podía rescribir ni acortar en modo alguno el protocolo definitivo— sin el permiso del padre Amiel.

Así pues, con el corazón acelerado, fui a su celda y esperé.

Canto VII

La espera se prolongó largo rato. Al ver que el monje no regresaba a su habitación después de las tercias, fui a buscarlo, aunque no me gustaba caminar solo por el priorato. Los otros frailes solían mirarme frunciendo el entrecejo y notaba que no era bien acogido en ciertos rincones de ciertos edificios. Finalmente, pregunté a uno de los hermanos legos y averigüé que el padre Amiel había salido del priorato tras conversar mucho rato con el prior, a puerta cerrada y en presencia de otro monje. El portero no sabía si regresaría antes de la colación. Al parecer, los movimientos del padre Amiel provocaban cierto descontento entre sus hermanos en Cristo.

Me retiré, por lo tanto, a mi celda, diciéndome que, ocurriera lo que ocurriese, nunca volvería a vivir en un priorato. (Los prioratos, como las abadías, están hechos para los monjes, no para los legos. Las piedras parece que lo miran a uno mal y cada bocanada de aire que inspiras es como una imposición). No tenía nada en qué ocuparme salvo pensar en el asunto de si debía quedarme en Aviñón, y sabía que la respuesta dependía de la decisión que tomara el padre Amiel con respecto a Munda Giraud. Así pues, me dediqué a tañer la viela, intenté calcular los honorarios que me adeudaba el dominico, me mordí las uñas y perdí el tiempo hasta que, por fin, durante el período de descanso que seguía a las sextas, el padre Amiel volvió al priorato.

Sentado en mi celda, oí sus pasos y los reconocí. Me puse en pie de un salto y abrí la puerta de par en par. Pareció sorprenderle la prontitud de mi reacción (tan fuera de lugar en una comunidad monástica), pero al verme se sonrió y en voz baja me dijo que tenía trabajo para mí.

—El Papa quiere una copia del testimonio de Durand —anunció— para que sea enviada al Inquisidor de Francia.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Habéis ido a ver al Papa esta mañana?

—No, he ido a ver al condestable. El Santo Padre envió un mensaje. —El fraile entró en su celda y revolvió uno de los montones de documentos que se apilaban en los anaqueles—. ¿Podéis buscarme la declaración de Durand, Raymond? Creo que la he dejado ahí.

—Padre…

—Estos ojos míos son una maldición.

—Padre —dije—, ¿el Inquisidor de Francia acusará de herejía a Durand?

—Quizá.

—Y… ¿qué será de los otros?

El padre Amiel se incorporó.

—¿Qué otros? —preguntó, mirándome fijamente.

—Pues… —comencé a decir, nervioso ante la intensidad de su expresión—, los otros a los que habéis interrogado. ¿Será enviado alguno al tribunal del Santo Oficio

como sospechoso de herejía?

—Es muy posible.

—¿Quién?

Hubo una pausa. El monje me miró a la cara como si esperase encontrar algo escrito en ella.

—¿Quién de ellos os preocupa, Raymond? —preguntó al cabo con astucia. Al ver que yo no respondía, añadió—: Vuestro amigo Gaillard está a salvo.

—Oh. Muy bien.

—¿O quizás es Bona Claret quien despierta vuestro interés?

Me pasé la lengua por los labios secos y dije que Bona Claret no era una hereje, ante lo cual el dominico afirmó que la mujer había consultado ciertos asuntos con una hechicera y que ésta había utilizado un espejo mágico.

—Recodaréis que la hechicera pronunció varias palabras mientras buscaba instrucciones en la superficie del espejo —dijo—. Podríamos preguntarnos a quién iban dirigidas esas palabras. Se dice, por ejemplo, que el demonio Berith, o Bolfry, responderá con la verdad a preguntas sobre el pasado, el presente y el futuro. ¿Quién sabe…? Tal vez lo invocaba.

—¡Pero si era una vieja! —exclamé al tiempo que pensaba: «Qué estúpido he sido pensando que lo habría olvidado». Desde luego que se acordaba. Se acordaba de todas y cada una de las palabras—. Padre, ya sabéis cómo son las viejas de campo y sus consejos. En absoluto pretenden invocar a ningún demonio.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de ello?

—Padre… —Me pasé los dedos por los cabellos y observé su expresión vigilante. No fui capaz de descifrarla. No sabía cómo presentarle mi petición—. Padre, ¿querríais reconsiderar esta decisión? —le pregunté—. La hechicera, Munda, está muerta. Bona Claret es una ignorante y no tiene ningún poder. ¿Qué daño pueden hacer?

—¿Qué daño pueden hacer? Raymond, ¿habéis olvidado que bebisteis el flujo menstrual de Bona Claret? —El padre Amiel parecía un tanto divertido—. Éste tipo de conductas no deben alentarse.

—No, por supuesto que no. Pero podríais hablar con ella, padre. Cuando queréis, sois de lo más temible, y si la amenazáis, no volverá a hacerlo. Os lo juro.

—Pero, Raymond, ¿qué me estáis pidiendo? ¿Que me convierta en un encubridor de herejes?

—¡Pero si Munda no fue hereje hasta el lunes! —Al percatarme de que mi voz estaba adquiriendo un tono frenético, respiré hondo y proseguí de una manera más tranquila y razonada—. Padre, si no fuera por el espejo, esa mujer sólo tendría que responder ante un tribunal civil o episcopal y, habiendo muerto, eso no es posible, pues el del Santo Oficio es el único tribunal que persigue asuntos como éste más allá

de la tumba.

—Raymond…

—Y no hizo daño a nadie, esa vieja. Al menos, por lo que sabemos. Y si confirmáis el testimonio de Bona, porque todavía ha de confirmarse, tal vez descubráis que la palabra «espejo» fue un *lapsus linguae*. —¿Entendería lo que le estaba diciendo? Extendí las manos, suplicante—. Tal vez descubráis que sus recuerdos son confusos —añadí en voz baja—. Quizá contradiga sus declaraciones anteriores. ¿No es eso posible, padre?

El dominico parpadeó y luego suspiró.

—Raymond —dijo—, me complacería ayudaros, pero no puedo arriesgarme a una acción tan peligrosa.

—No es peligrosa. Nadie sabe nada de Munda a excepción de vos y de mí. Y de Bona Claret.

—Y de Dios.

—¿Dios? —Aquél era un argumento impropio del padre Amiel y lo pasé por alto —. Padre, Dios ya ha castigado a Munda. Está muerta.

—Bona Claret, sin embargo, no.

—¡Bona Claret es una ignorante! —Pese a mis buenas intenciones, cada vez me sentía más agitado—. ¡Era una niña cuando Munda la instruyó!

—Y por eso, su castigo será, sin lugar a dudas, leve —dijo el padre Amiel sonriendo con dulzura—. Raymond, sé que deseáis ahorrarle este trance a vuestra amiga. Como he dicho muchas veces, tenéis un corazón muy tierno, pero ese corazón os puede llevar por mal camino, hijo. San Agustín nos dijo: «Amad, pero cuidado con lo que amáis». Y nos preguntó: «¿Deseas saber de qué clase es el amor? Mira adónde te lleva». El amor de vuestra amiga, Raymond, os llevará a la desgracia y al peligro. Depositad, por tanto, la confianza en Dios y se hará su voluntad. Y ahora —añadió, volviendo a los documentos—, ¿dónde habré puesto esa declaración?

Me tragué el deseo de gritar «¡maldita declaración! », y empecé a revolver los montones de pergaminos hasta que encontré el documento que buscaba. Cuando me pidió que lo copiara, no me lo llevé enseguida a mi celda, sino que lo apreté contra el pecho y dije:

—Padre, Beatrice compró la taberna a Munda Giraud.

—¿Y?

—Y si Munda es condenada por hereje, todas las propiedades que le habían pertenecido serán confiscadas por el Santo Oficio, probablemente.

—¡Ah! —El dominico arqueó una ceja—. Entonces, ¿es el destino de Beatrice lo que os preocupa?

—Padre, ella os ayudó a detener a Durand. Es una buena mujer que ha trabajado toda la vida para tener esa propiedad. Si la pierde, ¿qué le quedará?

—¿Qué le quedará, decís? —El padre Amiel sonrió de nuevo—. Le quedará la salud, su hija, su Dios y vuestra amistad, Raymond. ¿Qué existencia es esta de hacer de tabernera? Es una ocupación innoble para una mujer. Seguro que os gustaría que tuviera algún otro medio de ganarse el sustento. Incluso como sirvienta, su vida sería mejor.

—Para ella, no. No lo ve de ese modo.

—Entonces, es que la ciega su propia concupiscencia.

—Padre… —Vi que aquella súplica iba a resultar inútil. La falta de compasión del monje por Beatrice y su apurada situación era consecuencia de su opinión general sobre las mujeres, y sobre Beatrice en particular. Siempre se había mostrado tan frío con ella como condescendiente conmigo—. Padre, sois un buen hombre. Estáis muy cerca de Dios. ¿No podéis mostraros compasivo? Lo habéis sido conmigo, padre. Me habéis perdonado una y otra vez mis pecados, como el propio Jesucristo cuando Pedro le preguntó: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?». Y Jesús le dijo: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete». Habéis sido tan bueno conmigo, padre… ¿No podríais serlo también con Beatrice? Por favor. Hacedlo por mí.

—Por vos, Raymond —dijo el padre Amiel sacudiendo la cabeza—, haría muchas cosas, pero no ésta. Es demasiado difícil.

—¡No lo es!

—Sí.

—¡Pero ya habéis mentido antes! Cuando os pedí que engañarais al marido de Rixende acerca de su sirviente, lo hicisteis.

—En esa ocasión lo hice por la salvación de vuestra alma. —El tono del padre Amiel sonó más frío—. Me prometisteis que evitaríais la fornicación y mentí para que cumplierais vuestra promesa. Decir la verdad no habría beneficiado a nadie.

—¡Tampoco en este caso se beneficiará nadie!

—Nos beneficiaremos nosotros dos, Raymond. ¿Qué creéis que ocurrirá si se descubre que hemos encubierto a una hereje?

—¡No se descubrirá!

—Perdonadme, pero no puedo estar seguro de ello. Y ahora, por favor, ¿seríais tan amable de copiar la declaración? El Santo Padre la necesita lo antes posible. —Me había quedado allí plantado, ruborizado y sin saber qué decir, y él se acercó y me tocó la mano—. Vamos, no os enojéis conmigo. Me preocupa vuestra seguridad, Raymond. Tolerar y encubrir la herejía es un delito terrible.

—Entonces, ¿por qué me protegéis a mí? —inquirí—. El padre Pierre-Julien ha pedido mi comparecencia por el mismo pecado y, sin embargo, decís que con vuestra ayuda me veré libre de toda persecución. Aconsejé a un hereje, padre. ¿Es eso mejor que consultar a una hechicera?

El monje entornó los ojos y su rostro pareció tensarse.

—¿Qué os proponéis? —preguntó—. Como ya he dicho, me preocupa vuestra seguridad, Raymond.

—Padre, estoy dispuesto a correr cualquier riesgo que se pueda presentar.

—¿Lo estáis? Bien; pues yo, no. —El dominico frunció el entrecejo—. Puede que tengáis en cuenta mi situación, pero también es posible que me sacrifiquéis alegremente por el bien de vuestra amiga Bona. Es indudable que la tenéis en gran estima.

—¿Qué? Oh, no. —En un parloteo frenético, le aseguré que lo veneraba, que era su fiel sirviente, que él era mucho más importante para mí que Bona Claret—. Pero, padre, debéis ver que si hacemos esto, no correremos ningún riesgo. Si yo corrigiera su testimonio, ¿quién lo sabría? ¿Quién?

—Perdonadme, no puedo.

—Pero ¿por qué no? ¿Por qué?

—Porque mi conciencia no me lo permite.

—¡Vuestra conciencia! —Estuve a punto de echarme a llorar de frustración y desengaño—. ¡Antes habéis mentido, innumerables veces! ¡Os he oído mentir durante los interrogatorios!

—Por el bien mayor.

—Padre, por favor. ¿No he sido un buen sirviente? ¡He trabajado con mucho afán para vos! ¡He mentido por vos! ¡Me he entregado a los vicios a petición vuestra, padre!

—Y como muestra de gratitud, Raymond, es mi intención protegeros del Santo Oficio —replicó el padre Amiel—, porque sabiendo que el razonamiento del padre Pierre-Julien es erróneo, creo que el hombre que buscó vuestro consejo probablemente no era un hereje. —Dio unos golpecitos al documento que yo presionaba contra el pecho—. Y ahora, ¿seréis tan amable de completar esta tarea? El Santo Padre no es un hombre paciente.

Incapaz de moverme, solté otra frenética andanada de súplicas. No podía creer que el padre Amiel se mostrase tan impermeable a mis intentos de persuasión. ¡Había sido siempre tan amable e indulgente!

—Padre —dije, temblando de pies a cabeza—, si Beatrice va a ser desahuciada de su taberna, no podré ir con vos a Lazet. No puedo dejarla aquí y que afronte ella sola semejante destino.

Cuando me miró, me acobardé, porque no sabía qué esperar. ¿Insultos? ¿Reproches? Sin embargo, en su expresión había un asomo de melancolía. Agachó la cabeza y murmuró:

—Como queráis… —Me miró de nuevo y añadió—: Os echaré de menos.

Contuve una exclamación y volví a enmudecer, sin saber qué decir.

—Tenéis que encontrar vuestro camino en la vida —prosiguió—. No soy vuestro padre para deciros lo que debéis hacer. Sin embargo, Raymond, tenéis un futuro muy prometedor. Vuestros dones refulgen como la plata al sol. No permitáis que se deslustren. No echéis vuestras perlas a los cerdos. Buscad una existencia más provechosa. Depositad vuestra confianza en Dios. —De repente, alzó la mano y me dio unas palmaditas en la mejilla como si fuera un niño—. Rezaré por vos —dijo con dulzura—. Pensaré en vos a menudo. No temáis al Santo Oficio… Me aseguraré de que no os hostigue. —Dejó caer la mano y sus dedos se cerraron en torno a la declaración de Durand—. Si deseáis, encontraré a otra persona que haga esta copia. Acaso… Bueno, acaso prefiráis no trabajar más para mí.

Carbones al rojo vivo, amigas y amigos, carbones al rojo vivo. Cada palabra era una gota de plomo hirviendo que caía en mi corazón. A pesar de mis intentos de amenazarlo, él no me guardaba ningún rencor, o eso parecía; antes bien, me halagaba y me brindaba protección. Antes bien, me hacía una promesa de buena voluntad duradera. ¡Y, sin embargo, me despedía de tan buen grado, sin la menor protesta…!

Si en aquel momento hubiese podido retractarme de mi declaración, me habría comido la lengua para conseguirlo.

—Claro que trabajaré para vos —repliqué, farfullando, sin saber bien lo que decía —, pero quizá prefiráis los servicios de un monje… de otro escribano…

—En absoluto.

—Tal vez os alegréis de que me marche.

—En absoluto —dijo en voz baja—. Como ya he dicho, me gustaría reteneros.

—Entonces, ¿por qué no hacéis un esfuerzo para lograrlo? ¿Por qué no me concedéis este deseo? Sois vos, padre, el que me impulsa a marchar. A mí me complacería quedarme, pero ¿cómo voy a hacerlo?

—Oh, Raymond. —Arrancándome la declaración de las manos, la depositó encima de la cama y no sé cómo, sin ejercer ninguna fuerza, me obligó a sentarme en el lecho. Entonces tomó mis manos entre las suyas y se agachó un poco para mirarme a los ojos—. Escuchad: quiero ayudaros, de veras, pero éste es un asunto que se escapa a mi control. El Santo Padre ha tomado una decisión y yo he hecho un voto de obediencia. Bona Claret ha declarado sobre ciertos hechos y vos, Raymond, ¿no sois un hijo de la Iglesia? ¿No buscáis activamente el amor de Dios? Pensad, pensad un poco. Reflexionad sobre lo que me estáis pidiendo. Al hacerme una petición de este tipo, existen muchas posibilidades de que no sólo estéis poniendo en peligro la vida de los dos, sino también vuestra alma —me apretó los dedos—. No quiero perderos, Raymond, y mucho menos que seáis arrastrado al pecado, la destrucción y la ignominia. Reconsiderad vuestra decisión, por favor. Si no lo hacéis por vos, hacedla por mí. No puedo deciros el dolor que me produciría que volvierais al lodazal del que os rescaté y desaparecierais en él. Sois mi tizón arrebatado del incendio, mi oveja que

se había extraviado, mi hijo pródigo. ¡Cómo me he glorificado en vos, Raymond! ¿Y ahora queréis marcharos? ¿Queréis herirme hiriéndoos vos mismo? Preferiría arder que presenciar algo semejante. Sería una gran pérdida. Una grandísima pérdida.

¡Qué elocuencia! ¡Qué súplica más conmovedora! No es preciso que os diga que me doblé como una espiga al viento ante esta retórica, que me debilitó las fuerzas y me ablandó el temple. Con lágrimas en los ojos, le aseguré al padre Amiel que no lo decepcionaría, que anhelaba de veras encontrar a Dios, que haría lo que él me pidiera, por supuesto, y que nunca pensaría en herirlo.

—Entonces, ¿copiaréis la declaración?

—Sí, padre.

—¿Y vendréis conmigo a Lazet?

—Sí, padre.

—Bien. —El dominico me soltó y dejó caer la declaración en mi regazo antes de recordarme que el Santo Padre no podía esperar—. Copiadla lo más deprisa que podáis, hijo, y traédmela tan pronto como terminéis. Quiero que transcribáis una carta introductoria.

Asentí con un gesto de cabeza, pues no me atrevía a hablar. Salí de la habitación tambaleándome porque me sentía embargado por la emoción. La naturaleza afectuosa de su petición actuó sobre mí como si de vino se tratara. Si bien me consoló el corazón, me confundió los pensamientos y no fue hasta después de volver a mi celda, de haber preparado los instrumentos de escritura y de desenrollar un pliego nuevo de pergamino cuando empezó a disiparse la calidez embotadora de sus lisonjas y volví a sumirme en un estado de inquietud y ansiedad.

El padre Amiel era, sin lugar a dudas, mi guía benevolente y bondadoso. Y, por supuesto, tenía razón al preocuparse por nuestra seguridad, por los deseos del Papa y por su propia conciencia, pero Beatrice era una amiga tan leal como él. Si perdía su taberna, nunca me perdonaría a mí mismo. Nunca.

Mientras escudriñaba la desmañada caligrafía del escribano al que se le había confiado la trascripción de la declaración de Durand Rouiard (tenía todas las muestras de incompetencia características del trabajo de Pierre-Bernard Aubert), me distraje con ensoñaciones que de vez en cuando hacían que me detuviera, dejara la pluma en la mesa y apartara la vista del documento. Pensé en Bona. Pensé en Beatrice. Pensé en la afortunada circunstancia de que todavía no hubiera confirmado su testimonio.

De repente, después de copiar unas tres páginas de la declaración de Durand, contemplé una posibilidad que me hizo contener una exclamación. Dudé unos instantes y, acto seguido, me puse en pie de un salto, dejando mi trabajo sobre la mesa, y corrí por el pasillo hasta la celda del padre Amiel.

El dominico respondió enseguida a mi llamada, pero de forma bastante áspera.

—¿Sí? —dijo tras percatarse, con una rápida mirada, de que no llevaba conmigo el pergamino.

—Padre, si pudiera haceros una sugerencia…

—¿Con respecto a vuestro trabajo? —Su tono de voz era malhumorado.

—No —respondí—. Con respecto a Bona Claret. —Como no quería hablar del asunto en un lugar público, utilicé mi mayor estatura y corpulencia para imponer mi voluntad y, en cierto modo, obligar al padre Amiel a retroceder mientras yo entraba en su habitación—. Padre —murmuré—, el testimonio de Bona todavía no está firmado. Si ella negase haber utilizado la palabra «espejo», entonces no tendríais que referir su nombre al Santo Oficio. En realidad, no cometeríais ningún desliz…

—Raymond…

—Como es natural, no podéis hacer nada al respecto hasta que se corrobore el testimonio, y para llevar a cabo este trámite tendréis que citar a Bona para que comparezca en Aviñón. ¿Por qué no me enviáis a entregar la citación? ¿Qué mal puede haber en ello? Y si ella retirase entonces la palabra «espejo», quedaríais libre de toda culpa…

—No.

—Pero…

—No. —Aunque su rostro permaneció inexpresivo, su voz sonó cortante—. Es inútil que sigáis insistiendo, Raymond. Y os he pedido que terminéis un encargo urgente.

—Padre…

—Terminad el trabajo. Por favor. Escucharé vuestra propuesta cuando hayáis hecho la copia, pero no antes. ¿Queda claro?

Como siempre, cual si de una espada desenvainada se tratase, la amenaza de su desaprobación sirvió para amedrentarme.

Y, sin embargo, yo estaba de lo más enojado. Al regresar a mi tarea, pensé en las palabras con las que me había despedido, tan distintas de las que había utilizado antes para lisonjearme. Si me tenía en tanta estima, ¿por qué no me escuchaba? Sin lugar a dudas, el Papa podía esperar un poco más. Era el padre Amiel quien parecía incapaz de hacerlo.

Deseoso de demostrarle mis habilidades y mi perfeccionismo, me apliqué con gran esmero en realizar una copia de la declaración de Durand que mejorase el original. Mi disposición del texto fue infinitamente superior; corregí errores, enmendé construcciones gramaticales torpes y utilicé tintas de distintos colores para resaltar ciertos nombres. Cuando terminé, me dolían los dedos, los ojos me escocían y el padre Amiel estaba en la iglesia, recitando las completas.

Podía haberlo esperado en mi celda, desde luego, o en la suya, pero me sentía incapaz de quedarme quieto. Así pues, me dirigí al claustro y empecé a dar vueltas a

él hasta que los frailes salieron del culto. No bien terminaron los cánticos, me acerqué a la puerta de la iglesia y me aposté allí, abrazado a la declaración de Durand. Allí me encontró el padre Amiel cuando, por fin, salió a la luz cada vez más tenue del atardecer.

Se sorprendió, creo, porque se detuvo de repente, lo cual causó no pocos inconvenientes a los monjes que lo seguían. Como siempre, sin embargo, se recuperó enseguida. Sus manos blancas aletearon unos instantes como mariposas nocturnas, tal vez disculpándose por su torpeza o para ofrecer una explicación a sus hermanos en Cristo. Luego, se separó de la hilera de monjes que avanzaba, ninguno de los cuales redujo el paso ni nos dedicó una mirada mientras seguían camino de la cama.

Sabedor de que el lenguaje hablado los ofendería, señalé el documento que llevaba bajo el brazo. El padre Amiel asintió y alargó la mano para que se lo entregara. Yo, sin embargo, retrocedí mientras sacudía la cabeza y, con un gesto de la mano, le indiqué que deseaba conversar con él. Bajo la luz mortecina, todavía me resultó más difícil descifrar su expresión: sus ojos se veían negros y su boca se perdía en las sombras. Pareció quedarse pensativo unos instantes. Luego, asintió otra vez y me llevó al *scriptorium*, donde todavía ardían diversas lámparas.

En el *scriptorium*, una gran estancia contigua a la sala capitular, encontraréis la envidiable colección de libros del priorato, contenidos en anaqueles, arquetas y prensas. Las ventanas son amplias y acristaladas y el aire está impregnado del olor a manuscritos viejos y deteriorados. Las lámparas están siempre llenas de aceite, y en los escritorios no faltan nunca las plumas, los tinteros, las reglas, la cera, el carbón, la cuchilla y la piedra pómez. Durante las inclemencias del tiempo, suele encontrarse allí al lector del priorato, llamado hermano Aldhemar, discutiendo con una decena de estudiantes de teología o aleccionándolos. Por la noche, según el padre Amiel, el *scriptorium* es frecuentado por esos mismos estudiantes o por otros frailes (quizá los que redactan sermones, cartas o discursos), dispuestos a prescindir del sueño a fin de poder estudiar ciertos textos.

En el momento del que os hablo, sin embargo, la sala estaba vacía. Incluso el bibliotecario la había abandonado. Por lo tanto, entramos sin que nadie nos preguntase nada. El padre Amiel, en quien nunca había visto unos movimientos tan enérgicos, se detuvo ante uno de los escritorios y puso las manos sobre aquella superficie manchada de tinta.

—Esto nos bastará —dijo—. Si transcribís aquí mi carta de introducción, Raymond, no molestaremos a los otros hermanos. N o será más que una breve misiva.

—Padre…

—Después, entregaré los dos documentos al portero y él los hará enviar con las primeras luces.

—Padre, ¿me escucharéis, ahora?

Estaba observando los tinteros, algunos de los cuales parecían secos.

—Si queréis hablar de vuestra sugerencia —respondió—, debo deciros que lo he pensado y la respuesta es no. Que vayáis a entregar la citación de Bona, hijo, podría despertar suspicacias más tarde.

—Pero si dijera que he ido a Saint-Martin-les-Bains por un asunto relacionado con Marguerite de Pasquières…

—No.

—Entonces, cuando Bona regrese a Aviñón —me apresuré a comentar—, podríais llevarla escoltada a una estancia de la prisión donde yo esperaría su llegada y…

—No.

—Padre, ¿quién lo descubriría?

Tomó en la mano un tintero, lo sopesó, lo ladeó y volvió a dejarlo en la mesa con un gruñido.

—Raymond —dijo—, ¿mentiríais bajo juramento?

—Yo… yo…

—Si lo hicierais, pondríais en peligro vuestra alma. Si no lo hicierais, entonces alguien lo descubriría. En este tintero queda tinta. Sentaos. Os procuraré pergamino.

Mientras se alejaba luché contra el deseo —que con tanta frecuencia me asalta cuando un niño tozudo o un crío pequeño me sacan de quicio— de levantarlo en vilo, darle una sacudida y obligarlo a capitular. La gente menuda y frágil, cuando está dotada de una obstinación desproporcionada, siempre me afecta de la misma manera. Por eso entiendo que Othon ande pegando a la gente cuando está irascible. Al ser tan grandullón, todos los habitantes de Aviñón deben de parecerle niños tozudos.

Sin embargo, yo sabía que no bastaban una sacudida o un par de golpes en la cabeza para coaccionar al padre Amiel y por ello, respirando con dificultad, apreté los puños e intenté sopesar mis opciones.

—Aquí tenéis —dijo él, volviendo a mi lado, no con pergamino sino con un rollo de vitela—. Ya está reglado. Mañana le explicaré nuestras dificultades al bibliotecario; no se ofenderá.

—Esperad, padre. Antes de que hagamos esto…

—¿Qué? —espetó—. ¿Qué sucede, ahora?

—Padre, antes habéis dicho que mentisteis por mí a fin de que evitara la fornicación.

—Sí, y no me apetece volver a discutir sobre ello.

—Pero…

—Raymond, es muy tarde. Quiero tener esta carta escrita antes de que nos retiremos. ¡Antes de que las campanas llamen a maitines!

—Sí, por supuesto —la voz me temblaba de miedo, ira y congoja—. Pero antes,

dejad que os pregunte una cosa.

—No. Éste asunto está concluido, Raymond. No hay nada más que decir.

—Sí.

—Por mi parte, no.

—Padre, habéis dicho que me escucharíais cuando acabase de copiar la declaración…

—Y lo he hecho.

—¡No, no lo habéis hecho! ¡Os negáis a escuchar!

—Porque vos, amigo mío, estáis obsesionado con esas mujeres vuestras. ¡Pensáis con los *virilia*, Raymond! Pensad con la cabeza y veréis que me estáis pidiendo algo imposible.

Si esas palabras las hubiese pronunciado otra persona, tamaño insulto me habría hecho perder el control y replicarle de la forma más grosera y miserable, pero como se trataba de él sentí que la sangre se me agolpaba en las mejillas y respondí lo primero que me vino a la cabeza.

—¡Estáis cegado por los prejuicios! —grité—. Detestáis a Beatrice y por eso sois tan injusto con ella.

—¿Terminaréis esta carta, Raymond?

—¡No! ¡No lo haré hasta que me escuchéis!

El monje me traspasó con una mirada dura y vehemente. Tenía los labios apretados y la cara pálida como el pedernal.

—Entonces, tendré que pedir ayuda a otra persona —dijo.

—Esperad. —Lo agarré por el brazo para impedir que saliera del *scriptorium*.

—Soltadme.

—Padre, no pienso con mis genitales, os lo juro.

—Soltadme. —La orden me dolió como el chasquido de un látigo; me quemó como el hielo. El dominico sacudió el brazo, pero no tuvo fuerza suficiente para soltarse. Ahora, cuando lo pienso, me doy cuenta de que debía de estar enojadísimo. Un hombre tan menudo y débil siempre se tomará muy a mal que lo inmovilicen por la fuerza. Sin lugar a dudas, al padre Amiel lo habían humillado innumerables veces de esta manera. Tenía que haberlo sabido cuando noté que tensaba el brazo, cuando vi que encajaba los músculos de la mandíbula y que el color regresaba a sus pálidas mejillas, pero como el dominico no solía perder los estribos en mi presencia, fui incapaz de reconocer la intensidad de su furia.

Por el contrario, continué suplicándole al hombre cuyos favores yo estaba acostumbrado a solicitar: al hombre tranquilo, reservado, listo, ingenioso, imperturbable, a veces malévolo, a menudo heroico, casi siempre condescendiente y del todo digno de estima que (a la sazón yo aún no lo comprendía) había asumido el control total de mi vida. No sabría decir si este hombre existió alguna vez o no,

realmente; sin embargo, convencido de que todavía estaba presente detrás de la rencorosa fachada con la que se enfrentaba a mí, le supliqué con unas palabras que, si bien pronuncié con cierta inseguridad, estaban pensadas para persuadir, no para obligar.

—Padre —dije—, una vez mentisteis por mí a cambio de un voto de castidad. ¿Qué puedo ofreceros ahora que os mueva a mentir de nuevo?

—¿Qué podéis darme? —espetó el padre Amiel. Y entonces en un arrebato de excepcional aspereza, sacudiendo el brazo que yo agarraba y con una expresión de profundo desdén en el rostro, dijo—: ¡No podéis darme nada que no haya tomado ya!

No bien hubo pronunciado la frase, el dominico debió de darse cuenta de que había cometido un error. Me miró con los ojos desorbitados, se quedó inmóvil unos instantes e incluso contuvo el aliento. Casi de inmediato, renunció a más apelaciones a mi lealtad y a mi estima. Emitió un bufido, se encogió de hombros, entornó los ojos y en sus labios se dibujó una media sonrisa, torcida y melancólica. Su mirada de soslayo parecía decir: «Es una lástima, pero no importa. He cometido un desliz y lo único que debo hacer es limitar los daños».

En cuanto a mí, me quedé estupefacto, no tanto por sus palabras como por la expresión de desdén con que las acompañó. En ellas no encontré el menor asomo de respeto o cariño, ninguna señal de que me considerase un amigo, ni siquiera un oponente digno. Era la clase de mirada que yo había dedicado a menudo a una mosca en la sopa o a los excrementos de animales que encontraba en mi camino. Era una mirada carente de cualquier sentimiento de compañerismo.

—¿Qué… qué queréis decir? —pregunté tartamudeando, al tiempo que le soltaba el brazo.

—Oh, esto es inútil —dijo y aprovechando que me había relajado, me arrebató la declaración de las manos bruscamente—. Ya habéis tomado una decisión.

—¿Qué habéis hecho? —inquirí, presa del horror. «No podéis darme nada que no haya tomado ya». De repente, me iluminó la luz de la verdad. Me di cuenta de que me había visto privado de amigos, amantes, familia, una casa, de la confianza incluso en mis propias creencias y pasatiempos, de mi propio yo y que si tal cosa había ocurrido, no era porque el padre Amiel se preocupara de mi alma, sino porque lo motivaba un extraño, perverso e injustificable deseo de verme vacío. Perdido. Aislado.

Debo reconocer, sin embargo, que en aquel momento de revelación no comprendí todo esto perfectamente. Confundido, capté malicia o, al menos, ausencia de buena voluntad. Detecté irritabilidad, impaciencia, y un leve asomo de escarnio. El dominico todavía estaba enojado, eso también lo notaba. Sin embargo, también mi furia se había encendido y se apoderó de mí con la fuerza y la velocidad de un alud.

—¿Qué estáis diciendo? —inquirí.

—Que ya habéis tomado una decisión. Haced lo que os venga en gana.

—Venid aquí.

—Si intentáis agarrarme de nuevo —dijo, volviéndose—, haré que os flagelen.

—Explicaos.

—Oh, ¿por qué tengo que daros una explicación? ¿Por qué tengo que perder el tiempo con vos? Sois irredimible. Intratable. Aunque he prodigado con vos mis cuidados inestimables, seguís siendo como un can jadeante tras una perra en celo. Nunca alcanzaréis la sensatez. —Movió la mano, que ya no parecía hermosa ni elegante, sino quebradiza y semejante a una garra—. Marchaos. Abandonad mi presencia. Id con vuestra tabernera, pero recordad esto, maese Raymond: por más que creáis que vais a regresar a vuestra antigua vida y que destacaréis como un rey entre vuestros vulgares compañeros exhibiendo con orgullo vuestro ingenio, vuestra belleza y vuestras habilidades musicales mientras os complacéis en sus adulaciones, tales tiempos se han terminado, amigo. Todos vuestros dones proceden de Dios; no son vuestros para que dispongáis de ellos como os venga en gana. Si os negáis a dedicados a su servicio, sufriréis. Yo me encargaré de que así sea.

Éstas fueron las últimas palabras que me dirigió. Incapaz de replicar, lo vi desaparecer por el umbral de la puerta. Debió de marcharse muy deprisa (o acaso mis movimientos eran muy lentos debido a la conmoción), pues apenas había llegado yo a mi cuarto cuando apareció el portero con dos hermanos legos corpulentos. Juntos, me echaron del priorato, haciendo caso omiso de mis protestas, al tiempo que me prometían que todas mis pertenencias estarían «a mi disposición» cuando pasara a recogerlas.

Me enorgullece decir, sin embargo, que fui muchísimo más rápido que ellos en un aspecto. Aunque el padre Amiel había actuado raudo como una centella, no lo había hecho lo bastante deprisa como para impedir que escondiera debajo de la túnica una página de la declaración de Bona Claret, que me estaba esperando en el escritorio.

Cuando llegué a El Gallo Negro, lo primero que hice, una vez cruzado el umbral, fue quemar la página. Luego, con un atizador, batí las cenizas hasta que todas las palabras escritas en ella quedaron ilegibles.

SEXTA PARTE

Canción de la satisfacción

Canto I

Amigos y amigas, tenéis ante vosotros a un hombre feliz. ¿Qué? ¿Protestáis? A fe que hablo sin ironía: mi mesa gime bajo el peso de la comida, disfruto de amorosa compañía en la cama, bebo sin restricciones y por cuenta de mi esposa y, aunque sano, mi hijo no se parece a mí en nada más. ¿Qué más podría pedir un hombre?

Es cierto que me han despojado del derecho a actuar como escribano público, pero ¿por qué lamentar el robo de semejante carga? Los escribanos viven encorvados sobre su mesa, malgastando su vida en un interminable garabateo mientras sus esposas se distraen con hombres que poseen vigor, valor y libertad, cuyos músculos no se desperdician, cuyos ojos no se entrecierran a la luz del sol, y que no están encadenados a un montón interminable de anotaciones y registros. En otro tiempo, malgastaba mis días revisando contratos, declaraciones, peticiones e incluso textos que tenía que copiar para estudiantes (trabajo aburrido donde los haya); ahora, me gano el sustento cantando, sirviendo vino y asegurando con mi ingenio alegre y mi aspecto atractivo que vosotros, amigos y amigas, sigáis honrando con vuestra presencia este ilustre establecimiento.

¿Qué decís? Sí, tal vez tengáis razón. Tal vez mi aspecto repele, más que atrae. Todo el mundo envejece, pero creedme si os digo que hubo un tiempo en que mi aspecto causaba admiración; o, por lo menos, eso es lo que comentaban las damas. Entonces tenía la cabellera tupida y negra como la noche; entonces, la tripa no me sobresalía y lucía una dentadura incomparable. Sin embargo, ¿por qué lamentar la pérdida de un poco de pelo o de unos cuantos dientes? ¿Por qué angustiarse por unas cicatrices? En la gloria de mi juventud, me persiguió un buen número de mujeres a las que mi apostura atraía como una llama a las polillas. Por esta razón, me porté como un salvaje, sin consideración alguna por la santidad del matrimonio ni por las enseñanzas del Señor, esparciendo mi semilla a los cuatro vientos y pagando un precio por mi lascivia. Ahora que ya no soy tan atractivo, no siento la tentación de descarriarme. Estoy contento con mi suerte: contento de que mi querida esposa tolere aún la visión de mis carnes flácidas, de mis canas, de mis espinillas magulladas y del dedo que me falta.

¿Y no te amarga, preguntaréis, haber padecido tanto durante nueve largos años? Queridos míos, doy gracias de que todos esos años de encierro no me destruyeran. Muchos murieron en prisión, Barthélemy entre ellos. Otros perdieron el alma aunque su cuerpo sobreviviera. Yo fui afortunado. Conservé la vida y conseguí la libertad. Ciertamente, el Señor me concedió su bendición. Sí, quizá fui perseguido injustamente por cierto fraile que, tras convertirse en inquisidor de la depravación herética de Lazet, parecía dispuesto a borrarme de la faz de la creación. No me cabe duda de que, si bien delegó mi caso en su vicario, fue su influencia lo que,

finalmente, me llevó a la cárcel. Sin embargo, para entonces ya me había prometido en matrimonio con la mujer que nunca me ha abandonado; una mujer que, privada de su taberna, trabajó sin tregua para proporcionarme comida y ropa mientras estaba encerrado, que me siguió a Lazet para poder visitarme y consolarme y que me mandaba huevos frescos y pan recién hecho y, en ciertas fechas señaladas, incluso pasteles horneados con azúcar de verdad. ¿No cabe considerar todo ello una gran bendición? ¿Y no lo fue también que el carcelero resultase un hombre infinitamente corrupto, dispuesto, por una cantidad adecuada, a liberarme de mis grilletes, a trasladarme del *murus strictus* y a permitirme la libertad de un confinamiento menos rígido en la sección de la prisión en la que los internos se mezclaban libremente?

Gracias a Beatrice, soporté la agonía del encarcelamiento sin perder la vida ni la razón. Mi salud se resintió un poco, desde luego, pero ¿no es la pérdida de la salud la maldición de la edad avanzada? A pesar de todas mis pesadumbres, aún conservo el vigor suficiente para hacer feliz a mi querida esposa. En cambio, el padre Amiel de Semur, que no conoció más tormentos que los de su propia conciencia (si es que la tenía), sucumbió hace mucho ya a una de las numerosas dolencias que lo habían aquejado toda su vida. Murió, tengo entendido, no mucho después de renunciar a su cargo. Como inquisidor, tan activo se mostró en la persecución de herejes que su legado a Lazet fue una prisión del Santo Oficio llena a rebosar. Por fortuna, su sucesor fue un hombre jovial de naturaleza codiciosa y dotado de un ápice de sensatez que, cuando constató que la prisión estaba superpoblada en exceso, decidió reducir el número de presos conmutando buen número de sentencias. Ésta política, inteligente y piadosa, me salvó de una muerte en vida; con el pago de cincuenta *livres tournois* y la promesa de realizar tres penosas peregrinaciones, conseguí finalmente la libertad al cabo de nueve largos años… ¿O debería decir, mejor, que me la consiguió Beatrice? Suyo fue el dinero que untó la mano del inquisidor. Fue ella quien hizo sabio uso de las propiedades que le quedaron, quien dedicó las noches a cardar lana y los días a transformar un local alquilado en una taberna de renombre. Fue ella quien encontró para su hermosa hija un marido acaudalado, un hombre afectuoso en extremo que poseía caballo, casa y una bolsa generosa. Fue ella quien se aseguró de que yo fuese un peregrino pudiente y nunca me preguntó qué trastadas había cometido mientras realizaba mis obligados trayectos. Y fue ella quien en cada ocasión me acogió de vuelta con una ancha sonrisa y una cama caliente.

Yo la recompensé por todo ello con mi apellido. Pobre pago éste, lo sé, pero ¿qué más podía ofrecerle? Excepto, tal vez, mi devoción perpetua. ¡Qué maravilloso regalo ha sido Beatrice para mí! ¡Con qué generosidad ha olvidado mi conducta desconsiderada y mezquina, mi estupidez, mi debilidad y mi deshonra! ¡Qué sabiduría ha demostrado en cada giro de los acontecimientos, sin pedirme nada a cambio salvo que fuese leal a mí mismo, a ella y a nuestro hijo! ¿Quién sino ella

habría enviado un emisario a Saint-Martin-les-Bains para poner a Bona Claret sobre aviso de las intenciones del padre Amiel? (En vano, sin embargo. Aunque Bona huyó, el padre Amiel la localizó y la obligó a confirmar su testimonio original). ¿Quién sino ella habría abordado a Arnaud y se habría enterado de que, apenas dos días después de nuestro desacuerdo familiar en la taberna, mi hermano se había presentado en el priorato a buscarme para hacer las paces, pero había sido rechazado con la indicación de que yo no deseaba vedo ni hablar con él?

El padre Amiel, al parecer, estaba decidido a apartarme de todos mis vínculos mundanos.

Os complacerá saber que, a pesar de sus malignas estratagemas, pude reconciliarme con mi familia antes de que la sentencia que me llevó a prisión nos separara otra vez. Por fortuna, no poseía ninguna herencia ni propiedad que el Santo Oficio me pudiera confiscar y el hecho de que me juzgaran en Lazet contribuyó a limitar la vergüenza que significaba mi condena.

No obstante, mi destino ha deshonrado al clan Maillot y poca comunicación ha habido entre nosotros desde mi encarcelamiento. Mi madre ha muerto ya (que Dios dé descanso a su alma), y Alazais y sus hijos nunca me han apreciado. Sé que es motivo de tranquilidad para ellos que me haya establecido en Lazet. Si algún día volviera por Aviñón, mi aparición les produciría un gran desconcierto.

Arnaud, tal vez, se alegraría más de verme. Aunque rara vez escribe y, cuando lo hace, es sólo para recriminarme, sé que en lo más hondo de su corazón alimenta el recuerdo de su hermano. Lo sé porque, el día de mi partida de Aviñón, cuando las perspectivas eran tan sombrías y los lamentos de mi madre, tan sentidos, Arnaud me llevó aparte y me dio dinero. «Es todo el que tengo», me dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después me maldijo y me reprendió y me abrazó con tal fuerza que pensé que iba a romperme las costillas. Yo quiero a Arnaud. Aunque es mejor que estemos separados, lo quiero de todos modos.

Nuestro hermano Adhemar, por el contrario, no tiene ningún lugar entre mis afectos. Todos estos años, ha guardado silencio. Ni siquiera el hecho de mi encarcelamiento lo impulsó a moverse en mi favor. Que se pudra en el monasterio y que no encuentre la paz en el amor de Dios, pues es peor aún que el padre Amiel.

En cuanto al dominico, a menudo pienso en él y me preguntó por qué pondría tanto empeño en distanciarme de mi familia. ¿Qué lo movía a hacerlo? ¿Por qué me escogió a mí? Beatrice tiene su propia opinión al respecto. Después de oírme relatar cada palabra y describir cada gesto que hubo entre el monje y yo, cree que lo movía la envidia. Según ella, la primera vez que el padre Amiel entró en El Gallo Negro y me vio subido a una mesa y rodeado de un público embelesado, provocando lágrimas en sus ojos y arrancando risas de sus gargantas, lo invadió un resentimiento impulsado por los celos. Dice Beatrice que, siendo yo joven, atractivo y lleno de vida,

le resultaba doblemente ofensivo al monje, tan enclenque, mezquino, débil y mal parecido.

Sin embargo, no puedo estar seguro de que ésta sea toda la verdad. Para Beatrice, esos intentos de cambiarme la vida sólo tenían por objeto destruirme. ¿Cómo puede ser así? Sin duda, el fraile era un hombre acostumbrado a esconder sus emociones; no obstante, si tanto me odiaba, ¿por qué había de castigarse a sufrir mi constante compañía durante semanas seguidas?

Tal vez sea un monstruo de vanidad, tal vez mi orgullo sea mayor que el firmamento, pero tengo la impresión de que el padre Amiel me apreciaba y quería salvarme de lo que consideraba un camino de perdición. Diréis que se equivocaba en este punto y, en efecto, alguno de sus actos estuvo mal medido. No obstante, ¿andaba totalmente errado? Gracias a su intervención, ya no busco fornicar con cada mujer que mueve el trasero delante de mí. Ya no frecuento compañías bulliciosas, ni invado conventos, ni me veo asaltado en cada esquina. Tal vez no sea lo que se dice un hombre respetable, pero durante mis largas noches en prisión descubrí quién soy y lo que quiero de verdad en la vida. Sin duda, el padre Amiel pretendía que no malgastara mis «dotes» (cómo él lo llamaba) en vosotros, mis queridos amigos y amigas; era contrario a frecuentar tabernas y detestaba las canciones libertinas. Sin duda, había imaginado un Raymond sobrio, de conducta piadosa y espíritu sumiso; por eso, cuando mi vínculo con Beatrice demostró ser indestructible, cuando permanecí sordo incluso a sus lisonjas más persuasivas, su decepción resultó desproporcionada respecto de la ofensa. El fraile nunca fue un hombre que aceptara de buen grado la derrota. Tenía un concepto tan alto de sí mismo que se había sentido profundamente insultado por el hecho de que alguien a quien había favorecido tanto con sus atenciones se planteara siquiera negarse a sus deseos.

Por eso, procuró aplastarme como a una cucaracha. ¡Y cuánto lo odié por ello, no tengáis la menor duda! Muchas noches, mientras yacía en mi camastro de la prisión, abrigaba pensamientos de venganza e imaginaba mis manos en torno a su cuello, sus frágiles huesos astillándose bajo la presión inexorable de mis dedos, la blanca lana del hábito empapada de su propia sangre… Me veía entrando clandestinamente en su celda y sofocándolo con su propia almohada, igual que había hecho Etienne de Puy con Guillaume Monier. Sin duda, las noches de ese caballero debían de haber estado llenas de visiones de venganza parecidas. Tal vez, al descubrir que Guillaume, casi con certeza, era un sodomita (una información que debió de llegarle por medio del hermano de Gaillard, quien, como recordaréis, vivía en un castillo cerca de Saint-Gilles, igual que Etienne), el caballero De Puy debía de haberse sumido en paroxismos de rabia aún más intensos y en fantasías de venganza aún más detalladas. Según tengo entendido, durante el juicio al que le sometieron, Etienne confesó haberse llevado los genitales del camarero y habérselos dado a comer a su perro

como último gesto de desprecio. No me sorprende que hiciera tal cosa, pues muchas veces he pensado que este Etienne de Puy pudo ser el mismo caballero Etienne con el que estuve bebiendo en El Gallo Negro la noche del asesinato de Guillaume Monier. Como recordaréis, el que conocí era un hombre que empleaba expresiones de excepcional brutalidad. Tal vez sus actos eran igualmente brutales.

No es preciso señalar que yo no llegaría tan lejos como Etienne. Yo no le habría cortado los testículos al padre Amiel, ni poseo un perro al que dárselos. Sin embargo, os juro que, en el punto álgido de mi cólera, con gusto le habría arrancado los ojos y se los habría metido en la boca.

Ahora, sin embargo, ya le he perdonado. ¿Por qué no? Él ha muerto y yo sigo vivo. Él era enfermizo y enclenque; yo sigo sano y bien plantado. Él no tenía mujer, ni hijos, ni madre, ni amigos. Mucho hablaba de su «verdadera familia» —refiriéndose a los hermanos que comían, cantaban y rezaban con él—, pero estoy convencido de que era un hombre solitario. Parece inevitable que lo fuera, si se tiene en cuenta el desprecio que mostraba por el resto del mundo.

No sé si en este momento descansará en el amor de Cristo. Tal vez sí, pues el amor de Dios es infinito y no creo que ni siquiera el padre Amiel considerase a su Creador un ser inferior. También cabe la posibilidad de que se halle en el Purgatorio, haciendo penitencia por sus pecados. Lo imagino lavando los pies de sodomitas, criadas y taberneras. Sin duda, un día también lavará los míos mientras un demonio tortura mi cetro de virilidad con agujas y tenazas al rojo, pues estoy seguro de que mi paso por el Purgatorio se prolongará en proporción al número de ocasiones en que he dejado suelto ese voraz perro mío.

Pero éste es ya un perro viejo, que se contenta con un rincón junto al fuego y en el lecho conyugal. Puede que levante la cabeza de vez en cuando, husmee un aroma y menee el rabo, pero en conjunto es muy obediente. ¿Y yo? Como ya he contado, he descubierto quién soy y qué quiero de la vida, realmente.

Soy Raymond Maillot, un hombre bendecido por Dios, trovador envejecido, marido dócil, terciario fallido, pecador piadoso, objeto de admiración y de desprecio, exiliado, ciudadano, bebedor moderado y holgazán amistoso, mejor padre que hijo fui. Y lo que quiero de verdad de la vida es esto: este vino, esta viela, este fuego del hogar, este banco, esta esposa, esta larga velada estival y esta compañía: la compañía inteligente, atenta, complaciente, generosa, gozosa sin alborotos y absolutamente satisfactoria que me ofrecéis vosotros, amigas y amigos míos.

Y, ¡ah!, me gustaría que esa joven dama, la del vestido rojo, me esperase más tarde detrás del muladar, pues tengo algo de proporciones descomunales que enseñarle…

Notas

[1]«Coño bien adentro». *(N. De los T.)* <<